

QUINTÍN GARCÍA MUÑOZ

**VIAJE AL
CORAZÓN**

Prólogo de Francisco Javier Aguirre

PRÓLOGO

No es frecuente que una novela lleve prólogo. Distinto es cuando se trata de una edición crítica en la que además del prólogo puede haber amplios estudios sobre la personalidad literaria y la obra del autor. También es distinto cuando el libro en cuestión desborda la condición ordinaria de novela.

Es lo que ocurre con ‘Viaje al corazón’ de Quintín García Muñoz. Este libro, y en general toda la producción literaria del autor, puede abordarse desde distintos planos. Además del interesante argumento que contiene episodios amorosos y de intriga, así como sabrosas descripciones paisajísticas y escenas carcelarias, en ‘Viaje al corazón’ pueden hallarse propuestas científicas y filosóficas. No es, por tanto, una novela al uso, ni está escrita con la simple intención de hacer pasar el rato a los lectores.

Quienes escriben con el principal objetivo del beneficio económico, deben sujetarse a unos parámetros determinados por la moda y fijados rigurosamente por los editores. No es el caso de Quintín, quien, tanto en sus libros personales como en los escritos en colaboración con otros autores, ha gozado de una absoluta libertad en cuanto a contenido, forma e intención. Basta con analizar su trayectoria literaria que aborda la novela, el relato, el ensayo, la investigación y la poesía.

Hay quienes encontrarán en esta novela, como en el conjunto de su obra narrativa, una sucesión de aventuras de índole fantástica o esotérica; tal vez simplemente futurista. Una primera lectura puede quedarse ahí. Pero el libro pretende algo más. De entrada, en esta saga que se alimenta de trabajos anteriores y los consolida, aborda cuestiones candentes que son objeto de la investigación más actual en el campo de la astronomía, la biología y la física cuántica. Como reconoce el prestigioso historiador Julián Casanova, el arte, el cine, el teatro y particularmente la literatura proporcionan a la ciencia puntos de análisis y perspectivas que quedarían fuera de una simple visión empírica de

los asuntos a investigar en cualquiera de los órdenes del conocimiento. Un caso obvio y emblemático, aunque parezca tópico citarlo, es el de la obra narrativa de Jules Verne. Y tras él, la pléyade de autores de la denominada literatura de ciencia ficción: Wells, Asimov, Bradbury, Lem, Sagan, Herbert, Bear, Heinlein, Clarke, etc. La propuesta de Quintín García Muñoz, salvadas las distancias, guarda cierta similitud con las pre-visiones de algunos de los autores citados.

Por encima de la trama, o en la profundidad de ella, transitan intenciones muy ambiciosas. Entran en juego personajes de significado trascendente: tanto el alcaide de la prisión como algunos de sus esbirros personifican la esencia del mal, que muchas veces aparece bajo la máscara del cumplimiento del deber. Por el contrario, hay seres de luz que marcan el contrapunto de la vida humana. En la parte más dura de la trama, la carcelaria, se concede gran importancia al fenómeno de la redención personal que permite una reinserción social. Después están los personajes ‘iluminados’, o trascendidos, que tienen una relevancia especial en el desarrollo de la acción.

El argumento de la novela sirve de soporte para las manifestaciones profundas, derivadas de sus investigaciones y su experiencia, que el autor desea hacer. Básicamente corresponden a la existencia de varios planos en el ser humano que, además de un cuerpo físico, posee otros niveles de vivencia: astral, mental y espiritual.

A lo largo de las páginas se van desgranando algunos pensamientos a través de los cuales el autor manifiesta su verdadera intención: “Era difícil convencer a las personas de la existencia del alma y de las causas internas que originaban las acciones externas en la vida”, se puede leer en el capítulo 54 del libro. Y en el 61, el protagonista desdoblado (Strung en el mundo astral y Jason Doyle en el físico), afirma que “hay muchas personas que no tienen este conocimiento. Viven en el mundo aferrados a él, como si fuese lo único en el universo... Cuando los

seres humanos han evolucionado hacia la luz... deben comenzar a entender que el mundo de sus sueños es la garantía de libertad”.

De este modo, Quintín García Muñoz confirma la importancia de las vías de conocimiento a través del sueño consciente, cosa que ya han señalado algunos investigadores en el ámbito de la psicología profunda. El plano onírico, consecuentemente, es utilizado en muchas ocasiones como plataforma narrativa. “El primer mundo de los sueños es fiel reflejo de aquello que en las mentes humanas anhela hacerse realidad”, señala el narrador en el capítulo 57. Y sigue profundizando en el tema diciendo en el capítulo 63, a través de uno de los personajes, que “da la impresión de que en los niveles oníricos se superponen las distintas épocas del ser humano”. Buena parte de la trama se desarrolla atendiendo a este desdoblamiento temporal.

El horizonte de la relación profunda entre dos personas es alcanzar la fusión interna. “Estamos en la tercera etapa de fusión”, dice una de las mujeres que transitan por el libro hablando de su pareja, en el mencionado capítulo 57. Y poco después, el mismo personaje afirma que “dos almas que están en fase de fusión, no suelen vivir en el mismo mundo físico”, diciendo por último: “Para que dos almas se fusionen tienen que actuar en el mundo de las almas”.

La correlación entre sexo y amor es otra de las constantes temáticas desarrolladas por el autor. En el capítulo 73 expresa ampliamente su pensamiento al respecto: “Aquellos que tienen los ojos alegres es porque utilizan también su corazón para amar, mientras que los que muestran tristeza han esquilado sus energías con el sexo”. Y continúa con afirmaciones contundentes: “El sexo es una parte de la fuerza más poderosa de universo. Es la energía que hace que la Tierra quede fecundada por la Vida. Es la energía que aglutina planetas, sistemas solares y galaxias”.

La conclusión filosófica se expresa en un punto concreto de la novela, cuando uno de los protagonistas iluminados, Carl, afirma que “los seres humanos son un puente entre la materia

densa y el mundo espiritual; no deben olvidar ninguno de los dos aspectos”.

Queda claro, en consecuencia, que el argumento está al servicio de los planteamientos racionales y ultra racionales que el autor ha decidido exponer a la consideración del lector. Las páginas de este libro pueden abrir la mente a realidades que tal vez en un tiempo no muy lejano consigan ser aclaradas por la ciencia oficial.

Francisco Javier Aguirre

CAPÍTULO 1

ADMIRADORES DE JULES VERNE

Julio Ríos era profesor de Geografía en un instituto de educación secundaria de Zaragoza. Sin embargo, su verdadera afición era la lectura de libros misteriosos. Su padre le había introducido en el mundo de Jules Gabriel Verne, y también le había bautizado con el nombre del inmortal escritor francés.

Las matemáticas siempre le habían encantado, pero como tantos y tantos universitarios se había quedado atascado en el primer año de carrera. Parecía ser que su cerebro no soportaba tanta intensidad, y se inclinó por la educación. Nunca le había desagradado la enseñanza, es más, parecía estar hecho para ella. Su espíritu juvenil se encontraba en un hábitat natural y siempre explicaba más de lo necesario. A la menor sugerencia de sus alumnos viajaba por mundos desconocidos. En más de una ocasión los estudiantes, cuando no tenían muchas ganas de atender a explicaciones técnicas, lanzaban la piedra al estanque de sus mundos interiores, y no tardaba en generar ondas concéntricas de curiosas anécdotas.

–La ciencia ficción tuvo su momento en los años cincuenta y sesenta –les comentaba–. Casi todas las películas que veis en la actualidad están basadas en la literatura y en los cómics que surgieron durante aquellos años.

–Pero lo más emocionante ocurre ahora, cuando jugamos al Starcraft en 3D –le respondían algunos.

–Ya –respondía, albergando dentro de sí mismo las dudas que le sugerían los nuevos métodos de diversión de la juventud. Era cierto que eran extraordinariamente interesantes, que parecían reactivar la capacidad mental e imaginativa, pero los libros concedían la libertad de crear imágenes que nadie había concretado hasta el más mínimo detalle. La lectura proporcionaba una armoniosa paz entre el lector y lo leído, especialmente en los

primeros minutos, antes de avanzar a través de las peripecias de los protagonistas.

Tampoco había que menospreciar la actividad cerebral reflejada en las pantallas de los ordenadores. No se activaba la misma zona cuando se leía un libro que cuando se veía una película. El hecho de leer estimulaba las zonas creativas del cerebro, mientras que jugar a un videojuego se semejaba más al trabajo realizado por el órgano cerebral cuando recibía una imagen, por ejemplo: observar una calle.

Fuera lo que fuese, cada uno de los humanos había nacido en una época determinada. Tal era su limitación y, a la vez, su oportunidad.

CAPÍTULO 2

AGUJERO EN EL POLO NORTE

La vida, monótona para otros pero nunca para Julio, fue transcurriendo. Se enamoró de Lucía. Coincidió con ella en un curso de verano que el gobierno regional aragonés había promocionado en la hermosa ciudad de Albarracín. Ambos eran profesores, y muy pronto sus miradas se atrajeron. Los dos tenían los ojos risueños, esa extraña alegría que brota del alma y que durante la mayoría de las horas permanece enterrada bajo la inconsciencia de las actividades naturales del mundo físico.

Tuvieron un hijo: Santiago. Cursó dos carreras: Ingeniería mecánica y Geología.

El joven sonreía cuando escuchaba las fantasías de su padre.

—Hace años, creo que fue en un libro de la colección “**Realidad Fantástica**”, de los años setenta, apareció una fotografía que el satélite ESSA-7 había tomado del Polo Norte. Según decían, la NASA había intentado prohibir y evitar su publicación. En ella se podía observar un círculo negro, como un

inmenso agujero. La fotografía original tomada por el satélite estaba retocada.

—Ya —sonreía Santiago—. Otra fábula, como la de que Elvis todavía está vivo. Si tal cosa fuese verdad, hoy en día, que casi cada país tiene su propio satélite, habría dejado de ser un secreto. Lo estudiaríamos en los libros de texto.

—Hay algo que me da qué pensar —razonaba el padre.

—¡Ah! ¿Pero piensas? —se burlaba con cariño su hijo.

—Pues sí. De vez en cuando pienso.

—¿Y qué piensas papá?

—Pues que tal vez, Jules Verne escribió su *Viaje al centro de la Tierra* porque había accedido a algún manuscrito antiguo.

—Vamos, papá. Ya sabemos que Jules Verne tenía una extraordinaria capacidad imaginativa. Era un genio.

—Sí, pero... ¿y si la Tierra estuviese un poco más hueca de lo que la ciencia admite?

—¡Por Dios, papá! Está demostrada la densidad de la Tierra por la transmisión y recepción de diversas ondas. Para que los sismógrafos perciban los temblores de tierra de la forma en que lo hacen, se considera el modelo actual como el más óptimo. Todo el mundo sabe que hay un núcleo interno, un núcleo externo, manto interior, manto exterior, corteza continental y corteza oceánica.

—Pero, que nosotros sepamos, ningún científico ha ido al centro de la Tierra y ha expuesto sus experiencias.

—Es cierto. Sin embargo, todo apunta a que para que la Tierra tenga un campo magnético como el que posee, para que los movimientos sísmicos ocurran de la forma en que lo hacen, existen hipótesis que se corroboran con la realidad.

—Está claro que es aconsejable hacer caso a los científicos. A ellos les debemos nuestra salud, nuestra vida y nuestro bienestar actual, aunque también es cierto que en ciencia todo lo comprobado es verdad hasta que nace alguien más sabio o con mejores posibilidades técnicas y revoluciona las ideas de la comunidad científica.

–Tu argumento es válido, sin embargo, hay cosas que podemos dar por ciertas.

–Ya. Que el núcleo de la Tierra tiene el tamaño que se cree y que es de la materia que se supone.

–En tal caso, lo que sí que sabemos, con toda seguridad, es que el núcleo de la Tierra no es de mantequilla –respondió el hijo mientras reía a carcajada limpia.

–Qué gracioso –dijo sonriendo Julio.

–¿Te ha gustado?

–Eres muy chistoso.

–¡Vamos! –gritó desde la cocina Lucía–. Es hora de poner la mesa.

–Te diré algo –continuó Julio–. Antes de que naciesen los científicos actuales ya existía la sabiduría y la ciencia.

–Demuéstralo, listo.

–La demostración es muy sencilla. La tenemos delante de nosotros, pero no queremos verla.

–Seguro –respondió Santiago con sorna.

–Mira –abrió el padre la ventana y señaló a las escasas estrellas que se divisaban.

–No veo nada.

–¿No ves las estrellas?

–Sí, claro.

–Pues para mí, no hay mayor demostración que la misma existencia del universo.

–A mí no me dicen nada.

–Normal, siempre estás delante de la pantalla del ordenador.

–Tampoco entiendo qué quieres decir.

–El físico-matemático más insigne que pueda existir en nuestra raza humana, es simplemente un estudioso de las leyes universales. Dicho de otra forma, el universo ya existía cuando la Tierra no se había formado. Ya existían las leyes que rigen el cosmos. La materia ya obedecía a las leyes que nuestros genios han descubierto.

—Tienes parte de razón, papá, pero los científicos y matemáticos han estudiado numerosos modelos de comportamiento de las ondas a través de la Tierra, han contemplado y desarrollado infinidad de integrales, derivadas... han tenido en cuenta multitud de variables, de compuestos materiales... y parece que han llegado a la conclusión de que la constitución de la Tierra es la que es.

—Si no me equivoco, el profesor Otto Lidenbrock, el protagonista de la novela, solamente llega hasta un punto, que muy bien podría haber sido el final de la corteza terrestre, aunque el título fuese más rimbombante.

—Es verdad. Después de la travesía —continuó Santiago— por el inmenso mar interior, la cueva, que debería continuar hacia el centro de la Tierra, está obturada y posteriormente salen disparados por el cráter de un volcán.

—Creo que los científicos —continuó el padre— de momento no podrán negar categóricamente que en la corteza terrestre, que en ocasiones llega casi a cien kilómetros, puedan existir muchas más cavernas de aire de lo que se supone, incluso podrían, en sus vastos espacios, albergar ciudades subterráneas de alguna civilización desconocida.

—Quizás algún día podamos viajar al centro de la Tierra, de verdad.

—Sería maravilloso.

—¡Te imaginas los titulares del periódico! —exclamó Santiago— ***“Candidato español, descartado para el viaje a Marte, llega al centro de la Tierra”***

—No sé si sería posible que alguien que llegase al centro de nuestro planeta pudiese volver para contarlo.

—Tampoco importaría mucho, ¿no? —respondió Santiago con el atrevimiento que da la juventud.

—¡Hombre! Me gustaría volver a ver de nuevo el Sol y las estrellas, la verdad.

—¿Y si tuvieras que elegir?

—Los seres humanos perseguimos la libertad, el amor y la sabiduría. Si pudiesen cumplirse los tres objetivos en una expedición tan fantástica, sería un milagro. Pienso que no sería capaz de afrontar una aventura tan arriesgada que fuese imposible de todo punto el regreso. Otra cosa es que fuese soltero y sin familia, entonces, probablemente, aceptaría el costoso precio de la adquisición de sabiduría.

CAPÍTULO 3

EN UNA PLAYA DE LAS BERMUDAS

Los amigos de Santiago habían decidido marcharse a Alaska. En el viaje habían invertido todos sus ahorros de tres años y todas las ilusiones por ver un mundo salvaje y agreste.

Y aunque al ingeniero y geólogo le apetecía sobremanera hacer tan emocionante incursión en la naturaleza, se decidió por disfrutar de quince días de vacaciones con sus padres en las islas Bermudas.

Lucía, Julio y Santiago visitaron, en primer lugar, New York, y, después de tres largos días de caminatas sin descanso, tomaron un avión hacia las Bermudas.

Los dos primeros días los pasaron tumbados en una hamaca en Warwick Long Bay Beach. Cada uno tenía en sus manos la novela más gruesa que habían podido llevarse. Nada había para ellos como disfrutar de la lectura con el rumor del mar de fondo y bajo una buena sombrilla.

Lucía leía a Rosamunde Pilcher, más concretamente, **Septiembre**. Se había llevado tres novelas más de la misma autora.

Julio sostenía entre sus dedos **La caída de los gigantes** de Ken Follet, pero al lado de la hamaca, por si se lo leía en un día— se dijo temeroso de quedarse sin nada que leer: **El invierno del mundo**. De vez en cuando miraba a su mujer, y sonreía al observar que tenía una novela rosa y en las islas Bermudas... ingleses...

Santiago no solía leer mucho. Apenas tenía tiempo. Se compró, en New York, **Core** de Paul Preuss. Aunque había visto la película **El núcleo**, le interesaba la novela sobre la que se había basado el film que tanto le había gustado.

CAPÍTULO 4

PREMONICIÓN DE LUCÍA

—Ten cuidado —advirtieron sus padres a Santiago cuando salió a las siete de la mañana del cuarto día de vacaciones para hacer una bella excursión y bucear.

—Tranquilos, que ya no soy un niño —contestó con resignación y sonriendo.

Lucía y Julio estaban felices de ver que por fin su hijo haría algo que le gustaba de verdad: bucear.

—No te preocupes, que se cuidará —afirmó el padre.

—No sé. Lo veo tan niño, todavía.

—Sí, ¿verdad? —añadió el padre con fina ironía.

—Soso —contestó Lucía, sonriendo.

—Esto sí que es vida. Desayunar, cargar las hamacas, la sombrilla, los libros, y a contemplar el océano.

—Sin demasiados turistas en la playa.

—Es una verdadera suerte.

—Creo que Santiago va a conocer a alguna chica en estas islas —dijo premonitoriamente la madre.

—Pues vaya un problema.

—El amor no es siempre una cárcel, es también una gran bendición.

—No, si lo digo porque si tiene que venir todos fines de semana desde España hasta las Bermudas, no le llegará con el sueldo de novecientos euros.

—Gracioso.

—Bueno... como domina el inglés, seguro que podrá trabajar aquí, aunque sea de recogepelotas de golf.

—¿No tienes cosas más importantes que decir?

—Conocí a un compañero de colegio. Era cuando los americanos estaban en la base de Zaragoza. Se llamaba Gimeno, y era famoso entre nosotros porque le gustaba el culturismo. Algo inusual en los años sesenta. Además, era muy buena persona, y recuerdo que a veces nos traía alguna pelota de golf. Se hacía extraño. Todos los niños éramos hijos de labriegos. En España todavía existían los carros, los remolques, los burros y las mulas.

—No hace falta que me cuentes tu vida, que yo también he ido en carreta. Coge las hamacas y vamos, que se va el sol de la playa.

—A la orden, jefa.

—No me gusta que me digas jefa.

—Vale... tranquila.

—No me digas que me tranquilice, no estoy nerviosa.

—Bueno, pues... cojo las hamacas...

—Siempre igual. Dándome el día.

—Disculpa...

—Ya no hay remedio. Ya has medito la pata.

—Pero...si... mejor, me callo.

CAPÍTULO 5

SANTIAGO CONOCE A ELISABETH

El barco estaba lleno de buceadores jóvenes. Santiago ya no era un novato en el buceo. Tenía dos estrellas, y había pasado la difícil época de aprendizaje en la que a veces los nervios hacen que el buceador gaste antes de tiempo la reserva de aire. Siempre se le quedaría grabada la imagen de su primera gran inmersión. Nada menos que a veinte metros. Los nervios pudieron con él, y tuvo que ser ayudado por el monitor, que también le cedió parte del aire de su botella.

Casi todos los buceadores tenían pareja o algún amigo. Él había ido sólo, pero en absoluto sentía la soledad. Se conformaba con ver reír a los buceadores.

Había un grupo de chicos y chicas que eran especialmente bulliciosos. Entre ellos estaba Elisabeth.

En la primera inmersión, Santiago fue acompañado por uno de los monitores que a la vez observaba y vigilaba a los aficionados.

Santiago almorzó en compañía de tres monitores. Simplemente, les caía bien.

Elisabeth tenía el cabello dorado, caía sobre sus esbeltos hombros en forma de suaves tirabuzones al estilo "Alberto Durero". Llevaba varios años buscando algo, y todavía no lo había encontrado. Al final, casi era más difícil encontrar un ser humano con un bello corazón que descubrir las piedras preciosas más valiosas bajo la tierra.

Observó durante horas a Santiago. Y justo antes de la última inmersión se acercó a él.

–Hola.

–Hola –saludó con una enorme sonrisa Santiago.

–Eres español.

–¿Cómo lo has sabido? –le dijo con cierto tono de broma Santiago.

–Soy muy lista.

–Seguro. En mi acento, apenas se nota –sonrió el joven.

–Me llamo Elisabeth.

–Santiago. Encantado –dio la mano a la mujer.

–La última excursión es una cueva. Si no tienes compañero, me gustaría ir contigo. Mi amiga se ha cansado y dice que no quiere bajar.

Santiago la miró. La había observado durante todo el día. Era demasiado bella para él, se había dicho a sí mismo.

–Sería estupendo –le dijo mirándola a los ojos.

–Te he visto bucear y lo haces bien.

–Gracias.

–Me estás quitando un brillante alumno –bromeó el monitor.

–Te lo devolveré sano y salvo –respondió Elisabeth.

–Eso espero.

–¿Vamos? –sugirió la joven inglesa.

Santiago no se lo podía creer. Si existía el cielo debía ser, sin duda alguna, menos atractivo que Elisabeth. El corazón del ingeniero y geólogo iba a doscientas pulsaciones por minuto. Sinceramente, no se fijó mucho en las cristalinas aguas. Él siguió a Elisabeth y soñó. El agua de color azul índigo era armonía pura. Nunca le habían parecido las “profundidades” tan maravillosas. Se había enamorado en apenas unos segundos. Ella le sonreía.

–No puede ser tan sencillo –se decía una y otra vez a sí mismo–. Que sea lo que Dios quiera. Aunque dure una sola tarde, no importa. Que brille el amor.

Ambos emergieron al mismo tiempo en la gruta. Todavía les quedaba una hora de estancia para admirar las estalagmitas y estalagmitas.

–¿Te gusta?

–Nunca he visto algo tan hermoso –afirmó Santiago.

–Sigamos –indicó Elisabeth, sonriendo.

La inglesa caminaba como si hubiese recorrido aquellos lugares cientos de veces.

–Unos metros más adelante, a la izquierda hay que tener cuidado con la cabeza. La mayoría de las personas se dan un golpe con una estalactita. Es necesario avisar al que viene por primera vez.

Santiago resbaló y Elisabeth tendió la mano para ayudarlo a mantener el equilibrio.

–Cuidado –le dijo.

–Gracias –respondió el geólogo.

–Aquí hay innumerables cuevas, tantas que ni siquiera los monitores conocen su existencia –señaló hacia un lugar opuesto a un grupo de jóvenes.

–¿Por allí lejos?

—Ahí, a unos cincuenta metros, hay una pequeña abertura. Hasta ahora, a casi nadie se le ha ocurrido introducirse por ella, pues apenas si cabe una persona que sea delgada.

—¿Tú lo has hecho?

—Sí.

—¿Y tus amigos?

—De ellos, ninguno.

—¿Y yo, podría entrar?

—Creo que sí. Eres también muy delgado.

—Soy un poco miedoso —confesó Santiago.

—¿Confiarías en mí?

—Sí —afirmó el joven. Por aquella mujer se tiraría a un pozo sin fondo si ella le aseguraba que había una red para recogerle.

—Tenemos media hora —recordó la joven.

—De acuerdo.

Elisabeth dio la mano a Santiago. Esperaron a que los buceadores más próximos estuviesen alejados, y la inglesa se introdujo en la oscuridad.

—Vamos.

Había una ranura en una enorme roca. Santiago dudó.

—No te preocupes, confía en mí.

Por un segundo, el español pensó que aquello no podía acabar bien. Apenas conocía a aquella mujer. Quizás era una paranoica esquizofrénica que cazaba a insensatos como él. Tal vez no era buena idea hacer caso a una mujer con tan extraordinaria belleza. Cuando a alguien se lo ponían tan fácil, es que había gato encerrado. Titubeó durante unas décimas de segundo. Pero... ¿se podía dudar de la belleza del universo? Era verdad que algunas serpientes y animales venenosos suelen ser los más vistosos de la selva. ¿Era Elisabeth una serpiente venenosa que le atraía hacia algo desconocido y terrible?

—Voy —respondió Santiago, quien por primera vez en la vida dejaba su destino en manos de quien creía que era algo maravilloso y extraordinario.

Durante unos segundos sintió la opresión de la piedra sobre su espalda y sobre su pecho. Su cabeza apenas si cabía. Había tenido que introducirse haciendo varias contorsiones.

—Tranquilo, Santiago —tocó Elisabeth con la mano el hombro del joven—. Ya estamos.

Y así fue. La angosta grieta había desembocado en un pasadizo mucho más ancho. Ya no le oprimía nada. Era una oscuridad silenciosa, impresionante y sobrecogedora. Él era ingeniero y geólogo, pero nunca había hecho espeleología.

—Ahora te mostraré un secreto que casi nadie sabe, pero antes me tienes que prometer que no lo revelarás jamás, ni siquiera a tus seres queridos, y menos utilizarás para tu propio beneficio o abusarás de tan extraordinario regalo de la madre naturaleza.

—Te doy mi palabra, Elisabeth.

La mujer inglesa encendió una bengala y la lanzó unos metros más allá.

Si en aquel instante brillaron, cientos, miles de cristales multicolores, quizás fueron pocos.

Santiago no había visto nunca algo tan asombroso. Era como si multitud de estrellas brillasen resplandecientemente y, a la vez, cercanamente. Parecían estar al alcance de su mano.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Dios existe, verdad? —le preguntó la joven

—Creo que sí.

—Es hora de marcharse —sugirió Elisabeth.

La salida fue sencilla. Santiago caminó en silencio. No soltó la mano de Elisabeth hasta que llegaron al agua. No quería perder aquel regalo tan excepcional. Se preguntó si él también representaría para ella lo mismo que ella para él. La luz se abrió paso de nuevo sobre el agua.

Cuando emergieron a la superficie, Elisabeth observó a Santiago. Era muy probable que hubiese encontrado lo que hacía tanto tiempo que estaba buscando. Había superado un tercio de las pruebas. Por su parte, esperaba pacientemente. Ya eran varios los

jóvenes que habían llegado hasta ella, pero al final, todos habían caído en una u otra dificultad. En ningún caso había sido esquiva o reservada. Siempre les había regalado su bello y dulce amor. Otra cosa era que la respuesta hubiese sido de la misma calidad que ella había entregado.

Durante el regreso en el barco, el atardecer se teñía de color dorado. Elisabeth miraba al Sol. Su mano derecha estaba puesta en el hombro de Santiago. El joven no quería pensar en nada. Desde el momento en el que había confiado en ella, dejó de temer lo que podría acaecer en el futuro. El amor era un río de fuego que brotaba de su corazón y de su frente, y entregó su suerte a Dios. Fuese lo que fuese tan extraña palabra para él.

–La cueva de diamantes que me has mostrado es lo más maravilloso que he visto –comentó Santiago en voz baja.

–El diamante, la esmeralda, el topacio, el rubí, el zafiro, la malaquita, el berilo, la celestina, la calcita, el cuarzo, la selenita, la kunzita... son la expresión mineral del reino de los dioses –respondió Elisabeth.

Santiago miró sorprendido a la mujer.

–Ya sé que como ingeniero y geólogo que eres no crees en estas fantasías que parecen propias de **“Alicia en el País de las Maravillas”**

–Por supuesto que no creo en tales supersticiones. Mi mundo está formado por el rigor de los estudios científicos y la representación de la realidad mediante modelos de interpretación de la misma.

–Ya. Y sin embargo, la cueva de piedras preciosas ha hecho aflorar en ti algo dormido en el fondo de tu corazón.

–Normal. La belleza siempre nos sorprende.

–Te voy a demostrar que, tal vez, y solo tal vez, los científicos no llegáis todavía a interpretar la cierta parte de la realidad.

–No creo en algunas demostraciones. A veces la lógica puede ser aplastante, pero si no está basada en premisas correctas,

entonces, todo el razonamiento no es nada más que un almacén que lleva a la falsedad.

—Tienes razón. Simplemente te voy a exponer lo que puede ser y realmente es imposible de demostrar.

—Bien.

—Vamos a imaginar que un niño, desde pequeño comienza a estudiar música.

—Creo que tu argumento empieza como un cuento —sonrió Santiago.

—Estarás de acuerdo conmigo en que a lo largo de los años el cerebro y la mente de un niño que ha estudiado música y aprendido a tocar algún instrumento, por ejemplo el piano, no será el mismo que el de un pobre chiquillo que ha vivido toda su vida en los suburbios de una ciudad, no ha ido a la escuela y únicamente ha malvivido entre el barro y la suciedad, sin posibilidad de salir de una cárcel tan terrible.

—Supongo.

—Dicen que la mente también realiza o genera distintas ramificaciones cerebrales, gracias a la costumbre, dependiendo del tipo de estímulos a los que es sometida.

—Parece lógico.

—Imagina que se demuestra dentro de poco, pues estamos a pocos pasos de describir ciertos funcionamientos del cerebro, que gracias a la música, la electricidad, en forma de sensaciones agradables, reactiva ciertas neuronas y las hace resplandecer ininterrumpidamente.

—Entiendo.

—Y ahora imagina que tú eres una minúscula partícula que vive cerca de las neuronas situadas en la zona cerebral afectada por los inacabables sonidos que llegan desde el piano hasta el cerebro del mencionado estudiante.

—Sin duda, es de suponer que ejercerá un efecto, en principio, beneficioso.

—Y si tales neuronas y centros receptores transmutasen algunas micropartículas en algún tipo de materia más sutil, más

bella, más liviana, más resplandeciente, gracias a los impactos acústicos e imaginativos del estudiante de música, ¿no podríamos decir que esos minúsculos átomos, que ni siquiera los vemos con el microscopio, serían algo así como materia modificada y transmutada?

—Creo que podría ser.

—Entonces... si ahora trasladamos algo que ocurre en el microcosmos, un cerebro, al macrocosmos, un planeta como puede ser el nuestro... ¿no podría pensarse que la materia que ha sufrido cierto tipo de transformaciones debido al calor y la energía suministrada, además de un elemento X que no conocemos todavía, se convierte en piedras preciosas?

—Bueno. Lo que dices no es ningún misterio. Es el abecé de la ciencia.

—Ya. Pero lo que la ciencia estudia es la composición de los materiales, los compuestos químicos, las moléculas, los átomos. Dicho de otra forma. La ciencia estudia lo que ya ha sido creado, por denominarlo de alguna forma.

—Sí.

—Pronto el ser humano comenzará a crear materiales nuevos gracias a la nanotecnología.

—Así es.

—Pero la evolución ha seguido algún proceso por el que ha transmutado de materia grosera en materia más sutil.

—Claro. Gracias a los procesos derivados de la presión, el calor y también la forma de sedimentación.

—Sin embargo, la causa última no está determinada.

—No te entiendo.

—La causa por la que un cristal es verde y sólo verde, por ejemplo. O la causa original por la que el oro es oro... sinceramente ¿crees que está resuelta?

—Sabemos por qué el oro es oro. Por su composición atómica.

—Pero, creo que es posible afirmar sin desvariar mucho que todavía no sabemos por qué causa definitiva surgen vetas de oro, o cuevas de cristales en un lugar y no en otro.

—La causa es la concatenación de ciertos parámetros, que cuando se cumplen, acontece el nacimiento de una veta.

—Creo que si eres sincero contigo mismo y con todo lo que has estudiado, quizás debas admitir que el origen último de la causa de los elementos no está todavía demostrada.

—En lo que respecta a la Geología siempre trabajamos con hipótesis que deben llegar a ser demostradas. Y es cierto que esta ciencia es como el estudio de las consecuencias. Investigamos la corteza terrestre, que es el resultado de los movimientos más profundos del magma que aflora a la superficie y es erosionado por los diversos elementos atmosféricos.

—Ya.

—Pero lo que no entiendo es qué tiene que ver el niño que estudiaba música con la existencia de los cristales.

—Quizás has escuchado alguna vez que el origen del mundo está en el canto de los dioses.

—Algo me suena.

—¿Y si lo que determinase la creación de los distintos cristales fuese en última instancia el canto de los creadores?

—Vamos, Elisabeth.

—Ya veo que no te voy a convencer.

—No.

—Sin embargo, la luz y el sonido están producidas por ondas, y posteriormente estas ondas afectan a la materia.

—Dicho de una forma burda: sí.

—Bien. Luego no parecería imposible que algún tipo de energía procedente del cosmos se pudiese reflejar en la materia maleable y determinar la estructura de la misma. Dicho de otra forma. Tal vez, energías incomprensibles por el ser humano se sumergen en el océano de la materia terrenal y generan la multitud de formas del reino mineral.

—Creo que me estás liando —dijo sonriendo Santiago.

Elisabeth tomó la mano de Santiago. El barco estaba llegando al puerto.

—¿Recuerdas la visión de la inmensa geoda?

—Creo que sí.

—¿No te ha llamado algo especialmente la atención?

—Ha sido como una visión imposible.

—Pero... ¿no te han sorprendido ciertos colores?

Santiago se quedó pensativo.

—La multitud, la diversidad de colores...

—¿Sí? —preguntó con gran interés la mujer

—Eran... en conjunto...

Elisabeth escrutaba misteriosamente a Santiago.

—Eran como difuminadas franjas interrumpidas de colores.

Elisabeth le estrechó la mano fuertemente.

—¿Es eso lo que esperabas que dijese?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Es normal que tan extraordinaria gama de cristales esté reunida en un mismo lugar?

—En absoluto.

—¿Y cómo puede ser, señor geólogo?

—La formación de los cristales responde a un mismo patrón circunstancial. Por lo tanto es difícil que en un mismo lugar se den todas las circunstancias, coincidan todos los parámetros para que, dicho de una forma vulgar, una veta de oro, una de plata, las esmeraldas y los diamantes coincidan en un mismo espacio. Es algo prácticamente imposible, pues las diferentes génesis responden a distintas causas que no pueden coincidir a la vez en una misma ubicación.

—Ya.

—Entonces... ¿tu teoría es que algo así únicamente ha sido originado por el canto de los creadores?—preguntó Santiago.

Elisabeth sonrió. El barco estaba llegando a puerto.

—Quizás —respondió con mirada y sonrisa enigmática.

Los pasajeros se estaban levantando de sus asientos y enfilaban para descender.

—Te he confiado el secreto de la cueva. Por favor, no lo reveles a nadie.

—Te doy mi palabra.

—¿Hacemos la misma excursión dentro de dos días? —le sugirió Elisabeth.

—Sería maravilloso.

Elisabeth besó la mejilla de Santiago y se fue con sus amigos. Estaban esperando en el muelle junto a las escalerillas.

CAPÍTULO 6

PREGUNTAS DE PADRES

En el autobús desde Hamilton a Warwick, Santiago se sentía flotar. Si le hubiesen dicho que era una nube blanca, vaporosa, enorme cual gigantesco cúmulo reflectante por los últimos rayos de una puesta de sol, no lo habría negado. Si le hubiesen asegurado que era una inmensa catarata de agua que se deja caer, y respirando el aire que atrapa, se sumerge bajo las cristalinas aguas de un lago para emerger posteriormente como un ángel que zigzaguea entre las penumbras de un gigantesco bosque de álamos plateados a la luz de la luna, habría asentido. Si le hubiesen intentado convencer de que era un rayo de luz que partiendo del Sol recorría todo el Sistema Solar y se transformaba en una banda de colores cual si se tratase de un infinito arco iris, no habría opuesto ni la más mínima resistencia. Si le hubiesen confirmado que era etéreo como el aire que todo lo penetra y se introducía por cada una de los minúsculos poros de su bella amada... habría respondido que aquello empezaba a explicar el extraordinario estado de arrobamiento en el que se había visto sumergido.

El autobús se detuvo. Sonriendo, como un tonto enamorado, caminó hasta Warwick Long Bay donde todavía

estaban sus padres despidiendo a los últimos tonos dorados y azules del atardecer.

–Hola –saludó Santiago.

–¡Hombre, el buceador! –exclamó el padre.

–Ya era hora, don ingeniero, –le saludó Lucía.

–Cualquier día el conductor de la máquina que limpia la playa se os llevará. Pensará que sois material de reciclaje.

–¿Qué tal ha ido? –preguntó Lucía, sabiendo que algo pasaba.

–Genial.

–¿Ha merecido la pena la excursión? –preguntó Julio.

–Mejor de lo que me imaginaba.

–Has visto las cuevas.

–Sí. Maravillosas.

–¿Y? –preguntó Lucía.

–Vale, mamá. Ya sé lo que quieres decir.

–¿Has hecho amigos? –preguntó la madre.

–No disimules, mamá. Ya sé que en lugar de amigos quieres saber si he conocido a alguna chica.

–¿Yo? –fingió con cariño Lucía.

–Deja al chico. Está muy bien como está.

–De eso nada. Sabes que una mujer en la vida siempre es un tesoro.

–Sí. Por eso hay cerca de un cincuenta por ciento de divorcios y separaciones –respondió el padre.

–Todas mujeres no son iguales.

–¡No! –respondió con fina ironía el padre.

–Hay matrimonios que duran toda la vida.

–¡Sí! –respondió con guasa Julio.

–Menos mal que todos los hombres no son como tú.

–Ya, ya –añadió sonriendo el padre.

–Eres un antiguo.

–Sí. Lo que te digo.

–Pues sí. Ahora los jóvenes tienen más libertad.

–Si te digo que sí, mujer.

–No, no me dices que sí. Me estás diciendo que no.
 –¿Yo?
 –Sí, tú.
 –Yo he dicho que sí.
 –No. Tu has dicho que no.
 –Disculpa. Una s y una i más un acento ortográfico o tilde para diferenciarlo del condicional es sí.
 –Ya. Pero has dicho que sí queriendo decir no.
 –No. Yo he dicho sí con retintín, simplemente.
 –Pues eso.
 –No. Yo no he dicho que no. Lo que he intentado expresar es un sí dubitativo, o sea, dudoso.
 –Ya no sé lo que me digo –dijo la madre.
 –¿Ves? Lo que yo te decía.
 –Bueno. Que las mujeres de hoy son más libres y no tienen por qué acatar las órdenes de sus maridos. Y punto –terminó Lucía.
 –Pues lo que yo decía, que sí.
 –¿Puedo hablar? –preguntó Santiago con chispa.
 Lucía miró a Santiago. Ya sabía lo que le iba a decir.
 –La excursión ha sido extraordinaria, pero tal vez, lo mejor es que he conocido a una chica.
 –¡Bien! –gritó la madre.
 –Seguro que es inglesa.
 –Sí.
 –Lo que te decía esta mañana –dijo sonriendo Julio a Lucía.
 –¿Es guapa? –preguntó con curiosidad la madre.
 –Sí, pero ya vale. Que apenas la conozco de un día.

CAPÍTULO 7

GASTRONOMÍA TRADICIONAL ESPAÑOLA

Durante toda su vida, Santiago había sido un hombre equilibrado. Es cierto que había pasado malos momentos como todo el mundo. Nadie hay en el mundo que se libre de vivirlos. Si los seres humanos más sabios que han existido, como pudieron ser Buda y Cristo, sufrieron penurias, aunque en muchas ocasiones fueran voluntariamente, ¿qué podríamos decir de los demás mortales como Santiago? En verdad muy poco. El mal existe porque estamos vivos. Tener un sistema nervioso es sinónimo de conciencia, de sabiduría y de conocimiento tanto del placer como del dolor. Es algo intrínseco a la constitución humana. Acrecentar la conciencia es sinónimo de experimentar el frío y el calor, o dicho de otra forma, percibir una cierta gama de vibraciones que por un extremo queman y por el otro congelan. En el intervalo entre los dos extremos está la sabiduría. Por lo tanto, experimentar y aprender lleva implícito el contacto con toda la gama de vibraciones que estén dentro de las capacidades de un ser humano. Pero a partir del momento en el que Santiago estableció contacto con Elisabeth, todo cambió en su interior. Estaba más contento, alegre y dicharachero de lo que nunca habían visto sus padres.

Lucía y Julio se miraban.

—Parece que Cupido ha hecho su trabajo —le dijo el padre a la madre.

—Ya lo creo. Está irreconocible.

—¿Qué decís? —les preguntó Santiago.

—No. Que este lugar es extraordinario.

—Este es un mundo de ángeles —añadió Santiago mientras se iba al salón.

—¡Madre, cómo está! —exclamó Lucía.

—Esperemos que la chica valga la pena.

—Seguro. Santiago no es tonto.

—Sería estupendo.

—¿Pero no te quejabas de las mujeres?

—Bueno. Es normal quejarse de todo, ¿no?

—Anda, bate los huevos, que las patatas ya están casi.

Los tres salieron al porche y disfrutaron de una extraordinaria tortilla de patata. Estaban lejos de España, lo que no era obstáculo para disfrutar uno de sus platos favoritos.

—Todavía recuerdo la tortilla de patata para la que utilicé una docena de huevos —comentó Julio mientras cenaban.

—Estuviste casi un año sin volver a intentarlo.

—Lo más importante para hacer una perfecta tortilla de patata es tener una buena sartén que no tenga ni el más mínimo araño, y que no se quede pegado en el centro.

—Dijiste algo también de la calabaza... intentaba recordar Santiago.

—Tienes que aprender a hacerla para cuando vengas a casa con la inglesa.

—El chico ya sabe cómo se hace.

—Primero, recuerda, se pelan las patatas.

—¡Qué gracioso!

—A ver, demuéstrame que sabes hacer una tortilla de patata —desafió Julio a su hijo.

—Primero, se pelan las patatas.

—¡Bien! —ya veo que eres todo un experto.

—Luego se cortan a rodajas finas y se echan a la sartén, con aceite, a ser posible de oliva.

—Sigue, hijo. Vas por buen camino.

—Mientras se fríen las patatas se pela y se corta a trocitos una cebolla, y si lo deseas una calabaza.

—Recuerda. A veces echar demasiada calabaza hace que no quede bien la tortilla.

—Sí, papá.

—Siempre dices lo mismo, Julio. Eres un pesado.

—¿El fuego?

—Al principio fuerte, y después más lento cuando ya está dentro la cebolla.

—¿Y después?

—Se baten entre seis y nueve huevos, dependiendo de la sartén, y cuando las patatas y la cebolla están doradas, se extraen, procurando que tengan poco aceite, y se vierten en el recipiente donde están los huevos.

—¿Sí?

—Se quita el aceite de la sartén, si hay mucho, se deja lo justo para que no se pegue la tortilla, y se vierten las patatas y la cebolla diluidas en los huevos batidos. A fuego lento se va dorando y compactando. Al cabo de un rato, se pone un plato sobre la sartén, se le da la vuelta a la tortilla, se deja sobre el plato y de nuevo se vierte en la sartén para terminar y tostar la otra cara.

—Genial —dijo sonriendo Julio.

—¿Ves como sé hacer una tortilla de patata?

—Todo muy bien —respondió el padre.

—Creo que os ha faltado algo, listos —añadió Lucía con fina ironía.

—Ya hemos dicho que también se puede poner un poco de calabaza —respondió Julio.

—¿Y la sal?

—¡Dios, qué fallo! —exclamó Santiago.

—Yo ya me había dado cuenta —bromeó Julio—, lo que ocurre es que no lo había dicho para ver si estabais atentos.

—Papá, pediré un taxi a Hamilton esta noche.

—¿Verás a la inglesa?

—No sé. No hemos quedado, pero tal vez tenga suerte y esté por allí.

—Sobre todo...

—Sí, mamá. No beberé alcohol.

Lucía y Julio estaban felices. Por fin su hijo parecía haber encontrado el amor.

CAPÍTULO 8

NOCHE EN HAMILTON

Santiago no sabía lo que le iba a deparar aquella noche. Era muy probable que ni siquiera viese a Elisabeth, pero no podía quedarse quieto en el apartamento. Necesitaba volver a verla, comprobar que era verdad lo que aquella tarde le había revelado la excursión.

La gente paseaba tranquilamente por la zona del puerto. Turistas de todas clases. Un descomunal crucero parecía que había aportado una enorme cantidad de visitantes. Perdido entre la multitud, intentó disfrutar del bullicio de la muchedumbre. Muchas parejas jóvenes con niños pequeños disfrutaban de aquellos días de verano. Sin duda alguna, todavía había dinero en aquella parte del mundo. El lujo se palpaba. Ingleses y americanos, se decía a sí mismo, altos, rubios, adinerados, despreocupados, en bermudas, nunca mejor dicho, y con las manos en los bolsillos.

Todos ellos parecían felices. Él también lo era, o lo había sido hasta aquella misma noche. Ahora que se había enamorado, penaba por la ausencia de su amada. ¿De su amada? –se dijo– creo que estoy enfermo.

No había duda. Estaba enfermo de amor. Apenas unas horas de separación, y ya necesitaba imperiosamente ver a Elisabeth de nuevo. Pero... le asaltaban las dudas. ¿Y si ella no quiere volver a verme? ¿Y si tal vez tiene novio? ¿O si tiene ya esposo? En ningún momento le había dicho que no lo tenía. Pero... le había dado la mano. Había visto la luz en sus ojos. La sensación que le había envuelto estando junto a ella no era ningún espejismo. Las oleadas de cálida luminosidad que había sentido en su alma no podían ser reflejo de algo falso...

Pero... ¿y si ella era rica o hija de algún político de renombre? Él no era nada más que un mileurista (y gracias) empleado español, de la miserable y paupérrima España que había

gastado todos sus ahorros de un año en llegar a aquella isla. Él era un ser humano suficientemente culto y educado. No tenía sangre azul (financiera) en las venas, pero su corazón y su alma volaban como el de cualquier lord inglés. Seguro que ella no era rica, ni pertenecía a ninguna familia que tuviese varios apartamentos en Trafalgar Square. ¿Y si trabajaba de camarera? Santiago deambulaba en la oscuridad de las calles cuando una voz le llamó por su nombre.

—¿Santiago?

El joven se volvió. Un hombre alto, de casi dos metros, pelo rubio, ojos azules, cercano a los sesenta años, vestido con indumentaria marinera, una señora rubia y al lado ella: Elisabeth.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Elisabeth.

—Paseaba.

—¿Buscabas a alguien?

—Sí —dijo tímidamente Santiago.

—¿A quién?

—A ti.

—Te presento a mis padres.

—Encantado —dijo el hombre alto dándole la mano.

—Elisabeth nos ha hablado mucho de ti. —añadió la madre besándole en ambas mejillas.

—Vamos a tomar algo. ¿Quieres venir? —le sugirió el padre.

Santiago miró a Elisabeth. Ella le dio la mano y le animó.

—Vamos.

Santiago no pensó nada, tampoco dudó. La situación era un poco extraña, pero había andado buscando a Elisabeth y ahora ella estaba allí. La luz de la vida llenaba de nuevo su corazón, y ella lo sabía.

Los cuatro se sentaron en una terraza. El camarero les conocía.

—¿Lo de siempre señor Scott?

—¿Qué deseas, Santiago? —preguntó al joven.

—Un batido de chocolate.

Elisabeth sonrió.

–¿No prefieres un whisky?

–No suelo beber alcohol. Además, tengo que regresar al apartamento.

–Para mí, lo mismo –indicó Elisabeth.

–¿Te gusta la isla? –preguntó la madre.

–Es maravillosa.

–Nos ha comentado Elisabeth que eres ingeniero mecánico y geólogo –añadió el padre de Elisabeth.

–Así es, aunque ahora estoy trabajando más como geólogo. Hago estudios sobre aguas subterráneas.

–Imagino que en España puede llegar a ser importante el estudio del agua subterránea.

–Este año ha llovido en España como no lo hacía desde 1947 aproximadamente, pero hay veces en que numerosos pueblos del interior no tienen agua ni siquiera para lo más elemental.

–En Reino Unido siempre está lloviendo. El agua, afortunadamente, es un bien muy abundante.

–Mis padres lo han visitado varias veces. Me comentaron que una vez que estuvieron allí, los británicos estaban muy preocupados porque llevaban un mes sin llover.

–Tal vez fue en la década de los ochenta. No suele ser muy habitual.

Hubo un silencio que aprovechó para preguntar la madre de Elisabeth.

–¿Por qué habéis venido a Bermuda?

–Tal vez no se lo creará, si le digo la razón –contestó sonriendo Santiago.

–Imagino que no habrá sido por los campos de golf.

–Me da un poco de reparo comentarlo.

–¿Por qué habéis venido aquí, Santiago? –preguntó con una sonrisa cariñosa Elisabeth.

–Por lo del triángulo de las Bermudas.

Los tres sonrieron.

–Ya sabía que les haría gracia.

–No sois los únicos, Santiago.

—¿No?

—Por supuesto que no. Siempre hay algún aventurero que espera ser engullido por la niebla y sueña con pasar a otra dimensión —contestó amablemente la madre de Elisabeth.

—Entonces... me consuela una poco.

—Si te apetece, mañana saldremos unas horas a navegar —le ofreció Scott.

Santiago miró a Elisabeth. Sonreía.

—Sería maravilloso.

—Me llamo John.

—Me encantaría... no se atrevió a decir: John.

—Mi nombre es Rosamunde —le dijo la madre de Elisabeth.

—La escritora favorita de mi madre.

—Bueno, mi marido y yo no somos escritores, pero ambos tenemos nombres de “ilustres escritores” —sonrió la esposa de Scott.

—Rosamunde Pilcher y Sir Walter Scott

—Veo que conoces algo de la literatura inglesa.

—No me pregunte, no sé muchos más.

—Seguro que te suena alguno.

—Tenía aproximadamente trece años —continuó Santiago—, estaba en segundo de bachiller. Me gustaba la literatura y quería lucirme delante del profesor. Y había un tal Shakespeare inglés.

—No te entiendo —indicó John Scott.

—Yo no sabía la pronunciación inglesa. Así es que me pasé casi una hora aprendiendo a pronunciar Shakespeare.

—Ya... lo pronunciabas como si fueran fonemas en español.

—Eso es. El profesor pidió voluntarios. Como me quería lucir delante de todos los alumnos, y estaba seguro que lo sabía muy bien, salí a la pizarra.

—¿Y qué pasó? —preguntó Elisabeth.

—Yo dije en voz alta todo orgulloso: WI-LLI-AM SHA-KES-PEARE. Y toda la clase se echó a reír. Luego me enteré que en inglés se pronunciaba "SHESPIR"

—¿Tanto se rieron?

–Mucho, aunque no me importó, ni sentí demasiada vergüenza. Éramos todos muy amigos.

–Cuando aprendemos un idioma distinto al nuestro, es bueno no tener miedo de equivocarse en la pronunciación –añadió Rosamunde.

–Ustedes hablan muy bien el español.

–Nos defendemos –respondió con sencillez Rosamunde.

–A los españoles nos cuesta más aprender un idioma.

–Es algo que hemos notado a menudo. Pero, lo que importa es el corazón, ¿no crees Santiago?

–Para mí es más importante la inteligencia.

–¿Qué sería de la inteligencia sin amor, Santiago? –preguntó Rosamunde mirando a Elisabeth.

–Creo que tiene razón. Inteligencia sin amor sería sinónimo de soledad.

–Así es. ¿De qué nos serviría ser los más inteligentes del mundo si no hubiese alguien a quien amar?

–El amor es como una piedra preciosa. Da brillo a la vida –continuó Santiago al recordar lo que sentía por Elisabeth.

–El amor es lo que el ser humano persigue desde que nace hasta que vuelve a nacer.

–Bueno... eso ya es más difícil de comprender para mí –reconoció Santiago.

–Mamá, se está haciendo tarde –indicó Elisabeth.

–Tienes razón. Nos tenemos que levantar a las cinco.

–Te acompaño hasta el taxi –sugirió Elisabeth.

–Gracias –se despidió Santiago.

–Les has encantado –dijo Elisabeth dándole la mano.

–¿De verdad?

–De verdad.

–Disculpa si tal vez he sido algo inoportuno.

–En absoluto, Santiago. Has sido muy espontáneo.

–Estaba en casa y no podía estar quieto. Necesitaba verte, Elisabeth.

–A mí me pasaba lo mismo –respondió ella.

—¿Mañana en el puerto? —preguntó Elisabeth a Santiago al llegar junto a la parada de taxis.

—¿A qué hora?

—¿Te va bien a las siete?

—¿De la mañana?

—Claro.

—¿En el club náutico?

—Sí.

Elisabeth leyó los ojos de Santiago. Le besó en los labios.

—Hasta mañana, Santiago.

—Hasta mañana, Elisabeth.

La joven se perdió entre la cantidad de viandantes. Santiago no sabía qué pensar. Sentía el fuego en su corazón, y le dio miedo. No sabía que el amor podía llegar a quemar. La paz interior que solía poseer se había desvanecido. La armonía, la belleza y la bondad parecían depender ahora de Elisabeth.

CAPÍTULO 9

LA CHALUPA

—Vamos a tener que verte en vídeo —le había dicho Lucía cuando ella y Julio se despidieron de él.

—Vale, ya os mandaré uno.

Para los padres nada había como la felicidad de su hijo. No necesitaba verle mucho, solo de vez en cuando. Saber que era feliz bastaba. La vida transcurría rápidamente. Parecía que hacía apenas unos días que Santiago jugaba en la playa con sus primos. Y ahora, ya era todo un hombre. Era como si nunca hubiese sido un chiquillo. En cierto modo, la infancia de su hijo parecía estar perdida entre las brumas de un nebuloso pasado.

Elisabeth permanecía de pie. Vestía sencillamente. Una blusa blanca y un pantalón corto del mismo color. Sonreía.

Santiago llevaba una pequeña mochila. Tímidamente acercó la cara a Elisabeth y se besaron como si se tratase del saludo de dos conocidos.

–Espero que te guste el barco.

–Estar contigo es todo lo que deseo.

Mientras caminaban por los muelles, Santiago intentaba adivinar cuál sería el barquito de Elisabeth. Probablemente sería alquilado. De cuatro o cinco metros de eslora. Lo justo para alejarse unas millas del puerto, sentir la brisa del amanecer y regresar. Se equivocó. Era una pequeña chalupa.

–Sube –le indicó Elisabeth.

–¿Aquí? –preguntó sorprendido Santiago.

–Sí.

–Es un poco pequeña si tienen que venir tus padres, ¿no crees? –bromeó él.

–¿Esperabas un barco más grande?

–No sé... quizás uno de cuatro o cinco metros de eslora.

–Ya –sonrió Elisabeth.

–Por otro lado, mejor. Así estaremos más cerca.

–Me gusta la idea.

–A mí también.

–Yo llevaré el timón, tú coge los remos.

Santiago miró a Elisabeth.

–Siento que te haya decepcionado mi barco.

–Bueno... tampoco es para tanto. Yo no tengo ninguno.

–Lo importante es que estemos juntos, ¿no?

–Por supuesto, Elisabeth –respondió a la joven sintiendo que el corazón se le iba a escapar en cualquier momento.

–Cuando demos la vuelta al muelle, veremos a mis padres. Nos están esperando.

–Lo que no sé es cómo vamos a ir los cuatro.

–Todo se arreglará, no te preocupes.

–Imagino que estarán esperándonos en las rocas del rompeolas.

–Exactamente –afirmó fingiendo la inglesa.

–Bien. Esperemos que aguante la chalupa.
 Viraron a babor y en las rocas no había nadie. Cien metros más adentro había un gran yate de color metálico.
 –Jolín. Eso es un barco de verdad –bromeo Santiago.
 –No sabía que fueses tan chistoso.
 –Se hace lo que se puede.
 –Mira, allí están mis padres.
 Santiago miró a las rocas, pero no vio a nadie.
 –Nos están saludando.
 El joven escrutó en el rompeolas. Siguió sin encontrar a Rosamunde y Scott.
 –Estás mirando en la dirección equivocada –le corrigió Elisabeth.
 –¡Dios! ¡No puede ser!
 –¿Te parece pequeño?
 –Parece un submarino... o una nave espacial. Pero... ¿no es de tus padres, verdad?
 –Sí.
 –Tierra, trágame –susurró Santiago mientras ascendían la escalerilla.
 –Hola Santiago –saludó cariñosamente Rosamunde.
 –Hola –respondió tímidamente.
 –Siento que hayas tenido que sufrir la pequeña broma de la chalupa –le dijo sonriendo John Scott.
 –Elisabeth ya me había convencido de que navegaríamos los cuatro en la pequeña barquita.
 Sonrieron los tres.
 –¿Te gusta el Starlight? –preguntó Scott
 –Nunca había visto nada igual.
 –El diseño es de un ingeniero sueco, aunque el material lo hemos fabricado nosotros mismos.
 –Es impresionante.
 –Materiales nanotecnológicos.
 –Pensaba que no se fabricaban a gran escala.
 –Siempre hay una primera vez para todo.

–¿Quiere decir que este barco es el primero que se ha construido con “materiales de laboratorio”?

–Sí.

–¿Paneles solares?–preguntó Santiago indicando con la mano.

–Además, es capaz de utilizar la fuerza del viento y de las olas.

–¿Alguna sorpresa más? –preguntó sonriendo Santiago.

–Bueno. Creo que es hora de desayunar –interrumpió la conversación Elisabeth. Parecía como si hubiese salvado a su padre de decir algo que no debía anticipar.

–Por cierto –sugirió Scott–, si te animas, podríamos prolongar la travesía durante unos días.

–Mis padres esperan que regrese esta noche.

–Les puedes llamar –sugirió Rosamunde– o mejor... se lo podemos decir a ellos en persona. Incluso, si les apetece venir con nosotros, hay camarotes libres.

–Quizás es demasiado. Parecería un abuso de su hospitalidad.

–En absoluto –recalcó Scott.

–Creo que es una excelente idea –animó Elisabeth a Santiago.

El joven lo deseaba pero...

–Mira –continuó Elisabeth– como tenemos que rodear la isla, recogemos a tus padres en Warwick Long Bay Beach.

–Quizás es excesiva molestia.

–No se hable más –asintió Elisabeth–. Si tus padres quieren venir, están invitados, si por el contrario desean descansar, se quedarán tranquilos al ver que estás en buenas manos.

–De acuerdo.

–¡Bien! –gritó Elisabeth.

CAPÍTULO 10

SANTIAGO PRESENTA A ELISABETH

—¡Qué extraño! —exclamó Julio Ríos mientras se levantaba de la hamaca.

El helicóptero aterrizó a unos cincuenta metros del lugar en que se encontraban los padres de Santiago. Ambos observaron cómo bajó del aparato su hijo junto a una bella mujer. El corazón de Lucía no pudo resistir una escena tan perfecta y se tradujo en lágrimas que se deslizaron por sus mejillas hasta diluirse con las olas del océano.

—Hola —saludó como si nada Santiago.

—Hola —dio la mano Elisabeth a Julio y besó a Lucía.

—Es Elisabeth.

—Mis padres desean invitarles al barco —señaló Elisabeth el pequeño punto que se divisaba desde allí.

—No sé —contestó pensativo Julio mientras pedía la aprobación de Lucía.

—Anímate, mamá. Es un barco maravilloso.

—Prefiero la playa, soy propensa a marearme.

—Mamá, van a ser varios días.

—No te preocupes por nosotros, Santiago. Estaremos encantados de saber que tienes una compañía tan bella.

—Pero...

—Verte con Elisabeth es el mayor regalo que nos puede dar Dios —respondió Lucía.

—Apenas me conoce —se disculpó la inglesa.

—El brillo de tus ojos no mienten —respondió la madre de Santiago.

—Entonces... ¿no les podemos convencer?

—No os preocupéis por nosotros —añadió Julio.

Santiago abrazó a sus padres.

—Nos vemos.

–Creemos que la travesía va a durar entre cinco y siete días –añadió Elisabeth mirando a Santiago por si ponía alguna objeción.

–Tranquilos. Disfrutad –respondió Lucía.

Elisabeth y Santiago dieron media vuelta y se dirigieron hacia el helicóptero. La joven inglesa tomó la mano del geólogo español. Unos pasos más allá, rodeó el torso de Santiago con su brazo e inclinó la cabeza sobre el hombro.

Lucía y Julio observaron atónitos cuando despegó el helicóptero y se dirigió hacia el punto lejano.

–Creo que vamos a tener que comprar más novelas para estas vacaciones –se expresó como si nada Lucía, haciéndose la fuerte.

–Es peor de lo que imaginaba. Con novecientos euros al mes, Santiago tendrá que venir desde España todos fines de semana e invitar a la novia a tomar un refresco. No sé...

–Deja ya de decir tonterías.

–Y con lo que le sobre podrá llenar el depósito del helicóptero.

–Es imposible decir más estupideces por minuto –añadió la mujer

–Pues imagina si tienen hijos y los llevan a colegio de pago.

Al final, Lucía echó a reír, le dio un cachete en la cabeza y miró al horizonte. El punto se desplazaba en dirección sur.

–El agente 007... un aficionado... en comparación de Santiago –añadió Julio.

–En eso te doy la razón. Una rubia, un helicóptero y un barco...

–¿Crees que la inglesa hará separación de bienes?

–No, por favor... ya basta

–Luego no digas que no hablo –finalizó Julio

Lucía miró a su marido, sonrió y prosiguió con las aventuras de Rosamunde Pilcher.

CAPÍTULO 11

EL INTERIOR DE LA TIERRA

—No teníamos pensado navegar durante este mes —comentó Scott mientras desayunaban los cuatro.

—Me alegro de que hayan cambiado de opinión —respondió Santiago—. Espero no haber sido yo el causante de su cambio de planes.

—Pues sí —contestó con una bella sonrisa Elisabeth.

—Soy inmensamente feliz, pero, de verdad, no es necesario que me dediquen tanto tiempo.

—Tal vez, sí —indicó Rosamunde.

—Por Dios, no digan eso. Harán que me sienta demasiado responsable.

—Confiamos en ti, Santiago —añadió Elisabeth.

—Creo que habría preferido continuar en la chalupa.

—Pero... conmigo, ¿no? —preguntó con cariño Elisabeth.

—Por supuesto.

—Hemos decidido, si tú lo deseas, ir a la fosa de Puerto Rico —dijo Scott.

Santiago miró a John, a Rosamunde y a Elisabeth. Apenas creía lo que decían.

—Sería maravilloso, pero de verdad, no se molesten por mí. Solo soy un humilde becario español que no sabe si le renovarán la beca dentro de unos años.

—¿Ves como tenemos motivos para confiar en ti? —dijo tomándole la mano Elisabeth.

—Es muy difícil para nosotros, debido a nuestra situación de privilegio económico, encontrar personas que posean un corazón sano y una mente desarrollada —comentó Scott.

—¡Soy tan poca cosa en la sociedad!

—¿Y eso te importa? —preguntó Elisabeth.

—En absoluto. Soy feliz... bueno... era menos feliz antes de conocerte a ti.

—¿Deseas hacer el viaje a la fosa de Puerto Rico, sí o no?

—Me encantaría.

—Bien. Entonces no hay que dar la vuelta —aseveró con énfasis Rosamunde.

—¿Puedo preguntarte algo, como geólogo que eres? —habló Scott.

—Por supuesto.

—¿Es posible un viaje al centro de la Tierra a través de algún tipo de túnel?

—Las distintas capas del interior de la Tierra, como son la litosfera, separada de la astenosfera por la discontinuidad de Mohorovicic, la mesosfera, el núcleo externo separado por la discontinuidad de Lehmann del núcleo interno están muy estudiadas por los sismógrafos.

Las ondas P pueden atravesar líquidos pero se desvían en el camino una gran cantidad de ellas. Por lo tanto, se hace difícil afirmar que estamos hablando de una ciencia exacta. Las ondas S todavía lo tienen peor, pues, al no ser capaces de atravesar partes líquidas, generan sombras mucho más anchas. Dicho de otra forma. Si existiesen algunos pequeños canales sólidos, semisólidos, líquidos, e incluso gaseosos, algo aparentemente imposible, que llegasen en forma de zigzag desde la litosfera hasta el núcleo, de momento, serían indetectables. Otra cosa sería si todas las ondas emitidas por un terremoto llegasen a su destino. Por lo tanto, si bien podemos afirmar que la composición general de la Tierra es tal y como se supone, sin embargo no existe, todavía, forma humana de saber si una pequeña franja de ondas se ha cortado debido a los supuestos canales.

—Quieres decir que si hubiese un canal perpendicular desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, podría ser detectado.

—Claro. Puesto que las ondas S no atraviesan líquidos, en el hemisferio opuesto al epicentro no se detectarían ondas del tipo cizalla. Conclusión: una pared líquida se estaría interponiendo entre el punto de origen y el sismógrafo de destino.

—¿Y el mar interior que proponía Jules Verne? —preguntó Elisabeth

—Personalmente, creo que puede haber enormes cuevas internas en la litosfera, incluso en la astenosfera. Algunas bolsas de agua, pero no parece lógico que exista un océano tan enorme como el que se propone en *Viaje al centro de la Tierra*, porque se habría detectado que gran cantidad de las ondas de tipo S se habrían perdido también.

—Parece razonable lo que dices —respondió Scott.

—De momento, creo que el viaje al centro de la Tierra, o hasta el núcleo, que se propone en la novela *The Core*, no es posible. No imagino una nave que pueda soportar la presión inimaginable que se supone existe en el interior.

—¡Entonces... no podremos aventurarnos en un viaje tan extraordinario! —exclamó Elisabeth.

—Hoy por hoy, no creo que esté la nanotecnología tan avanzada como para fabricar una máquina tan resistente.

—Pero si existiesen canales de acercamiento desde la litosfera al núcleo de la Tierra, así como corrientes ascendentes y descendentes de magma, todo sería más sencillo.

—Aun así, ¿cómo se iba a evitar el calor interno y la presión?

CAPÍTULO 12

PROFUNDO AMOR

—¿Qué es lo que hace que un ser humano necesite amar? —preguntó al atardecer Elisabeth a Santiago mientras el Sol se ocultaba tras el horizonte, hacia donde ambos miraban desde la barandilla.

—Tal vez es una pregunta imposible de responder —contestó Santiago.

—Tú eres ingeniero y geólogo. Has estudiado durante toda tu vida el comportamiento de la materia.

—Todo el conocimiento que he acumulado a lo largo de los años apenas si araña un gramo de sabiduría —dijo humildemente Santiago.

—En mi caso siempre he necesitado expresar mis sentimientos a través de la música, de la pintura, de la escultura y de la literatura. He buscado sin descanso en la religión y en la filosofía, pero ambas no explican todo, mejor dicho, casi nada.

—Quizás es que el ser humano es algo incompleto —dijo Santiago sin saber realmente qué podía significar aquella enigmática frase.

—Puede ser que sea así. Cuando parece que tenemos todo, siempre necesitamos algo más. Mis padres me aman, mis amigos me quieren, yo les amo también, y sin embargo, todavía añoro algo más.

—Mi vida también ha sido así hasta que te he conocido —se atrevió a expresar Santiago.

Elisabeth se incorporó, Santiago también hizo lo mismo. Los brazos de la bella inglesa abrazaron el torso de Santiago, apoyó su cabeza sobre el pecho del joven, quien la rodeó con su brazo izquierdo y acarició la dorada melena rizada de la muchacha.

—Eres el primer hombre que me abraza con tanto amor.

—Mi corazón rebosa felicidad, Elisabeth. Solo expreso lo que me dicta.

—¿Sabes? —continuó la joven mientras ambos se reclinaban de nuevo en la barandilla.

—Dime.

—He conocido a varios buceadores. A dos de ellos les conduje a la cueva de piedras preciosas, pero no se atrevieron a entrar, no confiaron en mí tal y como lo has hecho tú. Pensaba que ya nunca encontraría a alguien que me amase con el corazón.

—Yo... tengo que confesarte que soy un inexperto en el amor. Nunca he salido con una mujer.

—Pero... en la universidad... ¿conocerías a alguna chica?

–Sí. Sin embargo, no sé la causa, ninguna se enamoró de mí. Parecía que buscaban alguien más apuesto, más inteligente más... Realmente, no sé qué es lo que perseguían.

–Creo que no vieron el interior de tu corazón.

–Ya estaba pensando que nadie me amaría en el mundo.

–Tus padres te quieren, Santiago.

–Disculpa, me refiero a alguna mujer.

–Yo me he enamorado de ti. ¿Crees que te será suficiente?

–Mucho más que eso. Tú eres el aire que respiro, la luz que llena mis ojos, el calor que disuelve el frío de mi soledad.

–¿Sabes por qué los hombres y las mujeres se buscan?

–¿Porque desean completarse?

–¿Ya... como si fuesen enlaces químicos?

–Supongo.

–No has recibido una educación demasiado mística.

–Debe ser.

–¿No crees en el mundo de las almas?

–Una vez hablé con un estudiante de química.

–¿Sí?

–Me dijo: Dios es como el mercurio. Los seres humanos son como las diminutas gotas que se separan y luego se unen en un mismo conjunto.

–Tal vez es una comparación muy acertada.

–No sé, Elisabeth. La ciencia nunca me ha hablado de Dios. La evolución, la causalidad, la estadística...

–No crees que exista Dios.

–Me gustaría creer, pero no lo veo por ningún lado.

–Quizás es que no miras bien, Santiago.

–Contemplo la belleza del océano, las múltiples olas que forman una unidad, los majestuosos árboles que constituyen un bosque, la inmensa cantidad de piedras en que se pueden descomponer las más grandes montañas, y quizás... todo ello es parte de Dios, pero ¿y los seres humanos?

–¿Qué quieres decir, Santiago?

—Los seres humanos siempre están en pie de guerra. Y cuando se cansan de estar en paz comienzan, sin importar el motivo, otra más terrible.

—Ya.

—¿Dónde está la armonía y la belleza de un Dios justo?

—Si lo miras así, es lógico que no veas a Dios.

—Pero es lo que hay. Personas desequilibradas que hacen daño en el trabajo. Insensatos que quieren herir a los demás.

—Tal vez alguien les hirió antes a ellos.

—Pero, ¿es justo que un malvado se salga con la suya en la vida?, ¿es correcto que algunos corten las cabezas de sus semejantes para sobresalir ellos?

—No sé, Santiago. Es algo que tal vez se escapa de nuestros conocimientos.

—Todo eso es lo que intento decirte, que en ocasiones admiro la armonía de la vida de los seres humanos que construyen maravillosas ciudades, y al punto recuerdo que algunos de ellos no parecen dignos de pertenecer a la raza humana.

—Sin embargo...

—¿Sí?

—Sin embargo, tienes un cálido y amoroso corazón.

—Es una respuesta a tu belleza, Elisabeth.

—Quizás es algo más, y ni tú mismo lo sabes.

—Sueño con un mundo donde, sin obligaciones externas, mi corazón y mi mente puedan expresarse libremente. Imagino un mundo de seres extraordinarios que no se pelean por un miserable trozo de pan. Anhele un planeta donde el deseo del bien se traduzca instantáneamente en felicidad y armonía. Busco un lugar en el que las personas no se hagan daño.

—Lo que persigues es el mundo de los dioses, Santiago.

—Imagina, científicos descubriendo los misterios de los sistemas solares, de las galaxias; viajando de hogar en hogar y amando. Imagina no necesitar trabajar para comer y vivir. Imagina la unión de los seres humanos a la vez que la libertad más absoluta, que haciendo lo que desean hacer, nunca se desvían del

bien universal. ¿No debería ser así el universo? ¿Un estado de conciencia en el que la libertad más absoluta nos lleva al cielo de los dioses?

—Pero el universo no es así, Santiago. Siempre existirá el bien y el mal, o dicho de otra forma, la distancia entre dos puntos dentro de la conciencia universal.

—No sé, Elisabeth.

—Lo que sí que es cierto es que tus anhelos han surgido de algún lugar.

—No te entiendo.

—Cuando alguien sueña con algo, quizás es porque tal vez en algún momento ha saboreado lo que anhela volver a encontrar.

—Pero... ¿cómo puede ser si no se ha vivido tal realidad?

—Que no lo recuerdes, no significa que no lo hayas vivido.

—Intentas decirme que pudiera ser que en sueños hubiese participado de tan extraordinarias sensaciones.

—Sí.

—Los sueños, sueños son.

—Sí y no. Hay diversas clases de sueños. Unos sin duda alguna pertenecen al recuerdo de la realidad más cotidiana, pero otros, por el contrario, han surgido del contacto con otros mundos.

—¿De otras dimensiones?

—Si deseas denominarlo así.

—Diría que casi tengo más pesadillas que sueños divertidos.

—Es porque solo recuerdas lo que sueñas cuando estás a punto de despertarte, y no traes a la conciencia lo que sucede cuando duermes profundamente.

—No puedo afirmarlo ni negarlo.

—Sin embargo, sí que puedes asegurar, sin lugar a equivocarte, que en el fondo de tu ser añoras otro estado distinto al que es habitual.

—Sin duda.

—¿Quizás es lo que nos mueve a amar?

—No sé, Elisabeth. Me pregunto de dónde surgen tus ideas.

-Mi abuelo me ha hablado mucho sobre el universo... pero de él hablaremos otro día.

La mujer inglesa miró a Santiago. Probablemente ella sabía más del español que él mismo. Santiago era un tanto tímido. Elisabeth estaba segura de lo que sentía por él, y de lo que él sentía por ella. Rodeó con sus manos al joven científico, y con los ojos cerrados besó dulcemente los labios de su amado. Ambos mantenían los ojos físicos cerrados, mientras sus corazones recibían la luz de la vida que se ocultaba tras la aparente oscuridad en habitaban sus almas.

-Es hora de descansar -sugirió Rosamunde que había subido a cubierta.

-¡Qué tarde se ha hecho! -exclamó Elisabeth.

-¿Has bajado al camarote?

-No.

-Bien. Entonces te acompaño.

-Gracias.

-Hasta mañana, Santiago. Que tengas bellos sueños.

-Igualmente, Elisabeth.

-Nunca habíamos visto tan contenta a nuestra hija -detalló Rosamunde mientras descendían las escaleras.

-Creía que siempre era así.

-No. Ha conocido a varios hombres, pero ninguno había llegado hasta su corazón como tú.

-Me da un poco de miedo, saber que es así.

-No tienes por qué tenerlo. Simplemente, sé tú mismo.

-Lo soy.

-Entonces, si os tenéis que amar, así será.

-Creo que nunca seré un hombre rico -se sinceró Santiago.

-Ya lo eres -contestó sonriendo, Rosamunde, mientras abría la puerta del camarote

-¡Jolín, qué majo! -exclamó el joven.

-La semana pasada durmieron en él una pareja de magnates árabes.

-¡Josplis! -volvió a exclamar el ingeniero y geólogo.

–Son socios nuestros. Se encargan de distribuir en Arabia Saudí y en todo el Oriente Medio, nuestras piedras preciosas.

–No es necesario que me de tantas explicaciones.

–Normalmente no lo hago. Es la sonrisa y el brillo de tus ojos. Transmiten confianza.

–Ojalá, nunca les defraude.

–Ni nosotros a ti. Buenas noches, que descanses.

La puerta se cerró. Santiago no sabía si podía existir mayor felicidad. Únicamente le faltaban sus padres. Aunque estaba seguro de que estarían felices recordando la chica rubia, el helicóptero y el barco... Seguro que su padre había dicho alguna gracia al respecto.

El camarote era muy acogedor. El material imitaba las vetas de confortable madera. A simple vista no había diferencia. Sin embargo, gracias al tacto se percibía que no provenía del reino vegetal. Junto al armario empotrado había una repisa de cristal. Por el tamaño supuso que no era de esmeralda... o ¿sí? ¿Acaso podía haber alguien en el mundo que depositase algunos enseres sobre una lámina de esmeraldas? Imposible.

Tenía un pijama de caballero sobre la cama. Se lo puso después de ducharse. Había sido un día muy excitante y se sentía cansado. Sacó de su mochila una agenda y un bolígrafo. Prefería el contacto del papel, a la antigua usanza, a la frialdad de un smartphone o de una tablet. Escribió unas mínimas anotaciones de los detalles más importantes y depositó la agenda y el bolígrafo sobre la mesilla. El bolígrafo se deslizó y fue a caer bajo la cama. Estiró el brazo y palpó con los dedos algo metálico, parecía una cadena. Saltó de la cama, se arrodilló y levantó el edredón. Había una cadena de oro con seis piedras preciosas. En el centro de las mismas, un corazón de rara belleza diamantina. Se ruborizó, se puso nervioso, y con la cadena en la mano salió de su camarote, ascendió las escaleras que llevaban a cubierta y miró. Rosamunde, Scott y Elisabeth estaban tomando un último refresco bajo la luz de las estrellas.

–¿Pasa algo? –preguntó John.

–He encontrado este collar debajo de la cama... se me ha caído el bolígrafo y...

–¡Mi diamante de la suerte!–exclamó Elisabeth.

–Bueno... me voy a dormir –contestó Santiago ruborizado al recordar que iba en pijama.

A ninguno de los tres le dio tiempo a decir palabra alguna. El joven español ya había desaparecido. Rosamunde y Scott se miraron. Se lo dijeron todo con los ojos. No se había equivocado Elisabeth.

–¿Crees que le gustará el chico a tus padres? –preguntó John.

–Esperemos que sí –Rosamunde envolvió con su mano derecha la de su hija, y sonrió.

–Creo que todavía hay humanos que tienen un enorme corazón –añadió John.

–En el mundo de las finanzas y los negocios es casi imposible encontrarlos –añadió Rosamunde.

–Siempre hay algún interés oculto bajo la apariencia de amistad –dijo John.

–Es el precio de la riqueza y del poder –terminó la conversación su esposa.

El Starlight cruzaba rauda y silenciosamente el océano Atlántico. Las novecientas sesenta y seis millas, aproximadamente, que le separaban de su destino estaban siendo recorridas a una media de treinta nudos. La luz, el viento y las olas movían aquel ingenio del ser humano. Cuanto más movimiento más energía adquiriría.

CAPÍTULO 13

GREEN IS THE COLOR OF HER KIND

–Santiago, es la hora de desayunar –le llamó Elisabeth desde el otro lado de la puerta del camarote.

–Enseguida voy –atinó a contestar.

El joven tuvo que recapacitar y repensar dónde se encontraba. Durante unos segundos creyó que estaba en casa de sus padres. Por fin, tomó conciencia del lugar en el que había dormido, se aseó y subió a la cubierta. Elisabeth vestía totalmente de blanco. Su piel medianamente morena, el cabello delicadamente rizado y sus ojos azules no fueron los únicos depositarios de su mirada. Sus senos se adivinaban tras el lino. Desvió la mirada y ella lo notó.

–Vamos dormilón. Ya es hora.

–¿Tus padres? –le preguntó mientras se sentaba.

–Han bajado a las bodegas con Duncan, Lottimore y tres tripulantes más.

–¿Duncan y Lottimore... son esos señores mayores?

–Sí.

–Parecen tener sesenta y pico años.

–Setenta y nueve y setenta, para ser exactos.

–¡Nadie lo diría! Parecen muy simpáticos.

–Son como de la familia.

–¿Son de total confianza?

–Más que eso. Se podría decir que ambos juraron fidelidad a mi abuelo y a mi familia, y ahí están. Felices de poder ayudar

–¿Tus abuelos... se murieron?

–Algo parecido.

Santiago no dio mayor importancia a las últimas palabras que había dicho Elisabeth. La blusa de lino, transparente, mostraba los bellos encantos de Elisabeth, y bastante hacía con no mirar. Seguidamente recordó que habían bajado a las bodegas.

–¿Se ha estropeado algo? –preguntó sobresaltado.

–Están preparando la inmersión.

–¿También les gusta a tus padres bucear?

–No.

–¿Entonces?

–Es una sorpresa para ti.

–¿Vamos a ir alguna cueva tú y yo?
 –Algo parecido –respondió enigmáticamente.
 –¿Quieres? –ofreció Santiago pan tostado untado con mantequilla.
 –Gracias.
 –Esta noche he tenido un bello sueño.
 –Cuenta –le rogó la inglesa.
 –No sé si conocerás la música de Pink Floyd.
 –Me encanta.
 –Entonces... ya somos dos. –¿Ves como nuestro destino estaba escrito?
 –No creo en el destino, Elisabeth.
 –¿No piensas que vivimos por algún motivo, y que todo ocurre por alguna causa?
 –Claro que no. Somos diminutas partículas perdidas en un universo cruel e impertérrito ante el dolor de sus criaturas.
 –Está claro que eres de ciencias –sonrió Elisabeth.
 –Por supuesto.
 –¿Tiene algo que ver tu sueño con Pink Floyd?
 –Sí.
 –Ardo en deseos de que lo cuentes.
 –No sé si habrás escuchado su obra musical *Obscured by Clouds*.
 –Es maravillosa.
 –Entonces sabrás que es la banda musical del film *La Vallée*.
 –Sí –sonrió Elisabeth permaneciendo anhelante.
 –Pues he soñado que tú y yo marchábamos a un lugar lejano, a un mundo de fantasía donde veíamos seres extraordinarios.
 –¡Dios!
 –Ha sido algo maravilloso.
 –Y ¿qué puede significar?
 –Creo que el subconsciente interpreta todo lo ocurrido estos dos días de esa forma.

–Ya –respondió Elisabeth comprendiendo que él había captado en sueños parte de su futuro.

–Parece que no te ha gustado mi explicación.

–No, simplemente estaba concentrada en lo que decías.

–Siento no ser un soñador.

–Tranquilo, muchas veces lo que los soñadores necesitamos es una persona que nos ate a la tierra.

–Disculpa.

–No te preocupes, Santiago. No tienes la culpa de ser un ser humano normal.

–Parece que estás indicando que existen personas que no son normales... no sé...

–Quiero decir que a veces debemos ver con nuestros propios ojos lo que la vida puede llegar a ser.

–No te he dicho que me presenté a las pruebas de selección para ir a Marte.

–Entonces... no eres tan materialista como tú mismo te calificas.

–Será.

–Quien desea ir a otro planeta es porque tiene el anhelo de encontrar algo mejor de lo que existe en el suyo.

–Ciertamente. Pero nos estamos perdiendo en palabras y no me has dicho qué es lo que están haciendo tus padres y los hombres de la tripulación en las bodegas.

Elisabeth sonrió.

–¿He dicho algo gracioso?

–En absoluto.

–Entonces...

–No sé cómo decírtelo.

–No creo que sea difícil.

–Tal vez.

–Seguro que hay que estudiar algún doctorado en literatura para decir unas palabras –bromeó Santiago.

–Entonces ¿quieres que te haga la pregunta de tu vida?

–Vamos, Elisabeth. Eres un poco graciosa, ¿no?

—Te vas a reír de mí.

—Por Dios, Elisabeth.

—¿Prometes no reírte?

—Te doy mi palabra.

—Bien. Allá va.

Elisabeth no se atrevía a soltar la pregunta.

—Vamos, señorita. Lance la pregunta.

Elisabeth contuvo la respiración y por fin enunció en voz alta

—¿Quieres ir al centro de la Tierra?

Santiago sonrió.

—¿Ves como te estás riendo?

—Bueno... no me río de ti.

—Entonces ¿por qué sonríes?

—Creía que ibas a preguntarme algo más serio.

—¿Hay algo más serio que una pregunta así?

—Bueno... para mí, sí.

—Te perdonaré si me dices cuál es la pregunta que pensabas que iba a plantear.

—Me da vergüenza.

—Claro, y ¿cómo crees que me he sentido yo antes de preguntar?

—Tú no eres tan tímida como yo.

—No disimules y dime qué pregunta era la que esperabas.

—Pensaba...

—¿Sí?

—Creía...

—¿Sí?

—Me da vergüenza.

—Canta o no te perdono.

—Creía que me ibas a decir si pasaríamos toda la vida juntos.

Elisabeth miró a Santiago. Le tomó la mano.

—Soy muy iluso, ¿verdad?

—En absoluto.

–Apenas nos conocemos hace tres días.
 –Sí.
 –Ves como tenía razón.
 –He dicho que sí a tu pregunta.
 –¿Quieres decir que sí deseas pasar la vida conmigo?
 –Sí –Elisabeth apretó con fuerza la mano de su amado.
 –Yo también, Elisabeth.
 –Mi corazón vibra cuando está contigo.
 –Yo... nunca he sido tan feliz.
 –*Green is the colour of her kind* –susurró enigmáticamente Elisabeth.
 –Es una bella canción de Pink Floyd en *More*.
 –¿Ves, tonto? Estamos hechos uno para el otro.
 Las lágrimas asomaron por el rostro del español.
 –Buscaré más allá del horizonte azul de mi isla. Es donde encontraré a mi amor.
 –Es bello, Elisabeth.
 –Más allá de Reino Unido, está España.
 –Sí, reina Elisabeth.
 –¿Ya se lo has dicho? –la voz de Scott sacó de aquel sueño a los enamorados.
 –No se lo cree –respondió Elisabeth secándose también las lágrimas.
 –Normal.
 –¿Sí? contestó Santiago sin saber realmente qué decir.
 –Entonces, vamos a presentar al geólogo a Black Hole.

CAPÍTULO 14

BLACK HOLE

–Tal vez te sonarán los nombres de James Cameron y Challenger Deep –le indicó Scott mientras descendían las escaleras.

–El Challenger Deep es el submarino en el que el famoso director de cine descendió en dos horas y media al fondo de la fosa de las Marianas.

–Entonces ¿crees posible que alguien pueda utilizar un prototipo biplaza del mismo submarino?

–Es de suponer –respondió sonrojándose.

–Bueno... pues aquí lo tienes.

Santiago pensó por un segundo que estaba soñando. Saludó a los tres ingenieros que revisaban el Black Hole.

–Ven a ver su interior –tomó de la mano Elisabeth a Santiago.

La inglesa rogó a Santiago que se sentase en el segundo de los asientos. Ella se instaló en el primero.

–Es impresionante –dijo el joven mientras escrutaba los mandos.

–¿Te fiarías de mí para conducirte al fondo del océano? –preguntó Elisabeth.

–Contigo iría al fin del mundo.

–Entonces no se hable más. Los ingenieros te darán un curso acelerado para que seas mi copiloto.

–No sé... parece un poco precipitado... –se expresó con voz temblorosa el español.

–Tienes miedo.

–Claro... no estamos hablando de dar un paseo por una calle de Ibiza.

–¿No confías en mí?

–Sí... lo que ocurre es que...

–Yo confío en ti, Sant.

–Gracias, Elisabeth, por confiar en mí –respondió, más calmado.

–Fuiste tú quien determinó todo esto cuando me diste la mano y entraste a la cueva de cristal.

–Lo pasé un poco regular, pero me dije: si no confías en una mujer así, ¿en quién vas a confiar?

–Si no confiásemos en las personas ¿qué sería de los humanos?

–Un infierno.

–Procura aprender rápidamente –terminó la conversación la joven mientras salían del interior de Black Hole.

–Tengo una duda, Elisabeth.

–¿Sí?

–Lo del viaje al centro de la Tierra ¿es broma, verdad?

–¿Te parece poca aventura ir al fondo de la fosa de Puerto Rico?

–Es que en este momento me parece todo posible.

–¿Si fuese así, vendrías conmigo?

–En el hipotético caso, aunque fuese en sueños, no lo dudaría un segundo.

–Puede ser peligroso. Podríamos perder la vida en el intento, Santiago –fue la primera vez que vio el rostro serio de Elisabeth.

–Peligroso es vivir sin amor y sin esperanza.

–Al final de la fosa de Puerto Rico hay un túnel de agua que desciende rápidamente durante varios kilómetros entre las rocas basálticas. Digamos que es parecido al momento en el que una nave espacial entra en la atmósfera. Una vez pasado ese tramo, estaremos a salvo. Lo que hay más abajo, lo tendrás que ver con tus propios ojos. No te puedo dar ninguna indicación al respecto.

Elisabeth no bromeaba. Las sensaciones de Santiago eran contradictorias, por un lado estaba inmensamente feliz, y por otro lado sentía verdadero temor. Para él las aventuras de la vida habían transcurrido en el cine, en la televisión y en los videojuegos. El buceo le había fortalecido mentalmente, le había acostumbrado a no agobiarse ante alguna situación imprevista, pero aquello era distinto. Un abismo de agua cubriría sus cabezas dentro de unas horas. Las máquinas solían ser casi perfectas. Apenas se estropeaban. De nuevo ponía su vida en manos de ella.

–Cuando termines, te espero en cubierta –le dijo sonriendo de nuevo Elisabeth.

–De acuerdo –respondió Santiago con cara de miedo.

–Vamos... no es para tanto, geólogo, hasta mi abuelo ha bajado –bromeó la joven.

–Sí... seguro que nos lo encontramos abajo jugando a la petanca

–Ya veo que el miedo te provoca un cierto grado de hilaridad.

–Ja, ja...

–Atiende bien a las explicaciones... más que nada por si me desmayo –fueron las palabras que dijo Elisabeth mientras desaparecía por las escaleras.

–¡Con lo tranquilos que estarán mis padres en la playa! –pensó mientras el técnico sonreía y comenzaba a impartirle instrucciones en inglés.

CAPÍTULO 15

ZONA ABISAL

Las compuertas de la bodega se abrieron. El Black Hole salió rumbo al abismo. Momentos antes, Santiago se había despedido de sus padres. Les había dicho: hasta dentro de una semana, pero justo cuando el submarino comenzaba el descenso, temió que quizás nunca más volviese a verles.

–¿Estás preocupado? –preguntó Elisabeth.

–Un poco.

–Tranquilo. Todo va a ir bien.

–Relataba James Cameron que sintió una gran soledad cuando descendió a la fosa de las Marianas.

–En nuestro caso, vamos dos. No será lo mismo.

–¿Has descendido alguna vez más?

–He atravesado los rápidos dos veces, con mi padre. Y en unas veinte ocasiones he descendido al fondo del océano.

–Entonces, eres una experta.

–Muy pocos en el mundo podrán decir lo mismo. Es probable que nadie.

–Haces que me sienta más seguro.

–Cuando se va en automóvil también hay momentos de peligro, ¿no crees?

–Sobre todo si el que conduce es un insensato.

–Aquí en el océano hay una cosa muy positiva. No se pueden infringir las leyes de tráfico. No hay ningún stop.

–Graciosa.

–El humor es bueno. Incluso el negro.

–Te voy a contar un chiste.

–No tienes pinta de chistoso.

–Ya, pero en esta oscuridad que nos rodea, comprenderás que algo hay que decir.

–Puedes aprovechar para recitar poesías.

–Para poesías estoy yo.

–Puedes empezar... si quieres.

–Le preguntan a un marido:

–¿Grita tu esposa cuando hace el amor?

Y contesta el marido

–Creo que sí, porque desde el bar de la esquina, cuando estoy jugando a las cartas, se la oye.

–Debe ser humor español... no lo entiendo.

–Ya se que soy un desastre para contar chistes... pero..

–¡Ah! Ahora caigo... resulta que la mujer está haciendo el amor con otro, mientras él juega a las cartas...

–Menos mal que lo has entendido...

–Te daré un aprobado.

–Gracias...

–Mira a tu derecha, un *stauroteuthis syrtensis*.

–Un pulpo luminiscente.

–Hay muchos por esta zona.

—La madre naturaleza siempre nos sorprende —añadió el español.

—Sin lugar a dudas.

—En las profundidades abisales, en la oscuridad más densa, aparece la luz.

—La vida nos deparará todavía muchas sorpresas, Santiago.

—Cuando dijiste "viajar al centro de la Tierra", imagino que era una forma de hablar, una metáfora ¿no?

—¿Tú qué crees?

—Si el viaje dura de cinco a siete días, está claro que no hay tiempo para recorrer, entre la ida y la vuelta, doce mil kilómetros bajo tierra y fuego.

—Vamos a ver qué sorpresa nos depara el futuro.

—¿Siempre eres tan enigmática?

—*Green is the colour of her kind* —Elisabeth estiró el brazo hacia atrás y cogió la mano de Santiago.

—*Sunlight on her eyes* —respondió el joven.

—¿Ves?, eso es una metáfora. Viajar al centro de la Tierra no lo es.

—Por Dios, Elisabeth, me vas a matar con tus enigmas.

—En la oscuridad más densa aparece el alma que nunca muere.

—Gracias por recordarme que el peligro nos acecha.

—La vida es el camino entre tinieblas que nos lleva de la luz al resplandor más excelso.

—Creo que cada vez lo vas arreglando más.

—Los hijos del Sol nos están esperando, Santiago.

—¿Cómo debo entenderlo, Elisabeth? : ¿como afirmación de la realidad o como metáfora?

—Tú mismo —respondió la bella mujer. Santiago no pudo observar el brillo de los ojos de Elisabeth. Si lo hubiera visto, entonces habría sabido que la cosa iba en serio.

—Creo que este viaje quedará marcado en mi corazón durante toda la vida.

—Sin duda, Santiago.

- Pase lo que pase, Elisabeth, gracias.
- A ti.
- ¿De qué sirve todo el oro del mundo si no hay amor?
- De nada. El amor es la esencia que colma los corazones de los seres humanos. Independientemente de lo que quieran decir los religiosos, es una verdad universal.
- El amor es el canto de los dioses.
- El amor es el alfa y omega.
- Es buena la oscuridad, Santiago. Si no estuviésemos en ella, tal vez no nos atreveríamos a hablar así.
- Entonces... por favor... Elisabeth, dime ¿qué hay al otro lado de los rápidos de agua?
- Ya te lo he dicho.
- ¿Los hijos del Sol? ¿Quieres decir que moriremos y pasaremos a otra dimensión?
- Abróchate los tres cinturones y ponte el casco. Comienza el verdadero peligro.

CAPÍTULO 16

EL ÍMPETU DEL AGUA

El pequeño submarino **Black Hole** se acercó hacia algún lugar predeterminado en el ordenador de a bordo. Santiago no sabía si era mejor apagar todos los focos y mirar únicamente a las pantallas. Por lo menos, mirándolas le habría parecido que estaban jugando a algún tipo de video juego. Pero el hecho de escrutar por los diminutos ventanucos circulares, producía una terrible sensación de aislamiento y soledad. Observó la espalda de Elisabeth y lloró. Las lágrimas fluyeron imparable por todo su rostro y descendían hasta su cuello. Supo con extraordinaria certeza que la amaba. Había escuchado en muchas ocasiones a los frikis, snobs o como quiera que se pudiesen llamar, que existían

las almas gemelas. Y aunque le seguía pareciendo una tremenda estupidez, lloró. Su corazón estaba unido al de aquella mujer. Parecería como si toda su vida hubiese estado preparándose para aquel magno acontecimiento. Una vez más no tenía nada que hacer. Únicamente, rezar y confiar en Elisabeth. Justo en ese preciso instante entraron en un embudo. No es que vieses algo. El submarino perdió el control absoluto ante la fuerza de la naturaleza que les comenzaba a arrollar. Sólo la luz de emergencia permanecía encendida. Las pantallas y los focos se apagaron. Ocho mil metros de profundidad eran ochocientas atmósferas de presión que les empujaban como un gigantesco remolino hacia algún lugar desconocido. Quizás descendían por alguna chimenea volcánica con muy pocas aristas y curvas, porque de lo contrario, ya haría minutos que se habrían estampado contra alguna de ellas. El rugido del agua que se estaba saturando de burbujas gaseosas parecía semejante al producido por un terremoto en el momento que levantaba la tierra como si de una alfombra se tratase. La imagen de sus padres vino a su mente, su ciudad, el barrio donde vivían, los amigos de universidad, los compañeros de instituto, los niños con los que estudió en las escuelas del pueblo, la calle que recorría a toda velocidad que le daban las piernas en su infancia, de nuevo sus padres. El rugido, el bramido del agua atronaba. Elisabeth te amo, fue el grito con el que se fue desvaneciendo su conciencia.

Justamente cuando terminaba de caer en un abismo de oscuridad, percibió la posición vertical del submarino. Estaban ascendiendo, las burbujas y la luz se acercaban a ellos vertiginosamente, les envolvían y cuando el cerebro ya no era capaz de mantenerse consciente, sintió que el submarino se desplomaba hacia abajo. Siguió el enorme impacto de la máquina contra el agua.

CAPÍTULO 17

LOS HOMBRES DE FUEGO

–Vamos, geólogo, nos vienen a recoger –fueron las palabras de la dulce Elisabeth.

–¿Estoy muerto? –preguntó Santiago.

–Creo que has visto demasiadas películas –sonrió la joven.

–No te he entendido bien.

–Creo que hablo correctamente tu idioma.

–Sí, pero no sé... me ha parecido entender que venían a buscarnos.

–Es lo que he dicho.

–¿Tan pronto ha terminado nuestro viaje? ¿Ya hemos salido a la superficie?

–¿Qué te parece si te despiertas del todo, ingeniero?

Santiago miró a través de los ojos de buey. Volvió a ojear otra vez.

–¡No puede ser!

–Pues lo es.

–Entonces, sí que creo que estoy muerto.

–¡Qué obsesión por la muerte!

–Yo no creo en platillos volantes.

–Y no es un platillo volante –respondió sonriendo Elisabeth.

–Entonces... ¿qué es ese artilugio del diablo?

–Una nave interplanetaria.

–Ya –seguía mirando con la boca abierta.

–Puedes quitarte el casco y desabrochar los cinturones –sugirió Elisabeth.

–Voy –respondió, pero lo cierto es que Santiago se sentía desubicado y estúpido.

Elisabeth abrió la escotilla y salió del submarino. Por fin el joven despertó, o eso creyó. Cuando asomó la cabeza se sumergió

en un mundo imposible. Elisabeth estaba de pie, sobre una plataforma metálica hablando con dos figuras de color dorado. Lo peor de todo es que parecían tener dos veces la estatura de Elisabeth. Si la inglesa medía un metro ochenta y cinco, aquellas figuras abstractas debían medir tres metros ochenta o quizás cuatro metros. La joven dejó a los "intraterrestres" y regresó a por Santiago.

—¿Te fías de ellos?

—Vamos, Santiago. Deja de decir tonterías.

—Creo que no estoy muy cuerdo, todavía.

—Es difícil asimilar para un científico lo que estás viviendo a lo largo de los dos últimos días.

—Sin duda.

—No creías en el amor, no pensabas que sería posible viajar al interior de la Tierra, y tenías el prejuicio de creer que el ser humano es el único habitante del universo.

—Es cierto.

—No te preocupes. Lo que te pasa es producto del shock. Ahora sígueme y no temas. Podría decirse que son de mi familia.

—¡Dios! —es lo que me faltaba por escuchar. Tal vez eres una alienígena.

—Bueno... no del todo —Elisabeth sonreía—. Vamos, tonto —le animó dándole la mano.

CAPÍTULO 18

ENTRADA A LA NAVE

El submarino se mantenía sujeto a una larga plataforma "metálica" que unía la nave con el minúsculo ingenio humano. Elisabeth y Santiago caminaron los treinta metros aproximadamente que les separaban de los dos hombres de fuego. No se le ocurría al ingeniero otra forma de expresar lo que veía. Tenían forma humana, de un color dorado, como si tuviesen una

coraza de oro, y a la vez multitud de llamas de luz disminuían y aumentaban de tamaño intermitentemente. Elisabeth hizo un gesto a Santiago para que se detuviese. El geólogo miró a los ojos de los hombres de fuego. Recibió una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Percibió que la electricidad entraba y tomaba principalmente dos caminos. Desde el interior del cerebro una línea ascendió, como si llegase más arriba de su cabeza y otra ramificación penetró a través del alta mayor hacia el cuello, la garganta en la parte posterior, siempre recorriendo la columna vertebral. Percibió claramente que cada uno de sus órganos recibía descargas eléctricas. Se sintió como si fuese un árbol eléctrico con innumerables ramificaciones y multitud de raíces que llegaban hasta las plantas de sus pies. Se sentía maravillosamente vivo. No había ni una minúscula parte de su sistema nervioso que se salvase de aquella placentera invasión eléctrica.

Elisabeth supo que todo iba bien, que Santiago había pasado otra prueba: el análisis energético y psíquico de sus "ancestros". Tomó la mano del joven, ella también se sentía extraordinariamente eléctrica. Santiago se observó a sí mismo. Resplandecía con un color azul que le hizo estremecerse. Elisabeth tendía al color esmeralda.

–Bienvenidos–escuchó en su mente Santiago.

–¿Quiénes sois?–preguntó anhelantemente el ingeniero.

–Son hijos del Sol, Santiago –respondió Elisabeth.

Un corto silencio, seguido de multitud de preguntas que necesitaban respuestas, inundó la mente de Santiago.

–Tranquilo, ya irás comprendiendo poco a poco –le susurró la mujer inglesa.

Los dos hombres gigantes de fuego se dieron la vuelta y los dos humanos le siguieron.

–Parece muy grande el platillo volante –exclamó Santiago.

–Ciento ochenta metros de diámetro.

–¡Dios!

–Los hay más grandes, Santiago.

El joven no sabía qué decir. Cada uno de los detalles de la nave que podía observar era todo un misterio y una sorpresa tan extraordinaria que le parecía ir flotando por el aire. Se sentía vibrante, vivo, diferente, como si hubiese llegado a ser. Soy un ingeniero, un geólogo, Darwin siempre ha tenido razón. El ser humano es el máximo exponente en lo que respecta a la inteligencia... Esto solo puede ser un sueño.

—Vamos, Santiago —le dijo como si hubiese escuchado sus pensamientos Elisabeth—, nunca has estado tan despierto.

—Esto no puede estar pasando. Voy de vacaciones a las islas Bermudas, buceo, la mujer más hermosa, jamás imaginada me conduce a una cueva de esmeraldas y diamantes, vamos en el yate de su padre, nos sumergimos en una fosa marina, nos jugamos la vida en el descenso de los rápidos de una chimenea volcánica y ahora estamos entrando en un platillo volante, después de que dos hombres de fuego nos incendien por dentro, y a los que escucho sin que hablen.

—Tampoco es para tanto, Santiago —bromeó Elisabeth, la de color esmeralda.

—Ja, ja —rió nerviosamente el geólogo, al ver lo que había dentro de la inmensa nave.

—¿Te gustan?

—Por favor Elisabeth, no me sueltes. Eres lo único que me hace pensar que estoy cuerdo.

—Te comprendo. Es lo que me ocurrió la primera vez que me trajo mi padre.

—Sólo faltan los come rocas de la Historia Interminable... por Dios.

—También los verás.

—No —por favor... que alguien me despierte...

—Los científicos no poseen la verdad absoluta, Santiago.

—Había escuchado algo sobre los hombrecillos verdes, pero nunca me habían dicho que existiesen sombras que se mueven, y de diez metros de altura.

—Vienen por nosotros, Santiago.

—No te entiendo.

—Los hijos del Sol no necesitan respirar, pero cuando llevan humanos en la nave solicitan la ayuda de los transmutadores del aire.

—¿Son inteligentes?

—¿Tu pregunta es si son autoconscientes?

—Sí.

—Más bien se parecen la conciencia del reino animal. Tienen inteligencia muy desarrollada en los procesos de transmutación de la materia, poseen conciencia, pero les falta la autoconciencia. Responden al pensamiento y a las necesidades expresadas en términos eléctricos.

—¿No nos ven?

—Nos sienten, nos perciben como bruma. Disfrutan absorbiendo el dióxido de carbono y transmutándolo en oxígeno.

—Son plantas.

—Son la esencia de las plantas. He traído un regalo para ellos.

Elisabeth extrajo de su mochila un minúsculo iPod del que salían dos altavoces.

—¡Qué bueno!

—Vamos a ponerles música.

—Me tomas el pelo.

—En absoluto, Santiago.

Elisabeth y Santiago se acercaron a las formas gigantescas de tono esmeralda y la mujer activó el iPod. Las ondas de música de Pink Floyd, ***The Dark Side of the Moon***, comenzaron a escucharse suavemente. Las formas esmeraldas se acercaron a Elisabeth y extendieron sus extremidades entre tentáculos y ramas hasta rodear a la joven y la música que surgía de la palma de su mano.

Elisabeth depositó el regalo sobre la palma de uno de los gigantes, quien la acercó a sus congéneres que parecían moverse al compás de la música.

—Si no lo veo, no lo creo.

–Ya te he dicho que son la esencia del reino vegetal. La música y los sonidos les afectan. Las vibraciones de la música colman sus almas. Pueden ser armoniosas o estridentes, todo tipo de sonido impregna su forma de energía.

–Parece que la nave se está moviendo –exclamó Santiago.

–Ya hemos comenzado el viaje al centro de la Tierra.

–No están los hombres de fuego.

–Se han ido a la sala de control.

–¿Hay más de ellos?

–En esta nave, no

–Entonces, ¿con dos tripulantes es suficiente para llevar una máquina tan gigantesca?

–Y Ómicron.

–El jefe.

–No, el ordenador...

–¡Ah, claro!

Elisabeth sonrió.

–Creo que debes saber algo respecto a los hijos del Sol.

–Dime.

–No todos se dedican a enseñar a los seres humanos. Es más, para muchos de ellos, al hecho de venir al interior de nuestro planeta, lo consideran como un trabajo científico de cuarto o quinto orden.

–¿Los humanos no somos lo más importante para ellos?

–En absoluto. Es algo parecido a lo que piensan muchos seres humanos de algunos perros.

–Quieres decir que nos desprecian.

–A la mayoría de seres humanos nos consideran como especie peligrosa. Como puedan ser un rottweiler, un pit bull, un bull terrier...

–¡Dios!

–Aunque también, hay que decirlo todo, en ocasiones reconocen la valía de humanos con gran corazón y sabiduría.

–Creo que siento mi orgullo herido.

—Tranquilo. Si estás aquí es porque te han dado su visto bueno.

—¿Cuándo ha sido?

—Cuando has percibido que la electricidad recorría tu cuerpo.

—¿Y si no hubiese superado la prueba?

—En este momento estarías convertido en ceniza.

—Exageras.

—En absoluto, Santiago. ¿Comprendes que para mí y para mi familia sería un enorme riesgo que un indeseable supiese sobre nuestra vida?

—Tal vez os podría hacer la vida imposible.

—Sería un gran trastorno, y si llegase a la prensa es probable que nos viésemos obligados a defendernos pasando a la acción.

—¿Quieres decir que quizás lo eliminaríais?

—No tanto. Primero lo asustaríamos, luego, él mismo decidiría qué hacer, si vivir o morir.

Santiago se quedó pensativo. Aquel mundo en el que había entrado era algo muy serio. Desde luego, coincidía con las leyendas y cuentos de siempre. La adquisición de cierto tipo de sabiduría requería mantenerla en secreto. Cuando regresasen a la superficie, nunca más volvería a ser el mismo.

CAPÍTULO 19

DULCE IRONÍA

—Después de que limpies los cacharros de la cocina, pongas la lavadora, tiendas la ropa, hagas la cama, abrillantes el suelo del salón y planches las cuatro cosillas que hay en el tendedor, iremos a comprar patatas, verdura, pescado y frutas para que puedas hacer la comida y la cena —le recordó Lucía desde la hamaca donde descansaba del agotador trabajo de tomar el sol en la playa todos los días anteriores.

—Sí, cariño —contestó sin inmutarse Julio Ríos, el insigne profesor de instituto.

—Y espero que no fumes como ayer, ¿crees que no lo noté?

—Sí, cielo.

Mientras barría, recordó aquellos tiempos en los que hacía el amor con su esposa. Nunca se imaginó que las relaciones decayesen a lo largo de su vida matrimonial en forma inversamente proporcional al aumento de años que llevaban casados.

El primer año de casado se permitió el lujo de mantener cerca de cincuenta y cinco relaciones sexuales. Casi una por semana. Cuando ya habían pasado tres días, los nervios le traicionaban y el mal humor afloraba. Los dos primeros días estaba agradecido por la belleza de la relación anterior, otros dos días se mantenía en tensión esperando que la fruta madura cayese del árbol, pero como no caía, explotaba; lo que retrasaba otros dos días hasta que la reconciliación llegase. Pero, claro, cuando la reconciliación había arribado, todavía quedaban unos días en los que la cosa no podía acaecer, así, tan de repente, y cuando coincidía con una cena de amigos, y regresaba echando chispas, después de unos tragos, venía la frase tan inoportuna: me duele la cabeza.

Julio Ríos cogía aire, estaba sin respirar setenta y cinco segundos seguidos, hasta que soltaba el elemento aéreo vital. Lo volvía a repetir, y si era verano se iba a la ducha. El agua tibia apagaría el fuego en el que se había sumido su cuerpo.

Luego vinieron los años dorados, y por fin consiguió hacer el amor una vez al mes si la cosa iba rodada, porque claro, en un mes podía suceder de todo, y nada bueno. Imagínese el día que toca y por un pelín se discute, con lo cual hay que proceder a tachar el día indicado en el calendario de relaciones sexuales, y se pasa al siguiente mes, confiando en que no ocurra nada raro, porque si sucede... se traslada a otro mes posterior y vuelta a empezar.

Llegaron tiempos mejores, el trabajo de mantener relaciones alcanzó la no despreciable cantidad de tres veces al año, luego dos, que con suerte coincidían con las vacaciones de verano, y por fin, para que no hubiese un desgaste excesivo de energía masculina, se quedó en una única en trescientos sesenta y cinco días. Pero, la verdad, para que la relación se mantuviese en armonía, se redujo a los sesenta años a la mitad del signo del infinito, es decir en un 0.

Así pues, Julio Ríos, el egregio profesor de instituto, se mantenía casto, casi virgen, y mártir. Lo que le serviría de enorme ayuda cuando tuviese que partir hacia el otro mundo, pues ya no recordaría lo que era disfrutar de un placer. Por lo demás, todo maravilloso.

En ocasiones como aquel día, limpiando el polvo, allí en el archipiélago de las Bermudas, se decía a sí mismo que escribiría una comedia al estilo de los hermanos Quintero. Seguro que tendría un gran éxito.

Para más inri, tal y como decían los antiguos, lucía un bello delantal en el que había dibujadas unas zanahorias y unas peras. Y mientras escuchaba música, continuó barriendo.

Ironías y exageraciones literarias aparte, Julio amaba a su esposa con el profundo amor que existe entre quienes han vivido a lo largo de toda su vida juntos. Habían acaecido momentos difíciles, pero no dudaba en absoluto de que amaba a Lucía. Muchas mujeres y programas de televisión eran unos insensatos cuando propugnaban ideas infernales para mantener la pasión. El matrimonio era como el alambique de un alquimista, en él se forjaba un amor profundo por el cónyuge. No era menos amor porque no hubiese relaciones sexuales, ni pasión, ni apariencia de cariño. La pasión de juventud se transmutaba en un amor que podría ser equivalente al de una madre o un padre hacia sus hijos. Ninguno de ellos mantenían relaciones sexuales, pero nadie en el mundo podía dudar de que padres e hijos se amaban.

Lo mismo ocurría con las parejas que a lo largo de medio siglo de convivencia habían compartido momentos de alegría y de

sufrimiento. Habían visto crecer a sus hijos y habían estado ahí, presentes, para echarles una mano ante la dureza de la vida que les quedaba por delante.

Julio Ríos no necesitaba mucho más. Su esposa le recriminaba en muchas ocasiones su falta de atención y cuidado hacia los problemas psicológicos que en toda mujer surgían. Ya se sabía: las mujeres eran más inteligentes. Sin embargo, raramente llegaban a ser sabias, se decía a sí mismo. Siempre estaban alerta a los impulsos de la vida, y parecía que no conseguían adquirir la capacidad de comprensión que les llevase hacia la luz de la armonía y de la paz.

Seguro que había excepciones, pero como norma general, su sistema nervioso parecía estar hecho para el contacto físico de minúsculas y delicadas situaciones, que pasaban inadvertidas para un hombre.

En definitiva, los niños siempre habían sido más brutos que las niñas.

Julio Ríos aprovechó que no podía pisar el suelo del salón, que recién había fregado, para fumarse uno de los tres cigarros rubios que diariamente exprimía. Se metió en el servicio, abrió la ventana que daba al océano, absorbió el nocivo elemento, se recordó a sí mismo que aquella era una práctica insalubre, miró con resignación las nubes, se cepilló los dientes, se masajeó el rostro con unas gotas de colonia, se miró al espejo como si fuese un estudiante que ha faltado a clase y comunicó a Lucía que ya podían ir a comprar.

CAPÍTULO 20

EL MISTERIOSO ÓMICRON

Elisabeth condujo a Santiago hasta el puente de mando. Se sentaron a diez metros de distancia de los dos hijos del Sol. Los

tripulantes no hablaron entre sí. Ambos permanecían observando dos pantallas.

–Bienvenidos hijos del exilio –se escuchó desde algún lugar.

–Gracias Ómicron –respondió Elisabeth.

–¿Cómo están Rosamunde y Scott?

–Muy bien, y ¿tú?

–Sabes, Elisabeth, que yo no estoy ni bien ni mal, simplemente calculo, pienso, evalúo y recuerdo.

–Disculpa, me parecía que hablaba con un humano.

–Dentro de sesenta segundos vamos a comenzar el viaje por el manto.

–¿Iremos rápidamente?

–No. Los muchachos tienen que recoger multitud de muestras para su doctorado.

–¿En cuánto tiempo calculas que terminaremos el viaje?

–Navegaremos por los flujos semisólidos a cuarenta kilómetros por hora. Necesitaremos tres días para atravesar el manto. Aumentaremos la velocidad a ochenta kilómetros por hora para cruzar el núcleo externo. Antes de todo eso, habrá dos paradas. Una, muy pronto, en la caverna de Zorg y otra en el lago del Kragken. El resto, ya lo sabes.

–Gracias Ómicron.

El ordenador no respondió. La nave se estaba elevando sobre el agua de la cueva. Más allá de los enormes ventanales, se contemplaban, iluminadas por los focos, las paredes basálticas de la enorme caverna. Lentamente, la nave se fue acercando hacia las rocas. Unos segundos antes de llegar hasta ellas, descendió un escudo protector que dejó sin visibilidad a Elisabeth y Santiago. Tres décimas de segundo antes de que las inmensas placas terminasen de descender, un haz de luz de extraordinaria potencia se filtró hasta el interior de la nave.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó Santiago.

–Son los anillos eyectores de plasma.

–¿Giran?

–Así es, aunque tan rápidamente que parecen estáticos.

–¿Se utilizan para fundir las rocas?

–Sí –sonrió Elisabeth.

–A su derecha se iluminó una enorme pantalla. Era difícil distinguir las rocas fundidas envueltas en la luz.

–Tengo un regalo para ti, Elisabeth –comentó Ómicron.

–Ya es suficiente con el don de tu presencia –respondió amablemente la mujer inglesa.

–¿Serías capaz de adivinar de qué se trata?

–Si fueses un hijo del exilio, lo adivinaría, pero siendo lo que eres, no me siento capaz de intentarlo.

–Que no exprese sentimientos, no significa que no te conozca, Elisabeth. Tengo información acumulada de tus padres, de tus abuelos y de ti misma... y...

–Pero, tal vez no sepas todo acerca de mí.

–Quizás te lleves una sorpresa.

–Vamos, Ómicron.

–Conozco tus gustos, Elisabeth.

–Veamos si es verdad.

En aquel instante, en toda la sala comenzó a escucharse "***Have a Cigar***" de Pink Floyd. Apenas habían transcurrido cinco segundos y Elisabeth iluminó su rostro con dos pequeños diamantes que se deslizaban lentamente por la mejilla. Tomó la mano de Santiago y permanecieron en silencio. Cuando cesó la música dijo al ordenador.

–Gracias, Ómicron.

–¿He acertado, bella Elisabeth?

–¿Cómo lo sabías?

–Es la música que más escuchaste en el último viaje, aunque no lo recuerdes, pues eras una niña. Al mismo tiempo que lo hacías, percibía el cambio de humedad en la sala. Era muy sutil, tal como ha ocurrido ahora.

–Seguro que sabes más cosas de mi vida –continuó la joven con una amplia sonrisa.

–Tu cerebro es un libro abierto para mí, Elisabeth.

—¡Lees también los pensamientos! —se hizo la sorprendida, si bien lo sabía perfectamente. Era una manera de que lo supiese Santiago.

—La mayoría. Además, cada una de las canciones, cada una de las escenas que observas en cada viaje dejan su huella en mis registros. Solo tengo que buscar, encontrar las distintas coincidencias, y descubrir el patrón.

—Y en este viaje, ¿hay alguna novedad?

—Por supuesto.

—¿Puedes decir algo al respecto? —continuó el juego, Elisabeth.

—Vuestros corazones —respondió el ordenador.

—No te entiendo, Ómicron —se hizo la despistada.

—Están unidos por cálidos haces de luz.

—¡Dios!

—Son parecidos a los que unen a los hijos del Sol, si bien un poco más débiles. Cuando concurren tales rayos, se denomina en el lenguaje humano: amor.

—Estoy sonrojando, Ómicron.

—Percibo que los latidos de tu corazón han aumentado en intensidad y cantidad.

—Tal vez sería mejor dejar el experimento. Me has convencido.

—A la orden, Elisabeth.

—Tranquilo, Ómicron. Si un día deseamos llegar a ser hijos del Sol, deberemos acostumbrarnos a la transparencia.

—Este año es más fácil atravesar la Tierra.

—¿Por?

—Por la enorme actividad de las manchas solares. Tal y como ocurre en otras ocasiones, éstas han hiperactivado el núcleo interno y, por ende, el núcleo externo y el manto.

—Entendido.

—Estamos llegando a la caverna de Zorg.

CAPÍTULO 21

EXTRAÑO COMPORTAMIENTO

–No puede ser –gritó Santiago cuando miró detenidamente a la pantalla frontal.

–¿Qué no puede ser, ingeniero? –sonrió Elisabeth.

–Los come rocas.

–Los urlxs.

–¿Así se llaman?

–Sí.

–¿No podemos salir a verlos más de cerca?

–La presión ahí afuera es extraordinaria.

–¿No tienen que estudiar el terreno los becarios? –preguntó Santiago con un poco de ironía.

–¿Te refieres a Sorx y Lunx? –miró Elisabeth a los dos tripulantes.

–Sí.

–Ellos suelen recopilar muestras.

–Y nosotros ¿no podemos?

–No lo sé. Nunca hemos estado tan cerca de los urlxs.

–¡Vaya una pena!

–Sí.

–Pero... quizás podamos salir con ellos.

–Nos comprimiríamos inmediatamente. No quedarían ni nuestros huesos.

–¿Elisabeth? –interrumpió Ómicron.

–¿Sí?

–Os prepararé un vehículo y podréis examinar el exterior.

–Es demasiada molestia, Ómicron. Incluso, puede resultar peligroso.

–Tranquila. Para nuestros vehículos de plasma no resulta ningún problema.

–Pero, quizás a Sorx y Lunx les parezca inadecuado.

–Ellos no tienen la última palabra, Elisabeth.

–Pero...

—En realidad son unos simples estudiantes. Están aprendiendo bajo mi responsabilidad. Cualquier error que puedan cometer, y cometen muchos más de los que ellos creen, es supervisado por mí.

Elisabeth y Santiago no creían lo que estaban escuchando.

—Gracias,

—¡Qué raro es todo, Ómicron!

—¿De quién creéis que es la nave?

—¿De mis abuelos? —intentó adivinar Elisabeth.

—Exactamente.

—Y tú, Ómicron, ¿quién eres?

—Si te dijese que soy ellos, ¿lo creerías?

—Es difícil, para nosotros entender tal cosa.

—Cuando eras muy niña, Scott y Rosamunde te enseñaron el corazón de la nave, ¿no te acuerdas?

—Creo que no.

—Sin embargo ya has estado en el séptimo nivel.

—Apenas lo recuerdo.

—Has olvidado muchas cosas de tu infancia. Incluso has perdido el poder de telepatía que tuviste hasta los siete años.

—¿Yo era telépata?

—Sí. Se podía decir que siempre estabas en contacto con tu abuelo Jason.

—¡Qué pena!

—No te preocupes, algún día lo recuperarás.

—Apenas recuerdo algo de mi última visita.

—Subid ambos la escalera hasta el final.

—De acuerdo.

Santiago y Elisabeth ascendieron los peldaños de la escalera de caracol.

—¡Nunca habría pensado que tuviese que ascender noventa escalones dentro de una nave espacial! —comentó Santiago.

—¡Madre mía! —exclamó Elisabeth—, no recordaba tal maravilla.

Se encontraban en la cúpula de la nave. Por encima de ellos, solo había luz y más luz. Más allá de la luz parecían encontrarse envueltos por un océano de materia en movimiento. Materia licuada, de múltiples colores que se desplazaba de un lado a otro en forma de ríos circulares. El centro del séptimo nivel estaba ocupado por una esfera de "cristal" que envolvía materia dorada resplandeciente.

Elisabeth y Santiago se acercaron. Un extraordinario respeto invadió a ambos. La masa dorada radiante parecía estar viva. El oro gaseoso se desplazaba armónicamente en el interior de la esfera diamantina. Quizás la figura que dibujaba era parecida al signo del infinito que rotaba tanto en sentido longitudinal como latitudinalmente. Su belleza era indescriptible y la paz que emanaba de aquella forma viva colmó los corazones de los visitantes.

—Hola Elisabeth — habló la esfera.

—Abuelo —exclamó la joven mirando casi obsesivamente al centro de la esfera dorada.

—Siempre estamos con vosotros.

—Sí —respondió Elisabeth instintivamente.

—Quizás es una grabación —dudó Santiago.

—Tú mismo, Santiago. Quizás solo tu corazón puede saber si lo que estás percibiendo responde a la realidad.

Elisabeth miró al geólogo. ¿Tal vez le reprochó su falta de fe?

—Lo siento, Elisabeth. Esto es demasiado para mí.

—¿Viajar hacia el centro de la Tierra? preguntó la joven intentado comprender.

—No sé... debe ser que ya no puedo asimilar tantos y tan extraordinarios acontecimientos.

—Tal vez es el momento de salir al exterior —sugirió Ómicron—. Sorx y Lunx ya están tomando muestras.

—¿Vamos, Santiago? —preguntó Elisabeth.

—Sí.

El sí del geólogo fue un tanto extraño. Era como si le hubiese dado igual salir que no salir. Fue un sí frío, distante. Fue un sí incomprendido por Elisabeth. Incluso, Santiago no comprendía totalmente cómo había ocurrido aquel cambio repentino en su carácter. Sinceramente, no sabía qué le estaba oscureciendo el corazón. ¿Podía ser que aquella luz inmortal le estaba cegando? ¿Quizás era que la magnitud de aquellos acontecimientos le estaba mostrando la nimiedad de su existencia? ¿Podía ocurrir que del interior de su corazón brotase junto a tanto amor, la oscuridad de un enorme complejo de inferioridad?

Elisabeth tomó la mano de Santiago. Sintió la terrible frialdad de un ser humano como nunca lo había sentido antes. Le miró mientras se dirigían al vehículo que les llevaría hasta los urlxs. El geólogo no respondió a la extrañada mirada de ella. Subieron a la nave. Al igual que su madre nodriza, el minúsculo biplaza se desplazaba por la materia como si estuviesen en el interior de un chicle neblinoso que cambia de forma continuamente.

—Parece como si no nos vieses los urlxs —indicó Santiago, que se había olvidado momentáneamente de su complejo de inferioridad.

—Nos ven, pero no como nosotros.

—¿De qué forma nos perciben?

—El órgano que es similar a nuestra vista capta una imagen. Su "cerebro" tarda en procesarla cinco minutos. Significa que nosotros podemos pasar por delante de ellos, si nos ven en un momento determinado, tardan cinco minutos en darse cuenta de que hay alguien, pero en la siguiente imagen que analiza su cerebro, nosotros ya no estamos allí.

—Entonces... nos ven como si fuésemos fantasmas.

—Exactamente. Aparecemos y desaparecemos. Por lo tanto, si deseáramos relacionarnos con ellos, deberíamos quedarnos quietos en el mismo sitio, al menos cinco minutos.

—¿Y los becarios?

–Parece que te sientes un poco molesto, por algo que no llego a entender.

–No.

–Entonces... ¿siempre eres tan irónico?

–¿Irónico, yo?

–Sí.

–En absoluto.

–¿A quién quieres engañar?

–Quizás me deberías haber dejado tranquilo en las Bermudas –soltó tan duras palabras Santiago como si de cargas de profundidad se hubiese tratado.

–Pensaba que me amabas, Santiago.

–Y te amo, Elisabeth.

–Pues desde hace dos horas, no lo parece.

–No sé qué me ocurre, Elisabeth.

–Confiemos que no sea nada grave.

–¿Grave?

–Esperemos que no nos hayamos equivocado –respondió la inglesa, con amor y tristeza.

–Tal vez deberíamos dar la vuelta.

Elisabeth no creía lo que estaba sucediendo.

–Si es tu deseo, Santiago.

–Prefiero retirarme a mi habitación –contestó el español.

–Lo que tú quieras.

Elisabeth pensó que se le partía el corazón en dos cuando su amado Santiago cerró con llave desde el otro lado de la puerta.

–Debemos continuar el viaje, Elisabeth –indicó Ómicron.

–¿Y si Santiago desea regresar?

–Ocurra lo que ocurra, la nave debe continuar hasta la curvatura del espacio tiempo.

–Lo que tú digas, Ómicron.

–Ha subido el porcentaje de humedad, Elisabeth.

–Lo siento.

–Las lágrimas en los humanos son por dos motivos, por alegría y por tristeza.

–Sí, Ómicron.
 –¿Quizás son por tristeza, querida Elisabeth?
 –Sí.
 –No es necesario que estés triste.
 –No lo puedo evitar.
 –Los humanos son impredecibles. Lo sé muy bien.
 –Es que no entiendo qué le ocurre a Santiago.
 –Quizás es la cantidad de luz que se ha acumulado en su cuerpo.
 –¿Tú crees?
 –Es la única diferencia que observo en él.
 –Pero la luz es buena.
 –No siempre, Elisabeth.
 –La luz es el alma de la naturaleza humana.
 –Así es. Pero cuando hay excesiva luz, las plantas, los animales y los seres humanos pueden llegar a quedar irritados o cegados.
 –Quizás tengas razón, Ómicron.
 –Sus hilos de amor llegan hasta ti. No debes preocuparte, Elisabeth.
 –Y en el lago Kragken, ¿qué ocurrirá?
 –Nadie lo sabe.
 –Tal vez mi abuelo.
 –Incluso él, en su inmensa sabiduría, es probable que no lo sepa.
 –Pero...
 –Sé lo que vas a decir. Él sabe que un ser humano en última instancia tomará la decisión adecuada, pero nadie sabe cuánto tiempo debe transcurrir hasta que ocurra. Puede ser ahora, un año más tarde, cien años o cien vidas después. El tiempo es extraordinariamente extenso.
 –Pero... necesito que sea ahora cuando tome la decisión acertada.
 Ómicron no respondió. Elisabeth se despidió de los universitarios solares y se encerró en su cuarto. Intentaría dormir.

CAPÍTULO 22

EL REGALO

Ni Elisabeth, ni Santiago, pudieron dormir. El joven miraba por la ventana. En general era algo monótono. Siempre la misma luz y parecidos movimientos de la materia en estado líquido.

Por su parte, Elisabeth no podía hacer nada. Estaba llegando la hora de la decisión y lo acaecido el día anterior presagiaba malos augurios. Se acercó a la estantería y tomó el libro de relatos de su abuelo Strung. No tuvo fuerzas para abrirlo.

Por un lado, el corazón la animaba a confiar en Santiago, y por otro, unos segundos más tarde las dudas más terribles asaltaban su mente. Amaba a Santiago como nunca había amado a ningún hombre. No importaba que apenas hiciese una semana que se habían conocido. Desde el primer instante que le vio en cubierta, volcó tanto amor en él que incluso para una mujer normal era algo desconocido. Por su sangre corría el aura del Sol y de Venus. Todavía no sabía qué le reportaría concretamente, pero su corazón dorado se sintió atraído por el de Santiago. Miró anhelante hacia el exterior. Preguntó a Ómicron cuánto tiempo restaba para llegar al lago de la decisión.

—En diez minutos entraremos en el lago de magma conocido con el nombre Kragken, el final del manto y el principio del núcleo.

Elisabeth y Santiago salieron al mismo tiempo de sus habitaciones. Elisabeth miró a Santiago, pero éste le devolvió la mirada más fría que nunca hubiese imaginado. Si algo podía convertir en piedra el corazón de un ser humano, sin duda alguna sería algo así. ¿Qué le estaba sucediendo a su amado? Necesitaba una respuesta. Mientras Santiago salió al puente donde se encontraban los jóvenes dioses solares, Elisabeth comenzó a llorar sin poder evitarlo, y ascendió los interminables peldaños que le

separaban del corazón de la nave. Necesitaba hablar con Ómicron y con su abuelo.

–¿Qué te ocurre, Elisabeth? –preguntó Ómicron?

–Algo terrible. Creo que Santiago me odia.

–¿Quieres decir que no te ama?

–No amar es decir poco. Su mirada es la de un ser que guarda un terrible rencor.

–El ser humano es en multitud de ocasiones como un pozo sin fondo y oscuro, Elisabeth.

–Tal vez... podría hablar con mi abuelo.

–Dime, Elisabeth –surgió la voz de su abuelo.

–Abuelo...

Desde la esfera dorada, donde la vida palpitaba, surgieron haces de materia luminosa que abrazaron a la joven.

–No llores, pequeña.

–Estoy asustada. Santiago me odia.

–¿Por qué dices eso?

–Me ha mirado de una forma inexpresiva, como si estuviese en otro mundo... me han dado escalofríos.

–Está a punto de tomar la decisión, Elisabeth.

–¿Quieres decir que es normal?

–Cuando un ser humano se acerca al lago Kragken está entrando en sus recuerdos.

–Pero... yo no siento nada.

–Tú eres, en cierto modo, hija del Sol, Elisabeth. No te afecta tanto su cercanía, únicamente si te bañas en él, como ha hecho más de un insensato hijo solar.

–No entiendo qué tienen que ver los recuerdos con su mirada fría y distante.

–Todo ser humano mantiene en la memoria muchos acontecimientos ocultos pertenecientes a otras vidas.

–Sigo sin entender, abuelo.

–Las experiencias han podido ser inmensamente buenas, pero también extraordinariamente terribles.

–Pero... él no era así.

—Vuestros corazones se han reconocido. Vuestros arquetipos se corresponden, se aman. Sin embargo, en la decisión que está a punto de tomar, todo el dolor experimentado a lo largo de miles y miles de años surge junto a la luz. Santiago no tiene capacidad de recordar concretamente, pero sí que posee un punto de abstracción, una zona oscura en su conciencia que es producto de terribles desengaños.

—¿Y?

—Si cuando llegue a las inmediaciones del lago no vence la inercia y se deja llevar por tan terrible condensación de resquemor, perderá la oportunidad de amar en la luz, y deberá regresar a la oscuridad.

—¿Puedo hacer algo?

—Rezar. Abrir con tu pensamiento un camino de esperanza que rompa, que destruya, que desintegre la densa capa de materia oscura que le rodea.

La materia luminosa que había surgido de la esfera dorada regresó a su lugar de origen y Elisabeth descendió los escalones. Llegó justo en el momento en el que Sorx, Lunx y Santiago, con el visto bueno de Ómicron, salían al exterior. Apenas había visibilidad. La incandescente y minúscula nave se difuminó dentro del magma. Elisabeth miró. Las lágrimas seguían regando sus pómulos. Fue a su habitación, pasó sin leer las hojas del libro de Strung. El dolor de su corazón necesitó el agua dulce y reparadora del mundo de los sueños.

—¿Puedo pasar, Elisabeth? —despertó a la joven la voz de Santiago.

—Adelante —respondió ella, todavía medio dormida.

Santiago entró sonriendo. No había ni rastro de su mirada fría y terrible.

—De mi corazón a tu corazón.

Elisabeth apenas comprendía.

—De mi alma a tu alma, Elisabeth —dijo Santiago mientras le entregaba en la mano un extraordinario diamante en forma de corazón.

–Gracias –acertó a decir, totalmente desconcertada.

–Lo siento, Elisabeth.

–¿Qué te ha ocurrido Santiago?

–No sé. Estaba triste, sentía odio hacia todo. Acompañé a Sorx y Lunx, nuestra nave se sumergió en el lago. Me sentía envuelto en alquitrán, en la oscuridad más densa que jamás hubiese imaginado. De repente, te recordé y ocurrió un extraordinario milagro. Fue como si la agonía que me invadía se hubiese roto en mil pedazos. Los hijos del Sol extrajeron del magma algo incandescente que una vez en la nave se transformó en este diamante.

–Yo también tengo un regalo para ti.

Elisabeth no lo pensó dos veces. Tomó de su mesilla el libro que había estado repasando y se lo entregó a Santiago.

–Gracias.

–Es el relato de la estancia de mi abuelo Strung en la Tierra.

–Tal vez es demasiado.

–Lo mío es tuyo, Santiago.

El hombre miró a la mujer e inclinó la cabeza en señal de profundo agradecimiento.

La mujer se acercó al hombre y besó levemente los labios.

Santiago la estrechó entre sus brazos mientras susurró: de mi corazón a tu corazón, de mi mente a tu mente, de mi alma a tu alma, Elisabeth.

La joven inglesa supo, sin la menor duda, que aquellas frases sólo podían ser expresadas por alguien que había cruzado la parte más oscura de su mente y había resultado victorioso.

CAPÍTULO 23

EL MANUSCRITO DE STRUNG

Después de haber transcurrido una hora observando desde su habitación el núcleo externo de la Tierra, Santiago pensó, con razón, que era como viajar en un submarino por las profundidades del océano, con la diferencia de que la luz incandescente daba la sensación al viajero de estar siempre inmerso en oleadas de niebla brillante. Se tumbó sobre el confortable sofá que había junto a la ventana y abrió el diario del abuelo de Elisabeth.

Strung, un hijo del Sol en la Tierra.

Querido amigo lector: si ha caído esta preciada historia en tus manos, confío que me comprendas y sirva en tu largo peregrinaje desde la luz a la oscuridad, y desde la oscuridad a la luz.

Las fuerzas y energías del universo son extraordinariamente potentes, y para un ser humano, así como para un hijo solar, una vez han entrado en su dinámica, les es imposible poderlas evadir. Lo que voy a narrar quizás sirva de utilidad y ayuda para los eternos peregrinos que viven en los múltiples sistemas solares.

Todo comenzó en el año dieciséis millones trescientos cuarenta y cuatro mil doscientos diecinueve de nuestra civilización, una de las muchas que se han sucedido en nuestro sol. Sé que si un humano llega a leer esta cifra astronómica en referencia a su limitada vida, dudará, lo cual es algo que no me atañe. En lo que respecta a mí, lo único que me importa es que un humano que aspire a llegar a ser una entidad solar, encuentre interesantes ciertos conceptos. Cuanto más avance la civilización

de la Tierra, mayor será la posibilidad de ser creído, y por lo tanto, la utilidad del diario.

Santiago ya había visto extraordinarios ejemplos de lo que la vida podía llegar a ser, y no le originó ninguna incertidumbre imaginar la edad de una civilización tan extensa en el tiempo. Era de esperar que los señores solares tuviesen una vida más prolongada que la humana. Quizás podía ocurrir algo parecido a la diferencia de longevidad entre una hormiga y un ser humano, que mientras hay algunas que apenas viven unas semanas, hay hombres y mujeres que viven cien años.

Es difícil evaluar si los anhelos que surgen de nuestro corazón son apropiados o no. La elección de un camino no es, en muchas ocasiones, correctamente evaluada. Puede que nos lleve al más estrepitoso de los fracasos o que nos conduzca a las cimas de las montañas más elevadas. Lo importante es vivir, y la vida en el universo es más abundante que las microscópicas partículas de arena de una playa. Existen grandes fracasos y extraordinarios éxitos para aquellos que vivimos. Unos los sufrimos, y otros los disfrutamos; pero todos nos conducen hacia la sabiduría. Nuestros pies, cansados de sufrir, desean elevarse y no tocar de nuevo el fuego y el hielo de las áridas y desérticas estepas de la muerte.

Basta de hablar y vayamos a contar los hechos.

Mi nombre es Strung, soy hijo de Ront y de Tali. Transcurrí mi infancia jugando, y mi juventud estudiando. Poseía todo lo que se podía poseer. Mi salud no tenía fisuras y mi poder mental era como el de todos mis amigos. La electricidad obedecía a mi mente como a un humano le obedecen los brazos o las piernas. El fuego eléctrico de mi espíritu era libre y a través de él podía volar hacia cualquiera de las esferas de nuestro sistema solar. Algunas de ellas son, en esencia, parecidas al Sol. Los ángeles de la luz actúan de una forma parecida. Piensan, crean un diferencial en la materia circundante y resplandece la luz. La

luz estimula nuestras vidas. Algunos de nosotros se conforman con habitar siempre el mismo plano y cada cierto tiempo surgen excepciones, que necesitan descender a la materia sólida. Y entre los extraños señores solares, considerados fracasados para la civilización solar, que anhelan el contacto con la materia más densa, estoy yo.

Mientras la mayoría de nuestra civilización asciende de plano en plano hacia lugares no imaginados y estrellas de nuestra galaxia, otros, los menos, los fracasados, según el baremo social, percibimos una atracción tan poderosa hacia las formas de gran densidad que no podemos evitar nuestro cruel destino.

Pronto, mis padres se dieron cuenta de que yo había salido un rebelde, un materialista y un ser solar descendente. Intentaron que rectificase. Y pareció que lo habían conseguido, hasta que me enrolé en una expedición de estudio con destino la Tierra.

Así pues, cuando llegué al lago Kragken, comenzó mi odisea.

—¡Dios! —exclamó Santiago.

Incluso nosotros, los semidioses solares, tenemos limitaciones. Siempre son autoimpuestas cuando se trata de decisiones individuales, pues la libertad de decisión que no tiene especiales implicaciones grupales, como puedan ser el destino del Sol o de alguno de sus múltiples planetas, muchos más de los que consideran los humanos, es uno de nuestros privilegios.

En el mismo instante que partió la nave nodriza con veinte aspirantes a científicos y entró en el túnel a través del espacio tiempo que une la Tierra con el Sol, supe, sin el menor atisbo de duda, que no regresaría con ellos.

Como suelen decir los humanos: lo llevaba oculto en mi karma. En mi condición de hijo solar existían residuos de alguna vida anterior que debían ser superados, si en un futuro deseaba prosperar como esencia inmortal en los niveles del Ser.

Paradójicamente, tal defecto, si así puede llamarse, es esencial para la subsistencia de todos los niveles en que se imbrica la Vida Una. Dicho de otra forma, las zonas oscuras que todos los seres de un nivel poseen, les ponen en contacto con las zonas más iluminadas de los individuos que habitan en el nivel siguiente en la escala descendente. Por si no me he explicado bien, en algunas religiones es conocido el arcaico concepto de salvación. La interacción de los niveles inferiores y los niveles superiores viene posibilitada por la existencia de ciertas brechas o fallas que hacen que la luz y las tinieblas, términos siempre relativos e intercambiables, se intercomuniquen. Si cada una de las esferas del Ser fuese perfecta no podría haber comunicación posible entre unas y otras. Por lo tanto, mi carencia como entidad solar representaba la garantía de evolución para aquellos humanos a los que pudiese implicar en mis desatinos y errores como hijo del Sol.

Santiago estaba completamente absorbido en aquella lectura. La nave continuaba su curso a través del magma. Quizás debería estar estudiando científicamente el comportamiento de los materiales que nunca, nadie había podido observar, al menos nadie conocido por la opinión general de la humanidad, pero tener en sus manos el diario de un hijo del Sol, no era algo que ocurriese siempre. Muy probablemente, era su única oportunidad de tenerlo entre sus manos. Pensó en Elisabeth, sonrió. Ella, con toda seguridad, dormía plácidamente. Y si le había dejado un libro tan particular debía ser por alguna razón. Quizás visitarían a su abuelo Strung. Miró al ventanal de blanco inmaculado. Si estaban en el interior de la Tierra o bajo alguna montaña, realmente, solo los tripulantes y el misterioso ordenador lo sabían. Y ¿qué quería decir Strung con el túnel en el espacio tiempo?

La mente de Santiago estaba sobreexcitada, parecía estar revolucionada. No era para menos. Durante casi siete días había caminado por un sendero en el que los acontecimientos eran cada vez más inexplicables. Se pellizcó en el brazo. Recordó que un amigo suyo le había dicho que él lo hacía, pues de esa forma

sabía si estaba soñando o despierto. El geólogo sintió el dolor y continuó despierto o dormido o lo que fuese. Nada cambió. Cerró el delgado libro que tenía entre sus manos, observó las letras de color dorado sobre la tapa dura de color rojo. Justo debajo del encabezamiento había dibujado, en relieve, un corazón, también dorado, del que salían despedidas líneas en forma de rayos. Sobre el corazón el signo del infinito. Palpó cada una de las ranuras. Debía ser oro. Al tocar el signo del infinito cerró los ojos y vio a niña Elisabeth de la mano de Strung –supuso.

–¡Dios! –gritó asustado.

Volvió a cerrar los ojos. Sólo vio oscuridad. Y continuó.

–*Strung –me indicó el instructor–, conoces las normas. Ningún hijo del Sol puede bañarse en las aguas del lago Kragken.*

Miré al monitor. En mi interior fui absorbido, invadido, tiranizado por un irrefrenable impulso de lanzarme dentro de las aguas de fuego.

–*Lo siento, debo entrar.*

–*¿Y tus padres, Strung?*

–*Dígales que las aguas del lago me llaman.*

–*Strung –gritaron mis compañeros.*

–***Quiero conocer, quiero saber, quiero sentir, quiero poseer, quiero ser poseído*** –*les grité con síntomas de locura total mientras sentía la fuerza del magma sobre mi cuerpo eléctrico.*

–¡Padres! –exclamó Santiago cerrando el libro. Necesitó beber un poco de agua. ¿Por qué me has regalado el libro, Elisabeth? ¿Quiénes sois? ¿A dónde me lleváis?

–Confía en mí, Santiago –parecía contestarle Elisabeth.

El joven ingeniero y geólogo pensó de nuevo en todo lo que estaba acaeciendo. ¿Star Trek? ¿The Core? ¿E.T.? ¿Viaje al centro de la Tierra? ¿Dónde se había metido? Había un espejo. Se observó el rostro. Sus ojos... parecían de fuego. Se palpó la frente, tenía gotas de sudor. Se miró los brazos, las manos... ¿qué le estaba sucediendo? Sin duda debía ser algo bueno, pues percibía que cada punto de su cuerpo rebosaba vitalidad. ¿El centro de la Tierra le estaba transmutando? ¿Acaso estaban entrando en algún

agujero negro desconocido? ¿Y si el núcleo de la Tierra no fuese lo que hasta ahora se había supuesto? ¿Y si los modelos de predicción no se correspondían con la realidad? ¿Y si en verdad el núcleo de la Tierra era de mantequilla? Por Dios, Santiago, no es el momento de decir tonterías... Pero... y si... estaban entrando en un plegamiento del espacio tiempo, significase lo que significase tan rimbombante frasecita de los físicos... Se volvió a mirar en el espejo. Cada vez se sentía con una creciente energía. Entonces... se estaba convirtiendo en Hulk... Otra vez no, Santiago... no mezcles la realidad con la ficción.

La luz del pequeño ventanal era tan brillante que apenas se podía resistir. El geólogo no sabía que un hombre en condiciones normales habría quedado ciego con solo mirar unos segundos tamaña fuente luminosa.

–Bienvenido al **Día de sé con Nosotros** –escuchó en su cerebro la voz de Elisabeth.

Miró a la puerta. No había nadie. ¿Se estaba volviendo loco?

–No –se contestó a sí mismo.

–Yo soy ellos –pronunció en voz alta.

–Iré a ver a Elisabeth –se dijo.

–No, no es el momento –se respondió–. Continúa con el manuscrito de Strung.

CAPÍTULO 24

STRUNG EN EL LAGO KRAGKEN

Querido amigo lector, puesto que deseo objetivar mis experiencias, narraré mi propia aventura como si de una novela se tratase. Así debe ser, puesto que aquel náufrago que fui, ya no lo soy. Y aquel Strung que entró en el lago Kragken ya no existe.

La figura dorada, de portentosa energía, de un dios solar entró en las aguas de fuego del lago Kragken. Por todo su cuerpo recorrieron mil millones de partículas eléctricas. Hasta tal punto fueron agradables que ya en el primer segundo pudo afirmar sin lugar a dudas que sus maestros le habían estado engañando a lo largo de toda su vida. Debía existir algún interés oculto, que en ese preciso momento no podía averiguar, por el que los sabios guías de su civilización solar habían aconsejado no sumergirse en el lago de las energías complementarias.

Se zambulló, se cerró su tercer ojo y se dejó llevar por las sensaciones placenteras de la inmensa energía del lago. Aquello era en verdad vivir. Hasta ese momento, su vida había sido ascética, como la de todos los hijos del Sol. En su mundo solar, los placeres eran mentales y poseían un componente más sutil y delicado. El embelesamiento por las virtudes era un placer que se percibía como ligeras descargas eléctricas. Disfrutar de la belleza, de la armonía, de la música era llegar al arrobamiento del alma, pero desde luego, nada comparado con los impactos que en el lago de magma incandescente estaba percibiendo.

Nadó, más bien buceó, durante horas y horas humanas. El lago Kragken era una esfera de seiscientos kilómetros de diámetro. Miles de millones de metros cúbicos de magma diferenciado del resto de la masa magmática.

Las primeras sensaciones se fueron difuminando. Agotado por la recepción de tal avalancha de estímulos se relajó y dejó llevar por la corriente. Era un pez de fuego eléctrico sumergido en un océano de fuego de materia.

Paulatinamente fue siendo rodeado por cálidas formas onduladas diferenciadas de materia ígnea. Planearon sobre su dorado cuerpo. Las formas, femeninas, se deslizaban por toda la extensión de su fina y delicada piel etérica. No había punto de la misma que no sintiese el placer del contacto con aquellos seres. Cada sensación se convertía en sonido que hacía vibrar el interior de su cuerpo. Era el principio. Las primeras ondulaciones

de materia ígnea con forma femenina anunciaban la llegada de su señora.

–Bienvenido hijo de Dios.

–¿Quién eres? –preguntó Strung.

–¿Cómo puedes tú, un hijo de Dios, preguntarme a mí quién soy?

–¿Debería saber tu nombre?

–Un hijo de Dios debería saber el nombre de sus súbditos.

–Los hijos de Dios no tenemos súbditos.

–Entonces... ¿qué son las múltiples esferas que reciben la energía del Dios Sol?

–Son distintas partes de un mismo sistema solar.

–Sin embargo, para nosotras, tú eres un Dios.

–Probablemente estáis equivocadas. Yo solo soy un visitante.

–Quizás, ya veremos.

–¿Cuál es tu nombre?

La figura abstracta, continuamente cambiante, se acercó hasta Strung; envolvió en formas espirales todo el cuerpo del hijo del Sol; acarició su anquilosado y arcaico sexo, y un estremecimiento como nunca había experimentado, le hizo perder el sentido durante unas décimas de segundo.

–Deberás averiguarlo.

–Es extraño, me llamas hijo de Dios y sin embargo te niegas a darme tu nombre.

De nuevo volvió a rozar cada partícula de piel de Strung. Sonreía.

–Soy la Señora del Placer Ígneo.

–Mi nombre es Strung.

–Cuando lo desees, llámame. Al instante daré cumplimiento a cada uno de tus más ocultos deseos y profundos anhelos, ansiado y esperado hijo de Dios.

Strung no supo qué contestar. No estaba preparado para una experiencia tan extraña. Permanecía perplejo. Las múltiples y delicadas formas femeninas se desvanecieron en la luz del lago

Kragken. Cada uno de sus órganos estaba excitado, y muy en especial su masculinidad.

CAPÍTULO 25

PROBLEMAS IRRESOLUBLES Y ETERNOS

Julio Ríos miró a su esposa. Estaba atractiva, allí tumbada en la hamaca y leyendo varias revistas sobre moda y decoración. Su primera intención fue decirle: "qué guapa estás" "podíamos hacer algo" pero cuarenta y cinco años de noviazgo y matrimonio, de algunos escasos "*de acuerdo*" y decenas por no decir cientos de "*no seas pesado*" fueron una losa demasiado densa que no tuvo fuerzas para levantar. Con un cien por cien de probabilidades de que le contestase un rotundo no, pensó que era mejor seguir leyendo a Ken Follet. Entre ambos se había forjado un grueso muro de reproches. Pero no es porque él fuese el sujeto pensante dentro de su cerebro, sino porque estaba convencido de que él había superado un poco mejor sus problemas matrimoniales. Cuarenta años escuchando "**no**" habían dado para mucho sufrimiento.

Desde hacía un lustro, cuando había claudicado definitivamente, era más feliz. En algún momento, cuando observaba la figura de su esposa, había pensado que se quemaría por dentro. La pasión le abrasaba y necesitaba salir a dar un paseo. Ella caminaba por la casa como si nada, con su falda corta, se sentaba en el sofá y en ocasiones descuidadamente mostraba alguna parte de sus encantos. No era realmente consciente de que Julio tenía que apretar los puños y resistir los embates de la pasión.

Solo una vez, a lo largo de tantos años, fue ella quien le propuso hacer el amor. Fue una cruz extraordinariamente pesada para Julio. Sin embargo, la amaba desde la primera vez que la vio. Ella tenía catorce años, y él, dieciocho. Él estaba saliendo del instituto y ella entrando. Y siempre, siempre la había amado.

Cuando tenía treinta y cinco años, en la flor de la vida sexual, tuvo que decidir. Seguir o no. Y decidió continuar. El problema sexual era algo que nunca sería resuelto por los seres humanos. Si por casualidad hubiese recommenzado alguna incierta aventura, habría llevado al mismo destino. A la insatisfacción de uno de los dos amantes. Era un cálculo simple y sencillo. No podían existir en el mundo dos seres humanos que se completasen perfectamente y perpetuamente en sus relaciones sexuales. En algún momento, uno de los dos no estaría a la altura del otro. Por lo tanto, el problema de la satisfacción sexual completa, eterna, con amor y en plenitud de facultades era una utopía. De donde se deducía que o bien en esta vida o en una próxima, el hombre y la mujer deberían tomar una decisión: amar sin desear.

Pero... ¿cómo amar sin desear a tu propio esposo o esposa? ¿Cómo evitar la frialdad en la que puede caer envuelto uno de los dos, o tal vez los dos?

Los psicólogos del amor, en opinión de Julio, no estaban a la altura de las circunstancias. Eran jóvenes, y simples productos de la sociedad actual tendente al narcisismo juvenil, materialistas y no creyentes. Es mejor separarse, habría sido el consejo. Pero... ¿de verdad era mejor separarse?

Julio miró a Lucía. Recordó su alma de niña. Con más de sesenta años no deseaba cometer errores. Él la amaba.

—Estoy harta —protestó Lucía sacando de sus pensamientos a Julio.

—¿De qué?

—Quince años luchando contra mi cuerpo.

—Mujer... pesabas cerca de noventa, ahora estás en setenta y cuatro.

—Ya. Para ti es fácil decirlo. Pero no me comprendes.

—Estás obsesionada, Lucía.

—Mi entrenador me ha dicho que tengo que pesar sesenta y nueve kilos.

—Pero... ¿no ves que eso se lo dice a todas? Es una forma de estimularte.

—Tú no sabes lo que es llegar a casa y querer comer compulsivamente.

—Bueno, pues tranquila. Comes unas verduras, un filete de carne, una naranja, un poco de pan y ya está.

—Pero... ¿estás tonto? estoy a régimen.

—No creo que por comer normalmente vayas a engordar.

—Eso lo dices tú.

—Un poco de pan no le engorda a nadie.

—A ti, no, pero a mí, sí.

—Ya, porque lo digan unos cuantos gilipollas.

—¡Ojalá Dios, te pase a ti algo, ya verás lo que es sufrir!

Julio se mordió los labios. Le habría respondido, ¿y el infierno por el que he pasado yo a lo largo de cuarenta años sin hacer el amor todo lo que quería?

—Todos hemos sufrido —contestó Julio.

—Tú... ¡qué vas a sufrir! siempre a lo tuyo. A tus libros y a tus alumnos.

—Yo creo que estás bien, que no necesitas bajar más de peso.

—¿Es que eres estúpido?

—Un poco de respeto.

—Eres tú el que no me respeta, ni me comprende, ni se preocupa por mi salud.

—Es que estás obsesionada con los tres o cuatro kilos de más.

—Mejor comprendiste a aquella profesora joven que te pidió ayuda.

—Ella confiaba en lo que yo decía.

—Ya...ya.

—¿Cuántas veces te he dicho que aprendas a respirar? Ni repajolero caso.

—Vaya estupidez, respirar.

—Para mí es lo más importante de la vida. Es lo que te puedo enseñar, y sin embargo no soy digno de tu confianza ni aprobación.

—No tienes ni idea de lo que dices.

Julio dejó de discutir. Todos sus conocimientos no servirían de nada. El muro nunca se derrumbaría del todo. Y sin embargo, sabía que amaba a Lucía. Ella nunca le perdonaría la relación espiritual con una profesora. En ningún caso se planteó dejar a su esposa. Aquella relación había sido estrictamente de alma a alma. Para él habría sido un terrible fracaso como ser humano dejar a Lucía. Eran dos mundos distintos con sus propias leyes, pero... el foso estaba ahí, y ya no podría ser salvado.

En realidad, su esposa estaba buscando un sentido a su vida, intentaba encontrar el contacto con su alma, pero estaba condenada a no conseguirlo. Ella quería un cuerpo perfecto. Era su obsesión. Y la pregunta era ¿cuánto tiempo podía durar un cuerpo perfecto si dentro había un alma sufriente y anhelante por expresarse? Aunque la cosa no era tan sencilla, pues también podía ocurrir que el alma, dentro del cuerpo, fuese, en última instancia, quien realmente quería y anhelaba un vehículo físico más perfecto.

La lucha en el interior de los seres humanos era algo inexorable. Había quienes luchaban contra su deseo de placer sexual, quienes se peleaban contra el deseo de alimentarse compulsivamente, quienes se esforzaban por no apropiarse de lo ajeno, quienes sentían odio y luchaban contra tan terrible sentimiento, quienes se resistían contra su ludopatía, quienes estaban atormentados por sus adicciones al alcohol y a las drogas...

Entre tanto, como si se tratase de pequeñas islas de un inmenso océano, emergían algunos destellos de tranquilidad y armonía. Pero los desequilibrios psicológicos estaban a flor de piel.

—¿Vienes a bañarte? —preguntó Julio.

—Luego, un poco más tarde.

El insigne profesor, el desacreditado esposo, el inepto amo del hogar se sumergió en el agua del océano Atlántico. Estaba un tanto fría, pero podía resistirlo. En otros tiempos había sido como

un dios. Había conseguido, a través de su mente y corazón, salvar de la tristeza a alguien que había confiado en él. Ahora, simplemente se bañaba en las aguas de un mar inmenso, cual minúscula partícula que se mecía en las interminables olas de un Dios que permanecía oculto tras las miserias humanas. El Dios Sol emitía sus rayos que otorgaban calor y luz. Su energía era infinita en comparación con el minúsculo tamaño y corto tiempo de vida de un ser humano. El Padre eterno ofrecía sus dones a quienes los desearan tomar. Él continuaba emitiendo enormes llamaradas de vida que inexorablemente llegaban hasta la Tierra. Y los microscópicos y engreídos seres humanos se peleaban consigo mismos y con otros buscando la belleza, la armonía y la paz. Eran como peces rodeados de agua y muriéndose de sed.

CAPÍTULO 26

FUEGO INTERNO

Strung continuó su inmersión por el lago Kragken. De nuevo se acercaron hasta él diferentes formas difusas de entidades ígneas. Algunas se le adherían a los brazos, otras al cuello, varias, más inconscientes o menos sutiles, rodeaban sus piernas, y las más atrevidas, llegando aparentemente hasta la desvergüenza, envolvieron la zona donde debería estar su órgano masculino. Sólo era un lugar atrofiado que obstruía normalmente la energía. Su especie solar parecía compartir con los seres humanos un legendario órgano reproductor. Podría resultar extraño e incomprensible, para cualquier terráqueo, la extraña posibilidad de que un ser solar poseyese un abstracto atributo masculino etéreo que fuese estimulado por electricidad de cierto tipo e intensidad, pero así era.

La energía del lago Kragken era energía especializada en la relación de los polos complementarios. Dicho de una forma más burda, el lago de magma, cercano al núcleo del planeta, contenía la esencia de su energía sexual y reproductiva.

Especificando aún más, si cabe, el lago Kragken, de unos seiscientos kilómetros de diámetro, era una analogía planetaria de los órganos reproductores masculinos o femeninos de un ser humano.

Fue algo que intuyó Strung casi desde el mismo momento en el que tocó la materia ígnea especializada.

Y en el interior de su alma, sabía perfectamente que era a lo que había venido a la Tierra. ¿Por qué él era diferente a los demás hijos del Sol? Una pregunta muy difícil de responder. ¿Era un degenerado si se le comparaba con los entes solares? Con enorme probabilidad era algo que incluso el más sabio de los sabios de los hijos del Dios Sol no acertaría a contestar de una manera taxativa. Por lo tanto, que Strung tuviese dudas y más dudas sobre su decisión era normal. Se dejó llevar por su inteligencia y lógica, una de las herramientas que las entidades solares descartaban, pues para su funcionamiento como grupo utilizaban lo que nosotros llamamos, incompleta y desacertadamente: intuición.

Los humanos, en especial cuando hablamos por hablar, queremos dar a entender por intuición algo así como un sexto sentido que nos advierte, que nos indica, sin saber la verdadera causa, que algo va a ocurrir, o que existe una X desconocida, pero a la que hacemos caso.

Intuición, en su verdadera acepción en el lenguaje de los hijos solares, es la herramienta mental que permite instantáneamente saber cómo se encuentran los integrantes de su civilización. Dicho de otra forma, algo parecido a la telepatía o más bien a la omnitelepatía. Para los seres de fuego o la civilización solar, la lógica y la inteligencia estaban por debajo del umbral de su conciencia habitual. Algo similar a lo que los seres humanos pensamos del instinto.

Strung era, pues, un hijo solar que en cierto modo no estaba a la altura de la intuición, virtud que desapareció cuando se le cerró el tercer ojo, en el preciso instante en el que se sumergió bajo las aguas magmáticas del lago Kragken.

Los habitantes del lago Kragken tenían una sola y única obsesión: fusionarse. La fusión de los diversos entes generaba una poderosa energía que revitalizaba a la Tierra desde aquellos lugares interiores. Aunque fuese algo incomprensible para los científicos del planeta, gran parte de la vitalidad de los animales y de las plantas, incluso del ser humano como parte animal que era, provenía de la electricidad originada en las zonas internas de la madre tierra.

Dos tipos de electricidad, desconocida por los científicos, interactuaban en los reinos de la Naturaleza, el solar y el intraterreno, si bien éste último, también era cósmico respecto a su fuente original.

Strung se dejó llevar por el deseo de aquellos elementales seres que se sentían atraídos por su masculinidad. Les dejó hacer, no fue capaz de resistirse a las caricias de los seres ígneos y percibió la dulce sensación que producía su energía interna al derramarse entre las piedras de fuego. Cuando todo terminó, las minúsculas serpientes ígneas resplandecieron y le dejaron tranquilo.

El dios solar se quedó dormido. Ella, la divina Señora del Placer Ígneo observó atentamente. Como si de una neblina se tratase, se acercó hasta Strung y le envolvió con su cálido ser. Los anhelos de su corazón se reavivaron. ¡Hacía tanto y tanto tiempo que esperaba la llegada de un ente solar como Strung! Era la única forma, para ella, de emerger como energía revitalizadora de la naturaleza mineral y vegetal que existía en la superficie del planeta.

Santiago cerró el libro. Pensó en Elisabeth. El fuego de su corazón era extraordinariamente intenso. La amaba. ¿Y ella? ¿Qué podría esperar una mujer, de tan alto rango, de un simple geólogo, al que justo le llegaba para vivir con la exigua beca del estado y la ayuda de sus padres? Elisabeth había dado sobradas muestras de que también le amaba... El tiempo diría... Continuó la lectura del diario.

CAPÍTULO 27

ELA-AL-HATIR

Strung se despertó. Miró a su alrededor. El magma permanecía tranquilo. O dicho de otra forma, no se percibían formas etéreas y neblinosas. Se sentía extraordinariamente bien. En su interior descubrió una rara sensación de dulzura que nunca antes había percibido en su mundo. Su rudimentario órgano sexual estaba eléctrico. Quizás no debería estar así. Después de la salida del flujo de energía, podría asegurar que lo normal era que simplemente, no existiese, que fuese inconsciente de él, de la misma forma que era inconsciente como norma general de tener brazos y piernas. Su cuerpo de luz se movió sobre y dentro de las aguas de la vida. Recordó las vibraciones sentidas a través de la interacción de las serpientes de fuego. Aunque placenteras, no parecían colmar el anhelo de su alma. Y recordó a la Señora del Placer Ígneo. Instantáneamente apareció delante de sus ojos etéricos.

—¿Me has llamado, Señor?

—Solo he pensado en ti.

—Sabes que es suficiente.

—Sí.

—¿Qué deseas, amo?

—No lo sé.

—Es imposible que un dios solar no sepa qué desea.

—Esto es nuevo para mí.

—¿No has amado a ninguna diosa solar?

—No. Allí el amor es distinto, es una sensación grupal de alegría y regocijo, pero nada que ver con lo que busco.

—Tal vez lo que deseas es lo que las serpientes ígneas te han proporcionado.

—¿Cómo lo sabes?

—Las serpientes ígneas son parte de mi alma.

—¿Quieres decir que tú has sentido algo?

—Sí.

–¿Has resplandecido de luz igual que tus componentes?
 –Sí y no.
 –¿Pues?
 –Mi alma busca algo más que el placer.
 –Pero... tu nombre...
 –Queda muy bonito.
 –¿Entonces no eres una buscadora del placer?
 –Exactamente, no.
 –Eres enigmática.
 –En el fondo busco lo que tú.
 –¿Y qué busco yo?
 –Tú persigues la unión de las almas a través de los cuerpos.
 –Quizás estás equivocada. Las almas ya son una entidad en el Sol.
 –Pero no es lo mismo, percibir abstractamente la fusión de las almas, que sentir, a través de tu propio cuerpo, la unión de las mismas.
 –Tal vez tengas razón, aunque en mi mundo el contacto con la materia inferior y más densa está prohibido.
 –¿Te sientes culpable?
 –A veces, sí.
 –Descender a los infiernos es un peligro. Quizás ya nunca puedas salir de aquí.
 –El infierno no lo parece tanto con tu excelsa presencia.
 La Señora del Placer Ígneo permaneció en silencio. Miró a los ojos a Strung, quien devolvió el reflejo de sus ojos con serena expectación. Frase mística, frase enigmática que emite aquel que percibe la armonía de los mundos, y anhelando su comprensión confía en que el milagro sucederá.
 –Hace miles de años humanos que espero un hijo de Dios –recalcó la Señora del Placer Ígneo.
 –¿Por qué esperas tú?, la que puede disponer de tan serviciales súbditos.

—Cuando alguien ha subido el primer peldaño, no ha hecho nada más que empezar a ascender una infinita escalera.

—¿Y aquellos como yo, que han descendido el último de su mundo?

—En el fondo de su corazón permanece la respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Cuando un excelso ser de un plano superior se digna visitar un mundo inferior puede ser por varias razones, porque no resiste tanta altura o porque su corazón sabio se compadece de los reinos inferiores, o quizás porque existe un destino oculto que ni siquiera son capaces de adivinar sus propios instructores.

—¿Y, yo? ¿Dónde crees que me ubico?

—El tiempo lo dirá.

—Entonces... ¿no te atreves a hacer un pronóstico de mi futuro destino?

—No.

—Cuanto más tiempo paso hablando contigo, más vibra mi corazón.

—También el mío.

Strung permaneció en silencio. Observó a la Señora del Placer Ígneo.

—Sé cuál es tu verdadero nombre—continuó Strung.

Los ojos de la Señora del Placer Ígneo permanecían entornados. Nada respondió, quedó anhelante.

—Tú eres la luz que se refleja en los múltiples espejos del alma, el aliento que da vida, el fuego interno que genera el fuego externo.

—Quizás, te equivocas —le sugirió la Señora del Placer Ígneo.

—Eres la vida que se expande a través de múltiples flores de loto.

A cada frase que enunciaba Strung, la Señora del Placer Ígneo se acercaba más al hijo del Sol.

—Eres el silencio que todo lo colma, el viento que todo lo penetra...

Strung deseó, anheló abrazarla, percibió tanto amor en su corazón que de su rostro de fuego divino, de sus ojos cerrados, surgieron dos diamantes.

—Tu nombre es... Ela-Al-Hatir —expresó Strung lo que hervía en su mente y corazón unidos.

De algún lugar del Sol emergió la esencia de la vida, y, cual rayo eléctrico que nadie ve, ni oye, ni siente, penetró en el lago Kragken fusionando los cuerpos de Strung y la Dulce Señora del Placer Ígneo.

Ela-Al-Hatir formó un inmenso círculo de fuego ígneo que se deslizaba sobre los cuerpos de ambos. El fuego recorría cada recoveco, rincón y arista de sus formas ígneas. El lago Kragken parecía un océano embravecido pero contenido. Sus aguas se agitaron, formaron círculos, espirales, enormes signos del infinito que atravesaban la esfera en que se habían convertido los dos amantes.

Parecía como si algún gigante invisible agitase las aguas, como si las removiese con enormes remos. Los ríos de fuego chocaban entre sí. Ela-Al-Hatir y Strung parecían disolverse y perderse en el movimiento violento de las tormentosas y tumultuosas olas de fuego. Interminables minutos fueron testigos del amor del hijo solar y la estrella de la mañana, y un inmenso resplandor fue el final de la unión de ambos seres. Las aguas ígneas se remansaron, y Strung se quedó dormido sobre la forma femenina de Ela-Al-Hatir. Ella había recibido el aliento de la vida de un dios solar. No tenía sueño, muy al contrario, estaba más despierta que nunca. Contemplaba el rostro plácido de Strung. Paulatinamente, la forma de Ela-Al-Hatir se disolvió en el océano de fuego. Había recibido el aliento de la vida. Semilla que debería llevar a su destino en el exterior del planeta.

Santiago dejó de leer de nuevo. Había algo que le dejaba un tanto perplejo. ¿Qué había producido el resplandor del lago ígneo? ¿La fusión de dos corazones o la extracción de la energía de la vida de Strung? ¿O tal vez ambos elementos a la vez?

Anhelaba volver a ver a Elisabeth, pero algo le decía en su interior que era preciso terminar la historia de Strung.

CAPÍTULO 28

VACÍO

El dulce sueño de Strung comenzó a transmutarse en pesadilla cuando al abrir los ojos no encontró a Ela-Al-Hatir.

—¿Dónde estás, amada hija del placer ígneo? —gritó desesperado al comprobar que ni siquiera pensando en ella, aparecía.

Algunos pocos seres ígneos se acercaron a su llamada. No era lo que él quería. Recorrió sin descanso, hasta la extenuación, cada uno de los cuatro puntos cardinales del lago Kragken. Ella no aparecía. Le resultaba tan extraño. Hacía unos instantes permanecían ambos aferrados el uno al otro. Sus energías se penetraban por cada uno de sus poros. El fuego de la pasión y del amor había recorrido cada punto de su esencia por microscópico que fuese. El tacto era interno y externo. La fricción entre las partículas de cada uno de los cuerpos había concurrido en forma omnipresente. La multiplicidad de puntos de luz y calor se había extendido a varios kilómetros de distancia, pues sus cuerpos etéricos habían crecido proporcionalmente a la magnitud e intensidad de su contacto. Era difícil definir una fusión tan extraordinaria. Dos objetos se pueden unir por una de sus caras externas, y posteriormente a otros puntos externos, pero la unión de Strung y Ela-Al-Hatir era interna y externa. Algo que sería decisivo en el devenir del hijo del Sol. La adherencia de las partículas implicadas había sido a nivel atómico. Las enormes presiones que soportaba el lago Kragken así como las altas temperaturas permitían que los cuerpos de los amantes fuesen algo similar al plasma. La materia plasmática viene definida porque los electrones están... para entendernos un poco, relativamente sueltos, de tal manera que unos electrones pueden

mezclarse con otros electrones. Sería algo así como decir que dos cuerpos humanos se convierten en gas y se interpenetran en el mismo espacio. Se superponen ambos cuerpos físicos. Dos seres que se abrazan y ocupan un solo lugar. Se podría afirmar que es la unión perfecta de dos cuerpos, puesto que se interpenetran ambos. Y tan extraordinario acontecimiento es el que vivieron Ela-Al-Hatir y Strung.

Cuando el hijo del Sol comprendió que dentro de su propio ser no estaba ella, comenzó a sentir un terrible vacío. Vacío físico y espiritual que le hizo estremecerse y gemir de dolor.

Tan terrible sentimiento era algo que Strung nunca había sentido. Era cierto que no conocía una unión tan perfecta, y, por ende, era ignorante del dolor producido por la ausencia de ser amado.

Strung gritó de una forma desgarradora. Nada ni nadie respondió. Se sintió tan desdichado que renegó del momento en el que había conocido y amado a la Señora del Placer Ígneo, a aquel resplandeciente espíritu de fuego al que había dado el nombre de Ela-Al-Hatir

Amor y dolor, las dos caras de la misma moneda.

Y lo que era más terrible, ya no podía regresar al Sol. Su cuerpo se había densificado... no sabía cómo salir de la cárcel en la que se había convertido, para él, el lago Kragken.

CAPÍTULO 29

AMOR DE CORAZÓN

Lucía caminaba buscando piedras en forma de corazón por Warwick Long Bay Beach. Engalanada con una linda pamelita de color blanco y un bello pareo de tonos rosados y violetas, llevaba también en la mano el diminuto ipod. Julio dejó de leer a Ken Follet. Al mirarla recordó el preciso momento en el que más allá de la pasión, más allá de los celos, más allá de las intermitentes

discusiones y divergencias había comprendido que la amaba con el corazón.

Fue una noche en la que Lucía, como era habitual en aquellos tiempos, había salido con sus compañeras de trabajo a tomar unas copas. Él cuidaba de Santiago. Apenas tenía siete años. Le había dado la cena, le había estado leyendo *La Isla Misteriosa*, y cuando se durmió el pequeño, recogió la cocina y se sentó delante de la televisión. Era ya muy tarde, intentó dormir en la cama, pero los nervios no le dejaron pegar ojo. Lucía tardaba más de lo habitual.

Y si se ha liado con alguno, pensó. No, es imposible, pero... y si su esposa se retrasaba tanto ¿por qué era? Sintió celos, celos desmesurados... Me va a oír cuando venga. Estarán sus amigas, jóvenes inconscientes, bailando y bebiendo sin parar. Una, dos, tres, cuatro copas...

Julio se tuvo que duchar. El fuego del plexo solar le iba a incinerar por dentro. Es la última vez que sale... Se está pasando... no comprende que tiene un hijo pequeño y un marido...

Se tumbó de nuevo, le levantó otra vez, cerró la puerta con llave, la volvió a abrir... tarda mucho...

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si algún desalmado se ha aprovechado de ella? ¿Y si tal vez ha tenido algún accidente?

El joven esposo se quedó pensativo. Una suave vibración surgió de su corazón. El ligero murmullo de unas hojas de álamo agitadas por la brisa de verano. Por favor... Dios mío, antes que le suceda algo malo, prefiero que se enamore de otro hombre... brotó de lo más hondo de su alma.

Fue un evanescente momento de luz en que el amor altruista había vencido al natural e instintivo deseo de posesión.

Lucía entró sigilosamente. Se desnudó, se introdujo en el lecho, atrajo hacia sí a su esposo. Los enormes dedos de él acariciaron la espalda de la bella mujer.

Ella, de camino a casa, había sentido la vacuidad de algunos momentos de diversión. Lo había pasado bien, pero añoró el cariño de un hombre que la amaba de verdad. De alguien que

cuidaba de ella y de su hijo. ¿Acaso no era algo grande y hermoso el hecho de tener una familia? ¿Quién era la insensata o el insensato que no apreciaba tan extraordinario regalo de la vida?

En la inconsciencia permanente del transcurrir de los días, los amantes olvidaban lo más esencial, lo que ni siquiera el dinero podía comprar totalmente, el acto de amor de dos esposos que se entregaban a sí mismos a través de sus cuerpos.

Lucía dejó que unas lágrimas quedasen disimuladas sobre la sábana.

—Siempre leyendo —le reprochó ella a él, allí tumbado y tomando el sol.

—Es que Ken Follet es el mejor escritor del mundo.

—Ni comparación con Rosamunde Pilcher.

—Se me está ocurriendo que podríamos ir mañana a Saint George —sugirió Julio.

—Pero... en autobús —dijo por sentado Lucía.

—Ya. Imagino que no querrás ir en ferry.

—Pues claro que no quiero ir en barco.

—Por lo que pone en los folletos del hotel, debe ser muy bonito.

—Mira el corazón de color rosado que he encontrado en la playa —Lucía mostró la bella piedra que llevaba en una bolsita.

—¡Qué bonito!

—¿Qué hará Santiago?—preguntó ella.

—Seguro que estará encantado con la inglesa.

Lucía miró con un poco de nostalgia hacia el horizonte. Pero... si su hijo era feliz, ¡qué importaba la separación!

CAPÍTULO 30

VISCOSIDAD

Desesperadamente, Strung continuó buscando algún rincón en el que pudiese descubrir indicios de su amada. La corriente de ascenso le sacó del lago Kragken. Un río de materia

plasmática ígnea le llevaba a gran velocidad. Aunque estaba subiendo, él no lo podía saber. Creía que estaba cayendo. Sumergido en la materia ígnea, su sentido de orientación fallaba estrepitosamente. La materia de repente se volvió viscosa y una multitud formas humanas impregnaban cada uno de los rincones de aquel infernal lugar. Strung quedaba adherido a una materia oscura, un desagradable líquido gelatinoso. Podría decirse que era una inmensa esfera oscura y rojiza. De un rojo apagado, tendiendo hacia el tono cárdeno. Millones de figuras humanoides poblaban aquel espacio. Mujeres desnudas con pechos de todos tipos, turgentes, lacios, gigantescos, pequeños, resplandecientes, sunsidios. Hombres mostrando sus atributos masculinos, con el miembro erecto, excitados por los lascivos y sibilinos movimientos de sus amantes, posturas incomprensibles, penetraciones de todo tipo, por cualquier rendija posible. Movimientos espasmódicos, repetitivos hasta el hastío. Caras que a pesar del placer no tenían ningún tipo de alegría.

Conforme pasaba entre la mezcolanza de la multitud masificada, apelmazada, viscosa de unos cuerpos y otros, sintió que le fallaban las fuerzas. El acto sagrado del amor de la reciente unión que él había experimentado, en el que las almas se tocaban entre sí, era mancillado hasta la saciedad y la locura en aquel averno del placer.

Humanoides con toda clase de instrumentas rasgaban las formas de unos y otras. Después de ser desgarrados los cuerpos, de nuevo se recomponían una y otra vez. Parecía que aquellas barbaridades aumentaban el placer de los habitantes de aquel infierno.

Sufriendo extrema debilidad, intentaba abrirse camino entre el amasijo de materia cárdena y viscosa. Una figura masculina era continuamente agitada por dos figuras femeninas que frenéticamente le proporcionaban lo que él deseaba. Pero su cara... Dios mío, gritó horrorizado Strung, cuánto sufrimiento. El placer llevado a su búsqueda y satisfacción extremas llevaba a la

perdición de la vida. Algo tan sagrado, debido al abuso, se transmutaba en muerte,

Por fin, con un esfuerzo infinito, terminó de abrirse paso y salió de aquella cueva. Una terrible oscuridad nubló sus ojos y cayó derrumbado física y psíquicamente sobre un lago de magma azul. En el preciso instante de tocar el magma, las múltiples costras que habían ido adhiriéndose a su cuerpo solar fueron disueltas.

¿Dónde me he metido, divinos padres?—exclamó justo antes de descansar mecido por la dulce y reparadora inconsciencia del sueño.

CAPÍTULO 31

P.C. DE MEDIO MEGA

Santiago cerró el libro. No tenía más fuerzas para continuar leyendo. La ventana de la nave parecía estar siempre igual. Intensa luz. Más allá de ella alguna forma ígnea que se disolvía rápidamente. Figuras caleidoscópicas que se desvanecían ininterrumpidamente. Abrió la mochila. Hacía mucho tiempo que no escuchaba música. Puso lo primero que tenía grabado en el pen drive. La primera canción que apareció fue "*Something*".

¡Elisabeth! ¡Cuánto la amaba! Las lágrimas se desprendían de sus ojos mientras el reproductor desgranaba aquella canción. El punteado de guitarra terminó por aflorar cada uno de los múltiples sentimientos y anhelos que había acumulado a lo largo de sus treinta y cinco años de vida. El universo entero desfiló por su mente. Montañas nevadas, profundos océanos, inmensos lagos de magma, naves espaciales, dioses solares, humanos perdidos, extraviados en sus terribles y dolorosas vidas. Dioses y hombres, diosas y mujeres, placer, dolor, sufrimiento, alegría, luz, oscuridad, veleros cruzando las aguas procelosas de un océano infinito... ¿Qué era un ser humano? ¿Qué era el universo? Independientemente de las razones físicas y químicas, de presión

y calor ¿por qué cristalizaban los materiales ígneos? ¿Acaso era el canto de los dioses solares como Strung que habían descendido a la Tierra? ¿Era el amor de dos seres de materia ígnea la que provocaba la maravillosa composición estructural de los diamantes, de las esmeraldas, de los zafiros...?

El oro precipita gracias al azufre...

El oro es producto de una supernova, es la única manera de formar un elemento...

Pero... y si en el interior de la materia, tal y como parecía haber escrito Strung, existían espíritus que se amaban y se odiaban, que tenían alegría o mostraban tristeza, y si los dioses hacían música que modificaba la materia...

De nuevo se miró al espejo. Todo lo incrédulo que él era, toda la ecuanimidad científica de la que se enorgullecía parecía venirse abajo. En sus razonamientos se semejava más a un snob gemólogo que a un verdadero científico.

Pero... por Dios, ¿qué había más allá de la materia? ¿Los átomos se fusionaban porque sí? Las subpartículas... ¿cuál era la última razón por la que se unían a unos átomos y no a otros?

Ya sabes... por el peso atómico, por la valencia... por...

¿Podía ocurrir que las leyes puramente físicas fuesen influenciadas por otras leyes conscientes?

¿Qué producía un abrazo en el cuerpo de dos seres humanos?

La presión quizás aumentaba, el corazón palpitaba más rápidamente. Un extraordinario médico que estudiase el cuerpo humano, y que no supiese que su paciente había recibido el abrazo de su amada, diría: la aparición de ciertas hormonas es la causante de las disfunciones aparentes del cuerpo de este paciente...

Entonces... ¿dónde quedaba la causa última de la alteración hormonal y orgánica?

Pues... que la última causa y más importante no era considerada por el médico científico. Ya podía estrujarse el cerebro. Si no era capaz de mirar más allá de la materia, nunca encontraría las verdaderas causas de la alteración física.

Él mismo, sin ir más lejos, se sentía como un hombre de fuego. El cuerpo parecía que le iba a estallar. La sangre le hervía en las venas. Las lágrimas equilibraban su estado emocional causado por la lectura del libro de Strung y por los recientes e inesperados acontecimientos. Su corazón estallaría en cualquier momento... y ¿la causa?

Salió de su cuarto.

—¿Ómicron? ¿Estás?

—Siempre, estoy, Santiago.

—¿Conociste a Strung?

—¿La entidad solar que descendió a los infiernos de la Tierra?

—Sí.

—Muchos conocen a Strung.

—Y ¿tú?

—Por supuesto, su leyenda está insertada en mi memoria.

—Quiero decir si le conociste físicamente.

—Si fuese un humano sonreiría ante una pregunta tan inocente —aunque en realidad Ómicron estaba intentando mantener oculto su secreto.

—Ah, disculpa. Eres una máquina.

—Sigues haciéndome reír, humano.

—¿Por?

—Yo no soy una máquina tal y como es comprendido por la cultura humana.

—Entonces, ¿qué eres, Ómicron?

—Soy materia autoconsciente e inteligente que utiliza como vehículo de expresión la nave. Soy la fusión de múltiples materias autoconscientes.

—¿Materia autoconsciente?

—Exactamente.

—Pero... no tienes un alma como nosotros, ¿no?

—Disculpa, si sonrío de nuevo.

—Parece que tienes sentido del humor, Ómicron.

—No lo dudes, Santiago.

- Entonces... ¿tienes alma o no?
- Ya te he contestado.
- No entiendo.
- Parece que no entiendes tu propio lenguaje.
- En esta materia soy un tanto torpe.
- ¿Te puedo preguntar algo, Santiago?
- Por supuesto.
- ¿Qué entiendes por alma?
- Bueno... aunque yo no soy muy creyente, se entiende por alma aquello que está detrás de nuestros procesos mentales y que desaparece con la muerte.
- Creo que en lugar de reír, me voy a carcajear.
- No veo el motivo.
- Tu definición de alma es lamentable.
- Vaya... ahora una máquina se cree más inteligente que un humano.
- Creo que tu corazón se está acelerando.
- No me había dado cuenta, listo –se burló Santiago.
- Gracias por lo de listo. Ya lo sabía.
- Ahora el torpe eres tú, Ómicron.
- No te entiendo, Santiago.
- Pues que he dicho una ironía. Te he atribuido el adjetivo de listo, pero en realidad quería decir, estúpido.
- ¡Ah! ¡No había caído!
- Ves como los humanos somos más inteligentes.
- Por supuesto.
- Menos mal que lo reconoces.
- Claro.
- Entonces... ¿qué decías acerca de mi definición sobre el alma?
- Pues que es torpe y rudimentaria.
- Seguro que serás capaz de definir el alma, p.c. de medio mega.
- No he entendido la última parte de tu expresión.
- No importa, sigue, listo.

–Creo que es difícil hablar contigo, enseguida se irrita tu corazón.

–Mi corazón está bien –contestó cada vez más molesto Santiago.

–Disculpa. No era mi intención molestarte, Santiago.

–Creo que me irrita tu reiteración.

–Intento entenderte, Santiago.

–Tienes razón, Ómicron... es que no estoy acostumbrado a hablarle al aire o mirando a la ventana o a un altavoz.

–Desde el punto de vista de nuestra civilización solar, el alma es materia autoconsciente e inteligente.

Santiago se quedó pensativo. En cierto modo, desconcertado.

–Entonces... ¿tú, Ómicron, eres un alma?

–Sí.

El geólogo se quedó petrificado. Definitivamente los acontecimientos le estaban superando. Desde que había iniciado su viaje de placer y vacaciones a las Bermudas, había entrado en un bucle en espiral que le estaba llevando a la sabiduría o a la locura, ambas parecían estar intrínsecamente relacionadas.

–Y... yo ¿soy un alma? –¿Qué estaba haciendo preguntándole a una máquina si él, un humano, tenía alma?

–Sí.

–¿Cómo lo sabes, Ómicron?

–Porque un alma reconoce a otra alma.

–Parece una contestación un tanto cursi, ¿no crees?

–Déjame que sonría.

–Vaya, ahora tú eres el gracioso –contestó Santiago pensando que el p.c. de medio mega le estaba enervando de nuevo.

–La densificación de la materia a lo largo del proceso evolutivo de los distintos universos es estructurada hacia la inteligencia que proviene de distintos niveles de conciencia.

Santiago se quedó con la boca abierta. Miró a la ventana. Los dos becarios proseguían su monitorización y dirección del curso de la nave.

—Perdóname, Ómicron, creo que no te había tomado en serio.

—Tranquilo, Santiago. Es normal que cuando nos sentimos heridos en nuestro orgullo, pensando que ya no somos la raza más inteligente del universo, nos irrite.

—Te confesaré algo, Ómicron.

—Dime, Santiago.

—Admiro y venero a Strung, el hijo del Sol.

—Creo que lo que ahora has dicho, habla de la verdadera valía, de tu autoconsciencia.

—Gracias, amigo.

—La esfera de materia dorada que pudiste contemplar en el nivel superior es mi parte de mi alma.

—¿Esa es tu alma?—preguntó asombrado, Santiago.

—Sí.

—Pero...

—La materia, a lo largo de millones y millones de años es bombardeada por superconciencias que habitan en otro nivel o dimensión. Los átomos están constituidos todavía por materia más sencilla. Paulatinamente, la materia, a base de impactos, se va transformando en materia inteligente. De hecho toda la materia es inteligente tal y como queda demostrado por multitud de elecciones que los mismos elementos realizan para unirse con unos o con otros.

—Creo entender.

—Pero... la inteligencia no es su destino definitivo, sino que llega un momento en el que a esa materia inteligente se le añade, desde otro nivel, la particularidad de autoconsciencia. Entonces encontramos que en el universo hay materia inteligente, consciente de los impactos y también autoconsciente. Además existe la materia supraconsciente, como lo es la mayoría de la materia solar.

—¿Supraconsciente?

—Además de ser autoconsciente, es consciente de su grupo, del entorno al que pertenece. Por ejemplo. Mientras tú y yo estamos hablando... alguien en nuestro sol, e incluso en Sirio, está escuchando también.

—Y mi materia autoconsciente... ¿dónde está?

—Sobre tu cabeza, en tu cerebro y en tu corazón.

—Pero, no se ve.

—Porque apenas son unos minúsculos átomos especializados.

—Pero... tú... posees una enorme esfera de color dorado.

—Mi alma es más poderosa que la tuya. No obstante, la esfera dorada es un recubrimiento protector.

—Es que si esa enorme esfera fuese tu autoconsciencia, serías algo así como un dios.

—Así es.

—Gracias, Ómicron.

—Todos estamos felices de que estés aquí, Santiago.

—¿Por qué?

—Por Elisabeth. Ella te ama.

—¿No es porque soy un humano inteligente?

—Esta expedición no tiene que ver con los humanos en general, sino con un humano al que ama Elisabeth. Los humanos normales son atendidos mediante otros métodos.

—No entiendo.

—Un solo humano apenas es algo. La evolución de los mundos utiliza sus recursos para un enorme grupo de partículas a la vez. Muchos humanos forman un grupo, y en grupo son afectados por los procesos evolutivos.

—¿Y cuál es el método normal?

—Continuamente, las conciencias humanas están siendo bombardeadas por micropartículas provenientes del Sol y de sus planetas hermanos que en multitud de casos se adhieren a sus mentes y corazones e incrementan su capacidad de autoconsciencia y supraconsciencia.

–¿Sucedé sin que nos demos cuenta?
 –Sí.
 –¿Qué motivo hay para que así suceda, Ómicron?
 –Porque la Tierra y todos sus seres son parte de una hiperconsciencia que es el propio Sol.
 –Y... ¿si morimos todos los humanos?
 –La materia autoconsciente es inmortal.
 –Es hermoso pensar así.
 –Es una realidad.
 –¿Por qué somos tan miopes los hombres?
 –Porque, sencillamente, estáis en un nivel evolutivo distinto al de otras partes de nuestro sistema solar.
 –Pero...
 –No creas que todo es tan malo en la Tierra. Hay miles, millones de partículas autoconscientes que desean vivir, tocar, experimentar vuestro planeta.
 –Gracias, Ómicron.
 –De nada, Santiago.
 –Me habría gustado conocer a Strung.
 –Strung, regido por su espíritu, descendió a la Tierra. Aprendió mucho.
 –Continuaré leyendo su historia.
 Ómicron no contestó. Santiago miró a los becarios. Continuaban como si él no estuviese allí. Probablemente no les caía bien. O quizás es que no tenían ni el más mínimo interés por un simple humano. Tal vez pertenecía a una raza maldita desde su punto de vista. O peor, individuos de poca inteligencia y malvado corazón. Si era así, era duro de aceptar para un ser humano, aunque no tuviese ningún atisbo de arrogancia y orgullo.
 –¡Qué le vamos a hacer! –se consoló a sí mismo–. Que tengas bellos sueños –deseó en voz baja al pasar cerca de la puerta de Elisabeth.

CAPÍTULO 32

ASCENDIENDO POR RÍOS DE MAGMA

Strung, uno de los múltiples hijos del Sol, no albergaba la más mínima duda de que aquel mundo era un infierno. Era una consecuencia del abuso de las energías destinadas a la procreación física. Antes de su partida a la Tierra, ya les habían prevenido que descendían a un mundo inferior. Pero una cosa era lo que les dijeron los profesores a los universitarios en las clases preparatorias, y otra era la realidad más terrible y lúgubre que había palpado.

En verdad que había tocado el origen de casi todos los males en la Tierra. Los asesinatos por celos, que tenían en última instancia el factor sexual, resultaban, con mucha ventaja sobre los demás móviles, los más habituales y horribles. Detrás de cada sentimiento humano, detrás de cada discusión, falta y asesinato permanecía como un gigantesco diablo, el dios del sexo.

El deseo de establecer un coito placentero con una bella mujer, era en muchos casos el origen de las estafas. Detrás de cada acción había una mujer desalmada y un hombre incontinente. Detrás de muchos robos aparecía la sombra de una mujer que prometía el cielo interminable. Lo mismo se podía decir de miles y miles de humanos dormidos, de religiosos, de políticos, de financieros. Respecto a las familias normales, también era el origen de interminables discusiones, acaloramientos y separaciones. El sexo movía el mundo.

Aunque, también, el sexo era el motor del amor. En muchas ocasiones, unas relaciones sexuales llevaban al conocimiento del amor de corazón, al altruismo, al sacrificio del individuo por su familia. El sexo era un sendero hacia la vida eterna. No en sentido figurado o simbólico. El sexo era la unión de los dos polos, el positivo y el negativo. Y la fusión de los dos extremos conducía a quien tenía suficiente inteligencia hacia otro mundo.

Las relaciones entre los distintos sexos, más genéricamente, entre los distintos polos, masculino y femenino llevaba a la creación de una maravillosa familia y a la reproducción de la especie. Las relaciones entre el buscador y lo buscado conducían a la salvación de la especie a través de multitud de conocimientos y de inventos. Las relaciones entre un hombre y su alma le conducían hacia el cielo de la mente y la creación. Las relaciones de los cuerpos que viven en los sueños conducían a la fusión de los corazones humanos. Las relaciones entre el cielo y la tierra permitían que multitud de plantas germinasen y generasen frutos y flores. Las relaciones entre los insectos y las flores extendían el reino vegetal.

Todo esto lo había estudiado Strung en el master especializado del planeta Tierra. Aunque... no lo había sentido hasta ese momento.

Se levantó en la oscuridad y continuó su ascenso hacia la corteza terrestre. Tomaba energía de los ríos y cataratas de magma, los que, como si se tratase de venas, se introducían por algunos lugares del manto.

Continuaba buscando a Ela-Al-Hatir. Añoraba su amor, el contacto de sus corazones. El placer que percibía con su órgano masculino, todavía formándose, era bueno, pero como hijo del Sol, su verdadero órgano reproductor era el corazón, desde el que fluían senderos de luz y amor reparadores y creadores de mejores condiciones de vida.

Los múltiples capilares de la madre Tierra por los que corrían veloces ríos de magma que salían despedidos desde el núcleo interno, generados por las altas presiones internas que encontraban un punto de escape entre las fisuras del manto le llevaron hasta las primeras cavernas de piedras basálticas que permanecían bajo los océanos.

Desde que había visto aquel lugar de muerte, quería huir lo más lejos posible. Quizás, se decía, Ela-Al-Hatir también había escapado a través de las venas del planeta. Su cuerpo compuesto de material etérico, dicho de otra forma, de materia plasmática,

le permitía resistir las altas presiones, así como el descenso de la cantidad de atmósferas que la materia terráquea ejercía sobre el interior. Por lo tanto, no le ocasionó ningún problema el hecho de emerger en un gigantesco lago de magma que rugía bajo una cueva donde el agua del océano se vertía a través de una interminable catarata y enormes fumarolas de vapor que parecían estallar contra las piedras de la caverna. Durante muchos minutos se quedó anonadado por aquella maravilla. Nunca había estado tan cerca del agua.

CAPÍTULO 33

JASON DOYLE

Jason Doyle partió el once de abril de mil novecientos sesenta y siete del puerto de Hamilton en su pequeño velero. Era un hombre de finanzas en toda regla. Amaba a su esposa Jane, pero era excesivamente audaz, casi temerario, en su trabajo.

Jane había quedado embarazada antes de terminar la universidad. Desgraciadamente abortó. Eran jóvenes e insensatos, si bien es cierto que ambos, en todo momento, desearon tener descendencia y no abortar.

Había conseguido una fortuna aconsejando a sus clientes. Tenía una extraordinaria fama en la isla por sus arriesgadas y exitosas operaciones. También era conocido en las Islas Caimán. En multitud de ocasiones varios fondos internacionales habían realizado pingües beneficios gracias a sus brillantes consejos. Pero así como le había llovido el dinero, gran parte del mismo se había volatilizado en llevar una vida lujosa.

La palabra dividendos no existía para él. ¿Qué era eso de comprar acciones con el único fin de disfrutar de los dividendos? No, tamaña estupidez era para las mentes antiguas y tradicionales que se conformaban con las migajas de la bolsa. Él era el dueño, el dios de las finanzas. Era un innovador financiero que apostaba en el juego de los ricos. Pero le había llegado su hora, y la

mayor parte de lo que había ganado a lo largo de varios años, lo había perdido de un plumazo.

Salió aturdido de la oficina, como si ya no perteneciese a este mundo. Caminó hasta el puerto y zarpó en su velero. Miró a lo lejos. El inmenso océano Atlántico sería su tumba. No tenía fuerzas para decirle a Jane que había fracasado, que en adelante sus vidas se sumergirían en la más absoluta miseria. No se le ocurrió pensar que su esposa le amaba y soportaría las penurias. Se había obcecado y no supo salir de los subjetivos, terribles y oscuros pensamientos en los que se había sumido.

Era un día objetivamente bello, algo irrelevante para Jason Doyle. La suave brisa del atardecer mimaba las velas. La embarcación Phoenix se dirigía hacia el aura solar.

El financiero se lanzó por la borda.

Cuando se arrepintió de tan terrible acción, ya era tarde. En la caída se golpeó la cabeza y el agua salada comenzó a entrar sin piedad.

—¿Qué tiene que ver este extraño capítulo en libro de Strung? —se preguntó Santiago.

CAPÍTULO 34

STRUNG ENTRA EN EL CUERPO DE JASON DOYLE

Strung pronto comprendió que lo que realmente retenía prisionero a su cuerpo etérico no eran las cadenas físicas de calor o presión planetarias, sino las prisiones psicológicas en que él mismo se había adentrado con su intenso deseo de experimentar. Observaba los ríos de magma por los que circulaba. Podría haber ascendido mucho más rápidamente, pero prefería estudiar la extraña cantidad de seres que habitaban el manto y la corteza. Por fin llegó al agua. No sabría decir si le resultaba agradable o no. Se atrevería a afirmar que le era

indiferente. Emergió en un lago interior cercano a las cuevas de cristal, y al salir a la luz, pudo comprobar lo que en tantas ocasiones había imaginado: el Sol, su hogar contemplado desde la Tierra.

Sabía que cuando quisiese podría regresar a través de ciertos caminos etéricos que unen el Sol y la Tierra, pero él no deseaba volver a un mundo que ya conocía.

La playa estaba llena de bañistas, aunque ninguno de ellos le veía. Tocó con sus manos a varios humanos. Parecieron sentir algo en la piel, pues nada más ponerlas sobre sus cuerpos, automáticamente se llevaban a la zona contactada los dedos.

La luz en la Tierra se le hacía muy tenue. Él mismo era luz, y el reflejo de los rayos solares a través de los componentes de la atmósfera hacía que el brillo del hogar humano fuese de menor intensidad del que estaba acostumbrado a percibir.

Cuando los rayos de sol se estaban ocultando, escuchó una llamada. Su fuerza le arrastraba inevitablemente.

Como si se tratase de un imán, un cuerpo lejano, que se estaba convirtiendo en cascarón, emitió un sonido desgarrador con el que intentaba evitar su total desaparición.

La llamada de la materia, que todavía no deseaba dispersarse a lo largo y ancho de los cuatro puntos cardinales, llegaba hasta sus oídos etéricos de una manera clara y nítida.

Unos pescadores habían sacado el cuerpo de Jason Doyle. Sobre la cubierta del pesquero le habían tumbado de lado e intentaban extraer el agua de los pulmones.

—No responde —dijo uno de ellos.

—Ha estado muchos minutos sumergido.

Strung comprendió que aquel cascarón ya estaba vacío. Apenas le restaba la luz de la materia física. La chispa de energía autoconsciente e inmortal había partido. Sintió un nuevo tirón.

Quizás era aquello, se dijo, a lo que realmente había venido a la Tierra. ¿Y si su rebeldía estaba basada en el oculto deseo de reencarnar en un ser humano?

Cuando pronunció aquellas extrañas palabras, "**quiero poseer y ser poseído, quiero sentir...**" en el fondo, lo que deseaba era ser un humano. Alguna parte arcaica de su mente le había conducido hasta allí. No tenía mucho más tiempo. El cerebro estaba irremediabilmente abocado a morir una vez que el alma lo había abandonado.

No lo pensó más. Se tumbó sobre el cuerpo físico de Jason Doyle.

Parecía que dentro de sí mismo existía un extraño instinto que enseguida le hizo saber qué era lo que debía hacer. Se tuvo que encoger y, lo más importante, encajar su corazón etérico en el corazón físico. Uno de los golpes con que el pescador intentaba reanimar al desafortunado ahogado le indicó el lugar exacto con el que debía contactar.

Si algo dominaba Strung, como cualquier entidad solar, era emitir energía eléctrica a través de su corazón. Para un hijo del Sol, lanzar rayos de electricidad era tan instintivo como caminar para un humano. Ellos eran un cuerpo de energía.

—Lo intentaré por última vez —se propuso el pescador sin la más mínima esperanza.

Jason Doyle tosió y expulsó dos bocanadas de agua.

—¡Dios! ¡Está vivo! —gritaron al mismo tiempo varios pescadores.

Strung había puesto en marcha aquel corazón. Continuó emitiendo energía eléctrica tan intensamente como era capaz. Parecía que aquello resultaba. Percibió cómo la sangre comenzaba a recorrer las venas. Escuchaba un enorme ruido en su mente. El aire que entraba en los pulmones le causaba un extraordinario placer. Lo notaba en la boca, en la nariz y en los pulmones.

—Tranquilo —le dijo alguien—, vas a dejarnos a los demás sin aire.

—Nunca había visto inspirar tan profundamente —dijo otro.

Strung sintió frío. Echó a temblar. Algo no va bien, se dijo ante lo desconocido para él y, sin embargo, tan cotidiano para un

cuerpo animal sobre la tierra. Los pescadores lo llevaron a un camarote. Le hablaban pero no entendía nada. Imaginaba lo que le preguntaban pero ¿cómo les iba a responder?

–Está bajo un fuerte shock. No debe recordar ni siquiera quién es.

–Mira a ver si lleva la documentación.

–Se llama Jason Doyle. Vive en la avenida Arlington.

Jason Doyle...Jason Doyle. ¿Acaso era su nombre?

–Jason ¿Qué te ha ocurrido?–le preguntó uno de los pescadores.

–Está aturdido, no entiende –respondió otro.

–No abre los ojos –dijo un tercero.

–Jason, Jason, ¿me oyes?

–Dios, qué susto –exclamó el primero cuando Jason Doyle los abrió por fin.

–Tiene los ojos totalmente rojos.

–Si te hubiese entrado sal, ¿cómo los tendrías tú, listo?

–No sé... Es que me han parecido extraños.

–Ahora caigo, es un muerto viviente –bromeó uno de ellos.

Lo que era sencillamente una forma de quitarse los nervios y la ansiedad producidos por la situación vivida.

Strung... miró a través de los ojos del antiguo Jason Doyle, veía borroso. Sus ramificaciones etéricas no habían penetrado perfectamente a lo largo del sistema nervioso.

–Has tenido suerte, Jason. Si no llega a ser por nosotros, ya serías pasto de tiburones.

–Strung pareció sonreír. No entendía nada, pero sonreía.

–Llama a su esposa –sugirió el pescador que estaba investigando los documentos de la cartera.

–Es guapa.

–No seas fisgón.

–No soy fisgón, simplemente he opinado.

–¿Cómo te has caído, Jason?

–Deja al joven. ¿No ves que está aturdido?

–Es raro... quizás... intentaba...

–No lo digas.
 –Que no diga ¿qué?
 –Lo que ibas a decir.
 –¿Y qué iba a decir, según tú?
 –Pues eso...
 –Vaya... ahora eres adivino.
 –Estaba claro lo que ibas a decir.
 –¿Que igual se había tirado por la borda a propósito?
 –Silencio. Te puede oír.
 –Es un poco raro que se haya caído, ¿no crees?
 –En absoluto –disimuló su compañero de faena–. Quizás estaba pescando y al intentar extraer la pieza, se ha resbalado.
 –Ya... es posible –respondió incrédulamente el pescador.
 –¿Iba alguien más con usted, Jason?
 Strung miraba... no comprendía las palabras, aunque sí entendía la situación en la que se encontraba.

CAPÍTULO 35

EL ENIGMA DEL CÓDIGO GENÉTICO

No imaginaba esto, pensó Santiago. Sin embargo, todo empezaba a encajar. ¿Jason Doyle sería posteriormente el padre de Rosamunde y por lo tanto el abuelo de Elisabeth? ¿Podía ocurrir algo así? ¿Era posible que un alma reencarnase en un cuerpo humano abandonado? ¿Las posesiones demoníacas eran verdad, entonces? ¿Ocurrían más a menudo de lo que se pensaba? ¿Y Strung? Estaba claro que él no era un demonio, al contrario, parecía ser una especie de ángel.

Ya es lo único que me faltaba: creer en la reencarnación, en ángeles y en demonios. El geólogo miraba por la ventana, la intensidad luminosa apenas se podía resistir más de dos segundos.

Con la existencia de una entidad solar, se encontraba ante el misterio, indescifrado, de la vida. Después de la fecundación del óvulo, todo comenzaba a desarrollarse según el programa

previsto del código genético. Se sorprendió a sí mismo ante las frases tan triviales que se utilizaban: *programa previsto del código genético*. Cinco palabras que indicaban un proceso, un inicio desde un punto. Un lenguaje genético completo que parecía haber salido de la nada.

Recordaba una conversación con una amiga que tenía la carrera de veterinaria, y que actualmente era científica investigadora. Intentaban descubrir cierta enfermedad relacionada con el cerebro de los ratones. A su pregunta de si se podían modificar, gracias a una vida sana, las características del propio código genético, la respuesta fue: no. Una vida sana, dedicada al estudio, al arte, a la música, a la literatura... a la ciencia, no influía en el código genético; solamente podía establecer un entorno mejor para que algunas predisposiciones genéticas malignas no se desarrollasen.

Allí quedó la conversación. Y sin embargo, ahora se preguntaba: Entonces... ¿cuándo ha cambiado la evolución el código genético? Porque si el código genético se modifica a partir de las divisiones y posteriores modificaciones debido a la mezcla de los distintos códigos en la fase de la reproducción... surgía otra pregunta más... Cuando un genio musical moría... ¿de dónde había salido, de qué modificación genética era heredero si sus antepasados habían sido todos labriegos, mineros o pastores?

Fuese como fuese, él no tenía ninguna respuesta. No todo era tan sencillo como parecía. La ciencia debería dar respuestas a problemas importantes como el de la existencia del alma, o el origen de la materia autoconsciente.

Analizando el desarrollo de un ser humano de una forma simple y natural, se podía afirmar, como si de una perogrullada se tratase, que éste llegaba a nacer y crecer. Y estaba reconocido de una manera general, expresada o no, que la autoconciencia surgía espontáneamente alrededor de los siete años. Él mismo se acordaba de la primera vez que se miró, se palpó y se dijo a sí mismo: yo. Se observó el traje de los domingos recién estrenado, y era como si se hubiese descubierto a sí mismo por primera vez.

Había algo extraño también en el trivial hecho de quedarse dormido. La autoconciencia desaparecía. El cuerpo quedaba en suspenso, pero el verdadero conductor autoconsciente ya no estaba dirigiendo la mente. Que el cuerpo por sí mismo era inteligente y vivía, parecía totalmente claro. Nadie se solía morir por dormir unas horas. Sin embargo, algunas mañanas, no podía escapar de las pesadillas. Éstas se sucedían y él como ser autoconsciente no podía detenerlas a través de su voluntad. Habría sido tan sencillo como decir dentro del sueño: estoy dormido, es una pesadilla, abandona ya el bucle al que estás encadenado.

En algunas ocasiones se había acordado de que estaba dentro de un sueño, pero, independientemente de tan escasos momentos de lucidez dentro del sueño, parecía claro que el cerebro era capaz de generar pesadillas y situaciones oníricas, aunque la autoconciencia no fuese la que controlase. Existía la teoría de que los seres humanos teníamos muchos yoes, y que unos iban sustituyéndose a otros sin apenas darse uno cuenta.

¿Dónde estaba la autoconciencia libre que dominaba en plena vigilia? ¿Dónde estaba el programador y jefe cuando los programas funcionaban automáticamente?

Bueno, se dijo a sí mismo Santiago, tal vez estos razonamientos no indican nada. Son reflexiones muy simples... pero... ¿y si cabía la posibilidad de que la energía autoconsciente, tal y como le sugirió Ómicron en su conversación, fuese en verdad el alma?

Quizás el relato de Strung era cierto. Había sido capaz de entrar en el cuerpo que todavía mantenía bajo mínimos todas las funciones y sin embargo el alma original se había retirado del mismo.

Y otra pregunta sin respuesta científica cruzaba la mente de Santiago: ¿Era posible la vida sin un cuerpo físico? ¿Podían existir cuerpos formados de electricidad que estuviesen cohesionados por alguna fuerza desconocida por la ciencia?

En su parte más oculta para el pueblo llano, casi todas las religiones propugnaban la existencia del cuerpo de luz. En la Biblia se hablaba de cuenco dorado...

Quisiera o no, Santiago se estaba sumergiendo en un mundo inesperado. Lo imaginado por Jules Gabriel Verne se había quedado atrás. En realidad, los video-juegos parecían estar más cerca de la realidad que en este preciso momento estaba palpando por sí mismo.

CAPÍTULO 36

SWEET JANE

Strung abrió los ojos. Delante de él tenía un bello rostro de mujer. Ella le estaba mirando.

—¿Qué ha pasado cariño? —la frase indicaba que Jane estaba realmente sobrecogida por la narración de los pescadores que le habían llevado a casa.

Strung miró a Jane. Fue la primera vez que conseguía ver perfectamente a través del cuerpo de un humano. La joven era radiante, esplendorosa. Su pelo corto, moreno, escasamente se ondulaba hasta mitad del cuello. Las cejas muy ligeramente arqueadas. Los ojos de un azul claro como dos hermosas aguamarinas que despedían rayos de luz.

Jane sonrió. Observó los ojos de su esposo Jason Doyle. Tenían un extraño fulgor que nunca le parecía haber apreciado tan nítidamente.

—Jason —susurró—. ¿Me oyes?

Strung balbuceó... le costaba decir algo. Quizás su alma no había sintonizado bien con el mecanismo que deseaba utilizar. Era otro misterio más. Un hombre en su interior deseaba hablar y conectaba con la garganta, las cuerdas vocales, la lengua y la boca. Y definitivamente surgía misteriosamente una palabra. Visto así, hablar era simplemente un gran milagro. Un milagro al que los humanos estaban acostumbrados, y que debido al hábito

lo veíamos como algo natural. Si el hijo del Sol hubiese tenido que aprender todo de nuevo, es probable que no lo hubiese conseguido, pero una vez entrado en el cuerpo de Jason Doyle, el cerebro tenía creadas unas estructuras, unas ramificaciones neuronales que permitían interpretar la voluntad que surgía de la mente y ejecutar las instrucciones que partían de algún lugar de la materia autoconsciente. En definitiva, Strung se encontraba en una situación parecida a la que habría podido sufrir Jason Doyle si hubiese despertado de un largo y profundo sueño.

—Ela-Al-Hatir —dijo mientras extendía los brazos hacia Jane.

Su mujer le abrazó con el amor de una joven esposa que se había dado cuenta lo cerca que había estado de perder a su compañero desde la adolescencia.

—Dime, amor —respondió mientras abrazaba a Strung que se había incorporado.

—Ela-Al-Hatir —repitió de nuevo Jason.

—Debes descansar. Estás agotado. Ya hablaremos.

Las palabras de Jane brotaron de su corazón como agua benéfica. Normalmente no era así. Amaba a su esposo pero apenas lo expresaba. Sin embargo, algo la impulsaba a decirlo. No sabía que lo que su alma exteriorizaba era el reflejo del corazón de Strung, ahora: Jason Doyle.

Del corazón etérico del hijo del Sol fluían oleadas de amor. Él era amor, era su naturaleza. Era la virtud principal de las entidades solares. Y Jane fue colmada por aquel fluido eléctrico que hacía mover todo aquello que le era similar.

Strung cerró los ojos, sonrió, y Jane dejó con sumo cuidado la cabeza de su esposo sobre la almohada. Miró desde la puerta de la habitación a Jason, apagó la luz y salió al salón. Rain se acercó a su ama, la saludó moviendo la cola y se tumbó en el suelo, cerca de ella, quien instintivamente se sentó en el sofá y encendió la televisión.

En el noticiero aparecía el velero que los pescadores habían conseguido remolcar hasta puerto, a la vez que se

recalcaba la suerte que había tenido Jason Doyle. Tras la caída al agua, por accidente, los tripulantes del pesquero, que venía de faenar desde alta mar, rescataron al joven. Poco antes, en las noticias bursátiles se había analizado el desplome de las acciones de varias compañías. Jane comprendió que esto último era la probable causa de que Jason se hubiese "caído" al agua.

—No pasa nada, Rain, ya saldremos adelante. Lo importante es que él está en casa.

Se levantó de nuevo, abrió con sumo cuidado la puerta del dormitorio. Con la luz que se filtraba desde el salón pudo observar que Jason dormía plácidamente. Se acercó y le besó en la mejilla.

—Mi dulce Jason, gracias por estar.

Jane se tumbó en el sofá para no molestar a su esposo. La casa número ocho de la avenida de Arlington tenía algo extraordinario: la luz dorada de un hijo del Sol y el amor de dos seres.

La lluvia de primavera se deslizaba suavemente por los cristales. El milagro de la vida y del amor discurría sin apenas ser percibido. La vida ocultaba, bajo el disfraz de lo cotidiano, el resplandor de la misma existencia. Respirar, andar, pasear, percibir el paisaje, el entorno, la familia, los hijos...

Los humanos estábamos acostumbrados al milagro de la vida. El aparentemente sencillo acto de hablar era una extraordinaria proeza de la evolución y de la creación.

El océano Atlántico acariciaba con su brisa azul los esbeltos y blanquecinos veleros, amarrados en el puerto, que tintineaban esporádica y a la vez rítmicamente. En la calidez de los pubs, la música se escuchaba mientras algunos amigos bebían una cerveza y algunos amantes se miraban a los ojos con el deseo oculto de penetrar en el cuerpo del otro, con el anhelo de intentar tocar el alma del amado que se escondía tras las bellos rostros y delicadas figuras.

¿Qué era el amor?

Si los humanos hubiesen averiguado que el amor es el recuerdo de un estado de gracia por el que las almas permanecen unidas en el océano de la Vida, tal vez, quizás, podrían entender y atenuar la sed devoradora de la pasión que no cesa. Pero el olvido era a su vez el castigo y el bálsamo al que se había visto obligada toda la humanidad por su antiguo pecado de intentar ser más que los dioses.

El nuevo Jason Doyle dormía, Jane dormía, Rain soñaba que era humano, lo mismo que Strung.

Curiosamente, se cumplía la enigmática frase de que los extremos se tocan. Y así era. Un dios solar deseaba, quería ser humano descendiendo desde el quinto reino al cuarto, y un animal anhelaba ascender desde el tercer reino de la madre naturaleza al cuarto.

Era una verdad conocida por algunos sabios que a través del cuarto reino o reino humano deberían pasar o habían pasado todas las evoluciones en su casi infinito periplo desde la oscuridad a la luz.

CAPÍTULO 37

TE AMO

Elisabeth se despertó. Tenía sobre la mesilla el corazón diamantino que Santiago le había regalado hacía unas horas. Se preguntó cómo estaría él. Supuso que ya habría leído una buena parte del libro de Strung. Se levantó de la cama. Dormía con una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Se miró al espejo. Deseaba a Santiago, quería estar cerca de él. Se observó los senos. Quizás le parecerían algo pequeños. En varias ocasiones él la había mirado, se había ruborizado cuando ella le había descubierto y sonreído. Sentía fuego en su interior. Se pintó los labios. Sonrió. Solo lo hago para ver si estoy guapa, se dijo engañándose a sí misma. Se peinó y se introdujo en la cama. Unos minutos más tarde estaba saliendo de su habitación. A unos metros se ubicaba

el camarote de Santiago. Tocó con los nudillos muy despacio. Como no escuchó nada, abrió la puerta. La luz del ventanal entraba tenuemente a través del material que lo cubría. Él estaba dormido. Tenía el libro de Strung abierto y leyó. Parecía que se estaba repitiendo la escena, si bien Jane se había quedado en el sofá del salón.

Se quitó la camiseta. Con cuidado entró en la cama, besó la cara de Santiago y le abrazó por detrás.

—Ela-Al-Hatir —dijo entre sueños. Estaba profundamente dormido. Elisabeth sonrió. Pues sí que le estaba gustando el libro, pensó.

—Soy yo, Elisabeth.

—Mi amada Elisabeth —respondió todavía medio dormido.

—¿Me amas? —preguntó ella.

Santiago terminó de despertarse. En la penumbra contemplaba el rostro de Elisabeth. Ella se acercó hasta Santiago. Un dulce escalofrió recorrió a ambos. Apenas si se llegaban a rozar. La mano de la joven acarició la frente, las cejas, la nariz y una de las orejas.

Santiago posó sus manos envolviendo el cuerpo de Elisabeth. La columna de la mujer sentía continuos escalofríos. Ella percibió la fuerza de su amado. Elisabeth y Santiago tenían los ojos cerrados. Permanecían en otro mundo.

—Ámame, Sant, quiero un hijo tuyo.

El hombre también lo deseaba. Estrecharon sus cuerpos y sus almas encerrados en ellos. Y Elisabeth se sumió en un profundo éxtasis cuando percibió que la vida entraba en el templo más sagrado de su cuerpo.

—Te amo, Elisabeth.

—Te amo, Santiago.

Dijeron al mismo tiempo.

Ambos se quedaron dormidos. Elisabeth se despertó la primera. Tal vez había pasado una hora, no más. Se puso la camiseta, besó a Santiago y se fue a su cuarto. Era la mujer más feliz del mundo.

CAPÍTULO 38

SAINT GEORGE'S TOWN

La crisis no parecía haber hecho mella en las calles de St. George's Town. Era de suponer que algunas tragedias económicas particulares habrían mermado un diez por ciento de los turistas americanos que representaban casi la totalidad de la afluencia turística, pero para el noventa por ciento restante, seguramente, resultaba un alivio.

En otros años anteriores podía ser estresante esperar turno para conseguir mesa en los pubs o en los restaurantes, sin embargo, ahora, había una enorme animación que no llegaba a la irritante saturación y despiadado bullicio.

La mayoría de los visitantes solían pasar de los cincuenta. Lo normal era ver a los padres con sus hijos todavía adolescentes. Durante el día almorzaban juntos; después, los jóvenes prolongaban la fiesta hasta altas horas de la madrugada. Allí había mucho dinero a juzgar por los yates de lujo y los transatlánticos que hacían escala.

Julio y Lucía comprendían que ellos no pertenecían a aquel mundo. Eran simples funcionarios españoles que se insertaban dentro de un país totalmente en crisis financiera, y, lo que era todavía mucho peor, eran un pueblo sumido en una total confusión respecto a su propia identidad.

Habían gastado todos los ahorros de un año para poder hacer aquel viaje de ensueño. ¿Qué otra cosa podían hacer si todo se estaba desmoronando? ¿Comprar una vivienda cuando todavía decían los expertos que se depreciarían un treinta por ciento más, sin mencionar la necesidad de la firma de una hipoteca? ¿Comprar acciones en bolsa, cuando ésta parecía un tobogán que con pequeñas ondulaciones siempre estaba en dirección de bajada?

Nada sabían de su futuro, al igual que cientos de millones de seres humanos. Cuando ambos eran jóvenes, la gente encontraba trabajo, se casaba, tenía hijos, los llevaba a un buen

colegio, ayudaba en los gastos de boda de los recién casados, y todavía seguía trabajando en la misma empresa. Actualmente, nadie sabía qué le esperaba. Las empresas se fusionaban y se fisionaban buscando la forma de hacer menguar a los trabajadores de a pie y aumentar el número de jefes hasta que el absurdo resultado final destruía todos los puestos de trabajo. El mundo actual se estaba reestructurando. Las pequeñas tiendas de antes que vendían gracias a los viandantes, actualmente ya no tenían tampoco futuro. Los zapatos, las camisas, los pantalones, los bolsos, todo se podía comprar a través de internet. Por lo tanto, la mayoría de las calles estaban destinadas a ver los locales sin ninguna actividad. Al igual que los muelles de Liverpool, que en otro tiempo fueron uno de los lugares con mayor actividad económica y se convirtieron en kilómetros de naves abandonadas, las migraciones de flujos de capital obligaban al comercio, que hacía tan sólo unos años era un emporio, a desplazarse a otras partes del mundo. Multitud de personas que vivían de su trabajo diario en un pequeño comercio, deberían ir desapareciendo. Cuando la crisis todavía arreciase más, paulatinamente muchas zonas de grandes ciudades se podrían convertir en barrios parecidos a los que pululan en El Cairo, donde en ocasiones la basura no es recogida. Tal vez, España podría convertirse en un lugar de diversión y turismo, como ya lo era. Todavía poseía riquezas culturales que tenían la capacidad de atraer a los turistas de todas partes. La agricultura debería ser uno de sus puntales económicos, pues al menos había tierras, y si el agua no escaseaba, la adquisición de alimentos, según algunos expertos, sería de gran trascendencia en el futuro, cuando los chinos aumentasen de número.

Tales pensamientos eran los que revoloteaban en la cabeza de Julio mientras el autobús recorría los escasos veinte kilómetros que separaban Hamilton de Saint George.

—¿En qué piensas? —preguntaba Lucía.

—En lo extraño que está el mundo.

—Ya. Lo de siempre, ¿no?

- Sí.
- Sería bonito no tener que pensar en el dinero.
- Saber que durante lo que te queda de vida ya no te verás en la indigencia es algo que todos humanos queremos.
- No debes preocuparte tanto. Será lo que tenga que ser.
- Ya. Como en ocasiones decía yo mismo. Después de un mes sin comer, se acaba el sufrimiento.
- ¿No decías que eran quince días?
- Sí, pero creo que son unos pocos más.
- También te puedes tirar al Ebro.
- Vaya. Ahora eres chistosa –respondió gratamente sorprendido el marido.
- No. Si lo digo en serio.
- ¿Y desde qué puente lo hago?
- Pues, desde el de Piedra, por supuesto.
- ¿Por alguna razón especial que se le ocurra a la señora?
- No. Solo porque es más folclórico.
- Ya, y me pongo el cachirulo, antes.
- No sé si habrá un cachirulo que abarque tu cabeza.
- ¿Te ha sentado bien el desayuno?
- La verdad es que sí. Las tostadas con mantequilla y mermelada me han alegrado el día. Eso sí, mañana solo tomaré fruta.
- Es curioso lo que ocurre en los viajes.
- ¿A qué te refieres?
- Mientras estamos en el lugar, apenas si se siente cierta emoción. Se disfruta tranquilamente de ellos. En pocas ocasiones sentimos una admiración extraordinaria por lo que vemos, pero con el transcurrir de los años, cuando ya todo está en la mente, los recordamos como algo maravilloso.
- New York es la ciudad que más me ha impresionado –dijo Lucía.
- Para mí, el viaje que más me ha impactado es el que hicimos por el Reino Unido. Londres me encantó. El parlamento visto desde el puente siempre ha permanecido en mi retina. Es

como si fuese de oro. Pero es verdad que en Estados Unidos lo pasamos muy bien.

—¿Te acuerdas de Ramón el de Huesca? —preguntó Lucía.

—Ya lo creo. Tuvo que salir por piernas de una tienda porque se pasó de listo regateando en la compra de un sombrero.

—Luego nos invitaron un fin de semana a Biescas.

—Lo pasamos muy bien. Eran jóvenes recién casados. De los catorce del grupo, nosotros éramos los más mayores.

—El caso es que siempre había algún incidente —respondió Lucía

—En Toronto discutimos en una pizzería porque nos querían cobrar en dólares americanos como si fuesen dólares canadienses. Cuando le dijimos a la camarera que nos debía devolver la diferencia del cambio, casi se nos come. Se boicoteó al guía porque no nos había comprado el periódico antes de comenzar el viaje con el autobús... Sin embargo... le tengo mucha simpatía.

—¿Recuerdas el mercancías?

—El más largo que jamás habíamos visto. Igual estuvimos viendo desfilar vagones durante dos o tres minutos.

—¿Qué será de Ramón y de Ana?

—Tendrán varios hijos. Ramón habrá discutido más de una vez con algún hijo adolescente que se le habrá ido de copas, y Ana quizás trabaje en Huesca —afirmó como si ya lo supiera Julio.

—Vaya. Ya lo ha dicho el sabelotodo

—Ya lo sabes, yo soy Dios.

—En algunas cosas podías aplicarte un poco más.

—¿En qué, cariño? —insinuó pícaramente Julio.

—Ya sabes que no me refiero a eso.

—¿En cocinar?

—No. En tener todo más limpio.

—Lo intentaré.

—Siempre dices lo mismo, y haces lo que te da la gana.

—Pero esta vez, lo cumpliré. Te lo prometo, como dicen en las películas los americanos. Te prometo que no te pasará nada. Te

prometo que no lloverá. Te prometo que la guerra terminará pronto. Te prometo que la Luna saldrá como todos los días...

—Sí... seguro.

—Mira... ¡qué casa más bonita! —Julio desvió la conversación justo cuando llegaban a Saint George.

Paulatinamente, los viajes que habían hecho casi cada año por Europa y América habían ido creando un poso en sus almas. Era bello mirar un atlas y decir: aquí hemos estado. En la vida cada persona debería tener la oportunidad de aprender y vivir. Para muchos ya no era necesario sufrir más. Quizás era eso por lo que muchas almas ya no deseaban regresar a la Tierra. ¿Qué les podía esperar una vez que habían conseguido alcanzar lo máximo que les permitía su civilización? Cuando un ser humano había conseguido la categoría de creador, tal y como tiene diseñado en su destino como raza, un nuevo camino debería abrirse: la apertura de los mundos mentales, en los que se utilizaría su poder de pensamiento. Ya no debería volver a ser actor, sino trabajar como diseñador de mundos, creador de situaciones, hacedor de personajes que llevaban una vida real, programador de arquetipos para los futuros seres humanos menos evolucionados. En definitiva, utilizar toda su sabiduría en la creación de nuevos modelos de universos. ¡Cuán lejos quedaban algunos conceptos en su vida! Y ante tal disyuntiva sólo había algo por lo que realmente un hombre desarrollado completamente podría decidirse a regresar a una nueva encarnación: el amor. El amor era lo único que ayudaba a regresar a la encarnación. El amor a la familia, a la esposa, a los hijos, a los amigos, a su grupo.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó de nuevo su esposa al ver que llevaba la friolera de cinco minutos sin hablar.

—En la belleza del universo.

Lucía no comprendía aquel estado mental. Ella tenía tantos problemas en el trabajo y con su propio cuerpo que incluso llegaba a odiar que alguien tan cercano como su esposo no sufriese como ella.

CAPÍTULO 39

EL AMOR SE CONVIERTE EN POESÍA

Sobre lagos de fuego caminaré y mi alma resurgirá en el amanecer.

Llevaré en mis manos la flor dorada en que habito, y en ti la depositaré.

Seré como la suave brisa que mece las velas blancas de tu velero.

Seré como el agua que con suavidad resbala sobre tu frente.

Seré como el rocío que silenciosamente se posa sobre la flor de tu corazón.

Seré las delicadas manos que se mecen armónicamente sobre las cuerdas de tu alma.

Seré el aliento inmortal que permanece aunque no lo escuches.

Seré la luz que ilumine tus dulces ojos cuando las lágrimas empañen tu mirada.

Seré el atardecer y el alba de tus sueños.

Seré la voz que susurre en tu interior para que no detengas tu camino.

Seré el anhelo que te llevará en pos de la sabiduría.

Seré tu alma, tu vida y tu corazón cuando descanses en la alborada.

Sobre las luces cristalinas de una caverna misteriosa, dejaré escrita mi poesía.

Con profundo amor, para mi amada Elisabeth.

Santiago

Fue la carta que tenía la joven inglesa sobre su mesilla cuando despertó. Las lágrimas regaron sus rosadas mejillas. Se levantó para besarle, pero dormía.

—Estás radiante, Elisabeth —le dijo Ómicron.

—¿De verdad?

–Sí. La intensidad de la luz que despide tu corazón es mayor de lo que hasta ahora había observado.

–¿Has conocido el amor, Ómicron?

–Yo soy amor, Elisabeth.

–Me refiero a si has estado enamorado de otra entidad solar.

–Hace mucho tiempo.

–¿Y cómo acabó?

–Pues como acaba todo amor.

–¿Bien o mal?

–¿Te refieres a si sufrí?

–Sí.

–En el amor, no importa el sufrimiento, Elisabeth.

–Entonces... sufriste.

–Sí.

–Supongo que te defraudaría la relación.

–Al principio, sí.

–No te entiendo.

–Toda unión lleva implícita la separación.

–Pero... ¿no existe el amor eterno?

–Sí.

–¿Entonces?

–La unión entre los individuos, sean hombres o dioses llegan a un final, o a la absorción definitiva por parte de uno de ellos.

–Ahora te entiendo menos.

–Todos los seres del universo se unen y se separan, desde los microorganismos hasta las galaxias, pero su capacidad de amar se incrementa.

–Y ¿el sufrimiento?

–El sufrimiento es el sendero que hay que transitar desde un amor a otro amor.

–¿Y no sería mejor no sufrir?

—Si no existiesen las separaciones, toda la materia del universo se encontraría en estado de no movimiento. Y el universo es perpetuo movimiento, sinónimo de vida.

—Tienes razón, pero no me gusta que sea así. No me agrada lo que dices.

—Has preguntado y te he respondido, Elisabeth.

—Ya.

—Tú estás iniciando una nueva etapa de unión. No debes preocuparte por la separación. Y más esperando un hijo.

—¿Qué dices, Ómicron?

—Estás embarazada.

—Pero... si apenas han pasado unas horas.

—Un espermatozoide ya ha fecundado uno de tus óvulos.

—¿No podrías ser más elegante, Ómicron?

—Solo he dicho algo que tú ya sabes.

—Bueno... yo lo deseaba, pero no podía saber si había tenido éxito.

—Enhorabuena, Elisabeth.

—Gracias, Ómicron.

—Es una maravillosa etapa la de tener un hijo.

—¿También sabes sobre eso, Ómicron?

—Hace muchos años, yo también fui humano.

—Vamos Ómicron, creo que te han modificado la memoria para que digas eso.

—Probablemente, Elisabeth.

—Disculpa, Ómicron. No me acostumbro nunca a hablar contigo.

—Es el problema de no tener un cuerpo físico como el vuestro.

—Pero... ¿tu cuerpo es la nave?

—Se podría decir que sí. Miles de sensores comunican todas las partes de la nave con mi materia inteligente hiperconsciente.

—Gracias Ómicron por todo lo que me muestras.

—No tiene importancia, Elisabeth. Para mí siempre es algo hermoso hablar contigo. Es como si fueses parte mía.

- ¿Crees que Sant y yo pasaremos la prueba?
- Antes de llegar al lago Kragken, no me atrevía a hacer un pronóstico. Ahora, estoy seguro de que ambos estáis suficientemente capacitados.
- ¿Y si no estamos preparados para regresar?
- Sí que lo estaréis. No es lo mismo regresar del cielo para una persona solamente que para tres.
- Creo que tienes razón, Ómicron.
- Los místicos humanos sufrían mucho, Elisabeth.
- No lo sabía.
- Después de tocar el cielo en el plano mental debían regresar a la tierra. Imagínate, un mundo lleno de excrementos de animales, de enfermedades por doquier, de penalidades y penurias sin fin. Habían abandonado su cuerpo por unas horas, y el regreso a la vida cotidiana era un verdadero shock.
- Ahora, la vida es más fácil, ¿no?
- En general, sí, Elisabeth.
- Lástima que no poseas un cuerpo humano, creo que al final te querría casi como a un padre o como a mi abuelo.
- Gracias, Elisabeth.
- Hasta luego, Ómicron.
- No hace falta que te despidas, siempre estás conmigo.
- Es verdad... ¿ves? siempre me olvido de que la nave es tu vehículo físico.

CAPÍTULO 40

EL FUEGO DEL DESEO

Habían transcurrido casi veinticuatro horas y Jason no había despertado. Jane estaba a punto de llamar a un médico. Hasta las cuatro de la tarde había permanecido tranquila. La respiración de su esposo era normal y su cara no mostraba ningún síntoma de dolor, al contrario, sonreía plácidamente.

Por fin, se debatía con el teléfono en la mano entre llamar o no al doctor, Jason apareció en el salón.

—¡Jason! —exclamó Jane levantándose del sofá y abrazándole.

Strung recibió en sus brazos a la bella esposa de Jason Doyle. ¿Cómo iba a decir que él no era Jason? Aunque paradójicamente sí que lo era. Tenía su cuerpo, su cerebro, sus recuerdos, sus capacidades... en teoría.

—Siéntate, estás muy débil.

Jason miraba a Jane. Intentó decir alguna palabra. No pudo. Su esposa le miró.

—¿Qué te ocurre, Jason? ¿No puedes hablar? Te prepararé un café.

Jane se fue a la cocina mientras Strung veía la televisión. Comenzaron las noticias de las cinco de la tarde.

—Cuando regresábamos de faenar observamos que el velero Phoenix estaba a la deriva. No había ningún tripulante. Tuvimos que pasar muy despacio junto a él para no colisionar y a unos veinte metros del mismo observamos el cuerpo flotando sobre las olas. Tomé un salvavidas y me lancé al agua. Pude introducir la cabeza y los brazos de Jason en el flotador, y entre varios compañeros nos subieron a los dos.

—¿Pensaron que estaba muerto? —preguntó la reportera.

—Sí.

—Y aun así, le pudieron extraer el agua de los pulmones.

—Le dimos unos golpes para reactivar el corazón. Y tras varios minutos de intentarlo en vano, reaccionó. Le colocamos de lado y expulsó el agua.

—Sería un momento extraño.

—Todos nos llevamos una enorme alegría. Incluso hasta nos permitimos decir alguna broma. Era una manera de quitarnos el susto y la tensión de encima.

Strung escuchó detenidamente. Empezaba a relacionar las imágenes con el sonido de las palabras.

Jane observó a su esposo que miraba intensamente a la pantalla. Sintió algo extraño. No parecía el de siempre. Le puso el café y unas tostadas sobre la mesita situada entre el sofá y la televisión. No sabía qué hacer exactamente. Tras unos segundos de indecisión le vino a Strung la que sería la primera imagen surgida de la memoria de Jason Doyle. Tomó la porción de mantequilla, abrió con cierta torpeza el papel plateado con el chuchillo, la untó en el pan y, por fin, mordió la tostada. Parecía un niño pequeño.

—¿Te ocurre algo, Jason? —preguntó ella con cierta preocupación.

Strung la miró con ojos de alguien que está desconcertado. No dijo nada.

—Mañana iremos al doctor.

El hijo del Sol miró a Jane. La perfección de su rostro le recordaba la belleza abstracta de Ela-Al-Hatir. De su corazón surgió un río de luz que anegó el alma de Jane. Se acercó hasta el sofá. Se sentó al lado y le miró a los ojos.

—¿Qué te ha ocurrido, Jason? ¿Has estado cerca de la muerte? ¿Has visto la luz?

—Sí —respondió Strung.

—¿Por eso tus ojos reflejan tanto amor?

—Sí.

Jane inclinó la cabeza sobre el pecho de su esposo. Strung acarició con los dedos el cabello ondulado de la mujer. Su interior parecía como si recibiese descargas eléctricas al contacto con la piel de ella. Los recuerdos del lago Kragken parecían hacerle hervir la sangre. El fuego quemaba sus venas. La unión con Ela-Al-Hatir le habían marcado para siempre. Anheló fusionarse con Jane. Aunque diferentes, ambas representaban lo mismo. La unión de dos almas. Quería entrar en Jane, el fuego de su corazón ya lo había hecho, pero quería más. Quería tocar, palpar, sentir el contacto de aquel cuerpo femenino con su propio cuerpo. Jane había pasado muchas horas despierta en la larga noche. Había imaginado la terrible tristeza en la que se habría

sumido si Jason se hubiese ahogado. Desde la adolescencia siempre habían procurado estar juntos. Últimamente se había sentido un tanto abandonada debido a los continuos viajes de su esposo, y había descubierto que le amaba. Jane tomó la mano de Strung y le condujo a la habitación. Le quitó el pijama en la penumbra y comenzó a acariciar cada parte de su cuerpo. Strung se estaba volviendo loco. Cada poro de su piel percibía el aire. Cada milímetro cuadrado de su cuerpo parecía eléctrico. El sistema nervioso le generaba violentas descargas en su interior. Jane se desnudó. Era la primera mujer que le hacía el amor. En su civilización, aquel acto era similar, para ellos, a las relaciones sexuales de unos monos vistas por los humanos. Pero una cosa era verlas de lejos y otra muy distinta era experimentarlas.

Strung creía que se incineraría el cuerpo en el que se encontraba encerrado. Las caricias de Jane le estaban sumiendo en el lago Kragken. La humana le estaba llevando hacia una experiencia desconocida, por olvidada, para un hijo del Sol. La energía de su corazón impregnaba cada partícula de Jane. Ambos cuerpos estaban unidos exterior e interiormente. Strung recordaba la rebeldía hacia su raza, hacia sus padres, hacia sus superiores, sentía el magma, el agua, la luz, el viento, las playas, el sol, pero sobre todo sentía ahora a Jane quien le estaba entregando todo el amor de la raza humana. Numerosos recuerdos de los dos humanos vinieron a su recién adquirido cerebro. Los movimientos de Jane culminaron en el inmenso placer del acto sexual humano. Ambos se abrazaron tan fuertemente que no parecía existir diferencia entre un cuerpo y otro.

—Te amo, Jason.

Strung no dijo nada. Se encontraba en un estado de inmersión total en la materia. Percibió el placentero a la vez que doloroso roce de sus órganos. Supo qué era vivir y morir al mismo tiempo. Conoció la sensación de vacío a la que llevaba la finalización de un acto de amor y entrega. Comprendió cuán cerca estaba el deseo de morir por querer vivir para siempre, por

no querer perder una sensación que se había desvanecido a pesar de querer mantenerla eternamente. Y conoció el valor del sueño. Le vino a su mente la palabra "efímero" y, para su fortuna, se vio envuelto por la dulce caída de la consciencia en la inconsciencia que conducía a un olvido reparador.

Santiago se identificaba plenamente con cada palabra, cada sentimiento de Strung. Parecían estar viviendo la misma experiencia. Abrió de nuevo el libro rojo y continuó.

CAPÍTULO 41

LOCURA DE AMOR

Rain saludó a su amo Jason Doyle cuando salió por la mañana al jardín. Strung no sabía qué hacer. Jane le observaba. Jason habría acariciado la cabeza del perro y le habría dicho: muy bien, Rain. Pero Strung dejó que el perro moviese la cola y se fuese.

La lluvia de la noche había dejado paso a una extraordinariamente bella y aromática mañana. Strung respiró como si fuese la última vez que lo iba a hacer. Amar a una humana y ser amado por ella era algo que nunca se habría podido imaginar si se hubiese quedado en el Sol o alejado hacia otra estrella como era el destino de la mayoría de las entidades solares. Respirar era otro de los extraños placeres de la raza humana. Solo con ambas satisfacciones, los humanos deberían ser felices. Sin embargo, tal y como lo había estudiado en el master antes de su acercamiento a la humanidad, no lo eran. Quedaba, también, demostrado por el abandono del cuerpo por parte del espíritu original de Jason Doyle.

—No se te ve preocupado, Jason —le dijo Jane tomándole del brazo y mirando con él hacia el horizonte.

Strung no respondió. No entendía bien las palabras. Sí que captaba, a través de su mente, el significado de aquel lenguaje hablado que no dominaba.

—Parece como si nunca hubieses respirado o hubieses visto el Sol.

Strung miró a los ojos de Jane.

—¿Qué extraño y maravilloso acontecimiento te ha ocurrido, Jason?

Strung acarició a su mujer. Deslizó sus dedos por la frente de Jane. Le rizó suavemente los cabellos y luego la besó.

—Vamos a desayunar.

Jane fue a la cocina, Jason Doyle la siguió.

—¿Ahora también quieres aprender a cocinar?

—Sí —respondió Strung.

—Bueno... parece que hemos ganado algo con tu desgracia, Jason.

Jane se quedó muy seria.

—Entonces... ¿no estás afectado por el hundimiento de nuestras acciones?

Strung la miró. Percibió que el temor al futuro se había apoderado de su esposa.

—Tal vez perdamos el velero, los dos automóviles, nuestra posición y nuestro hogar.

Las imágenes que Jane expresaba a través de las palabras bombardeaban la mente de Strung.

—Tranquila, no te preocupes. Todo se arreglará —dijo por fin Strung que parecía haber conectado las imágenes que llegaban hasta su mente con las palabras necesarias para expresarse.

—¿Qué haremos si perdemos todo, Jason?

En aquel preciso momento la televisión mostraba un bar y unos camareros que servían varias copas a los clientes.

—Trabajaré —y miró a la televisión.

—¿En un bar? —preguntó sorprendida Jane.

—Sí.

–Pero tú eres analista financiero, Jason.

–Bueno...

–Tal vez pueda conseguirte algo en el hotel en el que trabajo.

–Tengo hambre –dijo como un niño Strung.

–Disculpa... con tanta conversación, todavía no hemos desayunado.

El nuevo Jason Doyle se sentó en el sofá. Observaba la televisión con extraordinaria atención. Cada imagen representaba el descubrimiento del nuevo mundo. Los anuncios eran, en su estado de desconocimiento de las costumbres humanas, los que más información le aportaban. Ya había podido recordar varias palabras: comprar, lavar, comer, ir en autobús, en metro, en tren... hacer footing, saltar, vida sana...

–Tal vez deberías esperar unos días para ir a la oficina –sugirió Jane mientras desayunaban.

–Me gustaría dar un paseo por la ciudad –expresó Strung.

–Pero... antes... podríamos amarnos como anoche, Jason.

Strung se levantó del sofá cogió en brazos a Jane. Mientras besaba la nariz y el cuello, la dejó con cuidado sobre la cama. Con sus grandes manos soltó el lazo que unía el camisón y miró los senos de Jane. Los besó. Strung aportaba una tremenda energía al cuerpo Jason Doyle. Jane cerró los ojos. La forma en que Jason entraba en ella la llevaba a la locura. Locura de amor que compartía con ella Strung, un hijo del Sol entre los humanos.

–Ámame, Jason, ámame. Entra en mí –Jane parecía que había perdido el juicio y la sensatez. Si alguien en este mundo estaba loco de amor, sin duda alguna Jane y Jason ocupaban en aquellos instantes dos de los primeros puestos.

Ambos, a pesar de ser por la mañana, se quedaron dormidos, abrazados bajo las sábanas. Sonó el teléfono.

–¿Está, Jason? –preguntó el jefe de la oficina de inversiones en la que trabajaba Doyle.

–Está dormido –respondió Jane.

–¿Todavía?

–Ha estado al borde de la muerte. Se está recuperando.

–Ya lo sé. Pero nosotros queremos hablar con él. Es urgente.

–Cuando se despierte, se lo comunico.

–Que sea lo antes posible.

–Ya le he dicho que está convaleciente.

–De todos modos, ya no hace falta que le diga nada. Lo mejor que puede hacer es no volver por aquí. Tendrá noticias nuestras.

–¿Quiere decir que está despedido?

–Sí.

–Pero...

–Bastante haremos si solo le despedimos y no le demandamos por arriesgar imprudentemente el capital de nuestra empresa.

Jane no respondió. Escuchó el golpe que el jefe de Jason dio al teléfono cuando lo colgaba, y comprendió que debería buscar un empleo. Quizás su esposo tenía razón. Con el trabajo de ambos podrían vivir sencillamente, aunque fuese de alquiler en alguna vieja casita.

Rain se acercó a Jane. Ésta tomó un trocito pequeño de pan de molde, se lo lanzó al jardín y cerró la cancela. Se encontraba extenuada. Y de repente como si de un relámpago se tratase se palpó el vientre... Tal vez Jason debería hacer más horas de camarero si ella se quedaba embarazada, pensó. Abrazó a Jason, cerró los ojos, se sintió dulcemente protegida por su nuevo y rejuvenecido Jason Doyle y se durmió plácidamente.

CAPÍTULO 42

RECUERDOS

–Saint George es una ciudad muy bonita, ¿verdad? –comentó Lucía.

–Muy agradable.

–Me encanta. Su colorido, St. Peter Church's...
 –Todavía tenemos que ir a ver Fort St. Catherine...
 –Ha sido un acierto venir a esta preciosa isla –afirmó Lucía, lo que era un gran milagro.
 –Viajar es, si todo sale bien, muy agradable.
 –Te acuerdas de ¿York? –añadió Lucía mientras caminaban por York Street.
 –Ya lo creo, la habitación del hotel era en forma de buhardilla con el techo recubierto de láminas de madera. Las casas también estaban como las de aquí... alegres y bien pintadas.
 –Y el cliente del bar que vimos salir corriendo, atravesar toda la calle para devolver a la naturaleza lo que le había bebido...
 –Del viaje a Reino Unido, a pesar de que fue hace tantos años, tengo un gran recuerdo.
 –Stratford Upon Avon, la ciudad donde nació Shakespeare...
 –Y ¿Cambridge?
 –Es verdad. ¡Cómo nos falla la memoria! ... Edimburgo...
 –Creo que nos encantaron casi todas las ciudades, además de Londres. Pero a mí, la catedral que más me impactó fue la de Durham.
 –Color de terracota.
 –Para que algo guste, tienen que coexistir dos factores: el interno y el externo. Ya puedes contemplar el edificio más maravilloso del mundo, que si no tienes armonía interna o una cierta predisposición, apenas si lo disfrutas –aseguró Julio.
 –Donde esté New York, que se quite todo lo demás.
 –Hemos visto multitud de catedrales y de iglesias, pero yo me quedo con Durham, Siena y la Basílica de Nuestra Señora del Pilar.
 –Hombre... eso si que es ser ecuánime y justo.
 –Bueno... y San Antonio de Padua...
 –Creo que te olvidas de multitud de catedrales bellas.
 –Está bien, te haré una concesión más, la capilla de Santa Teresa de Ávila.

—No sé ni cómo hablo contigo. ¿Dónde está Santiago de Compostela o la réplica de Santa Sofía en Venecia?

—De acuerdo... sí... Hay cientos de lugares preciosos... las pirámides, Luxor y Karnak, el palacio de Sissi.

—¿El último no lo habrás dicho con ironía?

—No, de verdad. Ahora también recuerdo el castillo del Rey Loco, en Baviera, la maravillosa sala donde hay enormes cuadros referentes a la Leyenda de los Nibelungos...

—Washington me encantó.

—Sí, sobre todo aquel español al que saludaste tan amablemente.

—¡Tuviste celos!

—Sí.

—Pero... si no le habíamos visto en nuestra vida...

—Ya... pero no deberías haber sido tan amable con él.

—Si no lo veo no lo creo... Veinte años después, y me entero de que tuviste celos de un desconocido...

—Éramos jóvenes... yo te deseaba... me atrevería a decir que era una adicto al sexo...

—Siempre estabas con lo mismo.

—Ya...

—Y a mí cuanto más me presionabas, menos me gustaba hacerlo.

—Imagino...

—Entonces... ¿por qué me dabas tanto mal?

—Tú no sabes qué es el fuego que te consume por dentro que hace que te hierva la sangre...

—Respecto al sexo no, respecto a otras cosas sí.

—Bueno... es que en ocasiones la ira se te apodera.

—Es que me pones nerviosa.

—Ya.

—Sin embargo, ahora ya no me dices nada...

—Haber escuchado cien veces “**no**”, es una losa demasiado pesada que ya no se puede levantar.

—De verdad que lo siento...

—No importa... Era una de las pruebas más importantes que tenía que superar en mi vida...

—Tal vez deberíamos habernos divorciado.

—Y después, ¿qué?

—No sé... quizás habrías sido más feliz con otra mujer.

—No creo. De ti me enamoré cuanto apenas tenías catorce años.

—Pues tal vez por eso.

—Me enamoré de tu rostro, de tu cara de ángel.

—Pero... parece ser que no es lo que querías.

—Creo que sí, yo quería una bella mujer que tuviese buenos sentimientos, y tú los tienes.

—Quizás te habría resultado la vida más fácil.

—Como ser humano, que no tiene pasiones, prefiero una mujer que no sea insaciable.

—Dicho así, creo que sería algo terrible para un hombre.

—Imagina una mujer que nunca tiene suficiente con el amor de una relación normal, ¿hasta qué extremos llegaría?

—De acuerdo... me has convencido.

—Mira, estamos muy cerca de Fort St. Catherine.

CAPÍTULO 43

ADMIRACIÓN POR STRUNG

Santiago cerró el libro. Observó otra vez sus tapas de color rojo y letras doradas. La aventura de una entidad solar inmersa en la Tierra le mantenía cautivo. Las acciones cotidianas en que los humanos nos veíamos involucrados semejaban un continuo milagro. Un canto a la vida. El funcionamiento de un cuerpo humano se convertía en toda una odisea. Algo que todos dábamos como algo sencillo, no lo era tanto. Que un cerebro se conectase con su entorno e intercambiase información a través de los sentidos, que la voluntad residente en algún lugar desconocido,

todavía a estas alturas para la ciencia, impactase continuamente con los órganos de expresión, que recibiese información a través de ondas sonoras y luminosas estaba siendo desentrañado por las grandes mentes de la raza humana, pero... al parecer, según el libro de Strung, más allá del funcionamiento, parecía haber algo más.

Era probable que un cuerpo pudiese existir sin la voluntad central. Quizás algunos hombres y mujeres vivían sin tener la materia inteligente autoconsciente. Parecían habitar, a juzgar por sus contradictorios actos, en un mundo repleto de nieblas y paisajes fantasmales que en ningún momento les dejaba razonar. ¿Podía ocurrir que aquellas personas rematadamente locas, aparte de tener una enfermedad mental, careciesen de la materia inteligente autoconsciente? ¿Era suficiente con que el cerebro aportase los conocimientos mínimos para que un cuerpo funcionase y pequeños subprogramas de acontecimientos reiterativos generase la apariencia de un ser humano?

Conocer el desarrollo y el funcionamiento del cuerpo no implicaba ser capaz de otorgar la vida autoconsciente.

Santiago llamó a la puerta del camarote de Elisabeth justamente cuando salía. Ambos se miraron.

—Estamos en sincronía —exclamó la inglesa.

—¿Desayunamos? —preguntó Santiago.

—Será estupendo. Tendré que comer por dos.

—Quieres decir que me vas a dejar sin nada.

—No, entonces tendría que comer por tres.

Santiago se paró en seco. Miró a Elisabeth.

—¿Quieres decir?... no puede ser. Solo hace unas horas que nos hemos amado.

—Vamos a desayunar... respondió Elisabeth tomándole la mano.

—¿Te está gustando el relato de Strung?

—Estoy impresionado.

—No es para menos.

—Entonces... ¿puedo preguntarte algo?

- ¿Strung es tu abuelo?
- Sí.
- ¿Cómo puede ser que una entidad solar encarne en un cuerpo que no ha muerto?
- Son grandes misterios, Sant.
- Como geólogo e ingeniero, la verdad, nunca he creído en la reencarnación.
- Pero... ¿tú me crees a mí?
- Por supuesto, Elisabeth.
- No tengo ni idea cómo acabará la historia –intentó sonsacar algo a la inglesa.
- Yo tampoco –respondió sonriendo Elisabeth.
- Entonces... ¿lo que has comentado antes de venir a desayunar es cierto?
- No recuerdo –sonrió Elisabeth.
- Pero... no puede ser ¿no?
- ¿Por qué?
- La primera vez que nos amamos y quedas fecundada.
- Lo sé por Ómicron.
- Vaya con el p.c. de medio mega.
- No te cae bien.
- Lo que sucede es que no me acostumbro.
- Pero ya lo sabes, la esfera de color dorado que se encuentra en el séptimo nivel es su alma.
- Ya... si no digo que no, sencillamente afirmo que estoy sorprendido.
- Si tú no lo deseas, no tendré el hijo, Sant.
- Para mí, tener un hijo tuyo sería un honor, Elisabeth.
- Gracias.
- ¿Imaginas? un hijo o una hija que tenga tus ojos azules.
- ¿No sería maravilloso?
- ¿Te quedarías a vivir conmigo en la isla?
- ¿En las Bermudas?
- Sí.

—No lo había pensado con detenimiento, pero me quedaré donde a ti te guste más, en Hamilton o en Londres.

—Sería estupendo.

—¿Y mi trabajo?

—Quizás podrías ejercerlo por libre y tener nuestra pequeña empresa de estudios geológicos... o alguna minúscula factoría de diseño de veleros...

Santiago pensó en sus padres... estaba seguro que a ellos les gustaría verle de vez en cuando.

—Quizás podríamos pasar la mayor parte del año en Hamilton y algunos meses en Londres.

—Es buena idea, Santiago.

—Toma —le dio un pequeño papel Santiago a Elisabeth—, es una poesía que he escrito esta mañana, cuando he recordado tu amor.

*En el silencio de mi alma llevo el aroma de tu amor.
Es como el resplandor de un sol naciente,
como el agua blanca de un salto de agua silente,
cual armoniosa ondulación de un extenso mar de trigo,
que danza al compás del invisible y cálido viento.*

*En los ocultos pliegues de mi corazón guardo el dulce e interminable beso
que con inmarcesible frescura depositaste en el invisible lecho
de mi espíritu cándido, agradecido y sereno.*

*Sobre las excelsas y armónicas olas de un océano en calma
te conduciré a aquel lugar donde habitan las almas.
Te llevaré en las ondas multicolores y etéreas
que livianamente enlazan los cuerpos y nuestras mejores prendas.*

–Gracias, Santiago. Son muy bellos –dijo Elisabeth tomándole la mano y dejando caer una lágrima. Eres un gran poeta.

–Apenas he escrito versos.

–¿Entonces?

–Es tu amor el que hace brotar de mi corazón tan bellas imágenes.

–Nos queda un día para llegar al centro de la Tierra.

–¿La nave también puede atravesar el núcleo interno?

–El núcleo no es totalmente compacto. Se podría decir que es como un queso de Gruyère.

–¡Qué lastima que no se pueda ver como si de un paisaje se tratase!

–Estamos inmersos en la energía luminosa que disuelve nuestro entorno, no se puede hacer otra cosa.

–Los becarios nos saludan amablemente, pero parece que no están interesados en comunicarse.

–Para ellos, los seres humanos somos poco más o menos como unas mascotas.

–¡Qué fuerte!

–Es duro para nuestro orgullo. Pensamos que somos el centro del universo. Pero no es así.

–Entonces... todo se lo debemos a Strung.

–Sí. Él amó a Jane.

–Pasó a ser un desheredado solar.

–Nunca mejor dicho.

–Me recuerda a Prometeo.

–Algo parecido.

–Me habría gustado conocerle.

–Mientras lees el diario estás conociéndole.

–Era un ente solar muy apasionado.

–Para su raza, algo vergonzoso. Para nosotros, algo semejante a un Dios.

–Me duele saber que los espíritus solares evitan el contacto con el ser humano.

–Hay de todo. Como norma general, ellos persiguen su destino.

–¿Hay más como Strung?

–Siempre los ha habido y los habrá. Entidades solares que por una causa o por otra reencarnan en la Tierra.

–Tal vez necesitan venir.

–A veces, después de largos períodos de vivir en mundos de abstracción, donde no se siente tan intensamente como en nuestra Tierra, necesitan tener contacto con la materia densa. Y de una forma o de otra vienen a nuestro planeta.

–¿Y no recuerdan su origen?

–Normalmente encarnan al principio de la gestación. Cuando es así, olvidan su origen; mas, conforme transcurren los años, van sintiendo un intenso anhelo por regresar a su verdadero hogar.

Generalmente, no son capaces de discernir el origen de sus deseos. Debe ser así, porque nada puede haber más terrible para un alma solar como el hecho de estar limitado a un cuerpo y llegar a la conclusión de que él es una entidad que podría volar libremente por otros sistemas solares.

–Prometeo, de nuevo.

–Prometeo encadenado.

–Tengo la impresión que consideras algo bueno y necesario terminar de leer el libro de Strung.

–Únicamente si te interesa de verdad.

–Creo que para ti es muy importante.

–Pudiera ser, Sant.

–¿Por qué?

–Te ayudará a comprender mi propia vida.

–¿Puedo preguntarte algo, Elisabeth?

–Lo que desees.

–¿Por qué, yo?

–Porque me amas y yo te amo.

–Quizás tus padres pueden pensar que soy poca cosa, que apenas tengo dinero...

–El color dorado de un corazón no tiene precio. No se puede comprar con libras, dólares, euros o lingotes de oro.

–¿Cómo sabes que el color de mi corazón es dorado?

–Porque lo sé.

–Ojalá nunca te defraude, Elisabeth.

–¿Ves por qué causa sé que tienes un corazón de oro?

–No he dicho nada. Únicamente he mostrado mi deseo de estar siempre a tu altura.

–¿Y no crees que yo podría también pensar lo mismo que tú?

–Nunca se me había ocurrido.

–Segunda respuesta que corrobora cómo eres. El ideal de mujer que tienes en tu alma es de un extraordinario valor.

–Me estoy ruborizando, Elisabeth.

–¿Te puedo preguntar yo?

–Por supuesto.

–¿Qué clase de hijo desearías tener?

–En primer lugar alguien que tuviese un corazón sincero.

–¿Y?

–Un ser humano que aportase algo bueno a su raza; que compusiese una excelente obra musical, que infundiese fe a los humanos que permanecen en la oscuridad, que realizase un descubrimiento científico en bien de toda la humanidad...

–¿Mujer u hombre?

–Una mujer tan bella como tú.

–Ahora quien se siente ruborizada soy yo.

–¿Crees que está en nuestras manos decidir algo así?

–Puede ser.

Santiago miró a Elisabeth, tomó su mano izquierda y la besó con profundo amor.

CAPÍTULO 44

LA SINCERIDAD DE STRUNG

Strung paseó por primera vez en su vida por una calle en la Tierra. Necesitaba respirar profundamente. Iba en camisa. Jane le miraba sorprendida. Siempre había sido un hombre muy friolero. Y ahora, cuando ella sentía el frescor de la mañana de abril, él se había quitado la chaqueta, la corbata y alzado las mangas de la camisa blanca.

–Te vas a enfriar, Jason–. Strung miró a Jane. No entendía qué le quería decir.

–¿No tienes frío? –le tocó con la mano la piel–. Strung miró de nuevo a Jane. Y por fin respondió.

–Estoy caliente.

–Sí, eso ya lo sé–. Jane echó a reírse. Estaba visto que el accidente le había dejado algo tocado, o mejor expresado: maravillosamente tocado.

–¿Por qué te ríes?

–¿De verdad no lo entiendes? –Strung se quedó pensativo.

–Pareces otro, Jason–. Strung no sabía qué decir.

–Es como si fueses nuevo en este mundo.

Strung continuó sin responder. Miró a Jane con tanta dulzura en los ojos que la mujer necesitó abrazarle y besarle en mitad de la calle. Una señora trajeada les miró. Aquellas no eran maneras de comportarse.

–Ya no son tan jóvenes para besarse en la calle –les dijo.

Jane rió. Se sentía la mujer más feliz del mundo. Y realmente debería estar preocupada, pero es que el hecho de tener a su marido vivo, y además con tantas ganas de hacer el amor, la mantenía en un continuo estado de excitación. Su alma deseaba gritar a los cuatro vientos que era feliz, que su Jason le había hecho el amor. Y lo que todavía era más extraño: estaba segura de que había quedado embarazada.

Caminaron por la calle Arlington. Strung miraba cada uno de los árboles como si se los fuese a "respirar". Jane cogía con su mano el brazo de su esposo. Le parecía más fuerte. Quizás había ido al gimnasio y ella no se había enterado...

–Vayamos a ver cómo está el Phoenix –sugirió Jane. Strung... la miró, de nuevo.

–Creo que has perdido algo de memoria. Es nuestro velero, Jason.

–¡Ah! Velero.

–¿No te acuerdas de él?

–Lo recuerdo.

–Espero que no le hayas cogido fobia.

–¿Fobia?

–Miedo... temor... ya sabes... hace dos días te caíste de él–. Strung... percibía muchas imágenes de una forma nítida. En otras naufragaba.

–¿Miedo a qué?

–No sé, a navegar... al agua...

–Entiendo.

Jane no cesaba de observar su extraño comportamiento. Si ello fuese posible habría dicho que habían cambiado a su marido. Tenía detalles que no concordaban con sus anteriores costumbres. Y el brillo en sus ojos... causaba enorme admiración en su alma.

La mujer tuvo que conducir a su esposo hasta el velero. Dos de los pescadores lo habían llevado a los muelles deportivos.

–Llévame al mar, Jason.

Strung miró a Jane, sus ojos estaban luminosos. Percibió, como si ocurriese dentro de su propio cuerpo, el fuego que corría por las venas de su esposa.

–¿Me ayudarás a pilotarlo? –preguntó con la inocencia de un niño pequeño.

–Claro, Jason.

En apenas cinco minutos habían atravesado Mouse Island y estaban frente a Cat Island. Viraron a babor, dejando atrás

Green Bay y embocando hacia alta mar. Jane tuvo que recordarle una por una las diferentes maniobras, si bien era verdad que con una vez era suficiente para que aprendiese.

La suave brisa les llevaba lentamente. Jane manejaba el timón y Strung acariciaba los hombros de su esposa. Besó repetidas veces el cuello y deslizó sus manos por la columna vertebral hasta llegar al final de la misma. Jane se estaba volviendo loca. Nunca habría pensado que le excitase tan intensamente aquella parte. Era como si realmente el sexo comenzase en aquella zona de la columna. Sentía múltiples descargas eléctricas que partiendo desde un punto entre las vértebras se extendían por todas las ramificaciones nerviosas generando en la parte delantera una sensación de plenitud que llegaba hasta sus partes más íntimas. Strung besaba su cuello sin parar, necesitaba besar, sentir los labios de Jane. Susurraba al oído de ella extraños e incomprensibles fonemas. Debía de haberlos aprendido sin darse cuenta en su estancia en el lago Kragken. Los senos de Jane también parecían eléctricos. Strung apenas si los tocaba. En realidad sus dedos estaban a unos milímetros, y ella estaba a punto de colapsarse. Desde la punta de los talones hasta la coronilla parecía una extraña línea de alta tensión que estremecía cada parte de su cuerpo. La mujer no sabía qué hacer. Si dejar el timón y bajar al camarote, o quedarse allí, en aquel estado de éxtasis que nunca debería finalizar. Su cuerpo era puro fuego que en cualquier momento explotaría.

—Ámame, Jason —le gritó. Ya no podía resistir más.

Strung la tomó en los brazos y la bajó al camarote.

—Te amo, Jane. Te amo con el fuego del lago Kragken. Te amo con el fuego del interior de la Tierra. Te amo como el intenso azul de las aguas.

Jane no le oía. El amor era un murmullo de hojas agitadas por un impetuoso viento que no le permitía escuchar nada. Sentía el cuerpo de Jason en su propio cuerpo y nada más quedaba en el mundo, solo el amor de Strung, un hijo del Sol que inundaba con su fuego un alma humana.

Las horas transcurrieron lentamente. Parecían seguir el ritmo del océano. Apenas si había una ligera brisa que escasamente agitaba diminutas olas que se estrellaban contra la quilla del Phoenix. Jane permanecía en los brazos de Strung. No quería despertarle. Se preguntó en qué estaría soñando. El accidente le había cambiado tanto que no le reconocía. Amaba a su esposo, el de antes, pero el de ahora era muy especial. Una mirada y le hacía hervir la sangre y el corazón. Objetivamente debería estar aterrada ante la situación en la que podrían encontrarse. No sabía exactamente la magnitud del desastre. Debía haber sido enorme a juzgar por el enfado del jefe de Jason, pero éste apenas se inmutaba. Quizás había olvidado todo lo referente a su trabajo como analista financiero y por la razón que fuese se había visto incrementada su potencia sexual y romanticismo. Mientras contemplaba la placidez de su expresión, acarició los hombros desnudos y el cuello de Jason. Se agitó un poco, dejó de tocarle y le besó en el pectoral que tenía más cerca de ella. Descendió su mano hacia el interior de sus piernas. En apenas unos segundos la flacidez se había convertido en erección y se tumbó de nuevo sobre él. Estaba dormido, profundamente inconsciente, pero sentía tanto amor por él que no dudó en dejar que el alma de aquel hombre nuevo vivificase su interior. Jason gimió.

–Duerme, mi pequeño. Duerme y sueña –susurró delicadamente Jane.

–Gracias –dijo Strung.

–¿Estás despierto? –se sobresaltó Jane.

No hubo respuesta. Apenas un leve aleteo de los labios que exclamaron

–Ela-Al-Hatir.

Jane observó su cara de felicidad.

–¿Quien es Ela-Al-Hatir? –preguntó la mujer.

–¿Sí? –respondió medio dormido Strung.

–¿Qué significa Ela-Al-Hatir?

–Nuestra Señora del Placer Ígneo"

–¿Es una mujer?

–No –contestó Strung que todavía no había llegado a controlar la autoconsciencia.

–¿Dónde vive?

–En el interior de la Tierra. En el lago Kragken.

–Estás soñando, Jason.

–Permanece entre el magma que nunca se apaga.

–Ya –Respondió Jane comprendiendo que era un simple sueño, quizás, algún recuerdo de alguna novela, de alguna película...

–¿Jason? –preguntó Jane sin obtener la menor respuesta. No sabía que debería haber dicho ¿Strung?

El hijo del Sol que se había sumergido en un cuerpo terreno se despertó. Jane le miró a los ojos. Parecían de fuego. Strung sonrió.

–Estabas soñando, Jason.

–No sé. No recuerdo nada.

–Has dicho unas extrañas palabras.

Strung miró sin comprender.

–Ela-Al-Hatir... creo.

–Es una entidad ígnea que habitaba en el lago Kragken.

–Vamos, Jason... Debes distinguir la realidad de la fantasía.

Strung captó lo que Jane quería decir.

–Los sueños... ¿son fantasía? –preguntó Strung.

–Pues claro, Jason...

–¿Sabes, Jane? –había pronunciado por primera vez el nombre de la mujer.

–Dime Jason.

–Tienes el mismo brillo en tus ojos que Ela-Al-Hatir.

–Voy a tener celos, Jason.

–¿Celos?

–También has olvidado lo que son los celos –Strung miraba... parecía la ignorancia personificada.

–Ya has puesto de nuevo esa cara, Jason.

–¿Puedo decirte algo, Jane? –se decidió a hablar. Él no estaba hecho para mentir.

–Dime, Jason.

–Vengo del Sol.

–Creo que te ha afectado demasiado el accidente. Seguro que dentro de unos días te recuperarás.

–No me crees.

–Tú eres Jason Doyle.

–Mi nombre es Strung. Soy hijo del Sol.

–Por favor, Jason... no me digas eso –respondió automáticamente Jane, aunque pensó que desde luego no se comportaba igual que su esposo... era algo natural después del accidente, pero de ahí a que le dijese que era otro hombre...

–Lo siento, Jane, pero es así.

–Pero...tú me amas.

–Sí.

–Si eres otro hombre no me puedes amar así porque sí.

–Amo el brillo de tus ojos y de tu corazón. Amo todo tu cuerpo. Amo tu alma. Te amo con la locura del lago Kragken.

–¿Y Jason Doyle?

–Él abandonó su cuerpo en el océano.

–¿Por qué me dices estas cosas, Jason?

–Es la verdad, Jane.

–No me toques –le dijo la mujer al hijo del Sol, sintiéndose desnuda.

–Yo te amo.

–Volvamos a casa.

Strung supo por primera vez lo contradictorio que podía a llegar a ser un humano. Le amaba y sin embargo no le amaba. El regreso a Hamilton sumergió a Jane en la confusión total. El hijo del Sol comenzaba a dudar si había actuado correctamente. Quizás no debería haber dicho la verdad. En su mundo tal acción no existía, era un imposible. En el Sol todos veían lo que una entidad pensaba. Era absurdo mostrarse de diferente forma a la

que cada uno era. Las luces en que estaban envueltos sus cuerpos no podían reflejar lo que no eran.

—Mañana iré a trabajar, Jason... o quien seas. Búscate un hogar. Venderemos la casa, en caso de que todavía sea nuestra — miró al hijo del Sol con una mirada de extraordinaria dureza.

El corazón de Strung, también experimentó por primera vez y de primera mano un agudo dolor que le traspasaba el cuerpo. El sentimiento de Jane se había transmutado en una verdadera lanza que se clavaba en el corazón del falso Jason Doyle. O mejor expresado, del no totalmente verdadero Jason Doyle.

¿Cómo se había comportado tan inconscientemente?, se decía a sí misma Jane. Intentaba dormir en la misma cama que hacía unas horas había conocido por primera vez un placer múltiple, en el mismo lecho que aquel extraño Jason la había amado como jamás ella lo recordaba. Las palabras de Strung sonaban en su cerebro como un martillo cuando golpea una enorme campana de bronce: "Él abandonó su cuerpo en el océano". Escuchaba el murmullo de palabras una y otra vez. "Mi nombre es Strung. Soy hijo del Sol"

Mientras había entrado en un bucle que quizás no terminaría nunca y que la iba a volver loca, Strung se vistió y se fue. Rain le despidió. Strung acarició por primera vez a un perro. Y por primera vez en su vida lloró. Las lágrimas brotaron. Gracias a ellas el terrible dolor que llenaba su corazón humano perdió intensidad. Caminó por las calles de Hamilton. Cuando ya no pudo más se fue a dormir al velero Phoenix. Tristemente comprendió a Jason Doyle cuando se lanzó por la borda del barco. Quizás haría él lo mismo. Se desharía del cuerpo humano descendería a través del agua en busca del lago Kragken y luego regresaría al Sol. Allí no existía tanto placer, pero tampoco tan terrible dolor.

Por su parte Jane intentó dormir. Lo consiguió unas horas. Se despertó en mitad de la noche. Strung ya no estaba en casa. Y el cerebro que nunca se detiene se encargó de crear un

infierno del que no se podía escapar. ¿Había hecho algo mal Strung? No. ¿Acaso no la había amado desde el primer momento? Sí. ¿Qué significaba aquel extraordinario brillo en los ojos? ¿Era en verdad un hijo del Sol? Y si lo era ¿cómo se había comportado ella echándole de casa? Un hondo pesar se acumuló en su alma. Había maltratado a un "algo" que era todo amor. Él no había mentido. Se había enamorado de ella. Y en todo caso debería estar agradecida porque la vida le concedía una nueva oportunidad. Si era cierto que el antiguo Jason Doyle se había suicidado ¿cómo estaría ella ahora? Sin lugar a dudas se encontraría destrozada, sin ganas de vivir, preguntándose por qué su esposo había sido tan insensato...

Y respecto a Strung... ¿qué le ocurriría? ¿conseguiría sobrevivir? Seguro que sí, pero... ¿qué sucedería con su candidez, su inocencia, su espontáneo amor, su sinceridad? ¿Y si en lugar de amar aprendía a odiar? ¿Y si su herida se transmutaba en rencor a la humanidad? Ella tendría cierta responsabilidad. Habría condenado de antemano a un alma, hija del Sol. También podía ocurrir que en realidad fuese su marido Jason Doyle.

Además de estas extrañas e inimaginables preguntas estaba el amor que había sentido hacía escasamente unas horas. No era el placer del cuerpo. El placer era muy fácil tenerlo. Una mujer podía elegir cualquier macho y en cuestión de minutos lo tendría arrodillado bajo su poder de persuasión. Era el punto débil de los hombres. No se podían resistir al canto de sirena que cualquier mujer estuviese decidida a entonar. Placer se podía proporcionar ella misma. Decididamente, no. Lo que había experimentado era una unión tan íntima que no tenía explicación. ¿Por qué Strung había dicho que la amaba con el fuego del lago Kragken? ¿Acaso ese fuego era especial y penetraba en el interior de las personas hasta introducirse en los huesos?

El amanecer llegó lentamente mientras Jane se debatía entre la locura y la lucidez. Supo con toda seguridad que amaba a Strung. Que el fuego de su amor la había anegado. De repente sintió un escalofrío. ¿Dónde se habría refugiado Strung? No se

había llevado la cartera de Jason Doyle. Quizás no sabría ni qué era el dinero. Si había intentado coger algo de comida, tal vez le habían llevado al calabozo. ¿Cómo iba a salir de allí? Se calmó. Si hubiese sido así, seguro que o bien habría dicho que era Jason Doyle, o alguien le habría reconocido y ya habrían llamado a casa.

Quizás se había ido a dormir al velero. El Sol irradiaba sus primeros rayos. Jane se vistió a toda velocidad, preparó unas pastas, un café con leche, y se dirigió hacia el barco. Cuando vio a Strung dormido bajo las lonas del Phoenix, respiró profundamente y aceleró el paso.

—Strung —le despertó Jane.

El hijo del Sol miró a Jane. Sus ojos reflejaban compasión y alegría al mismo tiempo.

—¡Perdóname, por favor! —exclamó la mujer.

Una honda compasión y un profundo amor brotaron del corazón de aquel ser que había osado visitar este pozo de lágrimas. Percibió el dolor de Jane, se incorporó, la abrazó y la rodeó con el fuego que todo lo llena, con el fuego que salta cualquier barrera, con el fuego etérico que colma los huecos de la materia.

—Te amo, Jane —susurró el hijo del Sol a la humana.

—Te he traído el desayuno, Strung.

El antiguo Jason Doyle ya no existía para Jane. Juntos desayunaron en la proa del Phoenix. El Sol brillaba de nuevo. Lo interno y lo externo recuperaban el equilibrio y la armonía.

Los ojos de Jane resplandecían. Rodeó con sus brazos el cuello de Strung y permaneció unos segundos sentada a su lado.

—Es difícil ser humano —dijo sonriendo Strung.

—¿Crees que ha merecido la pena dejar tu hogar en el Sol?

Strung no contestó. Miró los ojos anhelantes de Jane. La abrazó y la besó en la mejilla.

Santiago no podía dejar de leer la historia de un hijo del Sol y una hija de la Tierra. La existencia del ser humano parecía

cobrar una cierta importancia ante la dificultad que implicaba. Nunca se le habría ocurrido pensar que para un ser de otro planeta o de otro lugar, la Tierra pudiese ser tan contradictoria. Miró a través de la ventana de la nave, la luz que nunca se extinguía, que siempre brillaba. No había preguntado acerca de la fuente de energía que hacía que disolviese la materia a su alrededor. Era de suponer que tendría algún reactor de fisión, o de fusión... Desde luego no se escuchaba el menor ruido, lo que parecía asombroso.

Con extraordinario cariño abrió, de nuevo, el libro de Strung. En su cerebro apenas encontraba diferencias entre Jane y Elisabeth. Ambas debían ser igual de bellas y extraordinarias. Que Jane se hubiese desquiciado un tanto ante la revelación de Jason Doyle indicándole que era Strung, pensaba que no era para menos. ¿Quién en su sano juicio no desvariaría ni flaquearía si su esposo le dijese que ya no era él, que provenía de otro planeta? Como mínimo se quedaría aterrorizado ante la posibilidad de que su cónyuge estuviese demente. Afortunadamente, Jane rectificó enseguida. De lo contrario ¿cuál habría sido el destino de Strung?, alguien que después de un accidente declara que es un hijo del Sol. Con muchas probabilidades se habría erigido en un fuera de la ley y de la sociedad que podría haber derivado en un fracaso estrepitoso.

Jane y Strung permanecieron muchos minutos sentados en la proa y mirando al horizonte. La futura madre no sabía cómo decirle al hijo del Sol que creía que estaba embarazada. ¿Y si él se sentía excesivamente sobrecargado de responsabilidad? ¿Cómo podrían mantenerse si trabajaba ella sola? Deberían empezar de nuevo.

—No debes preocuparte, Jane. Tener descendencia será algo maravilloso.

Jane miró a Strung. ¿Cómo lo había podido saber?

—En ocasiones capto tu pensamiento, Jane.

—¿Cómo puede ser, Strung?

—En mi civilización sabemos lo que todos y cada uno piensa. Es algo natural.

–Y lo que pienso yo, ¿es totalmente transparente para ti?
 –A veces. Depende de los conceptos si son muy abstractos y la capacidad de visualización que desarrolles en cada momento.
 –¿En qué estaba pensando, Strung?
 –En mi trabajo y en cómo alimentar a nuestra hija.
 –Me das miedo, Strung.
 –¿Por preocuparme de ti?
 –No sé explicarlo totalmente. Es como si me sintiese desnuda.
 –¿Desnuda?
 –Sí, que voy sin ropa.
 –¿Sin ropa?
 –Bueno... en este caso no es sin ropa. Es desnuda psicológicamente. ¿Entiendes?
 –¿Los humanos no acostumbráis decir la verdad?
 –Casi nunca.
 –¿Es por ello que os ocultáis ante la luz?
 –Debe ser porque nuestros pensamientos pueden herir a otras personas.
 –No entiendo.
 –Tú has abierto un agujero de inseguridad muy profundo cuando me has asegurado que eras hijo del Sol.
 –Cuando he dicho la verdad.
 –Sí.
 –Entonces... ¿cuándo crees que te lo debería haber dicho?
 –No sé... tal vez dentro de diez o quince años...
 Strung sonrió.
 –Cuando nuestra hija fuese mayor.
 –Supongo –sonrió Jane.
 –Por qué te ríes.
 –La verdad, no estoy acostumbrada a hablar de estas cosas. Todos días no se muere tu marido, y menos resucita porque ocupa su cuerpo un hijo del Sol. Tampoco es normal que estés pensando algo y que quien está a tu lado te responda atinadamente y resuelva ciertos problemas.

–Ya. Es que todos días no hay un rebelde que deshonra a sus padres y se sumerge en una cultura primitiva que es considerada como un descenso a los infiernos.

–¿Tú eres un desheredado, Strung?

–Sí.

–No creo que tus padres tengan una opinión tan pésima de ti.

–Estarán decepcionados.

–¿Por?

–Ellos me habían educado para ser uno de los adeptos en la estrella de Sirio.

–Me estás haciendo reír de nuevo.

–¿Te ríes de mí?

–No Strung. Me hace gracia la conversación.

–Pero yo hablo en serio.

–Debes comprender que los humanos no podemos ni imaginar lo que estás afirmando.

–¿No tenéis sueños?

–Sí. Pero son del tipo: quiero ser rica, tener salud, tener una enorme casa, comprarme un bolso o un vestido...

–¿Y respecto a vuestro destino?

–El destino es la muerte, Strung.

–¿La muerte?

–¿No sabes qué es la muerte?

–Voy comprendiéndola.

–La muerte es estar un día aquí en la Tierra y al día siguiente ya no estar.

–Quieres decir como lo que le ocurrió a Jason Doyle.

–Sí.

–Pero Jason Doyle está en otro lugar. Es un alma.

–La mayoría de los humanos no creemos que exista un más allá, Strung.

–¿Tan ciegos estáis?

–Cuando alguien se muere, desaparece y ya está.

–Una cosa es que desaparezca y otra diferente es que ya no esté en otro lugar.

–Para ti es fácil afirmarlo, Strung. Para los humanos que no son creyentes, no hay otro lugar.

–Entonces... Yo mismo, ¿de dónde he salido, Jane?

–Del Sol, ¿no?

–¿Ves? Yo estaba en el Sol, desaparecí de allí, y ahora estoy aquí.

–Pero tú no has muerto.

–No. Sólo he cambiado de forma.

–Déjalo Strung, de verdad. Ahora estoy feliz contigo a mi lado. Mañana... será otro día.

El hijo del Sol apenas podía comprender a los seres humanos. El universo era vida continua sin interrupción, y la raza de los hombres se empeñaba obstinadamente en negar lo evidente. Parecían estar limitados. Para las entidades solares, los seres humanos era una raza maldita. En algún punto de la evolución los humanos se habían separado de la evolución armónica del universo y ahora ellos mismos se maldecían, se limitaban, se autodestruían. Pero el hijo de Sol no sabía que estaba juzgando demasiado a la ligera a la raza humana. Debería recordarse a sí mismo que cuando apenas llevaba un día y medio sumergido en la materia ya dudaba de su decisión, ya quería marcharse a su hogar. ¿Acaso sería justo condenar a la familia humana sin tener en cuenta sus limitaciones, sus sufrimientos... su vivir atormentado?

–¿Qué piensas Strung?

–En el enigma que representa para mi civilización la raza humana.

–¿Tan terribles somos?

–Ahora soy yo el que tiene miedo.

–¿Miedo, tú? ¿Un hijo del Sol?

–Miedo ante el misterio que es el dolor y el sufrimiento en la vida de un ser humano.

–Te diré un secreto, Strung.

–Dime, Jane.

–No hay sufrimiento que dure cien años.

–No entiendo.

–Pues que al final, la vida es bella y la muerte un descanso.

–Pero no hay muerte, Jane.

–Entonces... te preguntaré algo: ¿Te imaginas sufrir en la Tierra durante toda una eternidad?

–Sería terrible.

–¿Ves? Pues quizás la muerte, o la creencia en ella, es para nosotros una liberación. Al final, cuando todo se desmorona, nos morimos. Y somos libres. ¿Lo entiendes?

–Creo entenderlo.

–La vida nos encanta, el placer de respirar, de amar, de vivir, de crecer, de conocer... es algo extraordinario. Pero a cada uno de los placeres se opone un dolor, el dolor de no poder respirar, de no poder amar, de no poder vivir, de no poder crecer, de no poder conocer...

–La vida se convierte en algo terrible, en un infierno.

–Exactamente.

–¿Por qué existe la raza humana?

–Si no lo sabes tú que eres hijo del Sol, ¿cómo vamos a saberlo nosotros, simples mortales?

–Eres muy sabia, Jane.

–Nunca había pensado en lo que acabo de decir.

–¿Entonces?

–Es el brillo de tu mirada, el fuego de tu corazón lo que me hace decir estas palabras.

Quizás sus progenitores estaban equivocados–pensó Strung–. Tal vez, en el fondo, las entidades solares no querían descender a un mundo en el que el dolor era tan seguro como que había vida. Mezclarse con una raza así podía acabar destruyendo cualquier tipo de prejuicio que su civilización pudiera tener respecto a los miserables humanos.

Ellos siempre estaban en armonía con la evolución estelar, por lo tanto, nunca habían sufrido el dolor ocasionado por la rebeldía. La raza humana, en cambio, era una raza desheredada, maligna. Sin embargo, tenía el valor de plantar cara al sufrimiento.

Jane y Strung amarraron el Phoenix y regresaron andando a casa. El hijo del Sol puso su brazo en los hombros de Jane. Ella apoyó su cabeza en Strung. Tenían un futuro.

CAPÍTULO 45

ENCUENTRO CASUAL

Lucía y Julio terminaron de ver el museo de Fort St. Catherine y se sentaron en un pequeño acantilado para tomarse un picnic disfrutando de Gates Bay. Después, regresaron en autobús a Hamilton. Todavía eran las siete de la tarde y aprovecharon para tomar un refresco. Se sentaron en una terraza cercana al Bermuda Canoe Club.

—¡Igualico que en Zaragoza! —exclamó Julio.

—Parecido —respondió Lucía.

—No me importaría ser uno de estos ricachones cuya mayor preocupación es averiguar qué les preparará para comer el servicio.

—¿Te imaginas? Please, bring me a tea.

—No recordaba que la señora supiese inglés.

—Disculpe, yo estudié en Oxford.

—No sé cómo un alumno tan destacado de Cambridge como yo se casó con usted.

—Usted sabrá señor mío.

—¿Le han hecho la manicura a la señora?

—Y al señor, ¿le han atusado el mostacho?

—My God, cuán vulgar es usted.

—¿No habrá pensado el señor, ni por un momento, que pertenecía a la nobleza inglesa?

—Creo que los de la esquina nos están mirando —susurró Julio.

—Los turistas americanos no hablan el español.

—¿Y si saben?

—Es improbable que entiendan lo que estamos hablando.

—Pues han sonreído —observó Julio.

—Te habrá parecido.

—Ya. Será que les impresiona nuestra perfecta pronunciación.

—Sin lugar a dudas.

—La mujer nos está observando detenidamente.

—Espero que no me mire a mí —dijo con picardía Lucía.

—No creo.

—¿Cómo que no crees? ¿Es que no estoy de buen ver?

—Sí. Lucía, eres muy guapa, pero creo que nos mira a los dos, le habla a su marido y se ríe.

—Les habremos caído bien.

—¿Y si son familiares de Elisabeth?

—No puede ser porque están navegando con el yate.

—Espero que no. Sería gordo que para una vez que bromeamos a costa de los ingleses ricos nos hubiesen entendido.

—Tranquilo, Julio. Nadie te persigue.

—Gracias, Lucía, por llamarme paranoico.

—El caso es que creo que tienes razón, ella nos observa.

—Por Dios, Lucía, ésta sí que es buena.

—Como que viene hacia aquí —gritó alarmada Lucía.

—¡Qué fuerte! No sé si reír o llorar.

—Hola —dijo la mujer inglesa.

—Sí dígame —se levantó Julio respondiendo.

—Les he escuchado. Y me ha parecido que son españoles.

—Sí. Somos españoles —dijo Julio mientras pensaba: tierra, trágame.

—¿Son ustedes los padres de Santiago?

Lucía se levantó totalmente sorprendida.
 –Sí –respondió Julio.
 –Soy Rosamunde, la madre de Elisabeth.
 –Encantada –dijo Lucía dándole la mano.
 –¿Desean tomar con nosotros un café?
 –Será un placer –respondió Lucía.
 Los dos españoles fueron hasta la mesa de la esquina.
 –Mi marido: John
 –Julio –se presentó el español y dio la mano a John.
 –Encantado –respondió el inglés.
 –Lucía –besó a John.
 –Siéntense, por favor –sugirió Scott.
 –Creo que les debemos una disculpa –dijo Julio.
 –¿Por? –preguntó Rosamunde.
 –Estábamos bromeando cuando afirmábamos que
 habíamos estudiado en Cambridge y Oxford.
 –Y ¿no lo han hecho? –preguntó con seriedad fingida
 Rosamunde.
 –Ambos estudiamos en Zaragoza.
 –Se lo decía en broma –especificó Rosamunde. Lucía y
 Julio sonrieron.
 –Pensábamos que estarían con Elisabeth y Santiago –dijo
 Lucía.
 –No. Les llevamos a Puerto Rico, y están por allí.
 –¿Están bien? –preguntó Lucía.
 –Perfectamente. Pasado mañana iremos a buscarles.
 –¿A Puerto Rico? –exclamó sorprendido Julio.
 –Sí –respondió Scott.
 –¿Desean venir con nosotros en el yate? –preguntó con
 enorme simpatía Rosamunde.
 –Me mareo mucho en los barcos –se excusó Lucía.
 –Hacemos una cosa. Se vienen con nosotros. Mientras
 damos la vuelta a la isla, probamos si se marea. Si lo hace, les
 dejamos en Warwick Long Bay.
 Lucía y Julio se miraron pensativos.

CAPÍTULO 46

PALABRAS Y AMOR

—¿Puedo? —preguntó Elisabeth llamando a la puerta del camarote de Santiago.

El joven se levantó y abrió.

Ambos se miraron. Y en la misma puerta se abrazaron. Ya habían pasado varias horas y no se habían visto, y lo que era más grave, no se habían tocado.

—Te quiero, Sant —le dijo Elisabeth.

El joven la tomó en brazos, cerró la puerta y la dejó con delicadeza sobre la cama.

—Creo que me recuerdas a alguien.

—Tal vez —respondió sonriendo Santiago, mientras se tumbaba junto a ella.

—¿Te está gustando el libro?

—Mucho.

—Ya te faltará poco.

—Menos de la mitad. En tres o cuatro horas creo que lo terminaré.

—¿Y mi abuela Jane?

—Parece muy real.

—Es que son reales, Sant.

—En las novelas siempre hay algo de ficción.

—Pero no en ésta.

—Observar a nuestra raza desde una perspectiva diferente a la humana es muy interesante.

—Expresa la estupefacción de un hijo del Sol ante el sufrimiento y el dolor humanos.

—Quizás nosotros estamos muy acostumbrados a sufrir. No hay momento en la vida de una persona en la que no pueda aparecer el dolor desgarrador tanto físico como psíquico.

—En cierto modo, concede a la raza humana un plus de valía.

—En otros planetas y estrellas no existe el sufrimiento.

—¿Cómo lo sabes, Elisabeth?

—Por Ómicron. En el viaje que realizamos mi padre y yo, nos mostró otro tipo de razas, aunque yo apenas tenía diez años, y algunas cosas las he olvidado.

—¿Y por qué sufre la raza humana?

—Según nos explicaba Ómicron había tres causas fundamentales: la primera por su rebeldía, la segunda por su deseo de saber, la tercera por su destino oculto en la mente de un Dios.

—¿Rebeldía?

—Parecida a la que realizó en su momento Strung.

—¿Quieres decir que la raza humana se sublevó ante alguna ley universal y descendió a la materia?

—Así es.

—Pero la raza humana que vivimos actualmente no tiene nada que ver con acontecimientos pasados, en caso de que ocurriesen de verdad.

—Estás equivocado.

—La gente muere, y los que nacemos después no tendríamos por qué sufrir los errores de nuestros antepasados.

—Pero si nuestros antepasados somos nosotros mismos, entonces...

—Lo dices por la reencarnación.

—Así es.

—Es difícil de asimilar, Elisabeth.

—Es más fácil y lógico creer en que existe la reencarnación que pensar que no existe.

—Los científicos no creemos si no hay pruebas.

—Yo me baso en las afirmaciones de Ómicron.

—¿Te fías de él?

—Por supuesto, Sant. Lo mismo que de los científicos de nuestra civilización.

—Continúa, por favor.

–Como te decía, la rebeldía de no seguir el camino ascendente, sino la inmersión en la materia fue lo que provocó el sufrimiento. La humanidad como entidad fenoménica fue libre de decidir. Y su anhelo por experimentar sumió sus almas en el fuego de la materia. El continuo roce de esta última y la luz de su espíritu originaron la fricción que conocemos como dolor.

–¿Y la segunda causa?

–He dicho las dos. Rebeldía ante las leyes universales y anhelo por saber y descender a las esferas inferiores.

–Parecen causas muy simples, Elisabeth.

–Están en consonancia con las leyendas y tradiciones más antiguas.

–Pero... las leyendas las forjaron simios e hijos de simios, gente sin inteligencia.

–Es lo que dice la ciencia. Sin embargo, también existe la teoría de la involución.

–No la he oído nunca.

–Evolución de la materia hacia la luz causada por la involución de las almas luminosas en la materia.

–¿Y por qué va a ocurrir algo así?

–¿Y por qué va a ser el mundo como lo dicen los científicos?

–Bueno... están en ello. Se podría afirmar que se considera correcta la teoría de la explosión inicial y la implosión posterior. Primero expansión y luego contracción.

–Entonces, es algo parecido a lo que te comento...

–La ciencia no cree en las almas. No las ha visto. No las ha medido.

–La ciencia considera que no existen las entidades solares, y sin embargo, Strung existió.

–Lo afirmas tú, Elisabeth.

–Creo que te olvidas de algo.

–Es verdad... me estoy olvidando de que voy en una nave hacia el centro de la Tierra guiada por un ordenador y dos becarios

–sonrió el joven.

—¿Entonces? ¿Qué tienes que decir?

—De acuerdo. Reconozco solemnemente que la ciencia no lo sabe todo.

—Así pues... podría suceder que yo tuviese razón.

—Bien. Voy a ser condescendiente por hoy —respondió Santiago.

—Como has sido bueno, te dejaré que me beses.

—Además de rebelde ante la ciencia eres graciosa.

—Por supuesto.

Los dos jóvenes miraban el resplandor de la ventana.

—Yo, como Strung y Jane, también tengo miedo, Elisabeth.

—Todos tenemos miedo, Sant.

—Ser tan inmensamente feliz estando a tu lado y pensar que en cualquier segundo todo se puede desvanecer, es algo aterrador.

—Ya lo creo.

—¿Crees que seremos siempre felices, Elisabeth?

—No.

—Entonces... ¿cómo tenemos tanto valor para enamorarnos?

—Nadie nos obliga, Sant.

—Ardo en deseos de amarte, de ser uno contigo.

—Vaya... ahora nos ha salido un rebelde como Strung.

—¿Yo soy así?

—Me temo que sí.

—Cuando estoy a tu lado, soy un fuego que me va a consumir por dentro.

—¿Ahora también eres místico?

—No te burles de mí, Elisabeth.

—No me burlo, Sant. Sólo digo lo que veo.

—Y ¿qué ves?

—Veo un alma que se esconde en un cuerpo y que arde de pasión para tocar el alma de su amada que se oculta detrás de su belleza.

—Por, Dios. Me voy a pegar fuego en cualquier momento.

–Espero que me lo demuestres y no te quedes en fuegos artificiales.

–Pero... qué mala eres Elisabeth.

–¿Yo?

–Sí, tú.

–Hace ya casi media hora que te he pedido un beso, y tú ahí, habla que te habla y todavía no has movido un dedo.

Elisabeth se volvió hacia Santiago y él hacia ella. Frente con frente, nariz con nariz, boca con boca; el aire de Elisabeth entraba en los pulmones de Santiago, y el del joven penetraba en los pulmones de la mujer. El fuego del amor recorría las venas de Santiago. Elisabeth cerró los ojos. Percibió una dulce caricia en la parte posterior de sus piernas. El final de su columna la empujó hacia Santiago. Elisabeth cerró los ojos, besó a Sant y le abrazó hasta llegar a perder la sensación de separación de sus cuerpos. Soñó que ambos eran una misma alma que se sumergía en un lago de fuego donde abandonaban cada parte de su cuerpo físico en el magma y se elevaban cual ave Phoenix sobre las crestas de las olas de un inmenso de color azul resplandeciente. Santiago sentía que moría para ella, que la entrega de su fluido vital pertenecía a un eterno momento de altruismo y generosidad al que nadie le obligaba. Era libre de entregarse, era infinitamente feliz de amar y ser amado. Era por un segundo el alma de Strung amando a Jane. Las lágrimas recorrieron su rostro al recordar que un hijo del Sol había visitado la Tierra y había amado a una mujer. ¿Y si en verdad fuesen almas eternas que habían olvidado su procedencia, su unión etérea en la inmarcesible luz que nunca se apaga? ¿Y si fuesen el fuego de un amor que nunca se consume y que incendia las infinitas chispas que están ocultas en los corazones de cada ser? ¿Y si realmente fuesen todos los seres humanos hijos de un Dios que se rebeló y tuvo la voluntad de hacer inmortales a aquellos hombres que así lo quisiesen? ¿Y si Prometeo había robado el fuego del amor que nunca se apaga?

CAPÍTULO 47

UN HECHO DIFÍCIL DE ASIMILAR

—¿Es casa de Jason Doyle? —preguntó una señorita por teléfono.

—Sí, diga —contestó Jane.

—¿Está Jason?

—No se puede poner en estos momentos.

—Le llama el Sr. Friedman.

—Ya le comunicaré que le ha llamado.

—Gracias. ¿Es usted su esposa Jane?

—Sí.

—Seguramente no se acordará de mí. Soy Emily, una compañera de Jason. Nos vimos en el último congreso de la empresa.

—Creo que sí.

—Le diga a Jason que todo lo que habíamos perdido en dos días, lo hemos triplicado, y todavía ha habido beneficios.

—¡Qué alegría! —respondió mecánicamente Jane como si se tratase de un sueño.

—Ha dicho el Sr. Friedman que Jason se tome de descanso los días que necesite.

—Pero... en la última conversación...

—Olvídelo. Todo se ha solucionado. Esperamos que Jason se recupere pronto y venga lo antes posible.

—Entonces... las pérdidas.

—Parece mentira, pero así es. Las acciones oscilaron bruscamente, de tal manera que las inversiones iniciales de Jason se han multiplicado. Como comprenderá estamos inmensamente felices en la empresa.

—Gracias, Emily.

—A usted, Jane. Dé recuerdos a Jason.

Strung dormía plácidamente. Parecía que su adaptación a un cuerpo físico le restaba mucha energía. Jane le besó en la

mejilla y cerró la puerta del dormitorio. Estoy trabajando, vuelvo en cuatro horas, dejó una pequeña nota de recordatorio, aunque ya lo habían hablado la noche anterior.

Caminó hacia el complejo hotelero en el que trabajaba. Se sentía feliz, sonreía.

—¡Qué buen aspecto tienes! —le dijo Parker, su compañero de recepción.

—Hoy, por fin, he podido dormir después de lo de mi marido.

—Vaya susto.

—Ni te lo imaginas.

—Por aquí como siempre. Estamos en un cincuenta por ciento de ocupación, los americanos de siempre... la vida sigue igual.

—Ya llegará el verano... no te preocupes.

—Estás radiante, Jane —le saludó el director del hotel.

—Gracias Quentin.

—¿Cómo está tu esposo?

—Bien. Se está recuperando.

—Durante unos días ha sido el hombre más famoso de la isla.

—Hubiera preferido que no lo hubiese sido.

—Bueno, si ha terminado todo bien, ya está.

—En un día podía haber perdido todo en la vida.

—¡Qué fuerte! —exclamó Parker.

—Fue una suerte que pasasen por allí los pescadores.

—Cuando esté mejor Jason, les haremos una visita.

—Nos vemos, Jane —se despidió Quentin.

—Me da la llave de la habitación 503 —preguntó en ese preciso momento un cliente.

—Un segundo —Jane miró a Parker.

—Aquí la tiene señor Smith —la entregó su compañero.

—Creo que es broker en New York. Menudo tiburón estará hecho —comentó Parker cuando se había ido.

—Ojalá que le vaya todo bien —le deseó Jane.

–Perdón, Jane. No me he dado cuenta. A veces hablo antes de pensarlo dos veces.

–No te preocupes Parker. Es lo que todo el mundo piensa. No has dicho nada que no sea verdad.

–Lo siento de verdad.

–Voy al baño un momento –se disculpó Jane.

La esposa de Jason Doyle comenzó a llorar. Amaba a su esposo, y ahora se estaba dando cuenta, de verdad, de que su alma se había marchado a otro lugar. Se entristeció y tuvo que dejar el trabajo y regresar a casa.

Strung la vio llegar. Supo con certeza lo que pasaba por la mente de Jane. Observó cómo le reprochó con la mirada la muerte de Jason Doyle.

–No me molestes, por favor –le dijo a Strung mientras cerraba la puerta del cuarto de invitados.

Strung sintió compasión por Jane y por todos los seres humanos. En el Sol únicamente había alegría, gozo y felicidad. Era lo más habitual. Por el contrario en la Tierra, apenas si llevaba cuatro días, y había percibido el hondo sufrimiento en el que se veían inmersos sus habitantes. Tampoco es que fuese lo habitual. Sencillamente, él había llegado en un momento de desastre familiar.

Él mismo se encontraba en un dilema. Jane le había aceptado, incluso se habían amado, y ahora ella le rechazaba. Si tal vez hubiese tenido más experiencia en la vida, habría sabido que algunos seres humanos son contradictorios, y habría tenido un poco de paciencia. Lo justo para que ella se serenase y se disculpase. Ninguno de los dos tenía la culpa de que los acontecimientos se hubiesen desarrollado de tal forma. Quizás no debería haber dicho la verdad. En su mundo todo era transparente y no existía la mentira, pero la Tierra era un entorno totalmente diferente. Si se hubiese callado y no hubiese dicho nada, ahora en estos momentos Jane no estaría sufriendo. Sufriría porque su esposo había perdido la memoria y ciertas capacidades, pero pensaría que seguía siendo Jason Doyle. El

mal ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Y ahora ¿qué?, pensó. Si hubiese sido un humano se habría sentido herido en su orgullo, pues en cierto modo había mantenido con vida el cuerpo de Jason Doyle, lo que no había causado una tragedia irreparable a Jane. Afortunadamente, no lo tenía. Si se marchaba enojado y despechado también causaría un grave daño a la humana. Ambos habían sentido la inconsciencia del amor, habían sido "envenenados" por una de las energías más potentes de nuestro minúsculo sistema solar: el sexo pleno de amor. Si la abandonaba ahora, en la ruina, todavía añadiría más castigo a una mujer que lo único malo que había hecho era saber que su marido estaba muerto.

Strung sintió una profunda compasión y un gran amor por Jane. Esperaría sentado en el sofá a que ella le echase definitivamente o le admitiese.

Cuando había tomado tal decisión apareció Jane por la puerta.

—Hola Strung. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió la entidad solar levantándose.

—Debes perdonarme, estoy hecha un lío.

—Entiendo —no comprendía la última palabra pero sí su pensamiento.

—¿Quieres que vayamos a navegar?

—Bien —respondió Strung con la esperanza de que Jane le aceptase.

—Es difícil asimilar que el alma de mi marido ya no está en su cuerpo.

—Sí.

—Y otro problema más.

Strung miraba a Jane, no sabía qué iba a decir.

—Te amo y a la vez me siento culpable por amarte cuando Jason Doyle ya no está.

—Si soy algo malo para ti, me iré, Jane.

—¿No quieres seguir conmigo, Strung?

—Claro que deseo con toda mi alma estar a tu lado, Jane.

—¿Y si en mis días oscuros te hago daño, Strung?

—Permaneceré junto a ti, Jane, si es tu deseo.

—¿Me cuidarás, hijo del Sol?

—Sí.

La mujer avanzó dos pasos y abrazó a Strung. Lloró desconsoladamente.

—No hace falta que llores más, Jane. Tu hija te necesita.

—Nuestra hija, Strung.

—Nuestra hija, Jane.

Salieron de casa y caminaron hacia los muelles.

—Se me olvidaba, hijo del Sol.

—¿Sí?

—Ha llamado el señor Friedman.

Strung miró sin saber de qué estaba hablando.

—Disculpa. El jefe de la empresa de Jason.

—¿Ah?

—Resulta que dos días después del descalabro, el valor de la inversión inicial se ha triplicado.

La cara de Strung seguía siendo la de no entender completamente.

—De momento no es necesario que te busques trabajo en el complejo hotelero.

—Pero... yo no sé si podré desarrollar los conocimientos de Jason Doyle.

—Ya.

—¿Qué haremos?

—¿Qué quieres hacer tú, Strung?

—No sé.

—¿Te gusta el océano, Strung?

—Sí.

—Surgiste del mar.

—Así es.

—Podrías aprender a manejar bien el Phoenix y alquilarlo a los turistas americanos.

—¿Y contemplar el Sol cuando se oculta?

–Pues, claro.
 –¿Y podría llevarte a ti y a nuestra hija en él?
 Jane no pudo contestar. Tanta inocencia había hecho que las lágrimas enrasasen de nuevo sus ojos.
 –¿Te he molestado en algo, Jane?
 –Al contrario, Strung. Creo que ya no podría vivir sin ti.
 –¿Sabes, Jane?
 –Dime Strung.
 –En el interior de la Tierra, en el océano y en las cuevas de la isla hay una enorme belleza.
 –Y en tu corazón, Strung.
 –En la televisión he visto que a los humanos os gustan los cristales.
 –¿Los cristales?
 –Las mujeres se los ponen en el cuello, en los brazos y en los dedos de las manos.
 –Te refieres a las piedras preciosas.
 –... las piedras preciosas.
 –Son muy caras, no creo que puedas comprarlas, Strung—respondió pensando que quizás querría regalarle una.
 –¿Caras?
 –Que cuestan mucho dinero.
 –Entiendo.
 –Pronto serás un experto en todo, ya verás.
 –¿Te gustaría tener una?
 –¿Una piedra preciosa?
 –Sí.
 –A todas las mujeres nos gusta la belleza de los cristales, pero yo no puedo pedir más. La paz que siento al estar a tu lado es el mejor regalo del mundo, Strung.
 Strung quitó el amarre y el Phoenix se hizo a la mar.
 –A primeros de Mayo comienza un curso de navegación. Seguro que lo apruebas.
 –¿Apruebas?

–Déjalo... no tiene importancia –respondió Jane sonriendo y sintiendo la suave brisa del océano Atlántico.

El cielo estaba adornado por varias nubes grises y azules. El color verde de la isla se reflejaba en el mar, y el brillo inocente e infantil de los ojos de Strung alegraba el corazón de Jane.

–Los humanos también sabemos crear música bella, Strung.

–¿Sonidos?

–Sí. Sonidos que llenan el alma de luz y vida.

–Como los cristales.

–Mañana iremos al centro de Hamilton y te compraré música.

–¿Música?

–Te regalaré una canción que te gustará mucho: **Yesterday**.

–¿Es bella como el océano?

–Es romántica, un poco triste, especialmente en los días de luna llena.

–¿La Luna?

–Es el satélite de la Tierra. El sol de noche.

–¿La hija rebelde?

–Ahora sí que soy yo la que parezco recién nacida. No te entiendo.

–La Luna pereció por su rebeldía y su amor lujurioso.

–¿Lo dices en broma?

–No. Según nuestra civilización, el, erróneamente llamado, satélite de la Tierra contuvo, antes de que nacieran los hombres, una civilización más cercana al reino animal que al humano. Se fusionaron con entidades más bajas que ellos y tuvo que ser destruida antes de tiempo.

–Me estás engañando, Strung.

–Te digo lo que se estudia en nuestras universidades, Jane.

–¡Y decir que la Luna es tenida por la Señora de los amantes y del amor!

–La Luna es un pequeño planeta muerto.

–*La Luna es un satélite de la Tierra. Es posterior a ella. Se desgajó cuando nuestro planeta era totalmente magmático.*

–*Entonces... estaremos nosotros equivocados –fue la primera vez que Strung utilizó la ironía.*

–*Vaya, aprendes pronto, Strung*

–*¿A qué, Jane?*

–*A ser chistoso, y no me preguntes qué es ser chistoso. Lo averiguas tú.*

–*No he sido chistoso, he sido burlón e irónico –contestó Strung sonriendo con cara de ingenuo.*

–*¿Me amarás esta noche, Strung?*

El hijo del Sol miró a Jane y sonrió.

–*¿En qué piensas Strung?*

–*En nada.*

–*¡Estás mintiendo!*

–*No!*

–*Sí, Strung. Me has mentido.*

–*No pensaba en nada.*

–*¿Y esa sonrisa malévola?*

–*No pensaba. Contemplaba tu felicidad, la mía y la de nuestra hija.*

Elisabeth dormía plácidamente al lado de Santiago, quien esporádicamente la miraba. No podía dejar de leer la historia de Strung. La narración le había cautivado y, la verdad, ya tenía ganas de terminarla. Apenas quedaban unas horas para llegar al centro de la Tierra, aunque si le hubiesen dicho que estaba en el centro del Sol, tampoco se habría sorprendido, pues la visibilidad era nula. Continuaban los continuos destellos de luz que apenas se podía soportar durante unos segundos seguidos. Elisabeth se volvió hacia el otro lado de la cama, y Santiago abrió de nuevo el libro rojo y dorado de Strung.

–*Creo que es allí –señaló Strung una zona rocosa.*

–*¿Entre The Quintons y Outer Island?*

–*Bajo esas rocas hay una enorme cueva subterránea.*

–*¿Cómo lo sabes, Strung?*

–Antes de encontrar el Phoenix estuve por esa zona.
 –¿Tal vez te equivocas?
 –Casi lo aseguraría.
 –Este verano podríamos también aprender a bucear, e incluso montar nuestra propia compañía de buceo. Los turistas que desean bucear son cada vez más numerosos.
 –¿Podríamos bucear los dos?
 –Espero que sí. Al menos algún día que tenga libre en el hotel.
 –¿Y la niña?
 –Es verdad. Se me había olvidado. Si no es muy profundo, quizás lo podríamos hacer también en Mayo.
 –La entrada a la cueva está cerca de la superficie.
 –Parece mentira que no la hayan encontrado ya.
 –Espero no equivocarme.
 –Tampoco pasa nada, Strung. Lo importante es que sigamos juntos, ¿no crees?

CAPÍTULO 48 **HORIZONTE EN EL OCÉANO**

–Bienvenidos al Starlight –recibió con extraordinaria afabilidad y sencillez John Scott a Lucía y Julio.
 –Mil gracias –respondió Lucía.
 –Ya verás cómo te gusta pasar unos días –dijo Rosamunde a la madre de Santiago.
 Varios tripulantes saludaron a los recién llegados. Lucía no sabía si estaba en el cielo o inmersa en una de las novelas todavía no escritas de Pilcher.
 –Tal vez es demasiado para nosotros, Scott –intentó disculparse Julio.
 –La felicidad de nuestros hijos es nuestra propia felicidad –contestó Rosamunde.

—Nosotros somos unos simples funcionarios españoles. Somos personas cuyos padres nacieron en el campo, nuestra infancia transcurrió entre la escuela, el río, el campo...

—¡Seguro que fue bonito! —exclamó Scott.

—En cierto modo... sí —respondió Julio.

—Tenemos tiempo. No nos importa escuchar —animó Rosamunde a hablar a Julio.

—Yo era muy travieso de pequeño —añadió sonriendo Julio.

—Pues no lo parece —respondió Rosamunde.

—No pasaban muchos días sin que mis padres me diesen alguno que otro cachete.

—¡No! —exclamó Rosamunde.

—Así era. Siempre daba una de cal y una de arena, como me decía mi madre.

—¿Qué significa?

—Pues que un día me portaba extraordinariamente bien, y al día siguiente hacía alguna travesura que les ocasionaba un disgusto o sobresalto.

—Como casi todos los niños.

—Supongo.

—Lo que hacen nuestros hijos nos parece algo especial.

—Gracias a Dios no se enteraron de algunas travesuras hasta pasados los años...

—Suele suceder... Al final parecen anécdotas graciosas.

—Creo que una de las más fuertes fue en el río de mi pueblo.

—¿Sí?

—España no siempre ha sido así, un lugar de turismo y de recreo para los extranjeros, donde los hoteles y las piscinas campean por doquier.

—Y parques acuáticos —Rosamunde era quien ejercía de interlocutora.

—Así es. En el verano todo lo que teníamos que hacer durante tres meses y medio era jugar en las calles, en los campos y en el río. Casi todos los días algún niño se llevaba una pedrada en

la cabeza, se cortaba con algún alambre o se caía de algún árbol. Si se tenía buena suerte, no pasaba nada, y si se tenía mala, el detrimento físico era inevitable.

—¿No había hospitales?

—En el pueblo había normalmente dos médicos, el de siempre y el nuevo. Entre ambos debían atender a los cuatro o cinco mil habitantes. Había también dos peluqueros que a la vez ejercían de practicantes. Los recuerdo como dos personas muy amables.

—Es curioso cómo nos acordamos de nuestra infancia— exclamó Scott.

—Creo que todavía recuerdo la sensación de subir las escaleras de yeso pintado de su vieja casa. Allí aguardabas tu turno y luego te inyectaban la famosa penicilina, que tantas vidas salvó.

—Nuestra infancia aparece, en ocasiones, como un mundo de luz. Sin embargo puede que hayan ocurrido acontecimientos extraordinariamente trágicos —añadió Rosamunde recordando parte de su historia.

—Estamos hablando de que —continuó Julio que no se paró a pensar en lo que había querido decir la inglesa— cuando se iba al practicante era porque se estaba enfermo y sin embargo hasta tan nimios detalles aparecen luminosos.

—La vida es curiosa. Se almacena en nuestro cerebro como escenas de una película. Los héroes de nuestra infancia permanecen en la luz de nuestros benditos recuerdos...

—La barbería o peluquería era el lugar donde se contaban anécdotas: los años de frío, los amigos de los mayores, las tremendas nevadas, tormentas y heladas. Sin lugar a dudas, el fútbol era el rey.

—Siempre el fútbol, hombres —protestó con cariño Rosamunde.

—También estudiábamos con la ilusión de aprender. Con el tiempo se da uno cuenta de que es la mejor inversión que se puede hacer en la vida.

—¿Saber? —preguntó Scott

—Saber qué es el mundo o qué puede ser, intentar comprender la existencia del ser humano, por qué vive, qué futuro nos espera...

—Hay más cosas... por ejemplo el amor —intervino Rosamunde.

—Pero el amor es como si ya estuviese implícito en el ser humano, en su corazón. Sin embargo llegar a saber... es difícil conseguirlo.

—Y ¿qué es saber, Julio?

—Saber para cada persona es algo muy personal. Es llegar a una conclusión que para uno es la más pura verdad que puede descubrir. No importa si es una verdad total o no, es el fruto del estudio y de la experiencia. En definitiva, lo que uno llega a ser.

—Parece una buena definición —asintió Scott.

—¿Y qué has llegado a saber? —preguntó Rosamunde.

—Yo creo que a lo que más he llegado en mi vida es a comprender que el universo es inteligencia. Que más allá de si existe un Creador o múltiples creadores, que más allá de lo que las religiones nos intentan inculcar, el universo es inteligencia en sí misma.

—¿Y qué significa?

—En mi opinión, de simple profesor de instituto, ni siquiera de un catedrático o de un científico, definir que el universo es inteligencia es afirmar que para que ocurra algo tan extraordinario se necesita una continuidad en el tiempo, lo que nos lleva a la revelación lógica de que el ser humano como entidad inteligente, al igual que muchas otras especies que puedan existir en los vastos espacios, son los reservorios de inteligencia que se acumulan y mantienen vivas las galaxias y los distintos universos y posibles dimensiones.

—Bella teoría —asintió Scott.

—Para mí no es solamente una teoría, más bien una realidad.

—Quizás podrías estar equivocado —intervino Lucía.

—Cuando un ser humano ha estudiado, meditado e intentado averiguar hasta donde ha sido capaz, lo importante no es si ha descubierto una realidad objetiva, sino que ha descubierto su propia realidad.

—Sin duda, no se le puede pedir más.

—Todo lo estudiado lo asimila y se vuelve creador. Creará bella música, hermosas melodías, bellas pinturas, más o menos excelsas obras literarias o de cualquier otro tipo. Él es. Su esencia inicial, más la agregada a lo largo de los años, es distribuida entre sus creaciones.

—Sin duda son sabias palabras —añadió Rosamunde.

—Nos hemos desviado de nuestra infancia —dijo sonriendo Julio.

—Quizás no tanto. Si recordamos la forma en que mirábamos las cosas que nos rodeaban en nuestra niñez, tal vez podríamos llegar a la conclusión de que en la manera de ver de los niños permanece oculto el anhelo por evolucionar, por desentrañar los misterios de la vida —añadió Scott.

—Y quizás vez sea la tarea más importante a realizar a lo largo de nuestra existencia —continuó Rosamunde.

—Saber por saber, esa es la cuestión —corroboró Lucía.

—A veces pienso que lo que realmente quiere la sociedad es hacer máquinas que constituyan el engranaje de una cadena de producción —continuó Julio.

—En muchas ocasiones, así es —respondió Scott.

—Entonces... ¿qué queda de la vida? —preguntó Julio.

—Los seres humanos permanecemos en una serie de escalones. Desde los primates a los genios. Los minerales se convierten en plantas, las plantas en animales, los animales en seres humanos y los seres humanos en dioses —aseveró Scott.

—Tal vez sea así. Al fin y al cabo los genios que han nacido en la raza humana son semejantes a semidioses. Inteligencias que van más allá de lo común y establecen unos nuevos caminos no transitados que nos llevan hacia algún punto desconocido.

—Así es, Julio. No te quepa la menor duda —indicó Scott.

–Creo que he hablado mucho.

–No, sólo un poco –dijo con ironía, Lucía.

–Quizás algún día se desvelen extraños misterios que demuestren la existencia de los dioses –indicó Rosamunde.

–Si tal conocimiento sirviese para que la raza humana evolucionase sería algo bueno, pero seguro que habría quien utilizaría cualquier verdad para mantener sometidos a los hombres –dijo Scott.

–No imagino qué podría cambiar la confirmación por parte de los científicos de que existiesen los dioses o los superhombres. La vida continuaría de una forma atormentada para muchos, como ya lo es ahora –dudó Lucía.

–Los grandes adelantos científicos permiten que los seres humanos puedan crecer y multiplicarse más fácilmente, sirven para que nuestra vida sea más saludable, para revelarnos los entornos en los que es conveniente vivir, aunque los perjuicios, que pueden llegar a ocasionar, también son de temer. El mal siempre permanece. Ocultos en los pliegues de la mente humana hay multitud de tendencias arcaicas que están esperando a asomar al exterior cuando surge la más pequeña oportunidad. Y cuando ello ocurre, lo que debería ser algo beneficioso se convierte en perjudicial, y en una herramienta que puede ser utilizada para aprovecharse de los demás.

–Ciertamente –continuó Rosamunde–, los conocimientos de química, por ejemplo, pueden ser utilizados para confeccionar extraordinarias fórmulas medicinales que mejoren la salud o por el contrario para fabricar drogas de diseño.

El Starlight navegaba a toda velocidad hacia la fosa de Puerto Rico. Durante los segundos de silencio que siguieron a la última frase, la vida se escuchaba y se sentía a través de la piel de los cuatro pasajeros. Julio miró hacia el pequeño helicóptero, cercano a la popa del yate, donde permanecían de pie y hablando dos de los tripulantes.

–Sin duda, la ciencia es algo increíble –exclamó Julio.

—La ciencia es la demostración fehaciente de que los dioses existen —indicó Scott.

—Sinceramente —respondió Julio—, no soy creyente, pero la construcción de un submarino, de un avión, de un helicóptero, de un portaviones, de un ciclotrón... nos está señalando que la inteligencia existe.

—Mientras tanto, la raza humana se va a autodestruir —sentenció Lucía.

—Es la consecuencia de nuestras limitaciones —respondió Rosamunde.

—De nuestro egoísmo —especificó la española.

—Yo, más bien —indicó Scott—, diría que los desfases existentes entre los seres humanos vienen determinados por el irrefrenable impulso de evolucionar. Existe vida en una rosa y en el abono que la hace surgir a la luz. Los seres microscópicos que habitan en la base del tallo anhelan ascender hasta las corolas de la rosa, y las microscópicas partículas que componen la bella flor, ansían volar a través del espacio en forma de aroma buscando los pulmones de otro ser donde quizás inicie una nueva etapa evolutiva. La partícula semiconsiente que habitaba en el limo, llega a ser el componente de una neurona que recibe el estímulo eléctrico que intensifica su propia capacidad de conciencia. Mientras tanto ha tenido que transmutarse y vencer numerosas dificultades, hasta que en sus postreros días llega a viajar por el inmenso espacio, cruza océanos y termina en el cerebro de un extraordinario científico. Es lo que ocurre con los seres humanos... desean un mundo perfecto, anhelan una vida mejor, suspiran por un universo que responda a sus deseos más íntimos, y que probablemente vienen determinados e impelidos por las leyes universales. En definitiva, aunque los hombres no crean en Dios, en su interior luchan por ser dioses, dominar la materia y ser felices.

—Vamos, Lucía —sugirió Rosamunde—, te enseñaré el barco.

Los hombres permanecieron callados. Ambos tomaban una cerveza. Julio miró hacia el horizonte. Le asaltó una débil

sensación de pena. El sueño en el que permanecían se desvanecería en unos días. Aunque también recordó que pronto comenzaría el curso con alumnos nuevos y que tendría una nueva oportunidad de ayudar en cierta medida a los jóvenes estudiantes que así lo desearan. Con tal de conseguir que dos o tres de ellos llegasen a ser hombres cultos y bondadosos, sería más que suficiente. Con ser capaz de avivar la pequeña llama de vida de algunos niños, su ansia por aprender y por ser... se daría por satisfecho.

Cuando un profesor ha tenido la suerte de seguir la vida de algunos de sus alumnos y los encuentra en la cúspide, en el cenit de su desarrollo personal, es un momento en el que llega a la convicción de que ha merecido la pena sufrir el descrédito actual de la sociedad para con los maestros y los educadores.

Gentes incultas, toscas, brutas, por muy acomodados que estén y tengan relucientes automóviles de marca, que son capaces de pegar y amedrentar a aquellos educadores que persiguen como norma general el bien de sus hijos. Cuando él era niño, los padres reforzaban la autoridad del maestro de escuela, ahora, cuando la decadencia de la sociedad es evidente, los padres no sólo desprestigian a sus profesores, sino que de vez en cuando les propinan algún golpe.

—Es bello el océano —dijo Scott sacando de aquellos pensamientos a Julio.

—Mirar hacia el horizonte es como si deseamos volar hacia otro mundo.

—Estoy de acuerdo, Julio. A veces cuando tengo un problema, paseo y contemplo la línea que divide el agua y el aire. Imagino que vuelo sobre el agua a toda velocidad, que veo pasar las olas que rozan mi piel y me dirijo hacia el Sol. Una vez llegado al corazón de nuestra estrella, me lanzo a un lago de fuego y libero mis temores entre un magma infinito que me da fuerzas.

—Creo que los humanos nos limitamos demasiado y nos encerramos más de la cuenta en la vida cotidiana.

–Soñar también es importante.

–Tal vez nos causa un poco de tristeza cuando nos damos cuenta de que los sueños, sueños son.

–Una vez leí una frase. No recuerdo su autor pero me encantó.

–¿Sí? –preguntó Julio.

–Donde no hay sueños, los pueblos perecen.

–Parece una afirmación muy fuerte.

–Lo es.

–Está claro que el término pueblo se refiere a nación o planeta.

–Así es. Los seres humanos debemos tener sueños. Es bueno sentir ese anhelo abstracto que nos hace añorar la felicidad.

–Al estar aquí, en este maravilloso barco, se está cumpliendo un sueño –confesó Julio.

–¡Cuánto me alegro!

–¿Sabes Scott? –continuó Julio

–Dime.

–Jules Gabriel Verne intentó escaparse en un barco con apenas siete años de edad.

–No lo sabía.

–Sin embargo, a partir de que fue un gran escritor de aventuras, apenas si viajó.

–Parece algo contradictorio.

–El caso es que cuando se leen sus libros, a todos lectores nos entran deseos de viajar, de conocer el mundo, islas misteriosas, fondos marinos, cavernas profundas llenas de magma.

–Y el hecho de estar aquí en el Starlight es como si estuviésemos inmersos en una de sus novelas –dedujo Scott.

–Así es.

–Para mí es algo muy reconfortante el hecho de saber que puedo contribuir a la felicidad de otras personas.

–Imagino que habrás tenido más de una decepción con la gente.

—Hay de todo. Por eso, Rosamunde y yo valoramos mucho cuando encontramos personas sencillas que no persiguen ningún tipo de interés. Cuando ocurre algo así, nos sentimos más libres.

—Quizás deberíais abandonar todo esto y ser felices.

—Cada uno tiene su responsabilidad. La nuestra es poseer riquezas y utilizarlas en investigaciones científicas. Los sueños deben llegar a ser realidad.

—Es de admirar.

—Incluso en la riqueza siempre existe el dolor y el sufrimiento, el anhelo por ascender, así como la necesidad de ayudar a otros. La vida no termina aquí en este planeta, existen otros mundos a los que algún día llegaremos.

—Sueños hechos realidad.

—¿Y el hambre en el mundo? —preguntó casi sin darse cuenta Julio.

—Hay descubrimientos científicos que pueden modificar, tal y como se puede comprobar en nuestra civilización, las circunstancias más adversas de la vida; inventos que proporcionan un enorme bien a nuestros semejantes, gracias a los cuales millones de personas pueden llevar una vida mejor. ¿Te parece poco?

—Al contrario. El estudio de las leyes físicas es lo que nos convierte en supervivientes.

—Así es. Y todavía no se tiene en cuenta el beneficio que puede reportar una creación musical o literaria. El ser humano no es solamente un cuerpo físico. Hay aspectos que no conviene dejar de lado, como son los sentimientos, los pensamientos y el cuidado del alma.

—¿De qué le sirve a un hombre tener abundante comida si no es capaz de utilizar lo más sagrado que tiene dentro de sí mismo!

—Creo que nos entendemos, Julio.

—Sí.

Ambos miraron el horizonte. El océano era una de las más asombrosas creaciones de los dioses desconocidos, se

denominasen de una forma o de otra, perteneciesen al mundo de la abstracción científica con el nombre de leyes universales o cayesen dentro de los enunciados de cualquier religión.

El viento, el agua, la luz, el majestuoso yate, las olas, las nubes, la lluvia lejana, el arco iris... todo era un canto a la belleza, la paz y la armonía que colmaba los diminutos espacios temporales en los que los humanos se veían imbricados.

CAPITULO 49

EL JUICIO

Los días, las semanas, los meses y los años pasaron rápidamente para Jane y Strung. Podría haber sido mucho peor, y haber percibido la lentitud del tiempo cuando todo va mal. Sin embargo, la relativa tranquilidad financiera de los meses posteriores a la aparición del nuevo Jason Doyle, permitió a Strung fundar una pequeña empresa turística de buceo. Si necesitaban financiación extra, el hijo del Sol, muy esporádicamente, conseguía alguna piedra preciosa que colocaba en el mercado.

Strung era un ser humano feliz. El embarazo, el nacimiento y los primeros años de su hija Rosamunde habían transcurrido velozmente, y en ningún momento había necesitado recurrir a su verdadera esencia.

Todo iba perfectamente hasta que un veinte de Septiembre de mil novecientos ochenta y dos, Strung fue a buscar, algo raro ya pues tenía catorce años, al tesoro más grande que como padre podía tener: su hija. Habían quedado en un parquecito cercano. Ella le había rogado que le ayudase a elegir un regalo para mamá.

Rosamunde salía de la puerta del colegio. Strung leía las noticias distraídamente cuando advirtió, que a la entrada del parque la seguía muy de cerca un hombre.

Decir que casi se quedó ciego ante el foganazo que recibió a través de su frente, sería decir poco. Rápidamente se acercó a la siniestra figura que sonreía observando el caminar de Rosamunde.

En una décima de segundo había visto las intenciones de aquel humano, si de tal manera se le podía calificar. Le miró a los ojos. Sonreía con una maldad desconocida para él. Le cogió del cuello con las dos manos, apretó, dudando al principio, pero fracción de tiempo que transcurría, una nueva escena aparecía en su mente.

Salvo en alguna rarísima ocasión, su tercer ojo había quedado totalmente obstruido en el lago Kragken, por el contrario, ahora, ante la aparición de un peligro que se cernía implacable sobre su hija, vio claramente las intenciones de aquel animal. Supo que la sobaría, que la engatusaría hasta conseguirla y luego la rajaría como si de la piel de un conejo se tratase.

Strung continuó estrangulando a aquel desconocido. Había más imágenes, más ciudades, más parques, más niñas, más mujeres violadas y asesinadas. Durante el forcejeo, el extraño hombre dio con su cabeza contra el saliente de un banco de piedra del parque.

Antes de expirar, aquel demonio sonrió. Parecía decirle: nos veremos en el infierno, capullo.

El psicópata yacía muerto en el suelo. Strung no había escuchado los gritos de Rosamunde, ni había visto el círculo de hombres y mujeres que le rodeaban, ni había sentido los golpes de los dos policías que intentaron detenerle hasta dar con el rostro en la tierra.

—¡Rosamunde! —exclamó Strung.

—Papá —fue la última palabra que Strung escuchó antes de desvanecerse.

—¡Dios! —gritó Santiago, cerrando el libro de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elisabeth que se despertó con el sobresalto de Santiago.

—No, nada... que estoy leyendo.

–Ya –respondió con cierta tristeza Elisabeth.
 –¿Ya sabes por dónde voy?
 –Creo que sí.
 –No me esperaba nada de esto, la verdad.
 –Es la vida, Santiago. A veces no es lo que esperamos.
 –Joder, es que es fuerte.
 –Será mejor que continúes.
 –La historia de Strung no acaba bien, ¿verdad?
 –Depende de lo que entiendas por bien.
 –Lo que entiende todo el mundo por bien: fueron felices hasta el final de sus días.
 –Ya.
 –¿Y?
 –¿Y qué?
 –Que si me puedes decir cómo acaba.
 –Pregúntaselo a Ómicron.
 –Seguro que me dirá: termina el libro.
 –Probablemente.
 –Entonces continuaré leyendo.
 –Será lo mejor.
 –¡Qué dura eres, Elisabeth!
 –¿Solo porque te hago leer unas líneas?
 –¡Sí!
 –Entonces... te doy la razón. Soy muy dura.
 –Así pues... ¿continúo?
 –Ten paciencia. Falta muy poco, Santiago.
 –Entonces... ya sé que acaba mal.
 –¿Y no sientes curiosidad por saber qué es lo que pasa después?
 –Pues que condenan a Strung a cadena perpetua.
 –Ya.
 –¿Ves?
 –A veces se dice que no importa el final, sino cómo es el final.
 –Siento pena por tu madre, Elisabeth.

–Es lo que vivió.

–¿Y tu abuela, Jane?

–Sigue y lo sabrás –respondió sonriendo Elisabeth.

–Está bien. Voy a continuar –Santiago volvió a abrir el libro por donde lo había dejado.

Los ojos de Jane escudraron los de Strung. Uno frente al otro. Apenas si se podían tocar con los dedos de la mano a través de los barrotes. Jane lloraba. Las lágrimas resbalaban imparable por su rostro y caían sobre el suelo de la sala de visitas de la prisión de Casemates.

–Lo siento, Jane.

–Confío en ti, Strung. Sé que si lo has hecho ha sido por algo.

–Ese hombre habría matado a nuestra Rosamunde.

–Seguro, Strung.

–Sabía que si no detenía a ese monstruo...

–Tranquilo.

–Quizás no ha sido un acto propio de un hijo del Sol.

–Sabes que no es así.

–Por muy hijo del Sol que se sea, por muy alma inmortal, no podemos permitir, si está en nuestras manos, que el mal destruya lo más sagrado y santo de nuestras vidas.

–Así es Strung. De mi corazón a tu corazón, mil gracias, hijo del Sol.

Strung miraba a Jane. Ahora era él quien no podía detener las lágrimas. Ya no podría ir a buscar a Rosamunde al colegio, ni podría estrechar entre sus brazos del dulce cuerpo de Jane, ni pilotar el Phoenix, ni bucear...

–No sé si podré resistir la prisión, Jane.

–Vamos a esperar al juicio.

–¿Crees que debo hacer caso al abogado y declararme demente?

–¿Tú qué crees, Strung?

–No lo sé. No sé mentir.

–Debes ser tú mismo, Strung.

–¿Ha podido comprobar algo el abogado que pueda desvelar los actos del psicópata?

–No. Era una persona aparentemente normal y que tenía una familia.

–¿Quizás he confiado demasiado en mí mismo!

–Tranquilo Strung... ya verás... al final las investigaciones confirman lo que tú dices.

–Pero a los ojos de la ley humana... o soy un loco o soy un asesino...

–Eres un hijo del Sol, Strung. Lo has demostrado desde el primer día en el que te conocí.

–Jason, es la hora –indicó el guardia.

Strung tocó con los dedos la suave mano de Jane. Strung no sentía compasión por sí mismo, sino por Jane y por Rosamunde... Quizás debería haber salvado a su hija y que el psicópata quedase libre... no, por Dios, pensó, habría matado a más niñas inocentes.

–Jane, te quiero –gritó unos segundos antes de desaparecer de la sala de visitas.

–Debes estar orgullosa de tu abuelo –dijo Santiago sin cerrar el libro.

–Así es. Le amo profundamente.

–El mundo debería estar gobernado por hombres así. Hombres y mujeres que tienen poder, sabiduría y corazón. No por gente mediocre que utiliza el poder para conseguir placer, y que son tan débiles que no hacen lo que es necesario para salvar a la raza humana.

–Gracias, Sant.

–El mal se escuda en la complejidad de las leyes. Se inventan mil recovecos para que la verdad y la justicia no prevalezcan. Seguro que hay cientos de casos que se libran de un castigo por triquiñuelas jurídicas. Asesinos malvados y reiterativos que entran por una puerta y salen por la otra...

–En muchas ocasiones, las personas honradas estamos indefensas ante la astucia del mal.

–También es verdad que la justicia nos ampara, pero, que hay agujeros por donde se escapan algunos, no hay duda.

–No es lo mismo cometer un delito por error, por una irresponsabilidad puntual, por una obcecación, que otro realizado a propósito y con calculada frialdad.

–Creo que Strung no tuvo otra salida. Si era capaz de ver el pasado de aquel individuo y el terrible propósito que albergaba en su mente, si además comprendió instantáneamente que el psicópata mataría a su hija, y continuaría reincidiendo, y si además el asesino tenía la habilidad de borrar las pruebas para quedar impune delante de la justicia... está claro. Strung hizo lo que tenía que hacer.

–Me alegra enormemente que lo comprendas, Sant.

–Es lógico ¿no?

–Hay algunas personas que son, a sabiendas o no, unas hipócritas. Seguro que dirían que defenderse de un asesino psicópata era no tener corazón. Que habría que perdonar. Que no serían capaces de reconocer públicamente que si su propio hijo o hija estaban en peligro e iban a ser violados y luego asesinados, ellos también pensarían que era justo defenderse. Ya sabes... lo políticamente correcto. Una forma de engaño y de autoproclamarse superior a los demás. Pero si te fijas, en las películas y en las novelas, la gente sencilla admira a los héroes capaces de enviar al otro lado a los malvados. En algunos filmes, el guionista evita que el héroe se manche las manos, y que sea un destino ciego el que hace que el asesino muera, no quieren asumir que el ser humano sabio y poderoso puede ser también un instrumento del destino.

–Claro que una sociedad que se tomase la justicia por su mano llegaría al caos –respondió Santiago.

–También es verdad. Pero en el caso que estamos tratando, si Strung hubiese evadido su responsabilidad, salvando a su propia hija y dejando al asesino suelto... ¿qué habría pensado el padre al que, por la negligencia de un hombre sabio, hubiesen violado y matado a su hija?

–Se nota que has pensado sobre ello, Elisabeth.

–Estamos hablando de mi madre y de mi abuelo, ¿no?

–Así es.

–Apenas nos queda un día para llegar al minúsculo agujero negro que hay en el interior del núcleo terrestre. Me gustaría que terminases la historia –cortó Elisabeth sonriendo.

–¿Agujero negro? Estás bromeando ¿no?

–Venga... lee y no preguntes tanto.

–Eres muy mala conmigo... Elisabeth.

–¿Quien? ¿Yo?

Elisabeth cerró la puerta y se fue a su habitación riéndose por la cara que había puesto Sant.

–¡Asesino!

–¡Canalla!

–¡Te esperaremos cuando salgas a la calle!

–¡Has dejado una familia destrozada, sinvergüenza!

Fueron algunos de los insultos con los que varios de los familiares de Jack White, el asesinado, recibieron a Jason Doyle.

Strung salió del furgón que le trasladaba desde la penitenciaría a la corte de justicia. Un hijo del Sol se sometía a las leyes de la Tierra, sus ojos permanecían entrecerrados. Sólo él sabía que era inocente ante las leyes divinas, ante las leyes que protegen a los más débiles, aunque ante los hombres fuese un vulgar asesino. Las lágrimas asomaron por su rostro cuando observó a su amada esposa Jane. El juez dio por comenzado el juicio.

–Cuéntenos qué ocurrió el pasado veinte de septiembre –preguntó el fiscal.

–Estaba sentado en un banco del parque leyendo el periódico. Esperaba que llegase mi hija del colegio.

–No tenía nada que hacer.

–No le entiendo.

–Si todo lo que tenía que hacer en la vida era esperar a su hija en el parque, en definitiva, si no tenía que trabajar como cualquier hombre honrado de nuestra isla...

El fiscal ya había tomado la determinación de condenar a aquel sanguinario asesino.

–Habíamos quedado para comprar un regalo a su madre. Por la tarde tenía que llevar en el Phoenix a varios turistas y bucear con ellos.

–Es decir que se dedica a hacer excursiones, a pasarlo bien.

–Es mi trabajo.

–Trabajo duro, realmente.

–Un trabajo digno.

–Un trabajo digno es un trabajo que mantiene a un ciudadano ocupado diez horas al día, y no aquel que simplemente consiste en salir de vez en cuando al mar.

–Los turistas están contentos con nuestro trato.

–Ya. Pero nada más que pudo abandonó su trabajo de analista financiero para dedicarse a un trabajo, digamos, menos agotador.

–Así lo decidimos mi esposa y yo.

–No veo qué tienen que ver estas preguntas con el caso – protestó el abogado defensor.

–Denegada la protesta –indicó el juez. Veamos a dónde quiere ir a parar el señor fiscal.

–Quizás nos pueda decir el acusado, Jason Doyle, cómo pasan las tardes y las noches algunos de sus famosos turistas.

–No sé. Yo les llevo a bucear y eso es todo.

–Ya, pero es de dominio público que después de las inmersiones, algunos gustan de utilizar ciertas sustancias estupefacientes.

–Le digo que no lo sé.

–Está bien, por el momento no haré más preguntas.

–Díganos con sinceridad qué es lo que ocurrió aquella mañana del veinte de Septiembre del año en curso –preguntó su abogado defensor William Bradbury.

–Como estaba diciendo, esperaba a mi hija. Algunas niñas con sus madres estaban al otro lado del parque. Al mirar hacia mi

hija observé que un hombre la seguía de cerca. Era tan extraño que me llamó la atención. Su forma de mirar, su manera de fumar... había algo que no encajaba.

—¿Qué le impulsó a dirigirse hacia él?

—Mientras le miraba a la cara, una luz cruzó mi mente. Estaba teniendo una visión. Sabía qué estaba pensando.

—Protesto —gritó el fiscal—. Nadie puede saber lo que otra persona piensa, en todo caso lo supuso.

—Aceptada la protesta.

—Bien. Continúe, Jason.

—Percibí claramente cómo aquel hombre estaba pensando en violar a mi hija y matarla después, no sin antes haberla despelorado como a un conejo.

La gente exclamó aterrorizada.

—Silencio —se impuso la voz del juez.

—Continúe, por favor, Jason —le animó el abogado.

—Estaba seguro de que aquel hombre llevaría a cabo su pensamiento.

—Protesto —gritó enfurecido el fiscal—. No hay nadie que pueda afirmar tal necedad.

—Aceptada la protesta. Deje que el acusado termine su declaración.

—Aterrorizado por lo que acababa de saber, me acerqué hasta aquel hombre, le cogí por el cuello, él sonrió, era como si se riese de mí. Sabía, estaba seguro, de una forma tan clara e inconfundible que aquel hombre asesinaría a mi hija de catorce años que apreté fuertemente su cuello. En lugar de mostrar miedo, continuó pensando en todos los asesinatos que había cometido. Le estaba estrangulando y cada vez aparecían más mujeres a las que había violado y asesinado. Era como si rememorase lo que más le había gustado hacer a lo largo de su miserable vida. Dudé un segundo. Quizás me estaba equivocando, o aunque no me equivocase yo, quizás no actuaría en el futuro de una forma tan criminal. Pero aquel individuo se obstinaba en

recordar cada una de sus maldades. No resistí más y en el forcejeo, cayó sobre un banco de piedra y ya no se levantó.

—No hay más preguntas por ahora —terminó William Bradbury.

Las exclamaciones de la sala se mezclaron, y más de uno gritó: asesino, criminal, miserable.

—¿Podría el acusado darnos alguna pista para que pudiésemos identificar alguno de los actos que creyó ver con su mente? —comenzó de nuevo el fiscal.

—Es lo que intento averiguar, pero los lugares son desconocidos para mí.

—¿No puede citar alguna montaña, algún lago, algún edificio que nos indicase que lo que usted ha soñado es verdad?

—No.

—Claro. No puede indicarnos nada porque tales imágenes únicamente están en su mente.

—Quizás son de otro país... no sé.

—¿Una persona como usted, analista financiero que ha viajado a multitud de poblaciones, que conoce nuestras islas, que ha visto televisión, periódicos, películas... no es capaz de darnos una idea del lugar en el que el supuesto asesino, según usted, y le recuerdo que en realidad es el asesinado, ejecutó tan terribles injurias contra las mujeres?

—No conozco tantos lugares como usted indica.

—Ya... ¿Y no será que, al igual que algunos de sus clientes que fumaban "maría", en aquel momento estaba fuera de control?

—¿María?

—Vaya. Ahora el señorito no sabe qué es "maría"

—No.

—Va y me lo creo.

—Protesto —gritó William—. El fiscal está prejuzgando de antemano a mi cliente.

—Denegada la protesta.

—¿No será que además de bucear, suministra estupefacientes a sus ricos clientes?

—No.

—¿No será más cierto que parte de su riqueza viene del contrabando de la droga?

—Protesto—volvió a gritar William—. Nadie ha demostrado que algo así haya ocurrido.

—Denegada la protesta.

—¿No será que en realidad usted estaba "colocado"?

—No. Yo nunca he tomado ningún tipo de droga.

—Vaya... ahora el analista financiero nos va a hacer creer que en sus incursiones por las Islas Caimán no recurrió a ningún estimulante para marcharse con alguna fulana, como es lo habitual.

—Protesto —dijo William

—Denegada la protesta.

—Y no será que la verdadera realidad es que su mente está quemada por la droga y que vio alucinaciones cuando lo único que tenía delante era un hombre honrado que entretenía el tiempo, y que casualmente pasaba por allí.

—Lo que percibí era real.

—Claro, tan real como los alucinados que escuchan voces y asesinan al primero que pasa por la calle. Tan real como los que oyen 'mata', 'mata'...

—Tengo la habilidad de saber qué piensan los demás.

—Yaaaaa —gritó el fiscal mirando al público.

—Le digo la verdad.

—Entonces... sabrá en qué estoy pensando ahora mismo.

—En nada.

—Genial... Hasta un niño de tres años podría responder así.

—Digo yo, que como mínimo estaré pensando en lo que digo.

—Sí. Pero no refleja una imagen distinta de la que nos rodea. Por lo tanto se puede decir que en nada.

—Además de alucinado, le gusta la verborrea.

—No entiendo.

–Que engaña con sus palabras misteriosas al público.

–No sé engañar.

–Bien... cada vez me lo pone mejor. No sabe qué es la "maría", no sabe engañar, adivina el pensamiento, asesina a un individuo... y fue un embaucador analista financiero... la escoria humana, los que provocan el crack de la bolsa y la ruina de las naciones... ¿Qué más excusas nos pondrá un individuo de la peor calaña como es usted?

Strung recordaba su antigua vida en el Sol, su entrada en el lago Kragken, su reencarnación en el cuerpo de Jason Doyle, su amor por su esposa Jane y por su hija Rosamunde. Por más que dijese nadie le creería.

–Le diré algo. El asesinato, la víctima, Jack White, era una excelente persona; un extraordinario comercial de una de las más importantes empresas informáticas del mundo, un entrañable padre de familia con dos hijos. Ni la más mínima disputa con su esposa. Ni el menor atisbo de utilización de la fuerza con sus dos niños. Asiduo colaborador en campañas sociales. Él sí que era un intachable ciudadano al que un hombre sin escrúpulos financieros o de cualquier otro tipo, como usted, arrebató la vida.

Cualquier cosa que hubiese dicho Strung como mucho –ya se lo había indicado su abogado defensor– le conduciría a ser acusado de asesinato, pero no pudo callarse.

–Le gusta ponerse ropa de mujer –lanzó a los cuatro vientos Strung.

–¿Qué dice? –preguntó con los ojos desencajados el fiscal, al escuchar en público lo que tanto ocultaba al mundo.

–He dicho que le gusta ponerse las braguitas de sus amantes.

–Vaya... ahora intenta engañar al jurado.

–No.

–¿Quiere decir que ahora llevo una prenda femenina puesta?

–No.

—Claro. Además de asesino y drogadicto, es un impostor y un destabilizador del orden social. No haré más preguntas.

El fiscal miró a Strung. Los ojos enrojecidos por la ira estaban a punto de estallar. Sintió que la sangre le hervía en las venas. Percibió que el corazón había acelerado su velocidad. Se sentó, bebió un poco de agua, y respiró como si no hubiese sucedido nada.

Los testigos habían visto todo. Los policías habían intentado detener a Jason Doyle y confirmaron lo que varias mujeres declararon. El juicio estaba visto para sentencia. Cadena perpetua por asesinato.

Santiago no sabía cómo iba a acabar aquello, pero no pintaba bien. Cabía la posibilidad de que Strung viviese todavía, se dijo. Si por entonces tenía cuarenta y tantos años, actualmente rondaría los ochenta. Pensar tal cosa le ocasionó un nuevo sobresalto. Le encantaría conocer un hijo de las estrellas en un cuerpo humano. ¿Habría salido ya de la cárcel? Siempre hay alguna forma de poder cambiar la cadena perpetua por otra menor, gracias a algunos beneficios por buen comportamiento... o la pena de estar encerrado le había causado la muerte.

CAPÍTULO 50

CANCIÓN DE UN HIJO DEL SOL

Detrás de tan fríos barrotes y densos muros, permanezco enterrado en vida.

Yo, un hijo del Sol que volaba libre entre los planetas de nuestro sistema,

una entidad solar que no conocía la muerte, el dolor o la angustia,

un ser inmortal que evolucionaba hacia la ascendente e inmarcesible sabiduría,

siento el terrible frío y la penetrante humedad de un oscuro averno,

al que he descendido, desoyendo los consejos de los rectores de nuestra estrella.

No sé si maldecir el día en el que encerré mi cuerpo de energía, en los densos magmas de lago Kragken.

No sé si ha merecido la pena sucumbir a tan honda melancolía, en la que mi alma se sumerge día tras día.

Miro los puños que apretaron la garganta del terrible humano, y pienso que quizás debería, hacia otro lado, haber mirado.

Las gruesas gotas de lluvia se deslizan hasta esta celda, estrecho habitáculo,

y mi corazón se empapa de los más negros presagios.

¿Dónde están las fuerzas de un ser inmortal?

¿En qué lugar lejano, mi amado Padre se ha quedado?

De mis hermanos, aquellos que habitan sobre los excelsos tronos dorados,

residentes de una distinta dimensión, me veo segregado y abandonado.

¿Volveré algún día a ver sus rostros de brillo inmaculado?

No sabía, o quizás había olvidado, que este planeta está bajo un terrible hado.

Ahora, que para evitarlo ya es tarde, mis ojos permanecen nublados.

No distingo si camino hacia arriba o hacia abajo, si después de un sorbo tan amargo

seré capaz de encontrar el sendero de luz que me devuelva a mi hogar amado.

Los grilletes que aprietan mis manos, los golpes que continuamente recibo,

bien sean de los altos señores o de los bajos esclavos

perforan y destruyen día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto

cualquier atisbo de divinidad que en el fondo de mi corazón apenas si hallo.

Por si fuera poco, también he perdido la escasa libertad de un ser humano.

*Bucear bajo las olas, navegar a través del inmenso océano,
sentir en mi piel la dulce brisa que desde lugares lejanos llega hasta mis brazos,
dejar que mis largos cabellos se enmarañen alrededor de mi cuello,
saltar desde la proa, libre como un delfín, y por el agua salada ser envuelto.*

Triste destino he elegido.

Aunque de las leyes humanas soy infractor, ninguna ley divina he infringido.

*Y si en tan terrible situación me veo envuelto,
solo me queda recordar, que por amor a los humanos lo he hecho.*

*Aun así, percibo que la oscuridad más densa anega mi alma,
separado de mi dulce esposa Jane y Rosamunde, mi hija amada.
¡Oh Padres eternos! Vosotros que habitáis más allá del alba,
concededme poder vivir, no como un alma en pena,
sino como un simple hombre, que a los suyos anhela.*

Santiago quedó en silencio. Strung ya no era un dios lejano, un ser que permanecía alejado del dolor y sufrimiento humanos. Ahora, cuando precisamente aparentaba ser más débil, estaba tomando la dimensión de un verdadero dios. Los hombres no reverenciamos ángeles puros que eviten el contacto de la vida, no queremos héroes a los que se les permita caminar por nuestro mundo sin sufrir. Tales seres no son divinos. Son simples quimeras. No son dignos de llamarse dioses. Sólo aquellos héroes que sucumben a la adversidad, que sufren indecibles dolores, y

que en última instancia se sobreponen, sólo y sólo ellos son dignos de llevar tan magno adjetivo. Strung era un hijo del Sol que soportaba las terribles pruebas de este castigado planeta, conocido en otros lugares como la estrella del sufrimiento.

—*Hola, Jason –saludó a Strung uno de los presos de Casemates, cuando llevaba cuatro años y medio encerrado.*

—*Hola –respondió Strung.*

—*¿Puedo sentarme con usted?*

—*Por supuesto...*

—*Me llamo Duncan. Hace unos meses que me han trasladado aquí.*

—*¿Y ya conoce mi nombre?*

—*Todo el mundo en Casemates sabe su historia.*

—*Supongo que todos piensan que estoy loco.*

—*Cuando menos, es considerado como un poco raro.*

—*Ya –sonrió Strung.*

—*Me gustaría contarle mi tragedia. Creo que le interesará.*

—*Si algo nos sobra a todos es tiempo –continuó sonriendo.*

—*Ya lo creo. El tiempo nos consume y nos aplasta. Mientras la vida se desarrolla ahí afuera, nosotros permanecemos lejos de nuestros seres queridos.*

Strung miró a Duncan a los ojos.

—*No parece un preso común.*

—*Ni usted, Jason.*

—*Lo cierto es que asesiné a un hombre.*

—*Yo conocía a Jack White –afirmó Duncan para sorpresa de Strung.*

—*A veces, dudo de mi acción.*

—*Probablemente salvó a más de una mujer de sus garras.*

—*Ojalá estemos en lo cierto –Strung contestó doblemente sorprendido.*

—*Hace aproximadamente cinco años y medio, yo era una persona que tenía todo lo que se puede pedir en la vida: una esposa, tres hijas, un trabajo en el que ganaba enormes sumas de dinero y relevancia social.*

–Le entiendo perfectamente, a mí me ocurrió igual.

–Estaba considerado uno de los mejores comerciales del mundo informático. Jack White y yo trabajábamos para NSR, una de las mayores empresas junto a IBM. Nuestros clientes eran multinacionales y grandes empresas que recién estaban informatizando sus servicios. Nuestras grandes computadoras eran y son todavía las más demandadas en todo el mundo. Ambos estábamos en la división comercial de Bermudas, Caimán y toda la región del Caribe.

–Una zona muy amplia.

–No es su tamaño lo que importa, sino la rápida instauración de sucursales bancarias a nivel mundial.

–Parece que ambos hemos trabajado para parecidos jefes.

–Es lo que me habían dicho, que usted había sido analista financiero.

–Lo dejé, y hasta que ingresé aquí, me dedicaba al turismo.

–Proseguiré mi historia. En el año mil novecientos ochenta y uno conseguimos ser los mejores vendedores de todo el continente americano.

–Vaya.

–La compañía celebró su conferencia anual en Londres. Y los mejores comerciales de todo el mundo nos desplazamos allí. Serían cinco días de fiesta total.

–No invitaron a sus esposas.

–Había que abonar el pasaje y la estancia de las mismas, así es que la mayoría fuimos sin ellas.

–Imagino que más de uno se descontrolaría.

–Por supuesto. Yo, se lo digo de corazón, en todo momento pensé en mi esposa y mis tres hijas.

–Eso está muy bien.

–Pero... la realidad iba a ser otra. La primera noche, cuando llegamos al hotel, en el hall había varias jóvenes de compañía. Ni siquiera las miré. Bueno, las miré, pero desvié la

vista. Por la noche, justamente al otro lado del tabique se escuchaban los gritos de una mujer llegando al orgasmo.

–Entiendo.

–La siguiente noche tampoco caí en la tentación.

–Pero, los seres humanos son débiles.

–Jack sonreía cada vez que nos veíamos a la mañana siguiente. Parecía decirme: eres tonto, no sabes lo que te pierdes.

–¿Tuvo él algo que ver con lo que ocurrió después?

–Te invito, me dijo Jack cuando llegábamos al hall.

–Tengo mujer e hijos –le respondí.

–Yo también.

–Amo a mi familia.

–Y yo –sonría de una forma extraña. Parecía el mismo demonio.

–Conocí la misteriosa sonrisa.

–Era diabólica.

–Creo que no hay una expresión que defina mejor lo que al parecer ambos hemos visto.

–Se dirigió hasta donde se encontraban dos señoritas. La verdad, sus minifaldas apenas cubrían su ropa interior y su sonrisa era la de dos sirenas.

–¿Cuánto por las dos?–preguntó Jack White

–Mil libras.

–¿Algún límite? –preguntó como si de un experto se tratase.

–Cariño... por ese dinero nos podéis hacer lo que queráis.

–De acuerdo –contestó Jack.

–En aquel instante sentí que mi boca se secaba. Se aceleraron las palpitaciones del corazón que llegaban hasta la garganta. Pensé que me desmayaría allí mismo. Y a la vez, percibí una atracción que no podía resistir.

–Caíste –intervino Strung.

–Ya lo creo que caí. Estoy aquí en Casemates.

–¡Dios! –exclamó Strung.

–Los cuatro subimos en el ascensor. Jack no mostraba el más mínimo pudor. Le sobaba los pechos con las manos. Incluso sacó uno y lo relamió.

–Y en el juicio decían que era un excelente padre de familia.

–Un santo varón.

–Entonces... quizás no me equivoqué.

–Le dio su merecido. No le quepa duda, Jason.

–No sabe lo que me consuelan sus palabras, Duncan.

–Aunque no lo crea, yo siento profundo respeto y agradecimiento por su heroica acción.

–Tal vez habría habido otra salida –se lamentó Strung.

–No la había, créame.

–Si le hubiese denunciado...

–Sabe mejor que yo que no se puede denunciar por pensar.

–Ya.

–Como le decía, yo estaba muy nervioso. La mujer me rozó levemente en el ascensor y pensé que me daba un infarto.

–Vaya, vaya... eres un poco tímido –me dijo sonriendo la mujer de compañía.

–Es que nunca he engañado a mi mujer –contesté.

–Vamos Duncan. Alguna vez tiene que ser la primera, ¿no? –se burló diabólicamente Jack.

–No te preocupes... que yo te enseñaré –me dijo la joven volviéndome a tocar suavemente mis partes.

–El ascensor llegó al sexto piso. Parecía que el destino estaba escribiéndose en aquel instante. Observé sin darle la mayor importancia al número de mi apartamento, el 666. Jack tenía el 667. Las terrazas estaban separadas por un diminuto muro. Y este detalle es algo que solamente, mucho más tarde, aquí en la prisión, a lo que concedí la importancia que realmente tenía.

–Aprovecha, Duncan. Sólo ocurre una vez en la vida –me dijo entrando con su acompañante en la habitación.

–Unos minutos más tarde, el chico de las habitaciones nos subió dos botellas de champagne.

– Y perdió el conocimiento.

–Si solo hubiese sido eso... Cuando me desperté, estaban aporreando la puerta y la joven, muerta y ensangrentada yacía sobre mí. En la mano tenía el sacacorchos y la piel de la joven mostraba claramente todo tipo de pruebas en mi contra, semen por los pechos y el pubis, arañazos, pelo, saliva y huellas por todo el cuerpo. Había sido estrangulada y penetrada y no había rincón en el que no estuviese implicada mi propia identidad. Ni siquiera pareció necesario en aquel momento analizar la vagina.

–Y ahora... está aquí.

–Así es.

–¿Y Jack?

–Se había preocupado muy mucho de tener coartada en todo momento.

–Pero... usted, Duncan, tiene la firme convicción de que nunca hizo nada malo.

–Exactamente. Recuerdo que bebí champagne, que la mujer me hizo tener placer dos o tres veces sin entrar dentro de su cuerpo... yo no era nada más que un ignorante aficionado que se sentía culpable de engañar a su esposa, un juguete en manos de una profesional que derretía a su cliente con sus simples susurros al oído.

–No tenía maldad.

–Y ahora viene lo más interesante, tanto para usted como para mí.

–¿Sí?

–En cada ciudad en la que se había celebrado el simposio de la empresa, antes de la muerte de Jack White, durante los cinco días que duraba, siempre había habido un asesinato de una mujer, precedido de su violación.

–¡Dios!

–Así es.

–Pero... Jack...

—Él estuvo en todos. Es más, en el único al que no asistió, en la ciudad de Toronto, no ocurrió nada.

—¿Y cómo lo ha sabido?

—Cuando llegué a la conclusión de que quizás había sido él, tuve que averiguar dónde habían acaecido las celebraciones de la empresa y comprobar los periódicos de los cinco días que envolvían al acto.

—Entonces... usted, Duncan, está en prisión injustamente.

—Así lo creo.

—¿Y no lo ha dicho a nadie?

—Mi mujer y mis hijas me abandonaron, mis padres murieron, no tengo dinero... solo me queda la vida en esta terrible prisión.

—Quizás mi esposa y mi abogado podrían ayudarle.

—Es el segundo motivo por el que se lo he relatado. Usted tiene cierto desahogo económico, y su esposa todavía le ama. El primero era simplemente mostrarle mi más profundo agradecimiento por evitar que un criminal siguiese violando y asesinando.

—Tal vez podamos beneficiarnos ambos. Sería extraordinario.

—Ya lo creo.

—Duncan —recalcó Strung levantándose del banco en el que estaban sentados los dos presos.

—¿Sí?

—Haré todo lo que está en mi mano para sacarle de aquí.

—Gracias, Jason.

—Quizás las nuevas técnicas forenses puedan aportar evidencias de su inocencia. En Reino Unido ha sido capturado el primer violador gracias a un análisis del ADN.

—Ojalá que Dios le escuche, Jason.

Menos mal que ha tenido un poco de suerte —pensó en voz alta Santiago, y continuó leyendo.

CAPÍTULO 51

DESESPERACIÓN EN CASEMATES

Gruesas gotas de lluvia se estrellaban contra el alféizar de la ventana, salpicaban los barrotes oxidados y entraban inexorablemente en la celda. El viento cargado de densas nubes vaporosas y grisáceas ululaba entre los edificios graníticos de Casemates. Ningún cristal protector separaba a Jason Doyle de la terrible humedad que provenía del océano Atlántico. El vidrio podría haber sido reventado por algún preso con síntomas de enajenación mental, persiguiendo suicidarse o atentar contra algún carcelero.

Los escasos y lejanos recuerdos de quien ahora parecía una indefinida sombra, Strung, se habían convertido en un inaudible eco que se distorsionaba a través de las cavernas de su conciencia, sumergida bajo las aguas del negro lago subterráneo en que se había transmutado la memoria.

Permanecía sentado en el suelo, lo más alejadamente posible de la abertura en la roca que durante algunos días de verano permitía sentir brevemente los escasos rayos de sol que llegaban hasta ella.

La sensación de frío era más una apreciación subjetiva que un reflejo de la temperatura real, de quince grados. Sus huesos parecían haber sido invadidos por quebradizas y minúsculas partículas que amenazaban con paralizar cada uno de sus miembros.

Le ocasionaba tanto dolor el hecho de estar separado de Jane y Rosamunde que incluso anhelaba olvidarlas.

–Padres, llevadme de una vez, ya no puedo resistir más – era la frase que continuamente resonaba en su cabeza.

–Jason, es la hora del almuerzo –le gritó el guardia a la vez que abría la puerta.

–No quiero comer, déjame tranquilo.

–Vamos, sal –dijo con enfado el carcelero mientras le levantaba sin muchas contemplaciones.

Con ímprobos esfuerzos salió de la celda y giró a mano derecha en dirección al comedor. Todos sus compañeros de presidio ya estaban en la fila. A él le restaban todavía sesenta y seis metros para llegar hasta ella.

En aquel preciso momento Black Stone y dos de sus esbirros arrinconaron a Jason, le propinaron fuertes puñetazos, patadas, y por último le clavaron, con saña, seis veces un oxidado tenedor en el abdomen.

–Stone, viene el guardia –avisó su mano derecha, Blake.

Black Stone con ojos extraviados atizó un fuerte puntapié en el hígado de Jason después de sacarle por sexta vez el tenedor ensangrentado.

Joe, el segundo de los esbirros, estuvo tentado de detener a su jefe, pero no se atrevió. Con toda seguridad hubiera continuado aquella cruel agresión con él.

El vigilante no pudo ver a los tres criminales, dio la alarma y se llevaron a Jason a la enfermería. Parecía que las súplicas del hijo del Sol, por fin, habían sido atendidas.

CAPÍTULO 52

FUERA DEL CUERPO

Una ola gigantesca, de las miles que producía la enorme marejada, fue a dar contra su rostro; temió aquella oscuridad que le envolvía, pero no ocurrió nada. El agua le había atravesado y sin embargo no la había sentido. Se observó más detenidamente. Permanecía suspendido entre el líquido elemento y las vaporosas y blanquecinas nubes que cruzaban a toda velocidad bajo el manto gris oscuro de un cielo densamente encapotado. Miró atrás. Los lúgubres y pétreos edificios de Casemates pendían sobre el promontorio contra el que rompían las olas. De nuevo era libre. Se palpó, sintió que la alegría colmaba su alma y pensó

en su hogar, en el Sol. Inició el vuelo a ras de las olas, y aunque era imposible que sintiese el viento físico, sin embargo sí que percibía la brisa en su piel. Debían ser las partículas de materia etérica que su propia mente generaba a su alrededor. En escasos segundos divisó la claridad que se filtraba en el horizonte, señalaba el final de la oscuridad y el principio de la luz. Aceleró. El océano se había calmado, percibió los primeros rayos de sol e inició la ascensión. Imaginó a sus padres. Strung les contaría todo lo que había vivido en la Tierra, su experiencia en el lago Kragken, su encarnación en el cuerpo del financiero Jason Doyle. Mencionaría a su esposa Jane y a su hija Rosamunde. Contaría cómo con sus propias manos dio muerte al psicópata asesino Jack White, y se desahogaría narrando la terrible soledad y la inmensa oscuridad que habían anegado su alma en la prisión de Casemates. Y lo peor de todo, la amarga separación de su amada esposa y su querida hija.

Miró hacia abajo y la Tierra era una pequeña esfera. Se detuvo, dudó. ¿Hacía lo correcto? Aunque estaba en presidio, todas las semanas podía ver a Jane y Rosamunde. Ellas le amaban.

—Ya verás, papá. Pronto ocurrirá un milagro y las investigaciones de Bradbury y Duncan conseguirán que te rebajen la pena, y estaremos de nuevo juntos —le decía Rosamunde.

Apenas llevaba un minuto volando hacia el Sol, y la energía de su cuerpo etérico era extraordinaria. Volvía a ser el que siempre había sido. Un hijo del Sol. Su cuerpo de color dorado resplandecía como si de una coraza de metal se tratase. El amor a sus padres y su raza tiraba de él hacia arriba, la divina compasión y el amor le devolvían a las tinieblas de un cuerpo a punto de exhalar el último aliento. Pensándolo fríamente sentía un profundo rechazo por entrar de nuevo en un cuerpo humano que yacía postergado en tan oscura prisión. Tal vez, aunque quisiese, ya no podría recomponer el cuerpo de Jason Doyle. De nuevo vinieron a su mente los rostros de Jane y Rosamunde. Y no

lo pensó más. El archipiélago de las Bermudas apareció en el horizonte. La prisión de Casemates le esperaba de nuevo. Vio que el hilo de la vida y el de la conciencia todavía estaban intactos. En ningún momento se había cortado la comunicación entre su cuerpo etérico y el cuerpo físico de Jason Doyle, que permanecía tirado sobre la cama de la oscura enfermería.

—Su muerte es cuestión de minutos. Es probable que ni siquiera aguante hasta que llegue la ambulancia —escuchó que decía el médico de la prisión.

Strung se acercó hasta el cuerpo de Jason Doyle. Al menos le habían detenido la hemorragia externa. La luz de la vida era muy débil. Rodeó con sus manos etéricas el corazón físico de Jason. Lo acarició con amor.

—Vamos, Jason, tienes que resistir. Jane y Rosamunde te esperan —susurró Strung.

El doctor y el enfermero escucharon un suave quejido del preso y continuaron su aparente vano esfuerzo de salvación.

CAPÍTULO 53

EN EL HOSPITAL

—Hay que llevar al preso a King Edward —indicó el doctor.

—Tal vez sea una estupidez. No llegará —aseveró el alcaide.

—Nuestra obligación es intentar salvar su vida.

—La prisión no está para gastos sin sentido.

—Salvar la vida de un ser humano no es un gasto superfluo.

—Es el asesino de un hombre de bien. Quizás le han dado su merecido —respondió con dureza el alcaide.

El doctor Browning miró al jefe de la prisión. Vio una enorme rabia reprimida en los ojos de aquel funcionario.

–Habrá investigación –intentó amedrentar al alcaide, quien parecía haber olvidado su deber.

–De acuerdo –cedió el director, prepararemos la ambulancia.

–Pero...

–¿Sí?

–Está bien, –contestó el doctor Edward que iba a sugerir el helicóptero.

Strung permanecía arrodillado masajeando el corazón y la cabeza de Jason Doyle mientras observaba el terrible odio que desprendía el alcaide.

Jason Doyle gemía de dolor. Browning tocó la frente del preso.

–Déjame a mí –indicó el doctor a su ayudante quien parecía mostrar síntomas de cansancio al presionar fuertemente las gasas sobre una de las heridas, la que parecía más grave.

Dos enfermeros llegaron con la camilla. Colocaron a Jason sobre ella y le transportaron a la ambulancia. Browning acompañó al preso. Sabía que si lo dejaba en manos de un auxiliar probablemente no llegaría.

–¿Han cerrado bien la puerta? –preguntó el doctor.

–Sí –respondió uno de los enfermeros.

–Pues parece que hay corriente.

Ambos se miraron extrañados. Todo estaba herméticamente ajustado.

Strung estaba muy cerca del doctor. Parecía que aquel médico detectaba su presencia. Quizás el campo magnético generado por su cuerpo etérico era el causante de aquella sensación de brisa que Browning había percibido. Desplazó su mano derecha con movimientos rápidos cerca del rostro del médico, quien, de nuevo, se volvió con extrañeza hacia donde permanecía Strung.

–Diría que hay una ligera brisa. Parece como si hubiese una rendija en algún lugar de la ambulancia.

–Quizás se cuele el aire por algún agujero–supuso uno de ellos.

–Ya –respondió Browning dando el asunto por zanjado.

Strung se resistía a entrar en el cuerpo de Jason Doyle. Ahora permanecía en la luz y la alegría. No sentía el dolor, pero si penetraba en la materia enferma, corría el peligro de sumergirse otra vez en la oscuridad. Continuó insuflando energía con su vista y manos, masajeó el corazón y toda la columna vertebral desde el estómago hasta el alta mayor, lugar donde se une la columna con el cerebro, y especialmente sensible a los impactos de ríos de luz. Aquello parecía ser suficiente.

–Esta ambulancia parece un caracol –protestó el doctor.

–Es lo que hay –respondió resignado uno de los enfermeros.

–Vamos, acelera, más rápido, por favor –gritó Browning golpeando la ventanilla del conductor. La carretera a Hamilton parecía interminable.

CAPÍTULO 54

MADRE E HIJA

Jane y Rosamunde se acercaron a la cama en la que permanecía convaleciente Jason. Strung miraba a las dos. Se acercó hasta ellas. Sintió una profunda compasión y un enorme amor, acarició los rostros de su esposa y su hija, pero ellas no lo percibieron. Tocó el cabello, el corazón, los brazos de aquellas mujeres, sin resultado alguno.

Rosamunde se arrodilló y con sumo cuidado abrazó a su padre. Las lágrimas se vertían imparables sobre el pecho de Jason, y Strung no resistió más. Si el precio por sentir a su dulce hija era el dolor, lo asumiría –se dijo entrando de nuevo en el cuerpo de Jason Doyle.

Percibió en su barbilla el cosquilleo producido por el cabello de Rosamunde. Entre el dolor y el placer, sintió sobre su mejilla la suave piel de tan hermosa y amada hija. Strung se estremeció, tomó con sus temblorosos dedos la mano derecha de la joven y se prometió a sí mismo que, por el bien de las dos humanas, curaría aquel destrozado cuerpo, carne de presidio.

—¡Papá! —gritó la hija.

—¡Jason! —exclamó su esposa.

—Lo siento, es culpa mía —se disculpó Strung.

—No digas eso, Jason. Ya sabes lo que pensamos— respondió Jane.

—Si hubiera previsto tanto dolor, habría actuado de otra manera, y ahora no os veríais obligadas a sufrir tanto.

—¿Quién te ha hecho esto, Jason?

—No lo sé. Se me acercaron de repente tres sombras y se lanzaron sobre mí.

—Si sabe quiénes han sido, Jason, debe decirlo —le aconsejó el doctor Browning.

—Gracias, doctor. Me ha salvado la vida.

—No desvíe la conversación, Jason.

—Aunque quisiera, no podría decirlo. Pues, de verdad que no he visto nada.

—Tal vez recuerde algo, Jason.

—En absoluto. Marchaba cabizbajo hacia el comedor mirando al suelo, y eso es todo.

—¿Se salvará, doctor? —preguntó Jane.

—Que haya sobrevivido cuarenta y ocho horas ya es un milagro. Cuando lo sacamos de la prisión apenas si le concedíamos unos minutos de vida.

—¡Ya! —respondió la esposa comprendiendo que Strung estaba detrás de todo ello.

—Estamos ante un misterio de la naturaleza —indicó Browning. Creo que algún ángel le protege.

—Seguro que sí —contestó Jane preguntando seguidamente al doctor— ¿Cuándo regresará a Casemates?

–Si todo sigue así, dentro de cinco días podrá hacer la vida normal de la prisión.

Jane se acercó a Jason Doyle, le abrazó y le susurró.

–Strung, no nos dejes, por favor. Vuelve pronto con nosotras. Bradbury y Duncan están muy cerca de conseguir algo.

Rosamunde besó la frente de su padre. Strung vertió lágrimas, no dijo nada, no podía hablar ante la avalancha de tanto amor.

–Es la hora, señoras –les avisó el guardia.

–¿Podremos volver mañana? –preguntó con voz desgarrada Jane.

–No. Demasiado han conseguido con haber sido autorizadas a verle hoy.

–Pero... –intentó replicar Jane.

–No repetiré de nuevo que abandonen la habitación, señoras –dijo con voz amenazante el guardia.

–Gracias, doctor –se expresó antes de salir la esposa.

–De nada –respondió compasivamente Browning, aunque ya no le podían oír.

Strung percibía agudos dolores por todo el cuerpo, en especial en el abdomen.

–Vamos, Jason –le animó el doctor–. Debe resistir por su esposa y su hija.

El médico miró fijamente a los ojos del presidiario, observó detenidamente su brillo, parecían de fuego.

–No parece un preso común, Jason.

–Estar en la cárcel por amor a la familia es terrible.

–Ahora no piense en el pasado, únicamente intente recuperarse por el bien de su familia.

–Gracias.

–De nada. Cumplo con mi obligación.

–Usted doctor es una buena persona.

–Eso dice mi madre.

–También es muy sensible.

–Bueno... eso no me lo dice mi esposa. Ella me insinúa siempre todo lo contrario –respondió sonriendo resignadamente el doctor.

–Me refiero a otro tipo de sensibilidad.

–No le entiendo, Jason.

–¿Recuerda la brisa que percibió el otro día dentro de la ambulancia?

–Fue un tanto extraña, creía que usted no había escuchado la conversación.

–No era una corriente de aire.

–No conseguimos dar con la causa.

–La sensación fue determinada por el cambio del campo magnético que envuelve su rostro.

–Ya veo que hace honor a los comentarios que se escuchan de usted, Jason.

–Muchos de ellos son infundados.

–No se preocupe por las murmuraciones, Jason. Ahora debe descansar.

–Aunque se sea el hombre más fuerte del mundo, es difícil substraerse a la influencia de las calumnias y mentiras que puedan propalarse sobre uno.

–Para mí, usted es un ser humano que ha sufrido una agresión brutal. No pienso más allá de si es un preso modelo o un terrible criminal.

–Ello le honra.

–No. Simplemente es comodidad. Hago mi labor más fácilmente.

–Fue mi esencia la que causó la interferencia en su campo magnético y lo que interpretó su cerebro como una brisa.

–¿Su esencia?

–Mi cuerpo etérico.

–No creo en fantasmas.

–Bueno. Lo único que deseaba comentar era la extraordinaria sensibilidad de su cuerpo físico.

—A veces he leído artículos relativos a fantasmas. Sentía una curiosidad meramente psicológica respecto a la mente humana, y cómo hace ver a algunas personas lo que realmente no existe, sino que son meras alucinaciones.

—No hablo de fantasmas. Únicamente le insinuaba la existencia del cuerpo etérico. Para usted, como doctor, podría servirle de ayuda.

—Arreglar un cuerpo es cuestión de tener los conocimientos necesarios y los instrumentos adecuados.

—A los pocos minutos de sentir los seis impactos de tenedor en mi abdomen mi alma viajaba sobre el océano Atlántico en dirección a mi hogar, el Sol.

—Como esas personas que están a punto de morir y viajan a través de un túnel de luz.

—Algo parecido.

—Ve, Jason. Lo que yo le comento. Son ilusiones de una mente. Creen estar fuera del cuerpo y no son nada más que alucinaciones.

—¿La brisa en su rostro fue una alucinación?

—Aunque estuviese causada por alguna clase de onda electromagnética desprendida de su cerebro, no indicaría nada más que tiene origen en la actividad cerebral.

—Veo que no podré convencerle.

—Bueno, si se repitiese en algún momento quizás creería lo que dice.

—Quizás no. Usted continuaría pensando que ha sido causada por la actividad de un cerebro que envía algún tipo de onda capaz de afectar a su propio cerebro que imaginaría sentir la brisa en su rostro.

—Creo que tiene razón, Jason. Pero no sé qué hago hablando con usted de estas cosas. Debería relajarse y pensar en su pronta recuperación.

—¿Para volver a Casemates?

—No lo decía en ese sentido. Pensaba en su salud.

—Lo sé, doctor. Como le he dicho, es una bella persona.

–Lo intento.

–Si le hablo con cierta franqueza no es porque necesite hacerlo, o tal vez sí. En el fondo lo que deseo es que brille la fe en su mente científica.

–Creo en la raza humana, pero todo lo que va más allá no es de mi incumbencia.

–Quizás ahora no. Todo le va bien. Tiene una bella esposa de ojos azules y dos hijas. Una morena y otra rubia como usted.

–Es un tramposo, Jason. Seguro que las ha visto en alguna ocasión cuando he salido de Casemates –sonrió Browning, quien podría haberse sentido ofendido y haberse puesto en alerta ante la revelación de un dato que debería ser confidencial de cara al centro penitenciario. Pero la forma de hablar de Doyle era envolvente y cariñosa y en ningún momento había percibido ni el más mínimo rastro de amenaza.

–Le doy mi palabra de que nunca había investigado acerca de su persona. Ha sido un flash. Llevaba más de cuatro años que no me ocurría.

–¿Un flash? ¿Como en las películas?

–Supongo.

–Por lo que dice, en su estancia en la cárcel no los ha tenido, y sin embargo... algo se rumoreaba.

–Todos los rumores procedían de lo ocurrido en mi juicio.

–Creo entender.

–¿Sabe por qué causa asesiné a Jack White?

–Consta claramente que usted estaba drogado y veía alucinaciones allí donde únicamente había un hombre sensato y cívico.

–Es lo que dicen los papeles oficiales, pero la realidad es que debido a mis facultades, al ojo de mi mente, pude saber que aquel hombre era un psicópata asesino de mujeres y niñas.

–Preferiría dejar ya la conversación –respondió enojado el doctor Browning comprendiendo que aquella situación se estaba complicando.

–Usted es nuevo. No llegó a conocer a Duncan.

—¿El preso al que redujeron la pena?

—Sí.

—Ya —contestó fríamente Browning.

—Siento haber abusado de su confianza, doctor. Solo añadiré que Duncan fue procesado y condenado por la violación y el asesinato de una prostituta en Londres, pero gracias a los últimos descubrimientos en genética utilizados por la ciencia forense, se supo que el verdadero autor de aquel asesinato fue su compañero de trabajo, Jack White, a quien yo asesiné.

—Me daN escalofríos por el sólo de hablar de algo así.

—No es para menos, doctor.

—Bien. Que tenga una pronta recuperación —se despidió el médico cerrando la puerta casi de un portazo.

Strung sintió tristeza. Era difícil convencer a las personas de la existencia del alma y de las causas internas que originaban las acciones externas en la vida. Browning salió tocado de aquella conversación. Estaba enfadado y sin embargo recordaba la belleza de Jane y Rosamunde, y comprendía que aquellas mujeres no podían continuar amando a un criminal drogado y despiadado como parecían considerar el alcaide y los guardias más cercanos a él. Recordó los ojos del alcaide. En ellos se reflejaba un odio profundo y desmedido. No sabía que era el odio que aquellos que practicaban el mal sentían por quienes con su simple vida parecían poner en peligro sus creencias. No comprendía que aquel rencor provenía de aquellos lugares donde se había jurado venganza eterna a los hijos del Sol. No sabía que la lucha entre las tinieblas y la luz era mucho más real que la dureza de las piedras de Casemates. Browning no sabía muchas cosas. Y mejor era no saberlas. Si hubiese llegado a escrutar el fondo del corazón de algunos humanos, entre ellos el alcaide de la prisión y Black Stone, su mano ejecutora, se habría visto impelido a abandonar su encomiable trabajo en la prisión. Su ceguera le protegía.

Apenas si llevaba viviendo un mes en Hamilton. Su inocencia e idealismo eran su salvaguarda.

Todo esto lo había visto Strung. Parecía que los cinco años transcurridos en el presidio, en completa oscuridad y negación casi absoluta de sus facultades innatas de un hijo del Sol, habían desembocado en una época de mayor claridad mental. Durante veinte años se había involucrado tan intensamente en la vida, en el aspecto físico de la misma, se había sumergido tan profundamente en los problemas, penalidades y placeres de la vida física que había visto reducidos a la mínima expresión sus poderes "sobrenaturales".

Desde que había salido despedido del cuerpo de Jason Doyle a causa de la terrible paliza sufrida, era capaz de abandonar su cuerpo fácilmente. Pensó en Jane y Rosamunde. Voló hacia ellas, aunque no distinguía exactamente lo que era imaginación de lo que era realidad virtual, o dicho de otra forma: imaginaba su rostro, instantáneamente parecía estar a su lado, pero debía ser otro "a su lado" pues no poseía la facultad de interactuar con aquello que veía. Por lo tanto, era difícil saber si realmente llegaba hasta el mundo físico propiamente dicho. Había pasado tanto tiempo desde que había emergido del lago Kragken, en el interior de la Tierra, que casi lo tenía olvidado. En esta segunda ocasión no se permitiría sumergirse en el profundo océano de la vida. Debería aprender a ser, a la vez, el que vive en la luz y el que se sumerge en las aguas. Algo verdaderamente difícil si quería ser de utilidad a sus seres queridos en este azulado planeta. La inconsciencia de los seres humanos era algo maravilloso, pero cuando la inconsciencia les producía dolor, entonces ya no lo era tanto. Probablemente caería muchas veces más en el sueño de los hombres. Volvería a quedarse dormido dentro del cuerpo físico y olvidar que era un hijo del Sol. Doctor Jekyll y mister Hyde no eran una ficción. Eran también un símbolo de la realidad del alma cuando se sumergía en un cuerpo humano, en sus más profundos sueños, y perdía contacto con la parte de sí misma que permanecía más allá de los tres mundos. Aun el hombre más honesto en la vida física podía en ocasiones aparecer en el mundo de los sueños como un terrible depredador

que quería dominar todo. El hijo del Sol comenzaba a saber mucho acerca de la doble y triple faceta de muchos seres humanos, aparentemente desvalidos, pero criminales en potencia cuando tenían la más mínima libertad. Todo ello procedía de la larga historia humana, tal y como había aprendido en su hogar, el Sol. Todo lo narrado por sus profesores aparentaba ser un cuento para niños, pero en realidad sus maestros se quedaban muy cortos. Hacía demasiado tiempo que ninguno de ellos se había sumergido en el infierno que era el planeta Tierra.

Y él, allí, en aquel hospital de una pequeña isla de un minúsculo archipiélago, permanecía por amor. Jane y Rosamunde eran los anclajes que le sujetaban al planeta, aunque había también otros, Duncan y Bradbury, y el doctor Browning... eran humanos altruistas que ayudaban sin esperar nada a cambio. Strung sintió el dolor de Jason Doyle. Pero, en verdad, Strung era Jason Doyle y Jason Doyle era Strung. Eran ya veinte años los que el hijo del Sol permanecía sumergido en la materia densa e impregnando con su vida solar el cuerpo abandonado por un hijo de la Tierra.

Santiago se detuvo. Observó todo lo que le quedaba por leer. Parecía como si las hojas del diario, en lugar de menguar hubiesen aumentado. Sonrió. Quizás se había aventurado excesivamente al juzgar que todo terminaría mal. Claro, que si ahora le quedaban todavía por repasar todos los acontecimientos acaecidos en Casemates durante veinte años más, podía pasar cualquier cosa. Lo que estaba claro es que le quedaba una larga noche por delante.

La ocasión en la que más había leído fue cuando se iba a examinar de la prueba de acceso a la universidad: *Chacal* de Frederyc Forsyth. Apenas le quedaban unos días para repasar todo lo estudiado en los seis últimos años, y no pudo resistirse al dinamismo de tan trepidante novela. Después, bastante había tenido con las dos carreras, y ahora, de nuevo se encontraba con un diario que no sabía cómo terminaba, aunque en este caso él

esperaba un hijo o una hija de la nieta del protagonista. A este paso, quizás, la misma Elisabeth era una extraterrestre o algo parecido. Por Dios... cómo puedo pensar tantas barbaridades... Puedo dar fe de que el cuerpo de Elisabeth es bien terrestre... Estuvo tentado a pasarse al cuarto de su amada... pero le habría preguntado qué tal llevaba el libro, y con cara triste habría vuelto a su habitación... Pero... ¿a lo mejor le apetecía a ella?...

Desechó la idea y continuó con la lectura. Seguro que hasta Ómicron sonreía, en el supuesto caso de que hubiese interferido sus recién pensadas intenciones...

CAPÍTULO 55

EN EL PRIMER NIVEL

Un enorme cambio se había producido en la relación entre Strung y su cuerpo inteligente, Jason Doyle. Lo notó la primera noche que pasó en el hospital King Edward. Apenas si recordó durante veinte años lo que en realidad su alma hacía por las noches. No era nada especial a simple vista, sueños normales de los que cualquier mortal podía dar cuenta. Las facultades que había poseído al principio, se habían atrofiado. Había sido como si a un atleta acostumbrado a correr cien metros lisos en diez segundos le hubiesen embadurnado con una espesa capa de barro que se había ido solidificando y resecando hasta convertirse en una dura piedra imposible de romper. El mal que se había cebado con él, curiosa y paradójicamente le había liberado. Era una de las consecuencias de lo que conocíamos como mal: su poder de cristalización rápida y fracturación. Dicho de otra forma, aquello que es al principio una débil tendencia y predisposición se iba transmutando, conforme pasaba el tiempo de gestación, en un hecho "delictivo" a la vista de todo el mundo. Un mal pensamiento de odio y rencor iba tomando forma, creciendo como una hiedra que serpentea hasta ascender las paredes más altas de un castillo y convertirse en un acto criminal. En ese momento,

aquello que estaba escondido salía a la luz, llevaba a cabo su propósito pero podía ser visto y a la vez juzgado y condenado. Dicho en palabras más vulgares y comprensibles "aparentemente": del mal, Dios extrae el bien. Ciertamente, en el caso de Jason Doyle, no había sido algo conscientemente aplicado, pero el odio hacia su persona le había liberado, y a partir de la primera explosión de su alma que perforó los grilletes de su cuerpo, ya no fue el mismo. Quedaban muchas dudas por aclarar, pero aparecía un nuevo mundo en el que un hijo del Sol como Strung no habría sido capaz de interpretar y entender si no hubiese descendido a este planeta, tanto infierno y valle de lágrimas, como lugar de belleza y aprendizaje, único en nuestro sistema solar. Un planeta donde el pasado, el presente y el futuro luchaban sin descanso y sin tregua para alzarse uno sobre otro.

Tendencias arcaicas, violación, posesión, opresión, apresamiento de las almas y los cuerpos, matanzas inmisericordes de enemigos y opositores. En definitiva, utilización del poder por parte de unos humanos contra otros. Y cuando la sociedad parecía haberse vuelto más refinada, subterfugios para saltarse las normas e inducción hacia el vicio que ocasionaba la esclavitud de los insensatos. La civilización había sido capaz de someter bajo la razón comprensiva gran parte del mal, pero éste, cuando tenía la menor oportunidad resurgía libre y poderoso para tiranizar las almas dormidas de los seres humanos. Y tal universo de ensoñación, donde los mundos internos de los seres humanos se solapaban unos sobre otros, fue algo que tuvo que soportar en sus primeras incursiones por los espacios etéreos de la Tierra. Conocía el lugar de destino de los humanos que gustaban del infinito placer del sexo. Lo había visto cuando salió del lago Kragken. Su desmedido placer era también su propio castigo. No existía un Dios que prohibiese nada. Todo se podía llevar a cabo, sin frontera impuesta, salvo la propia energía acumulada. Cuanta más energía poseía un esclavo del placer, más placer podía llegar a conseguir. Por lo tanto, el único límite establecido era su propio vehículo. Se podría decir que la

perversión consistía en destinar unas energías hacia un fin para el que no estaban previstas. Y el mayor tormento lo inducía uno mismo, al anhelar, desear, querer algo y no ser capaz de conseguirlo porque ya no había vehículo que soportase aquel desgaste. Ello llevaba, consecuentemente, hacia la búsqueda de energías y recursos, más allá de los que poseía cualquier adicto al placer y que pudiesen ser utilizados para la consecución del mismo.

Durante la primera noche que abandonó su cuerpo, caminó por inmensas cuevas de desdichados que se saciaban unos a otros. Eran miserables porque parecían seres unidimensionales, distribuidos por recovecos oscuros y lúgubres donde una humedad viscosa era su hábitat natural. La humedad engendraba todo tipo de sombras que se frotaban unas contra otras, incansables o más bien impelidas forzosamente a utilizar el tacto. Parecían ciegas, se movían cuales gusanos que se enroscaban compartiendo su viscosidad. Los había gigantes y pequeños. Los grandes estaban llenos de millones de agujeros por los que penetraban los pequeños. El roce producía el placer. Esporádicamente aparecían algunas sombras gigantescas que se extendían sobre el lodo para sentir con mayor intensidad. En un momento determinado, cuando el placer se había transmutado en insensibilidad, las sombras gigantescas oprimían, estrujaban las sombras pequeñas hasta hacerlas desaparecer, y posteriormente volver a ejecutar el mismo rito una y otra vez. En ocasiones, la constante fricción de aquella materia concebía diminutos chispazos de luz. En verdad que el esfuerzo era excesivo en comparación con la recompensa final.

Durante unas horas, Strung parecía poseído por aquella fuerza infernal y cegado por la inconsciencia se dejó arrastrar. Sintió aquel placer viscoso que le volvía loco, que le hacía querer más y más, hasta que en un momento determinado abrió los ojos. Horrorizado por la visión de aquel tenebroso mundo regresó a su cuerpo. Estaba agotado. En lugar de haber tenido un sueño reparador, había entrado en un mundo de absorción de energía.

El canto de las sirenas, la promesa de sensaciones gratificantes era una trampa para el viajero de la noche. Una vez que algunas personas en sueños se habían sumergido en sus aguas, ponían en peligro su vida en la tierra. Quienes no tenían nada que perder, terminaban por ser envueltos y engullidos en aquel gigantesco vórtice de placeres del tacto, y quienes tenían un ser querido que les esperase en el mundo externo, tenían un tesoro que les devolvía hacia el lugar del que provenían. Strung se sumió en el mundo de aquellos gusanos –serpientes, pero cuando su alma resplandeció e iluminó su entorno, regresó. Además, estaban Jane y Rosamunde. Dos humanas a las que amaba con locura, con el suficiente amor para desechar la atracción fatal de aquel submundo.

Entró de nuevo en Jason Doyle, cerró los ojos y durmió. Strung permaneció en sueño sin ensueños.

CAPÍTULO 56

EL ALCAIDE TUCKER

–Me alegro enormemente de que esté de nuevo entre nosotros, Jason –le recibió con una fingida sonrisa el alcaide Tucker.

–Gracias –respondió Jason.

–Hemos abierto una exhaustiva investigación para esclarecer los hechos acaecidos hace diez días.

Jason fingió mirar con ilusión y credulidad.

–Debe saber, Jason, que haré todo lo que esté en mi mano con el fin de capturar a los agresores.

–La verdad es que no tengo ni idea de cómo ha pasado.

–Sea como fuere, los desaprensivos serán cazados como alimañas, no lo dude.

–No se preocupe. Sinceramente, ya tengo olvidado el tema.

—De eso nada. No puede ser que un presidiario modelo como ha sido usted a lo largo de cinco años, sea agredido impunemente.

—Tal vez sea mejor dejarlo así. No les guardo rencor.

—Me impresiona, Jason.

—Es la verdad. Lo considero como un accidente. No tengo nada en contra de nadie.

—¿No recuerda nada?

—No.

—Quizás no le haya pasado desapercibido algún rasgo de los agresores... Algo que nos pueda dar alguna pista.

—En absoluto.

—Cualquier detalle que nos pudiese proporcionar, nos serviría de enorme ayuda.

—Fue tan de improviso y en la penumbra que al primer golpe ya había cerrado los ojos y no fui capaz de abrirlos. La sangre cubrió mi rostro y en apenas unos segundos sentí un insoportable dolor en el abdomen. Después me desmayé y aparecí en el hospital.

—Me siento culpable por el fallo en la seguridad.

—No se preocupe, alcaide. Usted hace lo que puede. Todos le tenemos por un hombre modelo.

—Me alegra oírle decir eso.

—Gracias.

—Le voy a asignar un puesto en la biblioteca. Si usted lo desea, Jason.

—Sería estupendo, alcaide.

—Pues no se hable más. Como es un asiduo visitante de la misma, estoy seguro de que en unos días aprenderá su funcionamiento.

—Será un honor.

—Cualquier cosa que desee, no dude en solicitármela.

—Mil gracias, alcaide Tucker.

Cuando Jason salió por la puerta, el rostro del alcaide cesó instantáneamente de mostrar la amplia sonrisa y frunció el ceño.

—¿Qué te parece, Stone?

—Creo que dice la verdad. No tiene ni la más mínima sospecha de la identidad de los agresores.

—Si por una remota casualidad fuese capaz de barruntar algo, cosa que tampoco creo, no cantaríalo más mínimo. Sabe que iríamos otra vez a por él.

—No entiendo cómo se ha salvado —continuó Black Stone.

—El nuevo doctor ha desempeñado demasiado bien su cargo.

—No me gusta el tal Browning.

—Es demasiado inocente. Yo tampoco me fío. Alguien así no puede existir en nuestro mundo.

—No querrá problemas.

—Debería haber actuado con menos celeridad.

—¿Cree, alcaide, que le amenazó cuando le indicó que habría investigación?

—Por su bien, espero que no. Probablemente pensó en su propio cuello. Una investigación le habría podido manchar su immaculado currículum —sonrió el alcaide cuando mencionó el adjetivo "immaculado".

—Sí, como su mujer. Ya la dejaría yo immaculada.

—¿No puedes pensar en otra cosa que no sea sexo?

—Parece una santa, pero seguro que echa unos buenos polvos. Sin duda alguna es de las que dicen con voz temerosa: "no, por favor" y está pensando en "métemela hasta el fondo"

—Ya veo que conoces a las mujeres bastante bien —ironizó el alcaide.

—No lo dude, alcaide. Por cierto, tenemos que repetir lo del mes pasado.

—Estoy un poco liado. Mi hija se ha empeñado en casarse por la Iglesia.

–¡No!
 –Ya lo creo. Ella sí que es un alma pura.
 –Seguro, alcaide. Una dama así no puede tener contacto con este mundo.
 –A veces, Stone, no sé si hablas en broma o en serio.
 –Yo no bromeo con la familia del alcaide. Lo digo sinceramente.
 Tucker miró a Black Stone. ¿Se estaba pasando de listo?
 –Hoy en día casarse no significa mucho, tal y como está la Iglesia. Sé de buena tinta que el obispo es un pederasta.
 –¿Le proporcionamos algún chaval?
 –Sí.
 –Joder, con los religiosos.
 –Pocos se salvan.
 –Ya me imagino confesando a las feligresas.
 –Eres un degenerado, Stone.
 –¿Se imagina, alcaide?
 –No.
 –Dime hija, ¿cuantas veces se la has tocado?
 –¡Por Dios, padre!
 –Seguro que no te dabas cuenta y lo has hecho inconscientemente, ¿verdad, pequeña?
 –Sí padre.
 –Entonces... ¿Han sido más de dos veces desde la semana pasada?
 –Lo siento, padre.
 –Vaya, vaya...
 –¿Iré al infierno, padre?
 –Si te arrepientes, no, hija.
 –Me arrepiento, padre.
 –El sexo es pecado si no tiene como finalidad la procreación, hija.
 –Sí, padre.
 –Deberías dedicarte a escribir libros, Stone –le interrumpió el alcaide.

–Creo que valdría para cura.

–Te echarían de la Iglesia en unos meses.

–¿Por?

–No, por nada –sonrió Tucker mientras hacía un gesto grosero.

–Es verdad. Lo mío no es la castidad.

–Parece mentira, Stone. Un hombre de tu calaña, y la cultura que tienes.

–Pasé tres años en un internado religioso.

–¡No lo sabía!

–Me echaron por promiscuo con mis compañeras.

–¿A los catorce años ya eras así?

–A los dos años, en el hospicio, ya miraba y tocaba los pechos de las monjitas.

–Es la hora del almuerzo –cortó la conversación el alcaide. Ni en broma invitaría a aquel salvaje a la boda de una hija suya. Black Stone era un degenerado, un obseso, un paranoico que tenía un raro e inusual control sobre sí mismo. Era su mejor esbirro, pero debería siempre estar en guardia con aquel individuo. Realmente nunca sabía qué es lo que pasaba por su mente.

–Nos vemos, alcaide.

–Hasta luego, Stone –respondió el funcionario. Debería ir pensando en sacar a aquel individuo de prisión o ascenderle y trasladarlo a la city londinense. Era igual que Jack White, incluso peor. Le habían condenado a cadena perpetua por la violación y el asesinato de dos mujeres, pero nadie sabía realmente cuántas más se habían cruzado en su camino. En verdad que le temía. Probablemente Black Stone lo sabía, aunque no lo había dado a entender. Él era el alcaide, debía ser la única causa por la que todavía respetaba la jerarquía establecida. En cualquier momento podía incomunicarle y hacerle la vida imposible, pero al igual que se teme que un enorme perro ataque inesperadamente a su amo, lo mismo se podía esperar de Stone.

CAPÍTULO 57

EN EL SEGUNDO NIVEL

Sobre las sombras que desde hacía ya una eternidad, siglo tras siglo, cubrían los cuerpos de los amantes ávidos de placer, caminaba Strung. El primer mundo de los sueños es fiel reflejo de aquello que en las mentes humanas anhela hacerse realidad. En un lugar así, cubierto de sombras, formas serpentinadas y vermiformes que penetran innumerables oquedades, los amantes utilizan todo tipo de artificios y argucias para obtener el placer, porque los cuerpos de que están compuestos son inmateriales desde el punto de vista físico. Por lo tanto, la misma acción que puede ser ilícita en el mundo de los humanos, que habitan de una forma racional más o menos continuamente, no lo es en el universo de los sueños. Allí, las formas necesitan mayor cantidad de acciones violentas para poder sentir, si bien ésta tampoco sería una afirmación totalmente veraz.

Strung continuó su peregrinar entre los ciegos tentáculos del deseo. Después de mucho tiempo, o tal le pareció a él, y tras pasar cerca de Black Stone, lo que consideró completamente natural, llegó hasta la puerta de salida. No había centinelas que custodiasen el paso, la luz era la única salvaguarda, ante la que multitud de habitantes se quedaban parados y regresaban al agradable mundo de viscosidad placentera. Simplemente, no les gustaba el brillo y resplandor que provenía del otro lado del gigantesco portón.

Únicamente algunos pocos, en comparación con la multitud que rehusaba atravesar el umbral, anhelaban bañarse en los rayos de luz diamantina. Cegados al principio, permanecían sin moverse unos instantes, para después exclamar alabanzas ante la belleza que se adivinaba más allá de la inmensa "cortina luminosa".

Ciertos habitantes del otro lado parecían estar esperando. Ya desde el principio, Strung comprendió que las parejas se

formaban por afinidad, si bien algunos, los menos, se abrazaban y saludaban como antiguos conocidos o amantes.

Y así, de dos en dos, los amantes luminosos se dirigían, flotando o andando, hacia algún lejano lugar del interminable valle que surcaba las dos imponentes y laterales cordilleras nevadas.

Las praderas se perdían en lontananza. Nadie esperaba a Strung. Tampoco hubo algún alma compasiva que se acercase y le estrechase entre sus brazos. No le importó, la alegría de tan excelso y bello lugar le era suficiente. Había dejado atrás la prisión y el primer nivel de conciencia amorosa. Aunque había vivido con pasión el amor carnal, quizás debido a su esencia solar, no se sentía obsesivamente impelido y arrastrado en aquellos niveles oníricos.

Continuó caminando durante mucho tiempo, si bien las horas se le hacían más cortas que en Casemates. Había cesado tan terrible tormento.

—Hola —le saludó amablemente una bella mujer, acompañada por un niño y una niña.

—Hola —contestó cortésmente Strung.

—Me llamo Christine Asbury.

—Encantado. Mi nombre es Strung.

—Hermoso nombre para un maestro de la luz.

—Disculpe, ¿por qué dice eso?

—Por su resplandor.

—Es como todo lo que hay aquí.

—En absoluto. El brillo de su corazón tiene más fuerza que el de los habitantes de este universo.

—Creo que exagera —respondió Strung, intentando averiguar los exactos pensamientos de Christine.

—Mi esposo está a punto de llegar, quédese a almorzar con nosotros.

—Es peligroso invitar a extraños, ¿no cree?

—No le entiendo —replicó Christine.

—Pudiera ser que yo fuese un hombre malvado.

–Sigo sin entenderle.
 –Podría ser alguien que abusase de su confianza.
 –¡Ah! ¡Ahora le entiendo! –Christine echó a reír.
 –En este nivel del mundo interno de Dios no existe el mal.
 –¿Dios?
 –El Logos planetario, Sanat Kumara.
 –Disculpe mi torpeza. He pasado tanto tiempo entre los hombres que había olvidado algunos conocimientos básicos.
 –Eso parece.
 –Es difícil salir totalmente indemne del mundo físico. No sé si me entiende.
 –Claro, Strung. Claro que le comprendo.
 –Entonces... ¿No seré el origen de algún tipo de discordia entre usted y su esposo?
 –En absoluto. Estamos en la tercera etapa de fusión.
 –No sabe lo que alegra mi corazón escuchar tan bellas palabras –se sinceró Strung.
 –No había conocido a ningún maestro. Siempre había escuchado a algún amigo que existían, pero usted parece que no se tiene por tal.
 –Así es, Christine. No creo que alguien que haya huido de su casa y se haya sumergido en el mundo de los hombres deba considerarse a sí mismo como maestro.
 –¿Va de camino a su hogar?
 –Todavía no. Tengo familia en el nivel físico. Debo cuidarla.
 –Seguro que son muy afortunados –se aventuró a suponer Christine.
 –Mi situación es muy complicada.
 –Mire, por ahí viene mi esposo.
 Strung se quedó de piedra al reconocer a Black Stone.
 –Hola –saludó el recién llegado a Strung.
 –Hola, Black.
 –Me debe confundir con otra persona. Mi nombre es John Lottimore.

–Perdone. Me he equivocado.

–No importa. No es el primero. A veces me dicen: hola doctor. Yo sonrío y saludo como si fuese de verdad un especialista en medicina.

–John –interrumpió Christine.

–¿Sí?

–Me gustaría que el maestro Strung se quedase a comer con nosotros.

–Tus deseos son órdenes para mí –respondió John abrazando a su mujer y besándola en la mejilla.

–¿Cómo están mis pequeños? –preguntó John a los niños que en ese momento venían corriendo de los columpios cercanos a la casa.

–Bien... Papá... ¿nos traes algún regalo?

–Suele viajar mucho –indicó Christine.

–¡Qué mala suerte! ¡Se me han olvidado! –fingió John.

–Vamos, papá –indicó la niña–. Siempre nos dices lo mismo.

John extrajo de una cartera de cuero dos juguetes. Un pequeño tren y una linda muñeca.

–Un beso muy fuerte para mi papá favorito –gritó la pequeña.

–Eugene, acompaña al maestro Strung hasta el salón.

–Vamos –dijo con infantil descaro dando la mano a Strung.

–Mi mamá dice que si un día nos portamos bien, iremos al Palacio de Cristal.

–Por supuesto, Eugene. ¿Sabes quién habita allí?

–Sanat Kumara.

–Así es.

–¿Usted ha visto a Dios? –preguntó Eugene.

–¿A Sanat Kumara?

–Sí.

–No.

–Pero... usted es maestro.

–Eso dice tu mamá.
–Mi mamá no miente.
–Tu mamá es una mujer muy sabia.
–Pero... si usted es un maestro, ha tenido que ver a Sanat Kumara.

–Tal vez le vea algún un día. ¿Sabes, Eugene? Yo vengo de otro mundo. Inicié un camino difícil y un día regresaré al Sol.

–¿Al Sol?

–Es mi hogar.

–¿Podré ir con usted?

–Será difícil que coincidamos.

–Pero... si pasa por aquí ¿me llevará a ver a Dios?

–¿Te gustaría?

–Mucho.

–Lo intentaré.

–¿Me da su palabra, maestro?

–Eres una niña muy atrevida.

–¿Sí o no?

–Si está en mi mano, te doy mi palabra de que te llevaré a ver a Dios.

–Gracias, maestro.

Era la primera vez en su vida que alguien le llamaba maestro. Sonrió. Era cosa de niños. Sin embargo a los pocos segundos, Christine le llamó.

–Maestro Strung. Ya puede venir... si Eugene le deja libre.

–Voy.

–Es un honor para nosotros que presida nuestra humilde mesa –indicó John.

–Gracias –dijo Strung un tanto pensativo.

–Niños, aprended de lo que diga el maestro.

–Amados Sanat Kumara, Señor de la Tierra, y Divino Corazón del Sol, Señor del Sistema Solar, mostradnos el camino de la oscuridad a la luz y de la luz a la vida. Concedednos la oportunidad de servir en el bien. Infundid el coraje necesario

para revelar vuestra inmarcesible presencia en los densos túneles de la materia.

—Que así sea —respondió Christine. Y animó a sus hijos a que respondieran de la misma forma.

—Que así sea —asintieron Eugene y Arthur.

—Que así sea —terminó por decir John Lottimore.

—¿Sabe, Strung? Amo a John desde que teníamos apenas dos años.

—Vamos, Christine. Seguro que al maestro Strung no le interesa nuestra humilde historia.

—Al contrario, John. Me interesa enormemente.

—Ambos crecimos en un orfelinato de Londres. Enseguida fuimos amigos, y por fin, me animé a coger la mano de John. Era muy tímido.

—Parece una hermosa historia —añadió Strung.

—Prometimos que nos amaríamos eternamente. Ya sabe, cosas de niños.

—Al principio, todos los amantes se prometen amor eterno —dijo sonriendo Strung.

—Desde que conocí a Christine —prosiguió Lottimore—, ya no eché en falta a mis padres. Ella fue todo para mí. Mi madre, mi padre, mi amiga, mi confidente, y ahora mi amada esposa. Este es nuestro hogar. Aquí vivimos felices, en armonía y en paz. Nuestros hijos van creciendo. Y eso es lo más importante para un padre. ¿No cree, Strung?

—Así, es John. El amor de nuestra familia, unas veces mejor expresado que otras, es lo que nos otorga la vida y la esperanza.

—Sus palabras son sabias, maestro. No debe negarse a sí mismo tal evidencia.

—¡Christine!

—¿Sí, amor?

—Tengo que irme.

—Un beso, papá —le pidieron Eugene y Arthur.

Apenas le habían dado un beso, John Lottimore desapareció. Se esfumó en el aire. Christine se quedó pensativa.

—Así es este mundo, maestro. Aparecemos y desaparecemos instantáneamente. Algo nos llama y no podemos evitar ni demorar el retorno.

—Al mundo físico.

—Sí.

—¿John comprende las peculiaridades de este mundo?

—No.

—¿No se lo ha explicado nunca?

—Saber que el segundo nivel tiene su reflejo en el mundo físico, o al contrario, es una pesada carga que me oprime. Pero muy pocas personas poseemos el secreto que existe tras las desapariciones repentinas.

—Entiendo.

—¿Cree, maestro, que es correcto que así sea?

—Al parecer, es más que necesario. El sueño es un estado de restablecimiento de fuerzas y energías proporcionadas por el alma. Si una persona fuese totalmente consciente de los distintos niveles del ser, podría llegar a volverse loco, si sus distintos estados de consciencia difiriesen, entre sí, demasiado. La captación de energía y vitalidad en el nivel superior se podría ver perjudicada por la incompatibilidad de las distintas vidas. Por otro lado, los humanos tienen varias capas. Cada capa de energía tiene su entorno propicio, y para elevarse de nivel, hay que ir dejando una tras otra. No sé si me explico correctamente.

—Creo que le entiendo, maestro.

—Parece que usted conoce a John en la vida física.

—Puede ser. El parecido es muy grande.

—¿Y cómo es?

—Me gustaría más —desvió el tema Strung— que me contase la historia de su bello amor, si la recuerda.

—Es un enorme peso el que llevo en mi corazón, maestro.

—Tal vez quiera desahogarse, Christine.

—Afortunadamente, John parece haber olvidado gran parte de nuestra historia.

Strung miró a Christine.

—¡Niños! El maestro y yo vamos a hablar cosas de mayores.

—Vaya, mamá... nosotros ya somos mayores.

—Id a jugar con lo que os ha traído papá.

—Vale —respondió Arthur.

En aquel instante los dos niños desaparecieron.

—Es probable que ambos niños no tengan padres en la vida física y vivan en un hospicio —intentó explicarse y explicar Christine.

—Vosotros sois su familia en el segundo nivel.

—Cierto. Los queremos con locura.

—Es maravilloso que así sea —indicó Strung.

—Desde los dos años hasta los diez permanecimos unidos en el hospicio. Estábamos siempre que podíamos juntos. Jugábamos a las mismas cosas, sobre todo a médicos y enfermeras. Ambos explorábamos nuestros cuerpos. Nos amábamos tan profundamente que nada nos parecía extraño. Todo era natural. En ocasiones, dormíamos abrazados el uno al otro. Ninguno teníamos padres, y aquellos abrazos tiernos e inocentes nos hacían un enorme bien. Todos los años prometíamos que nos amaríamos eternamente.

—Impresionante historia.

—Yo fui la culpable de nuestra separación.

Strung miró con enorme curiosidad. Probablemente desvelaría la causa oculta, el trágico origen de aquello en que se había convertido Black Stone.

—Seguro que había razones de peso.

—Cuando teníamos diez años, la vida nos separó. Él fue a un internado religioso y yo a otro. Nos distribuyeron por sexos.

—¿No se volvieron a ver?

—Regresamos a nuestro estado amoroso cuanto alcanzamos la edad de dieciséis años.

—¿Sí?

—Ambos nos queríamos, pero yo me enamoré de un estudiante que recién había terminado medicina. ¡Me pareció que era un ser humano tan idealista!

—Pero... eso debió ser terrible para John.

—Más que terrible, trágico.

—Le hundió.

—Mi alma se desgarraba. Yo le amaba como a un amigo, como a un hermano, como a un padre, pero parece que aquello no fue suficiente para mí.

—La vida es una incógnita.

—John le dio una terrible paliza a Thomas.

—¡Dios!

—Pero eso no fue lo peor.

—Siga, por favor, Christine.

—Se acercó hasta mí, me cogió del cuello con las dos manos, pero no apretó. No fue capaz de estrangularme, tal y como estaba decidido a hacerlo. Me amaba demasiado.

—¡Qué fuerte!

—Pero si aquello había sido duro, lo que dijo después, fue aterrador.

—¿Sí? —preguntó Strung.

—Hasta que tu corazón no vuelva a mí, violaré y descuartizaré a cada mujer que intente amarme.

Strung permaneció en silencio.

—¿Cree que ha cumplido su promesa?

—Como le he dicho, Christine, no puedo asegurar al cien por cien que John Lottimore y la persona que conozco como Black Stone sean los mismos. Ya sabe que hay rostros en el mundo que se parecen.

—Creo que no me desea contestar, maestro.

—¿Por qué ama a John Lottimore?

—Le amo profundamente. Es la luz de mis ojos, el calor de mi corazón. Es el fuego que me acerca a mi alma.

—Entonces, según parece, Christine, usted se equivocó al marcharse con el médico.

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—Estuvimos ayudando a una organización no gubernamental en África. Thomas se enamoró de una nativa y yo regresé a Londres. John ya no estaba. No pude encontrarle.

—Y ahora, ¿dónde vive, Christine?

—No lo sé.

—¿Cómo puede ser que recuerde tanto sobre el pasado y no sepa nada sobre el presente?

—Tal vez usted pueda desentrañar tal misterio, maestro.

—Quizás la vida sea sabia, Christine.

—No lo sé, maestro.

—Probablemente no podrían haber vivido unidos en el mundo físico, pero sí en el mundo del segundo nivel.

—Eso parece.

—Hay una ley que no suele tenerse en cuenta.

—¿Sí?

—Dos almas que están en fase de fusión, no suelen vivir en el mismo lugar del mundo físico.

—No lo entiendo, maestro.

—Está claro. Para que dos almas se fusionen tienen que actuar en el mundo de las almas.

—No sé, Strung.

—El alma es materia luminosa, como la que ahora podemos ver en este interminable valle. Sin embargo, el cuerpo es materia oscura. La materia oscura de un humano no es capaz de contactar con la materia luminosa de otro humano, como norma general. Sólo las materias luminosas tienen la posibilidad de establecer contacto.

—Pero... cuando vivimos en el mundo físico estamos en contacto con nuestra alma.

—Imagine que usted está con John en el plano físico.

—Sí.

—¿Se imagina tenerlo delante y no abrazarle?

—Por qué no le iba a abrazar.

—Porque lo fácil es abrazar la materia, pero abrazar el alma de otra persona es mucho más complicado y costoso energéticamente hablando.

—Creo comprender. Lo sencillo es abrazarse y amarse en materia física. Y si ocurre tal acontecimiento no hace falta esforzarse para amar en forma espiritual.

—Es mi opinión, Christine.

—Tal vez tenga algo de razón.

—Dicho de otra forma. Si ustedes se abrazasen físicamente, no necesitarían venir aquí, al mundo de los sueños, porque sus sueños se estarían realizando en el mundo físico.

—¿Qué ocurre con las personas que no necesitan amarse en el mundo de los sueños?

—Pienso que lo que está usted preguntando es ¿qué hay más allá del amor físico y espiritual?

—Correcto.

—Es fácil averiguarlo.

Christine le miró sorprendida.

—¿Observa aquellas montañas nevadas?

—Sí.

—Puedo estar equivocado, pero mi opinión es que al final de este interminable valle está la puerta al siguiente nivel: el amor a otra parte de Dios.

—¿Me llevará con usted, maestro?

—¿Y dejaría por segunda vez a John Lottimore?

—Por nada en el mundo volvería a abandonarle.

—Entonces, deberá continuar su proceso de fusión hasta que sean una única persona.

—¿Piensa que es el camino correcto?

—Creo que en su caso sí. Es muy probable que aunque intentase superar las montañas nevadas no encontraría nada, pues para que así ocurriese, un alma debería brillar intensamente.

—Como usted, Strung.
—Quizás.
—Gracias, maestro.
—Me voy, Christine.
—Ojalá que un día podamos conocernos allá abajo.
—Quizás el encuentro fuese soso y anodino, Christine.
—No lo creo, maestro.
—Cuide de John. Él la ama tan ciegamente que es su única salida y salvación.

Christine ya no pudo preguntar más. Strung se había esfumado.

Entonces —pensó Santiago—... los dos tripulantes más veteranos del Starlight eran ex-presidarios. ¡Qué fuerte! Duncan y Lottimore. Duncan había ido a presidio injustamente, sin embargo, Lottimore... parecía ser un asesino en toda regla... ¿Cómo podía ser que ambos fuesen amigos de la familia?

CAPÍTULO 58

BLACK STONE

Jason Doyle tenía los ojos abiertos cuando el carcelero pasó avisando que era la hora de acudir al comedor. Recordaba perfectamente el sueño. En su caso, los sueños habían pasado a ser una salida al exterior, o visto de otra forma: un camino hacia el mundo interno del Señor del Mundo. Todo lo que había en el planeta era responsabilidad suya, y lo mismo se podía decir de los distintos planos de conciencia. Para bien o para mal, todos los lugares permanecían bajo su "cobijo" si bien unos estaban controlados conscientemente, desde su punto de vista, y otros no tanto.

Estaba verdaderamente impresionado y sorprendido, casi perplejo, ante la paradoja del alma humana, capaz de habitar en

los mundos más bajos, a la vez que ascendía hacia los planos etéreos y sublimes.

Llegó hasta el comedor, tomó su bandeja de metal, y se fue hasta una mesa en la que no había nadie. Apenas llevaba un minuto cuando Stone, Blake y Joe se sentaron con él.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Black Stone sin esperar la respuesta.

—No están ocupados —respondió Jason.

—Es estupendo que estés otra vez por aquí.

—Gracias. Me he salvado de milagro.

—Si necesitas ayuda, cuenta con nosotros.

—¿Para?

—Para darles su merecido a quienes te han intentado liquidar.

—Gracias, pero no es necesario.

—¿No sabes quiénes te lo han hecho?

—No he cantado, si eso es lo que os preocupa.

—No te entiendo —respondió Black Stone un tanto nervioso y sorprendido por la respuesta.

—No he dicho, ni pienso decir al alcaide, quiénes han sido.

—Entonces... ¿lo sabes!

—Sé muchas cosas más sobre ti, Stone.

—No sé a qué te refieres.

—Además de obedecer al alcaide, sé lo de Christine.

—Fuera de aquí —increpó a Blake y Joe con el rostro desencajado.

—Vale, tío, nos abrimos.

Black Stone cogió el tenedor.

—Será la séptima vez que me lo claves —dijo impertérrito Jason.

—Y la última.

—Sé a dónde vas por la noche.

Stone quedó fuera de lugar. Aquellas palabras eran tan inesperadas y tan extrañas que preguntó.

—¿Te refieres a la casa del alcaide?

–Desde que eres impotente prefieres otra clase de orgías.

Black Stone se lanzó hacia el cuello de Jason. Presionó con el tenedor la carótida, pero no siguió cuando vio que le estaban observando algunos presos.

–¿Dónde voy, según tú?

–Conozco tus sueños, Stone.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo también merodeo los bajos fondos del mundo onírico.

–¡Entonces somos colegas! –exclamó un poco más distendido Stone.

–Bueno... colegas... no tanto.

–Pero... Christine ¿qué tiene que ver con todo esto?

–¿Recuerdas todos tus sueños?

–Sí –mintió Stone.

–No lo creo.

–Cuando salgamos del comedor te voy a rajar como a una sandía.

–Vas a visitarla muchos días en sueños, Stone.

–No deberías hablarme de Christine, la muy zorra me abandonó por un médico que se preocupaba por los negritos en África.

–Está arrepentida, Stone.

–¿La has visto?

–Como te he dicho, en sueños.

–Eso no puede ser.

–Te estoy demostrando que sí. Sé que el alcaide os encargó mi asesinato, sé que solías deambular en muchas ocasiones con mujeres lascivas en casa de Tucker, sé que desde hace un tiempo no acudes allí, sé que te gusta el mundo astral inferior, y por último sé que eres John Lottimore y que estás todavía enamorado de Christine Asbury. Sé que la causa de tu aversión hacia las mujeres está fundada en el dolor que te produjo la separación de Christine.

Se hacía extraño observar al psicópata Black Stone. La avalancha inesperada de información le había dejado aplanado.

La dureza que mostraba ante el mundo y en especial contra el género femenino se había esfumado.

—Si te digo todo esto es porque Christine Asbury todavía te ama. Es tu tabla de salvación, John, el delgado hilo de conciencia que te une a tu alma.

Stone miraba a Jason. Ahora le parecía un hombre corpulento. Era como si hubiese crecido de repente.

—Asesinaste a Jack White. Era uno como yo.

—No, Stone. Aunque ambos hayáis perpetrado crímenes horribles, no os parecéis.

—No te entiendo.

—Jack White asesinaba a las mujeres por placer. Verdaderamente no sé cuál fue la causa, probablemente ya es un alma perdida. Pero tú... John...

—¿Sí?

—Tú has asesinado por el dolor sufrido. Todavía tienes una oportunidad.

—Mientes, Jason. Yo también estoy condenado —zanjó la conversación Black Stone.

Cuando el psicópata asesino se marchó enfurecido, Jason estaba temblando. Intentó calmarse. Era muy probable que hubiese firmado su sentencia de muerte. Pensó en Christine Asbury y John Lottimore, en Eugene y Arthur, y se calmó. De nuevo volvía a ser Strung, un hijo del Sol. Probablemente le intentarían liquidar antes de acabar la semana. Sufriría, pero resurgiría otra vez. Y si a una mala no podía revitalizar el cuerpo físico, volaría a su hogar habiendo intentado salvar, al menos, un alma perdida.

CAPÍTULO 58

CANCIÓN DE LIBERTAD

*Sobre las olas de la vida que no se perciben,
navegaré en busca de quien tan lejos vive.
Responderé a la llamada que en mi corazón se hiende,
aunque mis oídos no escuchen lo que mis ojos retienen.*

*La dulce brisa que susurra y cruza los valles,
el divino néctar que liban los etéreos seres,
el inmenso y desconocido aroma que nunca se pierde
entre los abismos que separan a los diferentes pliegues.*

*La respuesta eléctrica que se convierte en ríos de éter,
las nubes y los soles de múltiples atardeceres.
El flujo de la esencia de aquellas vidas que nunca perecen,
el inmortal espíritu que destilan los invisibles y mitológicos
Poderes.
Todo ello, reunido, es la esencia del alma que no muere,
y que ante muros de densa materia no se detiene.*

*Si se intenta conquistar, no se puede,
si se persigue con voluntad indomable, no se adquiere.
Si los humanos, su existencia promueven,
de ellos se aleja inevitablemente.*

*Es un regalo de los ángeles, que otorgan a quien ellos bendicen
y quieren.
No intentes, osado humano, adquirir lo que no te pertenece.
Y si te es regalado, calla y agradece.
Es parte de la vida de Dios
que en tus pensamientos se posa y permanece.*

CAPÍTULO 59

EN LA BIBLIOTECA

A las diez y media de la mañana, cuando ya todos los presos habían sido distribuidos en diversas actividades, Black Stone, Joe y Blake se dirigieron hacia la biblioteca. Únicamente estaría Jason Doyle. Las escasas cámaras de seguridad, casualmente, no funcionarían, y los guardias que debían custodiar los entornos más cercanos de la sala de lectura estaban reunidos en un imprevisto acto informativo.

–Tal vez no es buena idea asesinar a Jason –dijo Stone a sus cómplices.

Joe y Blake le miraron. No creían lo que estaba proponiendo.

–Creo que Jason es un verdadero hombre de Dios, insistió.

–¿Te has vuelto loco, Stone? –le recriminó Blake.

–Es lo que pienso.

–Jason Doyle es una amenaza para nosotros. Debe morir –recalcó Joe.

–Si no nos ha denunciado ya, no creo que lo haga –continuó Stone.

–Si piensa que somos débiles, lo hará –añadió Blake.

–¿Y quiénes crees que serán los siguientes? preguntó sabiendo la respuesta Joe.

–Sé que Jason Doyle no nos comprometerá –volvió a repetir Stone, intentando convencerles en última instancia.

–Abre la puerta, Joe –ordenó Blake, quien en aquel instante asumía por su cuenta el mando.

–Esa puerta no se abre –se opuso Stone.

Blake sacó un cuchillo se lo clavó a Black Stone en el estómago, y de un puñetazo terminó por tirarle al suelo. Abrió la puerta y fue directamente a por Jason Doyle.

Jason permanecía sentado leyendo un libro. Al escuchar los gritos levantó la mirada. Blake ya estaba delante. Con la

mano izquierda, el asesino agarró a Jason del cuello e inició la acción de clavarle el cuchillo. Pero su brazo quedó inmóvil cuando el tenedor de Black Stone le atravesó la yugular. La sangre salpicó a Jason Doyle.

Black Stone clavó con saña tres veces más la improvisada daga. Luego miró a Jason Doyle y los ojos de ambos se cruzaron.

El hijo del Sol experimentó una profunda compasión por aquel asesino psicópata que le había salvado la vida. Era como si sus vidas, desde aquel preciso instante, quedasen unidas una a la otra sin posibilidad alguna de separación.

Black Stone, en silencio, dio la vuelta y regresó con Joe a la lavandería, donde debían esconder las armas homicidas. La herida producida por el cuchillo de Blake no parecía revestir excesiva gravedad.

El corazón de Strung resplandeció. Sabía perfectamente que la fuerza eléctrico-magnética de la sabia compasión no siempre fluía. Sólo en algunos casos, la energía más poderosa de su mundo respondía a algunas situaciones. Y aquel era un acontecimiento que había servido como resorte y puerta a la fuente de la vida.

—Gracias, amigo —fueron las palabras que pronunció en su mente Strung y resonaron en el corazón de Black Stone.

En aquel mismo segundo, el criminal asesino supo, sin lugar a dudas, que su alma se había salvado. Que aunque tuviese que pagar todo el mal cometido, la esperanza resplandecía. Contempló el rostro de Christine Asbury. La luz del amor iluminó la inmensa y lóbrega cueva de su corazón.

Jason Doyle miró hacia el interminable espacio que existía entre sus cejas y reposó sus manos etéricas sobre la cabeza de John Lottimore.

La paz de las alturas restablecía la unión entre la tierra y el cielo.

—Definitivamente habría inspección por parte de la city londinense —pensó Black Stone—. Otra cosa es que averigüasen

algo. Y respecto al alcaide... quizás se quedase callado por todo lo que tenía que perder. Joe tampoco le acusaría.

CAPÍTULO 60

SIN REMEDIO

Santiago no lo pudo resistir más. Estaba cada vez más nervioso. A pesar de la seriedad de lo que estaba leyendo, los senos de Elisabeth le iban y venían una y otra vez no dejándole ver claramente las letras del diario. Dejó el libro sobre la mesilla. Cruzó el pasillo confiando en que ni los becarios ni Ómicron se diesen cuenta. Llamó con los nudillos lo más despacio que pudo. No hubo respuesta. Volvió a llamar, tampoco. Se dio la vuelta para regresar a su habitación, cuando Elisabeth le llamó.

—¿Sí?

—¡Elisabeth!

—Disculpa estaba un poco dormida.

—Lo siento... es que no podía resistir verte.

—¿Ya has leído todo el diario?

—No... pero quería decirte que me está gustando mucho.

—Ya , ¿y eso es todo?

—Bueno... la verdad es que necesitaba verte.

—¿Solo... verme? —preguntó haciéndose la dormida.

—Sí... pero tranquila... ya nos veremos mañana.

—Pensaba que querías abrazarme mientras dormía.

—No te quiero molestar...

—Pero... solo... me abrazas mientras duermo... ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entra.

El corazón de Santiago se había puesto en un segundo de setenta pulsaciones a ciento setenta. La boca se le había secado. Pero tal y como había dicho, se tumbó en la cama con Elisabet y la abrazó. El minúsculo camisón apenas cubría su cuerpo. Al

principio sus manos se quedaron quietas... rodeando su regazo, pero antes de un minuto, la mano derecha ya había cubierto uno de los senos. Descendió tímidamente hacia las caderas, apenas cubiertas.

—Te he dicho que solo pasabas a dormir...

—Ya...

Santiago retiró las manos y esperó que ella le ofreciese algo más... pero no hubo respuesta. De nuevo estaba dormida. Se levantó con cuidado y regresó a su compartimento. Parece que estaba castigado a continuar la lectura o a dormir. Cerró los ojos... pasaron unos minutos... quería saber cómo continuaba, y abrió de nuevo el diario.

CAPÍTULO 61

ESPERANZAS DE SALVACIÓN

John Lottimore no se detuvo aquel día en las cuevas del placer incontrolado y escaso amor. Las sombras de los gusanos—serpientes no le detuvieron. En su corazón, como si de una brújula se tratase, estaba grabado a fuego el rostro de Christine Asbury. Como todos los habitantes del segundo nivel, algún día regresaría al nivel básico del mundo onírico, pero por ahora, momentáneamente, se había liberado de sus escabrosas, tortuosas, frenéticas y torturadoras ataduras.

Por primera vez en su vida era consciente de los dos mundos, y continuó al encuentro de Christine.

Ella le esperaba de pie, bajo el porche del blanco y resplandeciente edificio. Con ella estaban dos jóvenes, ya no eran niño y niña. Se sorprendió pero su nuevo corazón los reconoció. Eran Eugene y Arthur.

—Lo siento, no os he traído un bello regalo —se excusó John Lottimore.

—Ya no somos unos niños, papá —contestó Eugene abrazándole.

—Bienvenido de nuevo a casa, papá —le dio la mano Arthur.

Christine bajó los tres escalones de madera que separaban el porche de la extensa pradera.

—¡Cuánto tiempo he esperado este momento, John!

—Perdóname, Chris, yo... —el hombre echó a llorar como si se tratase de un niño de un año.

—Perdóname tú a mí, John. Yo fui la que no cumplió su promesa.

—Pero... ¡he causado tanto daño a las mujeres!

—¿Qué hombre o mujer está libre de pecado, John?

John Lottimore había envejecido. Su rostro mostraba visibles cicatrices, sin embargo sus ojos tenían luz. La luz de la esperanza.

—Mira, mamá —exclamó Eugene.

—Es el maestro Strung.

Ambas mujeres corrieron a saludarle.

—Maestro —se arrodillaron ambas.

—Creo que habéis leído muchas novelas —sonrió Strung a la vez que hacía que se levantasen.

—¡Jason! —exclamó Black Stone.

—¿Cómo estás, John?

—¿No me reconoces, Doyle?

—Aquí eres John.

—¿Pero...?

—Más allá de la luz, en la oscuridad, hemos dejado nuestros vestidos, John.

—¿Y cuando regresemos?

—Deberemos asumir las consecuencias de nuestros actos.

—Tal vez no pueda olvidar mientras esté aquí...

—No pienses en el pasado. Lo hecho, hecho está. Es hora de que medites sobre el futuro.

—¡He cometido tantos errores!

—También has realizado actos heroicos, como salvarme a mí. ¿No crees?

—¿Y las mujeres a las que di muerte?

—Es algo que habrá que estudiar. A veces las apariencias engañan.

—No entiendo, maestro —mostró el respeto que le causaba la visión de Strung.

—¡Quizás fuiste instrumento del destino! Es difícil saberlo, ¿no crees?

—Soy un ignorante.

—Todos somos ignorantes, John. Los Dioses llevan a cabo sus planes generales, y nosotros ni siquiera somos capaces de comprender los más ínfimos detalles.

—Pero el mal... es el mal.

—No he analizado todos tus actos, John.

—Han sido terribles.

—Hay muertes que, efectivamente, son un asesinato a la vida, pero otras... ¿quién es el hombre sabio que puede valorarlo?

—Dar muerte... es horrible.

—¿Y si algunas de las víctimas estaban ya muertas en vida? ¿Y si les quedaban apenas unos meses de terrible sufrimiento causado por alguna oculta enfermedad?

—Maestro, parece que defiende el asesinato —reprobó Christine.

—Espero que me entendáis bien lo que intento decir.

—Es un asunto muy difícil —indicó Christine.

—Exactamente. Por ello no se pueden juzgar todas y cada una de las acciones humanas con el mismo rasero. Pero en verdad que los jueces de la tierra no tienen suficientes elementos para interpretar algunos acontecimientos y actos.

—Le agradezco, maestro, que alimente en mí las esperanzas de salvación.

—Debemos estar contentos, John. Has recuperado uno de los hilos de vida, el más importante.

—Gracias, maestro.

–Deberás procurar no olvidarlo, John.
 –Lo intentaré, maestro.
 –Maestro –dijo Eugene.
 –¿Sí? –respondió sonriendo Strung.
 –Me prometió que me llevaría a ver a Dios.
 –Lo prometido es deuda.
 –Entonces...
 –¿Crees que estás preparada, Eugene?
 –Sí.
 –Podemos intentarlo.
 –Pero...
 –¿Pero?
 –Quizás no lo esté.
 –Entonces, los dos estamos igual.
 –Pero... usted es un maestro.
 –No, Eugene. Ambos somos aprendices del universo.
 –¿Quiere decir que no podemos intentarlo?
 –Al contrario. Podemos comenzar ahora mismo, si tanto lo
 deseas.
 Eugene miró a sus padres. Solicitó su aprobación.
 –Debes aprovechar la oportunidad que te brinda el
 maestro Strung, Eugene –le dijo su madre.
 La joven besó a Christine a John y a Arthur.
 –¿Vamos, maestro?
 –Por favor, llámame Jason –le rogó Strung a la joven.
 –¿Comenzamos nuestro ascenso, Jason?
 –Eso está mejor.
 –¿Tenemos que llegar hasta la cima de aquellas montañas,
 Jason?
 –Sí.
 –¿Será difícil?
 –El tiempo lo dirá, Eugene.
 –Dicen que únicamente unos pocos de los soñadores de
 segundo nivel son capaces de atravesar las montañas nevadas.

—No sería bueno en este momento que todos abandonasen el plano de conciencia donde sueñan y se adentrasen en los lugares elevados.

—¿Por qué, maestro?

Strung miró a Eugene. Ésta no sería capaz de evitar en numerosas ocasiones el tratamiento de usted; especialmente cuando era consciente de estar hablando con un verdadero maestro.

—Perdón, Jason.

—La vida de los mundos consta de dos procesos básicos. Primero el espíritu se sumerge en la materia relativamente muerta, es decir, que mantiene únicamente la energía innata. Las energías y conciencias del Espíritu vivifican la materia "inerte" y posteriormente asciende llevándose parte de la materia transmutada.

—¿Por qué es así?

—Me preguntas por el misterio más grande que, probablemente, jamás seremos capaces de entender. Aquellos que son más sabios que nosotros nos indican que el proceso de evolución con sus dos subprocesos de involución y "ex-volución", dicho de otra forma, inmersión en la materia y salida de la misma, es algo que ocurre eternamente, o lo que es lo mismo para nosotros, durante miles de miles de millones de años.

—Entonces, realmente no comprendemos la Vida.

—Así es, Eugene. Hay quienes saben un poco más. Existen personas que caminan un paso por delante del nuestro y nos ayudan.

—¿Como usted a mí, Jason?

—Sí.

—¿Y si usted no fuese lo que se supone que es?

—Estarías en un aprieto.

—Me está asustando, Jason.

—Una persona puede ayudar a otra hasta cierto punto, más allá del cual el ayudado debe comenzar a caminar por sí mismo.

—¿Podría usted, Jason, ser un espejismo?

–Hay algo que nunca debes olvidar, Eugene: el principal maestro es tu ángel solar.

–¿Mi ángel solar?

–Algunos le llaman Yo superior.

–Pero... ¿y si no soy capaz de hablar con él?

–Todo ser humano que humildemente ruega por más luz y amor, termina "escuchando" a su amado ángel solar.

–¿Qué es un ángel solar, Jason?

–Preguntas mucho, Eugene.

–Lo siento... es que anhelo tanto saber qué es la vida, qué camino debemos seguir para ser sabios, que siempre intento aprender.

–En este momento, cuando transitamos sobre este sendero atravesando las inmensas praderas, ¿crees que el cuerpo físico es todo?

–Está claro que no. Yo, Eugene, soy una figura luminosa que sale todas las noches de su cuerpo y camina en libertad por los mundos de Sanat Kumara.

–Hay muchas personas que no tienen este conocimiento. Viven en el mundo aferrados a él, como si fuese lo único en el universo. En muchos casos es la forma correcta de vivir, pero cuando los seres humanos han evolucionado hacia la luz, o dicho de otra forma están en el proceso de "ex-volucionar", deben comenzar a entender que el mundo de sus sueños es la garantía de libertad.

–Parece mentira que existan personas que nieguen las realidades del mundo interno de Dios.

–Para poder dominar la materia, la inmersión debe ser total. Tiene un coste, aunque también la obtención de virtudes.

–¿Y el primer nivel, Jason?

–¿Temes deambular por el primer nivel?

–Sí.

–No es para menos.

–¿Es necesario que exista el primer nivel?

—Por supuesto, Eugene. El primer nivel onírico también es gratificante y a la vez rico en matices.

—Pero... parece tan rudo.

—La materia es ruda si la comparamos con la luz, que también es materia.

—El primer nivel es origen de muchas dificultades en la raza humana.

—El mundo del sexo ayuda a los entes a ser sensibles.

—Pero... ¿no le parece tremendo que sea la primera causa de asesinato?

—La fuerza del mundo del sexo es extraordinaria. Se podría decir que es lo que mantiene el universo unido.

—Sin embargo, en este segundo nivel, el sexo es un tanto más sutil, más idealista.

—No se pueden suprimir los distintos niveles de conciencia porque a algunos humanos nos parezcan demasiado burdos. En realidad, a nadie le obligan a permanecer anclado en determinado lugar. Si algo no le convence, busca algo mejor o peor, en definitiva, distinto, y toma otro rumbo.

—No parece que los que habitan en esos mundos sean libres de decidir.

—Cuanto más densos son los niveles, más leyes hay que obedecer.

—Intento entender.

—No sólo existen los seres humanos, Eugene.

—Están los ángeles como usted, maestro.

—En la Tierra hay una infinita gama de vidas. Desde las que habitan en el interior, donde hay ríos e inmensos lagos de magma, pasando por los que residen en las aguas y en la atmósfera.

—¿Y lo mismo pasa en los mundos internos?

—En el universo subjetivo de Dios hay distintos niveles y habitantes que pueden residir en los límites de uno y de otro. Es algo natural.

—John es uno de ellos.

—Él, recién ha conseguido salir del primer nivel y habitar en el segundo.

—¿Y su ángel solar?

—Su ángel solar estaba a punto de perder el control sobre su sombra.

—¿Cómo es posible?

—Para que los mundos evolucionen lo superior y lo inferior deben estar unidos. Aunque siempre hay excepciones, y en multitud de casos el hilo de unión se corta.

—¿Y qué ocurre en ese momento?

—Lo inferior permanece aislado de lo superior. Vagará durante eternidades en los mundos del primer nivel onírico y en el nivel físico. Pueden tener oportunidades de viajar a otros sistemas solares y continuar su vida densa, si ese es su deseo. En caso de que no consigan dar el salto a otros mundos, permanecerán dormidos cuando toda la conciencia y la luz hayan abandonado la materia densa.

—¿John Lottimore?

—John ya ha tomado una decisión. Ha retrasado un tanto su caminar, pero su grave error cometido también le servirá para acelerar el paso.

—¿Quién es usted, maestro?

—Yo nací en el Sol. No hice caso al consejo de mis padres y me sumergí en la materia densa de la Tierra.

—¿Se equivocó?

—Es difícil decirlo, Eugene.

—Pero... si usted, Jason, no hubiese estado aquí, tal vez John no se habría salvado.

—Puede ser.

—Entonces... se deduce que su estancia en la Tierra es un beneficio para algunas personas.

—Así es.

—Gracias, maestro, por ser y estar.

—¿No hemos quedado que me llamasen Jason?

—Perdón, Jason.

–Así está mejor.
 –Los habitantes de este segundo nivel parecen felices.
 –Muchos de ellos lo son, de lo contrario no estarían aquí,
 ¿no crees?
 –Tal vez algunos no saben salir de este nivel.
 –Sí que saben escapar. Muchos de ellos regresan al primer nivel.
 –Pero...
 –Es algo natural. La evolución de los seres no es una flecha que siempre vuela en la misma dirección.
 –Si se toma una decisión, se debe proseguir adelante – afirmó con fuerza Eugene.
 –Eres muy joven –contestó sonriendo Jason.
 –Cuando uno se compromete con los demás, debe cumplir.
 –Yo no cumplí mi obligación para con mis padres. Les desobedecí y descendí a este mundo.
 –Pero... eso es distinto.
 –Observa...
 –¿A esa pareja con los dos niños?
 –Sí, los que caminan delante de nosotros.
 –Van enfadados.
 –Sí.
 –Será por el sexo.
 –Parece que vas comprendiendo.
 –Es siempre igual. En unos segundos él desaparecerá y regresará al primer nivel con alguna mujer desvergonzada y lujuriosa.
 –No siempre lo es. Cuando lleguemos a las montañas lo comprenderás.
 –Me enerva ver a gente tan baja.
 –¿Por qué crees que es así?
 –No sé.
 –¿Quiénes son los mayores enemigos de los fumadores?
 –¿Los ex fumadores?
 –Sin duda alguna.

–Entonces, ¿me estás indicando, Jason, que yo soy una ex adicta al sexo? –tuteó enfadada a Jason.

–Es probable.

–Creo, Jason, que te estás pasando.

Strung miró a la joven Eugene. Un segundo después ya no estaba allí.

CAPÍTULO 62

LOS COMISIONADOS

***Black Stone** llamó a la puerta del despacho del alcaide Tucker.*

–Adelante –escuchó.

–Buenos días –saludó sorprendido al no ver al alcaide dentro del mismo y sí a tres hombres vestidos de negro.

–Siéntese, por favor, Stone.

–No tengo nada que contar –dijo con rudeza.

–¿La ley del silencio?

–No sé de qué me habla.

–Ya –respondió el comisionado que había iniciado el interrogatorio.

–Tal vez pueda estar interesado en hablar, y decirnos cómo el preso asesinado, Richard Blake, le clavó el cuchillo en el abdomen.

–No recuerdo tal asunto.

–Debería saber que Joe ya ha cantado.

–¿Quién es Joe?

–Sin duda, Stone, es un hombre duro, pero va a ver lo que ha declarado Joe.

El segundo de los inspectores venidos de Londres pulsó la tecla del video-reproductor.

–¿Qué ocurrió, Joe?

–No sé qué mosca le picó a Richard Blake. De repente, cuando caminábamos cerca de la biblioteca en dirección a la lavandería donde debíamos limpiar los suelos, sin mediar

palabra, asestó una puñalada a Black Stone y éste, en defensa propia, le clavó el tenedor en la yugular.

El inspector interrumpió el video.

—¿Y qué me van a hacer? ¿Añadir otra cadena perpetua a la que ya tengo? —ironizó Black Stone.

—Tal vez no sea lo que buscamos —intervino el tercero de los inspectores y que parecía ser el de mayor rango.

—Incrimínenme todo lo que deseen. Lo único que quiero es morirme de una puta vez y dejar este miserable mundo donde las ramera pululan como las moscas.

—Un poco de respeto, Stone —se acercó con intención amenazante el inspector que había detenido el video—reproductor.

—Dejadme tranquilo y si queréis, aisladme. Estoy cansado de estar aquí.

—¿Te gustaría salir? —preguntó el mayor de los inspectores.

Black Stone miró incrédulo ante lo que acababa de escuchar.

—No me gustan las bromas.

—Has oído bien, Stone.

—A mí no me puede salvar ni la reina.

—Quizás, sí.

—No me hagan reír.

—Todos los años se indulta a varios presos. Tú podrías ser uno de ellos, Stone.

—Soy un asesino. La sociedad protestaría. Se sentiría amenazada con mi liberación.

—Alguien nos ha dicho que has cambiado.

—No tengo amigos —dijo sin acordarse de Jason Doyle.

—Voy a ser sincero, Stone —tomó de nuevo la palabra el mayor de los inspectores.

—Le escucho.

—Hace muchos años que vamos detrás del alcaide Tucker. Sabemos que promueve toda clase de delitos: contrabando de

tabaco y alcohol, tráfico de blancas así como el de estupefacientes. Sólo necesitamos que declares.

—¿Declarar?

—Si no nos equivocamos, puedes confesar que has sido la mano derecha del alcaide Tucker, que has ejecutado a varios presos, obligado por su posición de poder, y que no has tenido otra opción.

Black Stone quedó pensativo.

—Estamos en contacto con el abogado de Jason Doyle, el señor Bradbury. También nos ha informado que su cliente hace unas semanas sufrió las iras del alcaide Tucker a través de tres de sus esbirros, entre los que probablemente estabas tú. Si es así, todavía estás en mejor situación para declarar.

—¿Podría hablar con el abogado de Jason Doyle?

—Por nosotros no hay problema. Si así lo deseas, en diez minutos puede presentarse.

—¿Y qué va a pasar hasta que declare?

—Si te decides, te declararemos testigo protegido y estarás con nosotros en un lugar secreto.

—¿Y Jason Doyle?

—No le entiendo —indicó el primero de los inspectores.

—¿Qué le pasará en caso de que yo quede libre? ¿Quizás vayan a por él los amigos de Tucker?

—¿Tanto te importa Jason Doyle?

—Es un hombre de Dios —respondió dejando a los comisionados perplejos.

—Él no va a declarar en contra de nadie. Simplemente dirá la verdad: que él no vio a los que le atacaron.

—Entiendo. Es una manera de anexar el asunto anterior para que yo atestigüe. Richard, Joe y yo fuimos la mano ejecutora de la voluntad del alcaide Tucker.

—Exactamente.

En ese instante llamaron a la puerta.

—Adelante.

William Bradbury entró. Miró a Black Stone, quien se levantó instintivamente. Era la primera vez en toda su vida que un abogado, no de oficio, se preocupaba por él.

—Su nuevo cliente, Black Stone —le presentó el inspector más joven.

—Encantado —saludó el abogado a Stone.

Black le dio la mano, pero no dijo nada. Estaba en una especie de shock. Parecía como si la vida hubiese dado un giro de ciento ochenta grados desde que había salvado a Jason Doyle.

—Le escuchamos, William —dijo el jefe de la comisión de investigación.

—Mi cliente, Jason Doyle, fue agredido por unos desconocidos. De regreso del hospital fue asignado a la biblioteca y el pasado catorce de febrero, mientras permanecía cubriendo su turno de bibliotecario, irrumpieron en la sala Joe Morrison, Richard Blake y John Lottimore, alias Black Stone. Richard se abalanzó sobre mi cliente, Jason Doyle, le agarró del cuello y cuando intentaba asestar el golpe mortal con un cuchillo, John Lottimore le detuvo en seco clavándole tres veces un tenedor en la yugular y salvando a mi cliente de una muerte segura.

—¿Por qué defendió a Jason Doyle? —preguntó el comisionado mayor.

—Ya lo he dicho. Porque es un hombre santo—respondió Black Stone.

—¿Acaso no es un asesino como usted, John?

—En absoluto. Él mató a un psicópata para defender a su hija.

—Eso no está demostrado, Stone.

—Yo conocía muy bien a Jack White. Era uno de los habituales en las orgías mensuales que organizaba el alcaide Tucker en su casa.

Los tres comisionados y William Bradbury se quedaron impactados por aquella declaración.

—¿Desea que le defienda, John? —interrumpió Bradbury el silencio sepulcral que duraba ya veinte segundos.

–Si sirve para algo...

–Yo confío en los comisionados –aseveró William.

–Entonces, yo confiaré en usted y en Jason.

–Nosotros confiamos en su declaración, John –añadió el comisionado jefe–, es de vital importancia. Con ella podremos liquidar el imperio de vicio y terror que campa en Bermuda.

–Sacad a John Lottimore de Casemates y llevadle donde ya sabéis hasta el día del juicio –ordenó Robert, el comisionado mayor.

Los dos inspectores que custodiaban a Black Stone y el susodicho salieron del despacho del "imputado" alcaide Tucker.

–¿Cómo va el recurso de Jason? –preguntó el comisionado.

–Estamos en ello. Hay que conseguir hacer nuevas pruebas forenses a cinco mujeres asesinadas y comprobar que el ADN que permanece en el interior de sus cuerpos es el de Jack White.

–El análisis de los polimorfismos del ADN va a suponer una completa revolución en nuestra profesión.

–Algunos criminales como Jack White podrán ser identificados.

–Cuenta con nuestra colaboración en Londres, William.

–Gracias, señor comisionado –respondió Bradbury.

–Llámame, Robert, por favor.

–Mil gracias, Robert.

–A ti, William. Parece que después de diez años vamos a poder coger a Tucker.

–Las personas como él hacen mucho daño.

–Enseguida saben cómo rodearse de gente de la peor calaña.

–Robert.

–¿Sí?

–Se dice que los sabios egipcios encerraron algunos conceptos de su enorme sabiduría en los naipes que la gente de baja estopa utilizaba continuamente. Sabían que con toda

seguridad el mal perduraría eternamente, mientras que el bien se ve obligado, en su eternidad, a aparecer cíclicamente.

–No me extraña. Todos nos sentimos atraídos por el vicio. Lo llevamos innato.

–Así es.

–En ocasiones es muy difícil ser inocente, puro y bondadoso.

–Estamos de acuerdo, señor comisionado.

–Tenemos mucho trabajo por delante.

–De eso sí que podemos estar contentos. Nunca nos faltarán los criminales –terminó con ironía el abogado William Bradbury.

–Ni los corruptos. Vamos a tomarnos un receso –sugirió el comisionado Robert.

CAPÍTULO 63

EN EL SEGUNDO NIVEL

El orden y la armonía parecían ser el denominador común del segundo nivel del mundo subjetivo del Señor de la Tierra, Sanat Kumara.

Multitud de senderos se bifurcaban hasta donde se perdía la vista de Strung. Las poblaciones eran pura y llanamente un lugar a disposición de las familias. Padres jóvenes que paseaban observando cómo sus hijos disfrutaban de juegos infantiles. En algunos lugares apartados, los adolescentes se entregaban al placer sexual recatadamente. Su cara era la de aquellos que ven en su pareja lo más bondadoso y bello que llevan en el interior de su corazón.

Sus dedos acariciaban las formas delicadas y bellas del sexo contrario. Las manos se deslizaban plácidamente y los abrazos y besos se prodigaban durante largo tiempo, tanto que incluso cansaban y aburrían a cualquier observador casual que acertase a pasar por allí.

Las mujeres embarazadas mostraban con orgullo el fruto de su relación amorosa.

Cada una de las variadas escenas que se pudiesen dar en el ámbito familiar estaba representada en aquel segundo nivel.

Strung caminó sin detenerse en aquel benéfico mundo. Nada de lo que allí veía se le hacía nuevo. En cierto momento recordó a Jane y Rosamunde, pero tenía un objetivo y estaba allí para darle cumplimiento.

Las cimas se adivinaban difíciles de ascender. No era un problema de velocidad, rapidez o esfuerzo físico. La dificultad era psicológica al igual que en el lago Kragken

¿Qué ser humano en su sano juicio osaría abandonar aquel jardín del amor?

Por lo tanto se preveía el surgimiento de cierta dificultad ante la inercia provocada por la armonía, al menos para aquellos humanos que ansiaban la paz, la felicidad y el amor ilimitado.

Mientras observaba detenidamente la belleza de las montañas nevadas, alguien conocido le llamó.

—Maestro.

—Hola, Eugene. ¡Qué alegría verte!

—¿Puedo acompañarle?

—Por supuesto —respondió a la mujer de aspecto maduro que le saludaba.

—Fue un error sentirme ultrajada en nuestro último encuentro.

—¿Te ofendiste? —preguntó Jason mientras sonreía.

—Ya sabe que sí, maestro.

—Era algo natural. Quizás yo fui poco delicado.

—En absoluto. Simplemente expresó lo que creyó que podía ser una realidad, y de hecho lo era. Por ello me enfadé tanto.

—Parece que de aquello han pasado algunos años.

—Una eternidad.

—Sin embargo, a mí me ha parecido que ocurrió hace apenas unos días.

–Da la impresión de que en los niveles oníricos se superponen las distintas épocas de un ser humano –intentó descifrar Eugene.

–Es algo que ya comencé a notar al entrar aquí.

–Creo que depende del estado de ánimo con el que iniciamos un sueño.

–Probablemente. Algunos días de nuestra vida parecemos tener quince años y otros casi mil.

–Y si un día determinado necesitamos volver a nuestra niñez, esa noche soñamos con una escena en la que aparecen nuestros padres o los sustitutos de nuestros padres. Si por el contrario, pasamos por una época en la que cunde el desánimo, en ocasiones soñamos que somos ancianos que apenas son capaces de arrastrarse sobre sus pies.

–Entonces... ¿tú no eres la niña tan traviesa que se llama Eugene?

–¡Claro que soy esa niña revoltosa!

–Creo que no te entiendo –continuó Jason sonriendo.

–Pero también soy la mujer bella que enamora a los jóvenes.

–¿Cómo puede ser, Eugene?

–Lo sabe mejor que yo, maestro.

–Pero no sé si tú lo sabes.

–Es algo que he aprendido desde la última vez que nos vimos.

–Sin embargo, olvidas algo, Eugene.

–¿Yo? –preguntó Eugene temiendo haber pasado por alto algo importante.

–Sí, tú.

–No... sé...

–Te has olvidado de mi nombre.

–Disculpa, Jason. Se me hace muy difícil no tratar de usted a un superior.

–Tranquila, Eugene.

–Entonces... ¿no estás enfadado conmigo?

- Por supuesto que no, jovencita.
- años. —Gracias por lo de jovencita, pero tengo sesenta y dos años.
- Yo te veo como una mujercita de cara risueña.
- Gracias, Jason.
- ¿Así es que fuiste una adicta al sexo?
- Sí.
- Es normal, ¿no crees?
- Supongo. Lo que ocurre es que parece que algo así no es natural.
- El sexo en sus infinitas facetas es la fuerza más grande del universo en el que habitamos.
- Parece una afirmación propia de Sigmund Freud.
- Me suena un poco el nombre.
- ¿No conoces a uno de los grandes sabios de la humanidad?
- No he leído su obra.
- Entonces...
- ¿Sí?
- No sé... me he quedado un poco perpleja.
- Apenas llevo veinte años en la Tierra.
- No te entiendo, Jason.
- Jason Doyle fue un hombre de finanzas que se suicidó.
- Entonces...
- Mi verdadero nombre es Strung.
- ¿Y por qué deseas que te llame Jason?
- Porque es mi nombre en el nivel físico de vuestro planeta. Y porque gracias a Jason Doyle he podido permanecer en él durante veinte años en los que estoy adquiriendo gran experiencia.
- Creo que también hay algo más.
- No sé, Eugene.
- Es porque Jason Doyle significa sencillez y humildad.
- Puede ser.
- Tildarse uno mismo de maestro, es un tanto arrogante.

—En la mayoría de ocasiones así es.

—¿Sientes vergüenza por tu origen?

—No. Pero sí que es verdad que yo no actué como un verdadero hijo solar, abandonando mi casa, mis padres y descendiendo a este planeta.

—¿Estás arrepentido?

—En absoluto. Creo que he tomado un camino diferente que me está convirtiendo, por derecho propio, y no por nacimiento, en un verdadero ángel solar.

—Sin duda, Strung, usted es un maestro.

Los ojos de Jason dejaron aflorar varias lágrimas. El corazón de aquella mujer estaba llegando hasta el suyo.

—¿Sabes qué es lo que me hizo descender a este abismo planetario?

—No.

—La atracción que sobre mí ejercía la materia.

—¿Por eso dice que el universo es sexo?

—Sí.

—Supongo que en la palabra sexo está englobando una gran cantidad de conceptos distintos.

—Así es, Eugene.

—Creo que empiezo a entender.

—Para que las almas se integren en el plano físico hace falta una enorme fuerza magnética.

—A las almas les atrae la materia.

—En realidad, ya sabemos que materia y energía es todo lo mismo. Consecuentemente podríamos afirmar que la energía de baja intensidad atrae como un imán a la energía de mayor intensidad.

—Sin embargo, en este momento vamos hacia la luz.

—Correcto. Caminamos hacia la luz porque la energía de baja densidad nos cansa y no nos estimula y revitaliza.

—No es cuestión de bien y mal.

—Los términos bien y mal son tan ambiguos y limitados que casi prefiero no utilizarlos. Diríamos que, como puntos de

energía que somos las almas, buscamos estimularnos de una forma o de otra para sentirnos vivos.

—¿Por eso en el primer nivel del mundo onírico existe tanta violencia?

—Mi opinión es que es una de las causas. Hay muchas categorías de seres humanos, pero es cierto que todas y cada una de ellas se han estimulado a través de los placeres más groseros. Seguro que todos hemos sentido la atracción por lo denso, y gracias al contacto hemos podido brillar o por el contrario apagarnos más.

—¿No es porque somos mejores o peores?

—Los ríos de energía son tan inmensos que, queramos o no, todo se ve impelido a mezclarse y estimularse hasta un determinado momento en el que las partículas individuales ya no perciben la fuerte atracción de la energía densa y entonces cambian de nivel.

—Pero, por lo que comentamos el otro día, la estabilización en un determinado nivel no es definitiva.

—Exactamente, puede suceder que durante mucho tiempo un ser humano permanezca en un estrato de conciencia y se sienta impelido a cambiar hacia lo más denso o lo menos grosero. Sus hábitos y su constitución no están preparados para mantenerse arriba o abajo. Cuando está abajo siente una profunda añoranza por la luz. Y cuando está arriba percibe el deseo de sentir en su constitución material el roce, la fuerza, la fricción que le haga recordar experiencias pasadas.

—Tal vez es lo que Strung, el hijo del Sol, sintió dentro de sí mismo, el anhelo de experimentar los mundos que en algún lejano tiempo habitó.

—Así es, Eugene.

—No debería haberme enfadado cuando sugeriste que había sido una adicta al sexo.

—Simplemente enuncié una realidad. En absoluto juzgué, puesto que entonces también debería juzgarme a mí mismo.

—¿Es bueno perdonarnos a nosotros mismos?

- Por supuesto.
- Maestro...
- ¿Sí?
- ¿Y la atracción que siento por usted?
- Conforme los seres humanos van ascendiendo se van unificando.
- No le entiendo.
- Las almas en realidad son multitud de puntos que forman una enorme alma que es utilizada por "Dios".
- ¿Dios?
- En tu caso, Sanat Kumara.
- ¿Y en el suyo?
- No lo sé todavía.
- Cada vez me quedo más perpleja.
- Que una entidad solar sea más sabia que una entidad joven humana no significa que conozca verdaderamente su origen y destino.
- Pero... usted, maestro...
- Todavía no sé la verdadera causa por la que bajé a la Tierra.
- ¿No era sólo por experimentar?
- Detrás de una causa, siempre hay otra.
- Creo entender.
- Se podría enunciar lo siguiente. El Corazón del Sol es un destino para los diversos seres que habitan nuestro sistema solar. Más allá del Corazón del Sol hay otras estrellas, otros mundos que esperan a los hijos del Sol.
- Pero si fuese así, usted no debería haber descendido a la Tierra, puesto que su destino estaría más allá del Sol.
- Aunque el Logos solar es la entidad suprema de nuestro sistema solar, sus hermanos, los Espíritus o Logos de los distintos planetas están asociados con otros seis sistemas solares.
- Significa que tal vez su destino, maestro, es otro sistema solar.
- Así es. O mejor expresado, así puede ser.

–Pero... ¿por qué ha descendido a la Tierra?

–Sanat Kumara es una entidad maravillosa. Con su poder otorga vida y energía a muchos espíritus de la Tierra, no obstante tiene una relación especial con otras partes del universo. ¿Cómo puedo saber si existe una relación especial entre Sanat Kumara y la estrella a la que algún día debo partir?

–¿Cómo puede el Señor de un planeta menor tener relación con el Señor de una estrella lejana?

–Por las relaciones que pudieron haber ocurrido antaño. Por ejemplo, tú y yo estamos caminando ahora, en este momento, por el segundo nivel onírico del mundo interno de Dios.

–¿Y?

–¿Acaso sabes qué te deparará el destino?

–No. Sinceramente, soy un ser humano penosamente ignorante respecto a mi futuro y mi destino, aunque no entiendo por qué motivo hemos pasado en nuestra conversación desde el mundo de las estrellas a nuestro discurrir por este nivel.

–Imagina, y solo imagina, puesto que el destino es en ocasiones un libro donde muchos detalles no están escritos...

–¿Qué debo imaginar, maestro?

–Imagina que lo que es un encuentro por casualidad, llega a ser algo más. Que debido a la cualidad de nuestros rayos originales, en un futuro nos fusionemos bajo el mismo Señor de Rayo. Y un buen día a mí me destinan a un lugar lejano, remoto, tanto como a cientos de años luz del Sol.

–Intento captar.

–Imagina que a mí me destinan a un planeta determinado como supervisor, y que necesito un colaborador de confianza para cierto territorio del mencionado planeta.

–Entonces...

–Es lo que estás pensando. Supón que te ruego que me ayudes en el desarrollo de cierta civilización planetaria.

–Eso sería maravilloso, maestro.

–Respecto a vuestro sagrado Sanat Kumara, que habita en este humilde y pequeño planeta, puede ocurrir algo parecido.

—Me he perdido.

—Lo que intento decirte es que cabe la posibilidad de que Sanat Kumara tenga ciertos seres amados en otros lugares de mayor importancia. Él es una entidad divina que está localizada por ciertos Poderes de mayor abolengo que él. Quizás una de las razones por la que cíclicamente algunos ángeles solares descienden, por una causa o por otra para colaborar con tan divino Ser, es porque en algún futuro lejano, cuando abandone la Tierra, se dirigirá a ocupar un lugar de mayor categoría, como pudiera ser el de regente de un planeta de parecido tamaño y estirpe a los que tiene Júpiter en nuestro sistema solar.

—Es un tema fascinante, maestro.

—Sí.

—Entonces, Jason, ¿crees que tal vez nuestra asociación pueda tener un futuro? —En su ensimismamiento, Christine, de nuevo, sentía la cercanía de un amigo, Jason, y olvidaba la, a veces, fría y distante expresión de autoridad de la palabra usted.

—Sólo el tiempo lo dirá. Pero es cierto que estos sueños marcarán una etapa de progreso en tu corazón. Probablemente cuando despiertes en el mundo físico no recuerdes nada. Sin embargo eso no importa, y menos ahora. Esta conversación en sueños implantará en tu mente y en tu corazón una semilla, un punto de energía atractiva que te hará encaminarte hacia un estudio más profundo y una búsqueda más activa de lo que realmente te llena.

—Parece un poco penoso y engorroso que todo lo que hemos hablado aquí, en el segundo nivel, pueda perderse en la jungla de mis recuerdos —contestó Eugene, sin fijarse en las palabras: "y menos ahora"

—Tranquila, Eugene. Los procesos de camino hacia la luz son muy largos y requieren un desarrollo equilibrado de todas las facultades. Recuerda, los grandes santos fueron unos grandes pecadores.

—¿Quiere decir que para ser santo hay que pecar a conciencia? —dijo sonriendo Eugene.

- Veo que aprendes pronto a tener sentido del humor.
- Tengo miedo, Jason.
- ¿Miedo de qué, Eugene?
- De que esta sensación de bienestar se pierda y diluya. De que el futuro que parece irremediable, se convierta en algo improbable e imposible.
- Queramos o no, el futuro que tenemos por delante ya está trazado, lo que no significa que no podamos tomar una dirección u otra.
- No entiendo.
- Un niño en el vientre de su madre se convertirá en un hombre. El futuro ya está trazado. Sin embargo, los puntos de energía de ese ser tomarán diversos caminos. Incluso algunos de ellos abandonarán el cuerpo.
- ¿Quieres decir, Jason, que los procesos universales tienen un inicio, un desarrollo y un final, y que nosotros podemos continuar tal proceso o por el contrario insertarnos y ubicarnos en otras evoluciones distintas?
- Así es, Eugene.
- Entonces... hagamos lo que hagamos, siempre hay un futuro.
- Por supuesto. No me cabe la menor duda.
- Según esa manera de pensar, lo único que debemos hacer en cada momento es elegir. Y un futuro con unas posibilidades u otras nos estará esperando.
- El ser humano piensa que es el único y el mayor ser bajo la capa de las estrellas. Pero él no es nada más que una pequeña célula de una inmensa entidad que continúa su propio desarrollo independientemente de que el ser humano quiera o no quiera acompañar a tan extraordinario Ser. A su vez, tal entidad se ve insertada en otros organismos inconmensurables para los que ella es tan microcósmica y minúscula como lo es un ser humano con respecto al planeta Tierra.
- Jason Doyle se acercó a coger con la mano un poco de nieve para mostrarlo a Eugene. Ella ya no estaba.

CAPÍTULO 64

LA NUEVA VIDA DE JOHN LOTTIMORE

John Lottimore atravesó por última vez en su vida la verja de un centro penitenciario. Sus ojos apenas podían resistir la fuerza de los rayos de sol. Tal y como le habían prometido los dos comisionados y su jefe, Robert, fue indultado. El alcaide Tucker había sido internado en la isla de Wight. Al otro lado de la calle estaba el abogado William Bradbury; fue el primero en quien se fijó.

—Mil gracias, señor Bradbury.

—Gracias a ti, John.

Pero apenas había dado la mano al letrado, distinguió algo que le puso el corazón a ciento veinte pulsaciones por minuto.

—Han venido a recibirte —le indicó William.

La mujer que estaba junto a Jane dio unos pasos hacia Lottimore. Temía que tal vez él no la recibiese como ella deseaba y esperaba.

John dejó en el suelo la pequeña bolsa que portaba en la mano izquierda y se apresuró impacientemente al encuentro con la mujer.

—Christine.

—John.

Se abrazaron.

El cambio de Black Stone durante los últimos meses había sido tan enorme que nadie podía creerlo. Se podía decir que se había curado. Como si su enfermedad psicológica se tratase de unas fiebres que desaparecen gracias a unos medicamentos extraordinarios, de la misma forma se podía afirmar que John Lottimore había sido sanado de su terrible enfermedad mental.

Pasados unos minutos en completo silencio, Jane se acercó a John y se presentó.

–Hola John, soy Jane, la esposa de Jason Doyle.

–Mil gracias por todo, señora.

–Tú salvaste la vida de Jason. Es algo por lo que siempre estaremos agradecidos.

–Vamos al coche –sugirió William.

John Lottimore miró hacia Casemates. Levantó la mano y saludó hacia la ventana de Jason Doyle. De nuevo afloraron unas gruesas lágrimas al ver que les saludaba su amigo, quien le devolvió el saludo.

–¿Cómo es posible que me hayas encontrado, Christine? –preguntó John cuando ya estaban en el automóvil.

–Hace unos meses me desperté recitando una dirección: **Arlington 8, Hamilton, Bermuda**. Pensé que me volvería loca si no encontraba alguna respuesta. Escribí una carta y me respondió Jane. Y... aquí estoy.

–¡La información te la comunicó Jason en sueños!

–Debió ser así.

–Nos gustaría ir al puerto, John –le sugirió Bradbury.

–Lo que desee.

–Jane tiene algo que ofrecerte. Tal vez estés interesado.

–Sea lo que sea, estaré encantado.

Los cuatro bajaron del automóvil y caminaron por el muelle hasta llegar a cinco barcos de recreo que pertenecían a la misma compañía: "**Rise of the Phoenix**".

–Recién hemos adquirido el quinto barco. Necesitamos un hombre de confianza que acompañe al piloto –le dijo William.

–Pero... yo soy un ex convicto...

–Jason confía plenamente en ti –añadió Jane.

–No sé si estaré a la altura –dudó en voz alta John.

–Podemos proporcionaros una pequeña casita cerca del puerto para Christine y para ti.

Y por tercera vez en apenas una hora John Lottimore sintió que las lágrimas anegaban sus ojos.

Aquel hombre que ya no era Black Stone miró a Christine Asbury.

—¿Qué te parece, Christine?

—No tengo nada que me retenga en Londres.

—Soy ya un poco mayor —se expresó con temor John Lottimore.

—¿Tú?

—Sí.

—Para mí eres el mismo joven que tenía dieciséis años y me amaba apasionadamente.

—¿Y Jason? —preguntó John, acordándose de repente.

—Creo que Robert va a acelerar la respuesta por parte de las autoridades en Londres. Tenemos la esperanza de que en un año o dos pueda salir.

—Ojalá Dios —exclamó John.

—¿Queréis ver vuestra nueva casita? —preguntó Jane.

—Por favor —contestó Christine.

—Deduciremos del sueldo una pequeña cantidad como alquiler —indicó el abogado.

—Un problema muy grave, sin duda —añadió John.

—Veo que tiene sentido del humor —respondió William.

—Creo que en estos últimos meses Jason me lo ha contagiado.

Jane no añadió nada. No tenía fuerzas. ¡Añoraba tanto a Jason! Vivían cerca uno del otro y sin embargo un infinito abismo llamado Casemates les separaba físicamente.

CAPÍTULO 65

PENSAMIENTOS ÍNTIMOS DE SANTIAGO

Cuanto más leía, más deseos de conocer a Jason Doyle, tenía Santiago. La figura de un hombre así era realmente digna de admirar. Tal vez el viaje que estaban haciendo tenía como objetivo principal que Jany y Jason le conociesen. Sin embargo, ya le había dicho bien claramente que los hijos del Sol no se

preocupaban por los humanos, y que en este caso, si alguien era realmente importante para ellos, tenía el nombre de Elisabeth.

Quizás debería sentirse, como se decía actualmente, ninguneado. Se había enamorado de alguien "importante", tal vez era algo que debería soportar toda su vida, pero algo parecido debería haber vivido John Scott, y se le veía feliz y comprensivo.

Más bien, pertenecer a una familia así, era un regalo del universo. Que alguien como Elisabeth se hubiese fijado en su corazón, era una de las cosas más importantes que a un ser humano le podían ocurrir. Ella había descubierto su verdadera valía, sin intereses de ningún tipo, y había debido encontrar un tesoro a juzgar por el amor que le había otorgado desde el principio. Él era el padre de una criatura afortunada en una familia llena de amor. ¿Era poco? En absoluto. Era a lo que más podía aspirar un ser humano en sus relaciones con los demás: sentirse amado por lo que uno es, no por su riqueza o su estatus de poder.

CAPÍTULO 66

HACIA EL TERCER NIVEL

El límite del segundo nivel, como todas separaciones entre los diversos planos o dimensiones, estaba habitado por aquellos que estaban a punto de alcanzar el nivel superior y los que descendían esporádicamente.

La nieve se extendía tan ilimitadamente como lo habían hecho anteriormente las verdes praderas. Las pequeñas ciudades densamente pobladas por parejas jóvenes e hijos pequeños habían dado paso a diseminadas casas habitadas por matrimonios compuestos por personas más allá de los cincuenta años.

—Hola, Jason —saludó Eugene.

—Parece que todavía te acuerdas de mí —le dijo sonriendo Strung.

—Todos los días no se encuentra un excelente compañero de camino.

–Algunas personas pensarían que soy un tanto aburrido.
–Imagino que serán aquellos que gustan todavía de los fuertes placeres de la vida.

–Supongo.

–Todavía nos queda mucha nieve por delante.

–Es como un desierto blanco e inmenso.

–Los habitantes van menguando –especificó Eugene.

–Aquí únicamente están aquellos que ya no sienten atracción por la exuberante vitalidad de las zonas centrales del segundo nivel.

–Parece que ya no queda mucho amor en estas tierras.

–¿Por qué lo dices?

–Es evidente. Los habitantes viven solitariamente y los que lo hacen en pareja apenas muestran síntomas de que su amor resplandezca.

–Todas las parejas se aman, pero tienen en mente otro objetivo.

–Muchas mujeres parecen estar irritadas.

–El aspecto femenino de la naturaleza tiende a ser, como norma general, más cercano al polo material. Suelen analizar demasiado el comportamiento "incomprensible" de sus compañeros de camino.

–Pero siempre hay excepciones.

–Exactamente, lo que confirma la regla.

–¿Es de suponer que el aspecto femenino de este nivel prefiere la belleza de la familia?

–Según la cantidad de solitarios que hay, eso parece.

–Tal vez aquellos que tienen forma femenina no lo son totalmente.

–Creo que lo que realmente quieres decir es que da igual que se sea hombre o mujer, lo que realmente hace que se desplacen hacia el final del nivel dos es su alma.

–Si los seres humanos han disfrutado de una vida plena, sus deseos han sido cumplidos. Los sufrimientos que, sin lugar a dudas, han acuciado les hacen desear paz, armonía, belleza,

estabilidad y amor. Si la vida otorga todo ello, ya no quedan deseos por cumplir.

—¿Por eso la nieve asola estos lugares?

—Parece lógico. Aunque también podría haber un enorme y árido desierto de arena. Ambos extremos son hostiles para la vida humana.

—¿Y ahora qué, maestro?

—¿No habíamos quedado que me llamasen Jason?

—¿Qué nos espera, Jason?

—¿Tú qué esperas, Eugene?

—Yo espero ver a mi ángel solar y a Sanat Kumara.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber qué es la vida.

—Es una buena causa. Pero...

—¿Pero?

—Ya conoces a Sanat Kumara.

—No creo.

—Cundo se vive en el plano físico, el océano, las selvas, los desiertos, las montañas, las profundidades de los mares, el magma que lanzan los volcanes, las poderosas tormentas con sus terribles y deslumbrantes rayos y sonoros truenos... reflejan su belleza interna.

—No lo siento así, Jason.

—Y el amor en el primer nivel onírico. ¿Te parece poca expresión de fuerza la atracción magnética que ejerce sobre los apasionados adictos al sexo?

—¿Incluidos los asesinatos y las violaciones?

—Todo es Dios. ¿Acaso no lo has escuchado alguna vez?

—Pero... todo eso no puede ser parte de Dios.

—Hay gente que está tan dormida que necesita tales estímulos para adquirir energía y avanzar.

—Me estás induciendo al error, Jason.

—Entonces... ¿no te parece bien lo que ocurre en el nivel físico ni en los dos primeros niveles oníricos o de conciencia?

—No.

—¿Por qué?

—Porque busco algo más. Porque anhelo la eternidad, la belleza, la armonía. Porque necesito estar en camino hacia algún destino ignoto. Porque no me resigno a vivir en un lugar que no me llena.

—Porque te sientes insatisfecha.

—Sí.

—Sin embargo, muchas veces te has sentido colmada por el amor.

—Pero todo se termina.

—Entiendo. Eres una hedonista.

—No sé, Jason. Sólo sé que quiero más. Que busco ser feliz. Que necesito que mi corazón tenga alegría y gozo. Preciso saber qué es el universo.

—¿Y si no hay nada más, sino muerte?

—No temo a la muerte. Temo a la nada.

—¿A que no haya nada más?

—No se puede estar vivo y sentir la amargura de no saber.

—¿No te llena el amor de tus hijos, de tu pareja, de tu familia?

—Me colma, pero cuando todo va bien, cuando el momento perfecto se cumple, sé que no me puedo quedar ahí. Pienso que debe haber algo más.

—¿No te preocupa que detrás de las extensas mesetas cubiertas de nieve únicamente exista el vacío?

—Necesito respirar más allá, me veo impelida a buscar a Dios.

—¿Y si no existe?

—¡Cómo puedes decir eso, Jason!

—Quizás Dios no es lo que tú piensas.

—Dios es el creador de todas las cosas. El ser supremo de bondad infinita en el que vivimos.

—¿Qué capacidad pulmonar tienes, Eugene?

—¿Yo? —preguntó extrañada.

—No sé.

- ¿Cinco litros?
- Supongo.
- Entonces... ¿qué significa en verdad Dios para los pulmones?
- No entiendo, Jason.
- ¿No crees que todo el aire que rodea e interpenetra la Tierra es Dios para los cinco litros que puedes llegar a utilizar en un momento determinado?
- Sigo sin entender.
- Imagina que eres un pulmón, que eres inmensamente feliz cada vez que te llenas del aire que extraes de la atmósfera.
- Sí.
- En realidad, si únicamente fuésemos un pulmón, el aire que pudiésemos respirar a lo largo de toda una vida, y un poco más, sería suficiente para afirmar que el aire es infinito.
- Sigo sin entender.
- Imagina que eres un estómago. ¿Cuánta comida necesitarías a lo largo de toda tu vida, y un poco más, para ser feliz?
- Supongo que unos cuantos miles de toneladas.
- Ahora imagina que eres un extraordinario picapedrero. Que tu mayor placer es construir catedrales. ¿Cuántas piedras necesitarías y serías capaz de manejar a lo largo de toda tu vida?
- Digamos que como mucho, varios miles de toneladas.
- Ahora... vamos a suponer que tu mayor deseo es andar y que estás andando toda tu vida.
- Creo que empiezo a entender.
- Y por último. Calcula a las personas a las que puedes llegar a amar y a cuidar. Supongamos que son diez mil a lo largo de toda tu vida.
- ¿Quieres decir, Jason, que en realidad el concepto de Dios es un concepto abstracto que excede nuestra capacidad de comprensión?
- Exactamente.

—¿Quizás es que somos unos ilusos por intentar manejar un concepto tan amplio?

—¿Sabes la cantidad de energía que se genera en nuestro planeta?

—No.

—No sólo la que proviene de nuestra estrella, sino la que también es generada por el movimiento propio del planeta. Es tan inmensa que no somos capaces de manejarla. Todavía no controlamos los procesos atmosféricos, y, menos, los originados en el centro de la Tierra. Por lo tanto, es posible que necesitemos reestructurar nuestro pensamiento y usar poco a poco aquello que únicamente somos capaces de manejar. O dicho de otra forma, es preciso que limitemos nuestras ansias y anhelos a aquello que está en nuestras manos conseguir y utilizar.

—Es como si dijese, Jason, que nuestro lenguaje no es el adecuado.

—Exactamente. ¿Para qué utilizamos el término infinito, cuando el minúsculo planeta en el que vivimos es para nosotros, como individuos, extraordinariamente grande y poderoso? Un simple rayo nos aniquilaría. Ni siquiera abarcamos toda la energía que es generada por nuestro diminuto pedazo de "asteroide" con atmósfera.

—Es como si hablásemos de algo que no entendemos.

—Utilizamos el término infinito, intentando comprenderlo, y sin embargo no somos capaces de redirigir y transmutar individualmente la ridícula fracción de energía que llega a nuestro cuerpo procedente del espacio. Dicho de otra forma, ¿de qué nos serviría, extrapolando un tanto todo, que Dios fuese infinitamente grande y majestuoso, imaginemos, como nuestro sistema solar si nosotros sólo podemos captar una milmillonésima parte de su energía?

—Creo que lo que intentas decir es que el ser humano no es realmente capaz de comprender la existencia de una entidad tan inmensamente grande como todo nuestro sistema solar, o incluso nuestro humilde planeta.

—Exactamente. Los ateos dicen: Dios no existe. Los creyentes dicen: Dios existe. Y tanto unos como otros están utilizando palabras sin sentido, pues nadie en nuestro mundo es capaz de comprender, de abarcar los inmensos y eternos movimientos de las incontables galaxias, ni siquiera de nuestro propio planeta.

—Y aun así, necesito saber —reflexionó con voz penosa, Eugene.

—Mi exposición te ha puesto triste.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque parece como si aquello en lo que tenía una enorme fe e ilusión se hubiese esfumado.

—Parece que olvidas algo.

—No sé qué puede ser.

—Mírate. ¿Dónde están tus pulmones o la sangre que corre por tus venas?

—No tenemos. Estamos en el segundo nivel del mundo onírico.

—¿Y qué significa?

—Que somos algo aparte del cuerpo físico.

—Exactamente.

—Pero... ambos sabemos que dependemos del cuerpo que en estos momentos está en reposo.

—Ya.

—¿Y no será al revés? ¿Que el cuerpo físico depende de nuestros cuerpos de luz?

—Al menos su conciencia, y cierto tipo de vida.

—Lo que se puede afirmar es que todos los que habitamos en estos niveles tenemos una relación con el mundo físico. Los hilos de luz que nos unen es probable que desaparezcan cuando el cuerpo físico se descomponga.

—Hay personas que habitan en estos mundos que no tienen ningún cordón dorado que les una al mundo físico. Que no los veas no significa que no existan.

—Entonces, vamos a ver si los vemos
Eugene. —sugirió

—La verdad es que tenemos un problema.

—¿Sólo uno? —respondió irónicamente Eugene.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto, Jason.

—¿Antes que el ser humano, existía la Tierra?

—Claro.

—¿Y antes que la Tierra, existía nuestro sistema solar?

—Básicamente sí, aunque todo se modelase al mismo tiempo, es de suponer que hubo alguna fracción del mismo que se formó con anterioridad.

—¿Y antes que el Sol, existía nuestra galaxia?

—Es de suponer.

—¿Y no se te hace algo extraño y paradójico?

—No sé a qué te refieres.

—¿Podríamos deducir que la inteligencia de las leyes universales existían antes que la Tierra?

—Todo el mundo que ha ido a la escuela sabe perfectamente que el mundo se hizo a sí mismo.

—Pero... aunque se hiciese a sí mismo, se puede conjeturar que algo de inteligencia había.

—Parece razonable.

—Según estudiamos los humanos, todo surgió así, espontáneamente, como de improviso. Por una casualidad el código genético humano se ordenó a sí mismo, a ciegas, y consiguió desarrollar los animales y los humanos.

—Claro. Así es. La evolución, que es de miles de millones de años, terminó por desarrollar al ser más inteligente que conocemos que somos nosotros.

—¿Y no crees que hay algo que no cuadra?

—Es todo lógico.

—Claro, y habrá un momento en el que los hombres serán capaces de crear galaxias.

—Bueno... afirmar eso es demasiado atrevido.

–Pero es el razonamiento natural. Los seres humanos, algo que apareció casualmente, cuando se desarrollen serán creadores del mundo.

–Puede ser.

–Pero... entonces... ¿quién creó el primer universo?

–Pues... humanos inteligentes que habían evolucionado de otro mundo anterior –respondió Eugene automáticamente.

–Entonces... parece razonable pensar que existen inteligencias o seres humanos que quizás fueron los iniciadores, aunque sólo fuese por herencia de sus ancestros humanos, de los mundos actuales.

–Si seguimos la lógica de la evolución, sí.

–Recapitulando diríamos. Existió un mundo, un universo anterior al nuestro en el que se desarrollaron seres humanos de una inteligencia tan vasta y tan extraordinaria que después de la implosión última del universo volvieron a iniciar la explosión inicial y a crear todos los millones de millones de galaxias y planetas.

–¿Queda bien, verdad?

–Entonces, de una manera o de otra estamos de acuerdo con algunos pensadores y filósofos antiguos.

–No sé.

–Los humanos anteriores a nosotros llegaron a un nivel de inteligencia tan extraordinario que fueron los diferentes creadores de los universos. Si en lugar de humanos dejamos sólo el término inteligencias, potestades y dioses... llegamos a la misma conclusión que los antiguos.

–A que los Dioses crearon o diseñaron el universo conocido.

–Sí.

–Y ¿qué tiene que ver con lo que hemos comentado de si es antes el mundo físico que el mundo espiritual?

–Pues que necesariamente, en el proceso de creación o autodesarrollo de los universos, la inteligencia o las Inteligencias y los Dioses existían antes que el ser humano físico. Si no fuese

así, parece lógico pensar que no se pudieron construir los mundos, las estrellas y los planetas, puesto que el ser humano, ser supremo de la creación no existía. Tampoco las leyes inteligentes.

—Me estás liando, Jason.

—No es mi intención.

—Pues estoy que exploto.

—Un simple razonamiento hace que tu mente se irrite.

—Parece que sí.

—Imagina si tienes que diseñar la estructura de un planeta o el funcionamiento de un sistema solar.

—Está claro que un sólo hombre no podría hacerlo. Tal vez millones de pensadores.

—De nuevo te acercas a la Sabiduría Universal.

—Por decir que millones de pensadores serían los que podrían crear los superuniversos.

—De una forma similar, en menor escala, nuestro cerebro está constituido de millones de neuronas y todas están unificadas por el pensamiento del regente.

—Creo que me voy a incendiar.

—No te preocupes... sólo estábamos jugando un poco mientras paseamos por este desierto inmenso de hielo y nieve.

—Pues me podías haber dicho que era un simple juego, Jason.

—¿No quieres acceder a otros niveles?

—Sí.

—Claro, y quieres ir con tu cuerpo físico, ¿no?

—No entiendo.

—En este momento estamos avanzado por el segundo nivel. Hemos pasado del mundo físico al mundo del primer nivel onírico. En ese nivel se practica el sexo, pero no se tiene cuerpo físico. Ahora estamos en el segundo nivel onírico pero no practicamos sexo de una forma tan burda como en el primer nivel. Aquí son útiles los afectos y sentimientos, no sólo se persigue el placer rudo y sanguinoliento, sino que se prodigan las caricias, y los cuerpos de luz son más livianos. Pero ahora estamos a punto

de pasar la frontera, hacia el tercer nivel. ¿Qué crees que encontraremos?

—No sé, Jason. Por eso hemos venido.

—Se podría decir que hasta ahora hemos sido actores que estaban en un escenario. En cierta forma siempre estamos actuando y sintiendo. Pero el tercer nivel es el mundo del pensamiento.

—¿Y si no deseo pensar, sino sentir y experimentar?

—¿No deseas conocer a Dios?

—Sí.

—La esencia de Dios no está en estos niveles. Todos son parte de Él, pero no son Él.

—¿No hemos quedado en que Dios es un concepto abstracto, una ilusión que el ser humano persigue?

—El concepto abstracto de Dios, sí. Sin embargo existen las inteligencias rectoras, que a su vez son regidas por otras superinteligencias, que a su vez dependen de otras mayores, y así hasta el infinito.

—Los seres humanos que evolucionaron en otro universo anterior a este y luego fueron los creadores del que vivimos ahora.

—Muy bien, Eugene... veo que has aprendido algo—sonrió Jason.

—Parece que el razonamiento anterior ha sido una forma de decirme que la sabiduría antigua expresa su interpretación del universo gracias a Entidades Inteligentes o Seres Humanos Agrupados Mentalmente.

—Creo que está muy bien expresado, Eugene.

—Se divisa un sendero que conduce hasta la cima de las montañas, y por el que transitan los habitantes de las fronteras. Son tantos los que van como los que vienen.

—Son seres humanos que buscan como tú, Eugene. No se conforman con tener placer físico o sentimental, desean tener placer intelectual.

—¿Existe el placer intelectual?

–Es el placer que sentimos mientras vamos dialogando sobre el universo.

–Pero eso no es placer.

–Entonces... ¿qué es?

–Trabajo mental.

–Cuando comenzamos afirmando que todo era sexo en el universo nos pareció una frase un tanto llamativa. Pero en cierto modo es así. ¿Cómo se podría denominar al maravilloso acto de respirar? ¿Acaso no es un acto de amor y de unión entre los pulmones y el aire? El oxígeno se queda adherido a los glóbulos rojos. El agua de los océanos se impregna de aire cuando anhelante impacta contra las costas. La tierra y el reino vegetal anhelan el agua. Las plantas se alimentan de luz y los animales y los humanos nos nutrimos de las plantas. Da la impresión de que todo el universo es un continuo acto de amor. Atracción y adquisición de lo necesario y entrega de lo que somos capaces de crear. Hacemos deporte porque necesitamos movernos, sentirnos vivos sobre la tierra, sobre el agua o sobre el aire. Utilizamos las bicicletas, los parapentes, los veleros... para penetrar en la vida. La vida nos llama y nosotros nos introducimos en ella. ¿Qué es la adquisición de dinero, de alimento, de poder, de inteligencia? Es una relación infinita que no tiene principio ni fin.

–El universo en sí mismo es un acto de amor.

–Se podría afirmar que un sol abraza a los planetas. Las fuerzas de atracción y separación generan movimientos que dan vida al universo. El ser humano no escapa a las inmensas fuerzas que compactan y que aman. Somos diminutas partículas atraídas por gigantescos campos de fuerza y consciencia, solo que no lo sabemos todavía. Es muy difícil saber por qué un ser humano desea conocer y aprender. Necesita leer, estudiar, ver, comprender, examinar. Hay un algo dentro de él que le impele a ir hacia adelante, y verdaderamente no encontramos la explicación.

–Tal vez es porque tiene un cerebro que necesita alimentarse de datos.

–En primera instancia así lo parece, pero de nuevo nos encontramos con la eterna pregunta: ¿por qué?

–Porque tenemos una sed infinita de ser y existir.

–Creo que es una excelente contestación, Eugene.

–¡He pensado por mí misma! –exclamó entusiasmada.

–Es hermoso sentir que en ocasiones percibimos un destello de luz.

–De seguro que tal pensamiento se ha expresado en mil ocasiones.

–Lo que verdaderamente importa es que para nosotros es un momento de iluminación. Es un estado especial que nos reconforta. Es el placer de extraer algo de la oscuridad de nuestra mente.

–Pero... si tenemos una sed infinita debe ser por algo.

–Vaya. Ya hemos vuelto a empezar –dijo sonriendo Jason.

–Pues sí que estamos bien.

–Hemos llegado a un punto del que quizás la mente y el razonamiento no pueda salir.

–¿Entonces?

–Toma –le ofreció Jason un puñado de nieve.

–¡Que rica! ¡Cómo refresca el rostro!

–Estamos llegando al límite del segundo nivel.

–¿Es aquello que se ve a lo lejos?

–Sí.

CAPÍTULO 67

LOS COLOSOS

Una terrible ventisca levantaba copos de nieve y hielo que se estrellaban contra los rostros de Jason y Eugene. Avanzaban casi con los ojos cerrados y la cabeza inclinada. La materia luminosa constitutiva del nivel onírico impactaba sobre la materia de sus propios cuerpos. Eugene y Jason se detuvieron ante dos

inmensas figuras que permanecían en una bifurcación de caminos.

—¡Dios! —exclamó Eugene.

Jason únicamente observó la reacción de su acompañante.

—No puede ser.

—¿La altura de las figuras?

—La altura... y lo que indican.

—El caminante debe elegir.

—Creía que habíamos pasado el primer nivel y que estábamos al final del segundo.

—Antes de pasar al tercer nivel, el viajero todavía tiene una oportunidad de no abandonar lo que verdaderamente es en ese momento.

—¿Y ahora qué? —preguntó la mujer desolada.

—Tienes que tomar una decisión.

Justamente cuando dijo la última palabra las dos figuras tomaron movimiento propio.

Eugene y Jason semejaban pequeñas hormigas ante aquellos dos colosos.

Un hombre desnudo, gigantesco, inmenso, acariciaba su miembro viril erecto y sonreía.

—Es tu última oportunidad —resonó en la mente de Eugene.

Una mujer mostraba íntegramente sus atributos. Una mano acariciaba su intimidad, la otra se deslizaba suavemente por los senos.

—Bienvenidos, cansados peregrinos. Ya habéis cumplido vuestra misión. Pasad y disfrutad de un merecido descanso.

Eugene comenzó a temblar. Se tambaleó y por fin cayó de rodillas. Por su mente pasaban multitud de escenas sexuales que habían ocurrido a lo largo de su dilatada y experimentada vida. Se sentía de nuevo una mujer joven, potente y atractiva. Se puso en pie, se acercó hasta la enorme figura masculina. Cada "poro" de su piel parecía recibir estímulos eléctricos que atravesaban su cuerpo de luz. Durante un instante sintió que ella misma era dos cuerpos, uno dentro de otro. Uno de ellos resplandecía con los

estímulos eléctricos que provenían de la figura masculina. Entre ambas formas gigantescas se abría un extenso camino. Más allá de los gigantes, hombres, mujeres y entidades desconocidas permanecían en una aparente orgía. Eugene se estaba desgarrando, se estaba dividiendo.

—¿No te animas? —le dijo un viajero que provenía del sendero que descendía de la cima de la montaña.

Eugene miraba atónita. La belleza de aquel joven era extraordinaria.

—El siguiente plano es un tanto aburrido. Sólo hay gente que parecen cadáveres. No sienten, no padecen... están muertos.

—¿Hablas del tercer nivel?

—Claro. Pasé al mismo para ver qué tal, pero me pareció inanimado. Sin embargo, aquí, sé, sin la menor duda, que estaré mejor.

—¿Y qué hay aquí?

—¿Aquí? ¿Me lo preguntas para ver si lo sé?

—Es que yo no sé qué hay.

—Aquí reside el poder inmenso de sentir y experimentar el placer más absoluto. No existe el límite del cuerpo físico. Se puede hacer el amor con quien quieras, como quieras, como seas capaz de imaginar. Con uno, con dos, con diez a la vez. Es como el primer nivel pero multiplicado por diez.

Eugene se estaba desgajando en dos personas distintas. Se cayó de nuevo, pero en esta ocasión de su propio cuerpo de luz surgió un doble de su figura. Era ella misma cuando tenía veintiocho años. Joven, impulsiva, atractiva...

—Yo voy contigo —le dijo al viajero.

—Sabía que vendrías —rió el apuesto muchacho estrechando a la joven por la cintura.

Las gigantescas e imponentes figuras desaparecieron. Eugene permanecía en el suelo, su rostro sentía el terrible frío del hielo bajo la nieve. Volvió su rostro hacia Jason quien se acercó y le tendió la mano.

–Gracias, amado maestro –fueron las tres primeras palabras que salieron de su garganta.

–Vamos, Eugene. La vida sigue.

CAPÍTULO 68

ALMA JOVEN

Conforme avanzaban, la ventisca cesó. Se extendía ante ellos una enorme llanura repleta de nieve recién caída. El pico más alto de las enormes montañas parecía al alcance de sus manos, y sobre él se mostraba un cielo azul. Ni la más minúscula de las nubes empañaba el diamantino color azulado. Cerca había un bello lago.

–Tengo sed, Jason.

–Bebamos del agua de la vida.

Eugene se acercó y cuando se inclinó a tomar agua con la mano se asustó. Era el mismo rostro que mostraba a los dieciocho años. Se palpó la cara mientras se miraba en el espejo del agua. Sin duda era ella. Miró a Jason. También parecía más joven que antes, si bien aparentaba cuarenta.

–¿Qué ha ocurrido, Jason?

–Reflejamos la edad que tenemos realmente.

–¡No puede ser!

–Lo es, Eugene.

–Pero... soy una adolescente.

–Algo parecido.

–Hace unos instantes tenía sesenta y dos.

–Conforme nos acercamos al lugar donde reside nuestra alma, vamos rejuveneciendo.

–¿Y los años transcurridos en el plano físico?

–La materia densa se deteriora rápidamente. La luz es más estable en estos niveles.

–Pero... tú eres más mayor.

—La edad de mi alma es distinta a la tuya.

—¿El alma no es eterna?

—El alma no es eterna, pero sí inmortal durante eones.

—La verdad que no entiendo nada.

—El alma es materia inteligente, es el resultado de la aproximación de la energía primaria llamada espíritu y la energía terciaria denominada materia. El producto de la interacción entre el espíritu eterno y la materia eterna es el alma inmortal.

—¿Entonces mi alma no se creó a la vez que la tuya, Jason?

—No.

—Tu alma es originaria de la interacción del Espíritu que utiliza la Tierra como vehículo y la materia de que está compuesta. Mi alma tiene un origen anterior a nuestro sistema solar.

—Está visto que tengo que aprender mucho, maestro.

—Todos necesitamos aprender, Eugene.

CAPÍTULO 69

MÁS ALLÁ DEL SEXO

—¿Puedo preguntarte algo, Eugene?

—Por supuesto, Jason.

—¿Por qué no te has quedado con tu cuerpo astral?

—¿Mi cuerpo astral?

—Tu doble. Nada en el mundo te lo hubiera impedido, y menos aún te hubiese pedido explicaciones.

—A nadie le amarga un dulce, pero...

—¿Sí?

—Algo en mi interior me decía que esa experiencia ya la conocía.

—Tu yo superior, tu alma.

—No sé, Jason. Pero tenía una cosa clara, que lo que verdaderamente en el fondo de mi ser anhelaba era continuar el camino hacia un algo desconocido que me atrae como un imán.

—Es un buen motivo.

—Maestro, ¿cree que podremos llegar hasta mi ángel solar?

—Hay una cosa cierta, Eugene.

—¿Sí?

—Cuando alguien siente un anhelo tan profundo es porque ya ha experimentado antes la fusión con su ángel solar.

—¿Quiere decir que el delgado hilo de luz, la lejana llama que percibo abstractamente es en realidad el recuerdo de mi unión con mi ángel solar?

—Así es.

—Entonces ¿voy por el camino adecuado?

—Muchos caminos son correctos, pero lo más importante es que la débil llama que una vez se sintió, no desaparezca.

—Eso sí que sería una tragedia.

—La más grande del mundo.

—¿Sabe, maestro?

—¿Sí?

—He sido una persona que ha disfrutado mucho del sexo. No sé la causa. Quizás estaba programado así por mi alma, pero no deseo volver a experimentar la sensación de estar perdida en el mundo. Esa terrible incertidumbre de no comprender qué es lo más importante en la vida.

—Y ¿qué es lo más valioso para ti, Eugene?

—Importante es todo, desde los inocentes juegos de nuestra infancia hasta los sacrificios que hacemos por nuestros seres queridos, pero, de verdad, lo que más estimo es esa débil llama de la fe en el universo, ese minúsculo y lejano sentimiento que percibo, de que más allá de este mundo está nuestro hogar.

—Ya eres una mujer sabia, Eugene. Sólo te queda la corona del vencedor.

—No diga eso, maestro. Soy una humilde servidora de Cristo.

—Nunca me habías expresado tan íntimo pensamiento, Eugene.

—Es que cada vez lo veo más claro. Comienzo a entender que mi ángel solar es uno con Cristo.

—No vas descaminada.

—¿Tal vez, el hecho de que comience a ver tan nítidamente tiene que ver con haber abandonado parte de mi cuerpo?

—En muy raras ocasiones vemos la verdad. Siempre observamos los acontecimientos a través de la luz coloreada de nuestros cuerpos.

—Hasta ahora no había notado una sensación tan poderosa que se originase en el corazón, en la frente y en la coronilla. ¿Qué puede ser?

—Son centros de energía, vehículos materiales necesarios para percibir lo externo y lo interno.

—Cuando permanecía en el mundo físico, recuerdo que el estómago se me irritaba en muchas ocasiones.

—En sus inmediaciones se ubica el centro de energía sentimental. Muchas de las variaciones e inestabilidad del carácter se generan o se reflejan en esa parte. Apenas se utiliza el corazón.

—Nunca había escuchado estas cosas, maestro.

—Como norma general no es necesario. Los humanos no necesitan en muchas ocasiones discernir el origen de sus conflictos, simplemente los tienen que resolver. La mayoría de ellos tienen alguna causa que no podemos descubrir, aunque si conseguimos asignar una pequeña parte del origen, al final se superan las dificultades. Dicho de una manera burda: un conductor puede conducir un automóvil con bastante pericia y sin embargo no tener ni idea de la estructura interna del vehículo.

—Tal vez es que los humanos nos referimos a lo mismo con distintos lenguajes.

—Hay quienes dicen: la mente que hay en Cristo. Para otros existe la mente universal. Para algunos, el subconsciente colectivo. Según ciertas personas el universo está compuesto por distintos planos: físico, etérico, astral, mental... etc. Un sinfín de definiciones que indican que hay algo común a los seres humanos, que no sabemos qué es, y que intentamos asignarle algún tipo de realidad.

—No obstante, ahora estamos en el mundo interno y lo vemos.

—Hay personas que están perdidas en los distintos niveles. No saben que el mundo en el que viven es uno de muchos posibles espacios habitables, y como consecuencia de su carencia creen que sólo hay un camino que seguir, que no hay otro lugar al que ir. Y ello les llega a desesperar. Pero la **Vida en quien vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser** es extraordinariamente fecunda en circunstancias y niveles donde se operan tales acontecimientos.

—Hablando, hablando, hemos llegado a la cima de la montaña nevada. Sin embargo no veo nada más allá del azul.

—¿Quizás no haya nada?

Eugene le miró asustada.

—Es broma —especificó, sonriendo, Jason.

—¡Vaya susto!

—Tendremos que lanzarnos hacia el abismo azul.

—¿No nos podemos caer?

—Claro que sí.

—Vamos, Jason. Esto es como una película. El bueno nunca muere.

—Ahora te haces la graciosa.

—Estamos ante el tercer nivel onírico. Aquí todo son sueños. Y como decía un sabio: la vida es sueño y los sueños, sueños son.

—Entonces... lánzate al vacío y no hables más.

—¿Te has enfadado, Jason?

—¿Tengo cara de enfadado? —respondió sonriendo.

- No, pero no me gusta nada esa expresión.
- ¿Es de una persona malvada?
- Es más bien la de una persona que es irresponsable. De alguien que tiene ganas de reírse por lo que va a suceder.
- ¡Noooooo!
- Es la expresión de un niño travieso.
- Vamos, arrójate de una vez.
- ¿Me pasará algo?
- ¿No has afirmado categóricamente que no te ocurrirá nada?
- Sí.
- Pues entonces, salta al vacío azul.
- Y si me hago daño con alguna piedra...
- Te harás daño sólo si quieres hacerte daño.
- ¿Es algún juego de palabras?
- Por supuesto. En ellas encontrarás la clave para ser feliz.
- No me hagas reír, Jason. Que no vendes nada.
- Lo digo en serio. El consejo vale cien libras esterlinas.
- Yo pensaba que estábamos aquí como amigos, no como si de un negocio se tratase.
- Entonces estabas mal informada. Mi objetivo es explotarte, lo que ocurre es que aún no sabes qué tipo de explotación será.
- No digas eso, Jason. No tiene gracia.
- Llevo esperando ya muchos minutos para ver si me puedo reír cuando te caigas.
- Pues, que sepa, maestro, que si es el último día de mi vida, no me ha gustado nada su manera de tratar a las alumnas.
- ¿Sí o no?
- ¿Sí o no? ¿Qué?
- Que si te precipitas o no.
- ¿Y si hay un río de fuego?
- ¿Qué ocurre si hay un río de fuego?
- Que me chamuscaré.

–Venga, ya –Jason terminó por empujar al abismo a Eugene.

CAPÍTULO 70

LA OCTAVA ESFERA

–¡Socorro! –gritó Eugene sintiendo cómo caía en un precipicio de color azul.

En unas décimas de segundo comprendió que si Jason la había empujado era porque no pasaría nada. Se relajó y comenzó a volar. Abajo se divisaba un enorme valle con casas blancas. Era un pueblecito. Descendió a las calles y era todo extrañamente antiguo. Quizás las casas tenían cien años y estaban encaladas. Cerca de una acera había dos hombres vestidos con indumentarias de los años treinta. Estaban preguntándose cómo arreglarían las bicicletas. Eugene les intentó hablar pero no parecían oír sus palabras.

–¿Continuamos Eugene? –le preguntó Jason.

–¿Dónde estamos?

–Estamos caminando cerca de un río.

–Vamos, Jason. Acabo de ver un pueblecito antiguo.

–Quizás lo hayas visto tú. Para mí, el lugar por donde paseamos, es un extenso valle por el que discurre un enorme río, y a los lados del mismo se vierten ingentes cantidades de agua a través de imponentes torrenteras.

–Es verdad. Ahora lo veo.

–Probablemente has recordado algún lugar de tu infancia.

–¿Y ahora qué, Jason? –continuó preguntado Eugene

–Aquí, la materia es tan obediente y dúctil al pensamiento que verdaderamente construimos nuestra propia realidad.

–Los bosques que estamos observando ahí a lo lejos los estás formando tú.

–¿Entonces... no hay nadie más en este mundo?

–Al contrario. El tercer nivel está compartido por la mayoría de los pensadores del universo. Aquí cada uno puede crear lo que sea capaz de imaginar según su poder e inteligencia.

–Parece algo maravilloso.

–Al principio sí, pero cuando se lleva un tiempo puede convertirse en una aterradora prisión.

–No lo entiendo, Jason.

–En la vida no es conveniente que los seres se confinen en sí mismos. Sus mundos creados serían como un laberinto que siempre lleva a los mismos sitios y el creador mental terminaría por ahogarse dentro de su propia creación.

–Sería algo así como un autista, que no se da cuenta de su entorno.

–El creador mental tiene unos recursos limitados, más allá de los cuales no puede recrear nada más. Y no solamente tendría tal limitación, sino que su poder sería minúsculo, pues lo que en verdad da poder a los creadores mentales es su capacidad de extraer recursos de otros creadores mayores que él. Sólo aquel creador que comprende que es parte de un grupo y que el mencionado grupo es parte de otro grupo mayor y así hasta el infinito, puede llegar a cotas altas de creación.

–Creo que ahora sí que entiendo. Siento horror ante un mundo en el que no hubiese nadie más junto a nosotros. Vivir siempre aislados sería la penalidad más terrible a la que se podría castigar a una persona.

–Sin duda alguna.

–Pero... algunos creadores parecen permanecer solos y aislados.

–Una cosa es que un creador mental trabaje aparentemente solo, y otra distinta es que no tenga ninguna conexión con el exterior. Por ejemplo: para que alguien sea un buen creador tiene que tener la capacidad de conectarse con su yo superior y por ende con todos los seres superiores con los que está conectado su ángel solar.

—Creo que lo entiendo muy bien. Los ángeles solares son entidades que participan de dos mundos, uno propio y otro común. Puesto que sus pensamientos se comunican automáticamente con los de su grupo, nunca están aislados. Siempre tienen presente en su mente a todos los demás ángeles solares.

—Veo que aprendes rápidamente. Y el hecho de que te cause horror o una cierta aversión el simple pensamiento de que un ser humano se considere aislado de todos los demás nos está indicando que tú no caerás en la octava esfera.

—¿La octava esfera?

—Es un plano donde terminan los creadores mentales que se han encerrado en su propio mundo.

—¿Cuál es su destino, Jason?

—La compasión de los ángeles exterminadores procede a aplicar el fuego superior para destruir el fuego de la mente.

—Tiene que ser terrible un encierro así.

—Al principio son felices. Construyen un mundo de alegría y belleza, pero sus personajes siempre hacen lo mismo, continuamente ejecutan idénticos procesos hasta que se convierten en autómatas. El creador permanece en un bucle del que no puede liberarse, y como te he comentado, la misericordia de los divinos creadores a través de sus ángeles de fuego destructor incinera todas las creaciones. El creador queda liberado y aprende la lección de la Unidad del Universo.

—Es extraño que aun sin conocer a ninguno de ellos sienta una profunda compasión.

—Hay veces que el orgullo es lo que ha motivado tal aislamiento, y éste es probablemente el mayor pecado que se pueda adquirir, porque es la base de casi todos los demás.

—Todos somos orgullosos.

—Sí, pero es porque somos niños o jóvenes. Con el tiempo vamos comprendiendo que la vida es mucho más sabia que nosotros mismos.

—Creo que sé por qué has formado tan bellos paisajes.

—¿Por qué?

—Porque es el denominador común de muchos de los creadores mentales. Te es más fácil realizarlo puesto que añade parte de tu energía a la de los demás creadores y porque reconocer la belleza de la Naturaleza es reconocer la potencia creadora de Dios, tal y como se demuestra en el mundo físico.

Jason miró a Eugene. No hacía falta decir lo que pensaba. Ambos continuaron caminando por tan extraordinario valle. La mujer tomó una bella flor y la regaló a Jason.

—Gracias.

—¿Por?

—Por todo, maestro, por todo.

CAPÍTULO 71

LAS ESFERAS MENTALES

Un inmenso espacio azul moteado por innumerables puntos de luz era el panorama que los dos viajeros tenían delante de sus ojos.

La mayoría de motitas luminosas permanecía insertada en una infinita red de líneas multicolores irregularmente distribuidas.

Las figuras más próximas mostraban mejor los detalles que en lontananza no se podían apreciar.

Los objetos más cercanos se revelaban como esferas de diversos tamaños y distinto brillo. Las había que apenas se podían observar debido a su gran resplandor. Otras estaban más apagadas.

—¡Uao! —exclamó Eugene.

—Es el tercer nivel en todo su esplendor —indicó Jason.

—Esto es algo extraordinario. Son millones de piedras preciosas que parpadean y están vivas.

—Nos recuerda a la Vía Láctea.

—Es cierto. Sin embargo esto es otra cosa. La multitud de hilos, el parpadeo de las formas ovoides así como su diferente tamaño otorga un plus de extraordinaria vitalidad. Además, estamos flotando, inmersos en un océano. Las esferas se esparcen hacia los cuatro puntos cardinales, arriba, abajo, en frente, detrás. Es como si estuviésemos buceando en un inimaginable mar de estrellas.

—Aquí sí que se puede afirmar que todo está conectado.

—Algunas de las formas no parecen tener conexiones.

—Son los tristemente famosos habitantes de la octava esfera.

—Me imaginaba que la octava esfera estaba aparte.

—Los mundos se superponen unos a otros, los niveles suelen estar en distintos espacios psicológicos, pero en ocasiones unos y otros se imbrican dentro en un mismo lugar. Un sordo no capta el sonido, y sin embargo las ondas están ahí.

—¿Podemos acercarnos a las esferas?

—Por supuesto —respondió Jason con cierto retintín.

—¿Por qué sonríes, Jason?

—No. Por nada.

—¡Qué enormes se van haciendo las esferas conforme nos acercamos!

—Esto sólo es el principio. Las hay mucho mayores.

Eugene avanzaba flotando hacia la primera esfera y de repente, unos metros antes de llegar hasta ella, salió repelida en dirección contraria. Jason sonrió.

—Vaya. Ahora sé por qué causa sonreías, Jason.

—¿Es curioso, verdad?

—Sí. Muy divertido para ti.

—Si no tienes la llave no puedes entrar.

—No habíamos hablado de ninguna llave.

—Se me había olvidado decírtelo.

—Lo que creo es que estabas esperando este momento para distraerte y disfrutar un poco.

—No lo niego.

- Vaya con Jason.
- Vamos, Eugene. Seguro que tú habrías hecho lo mismo.
- Tampoco parece que se distinga mucho en el interior de las esferas.
- Son como los cuerpos humanos. Se distingue la forma externa, pero no el interior. Si bien es cierto que la apariencia nos puede indicar algo de lo que puede descubrirse si se entra.
- Palpitan.
- Eugene se acercó de nuevo, esta vez más despacio, y palpó suavemente la energía que separaba al ovoide de su entorno.
- Emite vibraciones.
- Todas irradian distintas vibraciones. Si las has sentido, es que en algún aspecto tú te pareces a la esfera que acabas de tocar.
- Sin embargo, me rechaza.
- Hay dos formas de entrar en los ovoides. Primero vamos a ir paseando y tocándolas. En algunas esferas notaremos cómo las manos penetran en las mismas, en otras apenas seremos capaces de introducir un centímetro de dedo.
- ¿Podremos entrar en alguna?
- Eso espero.

CAPITULO 72

LIBRE AL FIN

El comisionado Robert había agilizado los trámites burocráticos y legales en Londres. Jack White fue declarado, postmortem, culpable de cinco asesinatos en distintas ciudades. El ADN que había comenzado a ser una herramienta de vital importancia en la ciencia forense después de 1980 lo había confirmado. La detención del alcaide Tucker había sido el detonante, gracias a la colaboración de Jason Doyle, a través de su abogado William Bradbury, y la declaración de Black Stone, que había liberado definitivamente a Jason.

No cabía duda de que si hubiese sido un preso normal, sin el más mínimo recurso económico, habría pasado el resto de su vida en Casemates. Pero el negocio de la empresa turística había adquirido enormes dimensiones, y además, paulatinamente se habían podido adentrar en el mundo de las piedras preciosas. De nuevo William Bradbury había conseguido grandes prebendas del gobierno de Bermuda así como del londinense con el fin de explotar la primera gruta encontrada por Jason Doyle. Paulatinamente, Jane, Jason y Rosamunde se habían convertido en una de las familias isleñas más acaudaladas. Había grandes fortunas, pero provenían de América del Norte y Europa.

El ex presidiario Duncan conducía el automóvil que llevaba a la familia al completo después de siete largos y terribles años.

—Gracias, señor —le dijo Duncan a Jason.

—Gracias a ti, Duncan. Si no hubiese sido por tu investigación no habríamos podido demostrar los asesinatos de Jack.

—Pronto podrá atender personalmente a los turistas, señor, y disfrutar del océano tal y como acostumbraba a hacerlo antes de entrar en Casemates.

—La libertad es el mayor bien que puede tener el ser humano.

—Y el amor —añadió Jane que tenía cogida con fuerza la mano de su esposo.

Jason Doyle sonrió.

—Tal vez ya esté viejo para el amor —le dijo con cariño a su esposa.

—Con que recuerdes cómo se da un beso, me conformaré.

—¿Así? —dijo sonriendo mientras besaba la frente de Jane.

—Espero que no tenga que volver a enseñarte como en los años sesenta.

—Si en la oscuridad me pones música de los Beatles, intentaré recordar.

–¡Papás! –gritó Rosamunde –me estáis avergonzando delante de William y Duncan.

–Tú, niña, observa cómo conduce de bien Duncan, y déjanos a los mayores que recuperemos el tiempo perdido –respondió con enfado fingido Jane.

–Mamá, tengo veintiún años, ya no soy una niña.

–¡Veintiún años! –exclamó Jason.

–Sí papá. Hace veintidós años que llamasteis a la cigüeña.

–Duncan y William echaron a reír.

–No le veo la gracia –protestó Rosamunde.

–Perdón –se disculpó el abogado.

–Por cierto, tendrás que decirle a papá las novedades –desvió la conversación Jane.

–¿Qué novedades? –preguntó Jason.

–No le hagas caso a mamá. Que es una exagerada.

–Pues no me dijeron el otro día las vecinas lo mismo –añadió Jane echando leña al fuego.

–Es sólo un amigo.

–Vaya. Ahora se llaman así: amigos.

Jason sonreía. Comprendía que todos estaban eufóricos, y él, todavía más.

–Siempre es bueno darse un beso en la mejilla –bromeó Jason.

–¿Scott, se llama? –continuó Jane.

–Sí –confesó por fin la hija.

–Supongo que será de Cambridge –dijo Jason sorprendiendo a todos.

–¿Cómo lo has sabido, papá?

–Es que lo he leído en tu frente.

–Ya me lo había avisado mamá. Es mejor que se lo digas a tu padre antes de que él lo averigüe.

–Ha sido pura deducción –continuaba sonriendo Jason.

–¿Deducción?

—Normal. Si llevas dos años estudiando en la universidad, es muy probable que te enamores de un apuesto galán de ojos azules y pelo rubio.

William, Duncan, Jane y Rosamunde miraron a Jason.

—¿Pasa algo? —preguntó Jason.

—¿Quién te lo ha dicho? —interrogó sorprendida Rosamunde.

—No sé. Se me ha ocurrido. ¿Es algo normal, no?

—Vamos a ver si adivinas de qué color es el mantel que he puesto en la mesa del salón —preguntó Jane.

—Está claro que es azul.

—Jolín, Jason. Das miedo.

—Vamos, Jane. Que son pequeños trucos que he aprendido durante estos largos años.

—Tus ojos vuelven a ser de fuego, Jason.

—Son porque estoy de nuevo con mi familia y mis amigos.

Jane no respondió, apretó fuertemente la mano de Jason, y dejó que las lágrimas se deslizasen sobre el cuero negro del interior del automóvil.

Santiago no pudo continuar más. Se quedó dormido con el diario de Strung, o mejor, el de Jason Doyle, tal y como le gustaba que le llamasen a protagonista. Quizás, al saber que había salido de Casemates, le había hecho perder gran parte del interés. Elisabeth se había despertado, pasó a ver cómo estaba su amado. Retiró el libro de sus manos, lo dejó en la mesilla y se acostó rodeando a Sant con sus brazos. Ahora, era ella la que no podía dormirse, cogió el libro y continuó leyéndolo por donde se había quedado Santiago.

CAPÍTULO 73

LA ESFERA DEL AMOR REPARADOR

Una inmensa esfera llamó la atención de los viajeros del tercer nivel.

—Es enorme, Jason —exclamó Eugene.

—Hay muchas así, lo que ocurre es que tú no eres capaz de interpretar toda la información que nos atraviesa.

—¿Quieres decir que si la he visto es porque tiene una vibración similar?

—Exactamente.

—Entonces... ¿podremos cruzar sus fronteras luminosas?

—Es muy probable.

—Hay un símbolo.

—Si lo has visto, es que ya, con total seguridad, se nos permitirá la entrada.

Eugene, impaciente por el descubrimiento, voló a mayor velocidad de lo que lo habían hecho hasta ese momento y se detuvo a cien metros de la inmensa esfera.

—Parece que el símbolo está compuesto de dos corazones.

—El primer corazón representa el amor que surge de nuestro centro cardíaco, el segundo corazón, con el vértice hacia arriba, se forma por la energía de las gónadas.

—¿Intentamos entrar? —preguntó sin entender totalmente lo que le acababa de comentar Jason.

—De acuerdo.

Eugene posó su mano sobre la pared de luz azulada y unos segundos más tarde la había atravesado totalmente. Si la esfera era de apariencia enorme, en su interior, el azul y rosa de su particular cielo se extendía hasta perderse la vista más allá de un horizonte lejano.

—Es imposible.

—¿Qué es imposible, Eugene?

—¡Es el jardín del amor!

–Es una bella y generosa descripción.

–No entiendo por qué añades "generosa".

–El recinto no es exactamente el jardín de las delicias.

–Pues es lo que estamos viendo conforme avanzamos. Una inmensa extensión de árboles y flores y cada cien metros aproximadamente, parejas de amantes besándose o acariciándose.

–¿No observas algo extraño en algunos de ellos, por no decir en la mayoría?

–¿Su extrema delgadez?

–¿Y algo más?

–¿Te refieres a aquellos hombres o mujeres que parecen estar enfermos?

–Son enfermos, Eugene.

–Pero... ¿cómo puede ser que haya enfermos en el tercer plano y en una esfera tan extraordinariamente bella?

–Son enfermos de amor.

–Oigo tus palabras y sin embargo creo que lo que quieres decir es que son convalecientes sexuales.

–Algo parecido.

–Parece como si algunos estuviesen más enfermos que otros, como si las parejas estuviesen compuestas por quienes parecen rebosar salud, energía y alegría y aquellos cuyos ojos están tristes.

–Creo que empiezas a entender.

–¿Por qué causa unos están alegres y otros tristes?

–Si relacionamos el símbolo que hemos contemplado en la entrada y la diversidad de habitantes, diría que aquellos que tienen los ojos alegres es porque utilizan, también, su corazón para amar, mientras que los que muestran tristeza han esquilado sus energías con el sexo. El sexo es, como decíamos, una parte de la fuerza más poderosa del universo. Es la energía que hace que la Tierra quede fecundada por la Vida. Es la energía que aglutina planetas, sistemas solares y galaxias.

–Todo es atracción.

–El conocedor y lo conocido. El conocedor trabaja con tesón para conseguir el conocimiento. Intenta atesorar en su cerebro y en su mente datos que le sirvan para interpretar la vida.

–Si es algo tan extraordinario, ¿por qué causa tristeza y enfermedad?

–Todo en la vida utilizado en demasía produce esa tristeza o agotamiento. Incluso el intelectual que se excede en su trabajo, termina por enfermar. El sexo no es una excepción.

–¿Y qué tiene que ver con el corazón, Jason?

–El corazón es el gran unificador, el sexo es una de las herramientas con que se sirve el amor. Dicho de otra forma, sexo es amor de corazón que se ha desviado del objetivo más amplio que es la atracción del universo.

–¿Quiere decir, maestro, que estos seres están aprendiendo a amar?

–Ciertamente. Aquellos que están un tanto más felices son humanos que han aprendido a utilizar también el corazón, aunque sea en escasa medida.

–Hacen el amor por compasión.

–Sí y no.

–Por amor y entrega.

–Es una mezcla de varias cualidades. Puesto que están en un plano intermedio entre un aspecto de la energía de atracción magnética y la energía de atracción sexual, son capaces de disfrutar de ambas.

–Hacen lo que mejor saben hacer.

–Son capaces de prodigar caricias con el corazón a la vez que se aman físicamente.

–¿Con el tiempo los enfermos se curan?

–La gran mayoría aprenden a amar con el corazón y con el sexo. El siguiente paso es llegar a amar con el corazón. Éste, también puede convertirse en un órgano de intercambio energético. Las energías que se interpenetran, pueden llegar a proporcionar placer. Es distinto, menos instantáneo... no se pueden comparar.

—Alguien que ha sufrido la enfermedad o la adicción es quien mejor comprende al enfermo.

—No se puede expresar de mejor manera.

Pasaban cerca de un bello jardín privado. Varios enfermeros parecían atender a un hombre de ojos azules, extremadamente delgado. Eugene se sintió perforada por la llamada de aquel joven anciano, o anciano joven, no lo habría podido especificar.

—Jason...

—¿Sí?

—Tengo que acercarme.

—De acuerdo.

—No creo que esté mucho tiempo con ese hombre de ojos azules.

—Continuaré atravesando esta sala. Esperaré un tiempo prudencial.

—Gracias, maestro.

Aquel libro era extraordinariamente valioso para su familia. Toda su historia reciente estaba relatada con sus más íntimos secretos. Muchos de ellos no eran ni más ni menos extraordinarios que los de cualquier familia, pero eran sangre de su sangre. Como cualquier ser humano, Elisabeth también estaba creciendo como alma en evolución, y muy a menudo releía algunas partes. Era como entrar en un lugar sagrado, donde siempre encontraba la paz y el amor. Existían las catedrales y los templos, edificios que contenían entre sus muros cierta clase de vida y energía; de la misma forma, aquel "diario" era un recipiente en el que estaban vertidas algunas gotas de sabiduría que bendecían a quien lo leía.

CAPÍTULO 74

EL VALLE DE LAS FLORES

Jane, Jason, Rosamunde, John Scott, Duncan y John Lottimore eran seis occidentales que caminaban por el Valle de las Flores. Al final del mismo se podían distinguir las cumbres gemelas de Nanda Devi.

Los dos ex convictos intentaban entenderse, a veces con gestos, con los cinco sherpas que les acompañaban en su sencilla y lenta expedición.

Más allá de la variada gama de colores, permanecían las montañas de la Diosa de la Felicidad.

Rosamunde y Scott se habían rezagado unos metros de Jane y Jason quienes avanzaban en primer lugar e intercambiaban esporádicas exclamaciones ante tal belleza.

–Papá –llamó Rosamunde a Jason.

–Háblanos de los hijos del Sol.

–Papá ya os ha contado casi todo –protestó Jane quien únicamente le apetecía andar al lado de su esposo y disfrutar de la grandiosidad de las montañas.

–Vamos, papá. Seguro que hay muchas cosas que nos puedes decir.

–La belleza de la Tierra es extraordinaria, parecida a la del Sol.

–Pero allí... ¿existen montañas?

–La materia del Sol es diferente, pero también existen inmensas montañas.

–Supongo que no habrá nieve.

–Eres muy curiosa, Rosamunde –dijo Scott.

–Tal y como los científicos humanos muestran, puede parecer que en él únicamente hay fuego y llamas. Sin embargo, la apariencia de la Tierra vista desde el Sol es como un mundo sin

luz, con un brillo propio muy poco intenso y que simplemente refleja la luz solar.

—Sin embargo, la Tierra es extraordinariamente hermosa.

—Es bella para los ojos humanos, que se han acostumbrado a los peculiares impactos luminosos. Por mi parte me atrevería a asegurar que el Sol es más hermoso que la Tierra.

—En eso no creo que nos pongamos de acuerdo —protestó Jane.

—Ya veo que sois muy objetivos, cuando alguien compara la belleza del Sol con la de vuestro planeta.

—Es que no tiene comparación. La Tierra es un diamante azul, y seguro que el Sol no es ni la mitad de bello.

—Es porque no tenéis los ojos de los hijos del Sol. Al igual que en la Tierra está la corteza que es donde habitamos y luego está la atmósfera con sus diversos niveles, en el Sol, según vuestros científicos tenemos la fotosfera, la cromosfera y la corona solar. La variedad de formas y colores de los que podemos disfrutar, probablemente son mucho más numerosos que los que ocurren en la Tierra. Miramos al cielo y continuamente cambian las distintas tonalidades, y además podemos viajar y flotar entre los distintos gases. Continuamente nos bañamos en las olas de energía que desde el centro de la estrella surgen. En ese sentido, la Tierra también tiene una afluencia de energía que viene desde su interior, pero en el Sol hay que multiplicarlo por miles de veces, con lo que se puede empezar a comprender que estamos sometidos a una gran gama de poderosas energías. Hay algo que es desconocido para los humanos: puesto que el Sol es una fuente de energía, cierta clase de ángeles se ven continuamente lanzados a recorrer el sistema solar completo, circunvalando cíclicamente todas divisiones espaciales, planetas y planetoides, y de esa forma revitalizan cada una de las partes del inmenso sistema solar. Estos devas o ángeles constituyen la esencia interna de la forma externa, están asociados con la energía, con el viento solar y con otro tipo de corrientes desconocidas. Habrá un tiempo en el que los científicos estudiarán las corrientes de energía solares, de

la misma forma que se estudia actualmente la circulación de la sangre en el cuerpo humano. Pero hay algo más. Existen siete Hijos del Sol o Señores de los Rayos que revitalizan internamente la conciencia del sistema solar. En sí mismos llevan la semilla de la evolución hacia algún punto tan lejano que los seres humanos apenas pueden adivinar.

—Entonces —interrumpió Rosamunde—, no hay nada vacío. Todo es energía y conciencia.

—Es una afirmación correcta, lo que ocurre es que una cosa es afirmarlo y otra vivirlo. Los humanos, encerrados en sus cuerpos, están aislados, como norma general, de tan extraordinaria vivencia.

—Somos presos de nuestros cuerpos.

Jason se detuvo, miró a las dos montañas de Nanda Devi y respiró profundamente.

—¿Acaso no es un inmenso milagro que existan los cuerpos humanos y podamos respirar y sentir la belleza de este humilde planeta? Por otro lado, tener un cuerpo físico tiene sus ventajas. Un hijo del Sol es un semidios respecto a la cantidad de energía que puede desplegar si reside en el lugar adecuado, como son los ríos de luz que atraviesan todo el sistema, pero no pueden apartarse de los flujos de luz y vida. Si lo hacen, en muy poco tiempo se ven mermados de facultades. Un ser humano es capaz de resistir más tiempo la falta de energía luminosa y revitalizante. Puede llevar consigo agua y alimentos y permanecer donde los semidioses estarían abocados a la desaparición de su cuerpo etérico.

Rosamunde miró a su padre. Presintió que no estaría mucho con ellos, al menos en forma física. Jane supo lo que Rosamunde había pensado. Cogió con enorme fuerza el brazo de su esposo, Jason Doyle, un hijo pródigo que había huido del Sol y se había refugiado en la Tierra. Las lágrimas rebosaron y desde las mejillas se depositaron sobre varias anémonas.

—¿Por qué lloras, Jane? —le preguntó Jason.

—Por lo felices que somos.

–Si tú lo quieres, siempre estarás conmigo.
 –Sí que lo quiero, Jason.
 –Entonces deberás aprender a amar con la energía del corazón.
 –¿Y cómo se ama con el corazón, Jason?
 –Piensa en que nuestros corazones están unidos por ríos de luz dorada.
 –¿Así de sencillo?
 –Nada hay sencillo en la vida, Jane.
 –Pero lo que dices parece fácil.
 –Deberás también tener fe en lo que digo.
 –Creo en ti, Jason.
 –Entonces sólo te quedará tejer un cordón de luz que una nuestros corazones.
 –¿Y si un día regresas al Sol?
 –Desde el Sol hasta la Tierra bastan ocho minutos de viaje. Imagina que vas al Sol.
 –Creo que eres tú el que está simplificando ahora las cosas.
 –Queramos o no, la vida nos lleva. Es cuestión de tener fe en ella.
 –Ojalá Dios, sea así.
 –Tenemos por delante un gran futuro, Jane. Si tú así lo deseas, en un tiempo no muy lejano, nuestras almas se unirán, después de unos años, no habrá ni tú ni yo. Nuestra conciencia se habrá unificado, y sólo en algunas ocasiones recordarás como algo borroso, como un bello sueño, tu vida en la Tierra.
 –¿Cómo puede ser, Jason?
 –El universo es Uno. Las almas permanecen en unidad mediante hilos de luz, y en ocasiones se unifican. Es una ley mucho más duradera que las propias galaxias. Primero Dios se separa en miles de millones de chispas. Cuando ha cumplido su objetivo inspira y mediante su poder comprime las conciencias, con ellas forma un núcleo de luz y espera a que llegue otra época, durante la cual las chispas se esparcen otra vez, y así por toda la

eternidad. Exhalación de los espíritus, creación de las almas, fusión con la materia inerte, multiplicidad de seres, reunificación de los seres en las almas, luego en los espíritus a través de la inhalación y la absorción en un punto central de toda la energía disipada.

–Pero... tardarás un tiempo en irte, ¿no, Jason?

Jason se inclinó, reposó una rodilla sobre la alfombra multicolor, tomó una delicada prímula y dos margaritas y las colocó en el cabello de Jane.

Rosamunde tomó el brazo de su madre y los tres caminaron, encabezando la pequeña expedición, a lo largo del sendero que conducía hacia el Santuario de Nanda Devi.

CAPÍTULO 75

LIBERTAD DE DEJAR O TOMAR

–¿Cómo te ha ido? –preguntó Jason cuando Eugene apareció de nuevo a su lado.

–Muy bien.

–¿Y el hombre de ojos azules?

–No sé si se curará.

–Si viene aquí es porque desea sanarse.

–¿Y quién lo hará?

–Cuando alguien anhela y suspira por conseguir algo, generalmente siempre suele haber quien puede ayudar.

–¿Por qué?

–Porque a alguien le interesa.

–¿Le interesa?

–No es un interés puramente egoísta o explotador. Es un interés en crecer como alma y espíritu.

–Es como lo que acabo de hacer con el hombre de ojos azules.

–Sí.

–Creo entender.

–Sentir amor compasivo es algo parecido a completar una pieza a la que le falta la mitad. Una parte anhela a la otra, y unidas forman un todo completo durante cierto período de tiempo.

–Quizás somos egoístas al actuar así.

–Realizar lo que uno internamente siente, es ser uno mismo.

–¿Y los que sienten que tienen que dominar a los demás?

–Puede ser una etapa en el camino.

–Se deduce que es bueno explotar a los demás.

–No hablo de explotar, sino de conducir.

–¿Y si los seres humanos no desean ser conducidos por otros seres humanos?

–¿Tú deseas que te conduzca?

–Es distinto.

–¿Por qué?

–Pues porque ambos vamos porque deseamos ir en compañía. Y yo aprecio enormemente tu sabiduría, Jason.

–Hay una diferencia entre ser explotado y ser ayudado, ¿no crees?

–Como norma general todos queremos ser libres, que nadie nos diga lo que tenemos que hacer, que no nos impongan por la fuerza cualquier tipo de deber.

–Si algo hay en el universo es libertad. En el mundo físico las personas son libres de matar o robar, otra cosa son las consecuencias si les cogen. También es cierto que si no les capturan, paulatinamente ellos mismos se convertirán en seres humanos más esclavos de las leyes universales, pero ciertamente pueden o no tomar decisiones.

–No nos gusta que nos obliguen.

–Tú misma estás eligiendo tu camino, Eugene.

–Sigo los impulsos internos que cada vez siento con más fuerza.

–Es de sabios seguir lo que el corazón nos indica.

–¿Y si fuese una imposición?

–Hay hombres que se niegan a seguir las sugerencias, los impactos luminosos de su propio ángel solar, cortan toda comunicación con su padre en el cielo y prefieren vivir con la mitad de sus potencialidades en mundos de los tres primeros niveles.

–Pero son libres.

–Imaginemos que un ser humano, que tiene dos brazos y dos piernas, comienza a pensar que será más libre cortándose las cuatro extremidades, y procede a cercenar los miembros.

–¡Qué horror!

–¿Sería más libre?

–No podría andar ni manejarse por sí mismo. Sería terrible.

–Lo que intento decir es que el ser humano es un compuesto de cuerpo físico, materia del primer y segundo nivel y materia del tercer nivel, en el que nos encontramos ahora. Has sido tú misma, Eugene, quien ha decidido amarse completamente y utilizar todos los cuerpos y todos los niveles conocidos y caminar sin descanso para encontrar al amado ángel solar.

–Percibimos un rumbo con la brújula de nuestro cuerpo y vamos hacia donde nos llevan las velas de nuestro anhelo.

–Es bueno rodearse de quienes han descubierto un peldaño más que nosotros, y valorar sus consejos, ¿no crees?

–¡Hay tantos falsos maestros interesados en su propio provecho!

–Tarde o temprano el discípulo termina por descubrirlo.

–Pero puede ser muy tarde, cuando ya no hay remedio, cuando el discípulo se ha metido en el barro de la explotación sexual y del vicio.

–La vida sigue, Eugene. Nada la detiene. Puede que tenga que dar rodeos.

–Quizás la vida tiene dos polos. Unos seres se dirigen hacia uno y otros hacia el otro.

–Sí.

–Entonces... ¿dónde está el bien absoluto?

—Creo que el bien absoluto es un concepto abstracto, al igual que dijimos en su día respecto a Dios. En un universo infinito para el ser humano, el bien absoluto es una entelequia. Imagina que una galaxia como entidad hiperconsciente tiene un propósito distinto al de otra y acontece un choque entre ambas. ¿Cuál es el bien absoluto?

—Parece que el ser humano utiliza conceptos que no se corresponden con la realidad.

—Es cierto que para nosotros, el propósito de la Vía Láctea es el bien absoluto. Incluso no hay que llegar tan lejos. El propósito de nuestro amado Sanat Kumara es tan extraordinario, tan enorme, tan perfecto con respecto a nuestra pequeñez e imperfección que podríamos denominar que tal propósito es el bien absoluto.

—Las distintas religiones, las diversas filosofías... ninguna de ellas contiene la verdad absoluta.

—Es lo que se deduce de lo que estamos hablando.

—Entonces ¿quién o qué será nuestro guía, Jason?

—No es necesario desentrañar el ultrínimo misterio del universo. Nosotros debemos avanzar peldaño a peldaño.

—¿Y quién nos asegura que vamos hacia el peldaño correcto?

—Nuestro corazón.

—¿Y si nos extraviarnos?

—Es difícil que el anhelo que surge de un corazón amoroso se equivoque.

—Sin embargo, hay seres que no tienen la guía de su corazón.

—Como ley general, todos seres humanos, al final hacen caso a su corazón, que es distinto a su plexo solar, lugar del que vienen muchas disensiones.

—Jason.

—¿Sí?

—Parece que hay una puerta dorada.

—La ha revelado tu anhelo, Eugene.

–¿Es la segunda forma de entrar en una esfera del tercer nivel?

–Es grato ver lo rápidamente que aprendes.

CAPÍTULO 76

LA PUERTA DORADA

La puerta dorada se abrió sin más. Los rayos de luz que provenían de aquel espacio iluminaron los cuerpos de Jason y Eugene. Pronto descubrieron que habían entrado en un inmenso templo que se elevaba en forma de espiral. Los residentes etéreos ascendían hasta perderse en el enorme túnel en que se convertía la cúpula central. Observando la forma en general, sin tener en cuenta los pequeños detalles, lo que ascendía era una columna dorada compuesta de multitud de diminutos puntos dorados. Con un ritmo lento, pero continuo y sin interrupciones, las figuras humanas ascendían hasta perderse en algún agujero o caverna de la espiral.

Eugene y Jason se sintieron más ligeros de lo que hasta ese momento ya habían sido.

–¿Dónde estamos, Jason? ¿Qué lugar tan maravilloso es este espacio dorado?

–Estamos en un vórtice de energía de sexto rayo.

–No entiendo, Jason.

–El sexto rayo es conocido como el Rayo de devoción e idealismo.

–¿Estoy en mi hogar, Jason?

–Parece ser que sí.

–¿Veré a Cristo?

–Estás en ello.

–¿Este vórtice es la antesala?

–Todos los vórtices de energía de los siete rayos son la antesala para ver a Cristo.

–Pero, ¿Cristo no es el Divino Señor de la Religión?

—Cristo es todavía más que eso. Es Maestro de maestros y de ángeles. Es el corazón del Señor del Mundo, cuya encarnación es Sanat Kumara. Pero si hablamos del Cristo Cósmico, diríamos que es la Segunda Persona del propio Sol.

—Yo amo a Cristo, Jason. Tengo un extraordinario fervor por Él.

—En la devoción también ocurre que los humanos utilizan palabras demasiado atrevidas.

—No entiendo, Jason.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Con cuantos seres humanos has sido capaz de identificarte?

—Suelo ser una persona que sabe ponerse en lugar de los demás.

—No me refiero a que seas una persona que sea comprensiva, me refiero a si eres una persona que es capaz de entrar en el cuerpo de otro ser humano, percibir lo que piensa y siente, y ser uno con esa persona.

—¿A tal acto llamas identificarse?

—Sí.

—Entonces está claro que soy una ilusa.

—No eres una ilusa, eres alguien que está en camino de encontrar a su ángel solar.

—Pero por lo que acabas de decir, yo no soy nadie. Nunca he entrado en el cuerpo de otra persona o en su mente.

—Tampoco es cierto. Puede ocurrir que lo hayas hecho y no te hayas dado cuenta.

—Cuando ocurre un milagro así, supongo que es un acontecimiento que no se puede olvidar.

—Es algo extraordinario. Aunque también hay quienes saben, sin saber que lo hacen, qué siente la persona que tienen enfrente. Seguro que a ti te ha pasado muchas veces, y lo mismo sucede a veces en algunos sueños que ni siquiera recordamos. Los que habitan temporalmente en los niveles oníricos, en muchas

ocasiones están inmersos en los pensamientos y sentimientos de otros humanos. Sin embargo, es una confusión tan grande la que tienen, que no se dan cuenta.

—Quizás tiene que ver con la compasión, tal y como sentí en el sanatorio.

—Así es. Libre de tu cuerpo físico, fuiste capaz de percibir, directamente, el sentimiento de abandono ante el que estaba postrado aquel hombre de ojos azules.

—Creo entenderte ahora. Lo que intentas explicarme es que cuando hablamos de Dios, de Cristo, de Buda... creemos que tenemos la capacidad de acercarnos, de identificarnos con ellos, cuando en realidad ni siquiera somos capaces de ser uno con diez personas a la vez.

—Exactamente.

—¿Tan lejos estoy de ver a Cristo?

—En este preciso momento estamos dentro de su Ser.

—¿En este inmenso templo?

—No importa que sea un velo externo que conduce a otro velo externo y después a los velos internos. Lo esencial es que te des cuenta de que ya estás en Cristo.

—Me siento una humilde servidora que tiene inflamado su corazón de amor.

—¿Lo ves? Ya dejas entrar la vibración del Cristo Cósmico en tu interior.

Cuando Jason finalizó la frase, Eugene ya no estaba con él. Se elevaba en espiral, incrementado con su pequeña chispa el río de luz que ascendía y formaba el vórtice dorado.

—Maestro, acompáñame —rogó.

Jason se elevó con Eugene. Millones de chispas ascendían en un éxtasis de amor hacia el vórtice del Señor del Sexto Rayo. El corazón de ambos parecía latir a la vez que el de todas las almas que les acompañaban. Nadie cantaba y sin embargo se escuchaba un sonido en forma de murmullo que convertía a las chispas en un divino cordón de oro, pues la inmensa espiral se había transformado en siete espirales que se entrelazaban entre sí

formando un único cordel conforme se aproximaban al vórtice de fuego dorado.

Como si de derviches se tratase, las almas danzaban incansables a la vez que cantaban:

***Amado Señor del Sexto Rayo,
muéstranos el ideal,
concédenos el don de convertir
su potencia en realidad.
Otórganos la fuerza
que se encierra tras el velo
que oculta tu faz.
Envuélvenos en tu místico manto,
eleva nuestras almas y corazones
para que todos seamos Uno,
a través de nuestro cordón dorado.***

CAPÍTULO 77 EL SEXTO RAYO

El grandioso cordón dorado se introdujo en la luz y se deshizo en millones de chispas doradas que levitaban en silencio, pleno de beatitud, alegría, bienaventuranza y completo éxtasis.

Eugene y Jason se semejaban a diminutas motas etéreas perdidas en un océano de puntos dorados que fundían su brillo en el esplendor de aquel espacio, para ellos casi infinito. Las almas mantenían sus ojos cerrados, sintiendo, percibiendo, experimentado la paz y el amor que penetraba en sus cuerpos de luz.

¿Cuánto tiempo duró aquella sensación? Nadie lo podría calcular. Aunque hubiesen sido minutos o incluso segundos, no importaba, porque la intensidad del instante había colmado sus

recipientes individuales hasta desbordarse y expandirse, hasta llegar a experimentar que todos eran un mismo y único Ser.

Mi corazón es vuestro corazón. Vuestro corazón es mi corazón. Permaneced en mí como yo permanezco en vosotros. Pronto regresaremos a la casa de nuestro Padre. Amad el ideal que lleva a este instante de unión. Benditos seáis por toda la eternidad.

Ésta es, aproximadamente, la traducción, en imperfectas palabras, de lo que ocurrió durante aquel eterno punto de paz, armonía y belleza.

Después, las chispas descendieron como diminutos copos de nieve que se balancean ingravidos sobre impolutas e inmaculadas llanuras blancas y resplandecientes.

Eugene permaneció en trance más tiempo que Jason, quien aprovechó para sentir entre sus manos la nieve.

—¿Cómo puede haber tanta belleza y paz en el universo, Jason?—preguntó al despertarse.

—Es un instante supremo de autoconciencia y conciencia grupal el que hemos percibido.

—Es imposible que exista algo más maravilloso en el mundo.

—Hemos permanecido durante unos segundos en el corazón del Señor del Sexto Rayo. Existen siete esplendorosos hijos del Sol. El Señor del Primer Rayo, de Poder o Voluntad, el Señor del Segundo Rayo, de Amor y Sabiduría y el Señor del Tercer Rayo, de Inteligencia Activa. Se podría decir que los cuatro siguientes en algún punto de la evolución de nuestro sistema solar se unificarán con los tres primeros. El Señor del Cuarto Rayo, de Armonía, Belleza y Arte, el Señor del Quinto Rayo, de Conocimiento Concreto o Ciencia, el Señor del Sexto Rayo, de Devoción e Idealismo y el Señor del Séptimo Rayo, de Orden Ceremonial o Magia.

—¡Cuánto nos queda por aprender!

–Todo ser humano, superhumano o divino, todos tenemos que postrarnos ante lo desconocido, sabiendo que somos unos aprendices en el universo.

–¿Y ahora qué, Jason? ¿Hacia dónde vamos a dirigir nuestros pasos cuando hemos colmado nuestra alma de tan extraordinaria felicidad?

–Tú misma, Eugene.

Eugene miró hacia el cielo azul índigo. De nuevo tenían delante de ellos los innumerables puntos de luz del tercer nivel. Atrás quedaban el mundo físico y los dos primeros niveles oníricos. Había estado en el cielo y ahora debía continuar hacia algún lugar. Si miraba hacia abajo, su plexo solar se agitaba y gritaba "no, por favor no regreses". Si dirigía su vista hacia lo alto, sabía que la experiencia había sido extraordinaria, y sin embargo intuía que aquel no era tampoco su destino, que en el interior de su ser, una "voz", una sensación, más bien, le indicaba que debía proseguir sus pasos. Miró en lontananza, y entonces se vislumbró un inmenso sol que hasta ahora no había aparecido.

–Creo que debemos ir hacia aquel sol –se expresó por fin.

Jason miró. Sintió una profunda nostalgia, un apremiante deseo de regresar a su verdadero hogar.

–Tu maestro en el corazón te está llamando, Eugene –dijo Jason.

–¿Él reside allí?

–Sí.

–¿Cómo puede ser, Jason?

–El alma de un ser humano es parte de la esencia de un ángel solar. Cuando se termina un ciclo, el alma anhela regresar a su verdadera morada.

–Necesito encontrarme con mi maestro en el corazón, Jason.

–Lo sé, Eugene.

–Entonces... ¿vamos?

Jason volvió a quedarse pensativo. Aun en su sabiduría, no sabía si había llegado el tiempo de regresar. De lo que no tenía duda era que tenía que acompañar a Eugene. Ella no se había dado cuenta de su verdadera situación.

—Será un honor conducirte hasta tu ángel solar, Eugene.

CAPÍTULO 78

HACIA EL SOL

El Sol aumentaba de tamaño tras cada segundo que volaban hacia él. Abajo quedaban las esferas luminosas del tercer nivel onírico.

—¡Jason, estoy tan emocionada!

—Espero recordar todo esto cuando regrese al mundo físico.

—Seguro que sí —Jason había aprendido a cubrir la realidad con un velo de compasión comprensiva.

Eugene estaba tan anhelante por encontrarse con su maestro en el corazón que no percibió que Jason estaba llorando. Strung nunca había llorado. La percepción de los ángeles solares era tan extraordinaria que su vida transcurría en unidad con todos sus amados hermanos. Pero Strung tenía en su corazón a Jason Doyle. Recordó todo el sufrimiento que le había anegado a lo largo de casi veinte años de estancia en la Tierra, así como el profundo amor que profesaba a Jane y Rosamunde. ¡Estaba tan lejos aquel Strung, orgulloso por su origen solar, insensato que había abandonado a sus padres Ront y Tali, rebelde en busca del deseo de poseer y sentir que le llevó al lago Kragken! De nuevo le anegaba toda la historia de su recorrido desde el centro magmático del pequeño planeta llamado Tierra hasta su superficie donde había encontrado el cuerpo del atrevido y desafortunado financiero Jason Doyle.

—Me pregunto cómo será el Sol.

—El Sol es maravillosamente acogedor y cálido. Disfrutarás de la inmensa gama de colores en que están sumergidos sus habitantes.

—Creo que ya lo veo —continuó Eugene expresando su entusiasmo cuando las primeras llamaradas del corazón de nuestro sistema solar llegaban hasta ellos.

—¿Y si nos abrasamos?

—¿Es broma, no?

Jason miró a Eugene y sonrió.

—Con el fuego no se juega, Jason.

—¿Y si fuese verdad?

—¿Lo dices en serio?

—Solo te pregunto. ¿Y si nuestros cuerpos de luz se viesen sometidos al fuego del espíritu?

—Si para estar con mi maestro en el corazón, debo dejar esta vestidura, no dudaré ni un segundo en despojarme de ella.

—Tal decisión es la de alguien que ha sufrido mucho en la vida, Eugene.

Ella le miró sorprendida. Se había dado cuenta de que ya no pensaba en sus seres queridos. Se paró en seco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jason.

—Debo regresar, no puedo dejar a aquellos a los que amo en la Tierra. ¡Qué egoísta he sido! ¡Nunca he pensado en ellos!

—No creo que haya sido así.

—¿Qué?

—Que estoy seguro de que has hecho cuanto has podido por las personas que amas en la Tierra.

—Todavía tengo que hacer más por ellos.

—Pienso que hiciste todo lo que pudiste y todavía más por tu familia.

—Pero no puedo permitirme buscar mi propia felicidad y dejarlos abandonados.

—La vida sigue, Eugene, queramos o no.

—¿Por qué no recuerdo bien lo que ha ocurrido, Jason?

–Quizás llevas mucho más tiempo del que piensas en el mundo onírico. Tal vez pasaste muchos años intentando ayudarles desde aquí, y a ti te han parecido unos pocos días.

–¿Qué intentas decir, Jason?

–¿No te notas nada extraño?

–No.

–Tu cordón.

–Aquí está –lo señaló con el dedo.

–¿Y no aprecias nada raro?

–¡Dios!

–¿Lo entiendes ahora?

–Nada me une al mundo físico.

–Exacto.

–El cordón dorado va en dirección al Sol.

–Así es.

–Entonces...

–La primera muerte acontece en el plano físico, la segunda muerte ocurrió cuando se separó tu doble, y la tercera está a punto de llegar.

–¿Qué me estás diciendo, Jason?

–El proceso de restitución sigue su curso y debe proseguir hasta el final.

Eugene miró a Jason, luego oteó hacia el tercer nivel, atrás quedaba el penoso segundo nivel.

–¿Y si regreso a la puerta del segundo nivel?

–En caso de que desees retornar al segundo nivel, adquirir un cuerpo de luz e intentes regresar al mundo físico, necesitarás un nuevo cuerpo físico. Es probable que para entonces tu familia ya no te reconozca, y también es fácil que hayan transcurrido tantos años que ellos ya sean mayores y estén a punto de dejar el mundo, si no lo han hecho ya. Como te he dicho, la vida sigue.

Eugene volvió a mirar al Sol. Supo que si hubiese estado en su mano, habría vuelto a sacrificarse por sus seres queridos, y tal pensamiento le devolvió la paz.

- ¡Hágase tu voluntad!
–¿Vamos?
–Sí, Jason. Debo entregar estas vestiduras.

CAPÍTULO 79

DOS VISITANTES

Habían conseguido permiso para acampar en el mismísimo Valle de las Flores, algo casi imposible. La puesta de sol había sido extremadamente rápida, y las estrellas comenzaban a multiplicarse convirtiendo el azul índigo en un maravilloso conjunto de puntos parpadeantes.

–Hola –saludaron dos viajeros que parecían haberse perdido.

–Qué tal –les saludó en primer lugar Rosamunde.

–Nos hemos retrasado demasiado en nuestro regreso y nos ha cogido la noche.

–Si lo desean, pueden quedarse con nosotros –les ofreció Jane.

–Sería estupendo. Mañana por la mañana reiniciaremos nuestro camino.

–¡Duncan!

–¿Sí?

–Usted y Lottimore acomoden a los viajeros. Después, cenaremos.

–De acuerdo, señora.

John Lottimore y Duncan Robb montaron una pequeña tienda para los recién llegados.

–¿Vienen de muy lejos? –les preguntó John como una forma de ser cortés.

–Venimos de cerca del Santuario.

–No sé si podremos llegar nosotros hasta allí. El acceso al mismo tal vez sea demasiado difícil. Comenzamos a ser mayores –dijo sonriendo John.

–Desde aquí se puede contemplar y disfrutar de Nanda Devi.

–Ya lo creo. Para quien ha estado encerrado casi toda su vida entre cuatro paredes, estar en tan hermoso valle es el mayor regalo que se le puede hacer a un hombre –añadió Lottimore.

–Parece como si le hubiese ocurrido a usted –supuso el visitante más alto de los dos.

–Mi vida ha sido extraordinariamente dura, pero gracias a Jason todo ha cambiado.

–¿Jason? –preguntó el hombre alto y de pelo canoso.

–Su esposa, Jane, es quien les ha invitado a quedarse con nosotros. Él ha ascendido un poco más por el sendero. Regresará para la cena–indicó Duncan.

–Parece que son nativos de estos lugares –matizó John.

–Aunque no lo parezca, somos monjes tibetanos.

–Cuando la señora lo sepa, le encantará –respondió Duncan.

–A los turistas les resulta agradable y curioso hablar con monjes de esta parte del mundo. Creen que todos somos sabios –respondió el compañero del hombre alto.

–El hombre más sabio que he conocido en este miserable mundo es nuestro jefe, Jason Doyle –añadió Lottimore.

–Es extraño que un trabajador hable así.

–No me siento un empleado, más bien un amigo que intenta hacer lo mejor para otro amigo.

El hombre alto le miró. John Lottimore conocía el fuego de aquella mirada.

–Usted es como Jason –indicó John.

–No le entiendo.

–Esa mirada de fuego la conozco perfectamente.

–¿Siempre es usted tan directo, John?

–Por lo general no. Debe ser que ustedes me inspiran confianza. Además, estamos en tierras tan lejanas que me hacen sentir estupidamente.

–Es típico de los turistas. Vienen aquí creyendo que esas montañas son el mismo cielo.

–Creo que no les falta razón –respondió Duncan.

–El cielo se lleva en el corazón, ¿no creen? –sugirió el segundo de los monjes.

–El corazón se alegra cuando está ante un paisaje tan extraordinario, y por el contrario se encoje hasta casi desaparecer cuando un ser humano permanece en una prisión –respondió John.

Los dos monjes guardaron silencio.

–Bueno, les dejamos. Dentro de media hora será la cena. Ya han escuchado a Jane. Les espera para cenar –indicó Duncan.

–Mil gracias.

–Ha sido un placer –terminó la conversación Duncan a la vez que John y él salían de la tienda de campaña.

CAPÍTULO 80

MONJES TIBETANOS

Jane y Rosamunde ayudadas por dos sherpas improvisaron una enorme mesa en la que pudiesen estar cómodos. En un extremo de la misma habían sido situados los sherpas, luego Duncan y Lottimore, después Rosamunde, Scott y Jane. A su lado, los dos invitados.

–Jason estará a punto de bajar, le encanta disfrutar tranquilamente de las estrellas –indicó Jane a los dos visitantes.

–Estamos en uno de los mejores lugares del mundo para disfrutar de ellas –respondió el monje de cabello blanco.

–Me ha comentado Duncan que son ustedes monjes tibetanos. No llevan hábito o túnica.

–Ambos nos hemos adaptado a la forma de vestir occidental. Es menos llamativo.

–Ya viene Jason –se levantó Jane y recibió a Doyle con un delicado beso en los labios.

–Tenemos invitados, Jason. Son dos monjes tibetanos.
 Jason se acercó.

–No tenemos el gusto de saber sus nombres –indicó Jane.

–Djwhal –dijo el primero.

–Carl –respondió el segundo.

–Encantado –dijo Jason mientras les daba la mano.

–Mi madre es muy aficionada a las lecturas de Lobsang Rampa –dijo con cariño Rosamunde.

–Entonces, seguro que ha sido usted la que ha tenido la idea de venir hasta aquí –supuso en voz alta Carl.

–Bueno... de mi esposo y mía.

–Vamos, mamá, reconócelo. Siempre habías querido ver las montañas del Himalaya.

–La verdad... sí.

–En el mes de julio el valle adquiere una belleza extraordinaria. Han elegido muy bien viniendo desde la otra parte del mundo. Los ingleses adoran este país.

–Somos ingleses pero vivimos todavía un poco más lejos. Casi todo el año en Bermuda, y algunos meses en Londres – especificó Rosamunde.

–¿Por qué le gustan los libros de Rampa? –preguntó el monje de más edad.

–Los occidentales hemos avanzado mucho en descubrimientos físicos, pero estamos sedientos de encontrar un camino para el alma. Nuestros guías espirituales no parecen estar a la altura de nuestras expectativas –respondió Jane.

–También en Occidente hay gente muy sabia.

–Si los hay, no se ven –respondió Jane.

–Jesús el Cristo, sin ir más lejos.

–He estudiado muchas veces los Evangelios, he leído en varias ocasiones el Antiguo Testamento, pero echo de menos una explicación del mundo –respondió Jane.

–¿No le parece suficiente con el mensaje de amor de Cristo? –preguntó Carl.

–Parece ser que no. Creo en el amor y en la bondad, pero anhelo saber qué es el universo.

–¿No cree que sería suficiente para un ser humano con intentar saber qué es la Tierra, qué son los planetas de nuestro sistema solar, y qué es el Sol?

–Supongo que por algo habría que empezar –pareció resignarse Jane.

Jason Doyle miraba con sumo interés a los dos monjes. Ya sabía que no eran dos simples chelas. El extraordinario brillo de sus ojos y de su corazón les delataba, debían ser iniciados.

–Le parece poco, Jane –dedujo Carl.

–Ciertamente. Necesito descubrir la grandeza del universo.

–Entonces, está claro que usted ya ha sido capaz de manejar toda la energía que tiene el planeta Tierra.

–Eso es demasiado –respondió Jane un tanto sorprendida.

–Intento decir que la sabiduría es conocer con amor, actuar con amor, experimentar el poder... es un cúmulo de acciones que nos llevan a poder afirmar algo. Al principio anhelamos conocer, estudiamos mil teorías y nuestras palabras van más allá de lo que realmente podemos hacer. Eso no está mal en sí mismo, pues lo primero que necesitamos es expandir nuestro universo; comprender que existen otras posibilidades que las que hasta cierto momento hemos creído que había. Después, cuando ya hemos adquirido conocimiento, llega la experiencia que nos confirma o desmiente la verdad y el valor de lo que hemos adquirido, y lo más importante: hallamos una certeza que nos estimula a seguir en el camino. Entonces es cuando podemos reafirmarnos en nuestras creencias. Si fuésemos capaces de comprender y saber por propia experiencia que el planeta Tierra es una entidad podríamos, con todo el derecho, intentar experimentar qué hay más allá de nuestro planeta y en el sagrado Sol. Pero ¿cómo podemos utilizar con verdadero conocimiento de causa los conceptos Dios, universo, galaxia, cuando no somos capaces de saber con certeza lo que pasa por la mente de un sólo

humano y comprender qué es la telepatía o la tele-energía que pueda relacionarnos con él –expuso Djwhal.

–Creo que sus palabras han sido bien medidas –afirmó Jason.

–Gracias –contestó Djwhal.

–Cristo nos muestra el camino del Amor, pero el ser humano es un cerebro entre otras cosas, y a mí me encanta saber cómo funciona el universo, qué es la vida, qué finalidad tenemos en el mundo, cuál es el destino definitivo del ser humano, qué ocurre después de la muerte, quiénes son los hijos del Sol, por qué vienen a la Tierra –continuó Jane.

–Sin duda es maravilloso adquirir tantos conocimientos. Son la puerta de la vida –indicó Carl.

–Por ello los Evangelios, por sí mismos, se quedan un poco cortos respecto al conocimiento que deseamos adquirir.

–Y es la causa por la que le han encantado los libros de Lobsang Rampa –dedujo Carl.

–Ellos me hacen soñar y pensar en que un día seré una hija del Sol.

–No es un concepto que se mencione mucho en los libros de Lobsang, creo recordar –respondió Carl.

–Si no me equivoco en **La caverna de los antepasados** se hace mención a ellos.

–Más o menos –respondió Carl.

–¿También puede ocurrir que reencarnen aquí en la Tierra? –preguntó Rosamunde.

–Por supuesto –respondió Djwhal–. En realidad todos los humanos somos, en cierta medida, hijos del Sol, puesto que nuestros ángeles solares son quienes proporcionan el alma humana. Pero si se refiere a la posibilidad de que un ángel solar reencarne directamente, con todo su poder, es algo que parece difícil aunque no imposible debido a la energía que descendería directamente sobre un cuerpo humano. Podría quemar el vehículo físico. Por lo tanto sería extraordinario que un acontecimiento así ocurriese.

—Y sin embargo ocurre —afirmó Jane con los ojos llenos de luz.

—Sin duda, un suceso así sería una bendición para quienes tuviesen la suerte de presenciarlo.

Duncan y John Lottimore miraron a Jason Doyle.

—¿Por qué vienen tales seres a visitarnos? —preguntó Jane.

—Sin duda para hacer un estupendo trabajo en la Tierra.

—¿Pero... no puede ocurrir que sean desheredados solares que descienden a este oscuro mundo?

—Aparentemente, sí. Pero en realidad lo que ocurre es que, probablemente, entran en los planes que están más allá de la comprensión de sus propios hermanos. Para éstos, son unos fracasados, pero desde el punto de vista superior, pudiera ocurrir que una Entidad tuviese en mente otros propósitos. No sé, por ejemplo, tener conocimiento, de primera mano, del estado de nuestra civilización, adquirir alguna cualidad que los ángeles solares no pueden conseguir porque no han descendido totalmente a la tierra, como elemento físico... Sea como fuere, la existencia de un ángel solar, directamente insertado en un cuerpo humano, es un acontecimiento que debe llenarnos de esperanza.

—Pero... ¿qué puede un ángel solar aprender en nuestro plano, que ya no sepa?

—Más que aprender, lo que hace es recordar cómo es la existencia en un plano tan material. Y si lo hace, como he dicho anteriormente, puede ser que exista un propósito oculto, por ejemplo un inminente viaje a mundos menos desarrollados con el objetivo de inculcar alguna cualidad en la civilización que está comenzando a desarrollarse.

—Tiene un gran valor una existencia así, y que probablemente lleva implícito un enorme sufrimiento —añadió Carl.

Rosamunde miró a su padre. No pudo evitar que las lágrimas anegasen su rostro. El detalle no se le escapó a quienes estaban en el otro extremo de la mesa.

—¿Por qué tiene que sufrir un hijo del Sol? —continuó preguntando Jane.

—No es porque sea un castigo, es sencillamente algo puramente lógico. Si se introduce un trozo de metal al rojo vivo en un cubo de agua, ocurre, simple y llanamente, una violenta evaporación. Ni el agua es mala en sí misma ni el metal es bueno, o viceversa —continuó Carl.

—Pero... alguien así, de tanta categoría espiritual... ¿no debería ser reconocido como tal por los seres humanos?

—No es lo habitual —añadió Djwhal—. Existen personas extraordinarias en el desarrollo científico, en la medicina, en las artes, que suelen ser almas muy evolucionadas, que algunos llaman sabios, pero aquel que viene del Sol, puesto que de joven es un tanto amigo de "exhibirse" y se da cuenta de que sólo lleva a la envidia y a un excesivo engreimiento, muy pronto se da cuenta de que debe pasar inadvertido. Por lo tanto, detectar a alguien de tal categoría es algo muy difícil. Únicamente los seres amados y si él lo desea, alguno más, tienen la suerte de escuchar de sus propios labios, quién es en realidad. En definitiva, un hijo del Sol llega a la Tierra, hace su trabajo y se va, más pronto que tarde.

—No le entiendo, Djwhal, qué quiere decir con que un hijo del Sol se va más pronto que tarde.

—Es algo que tiene que ver con su constitución. La energía de un ángel solar no puede estar continuamente impelida a permanecer dentro de un cuerpo. Llegado un tiempo, el fuego del ángel solar quema el cuerpo físico.

—Parece algo triste para aquellos que le aman.

—Los seres humanos son ciegos. Precisamente, saber que un hijo del Sol ha estado en nuestro planeta y tiene que partir, es un regalo inimaginable. Demuestra a todos sus allegados que la vida física no es lo único que hay el universo, y que una vez finalizada existen lugares a los que se puede volar. Incluso, me atrevería a afirmar que tal hijo del Sol abre un camino que antes no existía. Y todos aquellos que le han conocido aprovechan la

abertura en el velo para seguirle. Pueden sufrir más o menos su pérdida, pero abre un puente de luz por el que unos cuantos seres humanos ascienden varios peldaños en su lenta evolución.

Jane no dijo nada más. Probablemente en las palabras de aquellos monjes estaba insinuado el futuro que le esperaba.

—Mañana, si lo desean pueden venir con nosotros. Les mostraríamos nuestra morada. Es un pequeño monasterio que ni siquiera aparece en los mapas, pues lo importante es su interior, oculto bajo una imponente montaña —les invitó Carl.

—Agradecemos profundamente su invitación, pero debemos continuar. Tenemos obligaciones que atender —respondió amablemente Jason.

—Siempre es un honor conocer viajeros como ustedes —añadió Carl mirando a Jason.

—Al contrario, Carl —respondió Jane—, el honor es nuestro por haberles podido escuchar.

—El objetivo de los seres humanos es trabajar en plano físico y ser redentores de la materia, a la vez que adquieren para sí mismos un cuerpo de luz que les permita habitar conscientemente en los planos sutiles. Lo que comento, Jane, apenas está expresado en cuatro líneas, pero es una realidad para quien comienza el camino. Los seres humanos son un puente entre la materia densa y el mundo espiritual; no deben olvidar ninguno de los dos aspectos.

—Gracias, Carl. Creo que sus palabras me servirán de gran ayuda en el futuro.

—Con su permiso, nos retiramos. Mañana nos espera un largo camino —se levantó Djwhal y después Carl.

—Hasta mañana —desearon todos los comensales.

Los dos monjes se acercaron hasta Jason.

—Gracias, maestro, por honrarnos con su presencia —le dijo Djwhal a Jason.

Jason asintió con una inclinación de cabeza. Las lágrimas asomaron a sus mejillas. La luz reconocía y amaba la luz.

CAPÍTULO 81

ANTE LA OSCURIDAD

–¿**D**ónde está el Sol? –preguntó desesperada Eugene.

–No lo ves porque estamos cambiando de nivel.

–Pero...

–Estamos dejando los cuatro subplanos del tercer nivel, también conocido como nivel mental.

–Y ahora ¿qué, Jason?

–Lo importante es que estés tranquila.

–Si tú estás conmigo, no temo nada.

–El vehículo humano está compuesto de varios cuerpos. Cada cuerpo se forma con el material de cada nivel. Primero tenías un cuerpo físico, hecho de tierra y todos los componentes similares hasta llegar al átomo físico. Cuando pasaste al segundo nivel, la energía–materia era distinta. El contacto entre el nivel físico y el primer nivel es posible porque la energía–materia es una infinita escalera que va desde lo más sutil a lo más grosero. Y nada hay en la vida que esté aislado del resto. De una forma o de otra siempre un enlace que une las distintas densidades de materia–energía. Hay seres, como ya hemos visto, que viven en las zonas limítrofes participando de las peculiaridades de cada nivel. Pero cuando hay cambio permanente, el habitante que deja un nivel debe abandonar también el vehículo que utiliza.

–Quieres decir que estoy a punto de sufrir la tercera muerte.

–Muerte es un término inexacto, puesto que la muerte no existe. Todos pasamos de una forma a otra. En todos los niveles somos más o menos conscientes, y esto es precisamente lo que hace que podamos permanecer más tiempo en un determinado escalón de la evolución. Existen individuos para los que la misma vida física es como un sueño. Pasan por ella como si se tratase de imágenes oníricas, y en algunos casos no relacionan causa y efecto. Son pocos, pero los hay. Aunque de un origen diferente

podríamos incluir en su grupo a aquellas personas que son incapaces de recordar y asociar su historia conforme se va degradando el cerebro. Pero como norma general, los habitantes de un plano permanecen en él porque es donde más a gusto están y más conscientes se sienten.

—¿Qué estará haciendo en este momento mi doble del segundo plano?

—Apurará hasta la última gota de placer que pueda conseguir.

—¿Y luego?

—Lo más probable es que sea absorbido por la materia abstracta del segundo plano. Es como un árbol que al final de sus días es asimilado por la tierra y disuelto en su sustancia. En ocasiones, algunos individuos del segundo plano son capaces de prolongar sus días pasando a lugares donde puedan residir. Algunos magos negros permanecen en el segundo nivel. Allí están a gusto. Están separados de lo superior y observan lo inferior o mundo físico. Disfrutan de un maravilloso estado que no quieren perder. Se hacen poderosos, dominan a algunos humanos del plano físico e incluso pueden ser capaces de disfrutar del placer sintiendo a través del cuerpo de algunos insensatos.

—Practican el mal.

—Desde el punto de vista humano, sí. Desde el punto de vista del Sol, en ocasiones ellos mismos son utilizados para resolver conflictos.

—¿Cómo puede ser que el mal sea utilizado por el Sol?

—Cuando ya no tiene sentido prolongar la vida, porque ha finalizado su propósito, en ocasiones, se llama a los destructores de la forma. Un mago negro puede ser un verdadero destructor. Puede ser capaz de extraer la vitalidad de un ser humano y abocarlo a la muerte.

—Pero... es un asesino. A veces parece que estás más cerca del mal que del bien.

—Lo que ocurre es que observo algunos acontecimientos desde el punto de vista solar, no desde la óptica de la Tierra.

–Los seres vivos, por el simple hecho de estar vivos, no son objetivos consigo mismos. Sus acciones pueden ser lamentables y terriblemente negativas. Es algo natural que la gente más abyecta piense que tienen razón. Si no fuese así, si fuesen capaces de observar sus propios actos, probablemente no estarían tan ufanos.

–A este paso, concluirás que el mal es el poder ejecutivo del bien.

–Estamos llegando al abismo, Eugene. Deberás tomar una decisión.

–¿Qué me va a ocurrir, Jason?

–Para ir a los tres subplanos superiores del tercer nivel, deberás abandonar tu cuerpo mental inferior.

–Podrías aclararlo un poco mejor.

–En el plano físico, los seres humanos son altos, bajos, bellos, feos, tienen el cuerpo de alguna de las razas que habitan los continentes. En el primero y el segundo niveles los seres humanos son sensaciones, tienen placer y dolor, son amables, comprensivos, familiares, cariñosos, o pueden ser intratables, hostiles, llenos de rencor y de odio. Y en el tercer nivel su vehículo de materia mental está compuesto de pensamientos. Dicho de otra forma: todo aquello que han estudiado en el colegio, en el instituto, en la universidad, a lo largo de tu vida... todo ello ha ido acrecentando la materia de su cuerpo mental. Todos los momentos en los que han pensado sobre los problemas de la existencia, sobre el amor, sobre Dios... todo ello determina el cuerpo del tercer nivel. Como norma general algunos humanos no suelen utilizarlo, pero si tienes en cuenta la cantidad de especialistas de cualquier faceta humana, desde la ciencia al arte, la filosofía, la economía... todos aquellos que se han esforzado a lo largo de su vida, han ido creando y estableciendo determinada constitución mental, incluso a nivel de nación o raza... Todos los pensamientos forman un cuerpo de energía que es necesario abandonar antes de pasar el abismo.

—Pero... ¡lo que me estás sugiriendo es lo más terrible que me puede ocurrir! —exclamó Eugene.

—No es muy distinto a haber abandonado el cuerpo físico y el de sentimientos.

—¿Sabes, Jason, todo lo que he estudiado en mi vida? ¿Te haces una idea de la cantidad de horas que he invertido en aprender medicina, música y literatura a lo largo de mis sesenta y dos años? ¿Y todos los libros de historia de mi amada nación, y la cultura de los pueblos que he visitado, y mi amor por ella?

—En el lugar al que nos dirigimos no necesitas esos conocimientos, porque en el Sol hay otro tipo de sabiduría. Cada planeta tiene su propio cuerpo de conocimiento adaptado a su forma de vida. Lo importante no es el conocimiento sino el conocedor. El alma adquiere los materiales de los tres cuerpos del planeta, continente, o nación en que va a encarnar.

—Entonces... Jason... ¿no hay mas remedio?

—En absoluto, Eugene. Debes hacer lo que consideres oportuno. Nadie obliga a nada, ni siquiera la llamada de nuestro propio corazón.

—Pero... la vida aborrece el vacío.

—¿Tienes miedo a que no haya nada más?

—Claro.

—Entiendo.

—Es probable que ya no quede nada de mi propia identidad, Jason.

—Lo que no comprendes es que tú continuarás existiendo, solo que más libre. No recordarás a qué raza pertenecías, ni a qué nación...

—¿Y la familia? ... ¿y los seres queridos?

—Nuestro sistema solar es un alma. Todos aquellos a los que amas han llegado o llegarán al Corazón del Sol. Pero aquí no puede entrar ni odio, ni rencor, ni separación, ni divisiones, sólo amor. Por ello aunque somos individuos, permanecemos todos unidos.

—No entiendo cómo puede estar todo unido y a la vez ser un individuo.

—Nosotros amamos más nuestro grupo de miles de millones de individuos que nuestra propia individualidad. Nada tiene sentido sin las almas que pertenecen al mismo Rayo. Por otro lado, la individualidad se va acrecentando con la asimilación de otras individualidades. La individualidad no perece, al contrario, se expande a través de lo superior. La identificación con nuestro ángel solar y con nuestro grupo nos lleva hacia cotas más altas de autocomprensión. Imagina que una neurona llega a ser una con el cerebro. Su nivel de autoconsciencia se habrá expandido. Ella será. Pero ese "ser uno mismo" resultará mucho más amplio. Con gran probabilidad olvidará y abandonará la diminuta autoconsciencia que la circunscribía, para pasar a ser autoconsciente del grupo, del pensamiento unificado cerebral.

—Entonces... cuando abandone este traje compuesto por todos mis conocimientos o adquisiciones del tercer nivel ¿aparecerá mi ángel solar?

—¿Tú qué crees?

—Tal y como lo preguntas, parece que sí.

—Te he comentado lo que hay más allá de tan enorme abismo de oscuridad.

—¿Me acompañarás?

—Todavía no lo he decidido.

—¿Me vas a dejar sola cuando más te necesito?

—Es una decisión tan importante que no te puedo decir nada más.

Eugene observó el enorme abismo oscuro. Más allá no había nada. Todo se había esfumado.

—Una última pregunta, Jason.

—Además del cuerpo físico, del cuerpo sentimental y del cuerpo mental... ¿tenemos algún cuerpo más?

—Claro, Eugene. Tenemos un vehículo de materia tan liviana que es similar a la de nuestro ángel solar.

—¿Por qué no nos lo enseñan en los colegios, Jason?

–Hay muchos conocimientos que se imparten a los cuatro vientos, pero nadie se los cree hasta que no llega el tiempo apropiado para el humano que es capaz de asimilarlos.

–Tengo miedo, Jason.

–Miedo ¿a qué?

–A que me desvanezca como conciencia.

–¿Y si así fuese? , quiero decir, ¿te imaginas una vida infinitamente prolongada en los niveles que ya conoces? Sería un continuo ir i venir sin el menor sentido. Sería una eterna repetición.

–Pero... nosotros estuvimos en el alma del Señor de Sexto Rayo.

–¿Fuiste feliz?

–Infinitamente.

–Y allí ¿te sentías separada?

–En absoluto.

–¿Estabas perdida o inconsciente?

–No. Pero estábamos en el tercer nivel.

–Tal vez estás equivocada, Eugene.

–¿No permanecíamos en el tercer nivel?

–Al principio sí, pero en el momento de mayor éxtasis habíamos pasado al cuarto nivel.

–¿Estás diciendo que ya he estado más allá de tan enorme abismo?

–Sí.

–No lo entiendo.

–Algunos subniveles están enlazados con niveles superiores por caminos directos. En realidad, el río de almas doradas que ascendían, provenían del plano del sentimiento, o sea del segundo nivel.

–¿Y por qué no había abismo?

–Porque el abismo es sorteado gracias al puente de luz construido por todos los místicos de todos los tiempos. Es un puente cimentado con amor y bellos sentimientos, pero como bien

decías, los seres humanos somos algo más. Queremos saber qué es el universo, y no solamente sentirlo.

—Antes de ver y conocer está la sensación y el sentimiento.

—Son dos caminos diferentes que se deben unir en el ser humano perfecto. Tú, Eugene, ya has estado con tu ángel solar, aunque no seas totalmente consciente de ello. La luz que intuyes en la lejanía es la luz de tu ángel solar.

—Ahora sí, Jason.

—¿Estas segura, Eugene?

—Percibo el amor de mi ángel solar. Nada puede impedir que regrese a su corazón.

Jason ofreció la mano a Eugene.

—¿Vienes conmigo, Jason?

—En ningún momento te iba a dejar sola.

—Has permitido que decida por mí misma.

—La vida no tendría sentido sin libertad, ¿no crees?

—Así es.

—Tu amado ángel solar es tu verdadero maestro en el corazón, Eugene.

—Gracias, Jason.

CAPÍTULO 82

EL CORAZÓN DEL SOL

Un abismo de oscuridad impenetrable envolvía a los dos viajeros. No podían saber que había más almas en su misma situación. Seres humanos y no humanos formaban un enorme río que en un punto determinado se estrellaban contra una muralla de fuego invisible que quemaba todo lo que entraba. Las formas de aquellos que se atrevían a pasar se desintegraban y los restos luminosos, líquido ígneo, eran desechados hacia el tercer nivel.

Eugene tomó la mano de Jason. Él era el guía que le estaba ayudando a encontrar a su propio ángel solar.

—Cada segundo que pasa, anheló más encontrar a mi ángel.

—Es algo natural y a la vez muy bueno. El profundo deseo por encontrar a tu maestro nos está ayudando a atravesar la muralla de fuego del dios Agni.

—Siempre había creído que había un único Dios.

—Desde un punto de vista limitado, por ejemplo un sistema solar como el nuestro, se podría decir que Dios es la conciencia unificada que conduce los destinos de todos los planetas y del sol físico. Podría decirse que es una entidad tan alejada de los humanos que bien podrían denominarla "Dios". Sin embargo, desde el punto de vista de la galaxia Vía Láctea, con el corazón en la mano, como dicen algunos humanos, ¿verdaderamente podríamos decir que Dios es tal Entidad, el Logos Solar, cuando únicamente representa una trescientasmillónésima del total de nuestra galaxia? Y como existen millones de galaxias, resulta que nuestro sistema solar apenas si llega a ser un pequeño y diminuto átomo en un conglomerado de vidas y energías "infinitas".

—No es razonable pensar que un probable Dios omnigaláctico se preocupe directamente por la existencia de uno de los minúsculos e insignificantes planetas dentro de un diminuto sistema solar; y menos aún por las intrascendentes peripecias de una inestable partícula microscópica, llamada hombre, que alterna entre la conciencia y la inconsciencia.

—Sin embargo, la Entidad que rige el Sol es de una inmensidad tan enorme respecto a un simple humano que éste se ve impelido a reconocer que Dios existe.

—¿Y qué diferencia hay para un ser humano afirmar que Dios existe y es la Entidad Solar o que un Ser denominado Dios es la Entidad que rige todos los universos existentes posibles?

—Reconociendo que nuestro Dios lo es para nosotros, pero no para otras estrellas y sistemas solares, estamos dando a entender que incluso algo tan poderoso y maravilloso para un diminuto ser humano, no es omnipotente y omnisciente con respecto a las galaxias. Estamos diciendo de alguna forma que no

todo es tan perfecto como para que no exista lo que se denomina el mal.

–Se podría decir que es una manera de no sentirse desilusionado ante la falta de respuesta que en muchas ocasiones nos parece que existe respecto a la humanidad.

–Más aún, es reconocer que los seres humanos apenas somos una motita de polvo en la galaxia.

–Entonces... ¿no existe la inmortalidad del alma?

–Al contrario. Puesto que estamos inmersos en unos procesos tan dilatados en el tiempo como puedan ser cinco mil millones de años, diez mil millones de años, e incluso todavía más, significa que una entidad tan microscópica como un alma humana, si se asocia con su propia esencia, el Alma de un sistema solar, que posee tan extensa y dilatada vida, entonces se deduce que él es inmortal en esencia.

–Es algo paradójico, ¿no?

–Exactamente. La pequeñez, tanto en tiempo como en espacio, es paradójicamente lo que puede convertir en inmortal, a través de su ángel solar, a un ser humano.

–Es curioso. No somos nada y a la vez podemos asociarnos a nuestros ángeles solares que a su vez estarán asociados a alguna Entidad solar y ello nos convierte en llamas que no se apagan.

–Cierto, Eugene.

–Por todo lo expuesto podríamos afirmar razonablemente que existen los Dioses pero no Dios.

–Mucha gente nos tildaría de ateos, y sin embargo nuestra afirmación significa todo lo contrario, viene a decir que si existe un Dios, una unidad de consciencia que rige todas las galaxias es algo que no estamos cualificados para afirmar, porque reconocemos nuestra insignificancia en los procesos universales.

–¡Jason!

–¿Sí?

–La oscuridad está dando paso a una inefable e inexpresable gama de colores que parecen ocultar el Sol.

–*Estamos en casa.*

–*¡Somos como un río de luz! –exclamó Eugene.*

–*Pequeños afluentes que llegan de todos los confines de nuestro sistema solar y entran en las cavidades del divino Corazón de nuestro Eterno Padre.*

–*Este espectáculo es lo más extraordinario que jamás habría soñado. Me recuerda al día que ascendimos hasta el Señor del Sexto Rayo.*

–*¿Crees que merecía la pena abandonar las viejas vestiduras?*

–*El fuego diamantino que impregna esta inmensa llanura, hasta donde alcanza la vista, penetra en mi corazón y me hace llorar.*

–*Todavía te expresas como una humana, Eugene, pero ni tienes corazón físico, ni tampoco lágrimas–especificó sonriendo Jason.*

–*¡Uao! –soy una esfera luminosa multicolor y radiante que cambia sus colores a una enorme velocidad. Sin embargo... tú...*

–*¿Yo?*

–*Tú tienes apariencia humana que desprende multitud de llamas triangulares.*

–*Me habías asustado. Creía que ya no era un ángel solar.*

–*¿Cómo puede ser?*

–*Hace años descendí con toda mi esencia a la Tierra en busca de placer y vida.*

–*¡No estás muerto!*

–*Tú, tampoco.*

–*Quiero decir que todavía tienes el cordón dorado que te une a la Tierra.*

–*No ha llegado mi hora.*

–*Pero... entonces... tu cuerpo físico...*

–*Lo mantengo bastante bien, a la vez que estoy aquí.*

–*¿Tienes seres queridos?*

–Una esposa a la que amo profundamente, una hija y una nieta.

–¡Qué bello!

–Sí.

–Pero... no has tenido que abandonar tus vestiduras... o ¿sí?

–Puesto que cada una de las vestiduras está unida al cuerpo físico, todas están en la Tierra. La forma en que me ves es mi verdadera forma.

–Eres bello, Jason.

–Vamos, Eugene... tu también eres un alma joven y de rara belleza.

–No sé. Ahora parezco un poco "esférica".

–Es como tú te ves, sin embargo, dentro del cuerpo causal, que es como se llama tu aspecto externo, puedo adivinar a la maravillosa Eugene.

–Gracias, Jason.

–Nos queda poco para entrar en las cavernas del corazón de nuestro Amado Padre.

–El río de almas se hace cada vez más compacto y esplendoroso.

–Te esperan en su interior, Eugene.

–¿Y tú?

–Cuando encuentres en sus cavernas tu ángel solar, yo regresaré a la Tierra.

–Vamos, Jason. No me dejes.

–Estamos en las inmarcesibles cavernas de la luz y la vida, Eugene.

–Comenzamos todos a danzar, como ocurrió en el tercer nivel.

–Es el divino canto de nuestro Amado Padre. Él impregnará cada átomo de luz que entre en su corazón con una nueva partícula de alegría, fe y esperanza. Los cansados peregrinos sufrirán una nueva transformación y esperarán para regresar a la Tierra o al planeta que tengan como destino.

—¡Jason!

—¿Sí?

—Mi corazón danza de alegría y belleza.

—Tu amado ángel solar y señor está muy cerca, Eugene.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—Porque los ángeles solares sois uno.

—Así es. Nuestra consciencia es simultánea en lo que respecta a nuestro grupo, lo que no quiere decir que conozcamos todos los detalles.

—¿Quieres decir que mi ángel solar pertenece a tu grupo?

—Si no hubiese sido así, no podría haberte acompañado.

—¿Sabías quién era mi ángel solar?

—Hasta hace unos segundos, no. Ahora sí.

Eugene miró al frente. Sintió una irresistible atracción por una figura entre la multitud de ángeles solares que esperaban el regreso de parte de su ser.

—¿Es ella, Jason?

—Sí.

Eugene y Jason descubrieron al ángel solar, de cierta apariencia femenina, que les estaba mirando.

—¡Strung!, ¡Cuánto tiempo!

—¡Ela-Al-Hatir! —exclamó Jason.

Eugene miró a ambos. No pudo decir nada más. La fuerza magnética de su amado ángel solar atrajo al alma humana.

—Bienvenida a casa, mi pequeña —Ela-Al-Hatir estrechó entre sus brazos a Eugene, quien se fusionó con la figura de la "Señora del Placer Ígneo" en cuyo corazón descansaría hasta que fuese llegada la hora de una nueva encarnación en la Tierra.

—Me alegro tanto de verte, Strung.

—Yo también, Ela.

—¿Volverás pronto?

—Depende de mi esposa.

—¿Has encontrado el amor que buscabas, Strung?

—Sabes que fuiste tú quien me mostró el camino.

–Fue hermoso, Strung.

–Sí.

–El divino Tar-El-Ran está preparándose junto a otros señores de la llama para implantar la autoconsciencia en un planeta del sistema solar de Sirio. Hay quien ha escuchado al propio Tar-El-Ran decir que están en camino dos moldes etéricos... Amas profundamente a tu esposa... ¿Jane?

–Sí, Jane.

–Es hermosa, Strung. Has elegido bien.

–Nos hemos amado, sufrido y aprendido mucho –Strung se quedó pensativo. ¿Acaso Ela-Al-Hatir sabía algo más de Jane de lo que se podía esperar de su contacto telepático?

–Después de entregarme tu energía y amor, Strung, viví durante un tiempo en un inmenso bosque al que otorgué mi energía, a la vez que estaba experimentando a través de Eugene.

–Se aprende mucho entre los humanos.

–Deberías saludar a tus padres.

–Tal vez me acerque hasta ellos.

–Se alegrarán de verte.

–¿Cuándo partirá la expedición?

–Dentro de cuatro años humanos, aproximadamente.

–Mi destino era ir a Sirio.

–Quizás, gracias al descenso a la Tierra, tu destino esté más cerca.

–Todavía no sé exactamente qué ocurrirá.

–Tu experiencia con Jane, Rosamunde y Elisabeth te hace apto para la expedición.

Jason no captó lo que le intentaba decir Ela-Al-Hatir. Se había apoderado de él la atractiva idea de trabajar en otro planeta y modificar una civilización tan arcaica espiritualmente.

–Creo que podría ser de bastante utilidad.

–Hay pocos de nosotros que hayan estado recientemente en contacto directo con los humanos.

–Según como se desarrolle todo en la Tierra, estaré en situación de solicitar mi admisión.

—Gracias por traerme a Eugene.

—¿Sabías que era yo?

—Sí.

—¡Fuiste la causa de mi encuentro con Eugene!

—Sí, Strung.

—Tengo que irme. Me esperan en la Tierra.

—Hasta pronto, Strung.

—El corazón de nuestro Amado Padre vibre en ti, Ela.

Ela-Al-Hatir observó a Jason Doyle alejarse en dirección contraria a los ríos de luz que inundaban el corazón del Sol. Había intentado comunicarle que el ángel solar de Jane había sido destinado a la estrella número uno de las Pléyades y que le había confiado la custodia del loto dorado. Strung volvió la vista atrás. Miró a la hija del Sol que refulgía esplendorosa. Aunque con unos segundos de retraso, captó el mensaje que ella trataba de transmitir. Se despidió con la mano y desapareció.

CAPÍTULO 83

EL TIEMPO SE DETIENE

Santiago se despertó y observó a Elisabeth. Sostenía el libro en sus manos y permanecía abstraída.

—Hola —llamó su atención con voz baja.

—¿Qué tal está el dormilón? —Muy bien.

—He venido a verte, estabas dormido y me he puesto a leer el libro de mi abuelo.

—¿Has leído mucho?

—No.

—Estabas muy pensativa.

—El libro me proporciona un incentivo espiritual. Me lleva a otro mundo y da un significado a mi vida, me sumerge en extraños misterios, y también me causa una cierta intranquilidad.

—Tal vez es que nos gustaría ser como Jason Doyle.

–Probablemente.

–Las personas corrientes hemos perdido la fe en casi todo: las religiones, la política, la justicia, la economía, las enseñanzas universitarias... podría decirse que en las apariencias de nuestra civilización... y cuando encontramos a alguien que nos intenta decir que existe otro mundo, nos causa cierta tristeza salir de algo maravilloso y regresar al presente.

–Te doy la razón. Así es. Aunque también es cierto que la vida tiene grandes alicientes, que en la mayoría de las ocasiones menospreciamos.

–¿Por ejemplo?

–Te levantas, la luz del amanecer viene acompañada del canto de unos pajarillos, te lavas el rostro con agua fría, lees veinte minutos una excelente novela o un libro espiritual, sales al pequeño jardín de tu casa y respiras dejando entrar el aire fresco. Si es verano, incluso se puede caminar descalza por la hierba... Después desayunas y te diriges paseando y respirando profundamente al trabajo o a la universidad. También puedes caminar durante veinte minutos y después subir al metro. Disfrutas del bullicio matinal, del ajetreo en las estaciones, del colorido extraordinario de la multitud. Llegas al trabajo. Retomas la actividad que tenías pendiente. Y después de dos horas de estrecha colaboración con los compañeros, y algún chiste, llega la hora del mini-bocadillo y el café. Charla, conversación animada, en ocasiones intrascendente, o simple comunicación de actividades sociales. Vuelta al trabajo, en el que se resiste el diseño de una página web o algún formulario interactivo. Un poco de crítica a los jefes, pues para eso les pagan como tales.

–Eso me ha gustado... yo creía que estaban para dirigir.

–También...

–Y ¿hay más placeres?

–Por supuesto... cuando sales del trabajo, tu esposo te está esperando en el automóvil para regresar a casa. Conectas la radio, escuchas tres o cuatro bellas canciones, comes y después de una siesta de veinte minutos, caminas hacia la parada del autobús en el

que llegan tus hijos del colegio. Cuentan alguna anécdota, se quejan un poco, o dicen que han jugado en el recreo, les das la merienda y les ayudas a hacer los deberes. Ven unos minutos la televisión y luego a la cama. Cuentas un cuento o lees un libro, se quedan dormidos. Disfrutas viendo sus rostros cansados. Por fin tienes un ratito para ti, y respiras profundamente. Te preguntas qué es la vida. Sueñas con escribir un libro, pintar un cuadro, resolver algún problema matemático, te acuestas y, a veces, amas a tu esposo o esposa.

—Creo que eres un poco soñadora... ¿no?

—Los sueños vienen después, salvo los días que se tienen pesadillas.

—Estás indicándome que una vida normal es en muchas ocasiones un regalo del cielo.

—Exactamente.

—Pero... necesitas leer el libro de Jason.

—Toda esta clase de libros son el alimento espiritual de nuestros días.

—Luego... además de la vida normal, necesitas algo verdaderamente estimulante.

—Hay personas que no saben apreciar una vida normal.

—Tal vez para ti es más fácil decirlo. Tu familia es excepcional.

—Tienes razón.

—Yo creo que todo lo que has descrito es bueno para un ser humano, pero siempre le falta algo. Necesitamos miles de teorías y diversiones variadas para calmar la sed interior. Y tal vez es lo que tú estabas pensando cuando me he despertado. Lo que te gustaría es sentir la plenitud de vida de Jason Doyle.

—Sumergirme en un mundo tan maravilloso es algo parecido a cuando se lee la *Historia Interminable*, de Michael Ende, que se entra en un universo de fantasía, del que no se desea salir.

—Sin embargo...

—¿Sí?

–Si llegamos a comprender bien a Jason, lo que en realidad nos está diciendo es que ya estamos en una historia interminable; somos actores en un universo mental y físico, y nuestra representación no termina nunca; después de una vida hay otra, y después de un universo hay otro...

–Tal vez, lo que estás deduciendo es lo que siento de una manera abstracta, y es lo que me causa fascinación y a la vez incertidumbre.

–Si te parece... desayunamos algo...

–Buena idea.

–Por cierto...

–Dime...

–¿No tienes la sensación de que el tiempo parece que pasa más lento?

–Ya te dije que hay un desconocido, para la ciencia, y minúsculo agujero negro, al que nos estamos aproximando.

–No entiendo qué quieres decir.

–La velocidad de rotación de la nave, aunque no nos demos cuenta de ello, más la velocidad del centro de energía son causa de que el tiempo vaya más despacio.

–Pero... cuando regresemos ¿no serán nuestros padres unos ancianos?

–Claro que no, tonto –sonrió Elisabeth–, solamente vamos a desfasarnos en un día.

–Cada vez entiendo menos

–Cuando lleguemos, puesto que para ellos el tiempo va más rápido, habrán pasado siete días, pero para nosotros solo habrán transcurrido seis días.

–Déjalo... que lo mío son las piedras y los tornillos.

–¿Y... yo... en qué lugar estoy?

–¡Ah! se me había olvidado.

–Ya veo. Primero las piedras, luego los tornillos, después las aguas subterráneas... y cuando el chico se aburre... se acuerda de su chica.

Santiago miró a Elisabeth. A ambos, el corazón se les aceleró y tuvieron que hacer un alto en la lectura.

CAPÍTULO 84

DESAYUNO

El terso rostro de Jane y sus ojos azules fueron lo primero que Jason Doyle vio cuando despertó.

–Vamos, dormilón –le decía su esposa mientras le acariciaba con los dedos la mejilla.

–¿Sí? –respondió Jason sin saber dónde estaba.

–Llevas exactamente veintiséis horas durmiendo. Estaba comenzando a preocuparme.

Jason miró a su esposa. Sonrió.

–¿Por qué pones esa cara de travieso, Jason?

–¿Yo?

–¿Dónde has estado?

–Por aquí y por allí, nada importante.

–¿Entonces por qué sonríes así cuando me miras?

–Me gusta tu nariz.

–¿Sólo mi nariz?

–De acuerdo... y tus labios.

–¿Algo más?

–Sí. Tus pantalones vaqueros. Estas muy sexy.

–Creo que quieres desviar la conversación.

–¿Yo?

–¿Dónde está aquel hombre inocente de antaño que no podía ocultar la verdad?

–Si me preparas unas tostadas con mantequilla, te contaré todo.

–¡Parece que te importan más las tostadas que mi cuerpo! ¡Ya no me quieres! –continuaba fingiendo enfado.

- Sí... Te quiero... Cariño
- ¿Cuánto?
- Mucho.
- No estoy muy segura de eso.
- ¿Quieres tener otra niña?
- Vamos, Jason... Ahora te haces el valiente.
- Por mí no hay problema. Nos podemos poner ahora mismo manos a la obra.
- Ya te gustaría, cara dura.
- Ya te he dicho que te quiero mucho...
- ¿Más que a las tostadas con mantequilla?
- Es difícil decidirse –continuaba riendo Jason.
- Por si no te acuerdas... tenemos partido de tenis con Rosamunde y John.
- ¿Ves como ahora me das la razón?
- ¿En qué?
- En que lo más importante es alimentarse. Si no se alimenta uno correctamente, no se puede rendir bien en el deporte.
- Cara dura
- Jane se abalanzó sobre Jason, le abrazó con fuerza y le besó en la frente. No sabía cuánto tiempo más permanecería en la Tierra. Mientras continuaba besándole comenzó a llorar. No soportaría una separación definitiva. Cada día que pasaba le amaba más profundamente. En muchas ocasiones no comprendía algunas de sus decisiones, pero su corazón vibraba con enorme intensidad cuando pensaba en Jason.
- No deberías llorar, Jane. Siempre estaremos juntos.
- Sabes que es imposible, Jason. Algún día partirás y nos dejarás aquí, solas.
- Tenemos un gran futuro por delante, Jane. No lo dudes.
- ¿Se puede vencer a la muerte, Jason?
- La muerte no existe. Solo vida y más vida.
- Entonces... ¿cómo lo vas a hacer, Jason?
- ¿Hacer qué?

- Que vivamos juntos para siempre.
- Ya hemos empezado a hacerlo, Jane. Te dije que si tú lo querías, así sería.
- Intento seguir tu consejo: unir nuestros corazones, pero es verdaderamente difícil.
- Tus ruegos se han escuchado, Jane.
- ¿Qué quieres decir, Jason?
- Que procederemos a la fusión completa de nuestras almas.
- ¿De verdad?
- ¿Estás dispuesta a trabajar duramente?
- Lo que haga falta, Jason.
- Entonces, comienza por las tostadas.
- No sé cuándo hablas en serio y cuándo en broma.
- ¿Tú qué crees?
- Que lo de las tostadas lo dices en broma.
- ¡Vaya discípula que tengo. Hablo en serio y lo interpreta como si fuese una broma!
- De acuerdo. Yo preparo las tostadas, pero como no me digas algo que merezca la pena...
- ¿Qué me harás, cielo?
- Por Dios, Jason... eres peor que un niño.
- Sí, mamá.
- Brrrr. Me voy a preparar las tostadas.
- Recuerda... mantequilla y mermelada de arándanos.

CAPÍTULO 85

TEMOR DE JANE ANTE EL FUTURO

Sobre las blanquecinas crestas de las olas, el Phoenix VI surcaba el océano Atlántico. Era la primera vez que Jane, Rosamunde, Jason y John Scott se dirigían hacia la fosa de

Puerto Rico. Duncan y John Lottimore estaban entre la tripulación.

Jane contemplaba apoyada sobre la barandilla de proa la belleza del agua que se extendía más allá de su imaginación que delineaba el horizonte. Jason se acercó hasta ella. Con sus fuertes manos acarició los brazos blanquecinos y besó el cuello que dejaba al descubierto su corta melena.

—¡Tengo tanto miedo de perderte! —exclamó la mujer.

—Deberás perderme, para luego tenerme.

—¡Por Dios, no digas eso, Jason!

—Deberás aprender a respirar profundamente, Jane.

—Apenas te entiendo, Jason. Es muy difícil para mí, soportar cada día la idea de que dentro de poco tiempo nos dejarás.

—¿Quién lo ha dicho, Jane?

—Ya sabes... en la conversación que tuvimos con los monjes tibetanos, uno de ellos afirmó que un hijo del Sol no puede permanecer mucho tiempo entre nosotros.

—Pero... yo ya soy un humano —afirmó Jason sin saber su esposa si lo decía de verdad o de mentira.

—Por eso estuviste hace unos días durmiendo más de veinticuatro horas.

—Bueno... estaba cansado.

—A mí no me engañas, Jason.

—Entonces... ¿por qué piensas que dormí tanto?

—Creo que tiene que ver con que el cuerpo físico no es capaz de retenerte, y necesitas salir de él porque de lo contrario te sientes preso.

—Reconozco que es una brillante exposición.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—El viento no se puede contener, de lo contrario, ya no es viento.

—¿Y tu espíritu, Jason?

—Deberás aprender a ser tú también como yo, Jane.

–Veo el inmenso océano, y anhelo tanto ser como el viento, que me siento morir ante la imposibilidad de conseguirlo.

–Para ser viento, el primer paso es retenerlo en los pulmones, ¿no crees?

–Nada puede ser retenido eternamente.

–Está claro, Jane. Todo cambia, todo nace, crece y muere. La vida fluye como un río cuyo agua no se puede detener. La Tierra gira sobre sí misma y alrededor del Sol, y nunca permanece en el mismo lugar.

–Quizás la Tierra huye de algo, o intenta desentrañar el misterio de su vida.

–Veo que en realidad estás hablando de ti misma.

–Parece ser que sí. Utilizo el agua, el aire, la tierra y el fuego para intentar comprender el sentimiento de vacuidad que colma todo mi ser .

–Has expresado una paradoja –sonrió Jason.

–No entiendo cómo puedes hacer un chiste cuando hablo tan en serio.

–No he dicho ninguna gracia. Simplemente me ha resultado curioso el hecho de que el vacío colme a una persona.

–Pues así es, Jason. Me siento vacía.

–Sólo es un espejismo, Jane.

–Aunque sea un espejismo, para mí es muy real.

–¿Cuántas veces te he dicho que respires profundamente?

–Es que me cuesta mucho respirar. Empiezo y a los dos minutos ya me he olvidado, y me digo: esto no vale para nada. Consecuentemente, lo dejo.

–Respirar es vivir. Respirar es llenar nuestro cuerpo del alma del mundo. Respirar es colmarnos del espíritu universal. Respirar es el principio de la felicidad.

–Entonces... ¿por qué me cuesta tanto, Jason?

–Quizás es porque no crees lo que te digo.

–¿Acaso soy vaga e indolente?

–Para iniciar una etapa en la vida, necesitamos experimentar que otra ha terminado. Debemos convencernos de

que ya no hay otra salida. Entonces... quizás entonces nos sobreviene la muerte y el renacimiento.

–Renacer... es una palabra tan bella y a la vez tan terrible.

–¿Terrible?

–Volver a empezar es agotador, es desesperante... es necesario poseer un gran valor.

–Debemos aprender a renacer cuando sea necesario, Jane.

–¿Por qué desear renacer y no morir?

–Porque no existe la muerte, querámoslo o no.

–Sería tan bello morir para siempre. Saber que ya nunca más podremos sufrir.

–Estamos castigados a vivir. La materia y el espíritu ni se crean ni se destruyen. Y los hombres somos hijos de los dos polos.

–Entonces... ¿que me está pasando, Jason?

–Estás atravesando una frontera entre un mundo y otro, entre unas potencialidades y otras, y necesariamente no perteneces ni a uno ni a otro mundo.

–Para ti es fácil decirlo, Jason.

–¿De verdad piensas eso? ¿Me lo dices a mí que llevo más de veinte años en el planeta y siete de ellos he estado encerrado en una lóbrega cárcel?

–Perdona, Jason. No sabía lo que decía –se volvió para abrazarle.

–Todos pasamos momentos de tristeza y soledad... aunque nos rodeen nuestros seres queridos. Les echamos a ellos la culpa de lo que nos ocurre, pero somos nosotros mismos los que nos separamos y nos causamos tal sensación de dolor.

–Tienes toda la razón. He sido una insensata.

–Durante muchos días en Casemates deseaba morirme, dejar este horrible lugar que a en ocasiones es la Tierra y partir al Sol.

–¿Por qué no lo hiciste, Jason?

–¿Tú qué crees?

Jane miró a Jason. El hijo del Sol la observaba con ojos profundos y risueños. Volvió a abrazarle.

—Ya ha pasado, Strung.

—Cuando la oscuridad nos anega parece como si no existiese la luz, y sin embargo todo el planeta rebosa energía y luminosidad. La esplendorosa vida está ahí, esperándonos, pero no somos capaces de asimilar su energía. Debemos hacer un inicial esfuerzo, dar un diminuto paso hacia la luz que podemos alcanzar, no pensar más en si podría haber sido mejor o peor, no juzgarnos ni juzgar, sencillamente respirar, vivir y confiar en que no es la vida, sino nosotros los que no obtenemos la luz.

—Es inevitable, somos débiles, Jason.

—Ya estás mejor, Jane.

—Es cierto. ¿Cómo lo has notado?

—Es como si me hubiesen quitado de encima una enorme y pesada losa. Simplemente he sentido cómo ha desaparecido. Tu estado de ánimo es otro.

—Sí. Puedo contemplar de nuevo el horizonte, esa línea que no existe.

—El horizonte es un espejismo.

—Debemos ver más allá de su aparente línea divisoria.

—Señor, les estamos esperando en el comedor.

—Gracias John.

—De nada, señor.

—No lo conseguiré, verdad, Lottimore.

—¿Qué, señor?

—Que me tutees.

—Lo intentaré, Jason.

—Gracias, John.

—Nos vemos en el comedor.

—Ahora vamos.

—¡Cuánto tenemos que aprender de Lottimore! —exclamó Jane.

—Cada día tiene que olvidarse de su pasado y tener el valor de comenzar de nuevo.

–Sí no fuese así, ¿cómo iba a soportar una carga tan pesada.

–Le debo la vida. Es algo que nunca olvidaré.

–Gracias a él podemos seguir a tu lado.

El Phoenix VI continuaba alegremente. Tanto a estribor como a babor había sido dibujados dos corazones entrelazados. Uno con el vértice hacia arriba y el otro hacia abajo.

CAPÍTULO 86

JOHN SCOTT Y ROSAMUNDE PERSTON

John Scott y Rosamunde Perston se habían enamorado en Cambridge escuchando la música de Pink Floyd. Desde el primer momento Rosamunde se fijó en los ojos soñadores de John. Era diez años mayor que ella; a su lado se sentía segura. Quizás el hecho de que su padre estuviese en Casemates había influido, y la diferencia de edad había sido un factor importante en su enamoramiento. John Scott había nacido y crecido inmerso en los psicodélicos sonidos de Pink Floyd. Brillante estudiante de física del King's College, había conseguido trabajo en los prestigiosos laboratorios Cavendish. Especializado en superconductividad y afamado defensor de la incipiente ciencia de la nanotecnología; extraña para el público de aquellos tiempos.

Rosamunde parecía seguir sus pasos tanto en música como en su entusiasmo por la física. Cuando John escuchaba con diez años Astronomy Domine e Interstellar Overdrive, nacía la hija de Jane y Jason. Cuando Scott tenía veintiocho y Rosamunde dieciocho se unieron sus corazones en The Anchor Pub escuchando The Dark Side of the Moon, Wish You Were Here y Obscured by Clouds entre otros. Se unía en ellos algo mágico: el anhelo por el conocimiento y el acicate de la fantasía sobre el espacio. Si a ello se unía la realidad de que el padre de

Rosamunde era un hijo del Sol, resultaba razonablemente lógico que los resultados de sus experimentos llegasen a ser extraordinarios. Tales experimentos no siempre se llevaron a cabo en los laboratorios del gobierno o de la universidad, sino que en ocasiones se desarrollaron en sus propios espacios, aislados y reservados exclusivamente para un pequeño puñado de amigos, que esporádicamente se reunían y debatían acaloradamente acerca de la influencia del campo magnético de los seres humanos sobre ciertas partículas y los nuevos materiales superconductores que podrían ser diseñados a partir de la nanotecnología.

—¿Cuándo podremos construir el Starlight?—preguntó Jason a Scott.

—Creo que todavía nos faltan unos años. Hemos avanzado más que Heinrich y Gerd, e incluso hemos llegado a construir varios materiales con distintos fullerenos, incluidos el C60. Si bien nuestro mayor problema es la generación de los mismos a gran escala, como puede ser la fabricación de una moderna embarcación como el Phoenix VI.

—Es impresionante el mundo de la ciencia —continuó Jason.

—¿No hay científicos en el Sol?

—Sí, pero al igual que ocurre en tu planeta son como seres de otro mundo.

—Pero... ¿No deberíais ser todos excepcionalmente sabios?

—Existen grandes sabios en nuestra raza. Aunque te parezca extraño, los más reputados son aquellos que se dedican a lo que vosotros denomináis astronomía y astrología.

—Se hace incomprensible el hecho de que unos hijos del Sol dediquen su tiempo a la astrología, una pseudo ciencia que llena las cabezas de la gente con prejuicios y supersticiones.

Jason sonrió mientras miraba al horizonte.

—¿He dicho algo gracioso, Jason?

—Yo no te hablo de aquellos que creen que comenzar el año con un slip rojo da suerte.

—¿Entonces?

—Sabes que si hay algo que aprecio sobremanera en este planeta son dos cosas: el amor y la ciencia.

—Gracias, Jason.

—Hay muchas cosas que no sé sobre los humanos, pero si de algo deben vanagloriarse, sin llegar a la arrogancia, es de que tienen un increíble anhelo por saber, por desentrañar los misterios de la naturaleza.

—Es algo intrínseco a la esencia humana.

—Ya lo creo. La prueba no la tengo que buscar muy lejos. Aquí dentro de nuestra familia estáis Rosamunde y tú.

—Entonces... ¿cómo puede ser que los más sabios entre vosotros os dediquéis a la astrología?

—Lo que se practica en la Tierra es un vago reflejo de la sagrada ciencia astrológica, que si la llamamos por su nombre sería la ciencia de la psicología divina.

—¿Estudiáis el comportamiento de los dioses?

—Estudian. Yo no soy tan sabio.

—¿Se puede indagar en algo así? Quiero decir, ¿se puede estudiar el comportamiento y la esencia de los dioses, sea lo que sea tan arcaica denominación?

—Los científicos cuando estudiáis la composición de los átomos o su espín; cuando descomponéis los átomos en quarks y su distinta carga energética; cuando describís la piezoelectricidad, las cargas eléctricas y propiedades de los cristales; cuando habláis de asociación de partículas fundamentales y e intentáis la descripción de nube energética... en realidad estáis hablando de la esencia de la materia; de su comportamiento social y psicológico... ¿no crees?

—Nunca se me habría ocurrido pensar que los protones y neutrones se enamorasen de los electrones, o viceversa.

—Si un científico dijese: creo que un átomo de helio surge del enamoramiento de dos electrones con distinto espín. Uno "gira" hacia arriba, el otro tiene el momento angular hacia abajo lo que provoca una atracción tan extraordinaria que hace que

ocupen el "mismo lugar" o nivel energético y el átomo de hidrógeno se convierta en un átomo de helio... ¿crees que se equivocaría mucho?

—Expresado así, tan románticamente...

—Ya sabemos que nada es tan sencillo como una definición, que los físicos teóricos han dedicado toda su vida a encontrar una explicación del universo. Es un esfuerzo ímprobo. Los seres humanos, en realidad, deben casi todo, por no decir todo, a los científicos. Son quienes están desentrañando cada uno de los misterios, quienes están llevando a la medicina a un punto en el que los cuerpos se reconstruirán, simple y llanamente.

—Es cierto...

—Respecto al tema que estamos tratando, a la sagrada ciencia de las relaciones esenciales entre los diversos mundos, es una ciencia matemática, pero que está sólo al alcance de unos pocos sabios, que saben verdaderamente sobre las distintas existencias de los universos. Comprueban la constitución de cada una de las almas de los distintos planetas y estrellas cercanas. Conocen la proporción de materia mental y sentimental, dicho de otra forma, miden la cantidad de almas que hay encarnadas en un determinado periodo, y de acuerdo a su cualidad, pueden determinar cómo será su futuro.

—¿Tales cosas se pueden hacer?

—Igual que existe una tabla de elementos, de la misma forma existe una tabla de dioses esenciales, dicho de una forma muy vulgar.

—¿Se describen con fórmulas?

—Aunque las mencionadas fórmulas matemáticas están acompañadas por sonidos y estructuras musicales... según he escuchado en alguna conversación.

—¿Sonidos?

—Sonidos o vibraciones, ¿no?

—Expresado burdamente, sí.

—Los científicos están destinados a salvar la Tierra.

–Creo que tu afirmación no sería muy bien recibida en algunos foros.

–Que existan humanos anticuados, arcaicos y que quedarán relegados en su evolución, no implica que no tenga razón.

–Me caes bien, Jason –sonrió John Scott poniéndole a su suegro la mano en el hombro.

Jason Doyle tardó unos segundos en responderle. Sus lágrimas se perdieron en el horizonte azul del inmenso océano.

–Estamos cerca, John –Jason rompió por fin el silencio.

–¿De Puerto Rico?

–Me refiero a una abertura que conduce al interior de la corteza terrestre.

–¿Cómo lo sabes, Jason?

–Aunque aparecí en Bermuda el día once de abril de mil novecientos sesenta y siete emergí cerca de aquí.

–Si no te conociese, Jason, diría que hablo con un loco.

–No es para menos, ¿verdad? –sonrió Jason.

–Es difícil creer algo que no se ha visto.

–Cuando tengamos el minisubmarino, te lo demostraré.

–No sé si me atreveré a bajar a treinta mil pies de profundidad.

–Bueno... esos son los primeros.

–Eres muy gracioso, Jason.

–No te preocupes, antes lo probaré con Rosamunde o con mi nieta.

John Scott miró sorprendido a Jason.

–Rosamunde no te lo ha dicho, porque ni ella misma lo sabe todavía.

–Por Dios, Jason. ¿Hay algo que se te escape?

–Ya sabes, soy un hijo del Sol.

–¿De qué hablan los hombres de la casa? –preguntó Rosamunde que se acercó a proa y abrazó por la cintura a Scott.

–No... de nada... cosas nuestras –respondió Scott.

—Le estoy diciendo a John que un día descenderemos a las profundidades abisales y entraremos, a través de un impetuoso canal, más allá de la corteza terrestre.

—¡Qué emocionante! Me apunto.

—¡Serías capaz! —exclamó John

—Pues claro. Si mi padre lo hace, yo también.

—Eres una insensata, Rosamunde. Supongo que algún día tendrás que cuidar de nuestros hijos.

—Vaya... ahora el intrépido e incansable científico se ablanda y convierte en un padre protector.

—Bueno... solo lo digo, ya sabes, si un día tenemos la suerte de ser padres.

—Cuando así sea, ¿qué te gustaría tener, John?

—Tal vez... ¿una niña? —dijo dudando y mirando a Jason.

—¿Y cómo la llamarías, John?

—Me gusta el nombre de Elisabeth.

—Bello y regio nombre.

—¿Te parecería bien, Ros?

—Pues claro, John. Parece que has adivinado mi pensamiento.

—¿Y si fuese, por casualidad, niño?

—Le llamaríamos John, como tú.

—Gracias, Ros.

—Supongo que estudiará en el King's College—añadió la esposa.

—Por supuesto.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

—Con tu permiso, Jason. El deber me llama —dijo Scott disimulando que se había ruborizado.

—Creo que a Jason no le ha gustado la broma —continuó hablando el científico con Ros mientras se alejaban.

—Mi padre sabe qué hay más allá de las palabras... conoce el corazón de las personas, también el tuyo, John.

—Entonces habrá comprendido que mi intención era únicamente dormir, ¿no?

–¡Cómo, dormir! fingió enfadarse Rosamunde.
–¿Es que no es así como se fabrican los bebés?
–En tu caso, probablemente, porque no sabes hacer otra cosa.
–En el camarote me dices eso mismo –amenazó John.
–Perdón, que llega Romeo con su daga –se rió la esposa.
–Romeo va a cumplir con Juliet.
John Scott y Rosamunde Perston no vieron a Jane que sonreía en cubierta ante tanto amor.

CAPÍTULO 87

RESPIRAR

–¿Qué día me enseñarás algo sobre la unión de las almas, Jason? –preguntó Jane un día de abril mientras paseaban por las calles de Hamilton.
–¿No eres suficiente feliz?
–Sí.
–Entonces... ¿por qué buscas complicarte la vida?
–No sé... hace mucho tiempo que me lo prometiste, pero ya no hemos vuelto a hablar más.
–Para que ocurra la fusión de dos mentes y dos corazones es necesario tener un enorme deseo de unión.
–Y nosotros ¿no lo tenemos?
–No, puesto que estamos siempre juntos.
–Y si nos separamos –propuso Jane como si fuese una niña que no sabe lo que dice.
–Vamos, Jane. Ya hemos permanecido muchos años separados. No hace falta más. La vida ya se encarga de unir y separar, sin que nosotros aceleremos el proceso.
–Entonces... no me vas a enseñar nada.
–Pues claro.
–¿Comenzamos? –preguntó con impaciencia Jane.

–Tal vez deberíamos sentarnos a tomar una cerveza en el club náutico.

–¿Tan fuerte es que necesitas beber alcohol? –sonrió Jane.

–No solo eso, sino que también me pediré unas patatas fritas.

–Ya estamos como siempre, cualquiera diría que te importan más las patatas fritas que la conversación.

–¿A ti, no?

–Por Dios, Jason. No tienes remedio.

–¿Remedio? , no entiendo.

–Brrrr.

–En el Sol no hay patatas fritas, y comprenderás que estar aquí en la Tierra es una gran oportunidad.

–Supongo que algún día se lo dirás a tus padres: preferí irme a la Tierra porque allí había patatas fritas.

–Es cierto, no les podría decir la verdad. Tendría que decirles que había venido a resolver un conflicto mundial; que sin mi ayuda los humanos ya estarían en guerra total.

–Entonces... ¿les mentirías?

–Una mentirijilla sin importancia.

–No sé si habrá sido buena idea que hayas venido a este planeta. Te has vuelto en un experto mentiroso. Creo que hasta tú mismo te lo crees.

–¿Qué desean los señores? –preguntó el camarero.

–Un martini –pidió Jane.

–Una cerveza sin alcohol y una bolsa de patatas fritas.

–¿Algo más? –miró el camarero a la mujer.

–Bueno... pues traiga dos bolsitas de patatas fritas, en lugar de una –añadió Jason mientras Jane se reía.

–De acuerdo –tomó nota el camarero.

–Nada hay tan hermoso como contemplar el océano –añadió Jason.

–Quieres decir, que nada hay tan hermoso como contemplar el océano comiéndose unas patatas fritas.

–Bueno... eso.
 –Y respirar... claro
 –Respirar es conectar con la vida del universo.
 –No sé cómo puedes pasar en tan poco tiempo de decir tonterías a enunciar algo trascendente.
 –Creo que ya tienes trabajo para empezar, Jane.
 –No pretenderás decirme otra vez que tengo que aprender a respirar –protestó Jane.
 –Es difícil, ¿verdad?
 –Es que parece que estoy perdiendo el tiempo.
 –Ya. Si a las personas les dicen, camina quince días seguidos y verás el templo más bello del mundo, es probable que lo haga. Pero si les sugieres que durante años trabajen diez minutos o veinte al día paseando y respirando, entonces, parece que ni se molestan en aprender.
 –Sabes que lo he intentado, pero me canso.
 –Sin embargo, nada hay tan placentero como respirar. Es algo que hacemos continuamente inconscientemente, pero cuando inspiramos profundamente es extraordinariamente gratificante.
 –¿Es verdaderamente necesario?
 –Si quieres dar pasos hacia la fusión , sí.
 –Tal vez es que no comprendo la relación que hay entre la respiración y la unión de las mentes y los corazones.
 –El mundo en el que vivimos está compuesto de multitud de elementos que se enlazan unos a otros. Los distintos tipos de quarks constituyen los protones y los neutrones, que con los electrones, a su vez, forman los átomos que se aglutinan y mezclan para constituir las moléculas. Cuando inspiramos aire, estamos introduciendo en los pulmones gran cantidad de elementos tales como nitrógeno, oxígeno, vapor de agua, hidrógeno, ozono... Dicho de otra forma, estamos en contacto con las partículas elementales, con otro mundo que a su vez se conecta misteriosamente con el mundo de las almas.

—Quieres decir que al introducir en nuestros pulmones el aire, estamos, de alguna manera, poniéndonos en contacto con nuestras almas.

—Podría afirmarse. Pero aunque únicamenteuviésemos en cuenta el enorme beneficio que representa la respiración profunda para el cuerpo físico, ya recibiríamos una extraordinaria recompensa. El oxígeno que se aporta a los pulmones es "amado" por la hemoglobina de los glóbulos rojos gracias al hierro que contienen en su interior. Luego lo transportan a los lugares más remotos del cuerpo y lo depositan en las células. La vida es distribuida por cada uno de los rincones. Por lo tanto, es esencial que la sangre se oxigene. Está claro que cuanto más aire, hasta cierto límite, inspiremos, de una manera más perfecta se oxigenará todo el cuerpo.

—Parece, dicho pura y llanamente, simple fisiología humana.

—Hay algo que no viene enunciado en los libros de texto.

—¿Qué es?

—Es muy difícil describirlo, pero muy fácil practicarlo y comprobar los resultados.

—¿Sí?

—Cuando un ser humano es capaz de respirar profundamente e imaginar que crea a su alrededor distintas esferas de luz a la vez que dota a cada una de paz, armonía y belleza, su cuerpo se inunda de tales características.

—Parece magia.

—Lo es.

—¿Por qué ocurre?

—Buena pregunta.

—No lo sabes, Jason.

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir con ello, Jason?

—Los científicos opinan que todo pensamiento se desarrolla en el cerebro, y no les falta razón. Sin embargo, no todos los pensamientos, muy especialmente si son aquellos que

generados por la imaginación y la energía de los sentimientos, se quedan en el cerebro. Los sabios orientales han definido el pensamiento y el pensador. O la voluntad de pensar y la materia con la que se piensa.

—La autoconsciencia y el cerebro a través del que se piensa.

—Los hijos del Sol no tenemos cuerpo físico como el vuestro.

—¿Y?

—Pues que también tenemos capacidad de raciocinio y de imaginación.

—¿Entonces?

—¿En realidad qué es el pensamiento?

—No sé.

—Pensar es tener unos datos almacenados gracias a un detector de sensaciones que es analizado por el yo.

—Quieres decir que para pensar no hace falta cerebro.

—Exactamente. Para pensar y vivir en mundos sutiles no es necesario el cerebro tal y como lo conocemos. Pero sí que es necesario que exista un soporte de algún tipo de materia donde se guarden los recuerdos y la capacidad de raciocinio.

—Me estoy perdiendo, Jason.

—Si suponemos que existen entidades como los hijos del Sol y otras muchas más que hay en el universo, que son capaces de vivir en un mundo de menor densidad, nos podemos preguntar en qué momento pueden conectarse con el cerebro humano, y por lo tanto aportar la paz, la armonía y la belleza, dando por sentado que tales palabras reflejan la existencia de cierto tipo de materia no física.

—No sé, Jason.

—Hay un concepto fundamental en esoterismo y en nuestro sistema solar: la existencia de vórtices de energía cualificada.

—Cada vez entiendo menos, Jason.

—Nosotros no poseemos un cerebro tal y como se ha desarrollado a través de la evolución en la Tierra, pero sí que

tenemos una estructura de base siete. O dicho de otra forma. Al igual que existen en el interior del espíritu de nuestro sol, siete supremos seres, de la misma forma los ángeles solares en nuestro descenso a la materia poseemos centros de energía que nos sirven de soporte para el pensamiento.

—El concepto de chacra.

—Podríamos decir mejor, centro de energía cualificada.

—Quieres decir que la puerta por la que el mundo espiritual se comunica con el mundo material es a través de tales vórtices de energía.

—Perfecto.

—Cuando llegaste a ser Jason Doyle fue porque tus centros de energía se adaptaron al cuerpo físico.

—Exactamente. Nuestra forma física es triangular porque los centros que poseemos están entrelazados entre sí por triángulos de energía que comunican unos con otros, así como con aquello que es denominado por los esoteristas actuales como pétalos del loto egoico.

—Esto es difícil, Jason.

—Nosotros vivimos en el corazón del Sol. A través de la voluntad que es otro tipo de energía, distinto de la energía del amor, aglutinamos alrededor de nuestros propios centros de pensamientos un pequeño átomo de materia mental, capaz de albergar información. Luego creamos una figura muy sutil, a semejanza nuestra. Continuamos y nos apropiamos de otro átomo de otro nivel, el sentimental. De nuevo a su alrededor se diseña y toma forma otra figura semejante a la figura mental. La primera únicamente tiene cuatro vórtices de energía. La segunda, la sentimental, tiene siete vórtices de energía. En ese preciso momento la imagen creada mágicamente entra en el mundo físico. El lugar donde se encuentran los átomos, y éstos comienzan a reunirse alrededor de aquellos que son menos densos. La forma mental rodea nuestro verdadera esencia, la forma sentimental impregna a la mental y por fin la forma atómica se estructura en

la parte externa de las otras dos capas. Se podría decir que conseguimos tener tres cuerpos densos.

Tales formas ígneas somos nosotros. En mi caso vine directamente del Sol a través del lago Kragken. Como norma general, en las reencarnaciones humanas, no entra la mayoría de energía del ángel solar en el cuerpo físico. Únicamente penetra medio cuerpo mental, el cuerpo sentimental y el cuerpo etérico.

—Es la reencarnación.

—Así es.

—Entonces... ¿por qué o cómo viene la energía de la belleza y la armonía a un ser humano que respira deseando tales regalos?

—Mi opinión es que cuando un ser humano respira profundamente, impregna todo su cuerpo y su cerebro de suficiente energía. En ese preciso momento el aspecto gaseoso se polariza o imanta y atrae hacia sí, partículas de otros cuerpos que pululan en la Tierra y las infunden en el cuerpo peticionario.

—¿Las roba?

—No. Simplemente las toma.

—¿No es lo mismo?

—Robar es tomar sin el permiso del propietario. Sin embargo, cuando anhelamos poseer bellos sentimientos, simplemente buscamos inconscientemente lo que a otros les sobra. Otra cosa sería que fuésemos capaces de extraer tales energías con el fin de reducir la vida de otras entidades. Entonces hablaríamos de magos negros.

—¿Y si no respirásemos pero anhelásemos la belleza y la armonía?

—Con el pensamiento se puede acceder a los estados de conciencia de otros seres, incluido nuestro ángel solar, pero no habría tal aportación de energía y bellas sensaciones. Y tampoco de cierto tipo de vitalidad que acompaña a las inspiraciones.

—Intentas decir que si respiramos, somos más conscientes de nuestra revitalización lo que nos aporta un gran placer.

—Tan importante es hacer las cosas correctamente como sentir que se hacen.

—La alegría del trabajo bien hecho.

—Exactamente.

—Sí que es verdad que me acuerdo cómo se respira, aunque no lo haya practicado más allá de diez días.

—Repíttemelo, Jane.

—Cada persona puede respirar de una forma parecida, si bien debe encontrar su propio ritmo.

—¿Y cuál es el tuyo?

—Inspiro durante cuatro segundos procurando bajar el diafragma, tal y como ocurre cuando bostezamos. Retengo el aire tres segundos, lo expulso en cuatro segundos y estoy dos segundos más sin respirar hasta que comienzo de nuevo el ciclo.

—Muy bien, Jane. Cuatro—tres—cuatro—dos. Veo que no has olvidado todo lo que te enseñé. Ya solo te queda respirar pasear y vivir.

—Vamos a ver si esta vez lo consigo.

—Seguro —sonrió Jason.

—No te lo crees.

—Esta vez creo que te lo tomarás en serio.

—¿De verdad lo piensas?

—Sí.

—Una última pregunta, Jason.

—Dime.

—¿Respirar es como rezar?

—Creo que si somos capaces de visualizar que la belleza y la armonía, que existen en los seres solares, llegan hasta nosotros a la vez que respiramos, sin duda alguna ocurre la transmutación de ciertos elementos causada por la plasmación de nuestro pensamiento en la materia física. Pero no me preguntes si todo lo que hablamos está en el mundo de los iones o de los átomos. Sólo sé que funciona.

—¿Podría ser lo que llaman sugestión?

–Si lo que quieres decir con tal palabra es que en realidad no existe la transmutación de la materia mental en materia sentimental y física, me atrevería a decir que no es sugestión, porque tales prácticas mágicas que empiezan por la respiración y terminan en un complicado protocolo de actuación mental tienen efectos en la materia física. Sabemos que es un proceso inexplicable, en este momento, para la ciencia, pero quien se dedica a realizar actos mágicos de amor, belleza y armonía, sabe que tales actos tienen consecuencias físicas.

–Es bueno inspirar el aire mientras observamos el horizonte y percibimos la inmarcesible belleza del universo.

–Para algunos filósofos, ejecutar tal acción es sinónimo de sentirse realmente vivo y despierto.

–Y si todo lo que hablamos se basa en conjeturas, y realmente no existe nada más allá de la materia.

–Quien practica y trabaja consigo mismo no alberga ninguna duda de que ha entrado en un universo mágico, aunque el término mágico lo identifique con que su estado de conciencia se ha modificado.

CAPÍTULO 88

SUEÑOS

–Hoy he tenido un sueño muy extraño –comentó Jane a Jason.

–Dime.

–Es como si hubiese viajado al pasado. Pero no es porque viese acontecimientos históricos, por llamarlos de alguna forma, sino por la calidad de los materiales.

–¿Los materiales de los sueños?

–No, por los actores. Es como si hubiese estado en lugares que aunque son actuales, pertenecían a un edificio antiguo. Por lo menos al final.

–Sigue, por favor.

–La primera parte ha sido relativamente normal. Me encontraba en las afueras de un inmenso campo de fútbol. Estaba intentando buscar una puerta por la que entrar a las gradas. Ascendía por una enorme pradera que estaba dividida en distintas terrazas. Suponía que esto era así porque las distintas terrazas se correspondían con los diversos niveles en las gradas. Un niño ha comenzado a jugar, aunque más bien era molestar, y al final tenía miedo de que viniesen sus padres y me dijese que estaba haciéndole daño. El pequeño jovencito me ha perseguido. Incluso tenía la sensación de que me acosaban también sus padres. En un momento he visto al otro lado del campo de fútbol y los jugadores me han decepcionado porque no eran famosos. Estaba lloviendo.

–Continúa –animó Jason a Jane.

–Como continuaban persiguiéndome me he lanzado a toda velocidad por unas escaleras de caracol de piedra antigua. Puesto que todavía tenían la sensación de persecución me he puesto a volar. Ahora recuerdo que en algún momento, para escapar del adolescente impertinente, ya lo había realizado. He llegado a otro lugar. Tenía sabor a antiguo. Me atrevería a decir que era una casa de citas. He entrado en una habitación. Había una mujer joven que quería abrazarme al verme, pero le he dicho: yo no soy a quien esperas. Ella no parecía entenderme. Ahora tengo la sensación de que en realidad no me veía a mí.

–A veces ocurre –le indicó Jason.

–Seguidamente había tres jóvenes en una cama. Estaban vestidas con un tipo de ropa interior muy suave. Eran atractivas, de facciones casi infantiles. Alguien parecía que estaba molesto por mi presencia. Tenía que seguir escapando. Quizás era un hombre el que me amenazaba. He salido a través de las paredes con temor y en el vuelo atravesando muros he llegado a una enorme catedral. Parecía que alguien me había visto volar sobre ellos y las beatas observaban admiradas, aunque a la vez, tenía la sensación de que ese alguien me perseguía.

–¿Era bonita la catedral?

—Sólo veía desde arriba a los feligreses, pero la sensación era agradable. Mientras volaba he comenzado a cantar con intensa devoción un cántico religioso. Creo que era una catedral católica, pues me venían a la mente varias palabras en latín entre las que destacaban las : "Salve Regina".

—¡Es curioso y a la vez impresionante!

—Parecía que lo mío era seguir huyendo. He atravesado unos muros, pero en esta ocasión viajaba de espaldas. Sentía una fuerte atracción que me llevaba. Tenía miedo de mirar hacia los muros, temía encontrar cadáveres. Quizás estaba atravesando un antiguo cementerio incrustado en las paredes, o más que un cementerio, alguna tumba cercana a la catedral. Por fin me encontraba dentro de mi cuerpo. Notaba vibraciones extrañas a la altura de las piernas y del corazón, que creo que lo tenía acelerado. Miraba a la pared pero no la reconocía totalmente. No sabía si estábamos en Hamilton o en Londres. Han transcurrido todavía largos minutos hasta que he sabido que estábamos aquí en Arlington. También he escuchado varios chasquidos, como de látigo. Al principio me ha parecido que eran en la calle, pero al final he comprendido que eran en mi cerebro. Creo que han pasado muchos más minutos hasta que me he tranquilizado.

—¿Y crees que ha sido un sueño bueno o malo?

—La sensación es extraña. Por un lado tenía la sensación desagradable de ser perseguida por algo abstracto, y por otro lado la certeza de que me encontraba fuera del cuerpo, lo que provocaba en mí la confirmación de que realmente somos algo más que un cerebro.

—Hay sueños que se desarrollan dentro de nuestro subconsciente, otros que se crean en algún lugar extraordinario que los escritores denominan el país de "Nunca Jamás". El que has tenido hoy probablemente pertenece a otra clase de sueños. Aquellos en los que se sale fuera del cuerpo.

—Entonces... ¿dónde he estado?

—Los chasquidos que has escuchado dentro de ti, así como la atracción que percibías y te hacía volar de espaldas son dos

detalles que nos llevan a deducir que verdaderamente parte de tu cuerpo espiritual vagaba por extraños parajes. Respecto a saber dónde has estado es más difícil de averiguar. Una casa de citas en la zona antigua de la ciudad cerca de una catedral y algunas tumbas en los muros de la misma, así como materiales antiguos tales como madera piedra, restos de otras construcciones, parecen indicar un lugar físico común. La particularidad de que los distintos actores no te reconozcan, o mejor expresado, el hecho de que tú misma no te identifiques con los personajes nos lleva a deducir que pasabas por allí. Era como si estuvieses, pero realmente no te vieses a ti, aunque tú te parecías identificar con algún aspecto de la escena, en la que no eras la protagonista.

—¿Y el miedo?

—Parte de tu materia estaba en otro ambiente, en otro plano. Siempre hay observadores. Quizás alguien te estaba observando con curiosidad, y puesto que en tal estado psicológico no llegabas a ser totalmente racional, lo interpretabas como una persecución.

—¿Tal vez es una prueba de que el alma existe?

—Para mí, sí. Para un psicoanalista o un científico, supongo que no.

—¿Y quién tiene la razón, Jason?

—Cada ser humano tiene que hacer caso a su corazón. Debe pensar sinceramente respecto a lo que experimenta, y decidir por sí mismo. Habrá unos que llegarán a la conclusión de que parte de su alma está activa en otro plano, independientemente del cuerpo, salvo en el momento en que se ve impelido a regresar, y otros afirmarán con rotundidad que los sueños, sueños son.

—Creo que tales sueños son un aliciente para el hombre creyente en que más allá de la vida física hay otra vida.

Jason Doyle sonrió.

—¿Por qué sonríes, Jason?

—¡Cuántas evidencias necesita un ser humano para convencerse de que la inteligencia del universo es tan perdurable como la misma materia!

—¿Desde que nace hasta que muere?

—Habrá quiénes estarán "muertos" y todavía discutirán que una vez vivieron.

—Un poco de fe y confianza en la vida sería bueno todos nosotros.

—La simple existencia de los animales, de las plantas, de los microorganismos, y no digamos de las estrellas, deberían llevar a los humanos a adquirir la certeza de que el universo es inteligencia pura.

—Quizás nos queda la duda de si la inteligencia puede existir fuera del cuerpo físico así como los procesos racionales pueden ser realizados sin un cerebro.

—Ya se han inventado los ordenadores personales, así como las enormes computadoras. Por lo tanto, está claro que la inteligencia puede habitar fuera del cuerpo.

—Sin embargo, son limitadas. No poseen autoconciencia.

—Vamos paso a paso. Que la inteligencia se puede albergar en soportes externos al cuerpo, ya ha sido demostrado. Por lo tanto, lo que se requiere es encontrar un material adecuado, dotarle de energía propia y que posea la capacidad de ser autoconsciente. Dicha capacidad es otorgada por ciertas partículas que han evolucionado mucho más que las partículas físicas elementales. Es cuestión de tiempo que se descubra la esencia de la vida y se pueda contener en una estructura de cierta cualidad electromagnética. Dicho de otra forma, la autoconsciencia puede habitar en diminutas partículas no detectadas todavía por los científicos actuales.

—Estás indicando, Jason, que puede haber mucha más autoconsciencia en el universo que reside en los fríos abismos de las galaxias.

—Exactamente, Jane. Habitamos universos en los que nada hay vacío. Todo permanece habitado. Por debajo del minúsculo

átomo de hidrógeno, todavía hay partículas que pueden reservar grandes sorpresas a nuestros admirados, valorados y grandes científicos.

—De nuevo regresamos al concepto de centros de energía.

—Así es.

—Lo que no entiendo es por qué en el sueño me he visto impelida a entrar en el cuerpo físico, que actuaba como un tremendo imán.

—Podría decirse que la energía se conserva en ciertos lugares específicos. Aquellos en los que existen campos de fuerza que sujetan en su interior los grandes centros de energía. Estos centros de materia etérica están obligados a permanecer bajo otras fuerzas mayores, similares a la gravedad. Igual que los planetas físicos están ubicados en ciertos entornos, de la misma forma los centros de energía etérica es aglutinada por campos de energía mental y astral. No están en cualquier lugar en el universo, sino que permanecen normalmente cerca de los propios planetas físicos. Incluso hay centros de energía que de momento son indetectables por los métodos científicos actuales, y que en muy breve tiempo serán identificados.

—Quieres decir que hay una especie de planetas etéricos que no los vemos ni los percibimos de otra forma.

—Exactamente. Todo esta materia física, indetectable todavía, es también un reservorio de energía autoconsciente. Cuando se inicia la evolución de un planeta, en primer lugar se produce el desarrollo físico, que también es inteligente, puesto que toda materia es tremendamente inteligente y en cierto modo consciente. Todo átomo es "consciente" de los impactos y atracciones de otros átomos sobre él. Surgen las afinidades etc., etc. Cuando la vida inteligente y consciente se ha establecido en un planeta, éste llega a ser observado por ciertos campos de energía inteligente y autoconsciente, o por ciertas entidades que convienen o alcanzan un acuerdo para habitarlo. El fuego de ciertos centros de energía se acerca al planeta en evolución material y acelera con su impulso la mencionada evolución a la

vez que va introduciéndose y aferrándose a la materia física. Partículas autoconscientes comienzan a insertarse y rodearse de partículas conscientes e inteligentes. Dicho de otra forma, se crea un nuevo campo de energía espiritual alrededor y dentro de la energía inteligente. Puesto que tal energía espiritual está compuesta por paquetes de información específica individual, dentro de cada planeta se forman distintos vórtices de energía espiritual especializada, tal y como ocurre en el resto de nuestro universo local. Puesto que el ser humano es una copia del macrocosmos, su nacimiento físico viene acompañado de la inserción de núcleos de energía especializada que le llevan a ser autoconsciente. Y puesto que es una copia, los siete centros de energía que existen en el Sol y en los múltiples planetas, tienen su reflejo material y formal en su cuerpo. Paulatinamente la autoconsciencia va introduciéndose y anclándose en el cuerpo físico. Por ello, mientras los centros de energía están anclados en el cuerpo físico, la materia autoconsciente que se evade durante el sueño, regresa obligada por su propio anclaje. Si la materia etérica, la materia sentimental y la materia mental no se puede sujetar al cuerpo físico por la debilidad o la muerte del mismo, entonces, tal materia se ve impelida a regresar a su hogar natural, es decir, el campo magnético del que ha surgido. Dicho de otra forma el mundo interno del dios de la Tierra.

—Se podría decir que la humanidad como un todo es un campo de energía que mantiene en la Tierra cierta clase de autoconsciencia que de otra forma no podría estar sujeta al planeta.

—Ciertamente. Los individuos de la humanidad actual fueron simples animales, tales como los leones, las cebras, los elefantes, las serpientes, etc. Pero por alguna causa desconocida para los científicos, se convirtieron, transmutaron o fueron transmutados y adquirieron la capacidad de retener átomos que habían adquirido la autoconsciencia en otros planetas o sistemas solares.

–Sin embargo, los científicos todavía no han captado tales hechos.

–Al paso que van, pronto lo harán.

–¿Dará paso a algún tipo de revolución?

–No creo. Como norma general, a la mayoría de la población le interesa más, y así debe ser, los placeres que pueda disfrutar físicamente. Paulatinamente sí que ocurrirá un cambio, pero no será algo general. Habrá cierto porcentaje de seres humanos que accederán a otro nivel y cambiarán su plano de existencia. Es lo normal y habitual en la evolución de los planetas.

–Sin embargo, no somos verdaderamente autoconscientes en el mundo de los sueños.

–Durante horas sí que lo somos, lo que ocurre es que justo en el momento en el que reingresamos en el cuerpo, el estado que recordamos nosotros es precisamente un estado intermedio, la materia autoconsciente ya ha regresado al cuerpo físico y cierta parte de materia sentimental se ha retrasado. En sí mismas los núcleos de energía física, sentimental y mental no son totalmente autoconscientes. Están en proceso de aprendizaje y transmutación. Por eso precisamente pueden llegar a ser unos monstruos, pues son vehículos inteligentes semiconscientes que persiguen su propio gozo y placer, su propia esencia. En ocasiones se hacen independientes de la materia autoconsciente, originando extraordinarios conflictos al ser humano que no es capaz de controlarlos.

–Cuando he escuchado que cantaban en la catedral he sido feliz, Jason.

–En los mundos internos de Sanat Kumara, al igual que en todos los espíritus planetarios y estelares hay monstruos y dioses. Todos viven por igual.

–Y la música también.

–Tú ya lo has comprobado.

–Ya lo creo... Pero... ¿y si todo fuese un espejismo?

–Si toda la creación del mundo fuese un espejismo... ¿qué más nos daría?

–¡Mientras el espejismo sea tan maravilloso!

–Exactamente... El cerebro humano interpreta el universo en el espejo de su interior. Al parecer algo debe ser real cuando sus creaciones modifican la materia.

–No debería existir el sufrimiento terminó por añadir Jane.

–Un organismo sensible e inteligente que lucha por vivir y evolucionar, necesariamente debe sufrir ante los cambios que inevitablemente se le avecinan. Es ley de vida.

–El sufrimiento está causado por el roce de la materia consciente y la materia autoconsciente.

–Sin duda, Jane. Es difícil evitar las partículas impacten unas contra otras, y produzcan el fuego de la vida.

–Es el precio por vivir.

CAPÍTULO 89

LA APUESTA

Cuando Rosamunde comunicó a su madre que estaba embarazada, Jane se sintió desfallecer; tuvo que sentarse y permitir que las lágrimas rodasen libres sobre sus pómulos.

–Tampoco es para tanto, mamá.

–Sí que lo es, Ros.

–Casi todas las mujeres tienen hijos.

–¿Ya sabéis qué será?

–Niña.

–¿Y el nombre?

–Elisabeth

–¿Cómo lo haremos, Ros?

–¿Te refieres a mis estudios?

–Sí.

—Había pensado que durante los dos últimos meses de embarazo y los tres siguientes, hasta que terminase el curso, vinieseis papá y tú con nosotros a Londres o al mismo Cambridge.

—No creo que papá pueda estar tanto tiempo lejos de los negocios.

—Pero, tú vendrás ¿no?

—Por supuesto, hija. Cuenta conmigo para todo lo que haga falta —brotó del corazón de abuela de Jane. Después se quedó pensativa y no le agradó la idea de estar tanto tiempo separada de Jason.

—¿Pasa algo, mamá?

—¿Por qué lo dices?

—Parece como si te hubiese asaltado alguna duda.

—¡Noooo! —disimuló como mejor pudo.

—No quieres estar separada de papá.

—No seas tonta, Ros. Nada me agrada más que la idea de ayudaros a ti y a Elisabeth.

—¿Te la imaginas?

—Rubia y de ojos azules como Scott.

—Yo también lo creo —reafirmó Rosamunde.

—Inteligente, con grandes dotes musicales y pictóricas.

—¿No piensas que será una científica como tú?

—Elisabeth será una extraordinaria mujer cercana a la belleza y al arte.

—Parece como si quisieses evitar para tu hija la ciencia.

—Los científicos somos los motores del mundo, mamá, pero también es una profesión demasiado sacrificada.

—Entiendo.

—No me agrada pensar que Elisabeth esté encerrada entre las cuatro paredes del laboratorio.

—No obstante... lo tendrá que decidir ella, ¿no crees?

—Por supuesto.

—Ojalá llegue a conocer a sus abuelos —exclamó Jane, sin darse cuenta de que podía herir los sentimientos de su hija.

—Siempre pesa sobre ti la sombra de la duda, mamá.

—Cuando veo que somos tan felices, me sobresalto y me digo a mí misma que no puede ser verdad, que no puede durar tanta la felicidad.

—Temes por papá.

—Saber que es un hijo del Sol me hace sentir una enorme zozobra.

—¿No crees que es un regalo de Dios que Jason esté con nosotros?

—Pues claro, Ros, pero temo perderle.

—Preferirías haber sido viuda y no haberle conocido.

Jane miró a su hija. Las lágrimas rodaban incansables por el rostro de la abuela. Abrazó a su hija.

—Pareces una niña, mamá.

—¿Sí, verdad?

—Pues sí.

—Entonces haré buenas migas con Elisabeth.

—Ya lo creo.

—Creo que los años que tu padre estuvo en prisión casi han acabado conmigo.

—Parecías muy fuerte, mamá.

—Era pura fachada.

—No llorabas para que yo no sufriese.

—Sí.

—¿No crees que lo peor ha pasado?

—No soporto la idea de vivir sin el hijo del Sol.

—Vamos, mamá. Cualquiera diría que te ha sorbido el cerebro.

—No lo puedo remediar.

—Lo tienes todos días a tu lado.

—Nunca le he dicho a nadie lo que te voy a decir.

—Dime, mami —intentó quitarle hierro al asunto.

—Cuando papá fue encarcelado pensé que moriría. La separación me producía pinchazos cerca del corazón. Era como si una red invisible me desgarrase las costillas. El estómago parecía golpearme, como si en su lugar hubiese un enorme tambor. Él

estaba en Casemates, destrozado. Y yo me sentía vacía. Su amor me había abandonado. Debió ser porque no pensaba en mí. Realmente no lo sé.

–Lo tenías muy callado.

–No volveré a resistir una separación así.

–Entonces... tal vez no puedas venir a cuidarme a mí y a Elisabeth.

–Es probable que no sea lo mismo. Ahora, Jason está radiante. Probablemente su resplandor llegará hasta nosotras.

–La separación física será por placer, no por obligación.

–Seguro que desde nuestros barcos me enviará la vida de su corazón.

–Hoy, por ejemplo. Él está en alta mar y sin embargo es como si siempre me estuviese acompañando.

–Creo que no tienes motivo para preocuparte, mamá. Strung siempre estará con nosotras.

–Sabes que a papá no le gusta que le llames así. Él desea ser, por encima de todo, Jason Doyle.

–Lo siento. Se me ha escapado.

–¿Cuánto nos apostamos, que cuando regrese de la excursión hace alguna referencia a esta conversación?

–El postre –respondió riendo Rosamunde.

–Pero... si las dos creemos que va a preguntar, ¿quién se queda sin helado?

–Pues está claro –respondió Ros–, Jason.

–Genial –añadió la madre.

–Si cuando regrese, o a lo largo de la cena, hace alguna mención a nuestra conversación, se queda sin postre –concretó Rosamunde.

–¡Mira! –exclamó sorprendida Jane–. Por ahí viene.

–¡Hola, papá! –disimuló Rosamunde.

–¿Qué tal la mamá y la abuela?

–Bien –respondieron ambas a la vez que se echaban a reír.

–¿He dicho algo gracioso? –preguntó Jason.

–¡Te has quedado sin postre!

–Vaya... eso si que es duro continuó la broma Jason... ¿Se puede saber la causa?

–Nos hemos apostado que si hacías referencia al embarazo de Rosamunde, te castigaríamos sin helado.

–Pero...

–No hay peros que valgan respondió Jane.

–Si solo he dicho...

–Por eso.

–¿Es algo malo?

–En nuestra familia, los adivinos y videntes están prohibidos –continuó bromeando Ros.

–Entonces... –se hizo Jason el interesante.

–¿Sí? –preguntaron las dos a la vez.

–Nada... nada. Se siente.

–¿Se siente qué? –la curiosidad estaba haciendo estragos en las dos mujeres.

–No os puedo enseñar lo que he encontrado en una cueva.

–¿Qué has encontrado, Jason? –preguntó Jane que no resistía tanto misterio.

–Nada... dos piedrecillas sin importancia.

–¿Eran para nosotras? –preguntó con ingenuidad Ros.

–Como habéis dicho que no puede haber videntes en vuestra familia, tendré que regalarlas a la vecina. La que lleva la minifalda.

–¡Tú ya no tienes edad para esas cosas! –continuó Jane.

–Entonces... ¿podré tomar helado?

–Vale, papá... pero enseñanos, por favor, tu regalo.

–Son dos aguamarinas. Tal y como serán los ojos de Elisabeth –entregó tan preciado tesoro a su hija y a su esposa.

Jane abrazó a Jason y ocultó las lágrimas que brotaban tan fácilmente de su alma.

–Gracias, papá –respondió Rosamunde abrazando a ambos.

Santiago observó la esfera de su reloj. Parecía como si el segundero fuese mucho más despacio. Contó según lo que estimaba él que debería durar un segundo: uno, dos, tres... pero el segundero únicamente había dado un paso. Miró a través de la ventana, la intensa niebla deslumbrante era la protagonista. Allí no había nada que pareciese un agujero negro, y si lo había todavía no habían llegado. Sonrió recordando los últimos minutos pasados con Elisabeth. Era cierto que sus ojos se semejaban a dos aguamarinas, pero ahora no pensaba en ellos sino en la calidez de su amoroso abrazo.

CAPÍTULO 90

EL SIGNO DEL INFINITO

*Sobre las aguas de un océano inmenso
depositaré mis dulces y amargas lágrimas.
Dejaré que se disuelvan en su propia esencia
y asciendan el sendero que conduce al cielo.*

*Sobre el etéreo firmamento dibujaré un bello signo
trazaré interminables círculos que se unan
y crucen en un punto para formar el infinito.
Con mi vista conduciré las llamas inmortales
que eternamente incansables
arden y construyen el dibujo perfecto*

*El círculo que dividido en dos
a sí mismo se alimenta, y nunca revela
si nace o muere, si calla o habla
si camina o se detiene.*

***Las almas se elevan trazando un símbolo perfecto:
dos círculos, dos serpientes ígneas, la vida de Dios,
principio y fin, nacido, inacabado y finalizado.
El interminable e indestructible sendero
de todo lo que ha sido, es y será creado.***

CAPÍTULO 91

ORGULLO HUMANO

Si yo, Jason Doyle, presentase delante del ojo de la mente de los hombres la cifra de años que un ángel solar puede vivir, o mejor dicho, estar consciente, los humanos se estremecerían y rápidamente cubrirían con un velo compasivo de incredulidad tal visión, con el natural propósito de sobrevivir lo más equilibradamente posible.

Si me aventurase a decir que un ángel solar puede estar activo y despierto a lo largo de cincuenta mil años humanos ¿quién me creería? Sinceramente, nadie. Y aunque me creyese, no llegaría a comprender lo que realmente significa.

Supongo que algún historiador podría imaginar la existencia de alguna entidad que permaneciese atenta a los acontecimientos mundiales durante mil años. Al fin y al cabo la vida de diez hombres o mujeres, ordenados uno a continuación de otro, y cada uno de cien años de edad, llegaría a ser comprensible. Incluso alcanzaría a entender que durante los últimos cuatro mil años existiese un semidios que hubiese participado en todos y cada uno de los grandes acontecimientos de la historia.

Y si afirmase que mi edad como ángel solar, totalmente maduro, es de cuatrocientos veinte mil años, automáticamente me internarían en un psiquiátrico.

Es cierto que dos tercios de los mismos los he transcurrido intermitentemente en el seno de mi mónada. Aun

así, podría asegurar que he dedicado ciento cuarenta mil años a crear los cuerpos mentales, sentimentales y etéricos de cerca de tres mil humanos. Y sin embargo... he descendido a la Tierra...

—Estás muy pensativo esta mañana, Jason —interrumpió Jane el curso de los pensamientos de su marido.

—Todavía no llego a comprender el verdadero motivo de mi existencia como Jason Doyle.

—Tú eres un ángel solar. Un hijo del Sol. Se supone que sabes mucho más que nosotros, los mortales.

—En muchas ocasiones me pregunto por qué he venido al plano físico.

—¿No es lo más normal?

—Los ángeles solares no siempre necesitamos venir a la Tierra. Desde nuestro mundo, el Sol, podemos dirigir las almas de los hombres, que en numerosas ocasiones se someten voluntariamente a nuestra guía.

—Apenas me has hablado de tu existencia en el Sol. Has mencionado algunos detalles, pero nada más que te preguntamos por el tema, evades cualquier respuesta.

—Poco a poco he aprendido que los seres humanos son mucho más frágiles de lo que yo creía, sobre todo respecto a su orgullo, que proviene de su ceguera.

—¿Te crees muy superior, Jason?— preguntó Jane sonriendo.

—Ya sabes la respuesta. Vivir en el Sol es como norma general mucho más fácil que hacerlo en la Tierra. Por lo tanto, gran parte del orgullo que sentía por ser hijo del Sol, lo he ido dejando de lado conforme han pasado los años.

—Entonces... ¿cuál es tu problema?

—¿Sabes a cuántos humanos he guiado a lo largo de mi experiencia como creador mental?

Jane miró sorprendida a Jason. Nunca se había expresado con aquellas palabras. Sus ojos de fuego casi daban miedo.

—No sé... respondió Jane.

—Di una cifra, por favor.

—¿Diez?

Jason sonrió.

—¿Veinte? —se atrevió a decir Jane quien nunca había pensado en aquel tema aparentemente irrelevante para ella.

—Él continuó sonriendo.

—Vamos, Jason. No soy adivina.

—Quizás es mejor que dejemos el tema, Jane.

—No te entiendo, Jason. Tan pronto parece que me amas profundamente como te muestras esquivo y distante.

—Sabes que te amo, Jane.

—Eso creo.

—Pero... hay cosas que exceden a un humano.

—¿Aunque sea tu esposa?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Pues sí —respondió la curiosidad de mujer.

—No lo sé.

—Me estás engañando, Jason.

—Te lo digo, sinceramente.

—No recuerdo a los hombres que he guiado.

—¡Pero... tan poca cosa somos para ti, Jason! —exclamó escandalizada Jane, quien no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Los humanos no sois ni mucho ni poco para nosotros, Jane. Nosotros somos creadores mentales al servicio de los señores de los mundos.

—Es duro escuchar que para un maestro solar apenas si somos mariposas que revolotean a su alrededor.

—¿Entiendes ahora por qué no hablo sobre el tema?

—Sí que lo entiendo, Jason. Mejor aún, ahora comprendo a los magos negros que se alejan del Creador de estos universos locales.

—No deberías hablar así, Jane.

—Hoy es mejor que navegues tú sólo. Yo me iré de compras con Ros.

Jane salió del jardín donde estaban sentados y llamó a Rosamunde.

–Ros, vámonos.

–Hasta luego, papá –se despidió Rosamunde de Jason sin saber qué había ocurrido.

–Está un poco serio papá –comentó Ros a Jane mientras salían a la calle Arlington.

–Cada vez entiendo menos a tu padre.

–¿Por?

–¿Sabes qué me acaba de decir?

–No soy adivina, mamá.

–Que no recuerda a los seres humanos que ha guiado.

–¿No parece grave, no?

–¿No te das cuenta lo que significa, Ros?

–No.

–Creo que nos va a abandonar pronto. Se está cansando de nosotras.

–Por favor, mamá, no digas eso.

–Nunca me ha hablado sobre su vida de un ángel solar.

–Creo que ha demostrado que nos ama, ¿no?

–No sé, Ros. En ocasiones le siento muy distante. Es como si ya estuviese de nuevo en el Sol. Como si ya no le importase nada lo que nos pueda pasar nosotras.

–Pues yo, al contrario. Cada vez le siento más cerca, mamá. Es como si mi corazón y el suyo fuesen uno. Como si supiese todo lo que pienso y siento.

–Entonces... será que se ha cansado de mí.

–Será algo normal, mamá.

–¿Que se haya cansado de mí?

–Quiero decir, que es algo lógico que no se muestre tan apasionado como cuando vosotros erais jóvenes.

–No sé... Quizás sea yo. Me siento cada día más vieja.

–Mamá, si apenas tienes sesenta. Eres una mujer madura muy guapa.

–Cuando me miro al espejo, no me veo bien.

–Ojalá que yo sea tan hermosa como tú cuando tenga tu edad.

–Cada día que pasa estoy más confundida. Tu padre regresará al Sol, y ¿yo? ¿Envejeceré pensando que mi marido me ha abandonado por otra más joven?

–Por Dios, mamá. Te estás exaltando demasiado.

–Ya llegarás a mi edad, Ros.

–Claro, mamá. Ya sé que llegaré a tu edad, y espero no ponerme nerviosa por tonterías.

–Cuando tu lindo John no te haga caso y te diga que ha olvidado la cantidad de mujeres con las que ha ido, espero que me recuerdes.

–No crees, mamá, que te estás pasando.

–Vamos a casa, no tengo ganas de comprar –ordenó Jane con la cara desencajada.

–Creo que te sientes herida en tu orgullo, mamá.

–¿Yo? En absoluto.

–Papá nos ha amado y nos ama tanto que quizás nunca lleguemos a comprender hasta qué punto se ha sacrificado.

–Nadie le llamó.

–Es cierto, pero bien sabes que si continúa viviendo aquí en la Tierra, es por nosotras y ahora por Elisabeth.

Jane rompió a llorar.

–Vamos, mamá... ¿dónde está la Jane que se comía el mundo?

–Ya estoy mejor..

–Serán las hormonas, que las tendrás hiperactivadas.

–Hace unos días soñé con una mujer –saltó de tema, Jane.

–¿Por eso estás así?

–Era extraordinariamente hermosa. Parecía un ángel. Yo caminaba de la mano con papá, y ella nos hacía gestos con la mano. Nos rogaba que nos acercásemos. Jason sonrió y yo me desvanecí del sueño.

–Estás celosa.

–¿Cómo no voy a estarlo?

–Pero...
 –¿Sí?
 –Si os llamaba a los dos, por qué te enfadaste.
 –Pensé que ella sólo llamaba a Jason.
 –No debes darle tanta importancia a un sueño, mamá.
 –Eso me dije, pero ya ves. Quizás es un ángel solar que Strung dejó en el Sol.
 –Sabes que a papá no le gusta que le llames Strung.
 –Así me desahogo.
 –¿Y si fuese tu propio ángel solar, mamá? –sugirió Rosamunde con perspicacia juvenil.
 –¡No se me había ocurrido!
 –Quizás te está llamando, mamá.
 –¿Quieres decir que moriré pronto?
 –O tal vez te está sugiriendo algo.
 –¿Por eso Jason me dice que nos espera un gran futuro? –preguntó Jane.
 –Si no te fías de papá, ¿de quién te vas a fiar en el mundo?
 –¡Qué sabía eres, Rosamunde!
 –Por supuesto, mamá –continuó en broma la hija.
 Jane se reprimió la volubilidad de su carácter. Quizás algún día consiguiese mantener el aplomo y la seguridad en sí misma...

CAPÍTULO 92 **HOMBRES, ÁNGELES SOLARES Y DIOSSES I**

–Entonces... ¿vienes a navegar? –preguntó Jason a su esposa que acababa de llegar con Jane.
 –Vamos, mamá. Hace un día estupendo –animó Rosamunde.
 –No sé...
 –Cuando estés en Londres conmigo no lo podrás hacer tan a menudo.

–Está bien –terminó por decir Jane.

Jason Doyle dio la mano a su esposa y caminaron hasta el puerto. Jane todavía tenía los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas.

–Hace un gran día para navegar –rompió el silencio Jason.

–A mí me parece un tanto triste.

–La tristeza se disipa respirando y paseando.

–Para ti es fácil decirlo.

–Parece que cuando se aconseja algo sencillo de realizar y que además es gratis, los humanos no se lo creen.

–Quizás es más útil hacer deporte, así nos oxigenamos mejor.

–Creo que estamos hablando de cosas distintas.

–Cuando se hace ejercicio todo el cuerpo se beneficia.

–Olvidas algo, Jane.

–No creo –todavía no se había calmado su enojo contra los ángeles solares y, más en particular, contra Jason.

–No es necesario que discutamos –sugirió el esposo mientras llegaban al Phoenix VI.

–No estoy discutiendo, Strung.

–Pareces enconada por algo que no soy capaz de detectar.

–Creía que leías el pensamiento de los humanos.

–Cuando alguien se obceca, forma una barrera mental que no es posible franquear, y en caso de que lo fuese, un ángel solar no forzaría el libre albedrío del ser humano.

–Bonita excusa para no desear saber qué es lo que me pasa.

–Hay peores consecuencias cuando alguien se cierra en sí mismo y no permite que los demás puedan conectarse.

–Me has decepcionado mucho al afirmar que no sabías, ni probablemente querías averiguar, la cantidad de humanos que habías utilizado en tu dilatada y cómoda vida en el Sol.

–Está bien, te lo diré aproximadamente, si crees que vas a ser más feliz.

—Ahora ya es tarde, Strung. Quédate con tu sabiduría y déjame tranquila.

—Aproximadamente han sido tres mil humanos los que he intentado guiar.

—Te estás riendo de mí, Strung.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque no me lo creo.

—Que tu no pienses he dicho algo cierto, no significa que no sea verdad.

—Nadie en su sano juicio puede pensar que una entidad que vive en el Sol haya manejado los hilos de tres mil humanos, que a cien años por humano son trescientos mil años.

—Poco más o menos la edad que tengo.

—Por Dios, Strung. No sigas diciendo barbaridades.

—Tal vez ahora comprendas el recelo que tenía al ocultar algunos detalles de mi vida.

—Si supusiésemos que algo así puede existir, entonces... ¿dónde queda la vida de un ser humano?

—Las cosas son como son. La verdad no puede negarse porque a alguien no le guste.

—Resulta que si yo soy la número tres mil uno... ¿no crees que puedo sentirme herida y humillada?

—Todo depende de la forma en que se miren las cosas.

—Está claro que quien considera a otro humano un sencillo número más, no puede valorarlo.

—Mi opinión es que estás sacando a la luz tu propio complejo de inferioridad.

—Y yo opino que lo que estoy expresando es que no valoras suficientemente una vida humana. ¡Qué más da una más o una menos!

—A veces así ocurre.

—Cada palabra que dices te está adentrando más en el barro.

—Tal vez deberías saber que no todos los hombres se esmeran por mejorar a lo largo de su vida; que muchos están

dormidos. Y aunque nosotros los ángeles solares intentemos guiar, no se nos hace caso. En la mayoría de las ocasiones es el orgullo humano, su autocomplacencia y autoengrandecimiento lo que no les permite conocer a su ángel solar.

—El siguiente paso será que hables como un cura y menciones la palabra: humildad.

—Humildad es reconocer lo que se es, sea bueno, malo, grande, extraordinario o ínfimo.

—Habla Dios.

Jason no respondió.

—¿No tienes nada que decir a eso, cobarde? —fueron las últimas palabras que Jane escupió al rostro de su esposo a la vez que se marchó corriendo desde la proa del barco hasta su camarote que cerró de un fuerte portazo.

Jason sabía bastante bien lo que ocurría en el interior de Jane. En realidad era un grito de socorro, una petición de ayuda, de salvación. Estaba rogándole que le dijese que ella era una humana especial, distinta a sus tres mil congéneres a los que ya había olvidado, que le llevase con él... Y era lo que tenía pensado hacer, pero Jane parecía encontrar siempre excusas para pronunciar las enigmáticas palabras: **hágase tu voluntad y no la mía.**

Jason Doyle no quería de ninguna manera gobernar a Jane. Él era el creador de miles de cuerpos mentales, astrales y etéricos humanos. Desde que Black Stone, Blake y Joe, por orden del alcaide Tucker, habían intentado matarle, la luz había anegado su cerebro humano, y su verdadera esencia se había impuesto definitivamente a las limitaciones de la materia física. Era precisamente Jane quien continuamente le rogaba que la llevase con él, que no concebía una vida separada de su corazón. Pero era propio, y algo natural por otra parte, de los seres humanos, rebelarse antes que renunciar a lo que se había conseguido a través de la evolución de miles de millones de años. Ella era su propio jefe... siempre lo había pensado así. Después de ser animales de rebaño, el hombre, el cenit de la evolución,

había conseguido ser autoconsciente, y, gracias a ello, poseía una enorme autoestima y libertad... Pero ¿existía verdaderamente en el mundo alguien que no necesitase nada de los demás, que viviese por y para sí mismo, que fuese verdaderamente autosuficiente?

Y éste era un refulgente espejismo que servía de pantalla para ocultar la verdadera luz que nacía más allá de sus propias autodefiniciones y autolimitaciones, inconscientemente incrementadas.

Jane debía atravesar ella sola el espejo que la separaba del siguiente nivel. Si su personalidad no se daba cuenta de que en realidad todas sus facultades eran un regalo de los dioses, si mantenía que ella era el origen y el fin del universo, no estaba preparada para cruzar el umbral. Rezar a los dioses era bonito, pero ello no significaba que el corazón fuese puro y tuviese la virtud de sincera humildad. Cuando llegaba el momento de la verdad, los monstruos de los seres humanos renacían y se oponían a cruzar el portal de la iniciación, el arco eléctrico que se podía atravesar gracias a que la electricidad de los cuerpos de los humanos era de idéntica intensidad y cualidad que la del arco voltaico o umbral.

Jason Doyle miró desde proa al océano Atlántico. No confiaba en que Jane tomaría la determinación adecuada, pero también estaba la posibilidad de que su decisión llegase tarde. Apenas quedaban unos años humanos de tiempo. Comenzaba a comprender la verdadera causa por la que había descendido a la Tierra y había decepcionado a sus padres y superiores. Más allá de la sabiduría de sus antepasados, siempre había entidades más poderosas y omniscientes. Y empezaba a intuir que su, aparentemente, atolondrada e ignominiosa decisión de bañarse en el lago Kragken había tenido un motivo oculto, velado y sagrado.

CAPÍTULO 93

EL SUEÑO DE JANE

La suave y cálida brisa marina acariciaba los brazos y el rostro de Jane, quien permanecía sobre la barandilla del Phoenix VI disfrutando de los vespertinos rayos de sol.

De repente, la brisa se transformó en violentas ráfagas de viento que anunciaban la llegada de oscuros y tumultuosos nubarrones.

El barco comenzó a zarandearse como si del juguete de un niño se tratase y sintió que el terror penetraba a través de su plexo solar.

El miedo la dejó petrificada a la vez que un murmullo, rugido, o griterío lejano hacía que sus oídos se volviesen sordos a todo lo que no era interior.

Intentó llamar a Jason, pero de su garganta no salía ni el más leve sonido. Las cuerdas vocales no obedecían a su voluntad.

Permanecía paralizada por el miedo cuando una ola gigantesca la arrastró por toda la cubierta y la lanzó contra el negro abismo en que se había convertido el océano.

Agitó bruscamente los brazos y las piernas. En su inconsciencia no era capaz de nadar.

Jason... Jason... Ayúdame

Nadie respondió a su petición de auxilio.

El agua salada y negra impactaba contra su rostro y apenas si podía coger aire sin que el líquido elemento amenazase con inundarle los pulmones.

¡Amado ángel solar, sálvame! –gritó desesperadamente.

El agua se calmó, la mujer más bella que jamás hubiera podido imaginar apareció sobre las olas y extendió sus brazos para ayudarla.

–Yo soy ese yo soy, Jane. No temas. No estás sola. Mi corazón está en ti.

Jane despertó. Pasó más de diez minutos sin pestañear. Los rayos del sol entraban por los ojos de buey del camarote, y el Phoenix VI apenas se movía.

CAPÍTULO 94

HOMBRES, ÁNGELES SOLARES Y DIOSES II

—¿Crees que soy una insensata? —preguntó Jane a su esposo cuando salió del camarote.

—¿Por?

—Por ser tan orgullosa y arrogante.

—Para que la inteligencia se desarrolle en los universos, los seres deben ser egocéntricos. En realidad todos los seres quieren acumular a su alrededor multitud de material que creen necesitarán para su subsistencia. Desde un trozo de barro a un reino espiritual, pasando por la innumerable cantidad objetos de deseo, tantos que sería imposible enumerar.

—Sin embargo... la autoconsciencia también se transmuta en orgullo y arrogancia.

—Es una fase normal en el desarrollo de la inteligencia. Las personas pasan de un extremo a otro y vuelven al punto inicial, hasta que comprenden que el equilibrio entre ambos es el sendero dorado que les sacará hacia otro mundo.

—Pero... nadie nos ha mostrado el camino correcto, Jason.

—Eso no es cierto. Siempre han existido escuelas en las que aquellos que anhelaban aprender lo han podido estudiar y practicar hasta donde sus capacidades les permitían.

—Yo no creo en la obediencia ciega hacia los maestros, Jason.

—Un verdadero maestro nunca pedirá que un discípulo le obedezca sin rechistar, sin estar convencido de que lo que ejecuta es para su bien.

—¿Y qué hacemos con las iglesias y las religiones, Jason?

–En mi opinión han servido de gran ayuda a la evolución de la humanidad, pero, para cierto tipo de humanos, ya no ejercen ninguna influencia.

–¿Volverán las persecuciones, Jason?

–Crear en una humanidad uniformemente estructurada es una utopía. Siempre existirán núcleos donde la ignorancia y más que la ignorancia, el egoísmo y el orgullo promoverán la prohibición del libre pensamiento y su expresión, consecuentemente su persecución. Incluso en los países modernos la persecución de los informadores disidentes es una herramienta de trabajo.

–Creo que cada vez te entiendo menos, Jason. Dices que existen los ángeles solares y los dioses, y luego que la humanidad permanecerá siempre esclava del dolor y del sufrimiento.

–Al final de los tiempos, probablemente, el Dios de la Tierra conseguirá su objetivo, pero para que ocurra, pasarán todavía millones de años.

–Entonces... ¿los humanos que aspiramos a algo distinto, aunque no sepamos concretamente qué es, tendremos que esperar?

–En absoluto. La puerta hacia el Sol siempre está abierta. Muchos entran en el corazón del Sol y luego regresan a su planeta. Otros llegan a tal punto de transmutación de sus cuerpos que no retornan.

–¿Cuál es el camino, Jason?

–Hay muchos caminos, Jane. Por ejemplo, la música, la ciencia, la literatura, la economía, la física, las matemáticas, la medicina...

–Todos ellos pueden llevar al otro lado.

–El ser humano tiene como destino ser un creador mental, y todo lo que pueda utilizar para aprender a crear, más tarde o más temprano le lleva hacia el Sol. Es cierto que el camino o sendero hacia los otros mundos se va ampliando. Al principio el método físico fue la puerta. El hombre necesitaba un cuerpo sensible que registrase los impactos que se producen en el plano

físico. Se podría afirmar que el ser humano gracias a la perfección con que capta su entorno, a su observación y su estudio está comprendiendo y dominando la materia. El segundo paso fue la conquista del plano de las emociones y del sentimiento. El tercer paso es el sendero que lleva a la mente. Actualmente los humanos más inteligentes han entrado de forma masiva ese mundo. Multitud de hombres y mujeres dedican gran parte de su vida al pensamiento. Científicos de todas las ramas del saber humano, economistas, filósofos, teóricos matemáticos y físicos, literatos, artistas, músicos... Hay una eclosión humana en el campo mental que conduce al ser humano a vivir en un mundo donde el material es la luz.

—Descrito así parece que la existencia humana tiene sentido.

—Si analizamos los actos de un niño, cuando habla él sólo con su juguetes, cuando se imagina ser un extraordinario deportista y bota una pelota una y otra vez, cuando maneja las figuras de metal o de plástico... nada parece tener sentido. Pero, cuando todo lo que ha aprendido jugando, estudiando y viviendo, lo dedica a elaborar nuevas teorías físico-matemáticas intentando explicar los misterios del universo, entonces es cuando culmina, con un supremo esfuerzo sintético, cada uno de los pequeños logros que, gracias a la educación recibida y a la ayuda de sus seres queridos, ha ido consiguiendo a lo largo de los años.

—¿Entonces... dónde quedan los aspectos físico y el sentimental?

—Para llegar a ser un gran pensador, ha tenido que superar muchas dificultades. Las mismas que todos los demás. Nadie le ha regalado nada. Lo que ocurre es que, puesto que ha dominado otras facetas anteriores, ha podido dedicar tiempo para entrar en el mundo de la mente.

—Su vida ha podido ser más fácil que las de los demás. Haber tenido unos padres ricos, suerte en el amor y con los amigos, encontrar un trabajo fácilmente...

—Está claro que llegar a ser un trabajador en el plano de la mente en ocasiones se convierte en algo imposible debido a las circunstancias adversas, pero estamos analizando el conjunto de la población humana, y de lo que no cabe duda es de que un diez o un veinte por ciento de la población está viviendo en el plano de la mente. La Economía, la Política, la Medicina, la Física ... todo se estructura pensando.

—Sin embargo, a la gente siempre le falta algo.

—Es el sino de la raza humana, y en realidad de todas las razas habidas y por haber en todos los universos posibles.

—Es extraño, ¿no?

—Al contrario, es lo más correcto. Por muy lejos que un ser humano llegue, por muy avanzado que un ángel solar se encuentre, por muy grande que sea un Señor planetario o solar, siempre hay algo más grande que lo engloba, y, puesto que todo está unido, todo es susceptible de identificarse con aquello que es la esfera que lo rodea y envuelve. Un hombre está incompleto y busca una mujer, pero cuando lo ha conseguido sigue necesitando comprender qué es el universo y dedica su tiempo a investigarlo, hay un algo, un poderoso imán que guía sus pasos.

—¿Un ángel solar?

—Hay quienes lo denominan alma, o yo superior. Aunque en definitiva lo que atrae al pensador y al investigador es un el mundo superior de la mente. Su próximo destino. A través de la luz que se tiende entre la mente individual y la mente del lugar donde residen los pensadores o ángeles solares, el ser humano intenta ascender. Y no se detiene hasta que no lo consigue.

—¿Es lo que me ocurre a mí, Jason?

—Es un sentimiento general que perciben todos los hombres y mujeres. También los ángeles solares anhelamos evolucionar. Antes de venir a la Tierra, mi deseo más intenso era ir a la estrella de Sirio.

—¿Por qué allí, Jason?

—Desde el Sol se extienden varios senderos cósmicos. Dicho de otra forma, nuestro sol está unido a otras estrellas de

una forma muy especial. Hay quienes se sienten identificados con otras seres estelares que no son Sirio. Yo pertenezco a ese sendero cósmico.

—Sin embargo, descendiste a la Tierra.

—Es lo que estoy intentando desvelar. Mi destino parecía estar trazado en esa dirección, y sin embargo, aparentemente, he descendido a un mundo inferior.

—¿Has sufrido un castigo?

—Quizás ha sido un premio.

—¿Es un premio caer en este valle de lágrimas?

—Muy a pesar mío, sí.

—¿Estás intuyendo algo?

—Sí.

—No soy capaz de preguntarte más. No quiero saber la respuesta.

—No te entristezcas por mi partida, Jane. Ya te dije que teníamos un gran futuro. Confía en mí.

—Confiaré en ti, Jason.

—En ocasiones es mejor no saber lo que nos depara el futuro. Puede ocurrir que si damos por cierto que llegaremos a una meta cuando todavía no la hemos alcanzado, entonces suceden los fracasos. Creemos que todo está escrito y que hagamos lo que hagamos el final será el mismo. Pero nada en el mundo se consigue sin trabajar. Y tú, Jane, todavía debes trabajar mucho.

—Pasear, respirar y pensar.

—Sí.

—¡Qué sencillo! , ¿por qué sonrías, Jason?

—No, por nada.

—Ya.

—Es hora de volver a Hamilton.

—Nos esperan Rosamunde y Elisabeth.

—Regresamos a casa, Duncan —sugirió Jason a su amigo.

—A la orden, jefe.

Jane y Jason sonrieron ante el saludo militar de Duncan.

CAPÍTULO 94

EXTRAÑOS FENÓMENOS

Santiago comenzaba a estar saturado de tanta información. Intentaría leer sin profundizar todo lo que el diario de Strung sugería. ¿Dónde estaban Jane y Jason? ¿Y Ela-Al-Hatir? ¿Y quién o qué era Ómicron? Todo era enigmático.

Volvió a mirar a la ventana, calculó el número de hojas que le restaban por leer. Si llevaba unas seiscientas, le debían quedar más o menos cien. Su cerebro parecía estar excitado y a la vez cansado. Se palpó... todo parecía un sueño. Pero él estaba realmente en una nave. Al otro lado de la ventana, el fuego blanco y azulado tenía no descansaba y el magma se distorsionaba en la parte delantera para formar dos canales azules que quedaban en la parte posterior. Eso era todo lo que podía comprobar. Era imposible para la tecnología actual, que él pudiese viajar en tan extraño vehículo. Recordó la película Core. Y él estaba allí, como si se tratase de uno de los protagonistas. El rostro le ardía cuando miraba hacia la luz. Toda su cara parecía tener vida propia. Sentía unas ondas de calor que, cuales olas de un bello océano, le acariciaban los pómulos y las sienes. El movimiento parecía no estar relacionado con el calor. Era como si el calor proporcionase un entorno en su rostro que mostraba lo que a su alrededor había. Calidez, amor y cariño se expresaban a través del calor que surgía del interior de la Tierra.

Gracias, Ómicron, gracias Jason, gracias Jane, gracias Elisabeth fueron las palabras que salieron de su corazón y de su mente.

En aquel instante no supo si vio con los ojos o con la mente. Delante de él observó una figura de tonos rosados, delgada, ciertamente pequeña, tal vez de un metro. Era como un rostro femenino que le sonreía. ¿Quizás su figura era más pequeña de lo normal porque la veía lejos? La figura parecía haberse visto

sorprendida por su visión. A su derecha había varios hombres de pie... ¿hablaban de él? Sintió un escalofrío que parecía surgir desde las piernas hasta el pecho. Tuvo miedo de su imaginación...

—Seguro que si estuviese conmigo Jason Doyle, sonreiría — pensó tranquilizándose.

CAPÍTULO 95

HACIA LA INTERACCIÓN ETÉRICA

—*Parece que has trabajado mejor la respiración profunda, Jane.*

—*Lo intento, Jason* —respondió sorprendida su esposa, quien ya comienza a dudar si se daría cuenta.

—*Creo que no hace falta que nadie te diga que estás más equilibrada.*

—*¿De verdad lo dices?*

—*¿Te gusta que te lo diga dos veces?*

—*Sí* —sonrió Jane.

—*Entonces, te lo repetiré: has mejorado mucho tu respiración.*

—*Creía que no llegaría este momento* —sonrió Jane y besó a Jason.

—*Ahora vamos a comenzar el segundo paso que nos llevará a la interacción de nuestros cuerpos etéricos, sentimientos y pensamientos.*

—*Quieres decir que sabrás todo lo que pienso.*

—*No es exactamente así.*

—*No entiendo.*

—*Cuando se produce la interacción, realmente no sabrás si estás pensando tus propios pensamientos o los míos.*

—*Entonces... ¿cómo se sabe que dos mentes interactúan?*

—*Entre otras cosas por las consecuencias. Deducirás que antes no pensabas ciertas ideas, y conforme se vaya produciendo la interacción, serás capaz de elaborar ideas que nunca se te*

habrían ocurrido por ti misma, aunque tú ciertamente estés convencida de que lo que piensas es por ti y sólo por ti.

–Parece difícil, ¿no?

–Es difícil, pero la necesidad en ocasiones es la mejor herramienta para avanzar.

–¿Necesidad de qué?

–La necesidad de estar unida a mí.

–¿Quieres decir que cuando me vaya a casa de Rosamunde estaremos separados?

–Sí.

–¿Y no sería mejor que vinieses tú con nosotras?

–Quienes aspiren a conectar sus mentes no pueden permanecer en el mismo lugar.

–Ya estuvimos separados muchos años, Jason.

–Pero no trabajamos conscientemente, y es lo que vamos a hacer a partir del momento en que vayas a cuidar a Rosamunde y Elisabeth.

–Siento desfallecer ante tan enorme trabajo, Jason.

–Si tanto supone para ti, dejaré el negocio al mando de Duncan y John Lottimore y estaré todos días y a todas horas contigo.

–No es tan fácil, ¿verdad?

–Si decides no trabajar mentalmente, me tendrás a tu lado hasta el último día de tu vida, sea de aquí a quince, veinte o treinta años.

–¿Y luego?

–Partirás al encuentro de tu ángel solar y yo seguiré mi camino hacia Sirio.

–¿Ya no volveremos a estar juntos?

–Probablemente, no.

–¿Y si trabajo, mentalmente?

–Cuando estemos unidos, caminaremos juntos hacia nuestro destino.

–Cada vez entiendo menos, Jason.

—¿No crees que esta conversación es muy difícil y penosa para mí?

—¿Por revelarte el futuro?

—Es que no puedo pensar claramente. Saber que la vida se terminará, con suerte, dentro de treinta años, me bloquea.

—La vida nunca se termina, Jane.

—Para ti es fácil decirlo, Jason.

—Tal vez deberías confiar más en lo que digo, ¿no crees?

—Claro que confío, pero es tan penoso dejar a los seres queridos.

—En realidad no hay más opciones. La vida marcha inexorable, y todos vamos con ella.

—Es muy duro ver cómo desaparece alguien un buen día. Por la mañana estaba y por la tarde ya no está.

—Quizás habría que inventar un detector de cuerpos etéricos. De esa forma, los que quedasen en el plano físico sabrían que más allá de la muerte, la vida continúa.

—Es una buena idea.

—Quizás Scott nos pueda ayudar.

—Sería maravilloso dejar el cuerpo físico y que un instrumento de gran sensibilidad certificase que seguimos en otro plano.

—Bien... ¿entonces, dejamos de momento llevar a cabo la interacción etérica?

—No me encuentro preparada, Jason. Lo siento.

—Salgamos a navegar, quizás veas más claro todo.

—Hace ya varios meses que no vamos a la fosa de Santo Domingo.

—Pues, vayamos.

—¡Es tan maravilloso, poder ir juntos a todos los sitios, Jason!

—Quizás deberías saber que nuestro futuro es brillante.

—Me conformo con sentir el viento en mis brazos.

Jason sonrió, Jane le habría preguntado por qué sonreía, pero simplemente se acercó le abrazó y le besó. ¡Necesitaba tan imperiosamente estrecharle entre sus brazos!

CAPÍTULO 96

SENSIBILIDAD

Jason Doyle el impertérrito hijo del Sol en la Tierra lloró al sostener a su dulce nieta, Elisabeth, entre sus manos. Jane no comprendía cómo la inmensa fuerza de aquel roble en que se había convertido su esposo, mostraba aquel momento de debilidad a través de las lágrimas.

Era difícil saber qué ocurría en la mente de Jason. ¿Quizás recordaba sus padres y su mundo? ¿Echaba en falta a Ela-Al-Hatir? ¿Observando la fragilidad de la niña que veía la luz en un mundo tan terrible como era este miserable planeta, sufría de antemano por ella? ¿Podría protegerla de psicópatas como Jack White?

Por fin, después de observar cuidadosa y escrupulosamente los ojos de la recién nacida, la devolvió a su madre.

—¿Por qué la miras tanto, Jason? —preguntó Jane.

—Estaba observando su alma.

—¿Y?

—Debemos estar contentos. Será una hermosa y sabia mujer.

—¿Por eso lloras?

—Lloro por los habitantes de este planeta, repleto de ignorantes que necesitan odiarse.

—Tal vez los hijos del Sol deberían hacer algo al respecto.

—¿Como qué?

—No sé, Jason. Tú eres el hombre sabio.

—Los hombres, los animales, las plantas, los microorganismos... son libres. Es necesario que lo sean si los seres superiores esperan conseguir algo que merezca la pena.

—¿Pero... no sería mejor mostrarnos algún camino que no estuviese plagado de sufrimiento?

—Cíclicamente llegan hijos de los dioses y muestran qué se debe hacer. No pueden ir más allá.

—Los seres humanos nos odiamos unos a otros, nos envidiamos, nos devoramos...

—También hay hombres y mujeres que son extraordinarios exponentes de su raza. Su esfuerzo no es baldío y evolucionan hasta llegar al corazón del Sol, después a Sirio, incluso a otros lugares remotos.

—¿Por qué tanto sufrimiento, Jason?

—Todos los reinos de la naturaleza se fundamentan en la sensibilidad. Ésta es imprescindible para evolucionar libremente.

—Pero podríamos ser menos sensibles, ¿no crees?

—Para que los rayos solares influyan a los habitantes del planeta, está claro que éstos deben captarlos y tener enormes facultades perceptivas.

—En resumen, que nadie puede evitar los tormentos en nuestra existencia.

—¿Disfrutas de la música? —preguntó Jason.

—Por supuesto.

—¿Eres feliz escuchando *Remember the future* de Nektar, por ejemplo?

—Sí.

—¿Te agradan los paseos por Jesus Green?

—Sabes que sí, Jason.

—¿Y ser amada?

—Pues claro.

—¿Y respirar, o pensar, o hablar?

—Entiendo lo que quieres decir, hijo del Sol.

–El océano, la tierra, las plantas, los animales, los seres humanos... todos ellos forman un órgano sensible que permite al Señor de la Tierra percibir el universo.

–¿Quieres decir que somos como sus ojos, sus oídos, su sistema nervioso, incluso su tacto?

–Exactamente.

–Sin embargo...

–¿Sí?

–Has vertido lágrimas por tu nieta.

–También soy humano.

–¡Por Elisabeth! –entró John Scott con una botella y unas copas.

–¡Supongo que no serán para tu hija recién nacida! –bromeó Rosamunde.

–Acabamos de conseguir un nuevo material que resistirá las enormes presiones de los fondos abisales.

–¡Uao! –exclamó Ros.

–Lo hemos llamado ELI-120 en honor a Elisabeth.

Jane, Jason, Rosamunde y John Scott brindaron por la bella niña que había nacido al mismo tiempo que el material más ligero y resistente jamás fabricado por la mano del hombre.

–Por los humanos –exclamó Jason alzando por segunda vez la copa.

–Por los hijos del Sol respondió Jane.

–Por la ciencia –brindó John.

–Por las mujeres –terminó por decir Rosamunde.

Los cuatro rieron y mojaron ligeramente sus labios.

CAPÍTULO 97

RUEGO A SANAT KUMARA

*Amado Sanat Kumara, Señor de la Tierra
muéstranos el camino de la oscuridad a la luz.
Concédenos la sabiduría que disipe las tinieblas,
indícanos el sendero que lleva a tu inefable presencia,
acógenos en tu divino corazón.
En nuestras manos te ofrecemos la música y la belleza,
el amor y la inteligencia que hemos adquirido.
Otórganos la fuerza de tu voluntad,
que nos conduzca más allá del fría soledad
Divino, Señor. Haznos uno contigo.*

*Y si hemos de sufrir,
concédenos la comprensión y la sabiduría necesarias
para entender y soportar el dolor,
ayúdanos a construir el sendero, el sagrado arco iris,
sobre los abismos que nos separan de ti.*

*Bien sabemos que solo un grupo unido
puede llegar hasta tus lejanos oídos,
y aunque estas palabras queden en el olvido,
a pesar de que la muerte apague su sonido,
dichas y escritas están en los pliegues de tu vestido.*

CAPÍTULO 98

SEPARACIÓN

Cuando Duncan accionó la llave de contacto y giró en dirección al aeropuerto, Jane apretó fuertemente la mano de Jason.

- Vamos, Jane. Solo van a ser dos meses.*
- Sí –respondió Jane con lágrimas en los ojos.*
- Debes tomarlo como un trabajo de iniciación.*
- Es que no quiero sufrir, Jason.*
- Para tenerme, deberás perderme antes.*
- ¿No hay más remedio?*
- No.*
- Si te quedas, prometo hacer todo lo que me digas.*
- Esto no funciona así, Jane.*
- ¿Tan importante es que nos separemos?*
- Es esencial.*
- Pero... pasearé, meditaré, uniré nuestros corazones.*
- Existen seres que dependen de nuestro trabajo.*
- Deja que Duncan y Lottimore se encarguen de todo.*
- La energía necesaria para la interacción etérica únicamente puede conseguirse por la fuerza del deseo.*
- Sabes que mi corazón anhela unirse al tuyo.*
- No es suficiente. Deberás sentir la sed como si caminases en un inmenso desierto del que debes salir.*
- ¿Y si muero de amor?*
- Entonces... ya no sufrirás.*
- No me gustan tus bromas, Jason.*
- No es una broma, Jane. Es la verdad.*
- Bonito apoyo tengo contigo. Lo único que se te ocurre es decir que cuando esté muerta no sufriré.*
- Deberás trabajar duramente.*
- ¿Y tú?*

–Para mí lo más normal es trabajar con el cuerpo etérico, con el cuerpo de sentimientos y con el cuerpo mental de los seres humanos. No hay mayor problema.

–Jolín. No hay derecho.

–Será bueno que escribas un diario, Jane.

–¿Entonces... pasados los dos meses... ya se habrá fraguado la interacción?

–Es el principio. Entre dos seres humanos inteligentes se tarda entre dos o tres años. Es el tiempo estipulado en estos casos. En nuestro caso, no sé en cuánto puede reducirse.

–¿Y si lo conseguimos en los dos meses?

–Entonces no volveríamos a separarnos más.

–¿Lo dices en serio, Jason?

–Te doy mi palabra.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó sin poder disimular la excitación.

–Deberás superar la prueba.

–¿No me dolerá?

–En absoluto –sonrió Jason.

–¡Qué poco me gusta esa sonrisa!

–Entonces... ¿cómo será la prueba?

–Si te lo dijera, no tendríamos éxito.

–Parece un rompecabezas.

–Todo es sencillo si no se sabe. Una iniciación se puede superar o conseguir de varias formas. Depende del iniciador y del iniciado. El resultado es parecido, pero no idéntico para aquellos que se comprometen a trabajar. Hay varias metas. Depende de múltiples factores.

–Pero... tú ya lo sabes.

–No.

–Me estás ocultando algo.

–Puede ser.

–Por Dios, Jason.

–¿Sí?

–Me estoy poniendo histérica.

- ¿Por?
- Porque no se puede saber cuándo hablas en serio y cuándo lo haces en broma.
- Ni yo mismo sé si tendremos éxito en nuestro intento de interacción etérica. Puede ser que tu alma no esté de acuerdo con lo que desea llevar a cabo la personalidad, en este caso, Jane.
- ¿Sabes quién es mi ángel solar?
- Puede.
- Brrrr, no lo resisto, Jason.
- ¿Te gustaría más que yo infringiese mi voto de guardar silencio?
- Tampoco es eso, Strung.
- Veo que comienzas a tomártelo en serio.
- Es que odio a los individuos que se creen superiores a los demás.
- ¿Como yo?
- No he querido decir eso, Jason.
- Te entiendo. Pero siempre hay circunstancias en la vida que requieren silencio por parte de los actores y conocedores de algunos secretos.
- No veo qué tiene de malo que le reveles a tu propia esposa ciertas verdades.
- Parece que quieres chantajearme –sonrió Jason.
- No –respondió Jane reconociendo con su tono de voz que había optado por otro camino.
- Te diré algo en serio. El simple hecho de intentar encontrar atajos ilegales es suficiente motivo para descartar la iniciación.
- Disculpa, Jason, pero ¿cómo se sabe si el deseo de guardar un secreto por parte del iniciador no oculta la intención de engañar al intenta acceder a la iniciación?
- Quien quiere iniciarse debe discernir más allá de las apariencias. Está en su total derecho de no confiar en otras personas.
- Ya.

- No estamos hablando de cualquier cosa, Jane.*
- No te entiendo.*
- Si llegamos a la interacción etérica, sentimental y mental, yo estaré dentro de ti y tú estarás dentro de mí.*
- ¿No podremos ocultarnos nada?*
- Los pensamientos, los deseos y anhelos de uno estarán a la vista. Véanse o no.*
- ¿Y el sufrimiento físico?*
- No.*
- Entonces, no parece una unión total.*
- La interacción es energética. Por lo tanto, sí que las depresiones y los sentimientos de odio pueden fluir de un cuerpo a otro.*
- ¿Y el desequilibrio emocional?*
- El iniciador es una persona equilibrada, normalmente puede controlar la paz y la armonía en las relaciones.*
- Jason, hemos llegado –anunció Duncan.*
- Cuando pise tierra en Hamilton te llamaré –se despidió Jason besando los labios de Jane.*
- ¿A casa de Ros? –preguntó Duncan.*
- Sí –confirmó Jane.*

CAPÍTULO 99

VOLUNTAD

Observo a los humanos que se aman corriendo unos en pos de otros, se refugian arrebujándose entre los pliegues de sus sexos, o se cobijan bajo las alas amorosas y maternas convirtiéndose en niños que nunca crecen.

En vano intentan que su felicidad sea perenne. Todo aparece y desaparece derribado por las olas del tiempo. Nada permanece en pie, y cuando, desengañados de las efímeras apariencias, abren los ojos, no encuentran el camino que les llevará más allá de sus limitaciones.

Sus falsas sonrisas persiguen aprovecharse de los poderosos, quienes envanecidos por su poder sucumben a los cantos de sirena que llegan a sus oídos.

¿Cómo encontrará el ser humano su camino hacia la verdadera meta?

Con su conocimiento recién adquirido alcanzan el orgullo que no les permite amar y enarbolan la fuerza de la voluntad.

Destruyen lo construido obnubilados por el odio que surge de la incomprensión del significado de la vida. Se separan de los ríos de amor que brotan del corazón de nuestros verdaderos Padres y causan el sufrimiento de quienes han permanecido deliciosamente ciegos.

Los dioses utilizan tan enorme fuerza bruta para derribar las limitaciones propias de las virtudes de cada civilización.

Con su proceder llaman al fuego que eliminará los obstáculos que surgen una y otra vez cuando las metas han sido conseguidas.

La belleza y la fuerza de la música y del arte construyen los senderos que se dirigen hacia los pétalos de la voluntad. Conducen a los eternos guerreros hacia la siguiente batalla en la que sus almas resplandecerán y se exiliarán de sus limitados cuerpos físicos.

El sonido de sus composiciones musicales penetrarán en las columnas de oscuridad silenciosa que les separan de nosotros, los ángeles solares, y sus ojos brillarán reflejando el fulgor de los dioses que habitan los espacios vacíos.

Nada en el mundo podrá evitar que el ser humano se libere de las ataduras que, cuales ramificaciones de yedra, continuamente nacen y se adhieren a sus corazones.

Después del sueño viene el despertar, y blandiendo durante un segundo la espada de su divina voluntad, los humanos rasgarán el tejido de las apariencias y se unirán a nosotros para descubrir más tarde a sus verdaderos progenitores, los espíritus que permanecen más allá del fuego de la mente y cuya luz no se extingue nunca.

Primero es el conocimiento, luego el amor, y por último, el surgir de la voluntad que utiliza a ambos para cumplir los objetivos trazados por dioses desconocidos e innombrados.

No deben temer los humanos exponer su esencia al fuego infinito que mantiene la vida de los universos. Más allá de la aparente soledad, de las lúgubres sombras que separan unos mundos de otros, existen los etéreos dioses que hace millones de años atravesaron el frío río de la muerte que divide el plano de la ignorancia del de la sabiduría.

CAPÍTULO 100

LOS ÁNGELES SOLARES TAMBIÉN LLORAN

—Bienvenido a Bermuda, Jason— le recibió John Lottimore en el aeropuerto.

—¿Tenemos muchos turistas?

—Ya lo creo. El buceo se está poniendo de moda entre la clase media.

—Les atrae la belleza del mundo submarino.

—Siento escalofríos al recordar los largos años en Casemates.

—La libertad es uno de los mayores regalos que nos otorga la vida.

—Te pido perdón, Jason.

—¿Por?

—Por el daño que te hice en la prisión.

—¿Porque gracias a ti pude salir?

—Sabes que no es por eso.

—No recuerdo nada, John.

—¿Estarás mucho tiempo con nosotros, Jason?

—Menos de cien años.

—Menos mal. Entonces yo no te podré echar en falta.

—O sea, que tú piensas irte antes.

- Creo que sí.
- Vaya. Pensaba que me apreciabas.
- Y te aprecio, Jason.
- A veces se hace duro saber que nuestros amigos y seres queridos pasarán a otro lugar.
- Sí.
- Debemos ser fuertes, John.
- Para ti parece fácil decirlo.
- Cada uno en su propio nivel también tiene dudas y debilidades.
- Parece que me consuela escuchar esas palabras.
- Es así. Nada ni nadie en el mundo está libre del dolor.
- Pero... los ángeles solares sois semidioses.
- Somos semidioses respecto a los humanos, pero no si nos comparamos con la grandeza del universo. Respecto a él, somos también aprendices.
- Parece terrible.
- ¿Te parece terrible que seamos inmortales?
- No. Lo que me da miedo es saber que más allá de todos nuestros esfuerzos existe un estado que no es el final y que hay que continuar esforzándose.
- Las cosas se pueden ver como dices tú, como si la existencia fuese una obligación, una infinita prisión de la que no se puede escapar, o de otra forma.
- No sé.
- La vida es el interminable y misterioso camino que nos lleva de un lugar a otro, de un universo a otro, de un plano a otro, y no existe límite para nuestras posibilidades. Por lejos que miremos, nunca encontraremos el final. ¿Acaso no es algo extraordinario saber que los dioses nos invitan a caminar en su conciencia hacia las estrellas más remotas?
- Visto así, la vida humana es como una aventura interminable.
- Es que lo es, John.
- ¿Y el sufrimiento, Jason?

—Siempre somos libres de avanzar. En unas ocasiones hay un roce mayor con la vida y en otras las circunstancias son más favorables. Igual que los marineros antiguos dependían del viento, permanecían varados en el mismo punto durante largos y tediosos días, y después, un huracán les obligaba a sortear las aguas que amenazaban con sumergirlos en las profundidades de los océanos.

—Podían perecer.

—¿Y?

—Sus esposas e hijos sufrirían una terrible pérdida.

—O quizás serían libres.

—¿Libres?

—Tal vez habían llegado a ser todo lo que podían alcanzar en esa vida. Quizás su ángel solar comprendía que ya no había nada más que mereciera la pena.

—¿Y si los marineros no estaban de acuerdo?

—Quizás los navegantes lo único que pretendían era ser felices, descansar, no progresar.

—Creo que me estoy perdiendo en esta conversación, Jason.

—Lo que intento decirte, John, es que no debes temer el futuro. Siempre hay un sendero, un lugar, un mundo al que todos podemos ir. Vivos o muertos, los seres humanos continuarán su camino en pos de la vida. La humanidad no es una excepción. La materia y el espíritu son eternos. Quizás la materia pueda permanecer adormecida durante un tiempo, pero después continúa transformándose desde la inconsciencia a la conciencia.

—Parece bello, Jason.

—Lo es.

—Esta tarde podríamos bucear juntos mientras los turistas recorren las cuevas.

—Es una excelente ida. Quizás te muestre alguna extraña gruta que tú no conoces.

John Lottimore fijó su vista en la carretera mientras conducía. Las lágrimas recorrieron su piel seca y arrugada. La

mayoría de ellas se detuvieron entre la multitud de cicatrices que la vida había labrado en su rostro.

—Quizás algún día podrías llevarnos contigo, Jason.

Jason Doyle no respondió. Únicamente fue capaz de posar la mano sobre el hombro de su querido amigo... Los ángeles solares también lloraban, especialmente cuando permanecían demasiado cerca de sus criaturas.

CAPÍTULO 101

INVOCACIÓN DE LA VOLUNTAD

*Cruzaré desiertos y mares,
atravesaré lagos y montañas,
sentiré el fuego y el agua,
percibiré la tierra y el aire.*

*Y en el largo y tortuoso camino
cuando el corazón no pueda más
desnudaré mi torso y lo expondré al sol,
para que sus rayos sequen mis lágrimas.*

*Abriré las ventanas que muestran el océano
rogaré al frío viento que haga sentirme vivo
descenderé valles y subiré colinas
observaré las estrellas que nuestro padre, el cielo,
envuelve sin recordar cuán efímeros somos,
sujetaré fuertemente el callado que me acompaña
y no miraré atrás, abandonando las traicioneras aguas.*

*El fuego solar es mi destino
nada vano se interpondrá en mi camino*

*y con el rostro elevado,
con la alegría que las lágrimas me han otorgado
enfrentaré y sortearé las densas nieblas y el negro fango.*

*Me elevaré cual ave Fenix
que quema sus alas para llegar al cielo
y cuando el fuego nada haya dejado
salvo la esencia de mi alma
saludaré a mis padres que me llaman
desde aquella estrella lejana.*

*Sirio me aguarda.
Allí, más tarde o más temprano
cuando mis deberes haya cumplido
me arrodillaré ante las luces que no se apagan
y dejaré que el fuego del espíritu
penetre mi esencia y encienda mi alma.*

*Seré uno con aquellos que dirigen el karma
amaré lo que ellos aman,
cantaré lo que ellos cantan.
Y sobre el fuego del espíritu,
en el que ellos se bañan
depositaré mis últimas lágrimas
antes de ser un divino salvador de almas.*

*A ti te llamo, voluntad
A ti te invoco, poder
A ti te convoco, sabiduría
Yo soy Jason Doyle
Yo soy ese yo soy
Yo soy Ellos
Yo soy el que fue, el que es y el que por siempre será.*

CAPÍTULO 102

CARTA DE JANE A JASON

Mi amado Jason:

Los días al cuidado de Elisabeth van transcurriendo lentamente. En muchos momentos me siento colmada, especialmente cuando la pequeña coge con su diminuta mano mis dedos, o cuando le doy el biberón y en un momento determinado tose, moja mi rostro y empapa mi vestido.

Sin embargo, cuando la casa permanece en silencio porque Rosamunde y Scott se han marchado al laboratorio, y la pequeña duerme feliz en su cunita, observo las orillas del río Cam y siento una profunda y casi insoportable nostalgia de ti.

Hace unos días compré dos extraordinarios discos. Uno, Wish you where here, ya lo conocíamos, pero me apetecía escucharlo de nuevo, y sinceramente pienso que Pink Floyd eran unos místicos dedicados a la música. Quizás es porque yo lo soy y atribuyo tal cualidad a algunos artistas, pero si Ummagumma es una invitación a un viaje por el espacio interestelar o interplanetario, qué se puede decir de The Dark Side of the Moon, disco que he escuchado, tal vez, mil veces, y en multitud de ocasiones ha transportado mi alma más allá de este difícil planeta. Por si fuese poco, Have a Cigar, independientemente de todo lo que los críticos puedan decir, para mí es como si rasgase el velo de la realidad física y nos introdujese en el futuro.

No deseo ser excesivamente pródiga en alabanzas con Pink Floyd, pues ellos son la punta de un iceberg en el que navegan cientos de extraordinarios músicos. Nuestra hija Rosamunde es la causante de que también me haya comprado Remember the Future del conjunto Nektar. Simplemente, son distintos, pero en toda nuestra música se muestra un intenso deseo por encontrar una realidad más allá del mundo en el que vivimos.

Siento confesar que en ocasiones me siento un tanto deprimida, y más cuando he sido una de las pocas personas en el mundo que tiene la fortuna de estar casado con un hijo del Sol.

En tales momentos de incertidumbre, de duda y desasosiego necesito refugiarme en la música, en la belleza y en las dulces ondas que impregnan mi alma de armonía y color. Ya sabes que hace mucho tiempo que dejé de creer en las religiones. Para ciertas personas pueden ser útiles. Nuestro castigado planeta es muy propenso a ello. Pero para mí, la única religión que existe es la ciencia, la música y tu amor. Tú eres la luz de mis ojos y el agua que colma mi alma. Sé que nuestros hijos y nuestra nieta deberían llenarme más, pero comprendo que ellos son algo transitorio, que gustosamente daría mi vida por ellos, pero el fondo de mi corazón anhela algo más. Añoro tu cercanía. Sé que pronto estarás aquí, con nosotros, pero no soporto nuestra separación.

Allí en Hamilton cada uno lleva su marcha, yo dedico mi tiempo al hogar y a la familia, y tú navegas sin descanso con los clientes, pero saber que cada noche estás ahí al lado, aunque apenas me toques, aunque ya no nos amemos como cuando éramos jóvenes, es lo más importante para mí. Sé que Strung regresa en sueños a su mundo, pero no importa, Jason Doyle respira profundamente y está ahí. Solo tengo que estirar mi mano y acariciar tu rostro. Ahora siento no haberte acariciado en más ocasiones. Quizás cuando regreses a Cambridge te abraze y ya no puedas soltar mis brazos de tu cuerpo... Bueno... es broma... que si crees que es en serio, quizás no regreses.

A partir de mañana saldré a pasear cada día recorriendo la ribera del río Cam y pensaré en ti. Respiraré profundamente hasta que ya no pueda contener más tiempo el aire en mis pulmones y viajaré hasta ti. Te abrazaré y tejeré, tal y como dijiste, un cordón dorado que una definitivamente nuestros corazones. Trazaré cien, mil, diez mil veces el signo del infinito para que nuestras almas se queden unidas para siempre.

¿Quizás estoy enferma de amor? Parece ser que sí. Cada día que pasa te echo más en falta. Recuerdo claramente tus indicaciones, y ahora comienzo a darte la razón, cuanto más lejos, más unidos. Esta separación hace que brote de mi corazón la energía necesaria para dibujar los hilos de luz que unan nuestros corazones.

Ardo de sed por ti. No imagino que tu regreses al Sol y yo me quede aquí para siempre. Cuando tú partas, yo iré contigo. Si quieres seré tu humilde sirviente allí en el hogar de tus padres solares, pero, por favor, no me dejes en este mundo de lágrimas.

Como decía una mística española:

*Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.*

*Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.*

Sé que tú no eres un dios, que eres un ángel solar encarnado directamente en la Tierra, pero mi alma se consume cuando no está junto a ti.

Eternamente tuya, Jane.

CAPÍTULO 103

HOMBRES, ÁNGELES SOLARES Y DIOSSES III

Mi querida Jane:

Los seres humanos son ciegos en el mundo espiritual. Y así debe ser, pues su cometido es instaurar un mundo de luz en el plano físico. Su destino, o mejor expresado, el destino de la mayoría de las civilizaciones "humanas" de múltiples planetas en el universo es conseguir la autoconsciencia en el plano físico. Es un peldaño esencial, como todos los demás peldaños de la evolución.

Si los hombres observan su entorno, son los reyes de la naturaleza. La obra más perfecta jamás creada. Pero lo mismo podrían pensar los glóbulos rojos y los glóbulos blancos en su periplo a través del cuerpo humano. Éstos podrían comprobar que las demás células están detenidas, ancladas, arraigadas en un punto determinado sin posibilidad de moverse de un lado a otro. Se considerarían, con razón, los reyes del cuerpo.

Más allá de ellos, residen estructuras materiales que, cuales enormes montañas, forman el paisaje por el que transitan. En algún momento de su viaje tienen la necesidad de intercambiar el oxígeno por el dióxido de carbono, lo que quizás representa un efímero romance entre alguna hermosa célula y el apuesto glóbulo rojo.

Para todos aquellos que llegan al cerebro, el paisaje probablemente cambia y entran en un lugar donde las descargas eléctricas y los rayos aparecen constantemente.

Y sin embargo, probablemente, no son capaces de ubicarse en el mundo en que residen. Si todos ellos a la vez despertasen a la verdadera realidad, muy probablemente se sentirían abatidos. Interpretarían su vida como un continuo y obligado trabajo para sostener el cuerpo humano.

De donde se deduce que para el organizado funcionamiento del universo, cada uno de sus componentes debe sentir el gusto por vivir donde lo hace. Dicho de otra forma. Los glóbulos quizás se quejen de su eterno devenir de la circulación sanguínea. Sin embargo, probablemente, omiten que les encanta enamorarse de las bellas células con las que intercambian fluidos, o tampoco recuerdan los momentos de felicidad durante el viaje en el que hablan con algún conocido que le cuenta alguna aventura.

Amada Jane, está claro que cuando hablo de los glóbulos rojos, estoy intentando ubicar a los seres humanos en un mundo que les envuelve y del que no tienen la menor conciencia. Comprenderás que la ceguera es algo natural y necesario.

Los seres humanos son parecidos a los glóbulos rojos. Habitan en un universo lleno de vida. En este mundo se sienten bien. Es cierto que se quejan, que dicen que la vida es dura, desagradable, pero en realidad lo que están diciendo es que querrían tener a su disposición todos los placeres del mundo, y que si esto lo consiguiesen se sentirían felices por un tiempo.

Si aquellos que se quejan tuviesen a su disposición enorme riqueza, posibilidad de contactos sexuales ilimitados, y por supuesto que les reportase un enorme placer, probablemente llegarían a alabar las maravillas de la creación. Dicho de otra forma, la gente no se queja en general por no ser sabios, sino por no poseer los materiales que les proporcionen placer, incluidos en los materiales, por supuesto, los contactos con otros humanos.

Sé qué estás pensando al leer estas palabras: que tú no ves el mundo así. Tienes riqueza, una maravillosa familia, posibilidades de adquirir una amplia cultura y sin embargo te sientes vacía en multitud de ocasiones.

Lo mismo sucede a todo aquel ser humano que ha llegado al límite de las posibilidades que le ofrece la civilización en la que está inmerso.

Algo no cuadra. Si consideramos al ser humano como alguien que está en el hábitat que le corresponde, no debería

sentirse vacío cuando consigue todo aquello que necesita física o intelectualmente. Por lo tanto, aquel que llega a la frontera de su entorno vital y anhela más es porque algo dentro de él le está diciendo, le está gritando que "tiene que haber algo más".

En este instante, los seres humanos se dan cuenta de su ceguera y tienen la sensación de encontrarse ante una barrera, un muro infranqueable que desearían atravesar violentamente, si supiesen cómo.

Puede ocurrir que no lleguen a comprender nunca en la primera encarnación en la que siente tal desasosiego que para atravesar el muro que divide los mundos debe dejar algo de sí mismo.

Podríamos imaginar que hay un muro tan denso que nadie puede atravesar, romper, hacer un hueco y pasar al otro lado. Sin embargo el muro tiene unos diminutos agujeros, de hecho todo él está lleno de minúsculos túneles por el que el aire puede atravesar.

Tras mucho tiempo de darse de bruces contra el mencionado obstáculo, el hombre toma la determinación de intentar atravesarlo con el pensamiento. Y forma una imagen de sí mismo que es capaz de filtrarse por los innumerables agujeritos y llegar al otro lado, si no totalmente, sí lo justo como para percibir una delicada sensación que comienza a llenar su vacío existencial.

Cuando ha conseguido tan pequeño avance, aunque sepa que únicamente puede tantear y sentir, que no sea capaz de ver lo que hay más allá, ha dado un enorme paso en su vida. Y, paradójicamente, ese gramo de felicidad que ha conseguido le hace más capaz y más útil a la humanidad a la que pertenece. En ese preciso momento pertenece a dos mundos: al mundo terreno y al mundo espiritual. En realidad está cumpliendo también parte de su destino, que es unificar los mundos en los que residen sus esencias.

Creo que estarás de acuerdo en que es lo que en cierto modo te sucede. Tú has tenido la suerte, y a la vez la

responsabilidad de vivir conmigo. Has sufrido mucho a mi lado. Fueron largos años en Casemates, y sabes que soy tu puerta hacia otro mundo. Es una de las bases de tu amor hacia mi persona. Y es correcto. Los semidioses y los dioses nunca cierran la puerta a aquellos que les añoran y les anhelan, pero la primera parte del camino la debe andar el ser humano. Él es el que debe anhelar y consecuentemente trabajar para establecer la conexión. Cuanta más necesidad de contacto, más capacidad de trabajo desarrollará el individuo. Todo parece sencillo, pero en muchas ocasiones el propio ser humano no sabe qué le ocurre. Se siente desilusionado por este mundo y no tiene fe ni ve el nivel que hay detrás. Tampoco es fácil encontrar el sendero, pues en unas ocasiones se tiene éxito y en otras no. Incluso se puede conectar con partes del otro mundo que en realidad son submundos oníricos, con lo que el buscador puede pensar que ha avanzado y sin embargo se ha introducido en un mundo arcaico y antiguo, en el que tendrá intensas experiencias, pero éstas no son el futuro sino que son el pasado. Pues tanto el futuro como el pasado existen, no como lo relatan algunos, sino como universos que coexisten y que representan el pasado y el futuro del ser humano. Dicho de otra forma, es como si un niño al salir del cuerpo de su madre volviese entrarse en un lago de líquido amniótico en lugar de salir a la luz del sol. El niño sería feliz de nuevo pero habría retornado al pasado, en lugar de enfrentar la luz cegadora del sol y de la nueva vida.

Contactar con el mundo divino es posible. Hay que tener un poco de fe, trabajar y percibir la dulce brisa del corazón del mundo donde habitamos otra clase de seres. Pero, recuerda, sin trabajo, nada es posible. Los dioses no dan nada gratis. Es deber humano intentar recibir la vida que colma su sed de amor, belleza y armonía.

CAPÍTULO 104

SE INICIA LA INTERACCIÓN ETÉRICA

Es extraño, mi amado Jason, hoy te he sentido por primera vez. Estoy dichosa y feliz. He seguido tus indicaciones. Primero he caminado disfrutando del sol y del suave mullido césped de Jesus Green. He comenzado a respirar manteniendo un ritmo de seis, tres, seis, tres. Después he imaginado que un haz de luz ascendía, como si de una hiedra se tratase, paralela a la columna vertebral. En cada inspiración el haz de luz tomaba fuerza y energía. Siguiendo al pie de la letra tus recomendaciones, un haz de luz trepaba por un lado y el siguiente por el contrario. Los haces de luz parecían acariciar la columna vertebral hasta llegar al centro alta mayor.

Después de quince minutos, caminando, pensando y visualizando, los impactos luminosos excitaban la parte que une la columna vertebral y el cerebro. Era una sensación tan fuerte que en ocasiones me ha dado miedo. Casi podría decir que era como la luz acariciase un órgano sexual en el sentido que sólo faltaba el éxtasis final y que una descarga poderosa de energía, cual explosión, descendiese como gotas de lluvia sobre el cuerpo.

De tal manera necesitaba caminar, que las respiraciones eran mucho más rápidas cada metro que avanzaba.

Quizás ha pasado una hora, y otra vez, cumpliendo el protocolo, las espirales de luz las he ascendido más allá de la coronilla, hasta un punto imaginario en el que suponía que estaba el loto de doce pétalos.

Una y otra vez, hasta la extenuación he bombardeado con fuerte intensidad la parte que permanece a un metro de mi coronilla, y por fin, cuando me ha parecido oportuno, he trazado un signo del infinito que atravesaba la chispa de luz imaginada, y ha sido cuando he comprendido que el signo del infinito es una

manera de acelerar la energía sin cansarse. Los días que solamente dibujaba un círculo eran distintos, pues parecía perder fuerza con la repetición. Sin embargo, cada signo del infinito que atravesaba la joya en el loto, o lo que quiera que fuese, simbólicamente hablando, el punto imaginado me daba más fuerzas. Llegando a tal extremo, que he sentido que mi imaginación cortaba algún tipo de cristal, de plástico o de materia etérica. Era la misma sensación que cuando con un punzón se raya en el cristal, o con un palo se hacen dibujos en el agua.

Cansada de respirar y visualizar, me he sentado y he reposado mi espalda sobre un bello árbol. Entonces ha ocurrido el milagro. Tú estabas ahí, apoyado sobre la barandilla del Phoenix VI, hablando con John Lottimore. He tocado tu bella melena plateada y tú te has vuelto. Has sabido sin ningún género de dudas que mi cuerpo etérico había entrado en contacto con el tuyo.

¿Por qué ocurre tal milagro? No me importa, la verdad. ¿Podrían tildarme de loca? Sin duda alguna. ¿Me importaría? En absoluto.

Hoy he llegado a saber. Y por mucho que todos los humanos intentasen convencerme de lo contrario, yo me mantendría firme y sería capaz de asegurar que tal experiencia había sido una realidad. Tanto, como lo es la brisa que acaricia mi piel.

¿A dónde nos lleva esto, Jason?

De mi corazón a tu corazón, mi más profundo amor y mi más sagrada reverencia ante el maestro que la vida ha puesto en mi camino.

Estoy cansada. Ha sido un día extraordinariamente duro y a la vez fructífero y agradable.

Tengo entre mis brazos a Elisabeth, y un extraño sentimiento a la vez que certeza ha invadido mi corazón. Estoy ante un punto de no retorno. No sé si serán unos meses o unos años los que podré disfrutar de nuestra nieta. Creo que ya no

tengo miedo ante el futuro. Si mi destino es reintegrar mi cuerpo y mi alma en mi ángel solar, a través de ti, no es lo que desearía, pues mi amor por nuestros hijos y nieta es extraordinario, aunque a la vez nada puedo hacer por evitar el destino.

Quizás puedas sentirte un tanto decepcionado cuando te exprese el pensamiento que se ha instalado en lo más profundo de mi alma.

¿Es acaso mi destino amar a mi alma, y tú eres un mero guía que me está conduciendo hacia ella? ¿Es mi amada alma, la hermosa dama blanca, etérea y angelical con la que soñé en el Phoenix VI, después de discutir contigo?

Con amor y reverencia, Jane.

CAPÍTULO 105

ALUCINACIONES

—Estás radiante, mamá —comentó Rosamunde.

—Ayer vi a tu padre.

—¿Salió en la televisión?

—No.

—¿Vino a Cambrigde?

—No —contestó con cara de picardía Jane.

—¿Entonces?

—Estaba meditando junto al río Cam, y en un determinado momento le vi apoyado en la barandilla del Phoenix.

—Vamos, mamá...

—Te doy mi palabra, Ros.

—Quizás te quedaste dormida.

—No.

—Tu no tienes ningún tipo de facultad extrasensorial... por lo menos hasta ahora.

—Ya, pero te aseguro que no fue una alucinación.

—Lástima que no se hubiese dado cuenta él, quizás lo podría confirmar.

–Yo creo que supo que estaba a su lado.
 –¿Por qué dices eso?
 –Le vi en la barandilla, luego acaricié con mi mano su cabello blanquecino, él se volvió y sonrió.
 –¡Qué fuerte!
 –De verdad, Ros, tan cierto como que estamos hablando aquí tú y yo.
 –Luego llamamos a papá, a ver si lo puede confirmar.
 –De acuerdo.
 –¿Has oído, John? –preguntó Rosamunde a su esposo que estaba en la habitación contigua leyendo el periódico.
 –Algo me ha parecido escuchar –respondió Scott llegando hasta madre e hija.
 –De Jason no me sorprende nada. Lo que me ha dejado perplejo es que tú hayas tenido una experiencia tan rara.
 –Ojalá hubiese una manera científica de comprobarlo –añadió Rosamunde.
 –Señora –vino una de las asistentas con el teléfono.
 –¿Quién es? –preguntó Jane.
 –Es el señor.
 –Déjame a mí –cogió el teléfono abalanzándose con ímpetu la hija.
 –Papá. Qué raro que nos llames a estas horas. Allí todavía son las cinco de la mañana.
 –He pensado que os apetecería hablar conmigo.
 –Pues no te equivocas, brujo –contestó Ros sonriendo.
 –¿Tenéis algún problema?
 –No. En absoluto. Bueno... más bien es una discusión sobre ayer.
 –¿Qué sucedió ayer, Ros?
 –Tal vez nos lo podrías decir tú, papi.
 –Ayer tuve un bello día.
 –Quizás disfrutaste de uno de tus largos paseos.
 –No. Acompañé a Lottimore con los turistas en el Phoenix

VI.

–Jolín, que suerte.
 –Vivir en Bermuda es un regalo de la fortuna. Pero... ¿qué querías decirme, Ros?
 –¿Pasó algo raro ayer?
 –¿Raro?
 –Sí. Algo que no suela ocurrir a menudo.
 –En mi vida hay muchas cosas que se escapan a una conciencia humana. Continuamente intercambio información con otros planos, ya lo sabes.
 –Pero... quizás sucedió algo que tal vez esperabas que ocurriese por fin.
 –¡Ah! ¡Te refieres a que tu madre me visitó mientras estábamos navegando!
 –¡Sííí!
 –Quizás estabais hablando de ese detalle.
 –Sí, así es.
 –¿Puede ponerse ya tu madre?
 –Ya va, papá.
 –¿Qué tal Jason?
 –Ya veo que os lo pasáis bien, madre e hija.
 –Le he dicho que te había visto y no me creía.
 –Te felicito, Jane.
 –Gracias, Jason.
 –Es bueno que sigas trabajando.
 –Sí.
 –Dormiré un rato antes de irme con Lottimore.
 –Bien, Jason.
 –Hasta luego, Jane.
 –Te hecho de menos, Jason.
 –Vamos, Jane. No seas una niña.
 –Eres un poco duro, Jason.
 –¿Yo?
 –Sí.
 –Tengo sueño.
 –No sé cómo te las arreglas para enfadarme.

- Mañana te enviaré un poco de brisa marina.
- Quieres decir hoy.
- Eso. Mañana aquí, hoy allí.
- Que descanses, Jason –finalizó la conversación telefónica Jane.
- ¡Qué bien, mamá!
- No sé.
- Pero... si acaban de confirmarte que tu experiencia no fue una alucinación.
- Ya... pero es tan frío tu padre.
- Mamá, él vive en su mundo.
- Podía ser a veces un poco más delicado.
- Tal vez tenga sus razones, mamá.
- Encima, tú le defiendes.
- Bien sabemos que papá daría su vida por nosotras. Mejor dicho, la ha dado.
- Debe ser que estoy muy sensible.
- A mí me ha dejado impresionado –intervino Scott.
- Sorprendente, ¿verdad?
- Ya lo creo –respondió Scott.
- Está claro que la llamada de Jason no ha sido por casualidad –añadió Ros.
- Como científico no debería hacer caso a estas fantasías, pero es un hecho probado que Jason ha llamado justo cuando estábamos hablando de él, y a respuesta de una duda nuestra.
- No sé cómo la ciencia no ha demostrado, todavía que algunas alucinaciones son más bien acciones en el plano de la mente –contestó Rosamunde.
- La ciencia no sabe por dónde entrar en este tema. Incluso queda fuera de su estudio.
- Pero... algún modo tendrá que inventarse para comprobar que la transmisión de pensamiento o de lo que sea existe.
- Los detectores de fantasmas, de momento, están un tanto incompletos. Parece ser que se puede determinar la existencia de

cierto tipo de energía, pero siempre queda la duda de su origen. Los cazafantasmas aseguran que provienen de otro mundo, pero ¿cómo se puede saber exactamente que el origen no es de este plano físico en el que habitamos?

—Es algo que de momento se le escapa a los científicos —intervino por fin Jane.

—Somos capaces de detectar los neutrinos, aunque sea gracias a depósitos de agua pesada enterrados en minas abandonadas. Somos capaces de desintegrar el átomo. De saber que los átomos están compuestos por subpartículas. Pero no somos capaces de probar cierta clase de transmisión energética.

—Pues algo tendrá que hacerse al respecto —añadió Ros.

—Está claro que no poseemos un detector capaz de sintonizarse con las transmisiones telepáticas ni con los flujos de pensamientos. Sí que podemos comprobar que el cerebro cambia de estado electromagnético de acuerdo a si se piensa, se juega... o se sueña. Así pues, podríamos ser capaces de reflejar el cambio de nivel energético del cerebro de Jane, por ejemplo, justo en el momento en el que ayer vio a Jason en el Phoenix. Pero, nada nos puede asegurar que la alteración de nivel energético fuese producido por esa visión. En definitiva no podemos saber si el cambio en el cerebro viene determinado por agentes internos o externos. Solo podemos asegurar que ha habido un cambio en los campos electromagnéticos. Y eso es todo.

—Realmente, con la llamada de teléfono, ya podemos estar seguros de que algo hay —respondió Jane.

—Quizás podríamos hacer algún pequeño experimento —continuó Scott—. Por ejemplo, rodeamos a Jane de detectores de campos magnéticos, llamamos por teléfono a Jason y le rogamus que piense e intente venir al laboratorio con su pensamiento... si se establece un cambio en el campo magnético... entonces podríamos comenzar a concluir que el pensamiento genera algún tipo de onda que es capaz de desplazarse e interferir en los campos magnéticos ya establecidos.

—No sé si le gustará la idea a papá —dijo Ros.

–Ya me lo imagino sonriendo y diciendo que sí –respondió Jane.

–Entonces... manos a la obra –sugirió Scott.

–Por mi parte no hay problema –indicó Jane.

–Elisabeth se ha despertado –interrumpió Ros sonriendo.

CAPÍTULO 106

ELECTROMAGNETISMO DE ORIGEN MENTAL

Mi querida Jane:

Creo que se puede considerar como un gran avance el hecho de que hayas comprobado por ti misma que alguna de las afirmaciones esotéricas pueden llegar a ser una certeza incontestable para quienes las experimentan.

En la historia de la humanidad ha habido épocas en las que la evidencia de experiencias paranormales ha sido mayor que en la actual. Puesto que el verdadero objetivo de existencia humana es la perfección del mundo físico, de cuyos materiales están contruidos sus cuerpos, en muchos momentos los sabios han tenido que tender velos para ocultar ciertos conocimientos que llegaron a ser de dominio público.

Siempre ha sido algo reiterativo que los humanos se han sentido y se sienten fuertemente atraídos por lo material, de tal forma que muchos de los conocimientos fueron utilizados para su propia satisfacción.

Como norma general, el camino medio ha sido muy pocas veces elegido. Y en cuanto los seres humanos han tenido la posibilidad de sentir el agradable placer material, no han dudado en sumergirse en los más profundos abismos del hedonismo, hasta llegar a enfermar los cuerpos físicos y consecuentemente su esencia psíquica.

Por lo tanto, los más sabios de los hombres hicieron creer a los humanos actuales que aquello que piensan con su cerebro

únicamente son pensamientos y razonamientos lógicos que no salen de su computador personal o cerebro.

A todos aquellos, que fueron infinidad, que percibieron alguna sensación desde los mundos oníricos o internos, se los consideró como desequilibrados, lo que en muchas ocasiones no dejaba de ser cierto.

Iniciamos una nueva época en la que la incredulidad general dará paso a la comprobación de que ciertos aspectos internos son una parte de la realidad universal.

Sin embargo, podemos comprobar que es gracias a la ciencia y la tecnología que el ser humano esta convirtiéndose en un dios en la Tierra. Y verdaderamente ese es su camino.

Ocurre que en muchas ocasiones, los seres humanos necesitan también interpretar su sentido de la vida, y se ven impelidos a pensar, meditar y experimentar sobre a realidad de otros mundos.

Y como es natural, se abren paso a través de antiguos senderos que llevan a un pasado, y también se descubren nuevas vías que les introducen en un positivo conocimiento que les lleva a la perfección.

Aunque la ciencia construya los cuerpos más perfectos jamás imaginados y cree los ambientes más propicios para el desarrollo de la vida física, las necesidades psíquicas estarán siempre insatisfechas y por lo tanto proclives a la consiguiente enfermedad y destrucción de lo maravillosamente construido.

Así pues, el ser humano se encuentra en cada vida en una encrucijada. Debe tender hacia lo interno sin olvidar lo externo. Y como siempre, el punto medio es el que le llevará hacia la meta deseada sin ser destruido tanto por uno como por otro.

Todo lo que te he escrito hasta ahora es aplicable a la ciencia de los centros cósmicos, solares y planetarios, conocido vulgarmente como astrología, ciencia de la que apenas queda algo de lo verdaderamente esencial, pues algunos sabios se encargaron de cubrirla con un denso velo, tal y como te he comentado en unos párrafos anteriores.

Respecto a su reflejo en el microcosmos, los centros de energía en el ser humano, ocurrió lo mismo. Hubo épocas en las que se llegó al dominio tan absoluto de ciertos centros energéticos que los seres humanos se embrutecieron y se unieron a especies más densas. Ello les llevó a sentir placeres tan intensos que olvidaron toda la demás sabiduría que se podría haber conseguido si hubiesen practicado con los centros de energía superiores y se dedicaron a exprimir, hasta extremos que actualmente parecerían demenciales, las posibilidades electromagnéticas de ciertas partes del cuerpo humano.

Lo que era considerado por los sabios como el verdadero andrógino fue algo incomprendido por los humanos y utilizaron el conocimiento hasta unirse con entidades del submundo.

Todo esto parece una narración fantástica, sin embargo, cada iniciado, cuando comienza a sentir la energía que tiene su origen en la base de la columna vertebral, percibe sin ningún género de dudas que las vibraciones eléctricas afectan directamente al órgano reproductor, comprende, por experiencia propia, que la energía que debe ascender le somete a una dificultad y que deberá superar con el tiempo. Existen quienes fracasan en el primer intento, y quizás deban esperar a otra vida para superar la enorme afluencia de energía que se detiene a "mitad" de camino antes de ascender hacia la cúspide de la cabeza. La energía también le conecta con los elementales, seres que actúan a través de la electricidad, y a la que responde el sistema nervioso en última instancia.

En términos absolutos podría decirse que el ser humano tiene dos polos eléctricos: la cúspide de la cabeza donde reside el centro coronario y la base de la columna vertebral. Ambos poseen un diferencial de "electrones" . Podría afirmarse que tal diferencial es el que hace que las partículas liberadas asciendan hacia el centro coronario.

En la vida normal del ser humano corriente, estas energías vitalizan muy especialmente los órganos sexuales y el plexo solar. Conforme el hombre va evolucionando y a la vez va

sacrificándose en bien de su grupo, la energía asciende hasta un punto en la espalda, justamente detrás del esternón. Puesto que el ser humano es un creador nato en lo que respecta a la palabra, utiliza asiduamente el centro laríngeo que está también en la parte posterior, a lo largo de la columna vertebral, y detrás de la base de la garganta, aproximadamente.

La cultura que desprende su propia civilización activa los centros cerebrales, pero en lo que respecta a la iniciación en los mundos subjetivos, hay que diferenciar la utilización del cerebro así como de todos sus órganos, de la afluencia de verdadera energía. Ésta es una vibración que activa los órganos a los que llega. De donde se desprende que la electricidad originada en la base de la columna vertebral se expande haciendo vibrar todo el sistema nervioso y por ende los órganos a los que llega. Esta actividad eléctrica es inconfundible para el iniciado, y nada puede hacerle dudar de que enfrenta su cuerpo con la energía. En ocasiones puede tener la capacidad de dirigir la energía eléctrica con el órgano receptor. Así, si su corazón vibra en el momento que recibe los impactos de la energía eléctrica, llamada por algunos, energía de kundalini, puede dirigir la mencionada energía a través de su corazón. De la misma forma puede utilizar la afluencia de energía a través de su visualización y de sus manos.

Pero para llegar a ser un verdadero sanador, a través de quien las energías eléctricas fluyen, deberá sortear varias pruebas. Una de ellas, como he comentado anteriormente está relacionada con la adherencia que la energía psíquica más densa muestra hacia su persona. Otra de ellas es la violencia y el orgullo. Pero estas dos fuerzas, también se originan en el descenso de energía desde el centro coronario hacia el cuerpo.

El tiempo dirá las consecuencias que puede tener en tu vida, mi amada Jane, la intensidad con que estás trabajando tu mente.

La visualización de espirales que ascienden rodeando la columna capacita al iniciado para adquirir fuerza magnética. Es

parecido a si se pasa electricidad por un hilo conductor en espiral. En realidad estamos hablando de los mismos fundamentos. Diferencial de potencial electrónico y el paso de una corriente de energía recorriendo diversas espirales.

La práctica de la visualización de espirales que ascienden la columna vertebral del ser humano y la creación de ríos de luz que rodean el cuerpo físico aumentan la intensidad del campo magnético del pensador y puede utilizar la excitación de la energía para desplazar parte de su visión y su tacto hasta lugares donde alguien puede sentirle.

Está claro que sobre este punto poco más puedo añadir, pues por ti misma fuiste capaz de verme cuando disfrutaba de la suave brisa marina y de los delicados colores del cielo y del océano. Te ruego encarecidamente que sigas trabajando con la misma intensidad que hasta ahora, a la vez que cumples tus hermosos deberes familiares para con nuestros hijos y nieta. De mi corazón a tu corazón, de mi mente a tu mente, de mi alma a la tuya.

Jason

CAPÍTULO 107

LA CAÍDA DE JANE

Hola Strung.

He meditado profundamente tu anterior carta, y estoy llegando al convencimiento de que piensas que soy estúpida.

Por un momento he visto claramente que tú no me amas.

Ayer, de nuevo soñé con la hermosa mujer. Supe cuál era su nombre: Ela-Al-Hatir.

Volvía a acercarse hasta mí y me ofrecía un ramo de extrañas flores, quizás es lo que se entiende por flores de loto.

Entonces me desperté, y la venda se cayó de mis ojos. Aquellos que os llamáis ángeles solares, en realidad sois vampiros que utilizáis a los humanos para vuestro beneficio.

Siempre has amado a Ela-Al-Hatir, tal y como te expresaste recién salvado por los pescadores. Por alguna causa que no comprendo todavía, los residentes solares, en caso de que sea verdad lo que cuentas, y no seáis vulgares vampiros de los submundos, buscáis que los hombres y mujeres os adoren.

Preferiría que no me escribieses más. Creo saber ya bastante acerca de tu mundo. Los años que me restan de vida los dedicaré exclusivamente a mi familia.

También te pediría que no te llames a ti mismo Jason Doyle. Él murió el once de abril de mil novecientos sesenta y siete.

Será bueno que hables con algún abogado, amigote tuyo, y te prepare los papeles del divorcio.

Jane

CAPÍTULO 108

EL INMENSO DOLOR DE STRUNG

Jason Doyle casi habría preferido volver otros diez años a Casemates antes que sentir en su corazón el sabor a hiel que invadió su boca. Apenas podía creer la carta que había recibido. Sabía que podía pasar. Eran multitud de desagradecidos humanos los que se habían separado de su guía como ángel solar, pero los hombres permanecían en la Tierra y él residía en el Sol. Una pantalla filtraba el dolor. Él intentaba que sus creaciones mentales aprendiesen y continuasen por el camino de la sabiduría, y en caso de estrepitosos fracasos, observaba fríamente cómo desaparecían de su vista y él regresaba a su labor cotidiana. En pocos meses había olvidado totalmente el rechazo de su ofrecimiento altruista.

Pero él ya no era el frío Strung. Él había vivido, amado y sufrido durante tantos años en el cuerpo de Jason Doyle, que era su segunda piel. Una piel que acababa de ser arrancada de cuajo de su magullado corazón. Su carne había quedado expuesta al

aire libre, donde un buitre parecía arrancarle continuamente su hígado, tal y como había ocurrido con Prometeo según la mitología griega.

Necesitó salir de casa y caminar hasta la orilla de la playa. Se lanzó al océano. El agua estaba fría, pero no la notó. Nadó hasta que no le quedaron fuerzas y se dejó flotar tumbado de espaldas. La luna llena reinaba en el cielo.

El terrible dolor le había cogido de improviso. Calculaba que Jane podría tener algún contratiempo, pero no hasta tal punto que la afluencia de energía y sabiduría obnubilase totalmente su mente. ¿De qué había servido su amor a los humanos?

Papá... no lo tengas en cuenta. Todos te amamos. Algo le ha pasado a mamá. Solo te nombra para insultarte... Papá... Te necesitamos.

Fueron las palabras que percibió nítidamente en su mente.

En aquel instante sintió frío y regresó empapado a casa. Se secó y se quedó dormido. El sueño fue el anestésico más fuerte que le evadía de aquel contradictorio mundo.

Amor y dolor iban de la mano, entretejidos hasta tal punto que cuando todo parecía marchar bien, se caía en un abismo del que apenas se podía salir.

—¡Qué terrible era en ocasiones la vida —fue la última frase que dijo antes de vencerle el sueño.

CAPÍTULO 109

CONVERSACIÓN CON LOTTIMORE

—Estás muy serio, Jason —le intentó sacar de su ensimismamiento John Lottimore cuando llevaban navegando varias horas.

—Es difícil amar a los seres humanos, John.

—¿Por?

–Creo que la humanidad es muy variable.

–Quizás echas en de menos a las tres mujeres de tu vida.

–No sé qué decirte, John.

–Está claro. Ellas están en Cambridge y tú, aquí, con un viejo ex-presidiario como yo.

–Tal vez me he volcado demasiado en esta vida.

–Supongo que será muy difícil para alguien como Strung estar sujeto a las limitaciones de un humano como Jason Doyle.

–Me juré a mí mismo que no me sumergiría tan profundamente en la personalidad de Jason, que no olvidaría mi origen solar, pero desde el embarazo de Rosamunde y el nacimiento de Elisabeth creo que he interpretado demasiado bien el personaje de Jason.

–Si no hubiese sido por ti, Black Stone se habría perdido para siempre –indicó John Lottimore recordando su pasado y poniendo la mano sobre el hombro de Jason.

–Tú, John, has sido siempre un humano agradecido, pero cuando la persona que más amas en la vida de grita que ya no te quiere volver a ver nunca más y que eres un vampiro para ella... ¿qué crees que se debe hacer?

–Quien recibe una ofensa tan grande, puede pensar dos cosas: o dudar de sí mismo o dudar de quien lo dice.

–¿Cómo no dudar de uno mismo? ¿Quizás no he hecho correctamente las cosas?

–Me extraña, Jason. Tu nivel es tan elevado que lo que tú calificas como mínimo, es para los hombres algo que no se puede llegar a alcanzar.

–¿Entonces... tal vez exijo demasiado a los humanos?

–Lo más probable es que nosotros no estemos a la altura de Strung.

–Para mí, John, la vida en la Tierra ha sido muy dura. En muchas ocasiones he deseado marcharme, pero siempre, el amor a mi esposa, a mi hija, y ahora a mi nieta, es lo que me retiene.

–Vamos, Jason. Debes recordar que no solamente tu familia, sino también otros muchos quedaremos marcados por tu estancia en este lugar de penalidades.

–Gracias, John.

–Lo que más siento es que un día nos dejemos de ver, amigo.

–Tenía pensado que me llevases a Puerto Rico.

–¿Para?

–Frente a sus costas ya sabes que hay una profunda fosa marina.

–Sí.

–Cerca de lo que es conocido como Trinchera de Puerto Rico hay una abertura que lleva al interior de la Tierra.

–No lo sabía.

–Realmente no lo saben todavía los humanos. Ninguno de ellos ha estado nunca allí.

–Strung sí lo sabe.

–Correcto.

–No entiendo qué tiene que ver con Jason Doyle.

–El agua del océano se escapa por una antigua chimenea de roca basáltica, desciende violentamente y llega a una inmensa cueva.

–¿Cómo puedes saber eso, Jason?

–Es un lugar muy apreciado por los hijos del Sol. Es donde los estudiantes universitarios solares realizan parte de sus prácticas. No sólo se recorre la Tierra, también todos los demás planetas, e incluso más de un planetoide.

–Creía que una civilización avanzada utilizaría el espacio para desplazarse.

–También lo hacemos. Lo que ocurre es que esa cueva es un lugar muy especial. Por otro lado, las conexiones internas entre el Sol y nuestros hermanos los planetas son las que más se suelen utilizar en los estudios geológicos. De esa manera conocemos la salud interna de cada uno de los planetas.

John Lottimore sonrió.

– Por qué sonríes, John. Estoy hablando de asuntos muy serios.

–Disculpa, Jason. Es difícil escuchar algo así. Si no conociese a Strung, diría que Jason Doyle... es un poco raro.

–Quieres decir que Jason Doyle parecería estar loco – sonrió por primera vez desde hacía varios días, Jason.

–Bueno... más o menos.

–Es más que probable que dentro de unos años, Scott tenga preparado el submarino que llegue hasta la cueva que te estoy indicando.

–No puede ser.

–Quizás, tú mismo lo veas.

–No creo que me atreva a bajar a las profundidades marinas.

–Tal vez tengas razón, John. La superficie de la Tierra es extraordinariamente bella. No es necesario moverse entre la densa oscuridad.

–Pensándolo fríamente, me da un poco de miedo.

–Te recuerda a nuestra estancia en Casemates.

–Sí.

–¿Eres feliz, John?

–Muy feliz, Jason.

–No te imaginas lo que me alegro.

–Strung siempre estará en el corazón de John Lottimore.

–¿Tal vez algún día pueda contar contigo, John?

–Para lo que desees.

–¿Incluso para ir a otro planeta?

–Si es preciso, sí.

–¿Y qué me diría tu esposa?

–Que querría ir también.

–Bueno... lo tendré en cuenta –sonrió de nuevo Jason.

–Pero... ¿es una broma, verdad?

–Claro.

–No sé... viniendo de ti.

–La vida es eterna, John. Quizás volvamos a coincidir.

–Compartir experiencias con alguien como tú, Jason, es a lo máximo que un hombre puede aspirar.

–Los seres humanos deben llegar a ser hijos del Sol. Es su destino.

–Supongo que todavía tardaremos mucho.

–La Tierra es un planeta en el que la evolución camina a enorme rapidez. Tal vez en cien años, existan humanos tan sabios que puedan entrar en el Sol por derecho propio.

CAPÍTULO 110

LOS CUATRO PÉTALOS DE LOTO

Jane miró con odio a Ela-Al-Hatir. El rostro del ángel solar reflejaba pena, dolor e incomprensión ante la actitud de la humana.

–Te hemos otorgado todo lo que hemos podido.

–Muérete –exclamó Jane mientras clavaba una daga en el corazón de Ela-Al-Hatir.

–Te habías convertido en mi amada hija.

–Antes prefiero quemarme en el fuego del infierno que estar contigo.

–Creía que muy pronto te unirías a nosotros.

–Déjame de una vez y vuelve con tus santos ángeles al Sol. El mundo del que no deberías haber salido.

Ela-Al-Hatir ya no respondió. Mostró a Jane una bella flor de loto de doce pétalos, en cuyo centro refulgía un diamante de color azul eléctrico. Arrancó los tres pétalos inferiores, del conocimiento, uno de la segunda hilera del amor y se los entregó a Jane.

–No quiero nada que provenga de vuestro mundo –insistió en su ofensa la humana.

–Los quieras o no, son tuyos. Son las adquisiciones que has conseguido a lo largo de tus múltiples encarnaciones.

–Métetelos por donde te quepan –contestó Jane, fuera de sí.

Ela-Al-Hatir recogió la flor de loto que quedaba, la encerró en lo más interno de su pecho y desapareció.

CAPÍTULO 111

EN EL ANONIMATO

Cuando John Lottimore recibió de manos de Jason un extraordinario diamante, expresó gran temor en sus ojos.

–Tranquilo, John. Aquí en la carpeta está todo perfectamente distribuido y especificado, no tendrás ningún problema. Los originales los tiene Bradbury. Hay otro diamante de la misma calidad y peso para Duncan.

–Pero... Jason.

–He renunciado a todo en favor de mis amadas mujeres. No necesito nada al lugar al que me dirijo.

John Lottimore estrechó fuertemente la mano y se despidió de Jason. El hijo del Sol sorteó en el muelle algunos yates de recreo y por fin desapareció en la salida del puerto.

–Regresamos –indicó Lottimore al piloto del Phoenix VI.

Jason Doyle había hecho cuanto estaba en su mano. Comprendía que aunque era su mayor anhelo, ya no podía continuar con el proceso de iniciación de Jane. Ella había absorbido todo lo que era capaz.

La separación de sus mentes y corazones ejercería un descanso benéfico para su esposa. Tal vez en unos años ella regresaría a la senda de la adquisición de sabiduría y poder.

La afluencia de energía de voluntad desde su alma había anegado a Jane, y a pesar de que él mismo permanecería cerca de ella, únicamente la humana podría salvar el puente que invisiblemente permanecía tendido.

El caso de Rosamunde era distinto. Ella siempre había permanecido unida a él, y todavía más cabía decir de la recién

nacida Elisabeth, un alma que tenía sus pétalos abiertos de par en par. Era un loto cuyo aroma sería irradiado entre los humanos a lo largo de su vida. Pero Jane... ni siquiera tenía origen lunar. Ella se había individualizado en la Tierra, y su camino sería mucho más largo y difícil... Podía ocurrir que tuviese que esperar todavía miles de años...

Observado desde el punto de vista de una persona común, Jason Doyle estaba cometiendo un terrible y craso error. Probablemente debería aguantar el tirón y pasar de Jane. Poseía dinero y sabiduría. Sabía que había hecho lo correcto, por lo tanto su corazón se mantenía intacto e incólume. Pero él era un hijo del Sol, y veía lo que un mortal no era capaz de atisbar. Debía provocar la separación para dejar abierta la posibilidad de respuesta.

Caminó hasta encontrar una pequeña habitación en el número 1 de la calle 11 del Barrio Obrero.

—¿Su nombre? —le preguntó el propietario.

—Jason.

—Firme aquí. Son trescientos dólares por adelantado.

Jason pagó, cogió la gruesa llave, subió la lúgubre escalera y entró en el húmedo cuarto de paredes azuladas y desconchadas. Desde la ventana se podía contemplar el azul del océano. Extrajo de la bolsa de viaje una fotografía en la que posaban sus tres amadas mujeres con Scott, Duncan y Lottimore. Supo sin ningún género de dudas, con la certeza que otorga el corazón de un ángel solar, que ella regresaría. Solo era cuestión de paciencia.

Se apoyó en el alféizar de la ventana. Una vagabunda se ofrecía a leer la mano de algún transeúnte. Quizás se podría dedicar a interpretar las cartas del Tarot. No parecía muy complicado. Él ni siquiera las tenía que mirar. Veía lo que tenía en frente de su tercer ojo.

CAPÍTULO 112

EN SAN JUAN DE PUERTO RICO

Con dos golpes suaves, alguien llamó a la puerta de la consulta en la que Jason Doyle, desde hacía siete años atendía a toda clase de clientes con algún tipo de enfermedad psíquica.

La luz del sol del dieciséis de Julio de 1998 lucía esplendorosamente plateado sobre las lejanas aguas del océano Atlántico. Abajo, en un estrecho y comercial callizo, se escuchaba el bullicio de los turistas que reían y gritaban alegremente.

Jason Doyle, que practicaba sus últimos conocimientos adquiridos de guitarra española, la dejó junto al caballete que sostenía un bello cuadro al óleo. A medio pintar, se podía discernir un extraño planeta al que se acercaban intensos núcleos de fuego azul eléctrico.

—Voy.

Abrió la puerta, miró y no vio a nadie. Unos segundos después sintió que una niña tiraba de su pantalón.

—¿Eres Jason?

—Sí —contestó el hijo del Sol.

—Soy Elisabeth —confirmó la niña lo que ya había comprobado el semi-dios solar.

—¡Hola! —se arrodilló el abuelo con lágrimas en los ojos.

—Por qué lloras, Jason.

—Porque has alegrado mi corazón.

—Eres más viejo que el señor que me visita en mis sueños.

En aquel instante apareció Jane. Su pelo blanco hizo estremecerse a Jason que se puso en pie.

—¿Podemos pasar, papá? —fueron las palabras que hicieron que Jason Doyle quedase petrificado con lágrimas en los ojos, mientras Rosamunde le abrazaba.

—Por favor.

–Hola Jason –le dio la mano Scott.

Jane permanecía de pie mirando a Jason.

Hace mucho que te espero –le dijo con amor su esposo.

–Perdóname, Jason.

–Vamos, Jane. No hay nada que perdonar.

La mujer, por fin, se atrevió a abrazar a Doyle.

–Estoy pintando nuestro próximo destino, Jane –respondió Jason como si no hubiesen transcurrido cerca de mil novecientos días de separación física –. Si te decides a venir, por supuesto.

–Vaya, Jason, estás hecho un artista –intentó romper la tensión Scott.

–¿Te gusta? –preguntó Jason.

–Bueno... creo que todavía no es un Kandinsky, pero vas por buen camino.

–Gracias Scott. Ya veo que entiendes de arte.

–Papá, hemos venido con el recién estrenado Phoenix X. Quizás te gustaría venir a verlo.

–Será algo estupendo, Ros.

–¡Tenemos tantas cosas que contarnos!

–Entonces... ¿A qué esperamos, verdad, Elisabeth? –Jason dio la mano a la niña y tomó el brazo de Jane.

–Nos tendrás que explicar algo del cuadro, ¿no, papá? –preguntó intrigada Rosamunde.

–Todo a su tiempo, Ros. Hoy es un día grande y maravilloso.

Jane caminó en silencio por las calles. En algún instante inclinó su cara en el brazo de Jason sin poder evitar que las lágrimas resbalasen.

En la embarcación, permanecían de pie Duncan y Lottimore.

–Vaya... veo que estamos todos –les saludó Jason.

–Abuelo...

–¿Sí?

–¿Me llevarás en el submarino?

Jason miró sorprendido a Rosamunde y a Scott.

–¿Lo habéis conseguido?

–No lo sabemos con exactitud. Calculamos que será capaz de sumergirse entre treinta y cinco y treinta y seis mil pies –respondió Scott.

–O sea, que necesitáis un conejillo de indias y por eso habéis venido a buscarme.

–Más o menos –respondió sonriendo Scott.

–Enhorabuena, Scott –dijo con voz seria Jason mientras tocaba con la mano el hombro de su yerno.

–Vaya... y ¿a mí, qué, papá?

–A ti, también, mi enhorabuena por tener una hija tan guapa.

–¡Papá!

–¿Sí?

–Es hermosa tu nieta, ¿verdad? –Rosamunde no protestó, lo que había sido su primera intención ante la broma de su padre.

–Elisabeth, es un ángel que ha dejado el cielo para venir a la Tierra –dijo con intención oculta Jason.

–Ya sabes que ella te ve a menudo.

–Sí.

–Gracias a ella, hemos podido comprobar en más de una ocasión el campo electromagnético provocado por tu presencia, Jason –le indicó con enorme orgullo Scott.

–Entonces... ya no dudáis, como científicos, que el alma existe.

–Siempre quedan dudas. Pero todos estamos de acuerdo en que el cerebro humano es capaz de desplazar cierta clase de energía.

–Algo es algo –continuó sonriendo Jason.

–La existencia del alma está todavía por ver –añadió Scott.

–Y mi pequeña Elisabeth ¿qué piensa? –preguntó Jason a su nieta.

–El alma es una esfera de luz que colma nuestros corazones.

–Seguro que te lo ha enseñado mamá –tanteó Jason a la pequeña.

–Nos habrá escuchado a Rosamunde y a mí –explicó Jane.

–Ya –respondió Jason.

El Sol se estaba poniendo más allá de la isla.

–Te quedarás a cenar con nosotros, ¿no papá?

–Será estupendo, Ros.

CAPÍTULO 113

EN EL PHOENIX X

–Es triste que los humanos tengamos que separarnos para amarnos más profundamente –inició Jane la charla posterior a la cena, quedándose a solas ambos.

–En la vida, todo se consume. Los acontecimientos llegan a un punto de no retorno que es el inicio de otra espiral de acontecimientos –respondió Jason.

–Pero... no sé... tendría que haber alguna manera distinta de evolucionar que no causase sufrimiento.

–Crecer es sinónimo de dolor –es algo intrínseco. Los árboles crecen mientras la corteza se estira y divide en múltiples ranuras. Las serpientes cambian de piel. Los humanos tienen que dejar los juegos de niños a la par que se hacen adultos. Los mayores tienen que desprenderse de todo lo que les ha hecho felices en la vida para poder comenzar otra. El amor cambia continuamente. Al principio se desea el cuerpo del amado, y paulatinamente, conforme va envejeciendo, no es atractivo. Los humanos deben seguir, quieran o no, por la senda que los acontecimientos les obligan a tomar.

–Nada que objetar, Jason. Pero no entiendo cómo podemos actuar en contra de nuestros propios intereses. Tú intentabas llevarme por el camino de la sabiduría y yo te odié por ello. En realidad llegué a verte como si fueses mi verdugo.

–Problemas de crecimiento, Jane.

–Pero... yo... te amaba, Jason.

–Los cuerpos del ser humano en ocasiones se rebelan contra su amo. Saben que deben cambiar las antiguas costumbres, y ello es similar a la muerte para ellos. Por lo tanto, cuando alguien decide evolucionar, ascender un escalón más, su mayor enemigo es él mismo, y el encono lo traslada a aquellos que le rodean.

–No nos comprendemos a nosotros mismos y discutimos con ellos sin motivo aparente.

–Hay partes de nosotros que se niegan a cambiar y nos dicen... vaya, ahora no voy a poder tener placer sexual... menudo fastidio. ¡Qué estupidez amarse de corazón! ¡Ni que fuésemos unos niños! Con lo que me gusta ir de fiesta y bailar con el objetivo final de consumir el acto sexual ¿quién te crees tú para quitarme el placer del movimiento? Está claro que estos son unos simples ejemplos, pero cada persona podría enumerar muchos más.

–Podríamos decir que tanto los sentimientos como los pensamientos se ven alterados por nuestra última voluntad.

–Sí, Jane. Así es.

–Hay algo que deseo preguntarte, Jason.

–Dime.

–Poco después de discutir contigo, tuve extraño y a la vez desgarrador sueño. Ela-Al-Hatir me mostró una flor de doce pétalos, arrancó cuatro y me los entregó. La otra parte de la flor se la quedó ella.

–No debes preocuparte por Ela. Ya no está en tu vida.

–¿Fue aquel acto simbólico el que hizo que ella se separara de mí?

–No fue solamente algo simbólico, sino que fue real.

–No entiendo.

–Los ángeles solares utilizan parte de su creación, de su esencia, para el bien de los animales que permanecen en el mundo físico. En realidad, los humanos, se podría decir que son animales muy inteligentes que permanecían separados del Señor

del Mundo. Para poder unir lo inferior y lo superior, es decir el espíritu y la materia, los semidioses creadores prestaron al Señor del Mundo, dicho de una forma un tanto burda, su propia esencia. Lo que tú llamas pétalos, son en realidad vórtices de energía que circulan y que otorgan la autoconsciencia.

—Sigo sin entender.

—Puede ocurrir que un ser humano se separe de "Dios". Hay cuatro vórtices de energía que los hombres inteligentes se han ganado con su esfuerzo, y si el ángel solar comprende que ya no puede hacer nada más, le entrega los cuatro pétalos o vórtices de inteligencia, y el ser humano se ve aislado de lo superior.

—¿Por eso me sentí vacía durante tanto tiempo?

—Sí.

—Sin embargo, desde hace dos años, me siento completa, feliz, con ánimos de seguir el proceso evolutivo.

—Durante los cinco años anteriores luchaste contigo misma. Tú no lo sabías, pero estabas dominando a tus señores lunares. En realidad fueron ellos los que se rebelaron y mostraron su odio hacia mí.

—¿Los señores lunares?

—Son antiquísimos creadores mentales y sentimentales que forman nuestros cuerpos. Están compuestos de energía con distintas tendencias que se originaron hace millones de años. Y siguen la ley de su propio ser. Mientras sus gustos y deseos coinciden con los del ser humano, no dicen nada, pero cuando comienza la iniciación, entonces saben que deben abandonar sus costumbres y transmutarse para que el alma muestre sus poderes. Es cuando se inicia la lucha. En ese momento debemos hacerles comprender que la vida proviene de arriba, y que el cambio es necesario. Ellos son nosotros. Nuestro cuerpo, sentimientos y pensamientos son ellos. La guerra debe terminar en un armisticio o de lo contrario cada uno puede ir por su lado.

—Así pues, todo el odio que mostraba hacia ti, en realidad provenía de la materia inteligente que no quería perder sus hábitos.

–Exactamente.

–Hace unos minutos has dicho que Ela-Al-Hatir me abandonó. Pero... ¿y los demás pétalos?

–Ella tampoco era tu ángel solar original. Había recibido y aceptado el encargo de guardarlos para ti. Hace ya seis años humanos que ella tomó la decisión de iniciar un camino diferente al que había decidido previamente, y dejó tus pétalos de amor y voluntad en un lugar seguro en el Sol y tú te volviste a conectar con ellos.

–Creía que ella te amaba.

–No como tú crees, Jane.

–¡Tenía tantos celos!

–Hace mucho tiempo que ya no es tu rival –si es lo que te interesa saber.

–Parece un poco triste, ¿no?

–¿Qué?

–Quizás ella te amaba realmente.

–Nosotros también debemos continuar nuestro camino. Más allá del amor a los individuos, existe el amor al grupo.

–Amar a un grupo... ¿no es algo raro?

–Digamos que es incomprensible para el ser humano.

–Y tanto. Amamos a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestra familia, a algunos amigos, pero incluso así cada uno tiene su destino.

–En realidad el amor a nuestro grupo tiene que ver con la conciencia. Sería como decir que en el interior de un ser humano una neurona ama a un grupo de millones y millones de neuronas. Las ama en un sentido superior, ellas son él y él son ellas. No amarte a ti mismo es absurdo, ¿no crees?

–Visto así. Por supuesto.

–Yo, Strung, soy ellos y ellos son yo.

–¿Apenas hay diferencia entre ellos y tú?

–Sí y no. En ocasiones lo que pienso o medito es común a todos mis compañeros de grupo, aunque ni siquiera ellos lo sepan. Yo soy ellos significa que no hay diferencia entre ellos y

yo. Por lo tanto, no tengo ninguna obligación de amar, más bien, es, como te he dicho antes, amor a mí mismo, porque yo soy cientos de ángeles solares a la vez. Cuando enuncio "Yo soy" en realidad estoy diciendo. Yo percibo la realidad que es suministrada por cientos de ángeles solares. Cuando un ángel solar medita siente que su afán más importante, que su esencia más íntima, que su propósito es un destino amplio. Imagina que un grupo de ángeles solares es destinado a un planeta en el que es necesario dotar de autoconsciencia a los seres inteligentes que habitan en él. Lo que el ángel solar percibe es el conjunto del planeta. Cada uno de los elementos de su grupo es una ramificación de su consciencia.

Los humanos son sensibles a su entorno. Perciben a través de su cuerpo físico. En ocasiones, su consciencia es interferida por la consciencia de sus allegados. Por ejemplo, un hijo está triste, y la madre puede, en algunas ocasiones percibir esa tristeza. La madre piensa que es suya, sin embargo, la tristeza proviene de su hijo. Se puede afirmar que la consciencia de la madre se expande más allá de su cuerpo físico hasta incluir la consciencia del cuerpo de su hijo. De la misma forma, el pensamiento de un ángel solar es capaz de percibir numerosos impactos que provienen de sus hermanos. Y tales impactos los sintetiza su mente y tiene una concepción grupal de la vida. De la misma manera que afirmamos que una madre siente el dolor de un hijo, en definitiva, llega ser consciente como lo es su hijo, un ángel solar es consciente de todo su grupo, y no representa ningún esfuerzo extraordinario, tal y como he sugerido antes, amarse a sí mismo, que es su grupo.

—Creo que el símbolo del cerebro es más que suficiente para intentar desentrañar tal misterio.

—Todavía se puede afinar más. Deberíamos añadir que el cerebro unificado. Pues como todos sabemos, no siempre somos autoconscientes.

—Estás sugiriendo que incluso los grupos de ángeles solares pueden estar unificados por algo superior.

—En el universo, siempre hay una conciencia por encima de otra conciencia. Nadie sabe cuál es el límite de tal afirmación. El ser humano y los ángeles solares, al igual que el Dios de la Tierra o del Sol tenemos algo en común: la continua búsqueda de aquello que es origen de nuestra esencia, la permanente atención hacia la dirección que nos conducen nuestras percepciones y meditaciones. Todos nosotros somos verdaderamente conscientes del efímero instante en el que la luz se hace en nuestro interior y averiguamos algo importante acerca de nuestro origen y nuestro destino.

—Entonces... Jason... ¿En qué situación estoy?

—Podría decirse que has dominado a tus señores lunares, y que estás preparada para continuar. Lo demuestra que has venido a verme.

—Te amo, Jason.

—Lo sé.

—¿Nunca has dudado de mi amor?

—Cuando me dijiste que yo era un vampiro para ti.

—¡Y era todo lo contrario! Si había algún vampiro, era yo.

—No éramos vampiros el uno para el otro. Sencillamente nos amábamos.

—Y ahora.... ¿qué?

—Está llegando el momento de otra decisión.

—Quieres decir que vas a venir a casa con nosotros.

Jason Doyle se puso serio.

—Me das miedo, Jason.

—¿Cuántos años tenemos?

—Somos muy jóvenes todavía, ¿no?

—No tanto.

—Sesenta y cinco no son muchos.

—En nosotros ya está implementado el fruto de nuestra vida, Jane.

—Creo que estás intentando decirme algo, Strung.

—¿Por qué me llamas ahora Strung?

–Tus ojos son de fuego. Me recuerdan la primera vez que te vi la noche del once de Abril de mil novecientos sesenta y siete.

–Para que algo sea eterno, debe asimilarse a procesos que continua y eternamente evolucionan.

–Parece que no me contestas.

–¿Hay algún momento en el que el ser humano desee abandonar a sus seres queridos?

–Creo que nunca.

–Quiérase o no, la vida física se termina. Nosotros podemos llegar a noventa años, pero cuando estemos en esa edad, todavía amaremos a los que nos siguen, y también nos parecerá un mal momento para morir.

–Estas sugiriendo que nuestra vida está llegando a su fin.

–Lo que el ser humano considera la muerte es en realidad la vida del espíritu.

–¿Y si no voy contigo, Jason?

–Siempre has sido y serás libre, Jane.

–Pero... ¿no podríamos esperar unos años más?

–Hay seres extraordinarios que a lo largo de la historia han preferido permanecer en la Tierra. Uno de ellos fue aquel que es conocido como Buda. Él había cumplido su misión. Debía continuar por uno de los senderos cósmicos. Así se había establecido por él mismo en su gran decisión. Pero en última instancia, amaba tanto a la humanidad que renunció al fruto de su sabiduría y decidió, en contra de la opinión de todos sus maestros, permanecer más tiempo para mostrar el camino de la sabiduría.

–Entonces... si yo siento que amo a los míos, ¿no es más correcto evitar una decisión que implique su sufrimiento?

–¿Cómo sabes que si te quedas serán más felices?

–No lo sé. Lo supongo.

–En muchas ocasiones un padre debe abandonar el pueblo en el que nació y buscar un trabajo en una enorme y fría ciudad.

–Pero... es tan duro dejarles aquí.

—Muy pocos seres humanos tienen la oportunidad que se te brinda, Jane.

—¿A qué te refieres concretamente?

—La materia inteligente tiene en sí misma la capacidad para desarrollar la autoconciencia. Sin embargo éste es un proceso extraordinariamente largo. Si el Señor de su mundo así lo decide, solicita colaboración de los ángeles. Paulatinamente inculcan la sabiduría en los animales. Incluso con esta ayuda el proceso de conseguir la autoconsciencia en el plano físico puede insumir millones de años. Así pues, se suele acelerar la evolución llevando ciertos moldes energéticos de otros planetas que puedan adaptarse a los cuerpos materiales de los animales existentes.

—Quieres decir que se llevan almas de otros lugares.

—No. Lo que intento explicarte es lo que he averiguado recientemente de mí mismo.

—Te escucho.

—Sabes que siempre he intentado encontrar la causa por la que abandoné el Sol. Aparentemente descendí de nivel. De la luz bajé a los infiernos.

—Ya.

—Había algo que yo no sabía, ni siquiera mis padres.

—¿Qué era?

—Mi cuerpo etérico era más bien abstracto. No estaba exactamente definido. En realidad el cuerpo etérico de los ángeles solares es un reflejo de la luz interna. Sin embargo el cuerpo etérico de los seres humanos, que al principio es indefinido, se va ramificando por el cuerpo físico hasta el punto de ser una verdadera copia del mismo. La energía etérica se convierte en un molde que energetiza todos los órganos a través del sistema nervioso y finalmente cada parte del cuerpo físico tiene su contraparte etérica.

—Es el cuerpo de luz.

—Es uno de los cuerpos de luz del ser humano. Tiene más, como ya has estudiado otras veces, pero lo que nos interesa en

este momento es la conservación y traslado del cuerpo etérico de un ser humano hasta otro planeta.

—No entiendo por qué no es suficiente con llevar almas desencarnadas.

—Porque las almas desencarnadas no poseen cuerpo mental, ni astral, ni etérico. Lo que nos conduce de nuevo a un nuevo retraso en la evolución del planeta destinatario.

—Y no sería mejor que nos llevaran en un platillo volante, por ejemplo, hasta el planeta de destino.

—En este caso, al igual que en muchos otros, no puede ser, pues la atmósfera es irrespirable para un ser humano.

—Sin embargo un ser humano sin cuerpo físico sí que puede adaptarse a la atmósfera y demás condiciones ambientales de multitud de planetas.

—Esa es la clave.

—Es decir, que una vez que se traslada el cuerpo etérico, lo que incluye los demás cuerpos, excepto el físico, se procede a insertarlos en los animales del planeta destinatario.

—No lo podría haber dicho yo de mejor manera.

—¿Pero... no es algo repulsivo?

—No más que el hecho de reencarnar de esa forma en un cuerpo humano.

—No sé... Jason. Me lo estás poniendo muy difícil.

—Entiendo.

—Son muchas las incógnitas que surgen. Por ejemplo: ¿me dolerá?

—El dolor es intrínseco a casi todos los mundos físicos. Ya lo hemos dicho.

—Pero... yo no quiero sufrir.

—Sin sufrimiento no hay crecimiento. En realidad no hay nada. Y lo que es peor. En última instancia, no querer entrar en la rueda de la vida implica un retroceso y lógicamente un "castigo" pues mientras los demás seres de la creación se implican y sumergen en los procesos cosmológicos, quien ha decidido

permanecer descansando, se encuentra con que al final reencarna en entornos más difíciles y hostiles que los que intentaba evitar.

—Pero... ¿no somos libres?

—Por supuesto.

—Parece que no, porque si no quiero encarnar, puedo retroceder.

—Nadie obliga a amar, Jane.

—Necesito tiempo, Jason.

—Lo entiendo, Jane.

—¿Y cuándo sería el momento del traslado de nuestros cuerpos etéricos?

—Muy pronto. Todo está preparado.

—Tendré sesenta y seis años.

—Y yo sesenta y ocho.

—Unos chavales...

—Míralo de esta forma. Después del traslado de los cuerpos etéricos, volverás a tener un cuerpo joven y bello.

—¿Es hermosa la especie animal del otro planeta?

—Llegará a ser tan bella como seamos capaces de mejorarla —terminó por decir Jason, mientras se levantaba para marcharse.

—¿Te vas, Jason?

—Es tarde.

—¿No deseas quedarte abrazándome?

—¿Tienes un pijama para mí? —sonrió Jason.

—Le he cogido uno a Scott.

—Bueno... si es así... me quedo.

—Te crees muy gracioso, ¿no?

—Lo intento.

—Para ser un ángel solar, no lo haces mal.

CAPÍTULO 114

EL PRIMER DESCENSO

—¿Estás seguro, Jason? preguntó Scott.

—Se hace necesario abrir una puerta de comunicación entre los hijos del Sol y los humanos. De esta manera, cíclicamente, nos pondremos en contacto y será posible cierta clase de iniciación.

—¿Y no sería más sencillo que los hijos del Sol nos recibiesen en la superficie?

—Justamente, ahí debajo, existe un centro de energía, un entorno de tal cualidad electromagnética que permite la transmutación del cuerpo humano.

—Pero... no hace falta que apures. Cuando en el panel de mandos se enciendan sucesivamente estas dos luces, no esperes a la tercera. El minisubmarino está preparado para resistir mil doscientas atmósferas, lo que significa que está capacitado para descender hasta unos 39.000 pies. Se estima que la mayor profundidad es de 29.000 pies. La primera luz se encendería a 33.000, la segunda a 36.000 y la última, justo a 39.000.

—¿Y si llega a encenderse la tercera?

—No sabemos qué pasará. Quizás aguante unas pocas atmósferas más de presión. Tres mil pies de profundidad incrementa la presión en diez atmósferas. Por eso, este otro indicador tiene el límite de 1.300.

—Entendido, Scott. El minisubmarino llega hasta los cuarenta mil pies de profundidad.

—No, Jason. Sabes que no puedes arriesgar tanto. Nunca debes sobrepasar las 1200 atmósferas.

—No te preocupes, jefe. Recuerdo muy bien todas tus instrucciones.

Todos miraban preocupados a Jason Doyle. Jane cogía de la mano a la pequeña Elisabeth. Y finalmente, antes de cerrar la

escotilla, John Scott apretó fuertemente la mano del hijo del Sol. El submarino desapareció.

–Vamos al puente de mando –indicó Scott a Rosamunde.

–¿Cómo sabremos que lo ha conseguido, papá?

–Espero que la comunicación no se interrumpa.

–Tal vez no debíamos haberle dejado ir.

–Tranquila, Ros. Tu padre sabe lo que hace.

–Tengo mucho miedo de no volver a verle.

–Según los cálculos, dentro de tres horas habrá llegado a su destino.

–¿Y si no tenemos noticias de él?

–Podría ocurrir que las comunicaciones se cortasen. Ya nos ha dicho que si sale bien, estará en casa dentro de una semana.

–No sé si resistiré tan larga espera.

–Es un ángel solar. Tranquila.

–Es muy bonito cuando todos jugamos con las palabras, pero en realidad, para mí, sólo es Jason Doyle, mi padre.

–No podemos hacer nada más, sino esperar.

–Siete mil pies –indicó el operador.

–Si todo va bien, en dos horas, habrá tocado fondo.

–¿Y la entrada? ¿Cómo la encontrará?

–Jason ha dicho que está aquí abajo. Cuando entre, será la primera vez que podremos anotar la posición exacta.

–¿Y si se equivoca? –preguntó Rosamunde.

–Si no la encuentra en las dos horas siguientes subirá a la superficie.

–Aquí, Jason. Todo correcto. Justo enfrente veo la pared. Está a unos veinte metros de distancia.

–Procura no aproximarte más, Jason. Algún saliente puede golpear el submarino.

–Entendido, jefe.

–Gracias por lo de jefe, Jason.

–Si no fuese porque sé qué es lo que hay en el fondo, no bajaría ni atado.

–Me consuela oírtelo decir –respondió Scott disimulando su verdadero sentimiento.

–Está claro que la fe de los exploradores ha hecho avanzar a la humanidad. En este momento me parecen gigantes.

–Creo que tienes razón, Jason. Para mí, bucear a más de tres metros de profundidad, ya me parece una barbaridad.

–Nada hay como estar en tu laboratorio y observar y desplazar con el microscopio algún átomo, ¿verdad?

–Ya lo creo.

–15.000 pies –indicó el operador.

–Parece que vas bien, Jason. Ya estás a mitad de camino.

–Y las luces no se encienden... Al final, resultará que habéis sabido construir un buen submarino.

–Ya ves, Jason, tecnología humana. ¿Crees que nos la comprarán en el Sol?

–Es demasiado complicada, Scott.

–Vamos, que no tenéis dinero.

–Estamos intentando llevar a unos cuantos brokers de Wall Street.

–Entonces... es mejor que continuéis como hasta ahora.

–Recuerda, Scott: para el submarino puede ser un viaje de ida pero no de vuelta.

–Mientras vuelvas tú, lo demás no importa.

–Creo que Jason Doyle tiene un poco de miedo –indicó el propio Jason.

–Ya sabes que en cualquier momento puedes dar la vuelta.

–Supongo que es el deseo de supervivencia de la personalidad.

–Sientes lo mismo que los primeros aviadores. Aunque alguno de ellos prefería romperse el cuerpo que el avión. El cuerpo físico se podía recomponer. Una pierna rota, un brazo partido... tenía solución, pero si se partía el avión, todo resultaba mucho más difícil de resolver.

–Es impresionante el valor de los montañeros cuando están en medio de una tormenta de nieve, suspendidos de una

cuerda, y no saben si van a estar así una, dos o diez horas. La idea de que tal vez no vuelvan a ver a sus seres queridos, debe encogerles el corazón.

–Han llegado a un punto de no retorno.

–Veintisiete mil pies, señor –indicó el operador.

–Estoy muy cerca, Scott. La abertura no está en el fondo de la fosa. El submarino está balanceándose. Creo que la corriente me está atrayendo –lo que no había dicho Jason es que se estaba sirviendo de una proyección mental de sí mismo con la que tanteaba y palpaba más detenidamente la gigantesca pared que tenía a unos metros.

–Todavía puedes volver, Jason. Ya hemos probado el submarino.

–Veo la cueva, Scott. Durante un tiempo no creo que pueda hablar... estoy dentro... Recuerda, el próximo día veinticinco nos veremos.

–Suerte, Jason.

–Crees que podrá comunicarse otra vez –preguntó Rosamunde.

–Sinceramente, no lo sé. Nadie ha atravesado más allá de la corteza terrestre.

–¿Entonces?

–Esperaremos unas horas y luego partiremos a Hamilton tal y como está previsto.

–Duncan, por favor, quédate en la cabina con Robert. Si hay cualquier novedad me llamas. Descansaré un rato, estoy agotado.

–De acuerdo, John.

Jane no podía estar quieta. Caminaba de proa a popa y de popa a proa. Debería estar más tranquila, confiar en todo lo que le había dicho Jason, pero ahora estaba en un lugar al que nadie había accedido nunca, casi a treinta mil pies de profundidad y no sabía nada de él.

–¿Qué te ocurre abuela?–preguntó Elisabeth.

–Nada –intentó disimular Jane.

—¿Estás preocupada por el abuelo?
 —Sí.
 —Ojalá estuviésemos con él.
 —¿Por qué dices eso, Elisabeth?
 —Está con unos hombres de fuego, muy altos.
 —¿Ahora?, ¿En el submarino?
 —No. En un platillo volante, como el de E.T.
 —¿Qué aspecto tiene el abuelo?
 —No te entiendo, abuela.
 —Su cara... ¿cómo es?
 —Pues cómo va a ser, la de siempre.
 —¿No es de fuego?
 —No.
 —Entonces... ¿está vivo?
 —Ahora me mira y me sonríe.
 —¿Estás tú, también, allí?
 —Sí.
 —Pero, ahora estás aquí.
 —¿Es que tú no sabes estar en dos sitios a la vez, abuela?
 —No.
 —Ya, como mamá.
 —¿Le puedes dar al abuelo un beso de mi parte?
 —Sí.
 —¿Se lo has dado?
 —Sí.
 —¿Y?
 —Me lo ha devuelto, pero se va. Le llaman los señores de
 fuego.

CAPÍTULO 115

PRIMER CONTACTO

Latitud : N : 32° 15'

Longitud : O : 64° 30'

–*Parece que se está retrasando* –comentó Jane cuando eran las diecinueve horas y cuarenta y cinco minutos del veinticinco de Julio de mil novecientos noventa y ocho.

–*Las sugerencias de Jason son casi siempre inexplicables* –indicó Scott.

–*Espero cualquier cosa* –añadió Rosamunde.

–*Tal vez Elisabeth se equivocó y Jason ya no está aquí* –sacó a la luz Jane su temor.

–*Papá está vivo. Estoy segura.*

–*¿Por qué lo dices?*

–*Porque así lo siento en el corazón.*

–*También puede ocurrir que solamente haya sobrevivido Strung, ¿no crees?*

–*Ya.*

–*Es curioso el ser humano* –continuó Jane–. Necesitamos saber que existe algo más allá de esta vida efímera, pero cuando alguien lo afirma, dudamos, y en el momento en que quien lo sugiere se lo toma en serio, entonces... tenemos miedo.

–*Las veinte horas y treinta minutos. Creo que estoy empezando a ponerme nervioso* –interrumpió la conversación Scott.

–*No es normal que haya la niebla en esta época del año, no?* –preguntó Jane señalando un punto en el océano.

–*No* –respondió Rosamunde.

–*Se está acercando rápidamente hacia aquí.*

–*Tal vez deberíamos regresar a Hamilton* –sugirió Jane.

–*¡Scott!* –llamó Duncan.

–*¿Sí?*

–La pantalla del radar indica la existencia de un enorme objeto, justo donde está la niebla. Quizás exista peligro de colisión.

–Y ahora ¿qué? –preguntó nervioso Scott.

–¡Es el abuelo! –exclamó la pequeña Elisabeth que miraba sonriendo hacia la oscuridad.

–Todos miraron a la niña.

–Viene con los hombres de fuego.

En apenas treinta segundos, la niebla había envuelto al, anticuado ya, Phoenix I. El temor se había apoderado de todos hasta el momento mismo en que observaron, perplejos, cómo emergía de entre la densa niebla y se detenía junto a ellos una enorme nave ovalada cuyo resplandor apenas podían resistir.

Jane, Rosamunde, Elisabeth, Lottimore y Duncan permanecieron en silencio. Sus corazones estaban sobrecogidos ante la grandeza y belleza de la nave. Su color era ligeramente dorado. La parte central rotaba muy despacio, mientras que la cúpula superior y la zona inferior giraban suavemente y en dirección contraria a la primera. La nave espacial se mantenía a cinco metros del agua, que se mecía como si una suave brisa la acariciase desde arriba. En el metal se dibujó una puerta y de ella se extendió una pasarela que unió la nave con el barco. Por ella descendió Jason sonriendo.

–Vamos, terrícolas, no es para tanto.

La pequeña Elisabeth corrió hasta la popa por donde iba a llegar Jason.

–Abuelo –exclamó saltando sobre él.

–Mi pequeña Elisabeth –inclinó una rodilla sobre cubierta para abrazar a la niña.

Rosamunde miró automáticamente hacia el platillo volante. Se habían retirado las placas protectoras y aparecían a simple vista unos ventanales. Allí había varias figuras de fuego que les observaban. En lugar de saludar a su padre, no pudo apartar la vista de aquellos gigantes.

–Te gustaría subir y conocer a tus abuelos paternos –le dijo Jason cuando llegó hasta ella.

–Perdón, papá. Me había despistado.

–Desean conoceros a todos.

–¿Podríamos subir?

–Por supuesto.

–Pero... tal vez es peligroso. No sé... bacterias... contaminación...

–¿Y si es más peligroso para vosotros? Ellos son de fuego –sonrió Jason.

–Es verdad... no se me había ocurrido.

–¿Quieres saludar a tus bisabuelos, Elisabeth?

–Claro.

–¿Vamos? –el hijo del sol invitó a los cinco mayores.

Jason fijó la pasarela al Phoenix con los dos "electroimanes" en que terminaba el pequeño puente y avanzó con Elisabeth de la mano, que a su vez cogió la de Jane. Los tres fueron los primeros que entraron. Les seguían Rosamunde, Scott, Duncan y Lottimore, en último lugar.

La figura de cuatro metros y medio de Ront y la de cuatro metros treinta y ocho centímetros de su esposa Tali permanecían en medio de una salón circular, cuyos enormes ventanales mostraban la intensa niebla brillante que les envolvía.

–Bienvenidos –escucharon los siete.

–Hola –contestó la pequeña Elisabeth.

–Agradecemos vuestro amor a nuestro hijo Strung.

–¿Quién es Strung? –preguntó inocentemente la niña.

–Soy yo –le indicó Jason mientras cogía a la niña en brazos.

Aunque Elisabeth era elevada por en los brazos de Jason, todavía estaba a mitad de camino de los rostros de sus bisabuelos, quienes la miraron atentamente a los ojos. La pequeña parecía comprender lo que estaban escrutando.

–Es una hija de Venus –escucharon los siete humanos después de unos minutos de intenso estudio.

–Sí –respondió Jason.

–Ahora comprendemos tu rebeldía, Strung.

–Lo siento, padres. No deseaba causaros ni el más mínimo dolor.

–Tienes una bella familia en la Tierra.

–Jane, mi esposa, Rosamunde y Scott, mis hijos. Duncan y Lottimore, mis queridos amigos –los presentó Jason.

Cada uno de los humanos recibió una extraña descarga eléctrica. Era la agradable forma de entregar amor de aquellos hijos del Sol.

–¿Has tomado ya, una decisión, Jane?

Jane miró a Jason.

–Les he comentado que serías una excelente candidata para el viaje al planeta N-2.

–Todavía no me he decido.

–Sería un honor, como padres, que Jason Doyle y Jane Perston fuesen los moldes complementarios de una nueva raza en un planeta elegido por los Señores de Sirio.

–De acuerdo –contestó la esposa de Jason, sin saber qué pensar.

–Volveremos a vernos –"escucharon" los humanos por primera vez la dulce voz de Tali.

–Vamos –sugirió Jason.

Descendieron al Phoenix I, quitaron los electroimanes, fue retirado el puente y la nave envuelta en niebla desapareció en lontananza. El minisubmarino, misteriosamente, permanecía flotando a unos metros del Phoenix I. Las estrellas brillaban en el firmamento.

CAPÍTULO 116

DIFÍCIL DECISIÓN

Los ocho humanos permanecieron en silencio unos minutos. Miraban el vacío dejado por la nave solar. Habían vivido un momento extraordinario que cambiaría sus vidas, especialmente las de Jane Perston y Jason Doyle.

—¡Jolín, Elisabeth, qué suerte! —rompió el silencio Rosamunde.

—¿Por?

—Tienes unos abuelos en el Sol.

—Quiero irme con ellos —expresó con inocencia la niña.

—No puedes.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque los humanos no pueden vivir en el Sol.

—Entonces, quiero ser de fuego como ellos.

—¿Y nos dejarías a papá y a mamá solos?

—Vosotros también vendríais, ¿no?

—¿Y qué hacemos con nuestros amigos, Lottimore y Duncan? —intentó desviar la conversación Scott.

—¿Entonces... los abuelos por qué sí van a ir?

Todos miraron a la niña. Era algo que ninguno sabía con absoluta certeza.

—Yo no te voy a dejar, mi pequeña —respondió automáticamente Jane sin pensarlo dos veces.

Jason miró a su esposa. En su rostro apareció una efímera mueca de tristeza que nadie advirtió, y guardó silencio.

—Entonces —intervino Rosamunde —, ¿no vas a ir al planeta N-2?

—Parece que no entiendes el tema, Ros.

—¿Qué tengo que entender?

—Que ya no volverás nunca más a verme.

—¿Por qué dices eso?

—Sabes que físicamente no se puede viajar a la velocidad de la luz, y aunque tal cosa fuese posible, ni la atmósfera, ni el

líquido, ni el fuego, ni el gas, ni lo sólido son como en la Tierra. Dicho de otra manera, para viajar allí hay que dejar el cuerpo físico para siempre.

—Pero tendré otra abuelita de fuego —respondió Elisabeth quien parecía ser la más apta para interpretar la nueva situación.

Jane la miró, no supo qué contestar.

—Tú ¿qué piensas, papá?

—Soy el menos indicado para opinar, Ros.

—Pero... algo pensarás.

—Comprendo que abandonar la vida diez años antes de que llegue la muerte natural es una decisión difícil. Es algo para lo que no se suele estar preparado.

—¿Y no puedes esperar otros diez o quince años más, papá?

—Los grandes seres tienen sus planes. Si no vamos nosotros, otros ocuparán nuestro lugar.

—Y tú, Jason... sacrificarías tu propósito por permanecer con Jane.

—Si nadie dependiese de mí, sí. Pero hay que entender que me esperan allí.

—Entonces... te irás.

—Es mi deber.

Las palabras eran severas, trágicas y a la vez llenas de vida.

—Yo te entiendo, Jason —añadió Scott.

—Gracias.

—Querría morirme, la verdad —dijo Jane.

—Vamos, mamá... está la niña.

—¿Todos los niños tienen abuelos de fuego? —preguntó Elisabeth.

—No, hija. No sé si habrá alguien más en la Tierra.

—Entonces... es una suerte, ¿no?

—Ya lo creo —contestó Rosamunde.

—Ya no lo sé —respondió Jane.

—Parece que estás un poco negativa, mamá.

—¿Y cómo estarías tú si tuvieses que dejar a tus seres queridos, Ros?

—Ya...

—Pocos en el mundo tienen la suerte de que les ayuden a conseguir la inmortalidad del cuerpo —indicó Scott.

—No te equivoques, John. La muerte siempre es la muerte.

—Pero... tú no vas a morir, ¿no? —Rosamunde buscó la confirmación en los ojos de su padre.

—Ningún ser muere, únicamente se transforma —respondió Jason.

—Entonces... ¿por qué no regresa nadie, Jason? —preguntó con cierta rabia Jane.

—Los humanos persiguen la vida eterna del cuerpo físico, lo que es un craso error. Lo que verdaderamente se mantiene es el cuerpo de energía, y aun así, si está sostenido asiduamente por la corriente de la vida.

Los restaurantes del puerto de Hamilton eran un hervidero de gente. Allí la vida, efímera y pródiga, de los seres humanos mostraba toda su efervescencia. Sin embargo, para los ocho viajeros del Phenix I, aquella alegría y jolgorio eran algo irreal.

Elisabeth dio la mano a Jason.

—Abuelo...

—¿Sí?

—Aunque te vayas... ¿vendrás a verme?

—Mi corazón siempre estará en el tuyo, Elisabeth.

—¿Aunque estés en el Sol?

—Pues claro.

—Pero... está muy lejos.

—Para los humanos sí. Para los ángeles, no. Siempre que pienses en mí, yo llenaré tu alma de amor.

—Gracias, abuelo.

—Eres una niña muy lista, Elisabeth.

—¿Por qué ha dicho tu papá que soy una hija de Venus?

—Porque tu alma es originaria de otro planeta.

—¿Y eso es bueno?

—En la vida de los hombres hay muchas cosas buenas y extraordinarias, tener sus orígenes en el corazón Venus, es un regalo añadido.

—¿Y cómo se va a Venus?

—Cuando, concentrada en tu templo interior, seas tú misma, espontáneamente tocarás las esencias de Venus.

—No lo entiendo, abuelo.

—No te preocupes. Ya crecerás y te acordarás de mis palabras.

—Cuando te vayas... ¿regresarás a la Tierra?

—Te doy mi palabra.

—¿Y si no puedes, porque ocurre algo imprevisto?

—Lo más importante es que mi oferta es de corazón. No es un imposible, y espero que mi destino me permita verte de nuevo.

—¿Me contarás un cuento, abuelo?

Jason Doyle tardó en contestar. Las lágrimas anegaron su alma y su cuerpo. Tanto amor sólo podía resistirse vertiendo aquellas diminutas gotitas de nácar.

—¿Qué cuento te gustaría?

—No sé... alguno que hable de palacios de cristal y hadas.

—Supongo que también querrás que haya un príncipe encantado.

—Sí... y un caballo que lleva a dos jóvenes sobre una playa.

—¿Algo más?

—Un león con cabellera de fuego... y un pez volador... y una rana saltarina... y un osito de peluche...

En aquel instante la niña se paró delante de Jason. Con sus manos le hizo un gesto para que la levantara y la cogiera en brazos. Cuando llegaron al número cinco de la calle Arlington, Elisabeth se quedó dormida sobre el hombro de su abuelo.

CAPÍTULO 117

INTERACCIÓN DE LOS CUERPOS ETÉRICOS

Las proyecciones mentales toman la energía etérica gracias a la respiración profunda. Es un axioma para el creador de formas.

Todos los días del mes de agosto he salido con Lottimore y los turistas. En ocasiones envidiaba la ignorancia de los humanos acerca de su futuro. Aunque cuando era consciente de que también eran ciegos para los asuntos más trascendentales, ponía en la balanza ignorancia y sabiduría, y siempre tenía el mismo resultado. La sabiduría omnicomprendiva grupal es la primera y más importante fuente de amor y alegría que se conoce en nuestro sistema solar. Paulatinamente, la voluntad de cumplir los propósitos de nuestros Señores, va acrecentando el estado de beatitud. Así pues, mi anhelo por la inconsciencia humana se transformaba en sabia compasión. Poder contemplar en todo momento nuestro destino y futuro al servicio de los grandes Seres era, sin duda alguna, lo más estupendo que le puede ocurrir a un hijo solar.

Miraba a John Lottimore. Parecía, de momento, que los señores del karma no le recordarían de una forma excesivamente dura el dolor que él había causado. Contemplaba la posibilidad de que tal vez cancelase sus deudas a mi lado. El destino estaba abierto a tal posibilidad. En ocasiones, me acercaba a él y le volvía a dar las gracias por salvarme la vida. Él me miraba expresando agradecimiento y al mismo tiempo, rogando perdón. Indudablemente las heridas que me había causado me habían despertado definitivamente. Desde entonces, apenas había caído en ensoñación y había recordado mi verdadera esencia de hijo solar.

Durante dos o tres horas al día, Lottimore y yo nos quedábamos solos mientras los buceadores y los monitores

realizaban la inmersión y la subsiguiente excursión. John aprovechaba para echar una siesta y yo recorría el barco de una punta a otra, tal vez, doscientas veces. Era una costumbre que había adquirido en Casemates. Caminar, respirar y visualizar eran para mí como una segunda piel.

Utilizaba los quince primeros minutos en respirar y acumular energía alrededor de mi cuerpo. Formaba una enorme esfera que hacía rotar a mi alrededor. Luego establecía otra esfera a un metro por encima de la coronilla y desde el centro de energía de la base de la columna vertebral visualizaba una columna de luz. A lo largo de otros quince minutos respiraba acompañando los ríos de luz que en espiral ascendían acariciando la columna luminosa, y cuando comprendía que la energía se había multiplicado, iniciaba el proceso de proyectarme mentalmente.

Me lanzaba como un río de luz, como un dragón de forma abstracta y alargada hacia la imagen que poseía (en mi mente) de Jane. Con enorme ímpetu ascendía por su columna vertebral imaginaria, como si yo fuese una espiral ígnea en movimiento, y seguidamente tomaba diversos caminos, según me parecía. Unas veces descendía por la parte central del tronco para volver a ascender por la columna dibujando una espiral complementaria a la primera. Y así sucesivamente.

Otras veces aumentaba la dificultad de visualización y dibujaba al mismo tiempo los ríos de luz complementarios.

No importaba el camino, pero sí que era de vital importancia, tal y como lo requería el pensamiento y la visualización, que la energía se equilibrase. Si tomaba un camino, la vez siguiente el camino debía recorrer la parte opuesta del cuerpo.

Y los últimos días, que fueron de una energía muy poderosa, me visualizaba a mí mismo como un río de luz entrando por el centro de la base de la columna vertebral, salía por la parte frontal del cuerpo, me dividía en dos ríos, rodeaba el cuerpo de Jane y volvía a entrar por el siguiente centro de

energía, así hasta completar la entrada en todos los centros incluido el centro coronario, incluso el punto donde está ubicado el loto logoico.

Supe, después, que la energía electrificaba el cuerpo de Jane, tal y como me confesó unos días más tarde.

Quedaba demostrado que la energía seguía al pensamiento y que éste descendía al nivel del cuerpo etérico, afectando al sistema nervioso y, por ende, a las glándulas hormonales así como a la circulación sanguínea.

Dicho de otra forma: la imagen que había formado a lo largo de mis meditaciones, tenía una influencia directa sobre el cuerpo físico y el cuerpo etérico.

Cuando llegó Septiembre, Jane estaba preparada para el paso final, si así lo decidía.

CAPÍTULO 118

EL CORAZÓN DE LA TIERRA

Santiago pasó la hoja y se encontró con la sorpresa de ver que las siguientes páginas estaban en blanco. Buscó ávidamente. Deseaba saber el final, pero no había nada más. Ni siquiera un epílogo que resumiese el libro de Strung.

–Elisabeth –llamó saliendo de su habitación.

–Shhhhhh –rogó silencio.

–¿Qué ocurre?

–Vamos a entrar en el corazón de la Tierra.

–Nunca había escuchado algo parecido.

–Ahí lo tienes. Delante de ti.

–¡Un agujero negro! –exclamó Santiago.

–Así es.

–Pero... quizás nos absorberá y no podremos salir de él.

–Es exactamente lo que queremos.

–¿Y Ómicron?

–Tranquilo... él es un experto. No hay ningún problema.
–En teoría, en el núcleo interno, únicamente debería haber hierro y níquel.

–Como dicen los snobs, en la vida todo está conectado.

–¿Con quién nos conecta?

–Con Venus –afirmó Elisabeth.

–Te estás burlando de mí.

–En absoluto, Sant.

–¿Por qué con Venus?

–Porque es nuestro Yo superior.

–Por Dios, Elisabeth. Dime algo normal.

–Vamos a los dos sillones que están detrás de los dos estudiantes.

–Nunca me acostumbraré a que ni siquiera nos miren.

–Es que no necesitan mirarnos para saber dónde estamos.

–Ah, ya estoy más tranquilo.

–Vamos, Sant, no seas niño.

–¿Y ahora qué?

–Pulsa el botón que tienes a tu derecha, sobre el reposabrazos y no te asustes.

Santiago no escuchó las tres últimas palabras. Gritó, aunque nadie le oyó. No esperaba quedar herméticamente cerrado en una coraza. Unos segundos más tarde entraron en la oscuridad que giraba lentamente, en comparación de un verdadero agujero negro. Después de unos segundos en los que la nave pareció desintegrarse les envolvió la oscuridad. Delante de ellos, en ellos y detrás de ellos. Tras unos segundos de estupor e incertidumbre, apareció un mundo de luz violeta.

–¡Uaaaa!–exclamó Santiago.

–¿Te gusta?

–Creía que Venus tenía un color más plateado.

–No todas las partes de Venus son iguales. Depende un poco de los materiales que nos rodean en cada momento. Es parecido a lo que ocurre con la atmosfera terrestre. Vista desde el

espacio adquiere una tonalidad azulada, pero cuando estás en su interior, el atardecer y el amanecer toman multitud de colores.

—No entiendo lo que has comentado de que Venus es nuestro Yo Superior.

—La Tierra, por sí misma, únicamente llegó a generar inteligencia animal.

—¿Animales?

—Sí.

—¿Y los hombres?

—Los hombres eran animales en un principio. Les faltaba el ángel solar o la materia autoconsciente.

—Y Venus aportó la materia inteligente autoconsciente.

—Así es.

—¿Quieres decir que si tenemos un cerebro y una mente es debido a la influencia de Venus?

—Sí.

—Pero...

—No te lo crees.

—No.

—Normal.

—¿Entonces?

—Ya lo verás por ti mismo, no te preocupes.

—¿Veré a los ángeles solares?

—Sí.

—Cuando la Tierra había conseguido, después de multitud de fracasos evolutivos, un cuerpo que pudiese ser habitado por las inteligencias del universo, un poderoso ángel solar ayudado por cien sabios de su misma esencia llegó a la Tierra.

—Parece que hablas como los antiguos griegos. Algo así como las mitologías.

—Los ciento un seres de fuego autoconsciente llegaron a la Tierra. Gea les había rogado que la fecundasen. Y así fue. Hubo un terrible caos, fuego por todo el planeta, muchas formas fueron destruidas. Quedaron las que podrían ser utilizadas en el futuro.

Los ángeles solares, materia inteligente autoconsciente, descendieron a la Tierra. Los dioses habitaron entre los hombres.

—¿Y la inteligencia?

—Al principio, los fuegos inmortales no podían entrar en los cuerpos. Los hubieran quemado. Por lo tanto, transcurrieron años en los que los hombres animales cohabitaron con los seres de fuego eléctrico. Paulatinamente, la materia inteligente autoconsciente fue utilizando los cerebros humanos y modificándolos de acuerdo a su necesidad.

—Ciento un fuegos no parecen muchos para los millones de seres humanos.

—Hay hechos que no se narran en ningún lugar. Casi todo son conjeturas y lagunas. En mi humilde opinión, es probable que al principio cada uno de los señores del fuego autoconsciente habitase simultáneamente multitud de cuerpos. Si no hubiese sido así, los animales no habrían resistido el poder eléctrico. Y con el tiempo, la materia inteligente propia de la Tierra fue tomando las propiedades de la materia autoconsciente de los señores de Venus.

—Es lo que llamas la fecundación.

—La materia inteligente de Gea se transmutó en materia autoconsciente, y el ser humano apareció.

—Parece todo tan fantástico e increíble.

—Más increíble es la estructuración del código genético, y nos la creemos.

—Claro, porque lo estamos dominando.

—Quiero decir que los humanos somos tan ciegos que aún pensamos que el código genético surgió espontáneamente, al azar.

—Tal vez tengas razón... no parece ser fruto de la casualidad el diseño del código genético.

—¿Te gusta el color violeta que toma el dióxido de carbono?

—Es maravilloso. Transmite una paz extraordinaria. Ya tenía ganas de dejar de ver tanta luz. Este paisaje me gusta más.

—Entonces... salgamos...

–No me hagas reír... el dióxido de carbono no me gusta, la verdad.

–Tonto. Salgamos en los vehículos esféricos.

–Los vehículos, supongo que llevarán oxígeno.

–Hemos atravesado el magma de la Tierra, su corazón, y ahora te preocupas por el dióxido de carbono.

–Está bien... Pero que nos dé el visto bueno Ómicron.

–Tranquilo, Sant, no te pasará nada –dijo Ómicron.

–Parece que a todo el mundo le da por llamarme Sant – bromeó Santiago.

–Ómicron es de la familia –sugirió irónicamente, como de pasada, Elisabeth.

–No sabía yo que tuviese como familiar un p.c.

–Bueno... algo es algo.

–Graciosa.

–Siempre lo he sido.

–Espero que un día reveles el final de Strung.

–Tranquilo... ya lo sabrás.

–Gracias, generosa.

–El vehículo está preparado, Elisabeth –dijo Ómicron. Y casi por primera vez, les observaron detenidamente Sorx y Lxunx.

–Mil gracias, gentiles dioses –se dirigió hacia ellos Santiago, sorprendido por su cambio de actitud.

–Suerte –escuchó Santiago en su interior. Uno de ellos le había hablado, después de casi siete días.

–Espero que no sea una despedida –ironizó Santiago.

–Vamos, Sant. No seas tan orgulloso. Ellos están centrados en sus cosas. No es su obligación que el señorito se sienta bien.

–Es que nunca me acostumbro a que un ser humano sea de tan escaso valor para ellos.

–Es una de las lecciones que puedes aprender de este viaje. El Universo es mucho más que la raza humana. Nosotros somos como animales de compañía. Estamos ahí, y eso es todo.

–¿Tanta diferencia hay entre ellos y nosotros?

–La mayoría de las veces, sí.

–Me cae mejor Strung. Él sí que era un dios.

–Gracias –dijo Ómicron.

–Hasta el p.c. de medio mega de memoria es más comprensivo que los becarios.

–Mil gracias, señor, por tenerme en tan gran estima –respondió Ómicron.

–A ti, pequeño chip –respondió Santiago.

–Veo que no respetas nada, Sant.

–En el fondo te estimo, Ómicron.

–¿Y a mí?

Santiago miró a Elisabeth. Su belleza era como la de una diosa. El cabello rubio y sus grandes ojos le tenían cautivado.

–A ti, te amo, Elisabeth –dijo seriamente, Santiago.

–Tengo que decirte algo, Sant.

–Te pregunto seriamente: ¿Deseas un niño o una niña?

–Quiero una hija de la misma belleza que tú.

–¿Estás seguro?

–Por supuesto.

–¿Sabes a dónde vamos a ir?

–Has dicho a dar un paseo.

–Sabes que te amo profundamente, Santiago.

–Sí.

–Para mí, tener una hija tuya es una de las cosas más grandes que me van a ocurrir en mi vida.

–No sé qué decir, Elisabeth. Para mí, amarte es lo más extraordinario que podía haber imaginado.

–Sé que para ti va a ser difícil de entender lo que ahora te voy a revelar.

–Dime, Elisabeth.

–Vamos a buscar el alma que otorgará vida autoconsciente a nuestro embrión.

–Pero... los humanos normales no vienen hasta Venus para que renazca un alma.

–Así es. Como norma general, las almas, las más evolucionadas de las hijas de Gea, son las que habitan los cuerpos

humanos, pero en casos especiales, las almas proceden de otros planetas.

—¿Sabremos educarla?

—Por supuesto, Sant.

—Quizás yo no sea el hombre que tú esperas.

—Lo eres.

—Tal vez te equivocas.

—No. No me equivoco. Tú eres el padre que deseo para nuestra hija.

Santiago se acercó a Elisabeth y la abrazó.

—Es la hora, Elisabeth. No tenemos mucho tiempo —indicó Ómicron.

Elisabeth y Santiago entraron en el vehículo esférico. Cuando partieron hacia al mar de dióxido de carbono, una luz radiante se desprendió de la nave matriz y envolvió la pequeña esfera. Los tres surcaron el océano de Venus. Llegaron a un óvalo de color azul eléctrico. Santiago pensó que podría tener unos cinco kilómetros de alto. Por lo tanto, el vehículo en el que viajaban apenas si representaba una pequeña motita en un cristal. Entraron a través de una cortina de energía. Más allá de la línea divisoria, a ambos lados, permanecían, estoicas, dos figuras gigantescas de color violeta. Entre una y otra se extendía un velo compuesto por millones de chispas eléctricas que justo cuando llegaron, dejaron un círculo por el que exactamente cabía su vehículo.

—Un océano de luz blanca —exclamó Santiago.

—Es el alma de Venus. Estamos en un lugar sagrado.

—¿Cómo sabremos qué alma elegir?

—Es la última de las pruebas. Será ella quien nos elija, Sant.

—Y si no quiere venir nadie con nosotros.

—Será un día triste. El embrión deberá morir.

—Ojalá que seamos dignos de que un alma quiera encarnar —se expresó Santiago con toda la fuerza de su corazón.

En ese preciso instante, del océano de luz inmortal se desprendió una forma blanquecina. Se acercó hacia ellos. Observó

la nave, entró, miró fijamente a Elisabeth y a Santiago. Circunvaló la figura de la mujer y extendió las manos. De ellas surgió una esfera pequeña de luz blanca viviente, y la introdujo en el regazo de Elisabeth. Escrutó de nuevo los ojos de la madre, y regresó a la matriz de almas. Un hilo de luz uniría durante todo el tiempo de encarnación de la materia inteligente autoconsciente residente en la Tierra con el ángel otorgante.

—Divina deidad de Venus, gracias por el honor que nos has concedido. Rogamos que nos ilumines en el difícil camino de cuidar de una de tus hijas —rezó Elisabeth mientras la nave salía en dirección al interminable océano de dióxido de carbono.

Elisabeth se quedó dormida. Santiago la miraba. Le invadió el temor a fracasar. Los acontecimientos eran tan extraordinarios, que en aquellos instantes habría preferido ser un humano más. Olvidarse de todo lo experimentado y vivir normalmente, oculto tras la inconsciencia natural de la que su raza hacía gala acerca de la esencia y la naturaleza de casi todo lo que les rodeaba.

El inmenso océano de Venus parecía cambiar continuamente de color. Se sintió cansado. Tomó con su enorme mano los suaves y delicados dedos de Elisabeth, inclinó ligeramente la cabeza y también se quedó dormido.

Ómicron, siempre Ómicron, sonrió. Él era la energía que movía la nave, él era la fuerza que manejaba las pequeñas esferas. Él era el que era.

Los humanos apenas podían comprender cuánta era la energía que podía llegar a adquirir un hijo del Sol. Era algo normal para aquellos que algún día llegarían a ser los señores de los planetas, todavía por nacer, en un nuevo sistema solar. Su estructura fohática absorbía multitud de rayos que atravesaban todo el Sistema Solar, aunque fuese en el centro oculto de un planeta. A través de la materia siempre existían caminos de fuego, o líneas de energía, incluso desconocidas para los actuales científicos humanos, quienes únicamente habían descubierto una clase de electricidad de las tres que utilizaban los ángeles solares.

CAPÍTULO 119

REGRESO

Elisabeth y Santiago regresaron a la nave. Sorx, para sorpresa del geólogo, le recibió con gran cordialidad.

–Bienvenidos de nuevo –escucharon los jóvenes en sus mentes.

–Gracias.

–Enhorabuena Elisabeth.

–Gracias Sorx.

–Es una gran noticia para nosotros, el hecho de que una hija de Venus haya llegado a nuestra nave.

–Esperemos que todo vaya bien, Sorx.

–Seguro, Elisabeth.

–Ya sabes que la Tierra es en muchas ocasiones un planeta de gran crueldad.

–Sí.

–¿Por eso no os gusta relacionaros con nosotros?

–En parte sí. Evitamos el odio y el rencor.

–Supongo que según vuestra esencia es algo correcto.

–Volar sobre la luz es mejor que caminar entre el barro.

–Tienes razón.

–Sin embargo, admiramos a aquellos de los nuestros que voluntariamente se sacrifican naciendo entre vuestra especie.

–¿Las hijas de Venus tienen también relación con vosotros?

–Normalmente viven largas temporadas en el Sol.

–¿Amáis a las hijas de Venus?

–Mi joven esposa es venusiana.

–Vaya, Sorx, no sabía que estuvieses casado.

–Casado es un término humano. En nuestro caso existe el término fusionado.

–¿Fusionado?

–Significa que ambas almas se funden durante un tiempo en una sola.

–Debe ser maravilloso.

–También es una responsabilidad.

–No me imagino cómo puede ocurrir algo así. ¿Quién decide qué hacer? ¿Existe cierto grado de disparidad de criterios?

–La fusión de nuestras almas no implica ninguna contradicción.

–Pero... dos mentes en una, dos almas en una... pueden acarrear algún tipo de bipolaridad.

–Una vez que se ha llevado a cabo la unión, el pensamiento es único.

–¿Y quién dirige?

–Las decisiones son tomadas de una forma parecida a como las toman los seres humanos. Se medita, se decide la mejor opción y se ejecuta. No existen dos voces, ni dos pensamientos divergentes, simplemente se decide de acuerdo a la esencia de la fusión de ambas mentes.

–Así pues, no se sabe exactamente por qué se toma cierta decisión.

–Algo así. Como te digo es parecido a lo que hacéis vosotros. Cuando observáis un objeto lo veis de una forma determinada; como si fuese a través de un cristal de cierto color. El cristal esencial a través del que nosotros miramos es el cristal compuesto por ambas esencias, de donde se deduce que no se toma la misma decisión si una entidad es única o si es doble. La mezcla de las dos esencias genera una cualidad diferente.

–Creo entender. Sois como una gota de agua. Un nuevo elemento formado por dos elementos originales.

–Correcto.

–Tal vez es lo que los humanos anhelamos continuamente.

–Has acertado plenamente.

–¿Y qué ocurre cuando llega la separación?

–No es normal que nos volvamos a separar.

–¿Quieres decir que permanecéis unidos para siempre?

—Sí.

—¿Y la individualidad?

—Al principio hay cierta conciencia de la misma, pero pasados cientos de años, ambos consideran que ellos son.

—Se olvidan de su anterior esencia.

—Así es. No diferencian entre lo tuyo y lo mío, para las entidades totalmente fusionadas, sólo existe el nuestro que con el tiempo se convierte en lo mío.

—¿Y qué se gana?

—Conciencia.

—¿Se incrementa?

—Claro. La materia inteligente que se puede utilizar es cada vez mayor.

—¿Y cuando os habéis fusionado completamente hasta olvidaros de que existió una fusión?

—Comienza otro ciclo de adquisición de materia inteligente, y de nuevo anhelamos una nueva fusión.

—¿Cuál es el límite?

—No lo hay. Se puede llegar a ser una entidad tan inmensa como pueda ser una estrella.

—Entonces... ¿una estrella es una comunidad de almas fusionadas?

—Exactamente.

—¿Sois felices?

—Simplemente, somos.

—Es extraño que exista un mundo en el que el concepto felicidad no sea un regalo porque es la esencia misma de las cosas.

—No todo el universo es como la Tierra.

—Es un lugar terrible. Lleno de dolor, miseria. Parece que es un lugar de castigo.

—Algo parecido.

—El universo debería ser una escalera a través de la que se accede a distintos niveles de felicidad, sin sufrimiento ni tragedias.

—Lo es.

- Pero, la Tierra...
- La ignorancia y las pasiones de los seres humanos son las causas de su dolor y sufrimiento.
- ¿No nos podremos evadir nunca de sus cadenas?
- El día que la Tierra deje de ser un mundo de sufrimiento y evolución, ya no será la Tierra.
- Parece que hablas enigmáticamente, Sorx.
- La Tierra en sí misma es bella y hermosa, sin embargo sus habitantes se encuentran muy cerca de la materia, sienten su poder y su hechizo. En el fondo, los seres humanos están encantados de sentir el agua, el calor, el viento, la humedad, aunque luego se quejen porque no quieren ser esclavos ni sufrir.
- Dejar atrás las hermosas sensaciones es algo incomprensible para nosotros.
- Así pues, ¿os gusta la Tierra?
- Dicho así, sí.
- Sin embargo, hace unos minutos te quejabas.
- Claro. Es que nos gustaría sentir el placer más intenso y no conocer el dolor.
- Si se tiene un cuerpo en el que el sistema nervioso es esencial, no se puede disfrutar del placer y evitar el dolor. Ambos son sensaciones.
- ¿Y vosotros?
- Se podría decir que no sentimos tanto como vosotros, y por lo tanto, tampoco sufrimos. Nuestra esencia es buscar la luz para el bien de nuestro grupo.
- Me imagino que no conoces a Strung –cambió la dirección de la conversación Santiago.
- Muchos de nosotros admiramos el arrojo que un hijo del Sol mostró para mezclarse con los humanos.
- Creía que reprobabais su proceder.
- La mayoría, sí. Por mi parte, siento admiración. Es una de las causas por las que estoy aquí.
- ¡Me gustaría tanto conocerle! ¡Sufrió tanto que para mí es un verdadero semidios!

–Quizás Elisabeth te podría ayudar. Ahora debo continuar con mi labor en la nave.

–Mil gracias, Sorx.

–A ti, Sant.

–Vaya, parece que ahora todos me quieren.

–Es bonito, ¿no? –preguntó Elisabeth.

–Todo lo que viene de ti, es bello.

–¿De verdad admiras tanto a Strung?

–Fue valiente para hacer lo que hizo. Lo que muchos humanos no nos habríamos atrevido a llevar a cabo, aunque en el fondo nos hubiese gustado ejecutar.

–Tal vez pueda hacer algo por ti, Sant.

–Entonces... muéstrame la parte final del relato de Strung.

–Vamos al séptimo nivel.

–¿A la esfera dorada?

–Sí.

–Estupendo, nos despediremos de Ómicron.

–Ya sé que tienes debilidad por el p.c. de medio mega – Elisabeth sonrió.

–Bueno... le incrementaremos hasta un mega.

–¡Qué generoso eres!

–Las máquinas siempre son máquinas.

–¿Ómicron? –preguntó Elisabeth cuando tenían delante la esfera dorada.

–Dime, Elisabeth.

–Santiago admira enormemente a Strung.

–Lo sé.

–¿Conociste también a Jane?

–Sí.

–Seguro que era bella.

–Es bella, todavía.

–¡Vive!

–Jane y Jason, Jason y Jane interaccionan etéricamente, aunque no han llegado a fusionarse totalmente.

–¿Puede ocurrir algo así?

- Ya te lo ha comentado hace unos minutos, Sorx.
- Pero... Jane era una humana.
- También los humanos se fusionan con los hijos del Sol.
- No sé qué puedo decir, Ómicron.
- Los milagros existen, incluso en la Tierra, Sant.
- Después de esta semana, no puedo negarlo.

Ómicron no respondió. Se hizo un silencio. La luz de la esfera aumentó la intensidad de su resplandor. De la esfera dorada salieron dos haces de luz. Eran dos espirales doradas que rotaban sobre sí mismas y a la vez una alrededor de la otra. Las espirales se convirtieron en dos figuras humanas de dos metros de altura.

- ¿Strung? ¿Jane?–preguntó en voz baja Santiago.

Jane avanzó hasta Elisabeth y la abrazó. Luego besó en la mejilla a Sant y regresó al lado de Strung.

- Lo siento Strung –pidió disculpas Santiago.

- ¿Por?

- Porque los humanos te hicimos mucho daño.

–En su momento tomé una decisión, sufrí, pero el dolor iluminó mi alma, me llenó de sabiduría y además encontré el gran corazón de Jane. Quizás debería pedir yo disculpas por privaros de una mujer tan valiosa.

- Siempre te recordaré, Strung.

- Nosotros siempre estaremos con vosotros.

Las espirales fueron abstraídas por la esfera que volvió a tener el brillo primitivo. Santiago permaneció en silencio. Elisabeth le tomó de la mano y descendieron al primer nivel. La Tierra azul se dibujaba en el ventanal de la nave.

- Estamos llegando, Sant.

- Tengo miedo, Elisabeth.

- ¿Miedo?

- De abandonar tanta belleza y excelsitud.

- No seas tonto, Sant. La sabiduría nunca nos abandonará.

- Pero... quizás la podamos perder.

–Si un día nos abandonan tan bellos momentos, es que ya no seremos nosotros.

—¿Y nuestra hija?

—Tranquilo, Sant. Nunca estará sola.

—Es bello contemplar nuestro planeta —afirmó Sant mientras observaba el espacio.

Elisabeth puso la mano izquierda sobre los hombros de Santiago. La atmósfera y el océano lucían sus tonalidades azules.

—¿Puedo pedirte algo, antes de llegar?

—Hombre... Ómicron. Te echaba de menos. Lo que quieras.

—Para el próximo viaje espero que me concedas el honor de añadirme otro medio mega.

—Hecho —respondió Santiago que se puso a llorar como un niño.

—Vaya... la humedad relativa ha aumentado —bromeó Ómicron.

—¿Qué harás, Ómicron, cuando nos dejes en la Tierra?

—Dejaré esta nave durante un tiempo y regresaré a Sirio.

—¿Puedo preguntarte algo, Omicron?

—Las figuras de Strung y Jane son reales?

—Ambas son creaciones mentales. La de Strung es más real, la de Jane es una representación etérica que interactúa con su esencia. Dicho de otra forma, la creación mental es parte de Jane, aunque la mayor parte de su esencia resida en otro planeta.

—Cada vez entiendo menos.

—En la vida hay muchos misterios, Santiago. Si algún día puedes llegar a comprender que un ser humano es capaz de estar en dos sitios a la vez, que su cuerpo físico puede estar en un continente y su proyección mental puede interactuar en otro continente, entonces, puedes vislumbrar que a través de la luz pueden relacionarse seres de distintos planetas.

—¿Como cuando Jane, en Cambridge, contempló a Jason en alta mar?

—Exactamente.

—¿Entonces, Jane habrá percibido desde el lugar en el que se encuentre nuestro abrazo?

–No te quepa la menor duda. Si bien es cierto que no sabemos si lo hará en un momento de vigilia o en un instante de sueño, pero el amor que habéis sentido ha sido real. La creación mental contiene, como os he comentado, parte de su esencia, no es un engaño de los sentidos. Dos vasos comunicantes tienen la misma clase de agua.

–Gracias, Ómicron.

–A ti, Jules Gabriel Verne.

–¡Qué más quisiera yo!

–Todo a su tiempo, Sant.

Cuando la nave interplanetaria se encontró a cuarenta mil pies de altura, comenzó a cubrirse de una densa niebla que la acompañó hasta posarse sobre las olas del océano Atlántico, a unos quinientos metros del Starlight.

–Estamos en casa, Sant.

–Quizás no te pueda pagar con toda una vida lo que me has entregado, Elisabeth.

–Vamos... tonto... soy yo quien estoy en deuda, tengo un amor y una hija. ¿Qué más puedo pedir?

–Regresa pronto de Sirio, Ómicron –se despidió Santiago cuando sintió la suave brisa, fruto del hermoso planeta en el que inconscientemente habitaban.

–Si no me traes un SIM de memoria de medio mega, no vuelvas –bromeó Ómicron.

Santiago y Elisabeth saludaron a sus padres que permanecían atónitos, especialmente Lucía y Julio.

Los viajeros que regresaban del corazón de la Tierra lloraban porque Ómicron, Sorx y Lunx se marchaban, a la vez que sus seres queridos les recibían.

Los tres pasajeros ascendieron al Starlight, mientras el submarino era amarrado en la bodega.

Unos minutos más tarde, la niebla se elevó al cielo y se confundió con algunas nubes vaporosas que reflejaban los rayos dorados del atardecer.

CAPÍTULO 120

LAS TABLAS DE ESMERALDA

El Starlighth surcaba el océano Atlántico hacia Hamilton. La noche era apacible. Los seis, después de casi dos horas de intercambio de experiencias, permanecían en la mesa un tanto abstraídos por todo lo relatado.

—Rosamunde —retomó la conversación Santiago.

—¿Sí? —preguntó la madre de Elisabeth.

—Como ya he comentado, admiro profundamente a tus padres: Jane y Strung.

—Gracias Santiago.

—El libro de Strung se corta de repente y ya no dice nada sobre lo que ocurrió con tus padres.

—Hay una segunda parte —respondió ella, sonriendo.

—Sería estupendo poderla leer —añadió Santiago.

—¿No tienes bastante con el primer libro? —preguntó Elisabeth.

—Siento enorme curiosidad por lo que pasó con tus abuelos; querría saber algo acerca del planeta en el que está Jane, qué hace Jason Doyle en Sirio... no sé... dudas que surgen a cada paso.

—Eres muy curioso —dijo sonriendo Jane.

—En absoluto... lo hago en un sentido científico

—¡Ah! Si es así, te lo dejaré.

—¡Lo tienes tú!

—Está en tu camarote desde el primer día. Lo que ocurre es que no lo viste.

—Estaba cansado, supongo.

—No es un libro normal, está grabado en unas láminas de esmeralda.

—Lo dices en broma...

—Es cierto —confirmó Rosamunde—. Desde que Jane y Jason se fueron en mil novecientos noventa y ocho, han pasado

quince años. Gracias a las continuas comunicaciones de Elisabeth éstabamos tranquilos. Cada cierto tiempo recibía algùn mensaje telepático. Jason nos mostró el camino que vosotros habéis en parte. En varias ocasiones hemos descendido al encuentro de Ómicron, cada vez que Elisabeth nos lo ha indicado, y a ella fue a quien entregó las tablas esmeraldas grabadas con el fuego que surgió del ojo etérico de Jason.

Hubo un largo silencio. Cuanto más se ahondaba en el misterio, más profundo parecía.

—Nosotros nos retiramos —se despidieron Lucía y Julio—. Gracias por todo Ros —indicó Lucía.

—A vosotros. Buenas noches —deseó Rosamunde.

Algunas ráfagas de viento levantaron minúsculas olas que acariciaron la quilla. El Starligth no se inmutó, continuó su rápido avance a través del inmenso y oscuro océano.

—Vamos, Santiago, léeme la segunda parte del libro de Jason.

Elisabeth besó a su padre. Luego tomó la mano de su madre y la llevó a su vientre.

—Hemos pensado Sant y yo que se llamará Jane, como su abuela. Es venusiana, también.

Rosamunde se levantó y abrazó a su hija. Era el mejor regalo que podía imaginar.

CAPÍTULO 121

LA JOVEN ESPECIE STARK

No habían sido, ni mucho menos, los primeros pobladores de la zona sólida del planeta N-2. En realidad, era la especie más imperfecta que existía. Eran tan raros que las demás especies, incluso los primeros ejemplares de la suya propia los tenían por desechos de la naturaleza. Eran la quinta sub-raza.

Tenían la piel menos húmeda que los anteriores, aunque continuaban siendo muy gelatinosos, apestaban y parecían estúpidos.

Entre las razas dominantes estaban los torks y los raks. Los primeros se alimentaban tanto en las zonas líquidas como en las sólidas. Rápidamente pasaban de un elemento a otro y todos los demás individuos fuesen de la especie que fuesen eran presa de su enorme voracidad. Los raks eran gigantescos y habitaban la parte líquida.

Puesto que los starks no representaban ninguna amenaza para nadie, y lo que era todavía peor, apenas apetecían como alimento, pasaron inadvertidos, o mejor expresado, como proscritos del planeta.

En algunas ocasiones eran presa de otras especies menores y ello les llevó a ser miedosos y huidizos.

Paulatinamente, empujados por el temor, fueron afianzándose en las zonas sólidas y muchos de ellos abandonaron definitivamente las inmensas zonas pantanosas y brumosas del planeta N-2.

Y precisamente, lo que era considerado como una indefinición de sus cuerpos, así como su capacidad de soportar cierta clase de electricidad fue lo que llamó la atención de los señores de la Llama. Desde el instante en que la quinta sub-raza de la raza Stark apareció en el planeta, los ángeles solares consideraron que había llegado la hora de su actuación como enlaces entre el sagrado Espíritu que habitaba desde el verdadero nacimiento del planeta y las formas materiales que habían sido implantadas hacía millones de años, tanto por agentes externos al planeta como por el desarrollo propiamente interno del mismo, que a través de las múltiples jerarquías de seres etéricos que recorren cíclicamente los universos habían inculcado su semilla en los submundos atómicos.

En lo más alto, recóndito y profundo permanecía invisible el Eterno Ser, el Permanente Sacrificio, la Luz que Nunca se Apaga; aquella entidad que después de incontables eones,

*sirviendo en su periplo a su Señor, **Aquel Sobre el que Nada Podía Decirse**, porque persistía más allá de cualquier lejana comprensión de los creadores de tercer nivel, había establecido su morada física sobre el planeta N-2.*

En lo más bajo, o más denso, habitaban los durmientes torks, raks y starks, quienes albergaban en sus propios cuerpos entidades todavía más dormidas e inconscientes, que a su vez se alimentaban de las partículas que en anteriores mundos no habían sido capaces de percibir el menor atisbo o impacto de conciencia.

El planeta N-2 se mantenía en un punto de inconexión entre el sagrado espíritu y la eterna materia, y con la aparición de la quinta sub-raza de la raza Stark, los divinos señores de la Llama supieron que era el momento de la aparición de la autoconciencia.

¿Por qué causa los divinos señores de la Llama accedían gustosos al tortuoso y largo proceso de la implantación de la autoconciencia? La respuesta había que buscarla en la relación entre la estrella Sirio A, nuestro sol y el planeta N-2.

La Hiperconciencia que impregnaba con su espíritu el planeta N-2, era un discípulo en el corazón de nuestro amado Señor del Sol quien a su vez era un cercano discípulo a la inmarcesible e inefable Entidad que habita en el sistema de Sirio, y al mismo tiempo le unía una profunda amistad con Sanat Kumara, el actual Señor de la Tierra en el plano físico.

Ni los torks ni los raks poseían la elasticidad de los cuerpos de los "estúpidos" y timoratos starks; ni tampoco habían adquirido la facultad de seguir la luz.

Tar-El-Ran el Divino Señor de la Llama, afincado en nuestro sistema solar, así como sus ciento cuatro fieles colaboradores, y múltiples señores solares de menor rango, ultimaban los detalles que les llevarían a aproximarse de una forma prudentemente lenta y segura para los habitantes del planeta N-2.

CAPÍTULO 122

TAR-EL-RAN

El “momento” había llegado, si bien por momento se sobreentendía, en el lenguaje de los señores de la Llama, que un ciclo de miles, para algunos de ellos, millones de años, estaba comenzando.

Si bien es cierto que en el universo todo está enlazado y unido, afirmar algo así para los seres humanos es aseverar algo que está actualmente por encima de sus capacidades, aunque probablemente, a la velocidad que camina la ciencia, en cincuenta años más, es muy posible que los científicos levanten parte del velo que encierran las estrellas. Gracias a los potentes telescopios y ordenadores se podrá interpretar el inmenso flujo de datos recibidos durante años y con ello simular la evolución de los movimientos interestelares con mayor precisión. Será un momento de lucidez extraordinaria, lo que podrá llevar a la ciencia humana a desvelar algunos enigmas. Gracias a las distintas simulaciones informáticas, se podrá tener la certeza de que, debido a distintas alineaciones temporales (de miles y cientos de miles de años) entre algunas constelaciones, la vida es llevada de un lugar a otro. Para los minúsculos y diminutos humanos la existencia de un ser como Tar-El-Ran está más allá de su capacidad de comprensión. Afirmar que su edad es de trescientos mil años, aproximadamente, es sinónimo de risa y locura. Los seres humanos apenas son capaces de imaginar diez mil o veinte mil años, si se entiende por imaginar a la facultad de visualizar y comprender el desarrollo psicológico de una entidad así. Si se comprueba que a lo largo de los cien años de su vida, un individuo termina por desengañarse a causa de la hipocresía de la política y los poderes fácticos de este mundo, es fácil deducir que no es capaz de comprender la existencia de una entidad así. ¿Cómo sería un hombre que hubiese vivido conscientemente durante veinte mil años? Pregunta muy difícil de responder, pues con toda seguridad abandonaría el planeta para internarse en los

mundos desconocidos y aprender lo que hay más allá de nuestras fronteras.

Por lo tanto, intentar descifrar el enigma del divino Tar-El-Ran y su sagrado séquito de señores solares, está más allá de cualquier comprensión humana.

Decir que es fuego frío de una oscuridad interna impenetrable y que se expresa como radiación ígnea poliédrica de energía insospechada y desconocida, es en realidad enumerar únicamente las consecuencias físicas.

Indicar que la intensidad de atracción magnética es capaz de aglutinar toda la energía planetaria de un planeta del tamaño de Júpiter, parece indicarnos algo de su poder.

Pero el misterio de su hiperconsciencia permanece inaccesible para simples mortales reencarnantes, quienes apenas son aptos para conocerse a sí mismos y sus ocultos sueños.

Bendito sea Tar-El-Ran, es lo más podría llegar a expresar un simple mortal, cuando las cosas marchasen bien; y cuando todo se truncase y descompusiese a su alrededor, maldeciría sus divinas acciones como la única manera de expresar su total incompreensión.

Los humanos solo pueden intentar comprender los hechos cósmicos si extrapolan algunas posibilidades a su propio cuerpo. Así pues, sí que son capaces de entender la perplejidad que debería sentir una célula respecto al momento de autoconsciencia más lúcido que una mente privilegiada en la que está insertada pudiese alcanzar. En ningún momento podría tal diminuta entidad captar el total de información comprensiva y sintética que es el resultado de miles de millones de células como ella. Como mucho podría instaurarse en la corriente informática y percibir un destello luminoso que le haría exclamar con fundada razón: yo soy parte de tan ingente proceso.

Tar-El-Ran expresó su propósito a los ciento cuatro señores de la Llama. Nadie les había obligado a tan extraordinaria colaboración. Su campo magnético se fundiría

con el divino campo magnético de la sagrada entidad rectora del planeta.

De los ciento cuatro señores de la Llama, muchos de ellos habían sido compañeros de fatigas de Sanat Kumara, el Señor de la Tierra, cuando todos ellos eran simples humanos en un planeta parecido a la Tierra, en un sistema solar anterior al nuestro.

Otros señores de la Llama procedían de Venus. Y un reducido número habían permanecido hacia “poco tiempo” en Sirio. Allí habían recibido iniciaciones mánicas que les habían convertido en ruedas de inteligencia ígnea expansiva.

En el círculo de fuego dentro del fuego solar, el divino Tar-El-Ran llamó con cariño a una hija del Sol.

Con inmenso respeto Ela-Al-Hatir se adentró en el círculo de fuego.

—¿Están los moldes terráqueos preparados?

—Todavía no, divino maestro.

—¿Falta mucho?

—Todo depende de la humana.

—¿Está preparándose?

—Ella no lo sabe.

—Así debe ser.

—Su preparación está acelerándose. La separación de Strung va a obligar a la humana a realizar el ímprobo y último esfuerzo.

—Nosotros partiremos. Ellos vendrán más tarde.

CAPÍTULO 123

NO TAN LEJOS

El planeta N-2, oculto a los humanos tras la pantalla de Sirio, no estaba tan lejos del Sol para los señores de la Llama.

Dos causas principales hacían que tan enorme distancia para la tecnología humana no lo fuese para Tar-El-Ran, sus ciento cuatro acompañantes de primer rango y los doscientos diez mil hijos del fuego septenario.

La primera: su longeva edad. Nueve años humanos de viaje apenas si representaban algunos minutos en su dilatada vida. La segunda: la velocidad venía determinada no por su esfuerzo, sino por el túnel o agujero de gusano que une nuestro Sol con otros seis sistemas solares y además con Sirio.

Así pues, de acuerdo con la Teoría de la Relatividad, un viaje a velocidad cercana a la de la luz proporcionada por los extraños e inexplicables "agujeros negros", suponía que los nueve años luz (humanos) de distancia entre nuestro sol y el sistema de Sirio, se realizase, paradójicamente, en un instante.

Tar-El-Ran se sumió en sus pensamientos junto a los ciento cuatro Señores de la Llama y formó una única vestidura ígnea con los doscientos diez mil servidores de Agni. En lenta rotación se adentraron en el corazón del Sol y entraron en el túnel de energía oscura que les llevaría hasta las fronteras, más allá del sistema de Sirio.

Tar-El-Ran meditó una vez más sobre el propósito del planeta N-2, que residía en la mente de Aquel Sobre el que Nada Podía Decirse, y su propio Logos planetario.

Tal planeta tenía asignada una misión común en el devenir del universo local: sería el depositario de la vida física que se dispersa a través de los mundos. Muchos miles de millones de planetas localizados entre los miles de millones de galaxias, tenían el mismo destino que N-2, pero ello no era óbice para que el proceso de individualización y generación de la autoconsciencia dejase de ser importante.

Era parecido a afirmar que la vida de un ser humano era una trivialidad. Podría serlo en comparación con las infinitas estrellas, pero nunca para la entidad que se veía implicada en el proceso de adquisición de un cuerpo físico.

Paz, belleza, armonía, beatitud y éxtasis cualificaban el viaje de los señores de la Llama. Su amor les llevaba al servicio y al sacrificio de sus propias energías puestas a disposición del Logos planetario de N-2.

La intención de servir era simple y llanamente el objetivo de su esfuerzo y mediación entre el espíritu y la materia inteligente.

Oeoooooooooooo... Fue el sonido que llegó hasta las cercanías del planeta.

Aummmmmmm... fue el sonido que los benditos seres emitieron antes de tocar la atmósfera.

CAPÍTULO 124

ESTABLECIMIENTO DE LOS SEÑORES DE LA LLAMA

Tar-El-Ran inclinó el rostro antes de mirar a los ojos del insondable Señor del planeta N-2.

–Tu voluntad es la nuestra –el visitante transmitió mentalmente su propósito para colaborar.

–Tu voluntad y la mía son la misma: el deseo de cumplir el propósito de nuestro amado Señor de Sirio.

–Traemos la energías de la voluntad y del amor. Preparamos el camino para insertar los moldes humanos.

–Vuestra voluntad y vuestro amor son los míos. Proceded de acuerdo al protocolo de instauración acelerada de la autoconciencia.

–De acuerdo, Señor.

El visitante inclinó los ojos, giró sobre sí mismo y se dirigió a la salida.

–¡Tar! –llamó el señor del planeta N-2.

–¿Sí?

–¿Cuánto tiempo ha pasado desde que fuimos humanos?

–¿Tal vez millones de años? –respondió sonriendo el viajero.

–Nuestro amado maestro ha determinado que este humilde planeta albergue la semilla de voluntad que germinará en vuestro tercer sistema solar.

—¿Significa que las primeras fusiones planetarias están próximas?

—Sí.

—El fuego es nuestro origen y destino.

—El fuego es el medio por el que nuestros propósitos llegan a su cumplimiento.

—El fuego de mi corazón en tu corazón.

—El fuego de mi mente en tu mente.

—Que la línea de fuego que une nuestros corazones y nuestras mentes se revitalice.

—Que sean formados los tres inferiores.

—Así se hará, Señor.

Tar-El-Ran y sus acompañantes establecieron los vórtices de energía que enlazarían los subplanos superiores del plano mental con los cuatro inferiores, así como con los siete astrales y los siete etéricos. Los divinos señores de la Llama y su séquito, contribuirían con su propia esencia en la construcción del puente de energía que uniría la insondable hiperconciencia del Señor del Planeta con sus razas primitivas.

Cuando los siete vórtices etéricos se establecieron a lo largo del planeta N-2, apareció el fuego físico. Los elementales residentes en los fuegos internos fueron excitados hasta tal punto que casi todos los volcanes se reactivaron e incendiaron la superficie. Fuego fue la consecuencia de su contacto.

Todos los habitantes del planeta fueron testigos del pavoroso incendio que devoró cada uno de los elementos. Ni el gas, ni el líquido, ni lo sólido... ni siquiera el fuego interno de las entrañas del planeta N-2 pudieron evitar que el fuego cósmico, recién llegado, infundiese en sus átomos constituyentes una energía desconocida. Un gran porcentaje de los lúgubres pantanos se secaron, la atmósfera se oscureció a causa de la ingente cantidad de nubes que rodearon el planeta, y el líquido condesado se desplomó durante meses hasta llenar las enormes y profundas fosas que recorrían la corteza.

Los siete señores del plano etérico se instalaron en el polo norte planetario. Desde allí regirían provisionalmente los destinos de las razas físicas.

Un gran porcentaje de plantas, de seres acuáticos, así como de raks, de torks y de starks perecieron. De entre los starks, la quinta sub-raza, aquellos que parecían los más débiles, estúpidos y torpes, apenas si tuvieron bajas. El lejano fuego solar parecía estar en consonancia con su capacidad de asimilar la electricidad y el magnetismo.

CAPÍTULO 125

LOS ÁNGELES DE LA VIDA

Jane se despidió de sus seres queridos con los ojos enrasados de lágrimas.

—Todavía estás a tiempo —le dijo Jason invitándola a regresar con su hija y nieta —, nadie te obliga

—Lo sé, Jason.

La nave espacial se cerró herméticamente, adquirió un extraordinario brillo, ascendió lentamente en dirección al Polo Norte. Rosamunde, Elisabeth, Scott, Duncan y Lottimore permanecieron tranquilos y sin desazón alguna.

—Hasta pronto, mamá, —fueron las únicas palabras que se escucharon sobre el Phoenix I.

Aunque antiguo ya, el barco era muy acogedor, discreto y fácil de pilotar, lo que permitía que nadie ajeno a la familia estuviese en él. Tan bello secreto debería ser celosamente guardado en el corazón de aquellos afortunados.

—¿Cuándo será la transmutación? —preguntó Jane.

—Desde el momento en que se ha cerrado la nave, todo ha comenzado.

—No noto nada especial.

–Nuestro cuerpo físico será anulado, siendo el cuerpo etérico o luminoso primario, lo que nos relacionará con el plano más denso.

En aquel instante aparecieron seis enormes figuras doradas.

–Son los ángeles de la vida

–¿Querrás decir, de la muerte?

–¿Por qué hablas con miedo, Jane?

–Son muchos años viviendo en la Tierra.

–No vamos a perder la autoconsciencia.

–Entonces... ¿nos acordaremos de todo?

–Sí.

–Pero ya no tendremos cuerpo físico, ni cerebro...

–Cuando un humano se muere, su cuerpo etérico se retira a través de la coronilla, y rápidamente se dispersa. Su esencia es incorporada al cuerpo de sentimientos, posteriormente al cuerpo mental y, por fin, la luz es retirada e insertada en el loto egoico. Nuestro caso es distinto. Las partículas más densas, por medio de la electricidad de los ángeles de la vida, perderán su carga eléctrica, no serán atraídas, se dispersarán y el cuerpo etérico será una copia luminosa del cuerpo físico. Libre de átomos densos.

–¿Por qué no se puede hacer con todos los humanos?

–El proceso requiere mucha energía. Existen algunos que lo consiguen por sí mismos, pero requiere tan enorme esfuerzo y sufrimiento que apenas nadie quiere dar el paso.

–Por eso nos sumimos en la inconsciencia.

–Exacto

–Tal vez es mejor dormir eternamente.

–Sí.

–Pero... no nos dejan.

–No.

–Estamos castigados a vivir y a ser conscientes.

–Cierto.

—¿Sería tan hermoso morir y que no quedase ni el más mínimo rastro de autoconsciencia!

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—Que la autoconsciencia y la vida eterna parecen un castigo.

—Es algo con lo que todos los seres del universo, quieran o no, deben soportar y superar.

—Es extraño. Si advertimos que viene la muerte, la tememos, y si por un instante comprendemos que realmente viviremos eternamente, entonces... también nos aterra.

—¿Por qué te aterra?

—Vivir una eternidad con la posibilidad de sufrir es terrible.

—Es el precio de la autoconsciencia.

—¿Crees que se ríen de mí?

—¿Los seis ángeles de la vida?

—Sí.

—En absoluto.

—Como veo que nos observan.

—No te comprenden. Para ellos, otorgar la vida es un honor y el cumplimiento de su misión.

—¿Qué sacan con todo esto?

—Alegría y evolución.

—Son unos interesados, ¿no?

—Se interesan por el cumplimiento de su deber. Es todo. La unión de la esencia angélica y humana otorga la inmortalidad.

—Lo dices como si fuese lo más sencillo del mundo.

—Y lo es, aunque hace falta valor.

—Valor para vivir eternamente.

—Como bien has dicho, cuando nos encontramos ante la posibilidad de ser inmortales, sentimos un enorme miedo.

—¿Por qué lo siento, Jason?

—Porque intuyes que es difícil vivir en un universo en el que tus seres queridos van pasando uno tras otro hasta perderse en otra dimensión.

—Ya no volveremos a ver a nuestros seres amados.

—Con el tiempo se va aprendiendo que en realidad todo el universo es nuestro hogar, y que todos los seres son susceptibles de ser amados y de amarnos, entonces... ¿qué sentido tiene limitarse?

—¿Volveremos a ver a Rosamunde y Elisabeth?

—Durante un tiempo, sí.

—¿Cuánto?

—El tiempo que necesita un humano para desprenderse de sus ataduras innecesarias.

—¿No podría ocurrir queuviésemos la tentación de permanecer siempre con ellos?

—¿No crees que tu continua presencia en la vida de tu hija y nieta sería un estorbo para ellas? ¿No comprendes que no crecerían?

—Creo entenderte.

—Una renuncia así es amor.

—Estoy preparada, Jason.

—Hace mucho tiempo que lo estás, Jane. Solo que no lo sabías.

—Es maravilloso mirar al futuro sin volver la vista atrás.

—Sí.

—¿Qué nos espera, Jason?

—Mucho trabajo.

—¿Y cómo sé que lo haré bien?

—Todas las vidas que has permanecido en la Tierra son el bagaje que necesitas, son las cualidades que aportarás a la nueva raza.

—¿No seré un poco ignorante?

—Sabes más de lo que imaginas.

—De acuerdo, Jason, confío en ti.

Los seis ángeles de la vida se acercaron hasta Jane y Jason, formaron a su alrededor una estrella de seis puntas. Justo en el centro se formó una columna de fuego azul. Jason y Jane extendieron sus brazos en cruz. Permanecían uno de espaldas a otro, separados por la enorme columna de fuego. Tres ángeles se fusionaron en el cuerpo de Jane, y otros tres en el cuerpo de Jason. Hubo un extraordinario resplandor. Desapareció la columna de luz, desaparecieron los seis ángeles y quedaron de pie, espalda con espalda, las figuras doradas de Jane y de Jason. No había rastro de sus cuerpos físicos.

La nave abandonó la atmósfera terrestre y entró en el Sol por la línea de energía etérica que une a ambos cuerpos celestes.

CAPÍTULO 126

EN EL PLANETA N-2

Las dos figuras doradas de Jane y Jason marchaban acompañados y custodiados por un séquito de siete ángeles solares. Llegaron a las puertas de energía oscura que une nuestro sol con Sirio. Los siete generaron una enorme esfera que cubría a los nueve, y tras varios segundos de viaje, entraron en el agujero negro. Unos instantes después llegaban a Sirio A, y en unos minutos descendían en el polo norte del planeta N-2. Todo resultaba muy extraño. Era incomprensible que entre un punto y otro, separados por lo que los humanos consideraban nueve años luz, hubiese tan poca distancia en el plano interno.

Era probable que los físicos de la Tierra se hubiesen quedado cortos en sus cálculos. Según la paradoja de los hermanos gemelos, si uno se queda en la Tierra mientras el otro viaja durante años a la velocidad de la luz, cuando regresa a su planeta, el que se ha quedado en tierra puede haber envejecido más de veinte años, sin embargo el que aterriza, apenas si ha sufrido el desgaste de dos años, o incluso meses, dependiendo de la velocidad. Cuanto más cerca del límite establecido de 299.792

km/seg., más lento va el tiempo. Pero algo extraño y añadido debía ocurrir cuando una esfera de energía entraba en su interior. Para los viajeros, todo fue instantáneo. Fue entrar y salir.

Al otro lado de Sirio permanecía el planeta N-2. Su tiempo de traslación alrededor de Sirio A: seiscientos años. Nuestros telescopios todavía no habían tenido la ocasión de detectarlo.

Tar-El-Ran miró a los ojos de Jane Perston y de Jason Doyle. Ambos inclinaron la cabeza.

–Tenemos muchas esperanzas puestas en vosotros, Jason.

–Gracias, Señor.

–Los señores de los fuegos os ayudarán a transferir vuestros moldes a los cuerpos de los starks. Si todo va bien, adelantaremos la evolución del planeta en varios millones de años.

–Nuestro corazón rebosa de alegría.

–Que el corazón y la mente de nuestros amados Maestros de Sirio os bendigan a ambos.

–Gracias, Señor.

–¿Qué tal está Elisabeth, Jane?

–Bien, Señor –respondió Jane pensando que estaba dentro de algún sueño extraño.

–Todos agradecemos tu enorme sacrificio. Una nieta como Elisabeth es una extraña joya en la Tierra.

–Gracias, Señor –se arrodilló Jane, impresionada por lo que estaba escuchando.

–Una vez transferidos los moldes, podréis volver al Sol y luego a la Tierra, si así lo decidís.

–Vuestra voluntad es la nuestra –añadió Jason.

–Dentro de unas horas humanas, los devas de los cuatro éteres habrán adaptado vuestro cuerpo etérico. Esperemos que los starks respondan a nuestras expectativas, y las leyes de la epigenética rijan como es de esperar en este planeta.

–Vuestra voluntad sea cumplida –dijo Jason, tomó a Jane y ambos salieron del palacio de energía dorada.

CAPÍTULO 127

ACERCAMIENTO

Caminar entre los starks fue una extraordinaria experiencia para Jane. En ocasiones tocaba a alguno de ellos, parecían percibir la electricidad de su mano, pero, puesto que no la veían, dejaban de prestar atención a su presencia creyendo que era una brisa de gas, o algún otro fenómeno atmosférico.

Su forma alargada era parecida a la humana, pero su cabeza apenas se diferenciaba del resto del cuerpo, era más bien un ensachamiento. Precisamente, la aportación más importante que traían ambos humanos: una copia etérica del cerebro y del sistema nervioso.

El proceso que debería llevarse a cabo podía parecer a uno de nuestros biólogos imposible. En lugar de construir un cerebro a partir de la estructura y evolución genética, lo que intentarían llevar a cabo los señores de los cuatro planos etéricos, ayudados por múltiples inteligencias, sería la de reordenar el código genético propio de los starks para que se formase el cerebro físico. Dicho de otra forma, se induciría a los genes nativos a adaptarse y grabar en su memoria el esbozo o diseño del nuevo cerebro.

De esta forma, la evolución de los starks daría un salto cercano a los ochenta millones de años de evolución necesaria para que un cerebro primitivo se convirtiese en un cerebro actual como el que tenía la raza humana.

Los starks poseían la semilla de la evolución, y una desconocida, hasta ese momento en el planeta, capacidad de aprendizaje. Sus genes podrían ser definidos como multifuncionales. Solo necesitaban facilitarles un camino determinado para la producción de materia física inteligente.

Los dioses etéricos caminaban entre los starks. Observaban su comportamiento primitivo. Muchos de ellos

huyendo de los torks habitaban algunas zonas septentrionales del planeta N-2. Permanecían diseminados, buscando alimento en los extensos "bosques" y lagos nórdicos. Especialmente les gustaba cierto tipo de gusanos que habitaban en las zonas limítrofes a los grandes lagos.

Las constantes erupciones volcánicas habían desplazado multitud de torks en la misma dirección, y aunque al principio, los starks no entraban dentro de sus costumbres alimenticias, la necesidad les llevó a apreciar su carne cada vez más.

Mientras Jane y Jason caminaban, llegaron una banda de torks y acabó con todo un grupo de cien starks. Lo único que sabían era correr. Y en aquel caso no fue suficiente para escapar de la voracidad de sus enemigos.

Jane quedó impresionada. En unos minutos, aquellos starks, entre los que permanecían observando, habían muerto.

–Deberíamos haber hecho algo, Jason.

–¿Te ha seguido alguien?

–No te entiendo, Jason.

–Si algún stark ha sido capaz de sentir tu presencia y seguir tu estela.

–Dos se han dado cuenta de que estaba a su lado. Luego han continuado caminando sin un rumbo determinado.

–Entonces no nos sirven.

–¿Cómo puedes hablar así, Jason?

–No comprendo lo que dices.

–Parece que te da igual que mueran o vivan.

–Aquellos starks que no muestren ciertas características no entran dentro de nuestros planes.

–¿Así es como los dioses de la antigüedad nos habéis tratado a los seres humanos?

–Hacemos lo que está en nuestras manos, Jane.

–Por eso habéis dejado que los torks aniquilasen a un grupo tan nutrido.

–¿Y tú crees que eres muy ecuánime con la naturaleza del planeta por ponerte de parte de los starks?

Jane no supo qué contestar. La energía de sus cuerpos apenas era controlable. En unos minutos se habían alejado muchos kilómetros del lugar de la contienda.

–Nuestro propósito es acelerar la evolución de los starks, pero necesitamos encontrar los mejores ejemplares de su raza.

–Tal vez he sido muy impulsiva.

–Todavía eres humana, mujer, madre y abuela.

–Vaya... gracias por recordarme algo que había olvidado –sonrió por fin Jane.

–En realidad no vas desencaminada. Al final tendremos que proteger a los inocentes starks de los torks.

–¿Y cómo lo haremos?

–Ya se está delimitando una extensa zona donde podrán vivir seguros los starks.

–¿Cómo lo sabes?

–Todos los que trabajamos aquí lo sabemos.

–Yo... no.

–Pobrecita humana...

–Cuánto te gusta burlarte de mí.

–¡No!

–Y sigues.

–¿Qué?

–Te crees muy gracioso.

–Es lo que aprendí en la Tierra.

–A reírte de los demás.

–Y de mí mismo, también.

–En eso te doy la razón.

–Gracias.

–Mira ahí hay más starks. Vamos a verlos.

Un grupo de starks compuesto por ochenta individuos caminaban lentamente. Varios de ellos volvían la vista atrás intentando detectar a los torks.

Jane observó que un niño y una niña caminaban juntos. Se acercó hasta ellos. Permaneció a unos metros, sobre un pequeño promontorio.

La niña invitó a su amigo a subir hasta donde se encontraba Jane. La stark de ojos pequeños y circulares miró a Jane, emitió un sonido y la señaló con su mano. Su amigo miraba, pero no sabía qué quería decir. La infantil stark golpeaba el "hombro" de su amigo y emitía ciertos sonidos. El niño miraba sin comprender. La niña caminó justo hasta Jane y con la mano atravesó su cuerpo luminoso. Luego entró justo en su interior y emitió un nuevo sonido. Era alargado y agradable. Jason se acercó.

—¿Me ha visto?

—Sí, aunque no como tú piensas.

—¿No percibe nítidamente mi figura?

—La stark está viendo algo parecido a una catarata de luz. Se introduce en ella y se siente feliz.

—¿Y el niño?

—No es capaz de ver.

En aquel preciso instante una manada de torks llegó y comenzó a eliminar al grupo de starks. Cuatro adultos corrieron hacia sus hijos y continuaron con ellos hasta adentrarse en un bosque cercano. Dos torks les perseguían.

—¿No vamos a hacer nada, Jason?

—Tranquila.

Apenas faltaban diez metros para que los torks alcanzasen la cima del promontorio donde se encontraban Jane y Jason. Dos señores de la llama extendieron sus brazos, de los que salieron dos haces de fuego azul. Los dos torks lo atravesaron. Apenas habían dado cinco pasos, cuando llamas de color azul eléctrico los dejaron reducidos a cenizas.

—¿Qué ha ocurrido, Jason?

—Digamos que ha sido un arco voltaico.

—Menos mal.

—¿Estás más contenta, Jane?

—Ahora, sí.

Jason sonrió.

—¿Por qué te ríes?

–No, por nada.
 –Y ahora, ¿qué?
 –Te gusta la niña.
 –Claro... es de la edad de Elisabeth, aunque, aquí los individuos son bastante más altos que los humanos.
 –¿Cuánto te gusta, Jane?
 –Desde el primer instante, es como si fuese mi nieta.
 –¿Tanto como para entrar en su cuerpo?
 –No lo dirás en serio, Jason.
 Jason sonreía hasta que al final terminó por decir.
 –Bastante en serio.
 –No sé. Estoy tan bien con este cuerpo dorado que vuela y apenas necesita nada.
 –Ya.
 –¿No hay más remedio que entrar?
 –Es a lo que hemos venido.
 –Y qué será de nosotros, Jason.
 –Yo entraré en el niño.
 –¿Volveremos a sufrir?
 –Sí.
 –¡Dios! ¿Pero es que no hay un sistema por el que no se sufra?
 –Como dicen los humanos, el que algo quiere, algo le cuesta.
 –Pero... es que yo quiero ser feliz. Nada más.
 –También puedes ser feliz entrando en el cuerpo de la niña.
 –¿Cuánto tiempo estaremos dentro, Jason?
 –El que quieras.
 –¿Y qué es lo aconsejable?
 –Al principio unos minutos, luego unas horas, y después, durante el día entero. Por la noche podremos salir al plano etérico.
 –¿Cuántos años?

–La vida de los starks es relativamente corta. Sus procesos vitales son muy acelerados. Suelen vivir menos de treinta y cinco años

–Treinta y cinco años parece una eternidad.

–¿Te has planteado el hecho de que puede ocurrir que entres, te guste y no quieras salir?

–No.

–Hace poco estabas en la Tierra, no querías morir, y ahora estás, según tú, muerta y no quieres vivir.

–Como siempre, tengo que confiar en lo que me dices.

–Será tu primera encarnación consciente. Para la segunda, ya no decidirás a ciegas.

–¿Nos reconoceremos, Jason?

–Hasta que no entremos no lo sabremos. La materia de sus cuerpos es muy joven y apenas tiene experiencia.

–Pero... por las noches volveremos a encontrarnos...

–Sí, pero ya sabes, a veces se olvida lo que hemos soñado.

–Lo que más miedo me da es perder la autoconsciencia.

–Vamos a confiar en que no sea así. Aunque al entrar en una cueva a oscuras, siempre hay un periodo de adaptación.

–Bueno... vamos allá.

CAPÍTULO 128

ENTRADA EN LA OSCURIDAD

El cuerpo etérico dorado de Jane se acercó al cuerpo alargado, de su misma altura, de la joven stark.

La niña vio aproximarse a Jane. Se quedó parada. Sintió una cálida sensación de amor cuando el abrazo de Perston envolvió su gelatinoso cuerpo. Percibió miles de agradables descargas eléctricas desde su incipiente cabeza hasta los pies. Algo maravilloso había ocurrido. Gimió de placer. Se sintió llena de vida. El divino milagro de una unión mística entre una simple

habitante de un planeta y un ángel de los cielos se había producido. Parecía como si sus ojos se hubiesen abierto a la belleza del universo. Se miró a los brazos. Nunca se había dado cuenta de que eran suyos. Se observó las manos y los pies, y se dijo a sí misma algo maravillosamente milagroso.

—Yo soy.

Jane se sintió extrañamente feliz envuelta por una oscuridad acariciante y acogedora. No veía. Pero se sentía tan extraordinariamente dichosa, que se quedó dormida en el cuerpo de aquella joven habitante del planeta N-2. A la mujercita le ocurrió lo mismo. Se acurrucó cerca de sus padres y se durmió.

CAPÍTULO 129

LO INESPERADO

Jane se despertó sobresaltada. Sintió un picor en los lacrimales, a la vez que veía que la joven stark lloraba desconsolada. En realidad no veía directamente, sino que percibía el mundo externo como una secuencia de continuas visiones. Ella, Jane Perston, parecía permanecer en un lugar agradable, acogedor y también oscuro.

La recién encarnada en un cuerpo de otro planeta se veía impelida a prestar atención a lo que surgía en su mente.

La joven stark acariciaba el cuerpo de su compañero de juegos. El niño yacía chamuscado y tumbado en el suelo. Al lado del muchacho, la stark veía una, extraordinariamente brillante, forma luminosa.

Jane Perston preguntó desde su cueva interna: ¿por qué, Jason?

—¿Por qué? —exclamó la joven stark.

Fueron las primeras palabras, distintas a sonidos, que se pronunciaron en el planeta N-2

–¿Por qué? –volvió a gritar desconsolada la stark intentando dar golpes a la figura luminosa de Jason.

Los cuatro mayores miraban a la pequeña. Nunca habían escuchado aquellos sonidos, claros para Jane, pero incomprensibles para ellos.

–¿Por qué? –volvió a preguntar llorando.

–No ha resistido la energía –escuchó Jane Perston, quien retransmitió la imagen de un rayo entrando en el cuerpo del muchacho.

La joven stark se acercó hasta tocar la luz de Jason. Comprendió y se arrodilló.

–Sea tu voluntad –pensó Jane, e instantáneamente la niña stark exclamó algo parecido.

Jason Doyle era una columna de fuego que parecía vibrar y posarse sobre la niña stark. Perston percibió la vibración que estaba recorriendo a la pequeña.

–Tú serás la madre de la nueva raza –pronunció Jason.

La niña entendió la idea que Jane había captado perfectamente.

–La fuerza de los maestros de la luz estará a tu lado hasta que sea el tiempo, y el molde modifique definitivamente la sangre de tu sangre.

La stark supo que en aquel instante era una elegida. Jane comprendió que había un largo camino lleno de peligros y amor.

–A partir de hoy nuestros ángeles no os abandonarán –continuó hablando Jason.

La pequeña tomó una bella piedra del suelo y la ofreció a la fuente de la luz. Jason sonrió. El milagro de la autoconsciencia se había implantado momentáneamente en el planeta N-2.

Jason indicó el inicio del camino hacia el lugar preparado para el desarrollo de la incipiente nueva raza inteligente.

Jane Perston prestaba tanta atención para captar el entorno físico que la niña percibía, que olvidó que estaba reencarnada en un cuerpo extraño en un planeta alejado de la Tierra. Se había sumergido totalmente en la materia. Se había

convertido en un ángel caído en el cuerpo de un ente primitivo del planeta N-2

CAPÍTULO 130

EL CUARTO SENDERO CÓSMICO, A SIRIO

¿Qué es el fuego que se añade al fuego? ¿Qué es la vida que otorga la vida? ¿Qué es la voluntad que mantiene la conciencia y la materia unidas hasta que se queman la una a la otra? ¿Qué es la luz que siempre permanece encendida?

¿Es la oscuridad impenetrable en la que se sumen las chispas del impulso eterno? ¿Es el inabarcable arrobamiento en el que los puntos de voluntad intensa se sumergen?

El viento estelar de Sirio hacía vibrar todo el cuerpo etérico de color dorado de Jason Doyle. Miró fijamente el color blanco azulado. La radiación que desprendía la estrella parecía formar un muro que no podía atravesar. La había contemplado desde el planeta N-2, también había viajado por el agujero negro desde el Sol, pero la expedición tenía un destino, que era el planeta N-2, y nadie tenía permiso para permanecer allí. Tar-El-Ran había dado su visto bueno. Jason pasaría un tiempo especializándose en la escuela de los divinos implantadores de la vida autoconsciente e hiperconsciente que todo lo penetra.

El viento de Sirio era tan poderoso que apenas si podía acercarse. Delante de él únicamente había luz blanca. No veía nada más que luz cuando salió del túnel, y sin embargo, sabía que le estaban observando.

Las partículas de su cuerpo etérico vibraban tan extraordinariamente que pensaba que en cualquier momento se desintegrarían. Y cuanto más se acercaba a la luz difusa que parecía un grandioso muro, más se expansionaba. Su energía se estaba incrementando, y el color dorado fue transmutándose en blanco azulado.

Cuando definitivamente desapareció el color dorado de su cuerpo, la vibración dejó de ejercer sobre él influencia detectable. Sabía que había entrado en la estrella de los adeptos blancos. No sentía ni alegría ni tristeza, su esencia únicamente buscaba expresar la voluntad al bien. Su principal objetivo estaba más allá de todo lo que un ser humano podía desear. Su ser, como si de un extraño sonido se tratase, emitía vibraciones danzarinas que interpretaban alguna melodía desconocida que se confundía con el silencio.

No hizo excesivo caso a los gigantescos devas ígneos que formaron un arco que le servía de camino. Recordó su última vida en el planeta Tierra, recordó a Jane, a Rosamunde, a Elisabeth, a Scott, a Lottimore, a Duncan... a sus padres.. y conforme lo hacía, llegó hasta una inmensa puerta de fuego azulado que permanecía cerrada.

Millones de chispas azuladas y blancas se mezclaron con su cuerpo etérico. De nuevo se iniciaba una fuerte vibración. Era muy agradable. Se podría decir que extraordinariamente placentera. Extendió su mano derecha y las luces tomaron la forma de la niña stark en quien había encarnado Jane.

La puerta de fuego azul se abrió, y Jason Doyle entró en el palacio de los adeptos blancos que se encargaban de los recién llegados: los nuevos aprendices de constructores de civilizaciones de seres autoconscientes.

Accedió a un lugar en el que había otros como él. No tenían forma física estable. Tenían la apariencia de dibujos luminosos multicolores en movimiento, aunque sí que se podían apreciar algunas diferencias entre ellos. Los senderos luminosos internos tenían diferentes bases. Dos figuras mostraban una estructura triangular. Otros dos tenían como base círculos. Los dos restantes semejaban una fuente de intenso brillo que brotaba de la parte superior de lo que debería ser la cabeza.

Todos los núcleos de luz atendían a un adepto. Permanecía de pie y a su izquierda se formaban imágenes tridimensionales gigantescas.

–Bienvenido, Jason, hijo de la Tierra –"escucharon" los seis asistentes, quienes emitieron una imagen de bienvenida, sin volverse.

–Gracias.

–Tar-El-Ran confía en que vas a ser un alumno excelente.

–Espero no defraudarle.

Todos sonrieron

–¿Sabes por qué sonrías tus compañeros?

–No.

–Los seis han dicho lo mismo cuando han llegado.

–Es un gran comienzo.

–Sin duda.

–Aunque uno de los senderos preferidos por los iniciados humanos es el Cuarto Sendero a Sirio, no vienen a menudo.

–La vida en la Tierra es muy difícil.

–Sus habitantes residen en un planeta no sagrado. Todavía no expresan la luz.

–Algún día lo conseguirán.

–No te ha importado que te presente como hijo de la Tierra.

–En realidad, es lo correcto. Todo mi trabajo como ángel solar se ha llevado a cabo siempre en tan terrible planeta, y los últimos años de encarnación directa, han sido más que suficientes para comprender que mi relación con el divino Sanat Kumara venía desde épocas remotas.

–Ya sabes pues, que Tar-El-Ran también está relacionado. ¿Has deducido algo más?

–El Innombrable tuvo una enorme amistad con ambos. Es la verdadera causa por la que un planeta tan pequeño y tan alejado de la luz tiene una relación tan estrecha e íntima.

–Así, es Jason. Tus seis compañeros son originarios de planetas sagrados. Ellos en alguna ocasión han tenido algún contacto con la Tierra, y realmente aprecian el valor que tiene que surja un verdadero adepto de un lugar tan hostil.

–Gracias.

–Hay representantes de Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Mercurio y Vulcano.

–¿Y de Venus?

–¿Por qué crees que no hay representante de Venus?

–¿Porque han cedido su puesto a la Tierra?

–Exacto. Ya sabes que Venus es la mente superior o mente abstracta y la Tierra la mente inferior o concreta.

Jason Doyle se quedó pensativo. Aunque en realidad la conversación no se había llevado a cabo con sonidos, sino que era totalmente telepática.

–Bien –continuó el instructor –, hasta la fecha, como mentes creadoras, habéis trabajado con un individuo. A partir de ahora, aunque el método de encarnación individual también lo realizaréis a menudo, vuestra prioridad será la de unificar los individuos autoconscientes en **grupos autoconscientes**.

–Siento cierta aversión a utilizar las mentes de otros individuos que no son nuestra encarnación –indicó el representante de Urano.

–Es porque piensas que les estás forzando a hacer lo que ellos no desean, pero la primera premisa es que nosotros no forzamos a nadie a hacer lo que no quiera. Nuestro método es sencillo: extraer el propósito de la mente del Innombrable y procurar adaptarlo al planeta N-2. Dicho de otra forma, extraer los arquetipos e instaurarlos en las civilizaciones que se van a desarrollar en el planeta.

–Nuestro objetivo es establecer unos vórtices de influencia que atraerán a aquellos que se sientan impelidos a responder, debido a que poseen una esencia similar o complementaria al magnetismo establecido –se expresó el representante de Júpiter.

–Dicho de una forma rápida, así es –respondió el instructor.

–No será todo tan fácil, ¿verdad? –preguntó Jason.

–Nos enfrentamos con un planeta de extrema dificultad. El molde traído de la Tierra, es lo que se ha sugerido, pero no debemos olvidar que la información suministrada contiene un

gran potencial así como un enorme peligro. Se prevén enormes dificultades.

–Se hace incomprensible que se importe un molde que contiene la semilla del mal. Parecería más lógico haber llevado al planeta N-2 una estructura más avanzada como podría haber sido la de cualquiera de los planetas sagrados –indicó el representante de Vulcano.

–Ya. Sin embargo, esta decisión ha sido la primera de las expresiones extraídas del campo de propósito del Innombrable.

–Entonces... ¿se trata de una nueva Tierra? –preguntó Jason.

–En ciertos aspectos, podría decirse que sí. Especialmente al principio. Como toda entidad que se está desarrollando, repite algunas etapas de su encarnación anterior, después las sobrepasa y continúa con algo nuevo, algo que nunca ha ocurrido. Respecto al planeta N-2, deberá recorrer un sendero determinado de crecimiento, que implicará la aparición de antiguas enfermedades físicas, psicológicas y mentales, pero su destino será extraordinariamente luminoso. No es una excepción, hay que comprender que la mayoría de los planetas han tenido que evolucionar desde planetas no sagrados a sagrados. Sabemos que algunos nunca se sumergen totalmente en la materia, que siempre permanecen en la luz, como es el caso de Vulcano, pero la mayoría, deben transmutar los desechos de civilizaciones pasadas.

–¡Cómo vamos a conseguir tan descomunal meta! –exclamó la entidad de Saturno.

–Ya sabes cómo. Trabajando, colaborando con las fuerzas dévicas y logoicas. Es la ley.

Los ocho permanecieron en silencio. El intercambio telepático continuó entre ellos durante varias horas humanas. Después, se retiraron a los lugares que tenían asignados, en tan extraña escuela de adeptos blancos. Deberían repasar la historia de sus propios planetas, recopilar los acontecimientos que habían marcado las diversas civilizaciones, y asimilar la esencia

de las mismas. Sin lugar a dudas necesitarían un añadido de energía externo, algo que les suministrase la suficiente voluntad dinámica para crear, desarrollar y sostener el bien, y luchar contra el mal, comprendiendo éste como la fuerza que deseaba encauzar el rumbo de los acontecimientos hacia sus intereses.

Si alguna virtud necesitaban en mayor medida, no había duda, la capacidad de visión. La fuerza necesaria para comprender los designios de la Mente que les había unido.

Sirio rotaba en el silencio del Universo. Su influencia se extendía hasta nuestro sol y a sus humildes planetas. La Tierra, no se encontraba aislada de tan influyentes energías. Todo continuaba como siempre. El Sol despedía cíclicamente ingentes cantidades de energía y vida que revitalizaban a todos los planetas, conocidos y desconocidos.

Respecto al planeta N-2... la primera civilización de entes autoconscientes, no había hecho nada más que comenzar. Y en sus raíces ya se encontraban tanto el bien como el mal.

CAPÍTULO 131

EL PARAÍSO

La luz benéfica y protectora de los ángeles solares y los señores de la llama formó siete círculos en el planeta N-2. Solamente uno de ellos producía efectos puramente físicos. Los demás permanecían en los distintos niveles etéricos.

El círculo de las bondades físicas delimitaba una enorme extensión de parte sólida alrededor del polo norte planetario. El flujo de energía desde las estrellas binarias de Sirio A y Sirio B, focalizada por los devas del fuego, mantenía un entorno propicio para el desarrollo de los starks.

Sus enemigos naturales pronto comprendieron que existía una barrera mágica imposible de atravesar. Los que habían intentado cruzarla, se habían derrumbado incinerados por la energía de los devas del fuego. El molde de Jane había sido

implantado con éxito, aunque ella misma se había sumergido e identificado tan profundamente con su sombra, que no distinguía sus sueños, de la realidad física que se estaba desarrollando en el planeta N-2

CAPÍTULO 132

ELISABETH Y SANTIAGO

La capilla de King's College en Cambridge apenas albergaba veinte personas. John Scott y Elisabeth habían estudiado allí. El treinta de Septiembre de 2013 fue el día en el que se les concedió una hora para efectuar la ceremonia. Ninguna nota a la prensa, ninguna noticia antes de la boda, ningún comentario después de ésta. La bella iglesia gótica era excesivamente grande para tan escaso público, pero si algo perseguían Rosamunde Perston y John Scott era no llamar la atención. A veces resultaba imposible, aunque el hecho de tener su residencia habitual en Hamilton, les salvaguardaba de los indeseables paparazzi. Ningún lujo externo era su máxima.

Salieron a las diecisiete horas de Londres en seis automóviles, llegaron a las dieciocho horas y treinta minutos al pie de la iglesia. Se adelantó Santiago acompañado de Lucía y esperaron durante un minuto a que llegasen Elisabeth y John. Entraron los cuatro juntos. Un coro, formado por cinco estudiantes, acompañaba los sonidos del órgano.

Elisabeth vestía muy sencillamente. Un traje blanco que finalizaba sobre unos zapatos, también de color blanco, y un velo justo hasta la cintura. Llevaba la delgada gargantilla de esmeraldas que Strung había regalado a Jane, quien a su vez la había entregado a Rosamunde, y que hacía juego con los finos pendientes, también de esmeraldas.

Santiago vestía un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul índigo.

Detrás, en los primeros bancos, estaban Rosamunde y Julio, Duncan, que desde que conoció a Strung siempre había

permanecido al lado de la familia, su esposa Ann, que al demostrarse que el asesinato había sido una encerrona, le perdonó, dos de sus hijas con sus esposos y cuatro nietas. John Lottimore y su amada Christine, los padres de Scott y una hermana de éstos con su marido.

Mientras el sacerdote pronunciaba un discurso, Sant se preguntó si sería capaz de llevar a cabo la misión del matrimonio. Los divorcios estaban a la orden del día. Él había postergado su trabajo, su país, la cercanía de sus padres... incluso había firmado, voluntariamente, la renuncia a cualquier tipo de compensación en caso de separación.

Era un hombre al que se le había mostrado un nuevo camino, un destino desconocido para la inmensa mayoría de los seres humanos. Comenzaría una nueva vida al lado de su esposa Elisabeth y su hija, cuando naciese, Jane. Cerró los ojos, agradeció la oportunidad otorgada y rogó con todo su corazón a Jason Doyle que le concediese la fuerza y la sabiduría necesarias para hacerlas felices.

—¿Quieres a Elisabeth por esposa en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la pobreza y en la riqueza?

—Sí, quiero.

—¿Quieres a Santiago por esposo en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la pobreza y en la riqueza?

—Sí, quiero.

Un instante precedido de muchos instantes, un segundo predeterminado por millones de segundos, una palabra de aceptación detrás de mil palabras de amor. Sabían su pasado y conocían su futuro. Su amor les conduciría hacia un tiempo inmediato desconocido, en persecución de un destino lejano inexorable, el de aquellas almas que aprenden a volar hacia su verdadero hogar en las estrellas, mientras se debaten entre la vida y la muerte, el dolor y el placer, la alegría y la tristeza, la salud y

la enfermedad, la ignorancia y la sabiduría, el odio y el amor, la desgracia y la felicidad...

Juntos fueron a cenar en un reservado del restaurante-pub: The Anchor. Era en recuerdo de Syd Barret, el creador de *Astronomy Domine* y componente de Pink Floyd.

John Scott, aunque un poco más joven, le había visto en más de una ocasión, tanto en su cenit como en su caída. En cierto modo le recordaba a Strung. Ambos eran hijos de dioses que ascienden y descienden, que, como todos los humanos, caminan por el filo de la navaja de la vida en la Tierra, planeta que externa e internamente alberga multitud de seres humanos y no humanos, y que a través de su corazón está unido a Venus, al Sol, a Sirio y, por ende, a todo el universo.

Si la Tierra es considerada por algunos como el planeta del sufrimiento, en justicia debería ser también encumbrado como el planeta del amor y de la voluntad, porque en él se pone a prueba el verdadero valor de los hombres, de los ángeles y de los dioses.

Sus residentes son piedras de fuego que, a través del corazón de la Tierra, pasan al corazón del Sol, y posteriormente encuentran los siete senderos cósmicos. Uno de ellos les llevará al a Sirio.

La evolución es un arduo, prolongado e inexorable viaje al corazón del universo.

FIN